Manda Scott

Boudica

Reina guerrera de los celtas III

el sueño del sabueso

Lectulandia

En el año 57 a. C., los romanos llevaban ya más de una década en Britania, con amplias zonas viviendo en estado de vasallaje, con tribus altivas e indómitas que consideraban una ofensa la explotación a que eran sometidas.

Mientras, en la sagrada de Mona, la reina Boudica sabe ya con certeza que su amante, Carataco, traicionado, apresado y cautivo en Roma, ya nunca regresará, pues su destino es un exilio deshonroso en la Galia, considerado por todos como un traidor. Ha llegado el momento de empuñar las armas de nuevo contra el Imperio romano, y de desencadenar la revuelta más sangrienta que haya conocido el mundo occidental en su historia.

Boudica es un personaje de gran atractivo que se convirtió en todo un símbolo de la lucha contra la opresión en una época marcada por la violencia y el misterio.

Lectulandia

Manda Scott

El sueño del sabueso

Boudica. Reina Guerrera de los Celtas 3

ePub r1.1
Titivillus 06.04.15

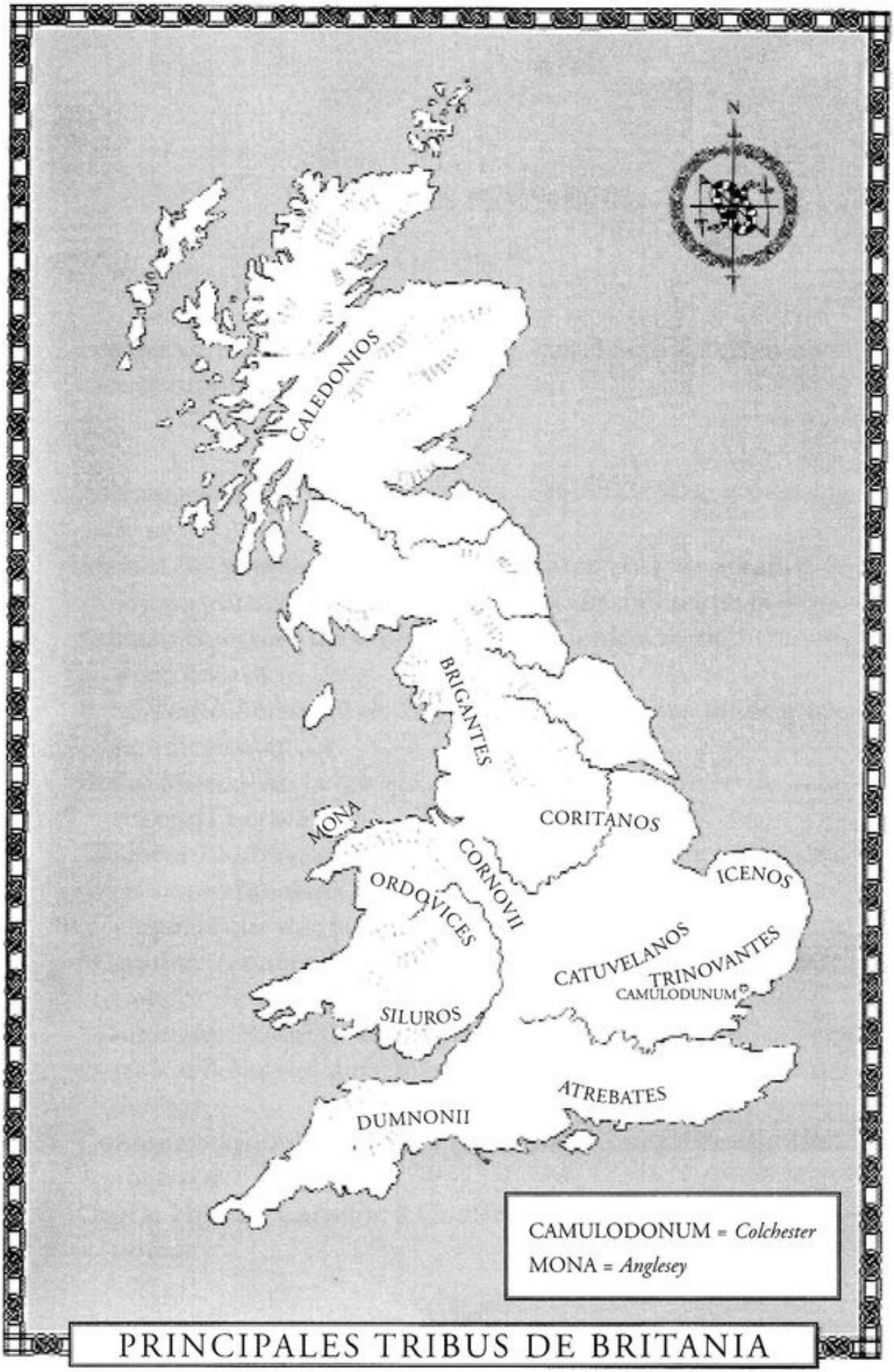
Título original: *Dreaming the hound*
Manda Scott, 2006
Traducción: Ana Herrera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Debs,
con amor y agradecimiento

EUROPA OCCIDENTAL 32 d.C.



PRINCIPALES TRIBUS DE BRITANIA

Dramatis personae

Los nombres de los personajes con base histórica están marcados con un asterisco.

PERSONAJES DE LAS TRIBUS

Airmid de Nemain: Soñadora de la rana, antigua amante de Breaca. Airmid es uno de los nombres irlandeses de la diosa.

Ardaco: Guerrero de la osa de los caledonios. Antiguo amante de Breaca.

Bán: Medio hermano de Breaca, hijo de Macha. Su nombre significa «blanco».

Bello: Muchacho belgo que fue esclavo, compañero de Valerio en Hibernia.

* **Breaca**: También conocida como la Boudica, por el antiguo nombre «Boudeg», que significa «Portador de la Victoria». «Aquella que trae la victoria». Breaca deriva de la diosa Briga.

* **Caradoc**: Amante de Breaca, padre de Cygfa y de Cunomar. Colíder de la resistencia occidental contra Roma.

* **Cunobelin**: Padre de Caradoc, ya muerto. Cun significa «perro», y Belin, «el dios del sol». Por lo tanto, significa Perro del Sol.

Cunomar: Hijo de Breaca y Caradoc. Su nombre significa «perro del mar».

Cygfa: Hija de Caradoc y Cwmfen, medio hermana de Cunomar.

Duborno: Cantor y guerrero de los icenos, compañero de la niñez de Breaca y Bán.

Eburovic: Padre de Breaca y Bán, ya muerto.

Efnís: Soñador de los icenos.

Eneit: Amigo del alma de Cunomar. Su nombre significa «espíritu».

Graine: Hija de Breaca y Caradoc.

Gunovar: Hija de Gunovic, soñadora de los dumnonios.

Gwyddhien: Guerrera de los siluros, amante de Airmid.

Iccio: Muchacho esclavo de los belgos muerto en accidente mientras era esclavo de Amminio. Amigo y compañero de Bán, ya muerto.

Lanis: Madre de Eneit, soñadora de los icenos.

Luain macCalma: Anciano de Mona, soñador de la garza. Príncipe de Hibernia.

Macha: Madre de Bán, ya muerta. Macha deriva del nombre de la diosa de los caballos.

Madb: Guerrero de los hibernios.

PERSONAJES ROMANOS

*__Deciano Catón__: procurador de Britania bajo Nerón.

Julio Valerio: oficial de la caballería auxiliar, originalmente con el Ala Quinta Gallorum y después con el Ala Prima Thracum.

* **Longino Sdapeze**: Oficial del Ala Prima Thracum.

* **Lucio Domicio Ahenobarbo (Nerón)**: emperador de Roma.

Quinto Valerio Corvo: prefecto del Ala Quinta Gallorum.

* **Quinto Veranio**: Cuarto gobernador de Britania, 57-58 d. C.

* **Séneca**: Consejero de Nerón, emperador de Roma.

* **Suetonio Paulino**: gobernador de toda Britania.

agradecimientos

Gracias a mi editora, Selina, por su adaptabilidad en todo momento, su paciencia y agudeza mental, y por comprender la naturaleza de los sueños. Gracias infinitas a Nancy y Deborah, por corregir de forma tan impecable toda la serie, y a Kate Miciak, por la fe que me ha demostrado desde el otro lado del Atlántico, y a mi agente Jane Judd por su apoyo incondicional, y a H. J. P. «Douglas» Arnold por mantenerme al día en los asuntos de Roma.

Gracias en particular a Jonathan Horowitz y Chris Luttichau, ambos profesores excelentes, por compartir sus conocimientos de los sueños en sus múltiples facetas, y a todos aquellos que asistieron a los talleres de sueño de 2004 por su valor, su buena voluntad y su confianza en el proceso.

Gracias también a todos aquellos que creyeron que era posible poseer un caballo, en particular a Tessa, sin la cual no habría sido factible nada de todo esto y, ciertamente, habría fracasado ya desde el primer obstáculo.

Finalmente, gracias de corazón a Gigha, madre de los gatitos, que vino a morir a casa durante el proceso de corrección de la obra y que de nuevo transformó mi comprensión de las fronteras, o más bien la falta de ellas, entre la vida y la muerte; fuiste una luz que iluminó mis días, y te echo de menos.

Escuchadme, soy Luain macCalma, el Soñador de la Garza, antes de Hibernia y ahora Anciano de Mona, consejero y amigo de Breaca, que es la Boudica, la Portadora de Victoria. Estamos en un tiempo de grandes peligros; si no comprendemos el pasado, no podremos comprender el presente, y sin éste, las tribus de Britania no tendrán futuro alguno. Hoy, esta noche, junto al fuego, aprenderéis lo que ha sucedido antes. Eso es lo que éramos; si ganamos ahora, es lo que volveremos a ser.

Han pasado catorce años desde que el emperador Claudio enviara sus legiones a invadir nuestra tierra. Entonces éramos un pueblo diverso, con muchas tribus y muchos dioses, unidos solo en los cuidados que prodigábamos a nuestros soñadores, esos hombres y mujeres que venían aquí, a la isla sagrada de Mona, a estudiar durante doce años en la casa grande, con los ancianos. Los guerreros también venían a aprender las artes del honor y el valor que podían conducirles más tarde a actos de heroísmo en la batalla.

Luego llegó Roma, con sus legiones y su caballería. Los hombres de Roma no luchan por honor, ni por oír pronunciar sus nombres en los relatos de héroes, en el invierno. Luchan por la victoria, y cuando se han apropiado de una tierra, ya no la dejan nunca más.

La historia de cómo luchamos se ha contado ya en otros lugares. La batalla de la invasión duró dos días, y se cantará para siempre en torno a las fogatas. Mil héroes perdieron la vida y los pocos que sobrevivieron lo hicieron mediante el sacrificio de otros. Fue entonces cuando Breaca, que fue de los icenos, entonces Guerrera de Mona, dirigió la carga para rescatar a Caradoc, y se ganó el título con el que la conocemos: la Boudica, la Portadora de la Victoria.

Breaca y Caradoc estaban entre aquellos que, siguiendo las órdenes de sus mayores, abandonaron el campo de batalla. Lo hicieron a regañadientes, y huyeron solo para continuar la guerra contra Roma, y para proteger a los niños, que son lo más preciado, por encima de todo lo demás. Los trajeron aquí, a la isla de los dioses de Mona, donde los guerreros y el agua mantuvieron a salvo todo lo que es sagrado, y donde los soñadores, cantores y guerreros de muchas tribus venían para conocerse a sí mismos bajo la directa mirada de los dioses, para poder llevar ese conocimiento, y la sabiduría que trae consigo, de vuelta a su pueblo.

Desde aquí lucharon durante diez años, evitando que las legiones romanas se asentaran en el oeste. De ese modo, los romanos construyeron su primera fortaleza en el este, en Camulodunum, que había sido la fortaleza del pueblo de Caradoc.

En los años tempranos de la ocupación, miles de guerreros y soñadores murieron en el este; pueblos enteros fueron asesinados como represalia por las rebeliones, reales o imaginarias, y se declaró ilegal que cualquier hombre, mujer y niño portase un arma.

Los legionarios que rompieron las espadas de nuestros guerreros iban dirigidos

por un oficial, Julio Valerio, que cabalgaba en un caballo ruano. Él era más odiado que ningún otro, porque en tiempos fue iceno, y había vendido su alma a Roma y a sus dioses. Luchaba por Mitra y por el emperador, y ambos se alimentaban de sangre icena.

Breaca y Caradoc tuvieron un hijo, Cunomar, y luego una hija, Graine. Poco después de su nacimiento, Caradoc fue capturado mediante una traición y fue hecho prisionero en Roma. Capturados con él iban su hijo Cunomar y su hija mayor, Cygfa, una guerrera de gran renombre.

La familia fue llevada a Roma para que muriese a capricho del emperador Claudio, pero Airmid, la soñadora que es la otra mitad del alma de Breaca, encontró la forma de hacer un trato con la más vieja y peligrosa de todos los antepasados y pudo evitar su muerte y, mucho después, conseguir su libertad.

Caradoc fue torturado y quedó lisiado sin remedio. Estaba lo bastante bien para llevar a su familia a la costa de la Galia, pero no para ir más allá. No podía regresar como guerrero a Mona, porque sus heridas eran demasiado graves para empuñar un arma, como había hecho con tanto éxito antes de su captura, y no quería infligir a sus guerreros el dolor de verle tan destruido por Roma. Así que se quedó en la Galia y se dijo que había entregado su vida para salvar a sus hijos al abordar éstos el barco que les llevaría de vuelta a Roma.

Todo eso ocurrió hace tres años. Breaca llora a Caradoc, pero por dentro. Exteriormente se ha entregado en cuerpo y alma a la batalla contra Roma. En verano dirige a los guerreros de Mona para que eviten que las legiones lleguen a la isla, y para rechazarlas todo lo posible hacia las montañas del oeste. En invierno caza sola, buscando hombres solos o en parejas, y se la ha llegado a temer tanto como si fuera un espíritu de las montañas que se alimenta de sus almas.

Hubo otro que volvió en el barco de la Galia y a quien no se esperaba: Julio Valerio, el oficial de la caballería y antiguo iceno que había dirigido la opresión contra su pueblo. Por voluntad de los dioses fue llamado a Roma por el renqueante Claudio para que llevase a cabo una última misión: escoltar a la familia de Caradoc hasta la costa gala y luego a un barco que les condujese a la libertad.

Claudio murió antes de que la familia pudiese conseguir la libertad, y Nerón, su sucesor, exigió que fuesen devueltos. Valerio no podía quebrantar un juramento hecho en el nombre de su dios, y de ese modo fue declarado traidor y obligado a huir.

Yo le habría conducido a Mona, por razones que no son solo voluntad mía, pero Breaca lo prohibió y ella no solo es la Boudica, cuya palabra prevalece sobre los guerreros, sino que también es Breaca de los icenos, hermana del hombre que en tiempos fue Bán y que se convirtió en Valerio, oficial de las legiones.

Estos, pues, son los individuos que han moldeado nuestro pasado: Breaca, que caza legionarios en las montañas occidentales de Britania, y su hermano Valerio, que se encuentra exiliado en Hibernia, donde lleva una vida miserable como herrero. Ninguno puede continuar así eternamente. El mundo cambia, y ellos deben cambiar

con él o morir.

Mientras tanto, los niños y los soñadores esperan en Mona, contemplando un mundo que se va haciendo más brutal a cada año que pasa. Roma quiere obtener rendimientos de sus provincias, y Britania no es la rica veta de oro y plata que Claudio creía que era. Nerón fue nombrado emperador en su lugar, y Nerón está gobernado a su vez por sus consejeros. Estos son hombres sin piedad, para los cuales una tierra y su gente no significan nada, a menos que tengan oro o se las pueda obligar a producirlo.

Éste es el futuro que tememos y contra el cual luchamos. Mona está a salvo ahora bajo el cuidado de los dioses, pero si es la voluntad de los dioses que ya no esté a salvo, entonces todo lo que es más sagrado continuará en el corazón y la mente de aquellos que ostentan el linaje de los antepasados. Nosotros somos esas personas, vosotros y yo. Soñad ahora, y sabed que en el sueño está vuestro futuro, y todo cuanto creemos que es cierto.

prólogo

Marco Publio Vindex, portaestandarte de la segunda centuria, tercera cohorte de la Vigésima legión, estacionada en la frontera más occidental de Britania, bebía vino con moderación cuando realizaba incursiones invernales, y nunca asumía riesgos innecesarios. Cuando la necesidad de orinar, en medio de la noche, se hacía insostenible, se alejaba de la fogata de guardia solo un momento, y le decía a su armero adonde iba y por qué. Pasando entre las tiendas, silbaba la melodía de la novena invocación a Júpiter como prueba de que aún seguía vivo.

En la parte exterior de la fogata, donde la lluvia se convertía en plata y su sonido, martilleando los pellejos de las tiendas, era demasiado fuerte para que se oyese su melodía, Vindex llamó al armero y le respondieron. El riachuelo de su orina cayendo en cascada sobre las rocas era un buen contrapunto para la lluvia. Había una fría satisfacción en orinar en la base de la montaña, porque mientras durase aquel sonido, él estaría bien asentado en su victoria sobre los elementos, el barro inevitable, la falta de caza y de grano y, lo mejor de todo, sobre los guerreros nativos que surgían en la oscuridad y luego dejaban muertos a los incautos, para que los encontrasen a plena luz del día. Gritó a su armero, titubeando solo un poco.

La última palabra apenas había cruzado el fuego cuando una mano le cogió la barbilla y echó su cabeza hacia atrás y hacia arriba. No notó el cuchillo que pasaba por su garganta, porque la hoja estaba demasiado afilada para causar dolor, pero ésta cortó hasta los huesos de su columna vertebral, seccionando todos los tejidos blandos a su paso. Su vida brotó en un enorme chorro y cayó a tierra.

El portaestandarte murió repentinamente, y su fantasma, sorprendido, no supo que estaba muerto, solo que aquella noche se hacía de repente muy luminosa, como si hubiese llegado el mediodía, y que, cosa imposible, donde antes había sombras afiladas por las fogatas, ahora uno de los guerreros nativos se arrodillaba a plena vista junto al cuerpo caído de un hombre, marcándole la frente con una señal de maldición.

Vindex había vivido demasiadas batallas para perder tiempo cuestionándose lo imposible. Su espada ya había apuñalado el cuello expuesto del enemigo antes de pensar en averiguar la identidad del cadáver que yacía muy cerca, a sus pies. Mientras arremetía, con todo su aliento formó un grito que despertase a todo el campamento.

Su espada, su brazo y todo el peso de su cuerpo incorpóreo pasaron a través del guerrero agazapado. Su grito, que podía atravesar todo el campo de batalla, no avisó a hombre armado alguno para que viniese en su ayuda, aunque un decurión de la caballería, que bebía vino junto al fuego, se ciñó más el manto y dio unos golpes con

los pies maldiciendo el súbito frío.

Vindex abrió la boca para gritar de nuevo y se detuvo cuando la parte de sí mismo que aún razonaba se dio cuenta al fin de que los hombres de la guardia no le habían visto en absoluto.

«No pueden oírte. Tu gente ha decidido no oír los gritos de la masacre. Esa es vuestra fuerza, y vuestra mayor debilidad. Nunca viviréis a salvo hasta que aprendáis a escuchar a vuestros antepasados y a vuestros muertos recientes».

La voz que llenaba la cabeza de Vindex tenía una calidad muy distinta de aquellas de los hombres que había dejado junto al fuego; hablaba a su alma, no a sus oídos. El guerrero enemigo acabó de realizar la marca de la maldición, se levantó y se volvió en redondo.

Así, por primera vez, en el momento más oscuro de la noche, sin sol y con nubes de lluvia que cubrían la luna, el portaestandarte de la Vigésima vio el rostro de su enemigo. Vio un cabello empapado por la lluvia y del color de un zorro en invierno, con las trenzas de guerrero sueltas en señal de duelo, y una solitaria pluma de cuervo entretejida a la izquierda y teñida enteramente de negro, como uno que ha roto todas las relaciones con su familia y su tribu y caza solo; y por tanto, quizá muera solo. Vio el cuchillo teñido de sangre, recién usado; vio la honda que colgaba del cinturón, junto al saquito de guijarros de río, y supo, con ese conocimiento que tienen las almas y que trasciende la visión, que cada una de esas piedras estaba pintada de negro, y que seguramente mataría a aquellos contra los cuales fuese lanzada. Vio la señal de la serpiente-lanza grabada en la frente del cadáver (su cadáver), y como había visto la misma marca en la frente de otros hombres ocho veces en los últimos tres días, su significado ya estaba grabado en su propio hígado.

Acumulando todo aquello, finalmente, Marco Publio Vindex, hijo de Gayo Publio Vindex, conoció la identidad de la mujer que le había matado, y así fue como comprendió que estaba muerto.

Sintiéndose muy estúpido, bajó su espada. Desde la fogata, el armero gritó una nueva pregunta con un asomo de preocupación en la voz. El silencio que el portaestandarte, de haber vivido, habría llenado, duró demasiado tiempo.

La Boudica se alzó lentamente, enfundando su cuchillo.

«¿A quién adoras?», preguntó. Su boca no se movió, pero las palabras formaban parte de la noche.

Del mismo modo, Vindex respondió: «A Júpiter, dios de las legiones, y a Marte Ultor, por la victoria». Y luego, conciliador: «Deberías irte. Pronto vendrán a buscarme. No puedes enfrentarte a tantos y sobrevivir». La preocupación que aquello demostraba le sorprendió. Muerto, descubrió que no albergaba ni odio ni terror, como le había ocurrido en vida.

«Gracias. Me iré cuando tenga que hacerlo. Tus hombres no han encendido todavía ninguna antorcha, y no he conocido aún a ningún romano que sea capaz de ver bien bajo la lluvia».

Le sonrió y Vindex no leyó miedo alguno en sus ojos, solo la excitación de la batalla que empezaba a desvanecerse. Él también había conocido aquella sensación, y la paz sin límites que la seguía, y sabía que era por eso por lo que había luchado, mucho más que por la plata que le habían pagado, y que él no era el único.

Movido por su nueva compasión, dijo: «Nunca ganarás luchando sola contra tantos».

Divertida, la Boudica alzó una ceja. «Ya he oído eso antes. No todos los que lo dicen son romanos, pero la mayoría sí, y todos están muertos».

«Entonces, escúchame. Nosotros no tenemos nada en tu contra, pero podemos ver las cosas con mayor claridad». Eso era cierto. Las preocupaciones de su vida se estaban fundiendo y dejaban tras de sí una claridad que Vindex había buscado toda su vida y jamás había encontrado. «Te ofrezco esto como regalo, de la muerte a la vida: si no alzas al este de la provincia para que luche, las legiones ganarán y Roma desangrará por completo a tu pueblo».

La Boudica acabó secándose las manos en la hierba. Asintió, pensativa. «Gracias. Ya pensaré en tu regalo por la mañana, si estoy viva por entonces». Ya no sonreía, pero tampoco le odiaba. «Deberías irte a casa», le dijo. «Tus dioses te reconocerán en Roma. Aquí no pueden alcanzarte».

El armero gritó por segunda vez y nadie le contestó. Un legionario surgió de la seguridad de las líneas de tiendas y su terror al ver el cuerpo fue mucho mayor que el que había sentido Vindex. Su grito despertó al armero y éste, finalmente, pidió unas antorchas. Los hombres corrieron, tal y como les habían enseñado, y si la luz que había detrás de las tiendas no les hacía aparecer con tanta brillantez como si fuese el mediodía, sí que bastaba para que la guerrera de cabello de zorro fuese vista.

Ella corrió entonces, fluidamente y sin demasiada prisa, como un ciervo que todavía no ha oído a los perros. El armero de la segunda centuria era un hombre de pensamiento rápido, que se abstenía completamente del vino. También había sido durante tres años el campeón de su cohorte a la hora de lanzar venablos, honrado por la velocidad y precisión de sus lanzamientos. Volvió a llamar y cinco hombres corrieron a llevarle sus lanzas, pasándole una nueva a la palma cada vez que la última emprendía el vuelo. Diez fueron arrojadas en el espacio de una docena de pasos. El más adelantado de los portadores de antorchas vio que la octava daba en el blanco y gritó al armero y a Marte Ultor, reclamando una muerte. Vindex, que lo veía todo con ojos distintos, sabía que la Boudica estaba herida, pero que no se había unido a él en la muerte.

Desde más allá de las márgenes del campamento, la voz de ella le llenó la cabeza. Parecía sin aliento y deshilvanada, y no sabía si era el dolor lo que la afligía o una necesidad abrumadora de reír.

«Vete a casa», le dijo de nuevo. «El viaje a Roma es más rápido en la muerte, te lo prometo, y la tierra más cálida. ¿Por qué te quedas ahí bajo la lluvia, en un lugar donde no te quieren? La legión ya no te corresponde, ahora que estás muerto. Puedes

ir adonde quieras».

Se le había ocurrido a Vindex más de una vez mientras vivía. En la muerte, con regocijo, comprendió que era libre. Pasando a través de las paredes de la tienda de los oficiales y la materia insustancial de su centurión, inició el viaje de vuelta a Roma, que no era tan largo.

En el lugar donde había estado, murieron tres hombres más de su guardia entre una lluvia de guijarros de río pintados de negro. El armero fue el último.

parte I

otoño, 57 d. c.

I

El agua estaba fría y color marrón debido a la turba y la lluvia reciente.

Breaca de Mona, conocida por todos excepto su familia y sus amigos más íntimos como la Boudica, líder de los ejércitos y portadora de victoria, se arrodilló sola en la ladera de una montaña, junto a un arroyo, y se lavó en la corriente la cara, las manos y la herida sangrienta que llevaba en el brazo. El agua se tiñó de rosa brevemente en el lugar donde ella había estado. Cogió con ambas manos un poco de agua limpia, se aclaró la boca y eliminó el regusto metálico de la sangre.

Al abrigo de un haya cercana dormitaba una hembra ruana, el resultado final de una vida entera de crías, y mucho mejor que nada de lo que podía ofrecer Roma. Llevaba ronzal pero no soga, y vino al llamarla, con los cascos envueltos en suave cuero para amortiguar el sonido de su avance. Breaca montó y se encaminó al norte y un poco al este, moviéndose por las montañas y los senderos rocosos donde era menos probable que los rastreadores coritanos, pagados por Roma, encontraran señales de su paso.

Si hubiese escalado los picos, podría haber mirado hacia el oeste más allá de las montañas y al otro lado de los estrechos a Mona, pero no lo hizo. La advertencia del portaestandarte hacía eco, de forma inquietante, con las pisadas amortiguadas de su yegua, y no habría forma de silenciarlas. «Nunca ganarás luchando sola contra tantos». Vindex no era el primero que le advertía de los peligros y la futilidad de luchar sola, ni el segundo tampoco, pero era el enemigo, y ella no tenía por qué confiar en su opinión.

Resultaba más difícil ignorar las advertencias de aquellos que se preocupaban por ella: los ancianos y los soñadores de Mona, que velaban por sus hijos en sus largas ausencias invernales, y que no podían decirles dónde estaba su madre o si había muerto ya, a manos de algún portaestandarte que a lo mejor no estaba tan borracho como le había parecido.

Luain macCalma, el Anciano de Mona, fue el primero, discretamente, en decir que la vida de la Boudica valía más, y que la venganza por la vida de un solo hombre valía menos, y después de él habían venido en una larga sucesión otros que decían que la amaban y que deseaban en su corazón lo mejor para sus intereses. Solo Airmid, soñadora y amiga del alma, había comprendido siempre por qué Breaca necesitaba cazar sola como lo hacía, y nunca se había pronunciado, ni en público ni en privado, contra la pluma negra trenzada en el cabello de la Boudica y los inviernos de asesinatos que anunciaba:

Airmid estaba en Mona, y Mona era otro mundo, y Breaca decidió no mirarlo y

por tanto no pensar en él ni en su gente.

Se dirigió hacia arriba, y el camino se fue haciendo más rocoso a medida que ascendía. Unas piedras grises se alineaban a ambos lados del sendero, pintadas por remolinos de líquenes. Al cabo de un rato ella desmontó y destapó los cascos de la yegua, para que agarrasen mejor en las piedras húmedas. La lluvia iba disminuyendo; había pertenecido a la noche. Las lluvias en el horizonte del este se separaron y mostraron las primeras líneas de luz, como cuchillos. Sin restricción alguna, la herida de su brazo fue dejando de sangrar poco a poco y le dolía solo un poquito. El oficial cuya lanza le había dado mantenía sus armas escrupulosamente limpias, cosa por la cual ella le estaba muy agradecida.

A medio día a caballo hacia el sur, en el campamento nocturno donde un portaestandarte, un armero y dos oficiales jóvenes de la Vigésima legión habían muerto, se alzaba una voluta de humo pringoso en ángulo hacia el cielo. Los buitres subían y graznaban y empezaban a derivar hacia el aroma de hombres quemados.

* * *

El hombre robusto y con el pelo gris, inclinado encima del cuello de su caballo y con la atención fija en el rastro, no pareció notar ninguna de las dos piedras de honda que chocaron contra las rocas, cerca de su cabeza. Su caballo, que las había notado las dos, respingó un poco, desequilibrándole, y el hombre se agarró inútilmente a la silla. El cuidado de sus dioses evitó que su cabeza chocase contra las piedras del camino cuando cayó, y un almohadón de brezo le proporcionó un aterrizaje seguro, pero no se levantó después, aun cuando la Breaca se arrodilló a su lado.

—¿Dónde te han herido?

Él separó los labios secos y agrietados.

—Tengo el flujo. No deberías tocarme; te contagiarás.

—Quizá, pero el daño ya está hecho —Breaca metió su brazo bueno por debajo de los hombros de él y le ayudó a ponerse de pie. Le habría dado agua, pero no llevaba. En ausencia de agua, usó el caballo del hombre enfermo para apoyarle, poniendo el hombro de él contra la silla. Él se tambaleó y al final consiguió estabilizarse.

Su acento, su caballo y el tejido de su casaca eran de los icenos del norte. Una marca de tinta que llevaba en la piel debajo de la clavícula mostraba el halcón y el caballo a la carrera, ligados. Breaca pasó su índice desde el caballo al halcón, y notó el pequeño nódulo de ámbar enterrado bajo la piel, más allá de la punta del ala del halcón, que verificaba la autenticidad de la marca.

—¿Eres de Efnís? —preguntó. Y cuando él asintió—: ¿Por qué me estabas siguiendo?

—No te seguía. Las montañas están repletas de romanos, y yo quería entregar mi

mensaje de una boca viva a unos oídos vivos si el flujo no me mataba antes. Intentaba alcanzar los bosques junto a la costa para encontrar refugio allí, antes de cruzar a Mona.

Breaca meneó la cabeza.

—No llegarás a tiempo. Los hombres de la quinta cohorte están estacionados junto a la costa. La tercera cohorte perdió a cuatro hombres la noche pasada: las señales de fuego llevan encendidas desde el amanecer, llamando a todos los demás legionarios a la acción. Habrán rodeado ya todos los bosques hace mucho. Conozco un lugar más cerca que puede resultar seguro, si nos permiten entrar. ¿Eres capaz de cabalgar otras dos docenas de tiradas de lanza?

—Si al final hay un refugio, pues sí.

* * *

La boca de la cueva era una hendidura vertical en el acantilado realizada por los dioses en un ángulo tal que era invisible a menos que uno se aproximara exactamente desde el sudeste. La roca, del tamaño de un perro, colocada por los antepasados para guardar la entrada, estaba manchada con fragmentos de moho y escondida por la hierba que había crecido a su alrededor. En épocas anteriores, la habrían limpiado bien al honrar a los antepasados, cada luna vieja, y las marcas de espirales en su superficie se habrían resaltado de nuevo con ocre rojo y cal blanca y cenizas. En aquel mundo nuevo e inhóspito de ocupación romana, los que se habrían ocupado de ello estaban muertos o se habían refugiado en Mona, y la roca y la boca de la cueva que había detrás estaban medio borradas por el abandono.

Breaca solo había pasado una vez por aquella cueva, y aquello fue el invierno anterior, pero vio entonces lo que otros quizá no habían advertido, confiando su situación a la memoria sin ninguna intención real de usarla. Tampoco la habría usado entonces, probablemente, de no haberse visto obligada. Los riesgos de entrar en un lugar semejante sin un soñador eran mucho mayores que los riesgos de muerte o captura por parte de Roma.

De pie y sola ante la piedra-perro, Breaca dijo:

—Ofrezco saludos a la más anciana y grande de todas las antepasadas soñadoras. Limpiaré tu lugar de descanso cuando me vaya, lo juro. Pero ahora, las malas hierbas son mi protección, como han sido la tuya. ¿Me permitirás entrar y llevar conmigo a este otro?

Una voz que estaba más allá de lo audible dijo: «¿Quién lo pregunta?».

—Lo pregunto yo, Breaca nic Graine mac Eburovic, antes de los icenos y también Guerrera de Mona, y ahora cazando bajo la pluma negra de los sin tribu. Mi marca es la serpiente-lanza que era tuya antes de mí, y será tuya de nuevo cuando yo me haya

ido.

La antepasada-soñadora dijo: «Bien. Yo permanezco y tú quizá no. Es bueno que recuerdes eso. ¿Has venido a pedir mi ayuda como venganza, igual que hiciste antes?».

—No.

Ella era la Boudica, que conducía a miles de hombres hacia la batalla, y sin embargo le sudaban las manos. Se las limpió en su casaca. Era mucho más fácil enfrentarse a las legiones bajo la lluvia y la oscuridad armada solo con un cuchillo y una bolsita de guijarros de río que hablar a la boca de una cueva vacía a plena luz del día. Recordó a Airmid, y el temor en su voz cuando se enfrentó por última vez a la antepasada-soñadora: Airmid, que no temía a nada ni a nadie.

Breaca miró hacia atrás, al sendero donde el mensajero moribundo esperaba, fuera del alcance de su oído. Había desmontado cuando ella lo hizo, y se quedó de pie, apoyado en su caballo. Mientras ella le contemplaba, él se deslizó lentamente de rodillas y luego se cayó de lado, quedándose enroscado como un niño y respirando agitadamente.

Si hubiese estado sola, ella habría corrido el riesgo de esquivar a las legiones a campo abierto. Si esperaba, antes de que pasara mucho tiempo estaría sola de nuevo, pero el hombre moribundo era un iceno, y de Efnís además, y había dado su vida para llevar un mensaje a Mona. Si tenía algo de honor, no podía dejarle morir en un sendero de montaña al alcance de las legiones cuando había un refugio cerca.

Breaca tocó la piedra en forma de perro tanto para darse valor como buena suerte, y dijo:

—Somos dos, una herida, otro atacado por el flujo. Solo pedimos entrar en tu protección, llevando nuestros caballos, nada más. Los romanos que quieren quitamos la vida están muy cerca detrás de nosotros; los he visto entrar en el valle al subir hacia la montaña. Creo que sus rastreadores no tienen ningún conocimiento de dónde se encuentra el lugar de tu reposo, y que si lo hicieran, los legionarios no se atreverían a cruzar el umbral. Hasta ellos reconocen un lugar sagrado cuando lo encuentran.

«O si no es sagrado, al menos, sí peligroso». La risa de la antepasada era como el deslizarse de una serpiente por encima de las hojas invernales, un sonido que borraba toda paz y toda esperanza de paz. «Saben que yo penetraré en sus sueños, tanto despiertos como dormidos, y que morirán como murió su gobernador, lentamente, y enloquecidos. Quizá no te teman lo suficiente para abandonar la tierra, Breaca que antes fue icena, pero me temen lo suficiente para hacer ofrendas en secreto que aplaquen mi cólera».

Breaca había visto los cucuruchos de maíz y los frascos de vino rotos, y una vez incluso la cabeza podrida de un ciervo cuando conducía a las tropas por el sendero. No sabía que eran ofrendas a la soñadora de la serpiente, y ni siquiera entonces podía confirmarlo. No dijo nada. Esperó un latido del corazón. Y luego: «sí, podéis entrar. Yo, que puedo destruirte, te doy permiso».

* * *

La cueva no era tan completamente oscura como Breaca había esperado. Los caballos entraron de buen grado y se cobijaron en una cámara con el techo abierto al cielo, a tres largos de lanza en el interior. Allí, excrementos de pájaros veteaban las paredes en capas blancas, y forraban el suelo, acolchando el sonido de sus cascos. Unos huecos en las rocas estaban llenos de agua, y la lluvia reciente los había dejado bien limpios.

Más adentro el cielo no se veía con tanta claridad, pero una luz grisácea se filtró durante un trecho desde las vertiginosas alturas del techo. En el suelo, esqueletos de pequeños animales crujían bajo sus pies allí donde habían caído, involuntarios sacrificios a la antepasada y a los dioses. Los muros se estrechaban hacia adentro, de modo que el camino se convertía en túnel y las rocas arañaron la casaca de Breaca y ambos hombros.

—Deberíamos detenemos —el mensajero iceno apenas podía caminar. Tiró de la manga de Breaca.

—No, aún no. Hay un recodo más adelante y una cámara más abierta, con un río que pasa a través. Allí podremos descansar y beber agua. La necesitas.

Él se agarró a ella y la miró. A la luz desfalleciente, ella veía el blanco de sus ojos que se ensanchaba.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó.

—No, pero lo he oído decir.

Ella no le dijo que la voz de serpiente de la antepasada-soñadora le había conducido allí, susurrando, ni tampoco que le había explicado detalladamente el momento y la forma de su muerte.

La cámara en la que entraron al fin era demasiado amplia para que Breaca distinguiera con claridad sus márgenes, y carecía de luz por completo. Al tacto, ella preparó y encendió un pequeño fuego. Unas sombras anaranjadas atrajeron a los monstruos de la oscuridad, arrojando unas llamas fantasmales en el pequeño riachuelo que fluía a través de la esquina norte de la cueva. Ecos de agua espesaban el silencio. El sonido era mucho más agradable que el susurro silbante de la antepasada.

A la orilla del río, Breaca tendió al mensajero moribundo. Dobló el manto de ella y el de él y lo colocó a él encima de ambos, en un lecho de roca plana. Él llevaba un odre de piel, vacío desde hacía tiempo, y lo llenó y le hizo beber y luego le lavó la cara, el cuello y las manos con lo que quedaba.

—No deberías —dijo él, con menos determinación que antes—. Éramos tres, dos hermanos y una hermana, cada uno de nosotros con el mismo mensaje. Solo llevábamos dos noches cabalgando cuando nos atacó el flujo. Pasa más rápido de uno a otro que la tos en una casa redonda, en invierno.

Breaca dijo:

—Si voy a morir, este lugar es tan bueno como cualquier otro; los rastreadores de

la legión no nos encontrarán aquí para intentar arrancarnos lo que sabemos con el último aliento de nuestros pulmones. Si voy a vivir, entonces puedes descansar bien atendido y seguro. ¿Qué ocurrió con tu hermano y tu hermana?

—No lo sé. Tomamos caminos separados cuando nos encontramos con las legiones. Cada uno de nosotros se dirigió cabalgando a Mona. Con tres, había más posibilidades de que uno viviera y alcanzase el barco y entregase nuestras palabras.

«Pídele su mensaje». La voz de la antepasada resonó en las paredes. En su cueva sonaba mucho más fuerte que la del hombre moribundo.

—Cuando esté en paz —dijo Breaca en voz alta, y el mensajero se hallaba demasiado cerca de la muerte para notarlo.

Había atendido a innumerables moribundos en el campo de batalla, pero raramente con otras enfermedades, de modo que le costó un cierto tiempo hacer lo que era necesario. Se inclinó hacia él, intentando ver a través de la piel de color gris como el sebo la vida y la mente que se hallaban detrás. El rostro del hombre se había encogido sobre los huesos de su calavera. Sus ojos habían caído profundamente en los pliegues de carne de su rostro, y el cabello estaba húmedo de sudor y de agua con la que acababa de lavarle.

«¡Pregúntaselo!»

Tocándole la frente con su palma, ella dijo, con precaución:

—Éste es tu lugar de descanso. Que Briga te lleve desde aquí y la antepasada te guíe con toda seguridad hacia las tierras que hay más allá de la vida. Yo volveré a Mona cuando el viaje sea seguro. ¿Es tu deseo que lleve tu mensaje conmigo?

—Sería, pero no puedo entregarlo si no he llegado todavía a Mona —el hombre hizo una mueca, intentó incorporarse y no lo consiguió—. Lo siento. Nos mataría a los dos si lo intentase. Efnís nos hizo un hechizo a los tres mensajeros. Si yo intentara hablar, la lengua se me hincharía en la boca y me bloquearía el aliento antes de que saliesen las palabras. Y más aún, aquella persona con la que hablase moriría, aunque no de inmediato, pero sí de forma segura. Si nos cogían, se nos permitía decir todo esto a quienquiera que intentase interrogamos.

Breaca le alisó el pelo en la frente y le echó un poco de agua para refrescarlo.

—Efnís es sabio. Si hubieses sido capturado, habría sido bueno morir rápidamente, sabiendo que tu mensaje estaba a salvo y los indagadores de Roma condenados a un lento final.

El hombre luchó por asimilar aquello, frunciendo el ceño.

—Pero no es tan bueno ahora, cuando me estoy muriendo en compañía de una guerrera y amiga. Me llevaré mi mensaje en la muerte, eso es seguro, y Efnís nunca sabrá de mi fracaso.

—Lo sabrá. Nadie pasa a los otros mundos sin que los soñadores lo sepan. Aun así, puede que tenga una respuesta. ¿Tengo razón al creer que tu mensaje tenía que ser entregado al Anciano de Mona, Luain macCalma, o en su defecto a Airmid de Nemain, y que concernía a la Boudica?

Era un riesgo. Ninguno de los dos conocía cuáles eran los límites de la maldición. El mensajero sonrió débilmente y ensayó su respuesta silenciosamente dos veces antes de afirmar y decir:

—Tienes razón.

Ambos esperaron. En los momentos que siguieron su aliento no se vio imposibilitado, ni su lengua se hinchó más de lo que el flujo ya la había hinchado.

Breaca dejó escapar un suspiro.

—Entonces, si yo te dijera que mi hija, segunda de mi corazón, de mi carne y de mi alma, se llama Graine, igual que mi madre, y que mi padre fue Eburovic, herrero y guerrero de los icenos, ¿quedaría desbloqueada tu boca, y tu lengua sin hinchar, mientras me entregases tu mensaje?

Los ojos del hombre se habían cerrado y no se abrieron hasta que ella terminó. En la espera, Breaca no sabía si se había dormido o si la conmoción de averiguar su identidad, aunque revelada de forma muy oblicua, le había dejado sin habla.

El alivio cuando él tendió la mano y le cogió la suya la dejó sin palabras. El hombre abrió los ojos y las lágrimas se agolparon en ellos, forjadas en cobre por el fuego. Su voz era un hilo finísimo, tirante por el dolor y el esfuerzo.

—¿Tú eres la Boudica? ¿La Guerrera de Mona?

Ella asintió, sonriendo.

—Sí.

El hombre se incorporó, respirando con dificultad.

—¿Y por qué estás aquí, sin trenzas, llevando la pluma negra de los sin tribu, y cazando sola en tierras dominadas por Roma?

Ella no había esperado aquella rabia, ni la súbita energía que le dio. El hombre no sabía nada de las reuniones entre la Boudica y los soñadores a los cuales ella servía, en los cuales se desnudaban las almas, ni de las batallas entre amigos con palabras como únicas armas. Él no había decidido esconder la acusación en su voz ni la herida en sus ojos. Se dejó caer de nuevo, pero su mirada, desafiando la de ella, podría haber sido la de macCalma o la de Duborno o la de Ardaco o la de cualquiera de sus hijos.

Alzándose, Breaca echó un puñado de raíces de brezo al fuego. Surgieron nuevas llamas verdes y de un azul violento allí donde la tierra ardía antes que la madera. Mirando los colores y sin mirar al hombre, ella dijo:

—Estaba matando romanos, como has visto. Los cuatro muertos de la tercera cohorte han sido muertes mías, y dos la noche antepenúltima.

El mensajero era un hombre inteligente. Contemplándola, dijo:

—Así que cazas sola porque el riesgo es demasiado grande para exponer a otros al peligro, y Briga te llevará a la muerte cuando crea que las muertes han bastado. ¿Y los soñadores ancianos de Mona consideran que ese riesgo vale la pena?

—En absoluto —Breaca sonrió, sorprendiendo a ambos—. Pero ellos no pueden prohibirlo. Mi vida es mía, y yo creo que es un buen riesgo. Estamos casi en invierno; el tiempo de las luchas ha terminado, pero las legiones siguen teniendo que

aventurarse más allá de sus fuertes en busca de comida y leña. Se hace más daño a sus mentes con cuatro hombres muertos en medio de la noche que con cuarenta muertos en el campo de batalla en lucha abierta. Cada muerte conduce a deserciones, y los que quedan atrás sueñan con un tiempo en que puedan pedir un permiso y navegar hacia Roma. Un ejército que va al campo de batalla descorazonado lucha para perder, y tú lo sabes muy bien.

—Lo sé. Y un pueblo que carece del liderazgo de los dioses no lucha en absoluto —y temblaron una rabia antigua y un miedo más reciente. Ambos sentimientos se desvanecieron y dejaron solo el cansancio fatal que había envuelto al mensajero cuando cayó por primera vez de su caballo.

Con cuidado, Breaca dijo:

—Los icenos no carecen de liderazgo.

—Ahora sí.

Se estaba muriendo con rapidez; ambos lo notaban. Las palabras no dichas pesaban entre ellos, extrayendo todo el aire de su aliento. Eligiendo el camino que hacía menos daño, Breaca preguntó:

—¿Puedes decirme en qué sentido tu pueblo y el mío están sin líder?

—No lo sé. Decir esto puede matarnos a ambos.

Él se armó de valor y luego, contra las protestas de ella, se enderezó hasta sentarse. Su mirada devoraba el rostro de la mujer y luego se desplazó hacia la rojiza herida de su brazo. Después de todo, la punta de aquella lanza no estaba tan limpia. La sangre fluía un poco de la herida, pero el brazo a su alrededor estaba irritado y caliente, y había empezado a oler mal. Él lo tocó y ambos notaron que la carne temblaba bajo sus dedos.

Él dijo:

—Quizás Efnís fuese más sabio que ninguno de nosotros y supiera que ya te estabas muriendo de todos modos.

Breaca echó agua encima de la herida.

—Quizá. Me he sentido mucho más cerca de la muerte que ahora, pero dicen que Briga a menudo viene cuando menos te lo esperas.

—No para mí —él sonrió y la mueca permaneció en sus labios mucho después de que su mente se hubiese ido a otro lugar. Al cabo de un momento habló—: Efnís pensó sus palabras para Airmid, soñadora de Nemain, pero las historias siempre han dicho que ella ostenta la mitad de tu alma y Caradoc la otra. Si eso es cierto, entonces puede que, a ojos de los dioses, yo esté hablando como si hablase con Airmid, y pueda contártelo con total seguridad. Estoy dispuesto a intentarlo, pero mi muerte es cierta. No tengo nada que perder. Tú podrías cazar romanos a solas muchos inviernos más. ¿Te arriesgarás a perderlos para oír mi mensaje?

Breaca cerró su puño izquierdo, notando el ramalazo de dolor en la palma que era el recuerdo de un corte de espada. El dolor no era para advertirla del peligro. La herida de lanza en su brazo latía de forma alarmante, pero otras heridas habían sido

igual de profundas y se habían puesto igual de feas y ella no había muerto por su causa.

Ella miró al otro lado del fuego, hacia la oscuridad de la cueva, pero allí no encontró ninguna ayuda. La antepasada-soñadora estaba silenciosa, cosa rara en ella. Como en todas las decisiones importantes de su vida, Breaca estaba sola. Había una gran libertad en ese hecho.

Dijo:

—El placer de matar romanos no es tan grande como para perderme un mensaje de Efnís que ha costado la vida de tres guerreros. Sí, compartiré tu riesgo.

II

—Tu hermana ha muerto.

—Yo no tengo ninguna hermana.

El aire en la herrería estaba denso por el humo del metal al rojo y estruendoso por el repiqueteo del metal golpeado. El sol que entraba por el agujero hecho para que saliera el humo arrojaba un charco de luz en el suelo, pero sin dar ni al fuego avivado ni al yunque. Aquello no era ningún error: al herrero de Hibernia le gustaban las rojas sombras del mundo donde trabajaba, y no tenía ningún deseo de exponerse a la luz del día, particularmente en su compañía actual.

Fue pasando el martillo por el metal que se enfriaba, de la longitud del brazo, y que un día, pronto, se convertiría en la hoja de una espada, y notó que el ritmo repercutía de forma agradable en sus huesos. Mientras ignoraba al visitante que permanecía de pie en el umbral. Deliberadamente, no le invitó a cruzarlo.

Luain macCalma, antes de Hibernia, ahora Anciano y primer soñador de Mona, no estaba acostumbrado a que le ignorasen. Raramente se le había negado la entrada al hogar de otro, y nunca cuando había viajado diez días para llevar noticias de cierta importancia.

Desde luego, él no necesitaba la luz para ver el cuerpo y el alma del hombre a quien había venido a visitar; un soñador pasa gran parte de su vida en la semioscuridad. De pie en el umbral, estudió el cabello liso y de un negro intenso, crecido ahora hasta los hombros cuando en tiempos fue corto para complacer a las legiones; las líneas esbeltas del cuerpo, en tiempos entrenado para la batalla y mantenido casi en la misma forma por el trabajo de la forja; los pómulos marcados y la amplia frente de un hombre a quien los dioses han arrojado muy lejos del rumbo de su vida y sin embargo no está abatido aún. Había ira en él, y un orgullo tozudo* y ninguna de ambas cosas era capaz de esconder el miedo ni el esfuerzo hecho para ocultarlo.

Todo eso lo comparó con lo que había visto últimamente en aquel hombre, y no se sintió decepcionado. Tres años de paz y soledad habían curado mucho más de lo que macCalma había creído posible. Sus dudas, que eran muchas, se debían a la condición del alma y el corazón del herrero.

Tomó aliento y lo dejó escapar, lentamente. Por encima del atronador ruido del martillo, dijo:

—Tú eres Bán macEburovic, Cazador de la Liebre y soñador del caballo de los icenos, y ya me estoy cansando de tus fantasías. Tu chico me dice…

—No es mi chico —el martillo falló un golpe y, tartamudeando un poco, recuperó

el ritmo—. Se llama a sí mismo Bello, por los bellovacos, que eran su pueblo entre los belgos. Es posible que yo lo comprara como esclavo, pero le he devuelto su nombre y su libertad. Sin embargo, me odia. Sigue aquí solo porque su miedo a los hibernios es mayor que su odio hacia mí. La gente de su pueblo no es amable en la expresión de sus afectos hacia los jóvenes guapos y de pelo rubio y con los ojos del color del cielo en verano. Aquí está más seguro que en cualquier otro lugar, y él lo sabe, o si no se habría ido hace mucho tiempo.

MacCalma levantó una ceja hasta el máximo.

—Él te ve como a un padre.

El herrero se encogió de hombros.

—Un hombre puede odiar a su padre y aun así seguir siendo hijo suyo. Mira a Caradoc.

—O mírate a ti.

El martilleo se detuvo. El silencio que siguió resultaba duro a los oídos.

Con exquisito cuidado, el herrero dejó a un lado el martillo y, con las tenacillas, levantó la hoja todavía al rojo vivo; en la cual había estado trabajando. A la luz sangrienta de su brillo, habló con tranquilidad y calma, como un hombre que ofrece una invocación a sus dioses en la quietud de un templo.

—Escúchame, macCalma. Solo lo diré una vez. Quién me engendró no es asunto mío, y no permitiré tampoco que lo sea tuyo. Eburovic de los icenos me crio y me cuidó durante mi niñez. Corvo, de la Quinta Gallorum, me enseñó a luchar y a amar, y me dio el nombre que uso. A esos hombres los valoro y los respeto, pero eso no los convierte en propietarios de mi vida ni de mi alma, ni ellos la reclamarían. No dejé a los icenos por elección propia, y no elegí cometer traición contra Roma y mi emperador. Ambas cosas ocurrieron, y por tanto, ahora no pertenezco ni a las legiones ni a las tribus. Por primera vez en mi vida soy libre. Y me propongo seguir así.

—¿Ah, sí? —el soñador asintió—. ¿Y quién es ése, quien es ése tan libre?

—¿Qué importa el nombre? Aquí en Hibernia yo soy el que quiera ser. Soy Valerio para aquellos que prefieren a Roma y desean que les ayude a perfeccionar su latín. Para el resto, soy simplemente el herrero de pelo negro de la colina, que les puede arreglar las espadas y los broches y a veces ayudar a sus mujeres en el parto. Si tienes quejas al respecto, Anciano de Mona, llévatelas a otra parte. Yo no tengo nada tuyo.

El herrero que en el pasado fue tanto Valerio, decurión de la caballería tracia, como Bán de los icenos, estaba temblando cuando terminó. Tres años sin vino ni cerveza no habían eliminado de su cuerpo los temblores de su exceso. Por fortuna, la espada sin terminar que sujetaba no temblaba como él. Aun así, Luain macCalma le miraba demasiado fijamente para sentirse cómodo.

El herrero estaba desnudo hasta la cintura. Las cicatrices de guerra brillaban blancas entre los riachuelos de sudor. Si se le daba el tiempo suficiente, un hombre

que se lo propusiera podía leer la historia de la conquista de Britania en el mapa de aquellas heridas. Dos hombres se lo habían propuesto, y ambos vivían ahora fuera del alcance de su corazón, así como de su mente. Si él les dejaba, los recuerdos de cualquiera de los dos podían dejarle destrozado. Bajó la hoja y la metió en la cuba de agua, de pie junto al yunque, y dejó que el vapor borrase su pasado.

Pero no tuvo un éxito completo. Igual podía haber invocado en voz alta a ambos hombres y la herida de su pérdida, tan profundamente cambió el rostro de macCalma. A través de la blancura que se iba espesando, el Anciano dijo:

—Lo siento. No debería haber venido a molestarte en tu santuario. Solo me imaginé que debías saber la noticia.

«Tu hermana ha muerto». No pensaba preguntar para saber más. Ya eso solo era demasiado.

El vapor fue desapareciendo lentamente a través del agujero para el humo. Cuando el herrero pudo ver de nuevo, macCalma ya se había ido. Su voz llegaba perezosa desde la luz del día, hablando con el muchacho belgo, Bello, que ya no era esclavo y que sin embargo custodiaba fuera el caballo del huésped como si fuese su deber.

—La yegua tesalia roja que está ahí en el prado iba a ser mi regalo de huésped. Es un poco mayor y no es adecuada para la monta, pero en tiempos tuvo un gran valor. Está preñada de un caballo de batalla panonio y si el potro llega a alcanzar los méritos de los padres, puede tener gran valor. Tengo unos asuntos con los soñadores de Hibernia y me resultaría muy incómodo llevármela de vuelta. ¿Podrías quizá…?

Luain macCalma se había entrenado durante tres décadas con las mejores mentes de Mona; el arte de la oratoria era una habilidad que había cultivado, por encima de sus habilidades de nacimiento. Cuando lo deseaba, podía animar a todos los habitantes de una casa grande para que lanzasen vítores, puestos en pie, solo con la primera frase de un relato, o susurrar a un niño enfermo para que se durmiese de modo que estuviera curado antes de la mañana… o conmover el alma de un hombre que pensaba que se había vuelto invulnerable, y probarle que no lo era.

El herrero se apartó de su yunque.

—¿Qué has traído? ¿Cómo has encontrado una yegua roja tesalia? —estaba en la puerta, a plena luz del día, olvidando que prefería la oscuridad de la forja. La espada fría colgaba de su mano, inútil.

Como respuesta, el soñador retrocedió para que se pudiera ver su regalo de huésped. La yegua se encontraba en el pequeño cercado al lado de la choza. No era mayor, sino anciana, una verdadera abuela entre los caballos, y no la habían cuidado demasiado bien. Su lomo estaba torcido por haber engendrado demasiados potros. El cansancio del viaje y de la vida se desprendía de todo su ser como si fuese un presagio de muerte. Su pelaje era rojo, del color del hígado crudo, con cicatrices blancas en los costados. Una antigua marca aparecía de forma borrosa en la base de su cuello.

Una vez, hacía mucho tiempo, cuando la yegua tenía su pelaje de verano y estaba

perfectamente acicalada, la marca fue muy clara: Leg VIII Aug, una yegua de la caballería de la Octava Augusta, regalada a un muchacho de los icenos que había sabido de ella por medio de un sueño.

Había pasado muchísimo tiempo. Se podía esperar que un verano de alegría compartida con una batalla al final hubiese dejado un recuerdo tan fuerte en la yegua como en el muchacho que la cabalgaba, pero los ojos del animal carecían de esperanza, y miró al herrero sin reconocerlo. Ásperamente, él dijo:

—Es demasiado vieja para estar preñada.

—Creo que no. Será el último, pero lo hará bien. ¿Preferirías que pariese bajo los cuidados de otro hombre? Puedo llevármela de vuelta a Mona, si así lo deseas.

MacCalma conocía perfectamente el funcionamiento del corazón humano, y no desdeñaba usar ese conocimiento. El herrero no era capaz de hablar, pero asintió cuando Bello le miró y luego vio que el muchacho corría hacia la yegua y le ofrecía un puñado de sal que mantenía en la palma. No era el primero que le daba; Bello había sido esclavo, y conocía íntimamente el dolor de la esclavitud en los otros, y sabía cómo aliviarlo.

Recuperando de nuevo la voz, el herrero dijo:

—Tiene el corazón roto. Lo que queda, se lo ha dado al muchacho.

MacCalma no estuvo en desacuerdo.

—Pero su potrillo entregará el corazón a quien le entrene para la batalla. Airmid cree que será un macho, negro y blanco, con un escudo y una lanza en la frente. No tengo ningún motivo para no creerla.

El herrero dejó que su mirada vagase por el horizonte un momento antes de poder hablar.

—Fue un error, desde luego, hablar en voz alta de mis sueños en mi niñez. Yo entonces era muy joven, y demasiado confiado. Pero ese sueño murió hace mucho tiempo, y no se puede revivir. Murió cuando Amminio me convirtió en esclavo y se llevó mi montura de batalla a sus criaderos, y si Breaca ha muerto, entonces el sueño jamás se podrá revivir ya, porque ella formaba una parte muy importante de él.

—¿He dicho acaso que Breaca hubiese muerto?

Estaban separados por la longitud de una espada. Valerio, antiguo oficial de caballería, todavía llevaba en la mano la espada a medio hacer, en la que empezaban a vislumbrarse los primeros atisbos del arma que podía ser. Sin aparente esfuerzo alguno por su parte, la punta se elevó hasta el nivel de la garganta del otro hombre. Con mucha tranquilidad, dijo:

—No juegues conmigo, soñador.

MacCalma se quedó de pie frente al sol. Su sombra, algo imposible, adoptó la forma de la garza que era su sueño. Meneó la cabeza.

—Nunca jugaría contigo. No quería que hubiese ningún malentendido. No es Breaca quien ha muerto, sino Silla, tu hermana pequeña, la única del linaje real que seguía en tierras de los icenos. Ha muerto dando a luz a un hijo de Prasutago, a quien

tú conocías como Tago, el cual se ha nombrado a sí mismo rey de toda la nación icena. Él apoya a Roma, y ahora ya no queda nadie que lo detenga. Si no es eliminado, los icenos, que eran el pueblo de tu madre, aunque digas que ya no son los tuyos, quedarán esclavizados ante Roma de una forma que no se podrá romper.

«No es Breaca quien ha muerto…»

Valerio oyó el resto pero no le importó. Aquel único hecho se grabó en su mente y fue repitiéndose. Sujetaba la nueva espada con demasiada fuerza. Las aristas del metal a medio formar se clavaban en la carne de sus dedos. La ola que le invadió no fue de alivio, ni de rabia, ni de dolor, sino de una mezcla de todas esas cosas, convertida en algo feo y sucio por la manera de contarlo.

Más tarde, en medio del caos, recordó que Luain macCalma seguía de pie junto a él, y que había algunas ficciones que todavía deseaba preservar.

Dijo:

—Olvidas lo que yo he sido. Si los icenos carecen de armas y de voluntad de luchar, es porque yo les he doblegado. Sabiendo eso, no pretenderás en serio que llore por el destino de una tribu derrotada, ¿verdad?

Un dios desconocido al que no había rezado permitió que su voz sonase normal.

La sonrisa de MacCalma resultaba enigmática.

—En absoluto. Tu madre era de estirpe real, y tú llevas su sangre, aunque no quieras. Yo esperaba que tú accedieses a ir al este y levantar á los icenos en guerra contra Roma en nombre de tu madre, para que Breaca pudiera permanecer en el oeste, donde se la necesita, y donde podría conducir a sus guerreros contra un ejército dividido. Comprendo ahora que no lo harás. Ya me he disculpado por alterar tu paz. No volverá a ocurrir. Te deseo lo mejor con la yegua y su potro.

* * *

Luain macCalma quizá fuese un soñador, pero cabalgaba con la habilidad de un guerrero. Su caballo, al galope, formaba medias lunas en la turba empapada de Hibernia que quedaban mucho después de que el gris de su manto se hubiese fundido con la niebla y el cielo.

Valerio se quedó mirando hasta que una bandada de gaviotas apareció por encima de las colinas costeras y rompió el horizonte. Al volverse encontró al chico, Bello, contemplándole con la misma mezcla de temor y preocupación que había mostrado desde que llegó a Hibernia.

De pronto, cosa nueva, Valerio quería que el chico se sintiese seguro. Dijo:

—¿Te gusta la yegua? Fue mía en tiempos, cuando yo tenía tu edad. La cabalgaba en la batalla, y ella mató a mi primer hombre. Después, cuando Amminio la capturó, dio a luz a un potrillo blanco y negro, el caballo-cuervo; aquél de quien tanto has oído

hablar.

Hablaron un poco de su pasado. Bello conocía fragmentos de las épocas de esclavitud de Valerio, y de Corvo, que le había liberado, y muchísimo del caballo-cuervo, que lo había hecho posible. El caballo había llegado a asumir unas proporciones míticas entre ellos. A menudo (casi siempre) les resultaba más fácil a ambos hablar de animales que de hombres.

Los ojos del muchacho se abrieron mucho.

—¿Esta yegua es la madre del *Cuervo*?

—Sí. Ella era exactamente como él, pero sin el odio que él guardaba en su corazón. Si yo te lo pidiera, ¿la cuidarías?

Era un regalo, y Valerio hizo lo que pudo para ocultar cualquier dolor que pudiese haber en la entrega. Bello le conocía mucho mejor que macCalma, pero era más amable. Si se le notó algo, él fingió no darse cuenta. Por el contrario, sonrió con ilusión, y su mirada perdió el cansancio y buscó la bolsa que llevaba en el cinto para coger más sal y tendérsela, de modo que la pudiera lamer de su mano.

Una idea le hizo fruncir el ceño y luego sonreír de nuevo. Dijo:

—Yo la cuidaré y la trataré como se merece, pero el potro es hermano del *Cuervo*, y por lo tanto debe ser tuyo. Prométeme que lo aceptarás y lo conservarás.

Valerio no sabía que el chico había estado escuchando, ni que entendía el suficiente hibernio para seguir el críptico discurso de macCalma. Él no quería el potrillo, pero sí deseaba mucho que el muchacho se sintiera a gusto con él. Dijo:

—Por supuesto que lo conservaré. Los hibernios son buena gente, pero no sabrían cómo educar un caballo de batalla aunque les cayera del cielo en sus propios cercados.

Pasó una mano por encima de la yegua y notó que vacilaba ante su contacto. Pensando en voz alta dijo:

—Está demasiado delgada para parir bien un potro, y la han tratado muy mal. Necesitaremos heno y grano para alimentarla, y tendrás que pasar con ella mucho tiempo cada día, para que llegue a confiar en ti. Así, nos ayudará cuando llegue el potro.

* * *

Pasaron el día haciendo planes y la tarde trayendo pienso en una carreta desde el pueblo, que estaba en la costa. Bello se mostró menos tímido ese día de lo que había sido en los tres años que llevaba en su compañía. Valerio le miraba y se maldecía a sí mismo por haber necesitado que la solicitud de macCalma le enseñase lo que debía hacer.

Cuando se retiraron a dormir, hizo cuanto pudo para no dormirse, pero la negrura le captó al momento, y los sueños con ella, y eran los antiguos sueños de

pérdida y destrucción y, con ellos, la letanía de aquellos a quienes había matado.

Se despertó temprano y descubrió que Bello se había levantado más temprano aún, y le había dejado junto al lecho, como presente para cuando se despertase, una bandeja con queso y una manzana que quedaba de la cosecha, y una jarra de agua del pozo, y se sintió muy agradecido a los dioses que ya no velaban por él de que el chico no estuviese allí para verle llorar.

III

El cuerpo del mensajero iba flotando por el río de la cueva, mantenido a flote por su pelliza y su manto.

Breaca no era una cantora; las leyes de Mona, que eran las leyes de los dioses y los antepasados, no le permitían cantar la balada de los muertos, pero sí que podía recitarla, y lo hizo. Solo cuando llegó a la parte en la que tenía que haber dicho en voz alta el nombre del muerto se dio cuenta de que no lo sabía. La corriente se lo llevó lejos del alcance de la luz, y ella oyó que su pelliza se enganchaba en las rocas y luego se desgarraba.

Su fantasma ya había cruzado el gran río para alcanzar las tierras que había más allá de la vida, siguiendo una llamada que solo él podía oír. Hubo un tiempo en que Breaca no veía más que a los fantasmas de su propia familia, y aquello solo en el corazón de la batalla, cuando las paredes entre ambos mundos se tomaban mucho más frágiles. Entonces vio los espíritus de todos los guerreros muertos, todos los legionarios, todos los hombres arrebatados por el flujo. Todavía no había visto el fantasma de su hermana Silla, cosa que le sorprendía.

Mirando hacia la fluida negrura del río, luchó por encontrar algún recuerdo de la joven alrededor de cuyo cuello había colocado la torques del liderazgo iceno.

Los recuerdos de Bán llegaban primero, sin ser convocados, y Silla solo después de él, los dos acurrucados juntos, de niños, compartiendo un solo lecho en la casa redonda y riñendo como cachorros de perro por su parte de las mantas de piel y los perros que los mantenían a ambos calientes. Pasó menos de un año así y luego llegó *Granizo*, el gran perro de guerra manchado con las marcas como de granizo repartidas por todo su cuerpo, y ya no hubo más peleas, porque *Granizo* fue de Bán desde el momento de su nacimiento y…

No había que recordar a *Granizo*. Recordar su vida era también recordar su muerte, y había demasiado dolor en ella.

Demasiado tarde, Breaca cerró los ojos. Las puertas, ya abiertas, dejaron entrar una oleada de recuerdos: Silla sentada a horcajadas en un potro rojo de su padre, imposible de montar, y Bán tras ella, sujetándola por la cintura mientras impulsaba a aquel animal de corazón loco al galope para probarle a Silla su propio valor; Bán enseñando a Silla cómo tirar una soga y capturar un potro, o cómo arrojar una lanza, o sencillamente, de Bán, aquel niño solemne, serio, con la sorprendente sonrisa, que había superado a las abuelas con sus sueños, y que un día crecería y se convertiría en un soñador tan poderoso como Airmid.

Y luego, como un niño no sigue siendo eternamente niño, sino que crece y se

convierte en adulto, era imposible no recordar al hombre roto y desesperado que se llamaba a sí mismo Valerio, a quien había visto tendido en la cubierta de un barco procedente de la Galia vomitando en el mar, rogándole que le diera una muerte limpia y decente.

Breaca no quería recordar aquello, no quería de ninguna manera. Era mucho mejor antes, cuando creía que su hermano estaba muerto, y se había sentado custodiando a los soñadores mientras ellos buscaban en los muchos caminos de las tierras que hay más allá de la vida e intentaban encontrar su espíritu y devolverlo al cuidado de Briga.

No lo habían conseguido, por supuesto, porque su espíritu no se hallaba perdido, sino encendido en el corazón y la mente de un hombre que luchaba por Roma. El descubrimiento de que Bán estaba vivo, de que era el decurión de la caballería tracia que había aterrorizado a los pueblos icenos durante diez años después de la invasión, solo se le reveló a unos cuantos. Efnís lo sabía, pero él no habría propalado jamás esa noticia sin necesidad. Era posible que Silla hubiese muerto sin conocer la verdad, y creyendo que Bán había muerto antes que ella. La idea de que le estuviese buscando en la tierra de los muertos era insoportable.

Sin embargo, había que soportarla, junto con las noticias de su muerte y todo lo que ésta acarreaba. Con gran esfuerzo, Breaca desechó el pasado y se obligó a vivir de nuevo en el presente. La herida de su brazo ardía con un fuego propio que la estaba abrasando. Se echó de cara junto a la orilla del río y la metió debajo del agua hasta que la piel quedó entumecida.

Su mejilla estaba apretada contra la piedra húmeda. La débil luz de su fuego arrojaba unas sombras móviles en el agua, y se hacía más densa donde el cuerpo del mensajero se había enganchado en una roca.

En voz alta, dijo:

—No le pregunté su nombre. Llevo demasiado tiempo apartada de la compañía humana. Empiezo a tratar a los hombres con menos cuidado de lo que trataría a un caballo.

«Él está bien atendido. Eres tú la que necesita atenciones. Pediste mi ayuda una vez, antes, ¿la quieres pedir ahora por segunda vez?»

La antepasada-soñadora estaba muy cerca. Su voz llegaba desde el río y el humo del fuego que había por encima, seductora y peligrosa. Siempre había sido así, desde el primer momento de su encuentro una noche de luna llena en el corazón de un campamento romano, cuando Airmid convocó a la antepasada para destruir al gobernador, pensando así salvar a Caradoc. El gobernador murió, pero Caradoc seguía todavía en la Galia. Aquel farsante de Valerio había vuelto en su lugar, y la antepasada lo había considerado un buen sustituto.

Airmid tuvo miedo de aquella soñadora; Airmid, que no temía a nada ni a nadie. Breaca la apremiaba mientras realizaba los trabajos nocturnos, pensando solo en Caradoc. Después se esforzó por olvidar aquella voz insidiosa, seductora, que la

arrastraba hacia los lugares más oscuros de sí misma. Ahora la recordaba y deseaba no haberlo hecho.

Atrapada, tocó el muro de la cueva y lo rechazó con fuerza, como lo hubiera hecho ante hombres armados.

—Me has preguntado lo mismo en la boca de la cueva y mi respuesta sigue siendo la misma: no te conocía cuando nos vimos por última vez. Ahora sí que te conozco, y nunca más pediré tu ayuda. Solo he venido a buscar la protección de tu cueva. Me la has concedido y te lo agradezco. Ahora me iré, y no te molestaré más.

La risa de la antepasada era como el deslizarse de las serpientes en la arena, más terrorífica que cualquier legión.

«¿Y adónde vas, guerrera? ¿Y por qué?»

—A Mona, ¿adónde si no? Los ancianos deben saber que Silla ha muerto y que Tago ha asumido el gobierno de los icenos, apoyado por Roma.

«Pero, ¿no te irás al este? ¿Tú, que eres la primogénita del linaje real de los icenos, no deberías, por derecho de nacimiento y estirpe, llevar la torques de los antepasados, la cual te fue entregada para que la ostentaras como evidencia de tu preocupación por tu pueblo?»

Había una trampa en aquella pregunta, pero Breaca no era capaz de verla. Se habría quedado silenciosa, pero la presión no se lo permitía. Dijo:

—Ya has oído el mensaje. No es seguro ir al este. Efnís ha dejado claro que debo quedarme y continuar la guerra en el oeste; que solo desde aquí existe alguna oportunidad de que podamos expulsar a Roma de la tierra. Volveré a Mona con esas noticias. Nada ha cambiado.

«Y sin embargo, los muertos han hablado. "Si no alzas el este, las legiones ganarán". El fantasma del portaestandarte te lo ha dicho. ¿No reconoces la verdad cuando la oyes?»

—No confiaría nunca en las palabras de un romano, aunque esté muerto. Efnís dice lo contrario, y no me mentiría nunca. Él se preocupa por los icenos mucho más que yo.

«¿Te preocupas por tu pueblo? No sé si es verdad». El ultraje de la antepasada la hacía estremecer. «Tú les has dejado en manos de una niña suave como la leche y un hombre que se ha vendido a Roma… Los icenos no te aman».

Eso dolía, y probablemente era cierto. Breaca dijo:

—Yo lucho en el oeste para liberar el este. No quedan guerreros en el este. Roma ha asesinado a todos los que tenían la voluntad y el ingenio para empuñar un arma.

«Pero no han secado completamente a tu pueblo todavía. Un legionario recién asesinado ve el futuro que se avecina mucho más claramente que una guerrera viva. ¿Debo mostrarte, última guerrera de los icenos, qué significa que un pueblo se desangre hasta que no quede nada más que dar?»

Breaca vio demasiado tarde lo que se avecinaba, y que no había escapatoria. Con los ojos cerrados o abiertos, las visiones eran las mismas, cayendo desde las negras

paredes de la cueva, hirviendo en el agua turbia, danzando en la roca sólida que se alzaba ante ella.

Lo que vio no era la tribu de su niñez, con o sin los recuerdos de Bán. Las casas redondas habían desaparecido, desmontadas para quemar su madera cuando ya no se encontraba nada más. En su lugar había chozas pequeñas y rotas. La tierra aparecía desolada, los campos arrasados, los caballos muertos de hambre, la poza de los dioses seca.

Entre el fango y la ruina, hombres y mujeres delgados como palillos y con los mantos y túnicas azules de los icenos se reunían en toma a un redil, como si hubiese mercado. Todos tenían las manos manchadas de tierra, como si fueran recogedores de hierbas y plantadores. No había guerreros ni soñadores; ninguno de ellos ostentaba las marcas de anciano, ni permanecían erguidos con orgullo ni fuego ni voluntad de lucha.

Los legionarios con armaduras los rodeaban. En el centro de aquellos dos anillos estaban los niños, más de veinte, con los ojos muy abiertos y aterrorizados. Cada uno iba encadenado al siguiente por el cuello y los tobillos. Llagas abiertas florecían allí donde mordía el hierro. Los niños derramaban lágrimas de oro, y sus padres caían de rodillas y las recogían en sus palmas como si fueran granos, y se sentían agradecidos.

«Esclavitud», susurró la antepasada, con una mortal quietud. «Cuando se hayan llevado los perros y los caballos, y matado el ganado y los ciervos de los bosques, y el hierro que habrían sido armas y el bronce que habrían sido cosas bellas, cuando fundan la torques de los antepasados para hacer monedas y pagar con ellas la guerra, cuando pongan impuestos a todos los momentos del día y arrebaten la comida de todas las bocas de los niños, entonces vendrán y comprarán la carne viva, y pondrán precio a aquello que no lo tiene. ¿Recuerdas el sueño de tus largas noches, cuando te dieron la marca que usas con tanta libertad y que no comprendes?»

Preguntas dentro de preguntas en el interior de una pesadilla. Breaca rogaba para despertarse y olvidar, y no podía hacer ninguna de las dos cosas.

Sudando, dijo:

—Nunca he olvidado el sueño de mis largas noches. Juré entonces proteger el linaje de mi pueblo, salvar a los niños y a los ancianos para que su herencia y la mía pudiesen continuar sin perderse. Abandoné la batalla del río-mar para salvar a los niños. He luchado sin cesar desde entonces para que puedan seguir con las canciones y los sueños de los antepasados, sabiendo quiénes son y por lo tanto convirtiéndose en lo que pueden ser. Y ahora lucho, arriesgándome a la muerte nocturna, para que mis propios hijos y los de los demás puedan vivir en un mundo sin Roma. No puedes acusarme de abandonar a los niños.

La antepasada rio.

«Díselo tú misma».

En la visión, el grupo de niños se separó. En medio de todos, una niña muy pequeña y de miembros muy finos, con el pelo color sangre de buey y un rostro que

reflejaba un antiguo dolor, alzó el brazo desde el corral de los esclavos, suplicando.

—¿Graine?

Breaca fue a tocarla y se golpeó los nudillos con la roca. La visión se esfumó, convirtiéndose en cenizas. Se encontró de pie, de espaldas al fuego, y con el rumor del río demasiado cerca de sus pies. El brazo herido le latía con el ritmo de su corazón, demasiado rápido.

Desesperada, dijo:

—Esto no puede ser una visión auténtica. No lo creo. Los mercaderes de esclavos no pueden comerciar en Britania. El emperador Claudio lo prohibió.

«Claudio está muerto y lo han hecho dios. Unos trinovantes esclavos construyen su templo en Camulodunum mientras nosotras hablamos. Nerón gobierna en Roma, y Nerón está gobernado por aquellos que están gobernados por el dinero. Si no quieres creerme, lo único que tienes que hacer es permanecer en el oeste y esperar. Si no haces nada, lo que acabas de ver ocurrirá. Por la marca que ambas compartimos, lo juro».

—¿Y si voy al este?

«Entonces habrá una oportunidad de darle la vuelta a la marea. Tú sola no te bastas; debes encontrar guerreros en número suficiente para luchar contra las legiones e infundirles valor. Debes encontrar el hierro para armarles. Debes encontrar a otros con valor y visión para que les dirijan, si tú caes. Con esas tres cosas, tendrás la victoria. ¿Lo harás? Te puedo mostrar mi regalo de un futuro mejor».

—No quiero nada de ti. Tus visiones no son seguras.

«¡Ah, qué arrogancia! Aun así te voy a dar mi regalo».

La imagen fue breve, un relámpago en la oscuridad que mostraba el diseño familiar de un campo de batalla; imposible no mirarlo. La visión de Breaca se amplió y se fijó más cuando los guerreros que conocía se empezaron a distinguir. En el ala izquierda, Ardaco dirigía a las osas como había hecho siempre: luchaban a pie, pintados con glasto y barro, y se enfrentaban a una línea irregular de legionarios.

En el centro, los icenos avanzaban para aplastar al enemigo. Ella no veía quién les dirigía, solo la marca de la serpiente-lanza por encima. A la derecha, una mujer dirigía a los guerreros montados del oeste en una cuña que golpeó las alas de la caballería romana y perforó el flanco del enemigo. Las filas de la caballería se hundieron y se desmontaron y los que deseaban vivir abandonaron el campo de batalla, dejando el centro sin custodiar. Una segunda oleada de icenos fue a llenar aquel hueco.

La batalla estaba ganada mucho antes de que acabase la carnicería. Lenta, implacablemente, los guerreros avanzaban y se iban uniendo en el centro por encima de los cuerpos amontonados de dos legiones.

El momento del encuentro fue maravilloso. En el corazón de la batalla, un estandarte romano cayó y fue pisoteado en el barro. La serpiente-lanza resplandecía por encima, victoriosa.

«Mi regalo», dijo la antepasada. «Acuérdate bien».

* * *

Después, durante mucho tiempo hubo oscuridad, y frías rocas, y el río que corría entre ellas. Breaca se fue dejando caer lentamente y quedó sentada, y luego echada, metiendo su brazo herido en el agua.

No era una soñadora que convocara visiones, pero allí echada en la fría roca, con la cara vuelta hacia el río, hizo todo lo posible por recordar a su propia hija, para poderla ver entera y hermosa y a salvo en Mona, y no destrozada en el redil de los esclavos como amenazaba la antepasada.

Esforzándose tanto que el sudor perlaba su frente, consiguió imaginar un fuego que bailaba encima del agua y una neblina en el aire por encima de éste. Allí, rasgo a rasgo, construyó el cabello color sangre de buey, y los ojos grises, y las cejas finas y de color vino oscuro, y la mirada precavida y cuidadosa de Graine, la hija a la que apenas había visto desde su nacimiento. La hija de dos guerreros tan altos no habría tenido que ser tan fina y tan esbelta, pero Graine era todo aquello que sus padres no eran, y mucho más bella precisamente por ello. Nacida a la luz de Nemain, era una soñadora desde su brillante y fino cabello hasta las plantas de los pies.

Breaca no podía imaginar la figura completa de su hija, solo el rostro, enmarcado por el cabello abundante y oscuro, y le costaba mucho más esfuerzo de lo que había creído posible. Luego, cuando pensó que solo podía formar perfiles a medio hacer en un fuego imaginario, oyó llorar a Graine.

La conmoción deshizo la visión. Allí donde había estado su hija, una liebre corría por la ladera de una colina, cazada por *Piedra*, el último hijo de *Granizo*, y luego apareció Airmid, mirando entre las llamas, y la voz de Airmid hizo eco en la cueva diciendo: «no sé qué herida tiene, pequeña, tienes que decírmelo tú. Yo no puedo ver lo que tú ves».

La visión había desaparecido antes de que ella se diese cuenta de que las palabras se referían a ella, y no eran para ella, y que a su contacto, el fuego que le abrasaba el brazo era un poco más soportable.

No intentó llamar a Cunomar. Su hijo apenas había hablado con ella en los tres largos años desde su huida del cautiverio de Roma. No era ningún secreto que no había tenido éxito en la batalla al lado de su padre, en la Galia, y que hasta el último gramo de su ser ansiaba borrar aquella vergüenza; que esperaba día a día que los ancianos le llamasen para hacer la prueba de los guerreros y sus largas noches, de modo que pudiera probarse a sí mismo que iba a ser el hombre que deseaba ser.

Como madre, Breaca lo sentía por él. Como guerrera, sabía que un niño no se puede convertir en hombre hasta que no haya aprendido a dominar sus impulsos… y que cuanto más demorasen los ancianos su llamada, menos probable era que él encontrase la paz necesaria para hacer tal cosa.

Careciendo de esa aprobación final, Cunomar cazaba enemigos con el odio

inquebrantable de un oso herido, y su creciente cuenta de muertes no conseguía, sin embargo, curar las múltiples heridas de su alma. Despierto y dormido, el resentimiento fluía de él, espeso y visible como un río de niebla.

Desde la oscuridad que había al fondo de la cueva Breaca oyó el sonido de la voz de su padre, Eburovic: «tu hijo anhela tu amor. ¿Por qué no se lo das?».

Eburovic había dado su vida por ella y ella le amaba más que a ningún otro hombre. Vivo o muerto, nunca le había oído decir otra cosa que la verdad. Miró hacia la oscuridad y no pudo verle, pero su presencia le envolvía en su cuidado, como no había conseguido hacer la de la antepasada. No estaba sola.

Dijo:

—He hecho muchas plumas de muerte para mi hijo cada vez que ha matado a un enemigo. Le he dado un caballo de mi propio criadero, y con mis propias manos he fabricado el cuchillo con el que mata. Yo le amaba, y me sentí muy feliz cuando Luain macCalma me lo trajo de vuelta de Roma. Él lo sabe, pero aún sigue abandonando la casa redonda cuando yo entro, y no se acerca a mí desde que empieza el verano hasta que termina. Mi hijo es un extraño que caza con las osas y yo no sé cómo llegar hasta él.

«¿Y por eso cazas tú también sola, sin desear ni requerir su compañía?»

Era su padre; no podía mentirle. Era un fantasma que tenía acceso a muchos estratos de verdad.

Breaca dijo:

—Yo no podría cazar con Cunomar. No es seguro. Ha matado y vivido para contarlo solamente porque las osas cazan en manada y se asignan cada vez tres o más a su protección.

La verdad irrumpió entre los mundos de modo que ella vio a su hijo, lo quisiera o no, en otro lugar y en otro momento; Cunomar volvió la cabeza y miró a su madre con los ojos de un extraño. Ella buscó su mirada e intentó imaginarle llorando lágrimas de oro, pero no pudo.

Como había oído a Graine y visto a Cunomar, también vio a Cygfa, la hija de Caradoc, que no era hija de la carne de Breaca, pero que se había convertido en hija de su corazón.

Como Cunomar, también Cygfa había sido capturada y hecha prisionera en Roma con Caradoc, su padre. Exactamente igual que Cunomar, ella había permanecido a la sombra de la cruz y había pensado que la colgarían en ella. Pero a diferencia de Cunomar, ella había acrecentado su fortaleza interior, y no había sucumbido después a la amargura.

Cuando Cygfa se fue a pasar sus largas noches y volvió convertida en una mujer, iluminada por su sueño, Breaca fue la que habló por ella ante los ancianos y la saludó como hija en todos los aspectos excepto los de la carne, que siempre son los menos importantes.

Alta como su padre, e igual de bella, le trenzaba plumas de muerte a puñados en el

cabello antes de la batalla, y montaba un caballo de su propio criadero. Los guerreros se acercaban para tocar su espada por la suerte que les daría, y no había ninguna duda de que ella lucharía bien, y mataría con limpieza, y que si moría en la batalla, sería solo porque Briga la necesitaba en el otro mundo. En todas las batallas desde su regreso de Roma había luchado al lado de la Boudica con brillantez.

Desde algún lugar distante, la antepasada dijo: «tú la amas como a una hija. Los hijos de tu sangre lo ven cada día y se resienten. ¿Y te extraña que sean más fieles a otros que a ti?».

Breaca yacía en la piedra fría a la orilla del río, con la boca convertida en un desierto por falta de agua. Tenía demasiado calor y demasiado frío y temblaba. Su aliento no bastaba para pronunciar debidamente las palabras. Respondió, susurrando:

—Retuerces la verdad. Mis hijos saben que son iguales ante mis ojos.

«¿Estás segura?»

—Sí.

Pero no estaba segura. Su voz en susurros lo decía, y el flujo del agua, y las palabras de la antepasada, que se hacían cada vez más débiles.

«Tú eres icena. Es tu sangre, y tu derecho, y tu deber. No es demasiado para evitar que los niños lloren. Solo debes encontrar una forma de devolver al pueblo el corazón y el valor que han perdido. Encuentra una forma de convocar a los guerreros y armarlos, encuentra al menos uno con un valor que se iguale con el tuyo, y ganarás. Al final, halla la marca que es nuestra y busca su lugar en tu alma. Si lo sabes, tú ganarás».

Las palabras de la antepasada formaron la imagen de una serpiente-lanza en la oscuridad, hecha de fuego, suspendida en un cielo veraniego.

La serpiente, que tenía dos cabezas, miraba al pasado y el futuro, retorcida. La lanza estaba quebrada, como si estuviese rota. Sus dos puntas señalaban hacia arriba y hacia abajo, a la tierra y al cielo, uniendo el reino de las personas con el reino de los dioses.

Otras se unían a ella, cinceladas en la roca viviente una y otra vez en los muros de la cueva, desde el suelo hasta el techo inalcanzable. En ninguna parte y en todas, la serpiente de dos cabezas miraba por igual al pasado y al futuro, y la lanza torcida yacía en medio, uniendo los dioses a su gente. El fuego chisporroteó y dio más luz, llenando las marcas cinceladas con metal fundido, de modo que cobraron vida y sobresalieron, brillando desde las paredes.

La luz era demasiado intensa. Dolía mirarla. Creyendo que se moría, Breaca apartó la cabeza.

—¿Qué será de mis hijos?

«¿Los dejarás en los rediles de los esclavos? Si consiguieras tu victoria, tendrías que perderlos. Mejor perderlos ahora en Mona, donde se les ama, que más tarde ante Roma».

Las serpientes-lanza de las paredes se fueron desvaneciendo y todo quedó oscuro.

Solo la marca grabada al fuego estaba suspendida en el techo de la cueva, color azul cielo.

Con perturbadora solicitud, la antepasada dijo:

«No hay nadie más que pueda hacerlo, si no, no se te pediría. Si procedes con toda velocidad, la marea de Roma quizá pueda dar la vuelta».

—¿Me lo prometes?

«Yo no te prometo nada. Solo que estaré contigo, y que si me lo pides, puedo darte la muerte, que quizás anheles, o ayudarte a vivir, que tal vez no desees».

* * *

Se despertó oliendo a quemado.

Su manto se estaba chamuscando en el borde de la hoguera, y la herida de su brazo se había abierto y brotaba de ella un pus maloliente. El dolor que la atormentaba era el mayor que había sentido jamás, más incluso que en el parto. Miró hacia arriba en la oscuridad y no vio nada, ni oyó nada, solo el río que corría sin cesar y sus ecos en el silencio.

Al cabo de un rato rodó de lado y luego de cara y empapó el borde del manto para que no ardiera más, y bebió un poco, y luego, castañeteando los dientes, metió el brazo malo en el agua y dejó que la corriente lo limpiase.

Más tarde, arrastrándose aún, encontró las alforjas del mensajero y el ajenjo, verbena y llantén y otras cosas cuyo nombre no sabía y que había enviado Efnís, por si el portador resultaba herido durante su viaje.

Airmid habría sabido mucho mejor cómo usar aquello. Breaca hizo todo lo que pudo recordar, y rezó a los dioses, no a la antepasada-soñadora, para que ayudasen en su curación.

* * *

Se durmió de nuevo, mucho rato, y se despertó más fresca y temblando de hambre, pero no de frío, y así supo que lo peor había pasado. Comió algo de las alforjas del mensajero, agradeciendo a su fantasma su previsión y el regalo de la comida, y fue lentamente a atender a los animales. La ruana la reconoció y relinchó, dándole en el cabello con el morro. Ella se quedó de pie rascándole la cruz y deshaciéndole los nudos de la crin.

Al cabo de un rato, como había pensado en ello y había tomado una decisión, y necesitaba expresarla en voz alta, dijo:

—Nos quedaremos aquí seguras hasta que me encuentre lo bastante bien para cabalgar, y entonces iremos al este. Yo sola. Encontraremos guerreros y los llamaremos a la batalla, y podemos encontrar el hierro para armarlos, y uno que los dirija. Si no devolvemos la marea de Roma, no será por no haberlo intentado. Pero ahora mismo te juro que si las legiones vienen a tomarte a ti o a tus crías para esclavizaros, te mataré o los mataré a ellos, antes que dejar que tal cosa ocurra.

La yegua no sabía nada de la esclavitud, solo notó la pasión que subyacía en las palabras. Volvió la cabeza y descansó su barbilla en el hombro de Breaca y le lamió el cabello empapado de sudor, y durante un momento, en la oscuridad, fueron compañeras, la una para la otra, antes de que emprendiese el viaje al este.

IV

Una luna creciente coronaba el borde de la montaña. Un carrizo cantaba al amanecer. La pequeña Graine estaba echada detrás de una losa con las esquinas rectas, con la mano en el cuello de un perro color azul pizarra llamado Piedra. Desmintiendo su nombre, el perro no yacía quieto, sino que temblaba bajo su contacto, con la mirada fija en el empinado terraplén de la colina, en el lugar donde el brezo de la montaña dejaba su lugar a la hierba y grandes extensiones de helechos. En verano habían cortado el heno que crecía allí, la hierba había vuelto a crecer un dedo más o menos, con lo que era ya un buen pasto. Graine miró al lugar que miraba el perro y, cuando los ojos de ella se convirtieron en los del animal, un triángulo de perfiles borrosos se convirtió en la forma de tres liebres de un año que se alimentaban.

Las liebres eran jóvenes e incautas. Graine, que también era joven, había oído a los demás contar historias de caza: «vigílalos desde la distancia. Cuando cojas a uno solo, ése es el momento de atacar».

Fue Duborno quien le contó aquello, el cantor delgado y atento a quien los dioses habían devuelto vivo de Roma, mientras que su padre había quedado atrás. Duborno hablaba de cazar romanos, pero las liebres no eran tan diferentes.

Graine permanecía echada en la hierba húmeda, al acecho. Nemain, la luna, bajó mucho más, hasta que la liebre que vivía en su superficie no pudo verse ya claramente. Los susurros de la semioscuridad cambiaron y se convirtieron en ruidos diurnos. Graine hubiese preferido que la noche no acabase nunca; en la oscuridad, las abuelas le hablaban desde los países que había más allá de la vida, y ella notaba que comprendía aquel mundo. A la luz del día tenía que fiarse de las palabras poco creíbles de los adultos que la rodeaban, y que le resultaban demasiado confusas.

No es que le mintieran, es que, sencillamente, no tenían la misma visión del mundo que las abuelas, de modo que era difícil saber qué era lo que podía complacerles. Su madre, Breaca, resultaba especialmente difícil de comprender, y era a su madre precisamente a quien más quería complacer Graine… si es que aún seguía viva. Ese interrogante había dominado la mañana y todo el tiempo transcurrido desde aquella oscura tarde con Airmid, cuando ambas vieron cosas en el río que no habrían deseado ver.

Las abuelas no la habían ayudado con aquella visión, ni se la habían explicado. Sin tener nada más sólido que el dolor visto y sentido, Graine decidió comportarse como si su madre todavía estuviera viva y pudiese volver pronto, contando los muertos romanos y, quizá, impresionada por las hazañas de la hija a la que había dejado.

En la ladera de la montaña, contemplado por el perro llamado Piedra, uno de los

gazapos, más atrevido que sus hermanos, se alejó en busca de hierba más verde. «Cuando cojas a uno solo…» En un momento determinado, cuando el sol le mostró el brillo del ojo de la liebre y el perro azul dejó de temblar contra su costado y se quedó absolutamente quieto, Graine levantó la mano.

Los primeros pasos de la persecución helaron el aliento de la niña en su garganta. Había visto a los perros perseguir a uní liebre muy a menudo, pero nunca había sido su perro el que persiguiese a la liebre que ella había elegido, con su pelaje hirsuto, que ya se volvía leonado, y un relámpago color crema en el vientre, con su vida pulsátil y su carrera veloz y sus ojos negro y redondos, perfectos como el azabache pulido. Durante una docena de latidos, Graine se quedó inmóvil, sintiéndose al fin como un verdadero cazador, iluminada ya por el brillo del orgullo de su madre.

Éste era el resumen de su plan: su tío Bán, el traidor, había recibido el título de Cazador de Liebres cuando todavía era un niño, y amigo de las tribus. A Graine le parecía que su madre lloraba a su hermano perdido igual que a Caradoc, que había sido la fuente que alimentaba su alma. Si bien Graine no podía reemplazar a su padre (y los años de ausencia le habían demostrado con claridad que no era posible), entonces, quizá podría convertirse en otra Cazadora de Liebres, capaz de mitigar la pena que causó la pérdida de Bán.

Aquello no cambiaría la realidad de la herida de Breaca, ni de su enfrentamiento con la serpiente-soñadora, pero quizá, al menos, la hiciera sonreír. Graine la Cazadora de Liebres. Sonaba muy bien. Casi podía oírlo pronunciado por Airmid, y ver cómo la Boudica, rodeada por los ancianos, lo aceptaba y se sentía feliz.

Muy cerca. Cazador y cazado, cazado y cazador. Muy cerca.

Piedra ya había pasado sus mejores momentos, pero estaba en forma después de un largo verano de guerra. Al correr, se estiraba y se ponía plano como un halcón, y la distancia de cazador a cazado se iba acortando hasta que casi pudo golpear y matar… pero no del todo.

La liebre estaba muy crecida y había sobrevivido a un largo verano de peligros. Sabía lo suficiente de la caza para salvarse del primer ataque. Los dientes blancos se cerraron con un chasquido en el aire, en el lugar donde estuvo su pecho, pero el animal ya había desaparecido. Buscando una salida con desesperación, se desvió y dio la vuelta sobre sí misma, de modo que, por primera vez, se situó de cara a Graine, que se había puesto de pie y estaba allí hundida en el brezo hasta las rodillas. Aunque estaba muy lejos, la liebre levantó la cabeza y la miró directamente a los ojos, suplicando. Su liebre buscaba su ayuda, y le suplicaba la libertad de vivir, sencillamente.

No era aquello lo que había planeado, en absoluto. El terror invadió a Graine, asfixiante. No su propio terror, sino el de la liebre, el terror paralizante, martilleante de la bestia acosada. Antes de que ella pudiera tomar aliento para gritar, el animal giró de nuevo sobre sí mismo, se arrojó por debajo del cuello del perro y voló directo hacia ella, recto como una flecha, sumergiéndose entre sus piernas en busca de refugio.

Ella habría alejado a *Piedra* si hubiese podido. Hizo lo que pudo, chillándole hasta que la garganta se le quedó en carne viva, pero todo el mundo sabía que cuando uno de los perros del linaje de *Granizo* estaba cazando, o en la guerra, lo único que podía detenerle era recibir un lanzazo. Graine solo tenía seis años y no disponía de ninguna lanza para arrojarla, y aunque la hubiese tenido, nunca se habría atrevido a hacer daño al perro que heredó el corazón y el alma del legendario *Granizo*, y que era todo lo que le quedaba a su madre de la vida antes de la invasión romana. Se quedó allí, petrificada, entre el brezo, y el perro pasó corriendo junto a ella, impersonal como un rayo, igual de sordo, igual de letal.

La liebre estaba a la distancia de un brazo. El tiempo se distendía mientras daba vueltas y vueltas, una tercera vez, una cuarta, girando sobre sí misma, esquivando las mandíbulas terroríficas en busca de un aliento más de vida, una vida tan preciosa que Graine podía notar su necesidad de sobrevivir como un sabor a hierro en la lengua. Fue a coger al animal, desesperada por ayudarle, y ese movimiento fue su perdición. La liebre titubeó y falló la última vuelta, y *Piedra*, superándose a sí mismo, se estiró la distancia de una mano más, para alcanzarla. El animal murió, chillando, con el pecho roto sobre su corazón. Hasta el final, los ojos negros siguieron clavados en los de Graine, rogándole silenciosamente refugio y libertad.

En aquel momento, a los seis años de edad, de pie y metida hasta las rodillas en la hierba húmeda, con la media luna fantasmal de Nemain neblinosa en el cielo occidental, Graine nic Breaca macCaradoc, heredera del linaje real de los icenos, comprendió con espantosa lucidez la auténtica indefensión de los dioses cuando las fuerzas que desatan con buena intención destruyen a aquellos que les han pedido ayuda. La enormidad de ese hecho, la ilusión de esperanza, cuando en realidad solo hay una muerte cierta, la abrumó. Se sentó en la hierba y lloró como solo puede llorar un niño, por la liebre, que era el animal de Nemain por encima de todo; por su madre y por su padre, que vivirían separados para siempre, por sí misma, perdida en un mundo de fuerzas ciegas donde Cygfa y Cunomar habían vuelto de la muerte para reclamar partes del corazón de su madre, que ya estaba demasiado dividido, y por último, por el valiente perro de guerra de gran corazón que lo había dado todo en la caza y venía hacia ella para recibir su alabanza, y que no comprendía por qué ella no se la daba, y por el contrario, se agarraba a su cuello y lloraba.

* * *

Airmid, soñadora de Nemain, la encontró poco después del mediodía, junto a la corriente, en aquella parte del bosque donde el sol era menor. Graine estaba sentada en el tronco de un abedul caído con el perro, Piedra, echado a un lado, y el cuerpo despellejado de una liebre en el césped ante ella. La piel estaba extendida sobre unas

rocas, y la había limpiado en parte. La cabeza, mal cortada, estaba en una piedra en mitad de la corriente, de cara al oeste, hacia los antepasados. Un rizo de cabello largo color sangre de buey ondulaba en la corriente a su alrededor, sujeto por otras piedras. Había un trozo calvo en la cabeza de Graine, que estaba sentada y encorvada, sollozando junto a la corriente.

La soñadora llevaba desde el amanecer buscando a la niña que no era su hija, pero que había ocupado ese lugar en su corazón. Viéndola, la ansiedad de la mañana se convirtió casi en ira, y luego en un miedo mucho más hondo. Se quedó quieta, pensando que no la veían ni la oían. El perro no mostró señal alguna de haberla reconocido, pero aun así, sin levantar la vista, Graine se inclinó hacia delante y volvió la liebre para que mirase hacia ella desde la corriente.

—Quería honrarla —dijo—. Me ha enseñado lo que ha sido de mi madre en la cueva de la antepasada.

Airmid podía correr tan rápido como cualquiera de los guerreros, cuando se lo proponía. Sin preocuparse por su túnica, cruzó las piedras húmedas del río, arrodillándose junto a la niña, sujetó los pequeños y temblorosos hombros. Una cascada de pelo despeinado quedó entre sus dedos, esa parte de Graine que pertenecía solo a la niña, y no tenía eco alguno ni en sus padres ni en sus abuelos, por ninguna de las dos partes. Cuando nació era pálido como la paja de invierno, y durante un tiempo pareció como si los sueños de toda una vida hubiesen estado equivocados, pero el espeso cabello color sangre de buey creció a lo largo del primer año y confirmó al fin los primeros inicios de esperanza.

Más tarde, cuando el bebé se convirtió en niña, su pequeñez se hizo evidente; las finas líneas de sus rasgos no se parecían a nadie más que al hermano de su madre, Bán, con quien Graine solo compartía una pequeña parte de sangre.

Solo los ojos de Graine eran indiscutiblemente como los de su padre: ese gris cambiante que se desplazaba, según la movible climatología de su alma, desde la densidad de las nubes tormentosas al casi azul del hierro recién forjado. Externamente, la niña no tenía nada de su madre. Había que comprender y amar profundamente las almas de ambas para ver el fuego que ardía en su interior, y la distinta forma en que se había moldeado en la soñadora y la guerrera.

Ahora había poco fuego en el interior de Graine, que solo era una presa herida y frágil. El tronco de abedul estaba echado a lo largo de la orilla, derramando plumosos filamentos de corteza blanca en la tierra. Sentada a una cierta distancia, Airmid sacó de su bolsa un puñado de avellanas con cáscara y unas manzanitas silvestres marchitas que había recogido al amanecer, pensando en compartirlas con su no-hija. Ahora le ofrecía una, mirando hacia el agua, más allá de la liebre.

—¿Puedes contarme lo que te ha enseñado la liebre? —preguntó.

En los bosques que había detrás, el viento del oeste jugaba con las hojas de otoño, aflojándolas. Graine levantó la vista. Sus ojos grises no tenían edad.

—Cuando mi madre estaba luchando contra la traidora Cartimandua, tú rezaste a

Nemain pidiendo ayuda —dijo—. Y aun así, perdimos.

«Me ha enseñado lo que ha sido de mi madre…» Airmid respiró honda y lentamente, y aflojó los puños. Estaba con Graine cuando ambas tuvieron la visión de Breaca. Llegó neblinosa a través del agua, pero a pesar de encontrarse a una distancia tan grande, quedó bien claro que la guerrera se estaba muriendo. Airmid había rezado y soñado constantemente durante los tres días transcurridos desde entonces, pero no se le había mostrado nada más. Graine, a quien los dioses enviaban visiones más allá de la imaginación de cualquier soñador de Mona, decidió no compartir lo que sabía, y por el contrario, centró su mente en las batallas perdidas del verano.

No se podía hacer nada para apresurarla; aquella niña tocada por los dioses no debía sufrir presiones.

—Los dioses saben más que nosotros cómo deben ir las cosas. Podemos rezar, y debemos hacerlo. Pero no todo lo que pidamos se nos otorgará.

—No, o si no los romanos habrían embarcado y se habrían alejado navegando hace ya mucho tiempo.

—Ciertamente. Pero siempre ha sido así, y debe continuar siendo así. Si todas las plegarias fueran concedidas, nos volveríamos arrogantes y pediríamos demasiado.

Graine pensó un momento y luego dijo:

—¿Y eso sería malo?

Airmid le respondió:

—Podría serlo. Creo que llegaría un momento en que dejaríamos de honrar a los dioses por lo que nos han concedido. Y entonces nos quedaríamos realmente sin dioses.

—¿Como los hombres de las legiones?

—Algunos de ellos.

—Eso sería malo.

Se quedaron calladas un rato. Podía haber sido un día como cualquier otro. Comieron tranquilamente hasta que las avellanas se acabaron. Airmid partió una arrugada manzana entre sus manos y le ofreció la mitad. El olor era ácido, como la hierba nueva, con una base dulce y almendrada. Graine la tomó sin verla. Su mirada estaba fija en la de la liebre. Los ojos estaban abiertos y eran opacos, como agua empolvada.

Graine dijo:

—Creo… quizá… ¿podría ser que Nemain no pudiera ayudamos, por mucho que le rezásemos? Igual que yo no he podido ayudar a la liebre, aunque quería hacerlo.

Y entonces quedó más claro el porqué de la piel tensada y la cabeza cortada. Conteniendo un movimiento más grande, Airmid se inclinó hacia delante y apartó un mechón de pelo que caía encima de la frente de Graine. Los dioses hablaban de formas pequeñas, indefinibles. El entrenamiento de un soñador consistía en saber cómo escuchar. Allí, en presencia de una niña que encarnaba su propio sueño, todo el cuerpo de Airmid vibraba escuchándola. Una urraca voló por encima de ellas y

graznó una vez, estentórea en el silencio de la mañana. Más discretamente, una trucha chapoteó en la corriente y aterrizó de forma poco elegante, salpicando más de lo que tenía que haber hecho. Una rana croó, y estaban en una época del año demasiado tardía para las ranas.

De esas sutiles formas el dios advirtió a Airmid que debía escoger las palabras con mucho cuidado. Veinte años de enseñanzas en Mona y un puñado de años antes al servicio de la anciana abuela le habían ayudado a encontrar las palabras que debía pronunciar.

Inclinándose hacia delante, la soñadora tomó las dos manos de la niña entre las suyas.

—Puede que tengas razón. Es posible que los dioses no puedan hacer nada, pero la liebre es el animal de Nemain, y si ha muerto, lo ha hecho para volver con ella. La muerte no es mala, si llega en el momento adecuado, eso debes recordarlo. Y tú no eres una diosa, sino otra de las criaturas de Nemain. No podrías haber evitado la muerte de la liebre, igual que una alondra no puede evitar que tú te comas una manzana. No está en tu mano.

—¿Quieres decir que la liebre murió porque quiso? Yo no creo que fuera así.

—No, tampoco creo eso. No he dicho eso. He dicho que quizá murió porque había llegado su momento. No podemos saber por qué, pero quizá si *Piedra*, que es el mejor de los cazadores, no la hubiese capturado y matado limpiamente, le habría ocurrido algo mucho peor después; un águila podía haberla cogido y desgarrado para alimentar a sus crías, o un cachorro de zorro que todavía no hubiese aprendido a matar bien podía haberla dejado lisiada, y así habría muerto de hambre durante el invierno. O quizá, sencillamente, era su hora de volver con Nemain, que es quien decide esas cosas. Nosotros, que no somos dioses, no podemos saberlo.

—¿Pero Nemain sí que puede?

Airmid se tomó un tiempo para pensar. Las manos que sujetaba se habían puesto frías, y luego demasiado calientes. Ella las volvió, examinó las uñas mordidas con su habitual media luna de mugre. Los ojos grises la atrajeron de nuevo.

—No lo sé —dijo—. En realidad, no lo sé. Pero creo que tenemos que creerlo así, o si no, no nos quedaría nada que creer. Quizá no sea cierto. Quizá la liebre murió porque tú decidiste enviar el perro a por ella, y no hay nada más. ¿Preferirías creer eso?

En el largo silencio que siguió, los pájaros se quedaron quietos en las ramas y la rana croó sola.

—Si lo creo, ¿hará eso que sea verdad?

—No me parece que lo que nosotros creamos cambie nada, excepto a nosotros mismos.

—No… En ese caso, preferiría creer que murió porque le había llegado la hora de volver con Nemain. Pero eso significa… —Graine titubeó. Era una niña de seis años, planteándose preguntas que habían atormentado a los sabios desde la época de los

antepasados más antiguos. Tenía el ceño tan fruncido que la frente estaba aplanada encima del hueso.

Airmid dijo, suavemente:

—Significa que Nemain ve una gran parte del cuadro, y nosotros solo vemos lo que tenemos ante nuestros ojos. Significa que si tu padre Caradoc está en la Galia, está por algún motivo que nosotros no conocemos.

—¿Y el hermano traidor? ¿Por qué está en Hibernia?

—Valerio. Era Bán, pero ahora se llama a sí mismo Valerio —Airmid acarició una pequeña mejilla que podía haber sido fácilmente la del hombre—. No nos ayuda en nada pensar mal de él. No sé por qué está allí. No puedo llegar hasta él ni verle. Se ha cerrado en sí mismo ante el contacto de los dioses.

Airmid no le había contado todo aquello a nadie más; ciertamente, no a Breaca. Graine tembló con el frío del amanecer, y no fue solo su piel la que repiqueteó con el sonido de la voz del dios. Viendo que era posible mostrar la hondura de su preocupación sin hacer daño, Airmid se inclinó hacia delante y apretó el cuerpecito contra su pecho, calentándola y sujetándola muy cerca.

El temblor duró un poco todavía. Airmid dijo, mientras besaba el cabello abundante y rebelde:

—Debemos aprender a tener paciencia las dos. La respuesta llegará bien clara con el tiempo, aunque tengamos que esperar a la muerte para verla.

—¿La muerte hace que las cosas sean más claras?

—La muerte hace que todo sea más claro.

—Entonces el hombre que Sorcha lleva en el barco lo sabrá todo a mediodía.

La niña era excepcional, pero algunas cosas estaban incluso más allá de los dioses. Bruscamente, Airmid le preguntó:

—¿Cómo sabes eso?

El pequeño rostro se volvió hacia arriba. Durante un momento Graine adoptó un aire serio, con aquella mirada lejana que había aprendido de los soñadores. Luego sonrió y volvió a ser una niña de nuevo, encantada por el éxito de su ardid.

—Estaba allí cuando me he ido de la cabaña de Sorcha con *Piedra*. Le he visto cabalgar hasta la orilla del agua y hacer la señal. Cabalgaba de lado, sujetándose el vientre, y cuando ha intentado desmontar se ha caído del caballo y éste se ha alejado de él. Solo hacen eso cuando un hombre se está muriendo, Gwyddhien me lo dijo.

El vello en los brazos de Airmid se erizó, y se le secó la garganta. Algunos sueños de las noches pasadas se hacían más claros de lo que a ella le habría gustado. Despreocupadamente dijo:

—Si Gwyddhien lo dijo será verdad. ¿Ha ido Sorcha a ayudarle?

—No, todavía no. Se estaba levantando para alimentar al bebé cuando yo me he ido. Ahora ya estará lista. Deberías ir. Trae noticias del este. La liebre me lo ha dicho.

—¿Y te ha dicho la liebre qué noticias traía?

Los ojos grises se abrieron mucho.

—No. Me ha enseñado a su hermano, que está muerto. Mi madre se encontró con él y le dio su mensaje. Estuvo enferma por la herida que vimos pero la serpiente-soñadora la curó. Ahora se va y no volverá nunca. Los antepasados están con ella. No pueden mantenerla a salvo mucho más que los dioses. Pero la vigilarán para que nosotras lo sepamos si cae.

—Gracias —tanto de labios de una niña. Tanto contenido en lo que duraba una mañana. Tanto que lamentar y temer y quizá planear.

Airmid no se esforzó por sonreír; con Graine, tal cosa sería un insulto. Se levantó, sujetando la mano de la niña, y dijo:

—En ese caso, no podemos hacer otra cosa que saludar al mensajero. ¿Crees que vivirá lo suficiente para transmitir su mensaje?

—Si nos damos prisa, sí.

—¿Puedes correr?

—Claro.

—Entonces vamos.

Corrieron juntas por el sendero pedregoso hacia la cabaña de Sorcha. Una rana solitaria en la orilla del río croaba una canción de duelo de otoño.

V

Metido en un hoyo, el fuego no producía humo, solo una neblina de aire quemado que emborronaba las líneas rectas de los abedules que lo rodeaban, de modo que éstos titubeaban como si estuviesen reflejados en el agua. Detrás, el cielo vespertino nublado incorporaba las ondulaciones del océano, de modo que Breaca podía haber estado de nuevo en la cueva, encerrada en los sueños febriles de la antepasada, pero no era así.

Los sueños habrían sido más agradables que la realidad. Estaba sentada, envuelta en su manto, con la espalda apoyada en una roca, y deseaba, sin esperanza alguna de conseguirlo, el calor y la compañía de un perro. Los días anteriores a la invasión de Roma, ningún cazador, guerrero, comerciante o herrero ambulante habría dormido jamás a cielo abierto sin un perro que mantuviese alejado el frío de la noche.

Era un pequeño cambio en medio de todo el cataclismo de la ocupación, pero servía como indicador de la vida que habían perdido, y una vez más era una pluma que se añadía al platillo de la balanza de su decisión, por si alguna vez lo lamentaba: por el calor que prometía un perro en una tarde de otoño, Breaca de Mona, antes de los icenos, había abandonado a sus guerreros y la isla de Mona que había sido su hogar y su seguridad durante casi veinte años. Había abandonado a sus hijos, para los cuales nunca había sido una madre del todo, y a los guerreros, para los cuales había sido la Boudica, portadora de victoria, y, al salir de la cueva de la antepasada con la herida del brazo medio curada, dirigió a su yegua hacia el este, hacia las tierras de los icenos, y ni una sola vez miró hacia atrás.

«Los dioses muestran los muchos futuros posibles… y corresponde a los vivos poner de manifiesto cuanto se ofrece».

La antepasada-soñadora le había dicho aquello al irse, hablando desde el perro de piedra, mientras Breaca eliminaba las últimas hierbas, en cumplimiento de su promesa, y luego se ponía en pie sobre la piedra para montar su caballo.

Pensó en ello más tarde, cabalgando hacia el este por unos senderos apenas hollados, concentrándose en los pequeños sacrificios para que los grandes no la abrumaran. No era difícil encontrar cosas que llorar: la pérdida de Piedra, que era su mejor perro de guerra y el último hijo que quedaba de *Granizo*; la pérdida del semental castaño que tenía que haber cubierto a la yegua azul en primavera, y la potranca de un año que era su hija y que superaría a sus padres; la pérdida de tantos cuchillos de caza que yacían en el estante, detrás del lugar donde dormía, en la casa grande; la pérdida de la antigua espada con la osa amamantando en el pomo, y que había sido de su padre Eburovic y de su padre antes de él y de su madre antes de él,

pasando de año en año, a lo largo de la historia más distante de los icenos.

Aquella espada tendría que haber ido a parar a Cunomar, en sus largas noches, y quizá lo hiciese todavía; Ardaco sabía dónde se guardaba, y haría lo que fuera necesario, pronunciando las palabras de la ofrenda como si fuese el padre de aquel niño que se hacía hombre, y no simplemente su mentor. Cygfa no podría estar presente en la ceremonia, ya que solo los hombres podían tomar parte en las largas noches de los chicos, igual que solo las mujeres velaban por las chicas pero sí que podría trenzarle el cabello después, junto con Airmid y Graine, cuando saliese para unirse a…

Breaca se detuvo y maldijo su mente indisciplinada. Nunca se había considerado débil, y no deseaba empezar a hacerle entonces.

Dominando su respiración, levantó la cabeza y miró más allá del fuego al lugar por encima de las copas de los árboles donde el semicírculo de la luz de Nemain iluminaba las siluetas de las ramas sin hojas. Cuando se asomó por encima del campamento romano, la luna estaba en el último día del cuarto menguante, demasiado vieja para mostrarse por la noche. Ahora estaba a mitad de camino de la luna llena, y arrojaba sombras en el paisaje. Cinco días había perdido curándose en la cueva, una vida entera cada uno de ellos.

La noche era menos quieta que antes. Un viento húmedo soplaba desde el sur, extendiendo la neblina por encima del fuego, baja y plana. Los árboles oscuros inclinaban sus copas hacia el norte y el cielo que había detrás brillaba con estrellas tempranas. La yegua ruana se movió, olfateando la brisa, y luego se movió otra vez y resopló suavemente por los ollares.

«¡Muévete!»

No era la antepasada quien hablaba, sino la parte más vieja de la mente de Breaca, que estaba unida a la serpiente-lanza y a la vida. Se puso de pie, echó su manto sobre el fuego y lo pasó por encima del hoyo de la hoguera para esconder su resplandor. Llevaba en una mano sus piedras de honda y la honda en la otra, y ya estaba al abrigo de los árboles, moviéndose silenciosamente sobre las hojas húmedas de lluvia y escondiéndose entre los arbustos, que cedían hacia delante para dejarla pasar y se cerraban luego tras ella después, negando que hubiese estado allí siquiera.

«Ve al sur; el viento viene del sur, y trae el aroma del hombre a la yegua».

Breaca describió con cautela un círculo hacia el sur, como una lechuza en vuelo, cambiando la honda por el cuchillo, que mata mejor en distancias cortas. Su yegua se quedó erguida, como si estuviese esculpida en granito, como algo que formaba parte de la noche. El vapor que se elevaba del manto calentado por el fuego finalmente traicionaría a los rastreadores el hecho de que ella había estado en aquel claro, pero no les revelaría su nueva posición.

El enemigo estaba solo y bien escondido. Estaba echado debajo de un endrino raquítico, y solo el borrón pálido de su cabello le permitía a Breaca distinguirlo. Por tanto, no era romano; entre los invasores, solo los hombres de la caballería gala tenían

un cabello de ese color, y no tenían destreza para aquello. Podía ser un explorador coritano, un traidor de la tribu del este, los que eran vecinos de los icenos, que eran partidarios de Roma, y cuyos mejores exploradores recibían una buena paga en oro para cazar a sus propios compatriotas. Breaca había matado a dos de ellos en días recientes, y no le habían parecido más hábiles que sus amos romanos, sino, sencillamente, más cuidadosos en campo abierto.

Esperó y observó, y luego apretó la hoja de su cuchillo en la tierra y, con la mano libre, buscó entre sus guijarros pintados de negro. Dos tenían unas líneas-serpiente rojas en lo negro, pintados en Mona, donde la serpiente-soñadora era un recuerdo seguro y distante. Breaca los conoció por el dolor agudo que causaban en su palma. Sacó uno de su bolsa y lo colocó en el hueco de su honda. Esas dos piedras solas no solo extraían la vida de sus enemigos, sino que extinguían también los fuegos del alma. Era un destino adecuado para un traidor, y hasta los impíos coritanos habían aprendido a temerlo.

Al final, cuando el vapor de su manto se convirtió en humo, el explorador se levantó de su escondite y avanzó, echado sobre el vientre y silencioso como una serpiente. Si la estrategia de su rastreo era fatalmente defectuosa, la calidad de sus movimientos, en cambio, era exquisita. Una fluidez sinuosa que no alteraba ni las hojas, ni las ramas pequeñas, y que le hacía avanzar hasta el lugar donde ella había estado.

Donde había un rastreador que conocía su oficio, podía haber dos. Ese conocimiento fue el que aplacó la mano de Breaca cuando el rastreador emergió más allá del endrino y el guijarro negro y rojo podía haberle matado. La Boudica no llevaba tantos inviernos cazando sola para que la sorprendiera un guerrero dispuesto a sacrificarse para atraparla. Observó el lugar donde el explorador se había quedado esperando.

—Es bueno, ¿verdad? Pero no tanto como tú y yo.

El murmullo formaba parte de la noche, un suspiro de la brisa. La voz era la de un amigo, y la última que esperaba oír.

—¿Ardaco?

Se volvió despacio. El guerrero menudo y marchito le sonrió desde la base de un abedul. Ardaco dirigía a las osas y era el mayor defensor de sus aptitudes. Luchaba desnudo y a pie, embadurnado con la grasa de oso color gris teñida de glasto que le daba su poder, y pintado con arcilla blanca para aterrorizar a sus enemigos. Ahora no iba pintado ni apestaba a oso, sino que iba desnudo y solo llevaba un cinturón con un cuchillo, y su cuerpo se confundía con la tierra que le rodeaba como haría una piedra o un oso dormido. Breaca le veía porque él había dejado que le viese. Con toda probabilidad había pasado junto a él al rastrear al rastreador, y no había notado ni el más mínimo indicio de su presencia.

La sorpresa se convirtió brevemente en ira y luego en una ansiedad acuciante. Los ancianos ya enviaron a Ardaco una vez a buscar a la Boudica y llevarla de vuelta a

casa. No le hacía ninguna gracia tener que pelearse con él por el derecho a continuar en el este.

Con un suspiro casi silencioso, ella le preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

—He jurado proteger a tu hijo en tu ausencia. Las osas me lo pidieron y yo consentí, de buen grado. Allá donde va él, voy yo. A quien él persigue, yo lo persigo, aunque la presa sea su propia madre.

Ardaco hizo una señal hacia delante y lo que tendría que haber sido obvio se hizo obvio: el explorador que seguía el rastro de la Boudica no era ningún traidor coritano, sino Cunomar, su hijo mayor, digno hijo de su padre en muchas, muchas cosas… pero no lo suficiente.

Cunomar había llegado al borde del claro y estaba abriéndose camino hacia delante entre los abedules. Breaca notó el peso de la piedra pintada de rojo al dejar caer su honda. Al comprender lo cerca que había estado de matarle se sentía aturdida por el terror. La voz de la antepasada resonaba en su mente. «Si tuvieras tu victoria, deberías perderlos…»

—Pero no así —habló en voz alta sin querer.

Ardaco meneó la cabeza.

—Estoy aquí para protegerle. No te habría dejado tirar.

—¿No? —Con los ojos ella midió la distancia que le separaba de Ardaco. Dos largos de lanza entre ellos. Podían discutir hasta el fin de sus días si eso habría bastado o no.

Ella dijo entonces:

—No lo comprendo. ¿Qué hace Cunomar aquí? ¿Y por qué me está siguiendo cuando podía venir cabalgando tranquilamente y compartir mi fuego?

—¿Podría? Él cree que no. Tu hija cree que tú nos has abandonado, y por eso ahora, por primera vez, tus hijos están unidos en su miedo y su pérdida. Quieren llevarte de vuelta o unirse a ti en tu huida. Tu hijo creía que si iba cabalgando hasta tu fuego, tú te irías antes de que él llegase. ¿Acaso no tenía razón?

Era tarde, y Breaca estaba cansada, y su mente no se había recuperado aún del todo de aquella herida de lanza que se había infectado. Dijo:

—¿Cygfa cree que he abandonado Mona? ¿Y cómo lo sabe ella?

Ardaco se pasó la lengua por los bordes de sus blancos dientes. Siseó con desaprobación o desesperación.

—Breaca, tienes dos hijas, y no es Cygfa la soñadora, sino Graine, tu hija de sangre. Ella soñó que estabas herida, y sabe que las abuelas y las antepasadas deseaban que viajases hacia el este, pero no por qué te enviaron lejos de nosotros. Ni tampoco sabe si estás lo bastante bien para viajar.

Él alzó la mano y tocó los bordes rojos e hinchados de la herida en el brazo de Boudica, que ya se curaba. Con un tono distinto, dijo:

—Ya te había dicho antes que no debías cazar sola. La lanza entró muy honda.

—Pero no demasiado, y el que la arrojó está muerto. Él…

—¿Madre?

En algún momento de la conversación habían dejado de susurrar y, al oírles, Cunomar había abandonado su acecho. Estaba de pie en el centro del claro, mirando al lugar donde pensaba que podían estar. Como Ardaco, cazaba desnudo, y la luna que acababa de salir ponía brillo en su pelo y en la piel blanca que había debajo. Era, en muchos aspectos, la viva imagen de su padre, y sin embargo, resultaba claramente defectuoso.

Breaca se esforzó por mirar el pequeño fragmento de Caradoc, que pesaba más que el hecho candente de la piedra de honda pintada de rojo que sujetaba en la mano. De pie, le sonrió como bienvenida:

—Estoy aquí. Si pudieras quitar mi manto del fuego antes de que se queme, igual lo podría llevar otras noches.

Él la miró sin expresión alguna. A diferencia de Ardaco, llevaba tanto la arcilla como la grasa de oso de las guerreras osas. Como para demostrar algo, se había pintado en el rostro toda la parte de la calavera de oso que le estaba permitida a un chico que aún no había pasado sus largas noches. Círculos blancos rodeaban sus ojos, y unas líneas finas corrían a lo largo de sus pómulos, acabando en una flecha que subía hasta la frente. Era un extraño, como lo había sido desde el momento en que bajó del barco que le traía de la Galia. La antepasada se lo había dicho ya a Breaca, y ella lo negó. Allí, en aquel momento, comprendió los muchos estratos de la verdad, y el precio que ella había jurado pagar.

«Es mejor perderlos ahora, en Mona…»

Dijo, en tono muy bajo:

—¿Cunomar? Me has rastreado muy bien. ¿Quieres levantar el manto…?

Él la miró un momento más y luego lo hizo, rígidamente. Se alzó una humareda blanca seguida por una ráfaga de llamas hambrientas de aire.

—Gracias. Hay leña en la piedra erguida que tienes detrás del pie izquierdo. Si echas un poco de leña a las llamas, podemos sentarnos al calor, al menos, mientras me cuentas cómo has conseguido seguirme hasta tan lejos. Los rastreadores coritanos de Roma pagarían una buena cantidad de oro por saberlo.

Ella hablaba como lo haría con un niño, y su hijo lo notó. Se agachó junto al hoyo de la hoguera y las llamas iluminaron las fantasmagóricas marcas de la calavera en su rostro. El resentimiento y la desconfianza moldeaban las facciones que había debajo. Su mirada vaciló y se posó en la honda que colgaba de la mano de ella, y se quedó allí.

—¿Te ha impedido Ardaco que me mataras? —había mucho dolor en la corriente que subyacía debajo de aquellas palabras.

«Tu hijo ansia tu amor. ¿Por qué no se lo das?» Para que hubiese amor, primero debe haber verdad, y había pasado mucho tiempo desde que Breaca se la había dado a Cunomar.

Ella estaba a punto de perderle. Sabiéndolo, se sentó en una piedra y le habló por

primera vez como hubiese hablado con su padre.

—No, Ardaco no ha impedido que te matara, aunque lo habría intentado. La verdad es que pensaba que eras un cebo, enviado por delante para hacerme salir. Esperaba a ver quién iba detrás de ti.

—Y como yo no era un rastreador coritano pagado por Roma, el que esperaba detrás era Ardaco, protector de los hijos de Boudica. Cuando mi padre luchó en la Batalla de la Pata Lisiada, encargaron a Duborno que me cuidara. Ahora, él cuida de Graine y Ardaco es quien debe vigilarme a mí. Debe de resultar muy tedioso para ambos.

Breaca miró hacia el fuego, en busca de respuestas, y no encontró ninguna.

—Pregúntaselo a él —dijo—. Tendrás tiempo de sobras para discutirlo en el camino de vuelta a Mona.

Una sombrase unió a ellos. Incluso a la luz del fuego, Ardaco conseguía ser solo medio visto. Llevaba con él una piel de oso envuelta en un fardo. La dejó a sus pies y dijo:

—Te he traído esto. No deberías volver para llevar la torques de tu pueblo sin ella.

—¿Cómo sabes que voy a volver para llevar la torques?

Ardaco respondió:

—Uno de los tres mensajeros de Efnís llegó vivo a Mona. Murió en el estrecho, antes de cruzar, pero Airmid oyó su mensaje y comprendió entonces el sueño que Graine le había enseñado. Tú vas a volver para recuperar el gobierno de los icenos de manos de Tago, si es que él te deja. Para pensar siquiera en algo semejante, debes llevar la espada de tu padre y la tuya propia.

Desenvolvió el bulto a la luz del fuego y aparecieron dos espadas juntas en la parte lisa del pellejo de oso: la osa amamantando en el pomo de la mayor se superponía ligeramente con la serpiente-lanza que marcaba la más pequeña, de modo que las dos se entrelazaban y formaban solo una. La espada de la osa de Eburovic albergaba el alma de sus antepasados, remontándose a demasiadas generaciones para contarlas. Su pérdida había sido una de sus muchas fuentes de dolor, pero Breaca había llevado la espada con la serpiente-lanza en todas las batallas en las que había luchado, y todavía no se atrevía a llorar su pérdida.

Por encima de la fogata, tomó la hoja de la serpiente-lanza y la levantó, notando el ligero estremecimiento de muerte que siempre le provocaba. Después siguió una paz profunda que ella no había echado de menos hasta su regreso.

—Gracias. Algunas cosas resultaba fácil dejarlas atrás, pero ésta no era una de ellas.

—¿Y nosotros? —le preguntó Ardaco, tenso. A su manera, también se sentía herido, como Cunomar. En tiempos fue su amanté, después de Airmid y antes de Caradoc, y había creído que ella confiaba en él por encima de todo.

—No, claro que no. ¿Cómo puedes pensar semejante cosa? Pero yo jamás te pediría que te arriesgaras a colgar en una horca romana solo porque deseo tu

compañía para…

Una ramita crujió debajo de un pie mal colocado. Todos eran guerreros, hasta Cunomar; antes de que el silencio roto se hubiese cerrado en torno a ellos ya estaban de pie en la oscuridad, lejos de la fogata. El manto de Breaca yacía una vez más encima del fuego, escondiendo el resplandor. La lana desprendió vapor y luego humeó, más pronto de lo que había hecho antes. Tres cuchillos aparecieron a la luz de la luna, oscuros.

La ramita chasqueó de nuevo, y luego por tercera vez, y resultó evidente que no la habían roto por accidente, sino deliberadamente, como señal.

—¿Acaso tu familia es el enemigo, ahora? —la voz llegaba entre los árboles. No procedía de la familia de la sangre, sino de la familia del corazón, divertida y segura de la bienvenida. Cygfa conducía su caballo hacia delante, en el calvero, con el cabello claro e iluminada por la noche.

—Tu soñadora se quedó sin su guerrera y tu hija sin su madre. Dije que te las devolvería a las dos, o que te devolvería a ti a ellas. No pensaba cuando lo prometí que resultaría tan duro seguirte la pista. Nunca te habría encontrado si Ardaco no hubiese seguido tu rastro, y Cunomar antes que él. Realmente, deberías quitar tu manto del fuego. Es demasiado bueno para dejar que se queme.

Cygfa era hija de Caradoc en todo. Su media sonrisa era la de él, y eliminaba la acidez de las palabras y añadía a cambio algo distinto y más difícil de soportar. Por el espacio de una docena de latidos la joven guerrera quedó de pie, sola, a la luz de la luna, y Breaca tuvo tiempo para rezar a Briga y a Nemain porque no había sucedido lo peor. Luego los abedules se estremecieron y Airmid y Graine se adelantaron y la noche se detuvo, y habría sido mucho, mucho mejor no haber abandonado nunca la cueva.

—Airmid…

No habían llegado solas. Una silueta borrosa al costado de Airmid, al soltarla, saltó hacia delante. Un perro no comprende las complejidades de los antepasados y sus visiones, pero *Piedra*, el último y mejor de los hijos del perro de guerra, *Granizo*, notó el dolor en la voz de aquella a quien amaba más que nada, y supo que solo él podría curarla.

Un perro, al menos, podía ser bienvenido sin arriesgarse a destruir la visión de la antepasada. Con más dolor del que recordaba desde la captura de Caradoc, Breaca se arrodilló y abrió los brazos. *Piedra* salvó las últimas zancadas en el calvero como si estuviera persiguiendo a una presa y los miembros de su familia reunidos, tanto de sangre como de espíritu, les contemplaron mientras Boudica hundía las manos en el pelaje del perro de batalla y un manto de lana humeaba con un humo espeso junto a ellos.

Fue Graine quien quitó el manto de su madre del fuego. Era demasiado pequeña para levantarlo del todo. La lana chamuscada arrastró por el suelo. El humo subió un tanto atropelladamente desde un lugar junto a su hombro. El fuego, al recobrar el

aire, volvió a revivir y sus llamas anaranjadas iluminaron el rostro de la niña desde un lado, dejando la otra mitad en la oscuridad. Repartidas así entre luz y sombra, se vio que sus pequeñas facciones estaban muy tensas, para no llorar.

—Todas te hemos encontrado —dijo, por si no resultaba obvio—. Yo soñé con los abedules, y Cygfa encontró tu rastro. Airmid sabía cuándo estabas cerca, y que Cunomar ya estaba aquí.

Estaba de pie muy quieta, apenas a un largo de lanza de su madre, con los puños infantiles apretados encima del pecho. La hija de Boudica nunca vertería lágrimas en presencia de otras personas, pero la soñadora profética que había llorado por el dolor de su madre, a un día a caballo de distancia, y luego había soñado con ella en el bosque, bien podría hacerlo.

Las dos luchaban en el interior del alma de la niña, de modo que las lágrimas temblaban en sus párpados, sin poder caer. Graine retrocedió un paso y se acercó a Airmid, muy cerca de ella, y deslizó su manita en la de la soñadora, buscando su consuelo.

Los pelos se erizaron en la nuca de Breaca. En algún lugar distante la antepasada se reía.

«… mejor perderlos en Mona, donde se les ama…»

La verdad se le reveló desnuda, como un cuchillo. Aunque solo la comprendía a medias, había resultado muy fácil seguir la lógica de la antepasada: era mucho mejor que todos aquellos a los que amaba estuviesen al cuidado unos de otros allá en el oeste que arriesgarlos en las tierras rotas del este, donde el coste de su fracaso podía pagarse con niños encadenados en recintos para esclavos. Ver que la verdad se le revelaba de una forma tan cruda, en Cunomar y luego en Graine, eliminaba todas las dudas, de una forma apabullante.

Breaca se irguió, dispuesta a decirlo, y vio que Airmid estaba de pie en el lugar que había ocupado Graine, y que después de todo, no era posible hablar. Se volvió a sentar, lentamente.

Airmid estaba muy quieta. La soñadora era más alta de lo que sería jamás la niña; los hilos de plata de la edad en su cabello brillaban a plena luz y la correa de soñadora que llevaba en la frente brillaba como si hubieran cosido en ella las escamas de un salmón vivo. Un hilo de huesos de rana plateados circundaba su cuello, como única marca externa de su sueño. Sus ojos eran túneles oscuros a la luz del fuego.

Como si ambas estuvieran solas, dijo:

—Breaca, ¿qué fue lo que te enseñó la antepasada?

Ambas habían estado juntas desde la niñez, como dos mitades de una misma alma. Ni siquiera Caradoc había conseguido separarlas. Breaca dijo:

—¿No lo sabes?

—Es necesario que lo digas tú.

—Vi una tierra en ruinas, las casas redondas destruidas para quemar la madera, los cercados desnudos de forraje, los animales muertos de hambre. Vi un cercado

repleto de niños esclavizados, llorando lágrimas de oro, y sus padres hambrientos recogiéndolas como si fueran granos de maíz. Luego, como regalo de la antepasada, vi una batalla en la ladera de una colina. El águila de Roma era aplastada y la serpiente-lanza triunfaba. La antepasada dijo que si yo iba al este y podía alzar a los guerreros e infundirles valor, si podía armarles, si podía encontrar a uno de ellos con el valor y la visión suficiente para dirigirlos a la batalla, era posible hacer retroceder la marea de Roma.

Y no dijo: «vi a Graine en el recinto de los esclavos». Aquella era una información privada y seguiría siéndolo. Una visión no contada quizá pudiera ser despojada de su poder.

En el calvero el aire se volvió más intenso, y la luz de la luna más clara. Nadie se movía ni hablaba. Ninguna de las visiones era ambigua; no había lugar allí para distintas interpretaciones, solo para decidir cómo se podía imponer una sobre la otra. *Piedra* gimió y se apretó contra el costado de Breaca, apretando el hocico bajo su mano. Graine vino a colocarse junto a él, apoyándose de forma similar, de modo que el peso de perro y niña presionaba la herida de lanza a medio curar. Había en ello un extraño consuelo, y Breaca prefirió no moverlos.

Cunomar fue el primero en desplazarse. No miró a su madre sino que colocó su cuchillo en el cinturón y se agachó junto al fuego, alimentándolo con pequeñas astillas de madera, de modo que produjese calor y luz sin humo.

Airmid también se acercó a las llamas. Le dijo a Breaca, despacio:

—De modo que has decidido cambiar el mundo tú sola. ¿No sabes que si te enfrentas a Tago ahora mismo, morirás? El mensajero de Efnís lo dijo.

Breaca replicó:

—Efnís está equivocado. Olvida que Tago es un hombre gobernado en segundo lugar por su orgullo, y en primer lugar, por sus ansias.

—¿Cómo? —Airmid se rio ásperamente—. ¿Te vas a entregar a él para alimentar su deseo? —la burla de la antepasada nunca había resultado tan hiriente.

Cinco días en la cueva y tres días cabalgando habían dado a Breaca tiempo suficiente para imaginar todos los enfrentamientos posibles con Airmid. Ni una sola vez había imaginado algo tan público, ni tan poco planeado. Se puso de pie, liberándose del perro y de la niña que presionaban contra ella. Siempre había sido más fácil enfrentarse a Airmid de pie. Dijo:

—¿Y cómo si no me va a aceptar Roma como consorte suya?

—Si te aceptan a ti, entonces también aceptarán a tus hijos como si fueran suyos. Así lo hacen en Roma. Los hijos de un hombre no tienen por qué ser de su semilla.

Deseando dejar bien claro lo obvio, Breaca dijo:

—Pero no estarán a salvo, ni tú tampoco. Los niños, en la visión de la antepasada, eran esclavos, y sus padres se morían de hambre. No había soñadores: todos estaban muertos. No pienso pedirte eso, ni permitir que me lo pidas a mí. Los dioses me dieron a elegir, y yo elegí.

—Y ahora aquellos de nosotros que no somos dioses tomamos nuestras propias decisiones, que son distintas.

—No.

—No tienes poder para detenernos.

—Airmid, ¿quieres escucharme? Yo no te llevaré al este para que te crucifiquen, ni ahora ni nunca.

Si antes les había sorprendido, ahora se quedaron conmocionados. La crucifixión no era común en el oeste, como si Roma reservase esa última sanción para tiempos de necesidad, más adelante. Los adultos sanos no hablaban de aquello, temiendo que aquel tiempo se acercara más.

En los alrededores de la fogata, Cygfa y Ardaco hacían guardia contra el mal. Blanca como el hueso y temblando, Airmid dijo:

—¿Crees que queremos enterarnos de que te ha pasado eso mismo a ti, sabiendo que habías muerto sola?

Su voz no temblaba; era una soñadora, y estaba muy bien entrenada, pero el tono fue cayendo y se hizo más intenso y finalmente, demasiado tarde, quedó bien claro que, después de todo, no era la ira lo que consumía a Airmid, sino un dolor que iba más allá de todo lo soportable, y dominado durante demasiado tiempo.

Una nube cubrió la luna. El calvero quedó a oscuras, apenas iluminado por el ámbar neblinoso de la hoguera. Los que estaban en los márgenes se convirtieron en menos que sombras. Airmid estaba de pie a dos pasos de distancia, lo bastante cerca para tocarla. El calor de su piel era más intenso que las caricias distantes del fuego. El olor a hierbas quemadas de su manto, mezclado con el toque de aire marino y sudor de caballo y quietud, no conseguían cubrir del todo el aroma de Airmid, que nunca había cambiado. Ella esperaba, sin moverse, y eran niñas de nuevo, haciendo el primer aprendizaje del amor. Y eran adultas, conociendo el dolor inacabable de la pérdida. Y estaban solas, rodeadas por amigos que no pensaban molestarlas. Lo único que tenía que hacer Breaca era llegar hasta ella, cruzar el puente que las separaba, y el mundo ya no sería como había sido cuando salió de la cueva y limpió bien la piedra de la antepasada, como pago por una deuda.

En algún lugar un caballo relinchó, uno que no era la yegua de Breaca. El perro *Piedra*, olvidado desde hacía rato, de repente se puso tieso, apretando contra su mano. Breaca dijo:

—¿Duborno? —y supo que, en aquella noche llena de errores, al menos por una vez había acertado.

Un hombre pelirrojo y esbelto apareció en el borde del calvero. En alguna esquina de su mente ella ya le esperaba. Era la pieza final que completaba el diseño y hacía que estuviese entera su familia espiritual.

Igual que Cygfa y Cunomar, Duborno había sido prisionero de las legiones, y estuvo dos años en Roma. A diferencia de los otros dos, sus cicatrices eran corporales, tanto como mentales. Tenía rotos los dedos de una mano, y los tendones de ambas

muñecas muy debilitados porque los grilletes se los habían aplastado, de modo que en lugar del escudo y la espada que ya no podía empuñar, ahora luchaba con un cuchillo y una honda.

Alto, demacrado y melancólico, había entregado toda su vida, desde la niñez, a los rigores y el entrenamiento de cantor, pero la guerra le había convertido también en luchador, y desde hacía mucho tiempo se había convertido en guardián de los hijos de Boudica. Era inconcebible que Graine hubiese viajado desde Mona sin su conocimiento ni su acompañamiento.

Él se apartó del árbol en el cual se había apoyado y quedó claro que su presencia no era ninguna sorpresa para los demás. Le habían encargado que vigilase los caballos, y no los habría dejado sin una buena causa. Cygfa dijo:

—¿Son las legiones?

—¿Quién si no? Los rastreadores coritanos perdieron tu rastro ayer, y nunca encontraron el de Breaca, pero Roma tiene una exploradora de los ordovicos y ella es totalmente distinta.

Cygfa era de los ordovicos. Su madre los había gobernado antes de ser tomada prisionera por Roma, también. Demudada, dijo:

—Ningún guerrero de los ordovicos tomaría monedas de Roma. Ningún oro puede comprarlos.

—No. Y ellos lo saben. No le han ofrecido oro, sino que han hecho cautivos a sus hijos y amenazan con matarlos uno cada luna vieja si no encuentra a la Boudica para ellos. Uno ha muerto ya. Quedan vivos dos. Ella no quiere verlos colgados.

Siempre los niños. Uno podría preguntarle a los dioses por qué permiten que ocurran tales cosas, pero perdería el tiempo y no obtendría más respuestas de las que ya tenía. Breaca dijo:

—¿Has hablado con ella?

—No. He escuchado en su campamento al amanecer, esta mañana. Hablaba en voz alta con los exploradores coritanos. Supongo que sabía que yo estaba allí.

Ardaco dijo:

—¿A cuántos romanos trae?

—Cuatro centurias del Vigésimo más dieciocho cazadores coritanos y —hizo una reverencia a Cygfa— una guerrera de los ordovicos que vale por veinte de ellos.

—¿A qué distancia…? —empezó a preguntar Breaca, y luego, notando una oleada de bilis y el ardor de la batalla—: Están aquí.

Un viento bajo soplaba suavemente por el valle, pero allí no había valles, y las legiones nunca habían comprendido que un disfraz que funcionaba bien en un lugar no tenía necesariamente por qué funcionar en otro. Ese sonido, oído en los bosques, era solo el cuerno que llamaba de una centuria romana a otra.

Había mucho alivio en la batalla. En aquel momento congelado, Airmid casi había quedado olvidada. Breaca buscó a su perro de guerra y encontró a *Piedra* dispuesto a su lado. El pelaje estaba erecto en su lomo y su cuerpo temblaba con la necesidad de

lucha. La espada yacía en el suelo donde Ardaco la había dejado. Fue a cogerla y encontró que Airmid ya la había levantado, y que la sujetaba con el pomo hacia delante.

Airmid dijo:

—Vienen a por ti, por ti sola, con tres centurias de hombres. Si quieres morir limpiamente, ésta puede ser la noche. Si deseas que tus hijos vivan, no lucharás, sino que los conducirás a un lugar seguro. No puedes hacer las dos cosas.

Breaca meneó la cabeza.

—No puedo llevaros al oeste. Estarán vigilando todas las rutas que conducen a Mona.

—Por supuesto. Por lo tanto, debes llevarnos al este, al menos por ahora. —Airmid sonrió irónicamente—. Yo no pedí esto, ni hice que ocurriese, lo juro.

—Lo sé. No pienso perderte así —toda su vida Breaca se había entrenado para pensar con claridad en las crisis bélicas, mientras otros no eran capaces de hacerlo. Era su don, y ella lo cultivaba con esmero, incluso en aquel momento en que las certezas de la claridad de la antepasada se desmoronaban y no podían completarse. Dijo a Duborno—: ¿Tus caballos están lejos?

—Podemos alcanzarlos a tiempo.

—Bien. Yo tengo la montura del mensajero. Eso les distraerá. Y si le ponemos mi manto, que está marcado con la serpiente-lanza, quizá la mujer de los ordovicos pueda probar que realmente les ha conducido a la Boudica. ¿Ardaco?

El pequeño guerrero ya estaba corriendo.

—Yo lo traeré, y también el poni de Graine. Dale mi caballo a Graine. Es mejor que el suyo.

Se iba solo, de modo que si hubiese muerto, ellos no habrían sabido nunca cómo o dónde. Breaca dijo:

—Cygfa. Ve con él. Lucha como las osas.

Las osas abjuraban del honor de los guerreros, atacando desde atrás, si era necesario…, y matando a aquellos de los suyos que quedaban demasiado malheridos para correr, en lugar de dejar que los capturasen vivos las legiones. Era mejor así.

Cygfa ya corría también. Sonrió fugazmente.

—Gracias. Procuraré que viva hasta mañana. Haz tú lo mismo con los demás.

Cygfa desapareció y los que quedaron se reunieron junto a las monturas: tres adultos, una criatura y Cunomar, que no era ninguna de las dos cosas, y que deseaba más que nada luchar como osa. Sus caballos estaban acostumbrados a la batalla, y todos menos Graine podían montarlos en movimiento. Por encima del estrépito de los cascos, la voz de Cygfa llegó hasta ellos entre los árboles:

—¿Dónde nos reunimos?

Una parte de ella ya había planeado todo aquello. Breaca dijo:

—En el lugar donde la tierra de los cornovios se encuentra con la tierra de los coritanos, en el cruce de los cuatro ríos. Ardaco lo conoce. Reza para que viva y te lo

pueda enseñar.

VI

Graine estaba echada y despierta, con la cabeza apoyada en el flanco de un perro, contemplando el humo grasiento de los cuerpos quemados que se alzaba dubitativo, llevado por el viento del oeste.

Eran cuerpos romanos, no los de sus amigos, y las almas de los muertos revoloteaban en el humo sin saber cómo volver hasta sus dioses. Era difícil no apiadarse de ellos, por muy peligrosos que hubiesen sido cuando estaban vivos. Graine deseó que llegase la oscuridad y los tranquilos susurros de las abuelas, y así poder pedir que los enemigos muertos fuesen escoltados a casa. Era bueno desear aquello, y apartar su mente de la incertidumbre de los días venideros y del horror de la huida desde el calvero.

Era muy importante no pensar en la cabalgada huyendo del enemigo, porque de lo contrario nunca encontraría el valor suficiente para volver a cabalgar. Graine no era una guerrera, y no deseaba serlo. Era la única entre sus hermanos que nunca había ansiado cabalgar las monturas de batalla de sus mayores, y que nunca había pasado los días de verano en Mona practicando todos los movimientos de los guerreros a lomos de caballo hasta poder cabalgar cualquier montura con toda facilidad. Durante cuatro años había montado el mismo poni, que la adoraba, y ambos se sentían muy seguros juntos.

El caballo de Ardaco le venía enormemente grande. Criado y entrenado para la guerra, habiendo engendrado ya dos docenas de buenos potros, aquel animal estaba en lo mejor de su existencia y raramente se le había pedido que aceptase a otro jinete que no fuese Ardaco, ni siquiera para huir del escenario de una batalla. Cuando colocaron a Graine en la silla, pareció no darse cuenta siquiera de que estaba allí. Ciertamente, ignoró cualquier intento por su parte de cambiar de dirección, y hasta que la Boudica le gritó, pareció decidido a arrojarse hacia el bosque para atacar a las líneas romanas él solo. Cuando le llamaron y le azuzaron para que corriese más, se abalanzó entre los árboles como si se encontrara en un campo abierto, sin pensar en la seguridad de su jinete. Las ramas sin hojas iban azotándole por todas partes, y saltaba los troncos caídos de un solo salto, arqueado como un salmón.

Graine nunca había experimentado el horror de una cabalgada desbocada. Crecida entre una gente que cabalgaba tan pronto y con tanta facilidad como andaban, nunca había oído siquiera sugerir a nadie que tal cosa pudiese ocurrir. La realidad era muchísimo peor que su imaginario miedo de Roma. Habría chillado, pero no tenía aliento para ello. Habría vomitado, pero al hacerlo habría soltado su presa en la crin del animal, y en aquel preciso momento su vida dependía de que no lo

hiciera. Se habría desmayado, dejándose caer en la seguridad del sueño, pero su madre, al fin, vio lo que estaba ocurriendo y azuzó a su yegua para que se colocase junto al caballo desbocado.

En pleno galope, saltando sobre troncos, ramas y zanjas, la Boudica soltó sus riendas y, tendiendo las manos, levantó a Graine de la silla a peso, soltó los deditos agarrotados sobre la crin con fuerza mortal y envolvió a su hija en la relativa seguridad de su propia montura, que volaba enloquecida por la batalla. Todo aquello tenía el aroma de las pesadillas y de los mitos, y Graine había pasado el resto de la cabalgada demasiado asustada y asombrada y aterrorizada para pensar cómo convertir todo aquello en una canción.

La huida continuó a lo largo de la noche, y el día y la noche siguientes, más lenta durante el día, para evitar ser detectados y más rápida por la noche. Cerca del amanecer del segundo día llegaron a la confluencia de cuatro ríos y se desplazaron un poco para esperar a Ardaco, dejando unas señales que indicaran hacia dónde se habían dirigido.

Breaca les había conducido hacia un valle boscoso donde uno de los ríos se introducía muy hondo en la tierra y los robles se apiñaban muy espesos junto con los olmos. El invierno no había llegado allí todavía como había ocurrido en Mona. Unas hojas enmarañadas colgaban todavía de las ramas; cobre frío y resplandeciente superpuesto al color herrumbre de los robles a la luz temprana.

El bosque no estaba acostumbrado a la intrusión humana. Los cuervos se espantaron y volaron sobre las copas de los árboles, mientras los jinetes entraban y acampaban. Volvieron a alzarse de nuevo, escandalosos, poco después de que los caballos estuviesen ya instalados y hubiesen encendido un pequeño fuego. Breaca, Duborno y Cunomar se pusieron en pie y se tranquilizaron enseguida cuando oyeron el chillido de un armiño que era la señal de Ardaco. Él y Cygfa aparecieron momentos después, corriendo sobre las rocas y los árboles caídos, exaltados por la batalla, manchados de barro y suciedad y salpicados por sangre enemiga. No traían con ellos ni el poni de Graine ni el caballo castrado de batalla de Cygfa. Nunca había existido la menor posibilidad de que lo hicieran; las osas siempre luchaban a pie, y podían sobrepasar a cualquier caballo en una carrera de un día. El poni se usó como señuelo, y al salvar a la hija de la Boudica, Ardaco había salvado también su propia montura. Graine intentó no odiarlo por aquello.

Los guerreros que volvían relataron brevemente su historia y luego se echaron a dormir a cubierto de unas ramas de haya y hierbas de fin de año. Graine no estaba acostumbrada a dormir de día. Había permanecido echada con la cabeza en el flanco de *Piedra*, envuelta en su propio manto, con el de repuesto de Breaca echado por encima. Un olmo yerto, derribado hace tiempo por el rayo se encontraba al oeste, y sus ramas sin hojas destacaban, negras, contra el cielo que iba palideciendo. El hueco que dejaba proporcionaba luz y una visión del horizonte occidental y, como lo estaba esperando, al final la niña vio la primera columnilla de humo negro y luego las

grandes humaredas que siguieron, cuando el enemigo quemó los cuerpos de aquellos romanos y de tres traidores coritanos asesinados por Ardaco y Cygfa.

—¿Graine?

Pensaba que era la única despierta. Sobresaltada, levantó la cabeza. Su madre estaba sentada junto al último resplandor del fuego, con el manto encima de los hombros, la cabeza apoyada en un antiguo tocón de roble lleno de hongos. Estaba claro que se acababa de despertar. El cabello le llegaba por los hombros, trenzado solo en parte. Por primera vez desde el verano (por primera vez en ningún invierno que hubiese conocido Graine) la Boudica había dejado a un lado la única pluma de cuervo teñida de negro del cazador justiciero, y se había hecho de nuevo las múltiples trenzas de la guerrera.

Viéndose bajo el escrutinio de la mirada de su hija, Breaca sonrió, no como habría hecho Airmid, pero sí con bastante calidez.

—¿Tienes frío?

—No —hablaban muy bajo, apenas un murmullo del viento, para no despertar a los demás—. *Piedra* me mantiene caliente —casi era verdad.

—¿Pero no puedes dormir?

—Es la hora de levantarse. No puedo dormir ahora.

Hubo una pausa corta, de indecisión. Si hubiese sido Airmid la que se hubiese despertado, Graine habría ido junto a ella, se habría enroscado a su lado y le habría hablado de la columna de humo y de los cuerpos que ardían y de sus temores por las almas errantes de los muertos. Airmid, a su vez, habría cantado al enemigo para que descansara, si Graine se lo hubiese pedido, y luego habría cantado un poco más para que aquella niña de seis años pudiera dormir y soñar de día.

Breaca no era Airmid, pero tampoco era ya la Boudica, que traía la victoria a sus guerreros, y sin embargo seguía siendo una extraña para su hija. En el curso de la huida de dos días, Graine había visto más de cerca a su madre que en ninguna otra etapa de su vida. Hasta aquel momento, junto al fuego, no había sabido cómo deseaba aquello, ni lo atentamente que había ido observando los cambios que ocurrían.

En la mañana tranquila y humeante, Graine vio a su madre con claridad por vez primera: una mujer con demasiadas preocupaciones para poder dormir como es debido, sentada junto a un fuego, medio envuelta en un manto, con el pelo desgreñado cayendo en guedejas en sus hombros, y los brazos desnudos al aire frío, de modo que las antiguas cicatrices, igual que las nuevas, trazaban su escritura en su piel. Sus ojos eran de un gris verdoso con vetas de cobre, henchidos ahora de una turbulencia que Graine nunca había visto en Airmid.

Como no sabía qué decir, Graine no dijo nada. Frunciendo el entrecejo, Breaca se inclinó hacia delante y sacó un resto carbonizado del fuego. Se lo tendió y dijo:

—Queda un trozo de carne de liebre. Si comes, ¿te ayudaría a dormir un poco?

Era la sonrisa la que marcaba la diferencia, más que las palabras. Graine nunca había visto a su madre mostrar timidez antes, ni tampoco se consideraba a sí misma

una posible causa de timidez. Con una extraña y vertiginosa sensación en el estómago, se apartó de *Piedra* y se deslizó hacia el cobijo del brazo extendido de su madre. En su curva, en la seguridad de su abrazo, que la sujetó con fuerza durante dos días de dura cabalgada, se sentía a salvo, y se daba cuenta del enorme miedo que había pasado. Enterró la cara en la túnica que olía a caballo y a grasa de oveja y a cuero, y se apretó contra ella con tanta fuerza como cuando la sacaron por primera vez involuntariamente del útero.

Un poco después, cuando el olor a carne quemada surgió del fuego, madre e hija se separaron un poco y sacaron la pata de liebre de las brasas y la compartieron entre las dos y con *Piedra*, que se metió entre las dos y se echó a sus pies.

Pensativamente, Breaca dijo:

—Le afeitaré el pelo esta mañana, antes de que continuemos.

—¿Qué pelo? —Graine se apoyaba en su madre con los ojos cerrados, sin querer abrirlos.

—El de *Piedra*. Es un perro demasiado bueno para que lo vean así en el este. Los romanos hacen esclavos a los perros, igual que a las personas, pero no tienen vista para apreciar lo que hay debajo de la superficie. Si le corto el pelo de modo que parezca que tiene la sarna, no lo mirarán más a fondo, y estará a salvo.

La mañana, que ya era fresca, de repente se volvió más fría. Graine se abrazó las rodillas apretadas contra el pecho. Miró hacia el fuego y deseó que las abuelas le hablasen en la oscuridad. En Mona lo habrían hecho así, y al menos ella habría comprendido algo de lo que estaba ocurriendo.

—¿Aún piensas ir al este a reclamar la torques de tu pueblo? —preguntó.

—Nuestro pueblo. Es el tuyo tanto como el mío. Sí. Y para sublevar a los guerreros y llevarlos a la batalla. La antepasada lo dejó muy claro. Yo no podría volver a Mona con honor.

Había demasiadas cosas que dependían de un equilibrio extraordinariamente delicado, y Graine no veía la forma de desplazarse en la dirección deseada. Había notado la presión cortante en el calvero, cuando Airmid se enfrentó a su madre, y los mundos quedaron abiertos y todas las posibilidades eran idénticas. Pero había una cosa que no se había dicho, y que debería haberse dicho. Estaba en su poder hacerlo ahora.

Lo ensayó un par de veces mentalmente y luego, cuando vio que las abuelas no la reprendían, dijo:

—¿Sabías que Gwyddhien ha muerto?

Gwyddhien era la amante de Airmid desde que Graine nació. Había dirigido a los guerreros de los siluros, y en ausencia de Boudica, los de Mona. La habían matado dirigiendo una batalla al final de la temporada contra los brigantes de Cartimandua, que luchaba por Roma. Después, el dolor de Airmid se convirtió en algo privado, de lo que no se hablaba. Las prisas a la hora de dejar Mona y encontrar a la Boudica poco después habían sido para ella una buena forma de entretenerse con la acción.

No se dijo qué pensaba o sentía la Boudica. Tranquilamente, sin moverse, afirmó:

—Sí. Cygfa me lo contó.

Cygfa. No Airmid. Cosa que significaba que su dolor era demasiado reciente para que pudiese hablar de ello, o, más probablemente, que no quiso usar un martillo tan obvio para aplastar la intransigencia de Breaca.

Graine no tenía tales escrúpulos. Dijo:

—Airmid no volverá a Mona, no ahora. Sin Gwyddhien para retenerla, es libre de seguirte —y no dijo: «te habría seguido de todos modos», porque no estaba segura de ello, solo lo deseaba.

—Ya lo sé —Breaca atizó el fuego con el pie, moviendo los palitos para que diese calor sin humear—. Hablamos de ello la noche pasada. Airmid no volverá a Mona, y yo no tengo poder para obligarla. Cygfa hará aquello que su mente le dicte, y me seguirá al este lo quiera yo o no, igual que Duborno; los dos me lo han dicho. A Cunomar podría darle órdenes, pero sería más probable que se le metiese en la cabeza atacar a las legiones solo para probar su valía. Tú eres la única a la que puedo mandar de vuelta. Puedo ordenarle a Ardaco que te lleve de vuelta a Mona y él lo haría, y se quedaría para protegerte, por mucho que me odiase por ello.

Había un tono extraño en la voz de su madre. Atrapada entre el miedo de irse y el terror de seguir, Graine la miró. La comprensión la había dejado muda. Finalmente dijo:

—Pero tú no quieres mandarme de vuelta.

Breaca sonrió torcidamente.

—Quiero mandarte de vuelta, lo deseo muchísimo, pero no tengo derecho. Tú estás ligada a Airmid como lo están madre e hija. Allá donde ella va, vas tú. No tengo derecho a separaros.

El hueco que había en el estómago de Graine se convirtió en un vacío. Tragando saliva, dijo:

—¿Te ha dicho eso Airmid?

—No. La antepasada lo intentó, y yo no la creí. Luego, la otra noche, al huir de las legiones, supe que era cierto. Cuando tú estuviste a punto de caer del caballo de Ardaco y romperte el cuello, fue Airmid quien vio lo que estaba ocurriendo. Su caballo no era lo bastante rápido para atraparte, porque en caso contrario habrías cabalgado estos últimos dos días con ella y no conmigo.

Los silencios eran significativos, así como la incertidumbre que palpitaba en los ojos de su madre. Graine encontró sus manos envueltas y apretadas bajo el pelaje de *Piedra*, como habían estado en la crin del caballo de Ardaco. Ahora su miedo era distinto, y muy poco por ella misma. Soltó una mano y, buscando, encontró la de su madre, que estaba fría, y la apretó.

No hubo palabras que volvieran a colocar el mundo en su sitio, o al menos no supieron hallar ninguna. Al final Graine se encontró abrazada más estrechamente aún en los brazos de su madre, y notó los labios de su progenitora que le besaban la

cabeza, y oyó su propio nombre pronunciado una y otra vez, como una letanía, demasiado bajo casi para ser oído. Un aliento cálido se filtraba a través de su cabello, y las palabras resonaban en su cráneo de modo que llegaban a sus oídos desde dentro.

Al final, cuando ya tenía el pelo de la coronilla caliente y húmedo, oyó una sola frase con sentido:

—Niña de mi corazón, te quiero; mientras yo viva, no dejaré que Roma te mate, te lo juro.

VII

Había nieve en las tierras de los icenos, y una pesadez en el aire que olía a sueños viejos y nada claros.

El tenue manto de blancura no cubría las costillas hambrientas de la tierra. Cuanto más se adentraba el grupo de Breaca en el territorio ocupado, más descuidados estaban los setos, más obstruidas las zanjas, y los bordes de los campos eran una cosecha de malas hierbas. Los cercados estaban cubiertos de barro pisoteado y resbaladizo, y sin embargo vacíos; demasiadas ovejas y ganado habían apurado en exceso aquellos pastos, y luego habían muerto.

Se parecía demasiado a la tierra de la visión de la antepasada. Cuando Breaca lo dijo así, Duborno exclamó, secamente:

—La gente paga sus impuestos con la carne de sus animales, y en grano. La tierra debe dar el doble ahora: una parte para los que la cultivan y otra parte para los que reclaman su propiedad.

Ardaco dijo:

—¿Y el resto de la vida? ¿Dónde están los pájaros? ¿Y los zorros? ¿Y las liebres? ¿También se han pagado como impuestos?

—Algunos. Roma acepta pellejos de zorro y carne de liebre cuando no hay buey. En cuanto a los demás, ¿tú te quedarías en un lugar donde la propia tierra se ha esclavizado a las legiones? Se han ido, y volverán cuando los dioses hayan restituido el equilibrio a los mundos.

Saber aquello no facilitaba precisamente el viaje cada día. Breaca les dirigía, desgarrada entre la apremiante urgencia de la orden de la antepasada y las necesidades de su juramento reciente, hecho sobre la cabecita de su hija, de mantener sana y salva a Graine, y a tantos de los que viajaban con ella como fuese posible.

Ella cabalgaba como había hecho desde que se retiraron del claro, con Graine sujeta en su silla, delante de ella. Externamente, todo era igual. Por dentro, la cualidad de su preocupación era distinta, y los que cabalgaban con ella se habían dado cuenta. Aquella parte de ella que permanecía ligada a la antepasada-soñadora despreciaba la pérdida de su decisión y predecía una muerte del peor tipo imaginable para los que viajaban con ella.

El resto de Breaca (la mayor parte) bebía en la esencia de su hija como alguien que se muere de sed bebe agua fría. «¿Te maravilla que los hijos de tu sangre sean fieles a otros?» Ella había olvidado, si es que alguna vez lo había sabido, lo que era perderse en el amor de un niño. Avanzaba cada paso con igual cantidad de esperanza y terror equilibrando ambos lados de su corazón.

* * *

Como deferencia a las leyes romanas que prohibían a los guerreros empuñar cualquier tipo de arma que fuese mayor que un cuchillo de desollar, Breaca y su partida entraron desarmados en el territorio ocupado. Sus espadas y todo cuanto les señalaba como guerreros quedó en una tumba en forma de montículo de los antepasados adonde Airmid les había conducido la noche después de que Ardaco y Cygfa se uniesen al grupo.

El túmulo era bajo, escondido entre los matorrales y delgadas capas de neblina del río. A medida que se aproximaban desde el oeste, al anochecer, la luna que salía arrojaba sombras a lo largo del túmulo, dándole un aspecto mucho mayor y menos acogedor de lo que habría debido ser.

Allí la sensación no era de seguridad. Al irse acercando, el vello se erizó en los brazos de Breaca y respiró fuerte, expulsando vapor en el aire congelado. Piedra caminaba muy tieso a un lado, y Ardaco, maldiciendo entre dientes, sujetaba su caballo al otro. Ante ellos se encontraba solo la luz de la luna y las sombras, y un montón de rocas y césped elevado en torno a los huesos de los muertos. Estaban acostumbrados a tales cosas, y no tendrían que haber sentido de forma tan aguda el terror de aquella ira antigua.

Solo Airmid parecía impávida. Se acercó montada en su caballo a la entrada del túmulo y bajó al suelo. La luna proyectó su silueta en las rocas y el césped. Ella se arrodilló un rato junto a las piedras guardianas, recorriendo unas líneas ocultas en su superficie. Desde donde esperaba, Breaca podía oír la cadencia de un semidiálogo murmurado, como el que ella pudo mantener con la antepasada en la cueva.

—Éste es el lugar.

Airmid se apartó del montículo. La presión de las piedras había suavizado sus rasgos, emborronándolos como si se acabara de despertar de algún sueño. Dijo:

—Efnís ha estado aquí, y algún otro de las tribus, pero no en los últimos tres años, y nadie de Roma. Los fantasmas de los antiguos han preservado este lugar contra todo el mundo, excepto los soñadores más fuertes. Si existe algún lugar mejor para mantener tus armas a salvo de Roma, no lo conozco.

Hablaba a un grupo de guerreros silenciosos y una niña. Ardaco tosió y azuzó a su caballo hacia delante. Éste desconfiaba de la luz plateada y rezongó, moviéndose de lado, sin querer enfrentarse a la oscuridad.

Ardaco no era un hombre débil. A lo largo de veinte años había matado a más romanos él solo, al servicio de la osa, que ningún otro guerrero vivo. Breaca confiaba en él en la batalla como en pocos. No fue la cobardía, pues, lo que le movió cuando dijo:

—Este lugar es de Nemain, tanto como de los antiguos. La diosa no es del mismo sello que la osa y no querría ofenderla tampoco. Sería mejor que mi espada quedase

enterrada en algún lugar lejos de aquí, ya la encontraré yo.

Airmid sonrió. Su piel se veía de un blanco de hueso a la luz de la luna, y bastante hermosa. Su voz procedía de otro mundo.

—La osa es tan bienvenida como cualquier otro, o tan poco bienvenida. Es el peligro de este lugar precisamente el que protegerá lo que dejes aquí.

Cygfa tampoco tenía miedo de la muerte. Dijo:

—No quiero enfurecer a los fantasmas de nuestro pasado igual que Ardaco. Si les molesta nuestra presencia, podemos darte a ti las espadas y que seas tú quien las esconda.

Airmid meneó la cabeza.

—No. Si yo muero, se perderían para siempre. Debéis venir y colocar vuestras armas donde mejor pueden hallarse. Si es necesario, cualquiera de vosotros podrá retirarlas luego cuando empiece la guerra.

«Cuando empiece la guerra…» Esa parte de la visión de la antepasada parecía segura. Sentada a caballo en la fría noche, Breaca contempló a los icenos arrojarse hacia delante para aplastar a las legiones de Roma. Un águila de la legión quedaba manchada de sangre y la serpiente-lanza prevalecía sobre ella…

—¿Breaca? —Airmid le había puesto una mano en el brazo, y Graine se había vuelto de lado sobre la cruz del caballo y le miraba a la cara—. ¿Puedes bajar? Necesitamos tu espada y la de tu padre. Ésas deben ir las primeras. Cunomar puede ir también contigo para que vea dónde están colocadas. Es posible que necesite retirarlas él algún día. Los demás pueden seguir en el orden que deseen.

—¿Quieres que vaya yo primero? —ir sin caballo y desarmada a la batalla habría sido más fácil.

Airmid levantó una ceja. Su sonrisa hizo eco con la de la anciana abuela.

—No. Los antiguos han pedido que sea tu hija, por lo cual todos deberíamos dar las gracias.

Breaca podía olvidar que su hija era una soñadora, pero los dioses no le dejaban. Mientras los guerreros sujetaban a los caballos y retiraban sus espadas, Nemain fue avanzando por el cielo, mostrando el camino hacia delante. Una suave luz abrió lo que antes fue oscuridad, y, tal y como se le había pedido, Graine dirigió el camino. La luna convertía su piel en leche y su cabello en fuego oscuro. No era capaz de conducir un caballo al galope hacia la seguridad, pero entraba por la boca de la tumba de los antepasados como si estuviera en su propia casa. Breaca le seguía a una lanza por detrás, asombrada ante el valor de su hija.

La entrada era pequeña, de modo que todos tuvieron que entrar a gatas, hasta Graine. Dentro era lo bastante alto para permitir que Breaca solo tuviese que inclinar la cabeza y los hombros, y Ardaco casi podía permanecer de pie. En torno a ellos, la roca tallada a mano se cerraba a ambos lados, mucho más estrechamente que en los altos muros de la cueva de la antepasada. Excepto al comienzo, la roca estaba seca, y las marcas grabadas en líneas a la altura del hombro tenían los bordes muy agudos,

como si las acabasen de tallar. El olor era a polvo antiguo, a huesos y a hierba seca y desmenuzada, y cosquilleaba la nariz de modo que los guerreros estornudaron, uno tras otro. Graine y Airmid, que no estornudaron, dirigían el camino hacia delante, hablando a unos oídos muertos desde hacía mucho tiempo.

Demasiado pronto, Airmid dijo:

—Aquí. Se abre una cámara. Habrá espacio para todos nosotros. Vamos a entrar poco a poco.

No podían haberlo hecho de otro modo. Las antorchas que sujetaban las soñadoras estaban hechas de hierba y resina de pino y grasa de oveja, y el humo que producían había llenado el pequeño pasillo. En la cámara del túmulo, arrojaban una luz desigual y ponían un color ámbar en los rostros pálidos. Cinco adultos y Cunomar formaron dos círculos en torno a Graine, mirando hacia dentro. Los muertos yacían en forma de polvo en unos huecos de las paredes. Sus voces lanzaban advertencias de muerte y el destino de las almas perdidas.

Agudamente, Airmid dijo:

—Os traigo a la hija de Nemain; ¿no la veis? —los susurros adquirieron una nota distinta y luego se detuvieron.

Graine estaba muy quieta. La llama de la antorcha de resina y sebo se agitaba en su mano. Una luz ondulante aleteaba encima de su cabello como si unas manos fantasmagóricas lo acariciasen. El ruido y la palpable amenaza disminuyeron entonces. Breaca respiró con los pulmones tensos y anheló los sencillos peligros de la batalla. Oyó decir a su hija:

—Nuestros guerreros dejarán sus armas a vuestro cuidado, hasta que las volvamos a necesitar para arrojar a los hombres del águila de esta tierra.

Graine hablaba con claridad, con tonos adultos. La luz de la antorcha que portaba en la mano aleteó una vez más y luego se estabilizó. Manchas de sombras se reflejaban en las paredes.

Airmid dijo:

—Breaca, la espada de Eburovic debe ser la primera que escondamos. Enséñasela ahora a la oscuridad.

Breaca sacó la espada de su padre del envoltorio de piel de oso. Apareció en su mano, brillante como un pez, a la luz de las antorchas. Los dibujos ondulados del metal tenían siete generaciones de antigüedad, y todavía se apreciaba con claridad la muesca de la hoja producida cuando su abuelo luchó contra el campeón de los coritanos, de cabello blanco, por una disputa de fronteras. Eran más recientes los verdugones que surcaban el metal y que se habían producido cuando su padre luchó contra los hombres de Amminio en la batalla en la que murió. Breaca había tomado la espada de su mano muerta y desde entonces la había afinado bien, pero nunca había raspado aquellas muescas.

Su padre le había hablado junto al río, en la cueva de la antepasada, pero ella no le había visto allí. Aquí, con su espada y su sangre en la mano, se hizo real para ella, de

una forma en que los fantasmas de la tumba nunca podrían ser.

«¿Breaca?» Su voz tenía más cuerpo que en la cueva. «Dale mi espada a las piedras del pasado».

Él no estaba solo. Sus antepasados se encontraban tras él: abuelos y abuelas, guerreros y herreros, cazadores y talabarteros, todos aquellos que alguna vez habían empuñado y usado la espada con honor, se fueron congregando hasta que uno de ellos ocupó el espacio en el que se encontraba Eburovic. Su voz múltiple dijo: «enséñale la espada a la oscuridad».

Airmid ya se lo había dicho, pero no quedaba claro lo que debía hacer. Allí, junto al muro, Breaca vio a la altura de su hombro una repisa cortada en la pared de roca, de un tamaño suficiente para albergar una espada de guerra al estilo antiguo.

Como si los fantasmas de su linaje levantaran sus manos, Breaca notó que sus brazos se elevaban y la espada se alojaba en aquella repisa. Encajaba muy bien, como si fuese una vaina, y la inestable llama de las antorchas daba vida a la hoja. El metal azul y negro ondulaba como el agua bajo la luz, de modo que, en los primeros momentos de su descanso, la osa que amamantaba forjada en el bronce del pomo pareció beber en un charco nocturno.

Breaca había olvidado que estaba acompañada. Detrás de ella, Cunomar jadeó audiblemente. Ardaco, que era mayor, y que se controlaba mejor, pronunció a través de los dientes apretados los nombres ocultos de su dios, y luego:

—No sabía que tu padre era uno de los nuestros.

Eburovic había desaparecido, o se había convertido en parte de la espada y la oscuridad que ahora la ocultaba. Breaca miró el lugar donde había estado y no pudo ver ni a su padre ni el arma. Si no la hubiese colocado allí ella misma, habría creído que la pared era de roca perfectamente sólida.

Se oyó decir a sí misma desde la distancia:

—Ni él tampoco. El oso era su sueño, no su dios. Pero se habría sentido muy honrado al ver que tú pensabas eso.

Un brazo rozó la manga de Breaca, La mano de Graine se metió en la suya, y la voz de Graine, llena de mareas y ecos del océano, dijo:

—Está a salvo. Los fantasmas de muchos muertos la guardarán hasta que llegue el momento en que la gente la necesite. Ésta es la espada que alzará a las tribus y las unirá contra aquellos que quieren aplastarlas. No lo olvides, ni dejes que otros lo olviden tampoco.

—No lo haré.

No bastaba, pero era todo lo que podía decir Breaca. El mundo estaba lleno de fuego y sombras y un carrizo acababa de morir, cantando con la voz de su hija. Notó la mano de Airmid en su hombro y, como si pasase a través de una tormenta, oyó la tranquila indicación de Airmid que dirigía a los demás a los lugares donde debían colocar sus espadas, y luego doblar las cotas de malla, robadas a la caballería romana, y esconderlas también en los huecos de los muertos. El último fue un manto de un

oficial romano arrebatado a un cuerpo muerto y usado siete veces por Ardaco como disfraz para engañar al enemigo.

El único que no tenía armadura ni arma era Cunomar. Como no tenía ningún papel que representar, se quedó quieto en medio del túmulo, observando y escuchando. Después, una vez escondieron las armas que quedaban, dieron gracias a los antepasados y se alejaron, el recuerdo que le quedó a Breaca fue notar que su hijo iba junto a su hombro izquierdo y la ansiedad desnuda con la que le había visto esconder la espada de su abuelo. No dijo nada, pero tampoco era necesario que lo hiciera; su linaje era el de él, y los fantasmas de su pasado conjunto los reconocían a ambos igualmente.

Lo que no estaba claro, y no se podía preguntar, era si Cunomar había oído la voz de Eburovic cuando la espada encontró su hueco en el lugar oculto. «Si mi nieto empuña esta hoja algún día, has de saber que después seguirá la muerte de los icenos. Confío en que procures que tal cosa no suceda».

* * *

Cabalgaron pues sin espadas, de noche, lentamente, por una tierra que no era libre desde hacía casi quince años.

De día, acampaban sin fuego y con dos de los cuatro guerreros despiertos, de guardia. Dos veces se adentraron en los bosques para evitar las patrullas romanas, no porque las legiones pudieran verles, sino porque las monturas de los oficiales, más cautelosas que los hombres, podrían haber olido sus caballos o a *Piedra*.

Poco después de dejar la tumba de los antepasados, Breaca entregó el liderazgo del grupo a Duborno, que había viajado al este más recientemente. Después de tres noches, éste se lo confió a Airmid, que durmió sola en la orilla del río, y luego, al despertar, encendió fuego y apiló sobre él hojas húmedas hasta que se alzó hacia el cielo, espesa y blanca, una columna de humo tan ancha como el cuerpo de un hombre.

Al anochecer del mismo día, una columna más delgada y más oscura, que se desviaba hacia el sur, apareció en el horizonte del este.

Airmid dijo:

—Nos esperan. Efnís hará lo que pueda.

Dos noches después, guiados por el humo, el instinto y unos sueños inciertos, cabalgaban a lo largo de la orilla de un río y seguían unas huellas que se dirigían al nordeste hacia un bosque denso y descuidado. Ni los icenos ni las legiones habían estado allí, excepto quizás en determinados rastros que eran mucho más anchos de lo que podían hacer ciervos u osos.

La noche estaba clara y el cielo sin nubes. El dibujo de estrellas que formaba la

Liebre había coronado el horizonte cuando oyeron la voz de un hombre solo que cantaba la balada de las almas perdidas con un dolor que hacía que la pérdida pareciese nueva y fresca. Delante se veía la luz de una fogata y un círculo de figuras sentadas y silenciosas. Su presencia se filtraba a través de los árboles, como otros tantos perros de caza que permaneciesen al acecho.

Como Airmid les había llevado hasta allí, Breaca podía creer que los que esperaban no eran romanos armados y preparados, pero la sensación de peligro no era menor. A través de su mensajero, Efnís había dicho que los icenos eran débiles, que carecían de líder, que no tenían ya la voluntad para resistirse a los muchos terrores de la ocupación. Había predicho traición y muerte para la Boudica y para todos aquellos que cabalgasen con ella, si alguna vez volvía al este. Solo los antepasados, ya muertos y a salvo, habían sugerido algo distinto, y le habían ofrecido una salida. No le habían dicho qué ocurriría si su camino no quedaba abierto.

Breaca se bajó de su caballo y encontró a *Piedra* esperando. Éste se apoyó en su costado, empujando su mano con su hocico, como solía hacer en las ocasiones en que el peligro les acechaba muy de cerca. Ella cogió el morro en su palma y le puso el pulgar en los labios, pidiéndole paciencia y silencio.

En torno a ella los demás desmontaron, excepto Graine, que iba sola en la yegua ruana, esperando que la bajasen.

Eran sus amigos, sus compañeros. Dos habían sido amantes suyos y podían volver a serlo. Llena de orgullo y dejándose llevar por las visiones de sus fantasmas, ella les había llevado hasta allí lejos, a aquellos peligros. Todos sus instintos guerreros le decían que todavía había tiempo de dar media vuelta y llevárselos de allí.

Duborno era el que estaba más cerca de ella. Había permanecido a la sombra de su propio crucifijo en Roma. Cinco años no habían conseguido curar aún las cicatrices de su prisión.

Ella dijo:

—Duborno…

—No —él sonrió. Ella no podía verle, no había bastante luz para ello, pero lo notaba en su voz. Una sonrisa de Duborno era una cosa muy rara, verdaderamente. Él levantó la mano en la oscuridad y le tocó el brazo—. No lo pienses. Estamos aquí porque así lo hemos decidido, y porque los dioses lo han querido también. Tú eres la guía, nada más —su otra mano se elevó hacia ella—. Te hemos traído esto. Hay algunos entre los aquí reunidos que no querrán aceptarte. Esto puede ayudarte a hacerles cambiar de opinión.

Los dedos de Breaca buscaron en la oscuridad y encontraron metal caliente. Palpando un poco más, comprendió que lo que le ofrecían era una torques: no la reliquia de su linaje que marcaba la línea real de su pueblo, sino una nueva, hecha por su padre como obsequio para Caradoc durante el invierno de su naufragio. Durante cinco años había permanecido junto a su lecho en la casa redonda de Mona. Nunca se la había llevado consigo durante las cacerías solitarias en las tierras ocupadas.

Era mucho más sencilla que la que hicieron los antepasados, pero sus líneas eran fluidas y perfectas, y Su padre había mezclado otros metales con un buen oro rojo, de modo que, a la luz de las antorchas, combinaba a la perfección con el color del pelo de Breaca. Ella conocía íntimamente su tacto, y la tomó entonces, tibia por el calor del cuerpo de Duborno.

El demacrado cantante estaba lo bastante cerca para que Breaca le viese el blanco de los ojos. En toda su vida adulta, él jamás le había mentido. No conocía a ningún hombre más íntegro que aquél. Él le sonrió por segunda vez y ella casi se echa a llorar por el dolor que contenía aquella sonrisa, y por su promesa.

Aun así, todavía había tiempo de dar media vuelta.

—Efnís canta para ti —dijo Ardaco, desde detrás de ella. No era de Nemain, ni tampoco soñaba. Una vez muerta Gwyddhien, podía haberse convertido en Guerrero de Mona y dirigir a todos los guerreros del oeste, añadiendo su marca a todas aquellas grabadas ya en las vigas del techo de la casa grande, y no vivir como niñera de los hijos de Breaca en una tierra que se hallaba bajo el yugo de Roma.

Como había hecho Duborno antes, levantó la mano para tocarla. La pluma que le entregó era de plata, forjada a partir de un metal impoluto. Gunovic la había hecho el año antes de morir. Marcaba cincuenta muertes o quinientas, Breaca lo había olvidado y tampoco importaba ya; solo los niños y los recién convertidos en guerreros contaban las plumas de cuervo que marcaban sus muertes. Pero los icenos, muertos de hambre y privados de honor, podían necesitar cosas semejantes.

Ardaco dijo:

—Ponte esto en el pelo y ve. Ellos no saben nada, solo que Efnís les ha prometido un futuro. Tú eres todo lo que puede ofrecerles ahora mismo —le cogió el brazo por encima del codo y apretó fuerte, que era lo más aproximado a un abrazo procedente de él. Su simple contacto ya la reconfortó.

Pero seguía habiendo tiempo todavía.

Ardaco fue su amante en una ocasión, reemplazando a Airmid, para quien no podía haber reemplazo. Airmid estaba allí ahora, como había estado siempre, como debía estarlo, o si no su vida sería insoportable. Estaba hablando y diciendo lo mismo que los demás, aunque con otras palabras.

—Breaca, no pienses en retroceder. Hemos visto lo que ha hecho Roma con la tierra en la que crecimos. Solo podemos imaginar lo que han hecho a la gente. Ninguno de nosotros podría vivir con honor si volvemos atrás ahora.

Aun así.

—¿Madre? —Graine todavía iba montada en la yegua ruana. Si la colgaban, le costaría medio día morir—. Ahora no podemos volver. Está nevando más fuerte que antes. Las patrullas romanas verán nuestras huellas en cuanto haya luz.

Era una niña y nunca había seguido ningún rastro, ni la habían seguido a ella, pero había crecido en Mona, escuchando a los mejores cazadores que jamás habían llegado al oeste, y conocía la realidad del peligro en invierno tan bien como cualquier

adulto. Decía la pura verdad, y eso cambiaba la naturaleza de las elecciones.

Pero…

En el calvero, los cánticos se hicieron más suaves. En otros mundos, en otros tiempos, una niña con el cabello color sangre de buey lloraba lágrimas de oro mientras, en el campo de batalla, la serpiente-lanza prevalecía sobre la destrucción romana.

Breaca levantó la mano y tomó a su hija, la hija de su alma, de la silla. Los cinco que componían el resto de los pedazos de su corazón la contemplaban desde la oscuridad.

Con demasiada formalidad, porque en aquellos momentos no podía hablar de otra manera, Breaca dijo:

—Si los soñadores y cantores de Mona se unen a la canción de Briga, los hijos de sangre real irán a reunirse con su pueblo.

* * *

El rastro del ciervo llevaba hacia delante, a un claro. Las antorchas formaban un círculo exterior, dejando escapar un humo blanco, de pino. Por encima y a su alrededor se encontraban las hojas otoñales aún no caídas de robles y olmos, miles de cintas de bronce captaban la luz de las antorchas y la reflejaban aún más cálida.

Las hojas sobrepasaban en número varias veces a aquellos que esperaban entre los árboles. De pie junto a su madre, más allá del círculo de luz, Graine podía contar más fácilmente los que había en su interior. Eran menos de una décima parte del número que había llenado la casa grande de Mona cuando las huestes guerreras del oeste se habían reunido por última vez, y gran parte de ellos eran viejos. El cabello blanco predominaba, y las toses de los ancianos tocados por el invierno se oían por encima de la trova del cantor.

Efnís estaba de pie en las sombras, más allá del círculo, cantando todavía. Su voz los abarcaba a todos ellos, como una espiral de sonidos entretejidos. Airmid y Duborno avanzaban entre los árboles y se unieron a él. Empezando en un tono muy bajo, sus voces se unieron a la suya, y se alzaron a Nemain junto con el humo resinoso. Como eran solo tres, la melodía que se entretejía sonaba mucho más cercana de lo que habría sido cantada por muchas gargantas. Aumentando en intensidad, llegó a un clímax y se detuvo de pronto. El silencio que hubo después fue un espacio que pedía ser llenado.

Era demasiado tarde entonces para darse cuenta de lo poco preparados que estaban para aquel momento. Graine se asustó de pronto, inútilmente, cuando notó que su madre se apartaba de su lado. En Mona, dirigiendo a los guerreros y a los soñadores de la casa grande, la Boudica habría llevado un manto y una túnica que

colgaban desde que fueron confeccionados encima de un fuego ardiente, y que no conocían ni la humedad, ni el moho ni los insectos. Durante el medio día anterior se habría hecho las trenzas de nueve capas de los guerreros en el pelo, con las plumas de muerte con sus bandas de oro para honrar a los antepasados. Su espada habría colgado a su costado, y su cuchillo la habría equilibrado, y la serpiente-lanza habría revivido en los pomos de ambas armas.

Allí acababa de pasar medio mes viajando, después de dos veces ese tiempo cazando sola en las montañas. Su manto estaba arrugado y manchado por el viaje. Su túnica estaba bordeada de barro seco y sus botas empapadas de nieve fundida. No tenía espada, y en su lugar colgaba una honda en su cinto. El mango de su cuchillo era de madera sencilla, sin adorno alguno. Su cabello ostentaba una sola trenza, y la pluma de cuervo de plata estaba algo mate allí donde Ardaco la había pulido con la punta de su manto.

Ésa era la realidad; pero no fue eso lo que se vio.

Breaca se adentró a la luz de las antorchas de resina y un murmullo contenido resonó en todo el calvero donde los guerreros, soñadores y ancianos de la nación icena, reunidos, vieron su mayor esperanza y su mayor temor convertirse en realidad por primera vez desde hacía veinte años.

Para ellos, la Boudica era una criatura de llamas y metales bruñidos. La torques de oro rojo era una serpiente viva en torno a su cuello. Su cabello era del bronce fuego más intenso, como el pelaje de un zorro en invierno. Sus ojos eran de un verde cobre, iluminados por las batallas libradas y victoriosas.

Graine pensó que ella podía haberse quedado así para siempre. Los ancianos icenos vacilaron en el momento álgido del cambio, encallados en aquella confluencia de innumerables caminos a partir de la cual eran posibles muchas acciones, aunque solo una podía emprenderse. Cada uno de ellos, desde los más ancianos a los más jóvenes, era consciente de ello.

Efnís rompió el hechizo. Un solo paso hacia delante le hizo salir de las sombras. Como Breaca, había hecho todo lo posible por vestirse adecuadamente para la ocasión, aunque su manto estaba bastante desvaído, y la corteza de su correa de soñador estaba fresca, todavía húmeda, recién arrancada del árbol. Roma prohibía vestir la correa de soñador, al igual que empuñar la espada de guerrero. El simple hecho de haber confeccionado una ya era arriesgarse a morir.

Graine había conocido a Efnís en Mona, y le gustaba. Quería preguntarle quién había muerto, para que tuviese que cantar la balada de las almas perdidas, pero no pudo porque él ya estaba hablando.

—Breaca, saludos. El alto consejo de los icenos te da la bienvenida.

Y realizó el saludo con gran precisión. Airmid y Duborno, adelantándose para unirse a él, hicieron lo mismo. Quizá no estaba preparado de antemano, pero tuvo el efecto deseado. Dubitativos, otros les siguieron en el círculo. Un brazo tras otro se fueron levantando, y vapores de hierba invernal se alzaron en una brisa vaga, hasta

que los trescientos estuvieron de pie, esos hombres y mujeres ancianos que habían sobrevivido a las purgas, los ahorcamientos, las traiciones de familiares y espías pagados, y que habían reunido las últimas briznas de su valor para reunirse en secreto sabiendo que su muerte se contaría en días si les encontraban.

Habían hecho lo necesario, con el sentimiento adecuado. Graine temblaba y deseó que las abuelas vinieran y le dijesen qué hacer, qué era lo propio. Como si hubiese hablado en voz alta, Breaca se volvió y le sonrió a ella directamente, no la media sonrisa privada del calvero, sino una afirmación pública. Arrodillándose, hizo una seña con el dedo llamando a su hija hacia el círculo…

… cosa que era una locura. Graine también llevaba medio mes viajando y era evidente. No era la Boudica para plantarse allí en medio junto a la hoguera, en compañía de extraños. No tenía torques ni pluma de plata entretejida en el pelo. El broche de su hombro era muy sencillo y en forma de carrizo, y había pertenecido a Macha, pero estaba tan gastado que su forma ya resultaba incierta. Llevaba el pelo sin peinar y nunca se había puesto la correa de los soñadores. Nada de todo aquello importaba mientras ella permanecía anónimamente entre las sombras. Importaba mucho en la eternidad que le costó andar desde la seguridad del anonimato en el bosque hasta el círculo de los brazos de su madre, bajo la mirada de trescientos ancianos que saludaban de forma artificial.

Las abuelas quizá no hubiesen hablado, pero su madre, al parecer, había adivinado lo que debía hacer, milagrosamente. Es difícil permanecer con la dignidad requerida en presencia de un niño, y muy descortés hacerlo frente a una madre que se arrodilla y alborota el pelo de su hija. Igual que la hierba se había alzado bajo la brisa, así la brisa, incierta, volvió a aplacarla. Solos o de dos en dos, y cada vez en mayor número, los ancianos de los icenos dejaron de saludar y se sentaron de nuevo.

Breaca besó a Graine en la frente y, cogiéndole la mano, fue andando hasta los pellejos de caballo doblados que formaban un asiento en el extremo occidental del círculo. Tomó uno por una esquina, y arrastró toda la pila hacia delante, no hasta el centro, pero casi.

A su hija, con un humor maternal e íntimo, le dijo:

—Puedes sentarte en las pieles como los ancianos, ¿no crees?

Por supuesto. Por su madre, en aquel momento, Graine podría haber volado hasta lo más alto del cielo, cantando como un carrizo. Tal como había practicado con Airmid muchas veces en la pequeña choza de piedra en Mona, extendió los brazos un poco para que su manto cayese recto entre sus hombros y, doblando las piernas debajo de su cuerpo, se sentó cuidadosamente en las pieles.

Rogando a Airmid más que a Nemain, Graine de los icenos levantó la cabeza y se enfrentó directamente a una reunión de los soñadores de su pueblo. Trescientos hombres y mujeres ancianos le devolvieron la mirada. Al menos la mitad de ellos estaba llorando. Breaca estaba de pie detrás de Graine, con una mano en cada uno de los hombros de su hija. Cuando habló, pareció que se dirigía exclusivamente a cada

uno de ellos.

—Ésta es la primera y única hija de mi sangre, Graine nic Breaca macCaradoc. Si alguna vez tenéis que poneros en pie y saludar, será ante ella. Ella es el futuro, aquello por lo que he luchado durante los últimos catorce años en el oeste y por lo que lucharemos ahora en el este. Ella nació en guerra, a diferencia de nosotros. Hemos hecho lo posible para educarla de modo que sea fiel a su derecho de nacimiento, viviendo día a día ante la vista de los dioses, y sabiendo también que vuestros hijos no han tenido ese lujo. Ahora venimos a unirnos a vosotros para educarla en la tierra que es suya y para asegurar que, para sus hijos y para los vuestros, ese derecho de nacimiento ya no sea un lujo. Por ese motivo, con vuestra ayuda, lucharemos contra Roma y la derrotaremos.

Hablando a los guerreros del oeste, la Boudica no habría necesitado solicitar promesas de valor y honor a sus oyentes. Por aquel entonces ya habrían estado de pie, clamando por ser los primeros en prestar sus juramentos a la antigua usanza, empeñando sus vidas, sus almas y su libertad por la causa.

En Mona había el valor suficiente y sobraba. Allí era manifiesto que no lo había.

Sabiéndolo, Breaca no dejó un espacio que quizá no se hubiese llenado. Por el contrario, hizo una señal tras ella, llamando a Cunomar y luego a Cygfa, hasta que ambos se sentaron detrás de ella. Una mujer y sus tres hijos; la Boudica, la portadora de victoria, y parte del linaje real de los icenos.

Les saludó el silencio.

Graine se echó atrás, hacia su madre, sintiéndose menos segura que antes. En dos años, desde el regreso de las Galias, su hermano y su hermana nunca se habían sentado junto a ella de aquella manera reclamándola para la familia. Los hijos de Sorcha habían sido su familia, y Airmid. Miró a un lado, hacia la noche, más allá de las antorchas. *Piedra* estaba allí, sujeto por Ardaco. Ella formuló en silencio una petición y fue respondida, y el gran perro se adelantó a su lado y ya se sintió completa de nuevo.

Breaca se puso de pie frente al consejo. En la falta de palabras estaba el meollo de su mensaje. «He traído a mi familia entre vosotros. Asumo los mismos riesgos que vosotros habéis asumido. Podéis confiar en mí».

No eran tontos aquellos hombres y mujeres, y mantenían orgullosamente lo que les quedaba de dignidad. Un suspiro nació entre ellos, apenas moviendo el aire. Graine les vio apartar la vista de su madre y volver su atención hacia uno de los suyos.

Inevitablemente, habían elegido a un portavoz. Se puso de pie una mujer, una anciana muy delgada con el cabello gris, alta y ascética, hambrienta por las imposiciones de la vida o por su propia voluntad, de modo que la piel se agarraba a sus huesos y las articulaciones de sus dedos sobresalían como los agriones de un caballo. Su manto era del color gris de Mona, harapiento debido a las atenciones de la podredumbre y los roedores. Llevaba un cráneo de cuervo en la mano derecha, con el pico blanco señalando hacia delante como un sexto dedo, y una solitaria ala negra

colgando sobre su pecho. De todo cuanto llevaba, el cráneo y el ala eran las únicas cosas que parecían realmente limpias.

—Estás bien alimentada, Breaca de los icenos, y tus hermosos hijos también.

No sonreía, pero las palabras tampoco le sonaron a Graine tan duras como podían haber parecido. Su voz era más suave que la del cuervo.

—Si hubieses venido antes, cuando todavía teníamos guerreros con la voluntad de luchar, o que fueran capaces de empuñar las lanzas y las espadas abiertamente, y no se hubiesen visto obligados a esconderlas en un lugar donde no pudieran encontrarlas, en lugares de los que ni siquiera nuestras familias saben nada, si hubieses venido con las diez mil lanzas de Mona cabalgando detrás de ti para confirmar tus pretensiones, o con los soñadores suficientes para insuflar ánimo en los que tienen el corazón roto, te habríamos dado la bienvenida de buen grado.

Miró a su alrededor, a sus iguales. Nadie se alzó para poner freno al flujo de su retórica, ni replicó a su obvio cursó. Inclinando la cabeza como lo haría un cuervo, escuchando, continuó:

—Pero no viniste antes, y aunque has traído a tu familia, y aunque hemos oído hablar de las hazañas de la hija de Caradoc luchando junto a la Boudica, es demasiado poco, y demasiado tarde. Ya estamos destrozados, y no se nos puede arreglar tan fácilmente.

El pico de cuervo se alzó en un brazo extendido y quedó abierto, de modo que el sonido de la voz de la mujer procedía del espacio en su interior. Ya no era suave. Quienquiera que le hubiese enseñado en Mona podía estar satisfecho de su discípula.

—Vete a casa, Breaca, antes gobernante de los icenos. Tenemos ahora otro gobernante, y su poder procede de un emperador en Roma que se ha hecho dios a sí mismo. No hay lugar para ti aquí. Harás mejor en quedarte en el oeste y luchar. Te honraremos a ti y a tu familia. Tu soñadora puede enseñar a tus hijos cómo soñar para seguir con las generaciones. Los nuestros están perdidos, y no hay redención posible.

El aliento se contuvo en la garganta de Graine, y notó que Cunomar se movía junto a ella y que luego se esforzaba por permanecer quieto. Desde su primera infancia, todos habían sabido que la salvaguarda de los niños era el núcleo del sueño de su madre. Tal cosa es privada y es algo que no se debe comunicar en voz alta a un extraño que está en compañía de extraños.

Si Breaca quedó conmocionada, no lo demostró. Dijo:

—Y sin embargo, todos vosotros habéis venido a reuniros aquí, al alcance de las legiones, mientras podríais haberos quedado a salvo junto a los fuegos de vuestros hogares.

La mujer bajó el cráneo acusador. Su voz ya no era la del cuervo.

—Sea lo que sea lo que nos haya ocurrido, aún sigues siendo de nuestro linaje real y no carecemos totalmente de valor. No deseamos mostrarte deshonor alguno, sino decirte quiénes somos, para que veas que puedes volver por donde has venido y seguir

luchando. Nosotros somos el ejemplo de lo que ocurrirá bajo el gobierno de Roma. Quizá nosotros hayamos perdido, pero el oeste no tiene por qué, y mientras Mona resista, habrá esperanza.

La mujer se sentó con tanta rapidez como se había levantado. En Mona habría sido difícil mantener a los demás quietos y callados. En el bosque del este, nadie se puso en pie para oponerse a lo que ella había dicho.

En el tenso silencio, Breaca miró a su alrededor, hacia los bordes del círculo. Como estaba muy cerca de ella, Graine notó las primeras señales de la tensión que dominaba a su madre. La apariencia externa de calma total costaba mucho más esfuerzo que antes, y para alguien acostumbrado a observar resultaban evidentes las pequeñas manifestaciones: los nudillos que se ponían blancos en la mano oculta por el manto, y la forma en que se frotaba las puntas de los dedos con el pulgar, como comprobando su tacto. Breaca esperaba algo, algo que no había ocurrido todavía. Cuando lo hiciese, ella esperaba tener que luchar.

Pero no ocurrió nada de aquello, excepto quizás en su voz, cuando preguntó:

—¿Esta decisión es de todos vosotros?

Ella era la Boudica, líder de ejércitos; podía poner un aguijón en una pregunta sencilla, que avergonzase a todos ellos, los mejores y los peores.

—No…

Un hombre canoso, de mediana edad, que portaba un pellejo de castor encima de los hombros, se puso de pie. Era robusto como un herrero, pero permanecía en pie desequilibrado, como si una cadera le causara dolor.

—Fue decisión de todos nosotros, antes de que tú vinieras, pero no tiene por qué ser así ahora que estás aquí y hemos visto quién eres y lo que eres —miró a su alrededor—. Quizá te parezcamos derrotados, pero no es imposible que nos recuperemos. Si los dioses nos envían la forma de hacerlo, ¿cómo vamos a enfrentamos a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos si no tomamos lo que se nos ofrece? El linaje real de los icenos se remonta, sin interrupción alguna, a los antepasados. ¿Seremos nosotros precisamente quienes lo rompamos ahora? Yo recupero la palabra que le entregué a Lanis, de los Cuervos. Hablando por mí mismo y por aquellos de mi pueblo cuya confianza ostento, digo que la Boudica debe quedarse y que hemos de rearmarnos, y que debemos desenterrar nuestras espadas y sacar las lanzas de la paja de los tejados y hacer escudos que detengan las espadas de las legiones, y que debemos luchar, o al menos sentimos orgullosos de morir en el intento.

En tiempos fue un guerrero y todo su ser lo demostraba. Graine quiso abrazarle. En lugar de eso, le sonrió y se alegró cuando vio que él le devolvía la sonrisa. Era un hombre respetado por los demás. Lo cual se hizo evidente por las muchas señales afirmativas que siguieron. Otro se puso en pie, una mujer más joven que el primero.

—El norteño tiene razón —dijo—. El linaje real es creación de los dioses. No debemos romperlo nosotros ahora.

Como el fuego entre las hojas de otoño, la aceptación fue creciendo. Aquí y allá, humedeciendo su calor, había disensiones. En algunos lugares, grupitos de hombres y mujeres discutían acaloradamente en contra del regreso de la Boudica. Casi todos ellos ostentaban cicatrices y, mucho más hondo, el dolor sordo y constante que indicaba que habían perdido ante Roma aquellos que más les importaban, y temían perder más aún.

La reunión adquirió entonces la animación a la que Graine estaba acostumbrada, y fue aumentando en volumen y estridencia a medida que los argumentos razonados dejaban lugar a la esperanza imprevista, o se ahogaban en el miedo. Uno por uno, soñadores y guerreros se pusieron en pie para apoyar a uno u otro de los dos portavoces. No estaban ya acostumbrados a las cortesías de un consejo. A medida que la noche se hacía más profunda y los que esperaban para hablar estaban más cansados y menos pacientes, el orden y la disciplina desaparecieron. Hombres y mujeres se pusieron de pie en grupitos y gritaron a Breaca o entre sí, o sencillamente gritaron intentando hacerse oír.

En el punto álgido del tumulto, Graine vio a un hombre delgado y de pelo rojo, algo calvo, con una cicatriz en el puente de la nariz, como si le hubiesen cortado con una espada en la batalla, que subía a un tronco caído que había junto al borde del círculo. Su voz se había alzado antes sobre el tumulto de la batalla, y ahora lo volvía a hacer.

—¡No puedes quedarte! No debes quedarte. Te costará tres días enteros morir cuando las legiones sepan que la Boudica está aquí y, cuando vengan a capturarte, no descansarán solo con vuestras muertes. Se adentrarán entre nosotros como lobos hambrientos a través de un rebaño de ovejas sin guardar, y nuestros niños se desangrarán hasta morir en nuestros umbrales. Ha sido una locura el hecho de venir hasta aquí. ¿Cómo creías que ibas a poder quedarte?

Sus últimas palabras se extinguieron en el silencio. Aquel hombre había sobrepasado los límites, aun en aquel lugar. Se quedó allí de pie, balanceándose en el tronco caído, con el resentimiento rodeándole como un halo y mirando a todos lados en busca de apoyo, pero éste no se le concedió. Hasta los que habían discutido con él miraban al suelo y no hablaban.

La Boudica había permanecido de pie todo el rato, escuchando cuidadosamente los argumentos que se daban por ambas partes, al parecer. Graine, que la miraba con inquietud creciente, vio que la mayor parte de la atención de su madre se dirigía más allá del círculo, hacia el bosque. La espera había puesto rígidas las manos de Breaca a su costado, en el lugar donde tenía que haberse encontrado su espada y sin embargo no estaba.

Ella estaba tomando aire para empezar a hablar cuando, desde la noche que había más allá de las antorchas, una nueva voz dijo:

—Podrá quedarse como esposa mía. Roma nunca sabrá quién es.

El vacío en el que cayó aquella voz olía a ese terror que retuerce los intestinos.

El hombre que se adelantó entre dos antorchas chisporroteantes no era tan alto como Luain macCalma, pero era más alto que la mayoría. Su cabello era como la paja en color y textura, y lo llevaba cortado a la manera romana, de modo que apenas le alcanzaba los hombros.

Cuando pudo mirar más allá, y superar el ansia desnuda que se reflejaba en los ojos del hombre, Graine vio que su brazo derecho acababa en el codo, y que la manga de su túnica era más larga de lo normal para cubrir ese defecto. Y entonces, con horrible claridad, comprendió quién era: Tago, que se hacía llamar a sí mismo Prasutago para congraciarse más con el gobernador, aquel guerrero lisiado que había tratado a Silla como una yegua de cría, haciéndole un niño enfermizo tras otro hasta que ella murió sin dejar ningún hijo vivo. El autoproclamado «rey de los icenos», que se había aliado con el emperador Claudio y luego con Nerón. Si el mensajero de Efnís estaba en lo cierto, aquel hombre les haría morir a todos de la manera más terrible.

Tardíamente, Graine pensó en mirar a su madre. Breaca seguía muy quieta. Las tensiones anteriores habían desaparecido. La espera había concluido. Parecía que se estaba preparando, igual que hacían otros guerreros, antes de la batalla, pero antes nunca había necesitado hacer tal cosa.

—¿Vienes con las legiones de Roma detrás de ti? —preguntó, tranquilamente.

—No.

Tago frunció el ceño aviesamente. Todos sus movimientos eran demasiado rápidos, demasiado cortantes. No se tomaba el tiempo suficiente para pensar o para preguntar a los dioses antes de actuar. Graine se sentía avergonzada de que fuera así.

Él dijo:

—Siento que pienses eso de mí. He venido con una respuesta para el conflicto. He oído a los ancianos de nuestro pueblo en su desacuerdo. Pueden discutir toda la noche y tres noches más, y no encontrarse más cerca de una solución. La mitad de ellos quieren que te quedes aquí para mantener intacto el linaje real, la otra mitad tienen miedo de que la llegada de la Boudica atraiga la venganza de Roma sobre ellos y sobre sus familias. Se imponga el bando que se imponga, la otra mitad les odiará. La nación icena, que ya está rota, quedará más dividida aún. No podemos permitirnos una ruptura semejante, y yo no deseo gobernar sobre un pueblo tan dividido. Ofrezco una solución para que tú y tu familia podáis vivir seguros bajo la mirada del gobernador, sin que éste sepa quiénes sois. Y te traigo esto…

Todos los ojos se posaron en él. Con la pericia de un cantor entrenado, sacó de debajo de su brazo lisiado una torques de oro desgastada por el tiempo, entretejida al estilo antiguo, con muchos hilos finos. Parecía un objeto muy pequeño, comparado con la torques de oro rojo que llevaba la Boudica, pero en una reunión de soñadores, atrajo la atención como una pata de animal ensangrentada habría atraído la atención de una jauría de perros.

En el lado más cercano a Graine, lejos de Prasutago, la mano de Breaca se cerró y se volvió a abrir, una sola vez.

—¿Me ofreces la torques de mi madre? —su voz sonaba ruda, pétrea. *Piedra* volvió la cabeza al oírla, rígido.

—No. Lo ofrezco a la única que puede ser vista llevándola sin morir por ello.

El hombre que había comido y bebido como huésped de Roma se adelantó entonces. Cygfa estaba de pie junto a él. Ella titubeó un poco al verle aproximarse, pero no retrocedió. Cuando él levantó los brazos por encima de su cabeza y los pasó por detrás de su cuello, su mano se desplazó al pomo de su puñal. Y cuando él pasó el aro de oro hacia delante para que los dos finales abiertos se alojasen en un charco de cálida luz, encima de sus clavículas, se relajó y dejó caer el brazo a su costado, olvidado. Se decía que nadie podía llevar la torques de los icenos y sentirse de otro modo que regio. Cygfa era más inmune de lo que fue Silla, por muy extranjera que fuese su educación. Sonrió y el efecto fue deslumbrante.

Tago dio un paso atrás. Dijo a Breaca:

—Si tomas la torques, y con ella el liderazgo, el nuevo gobernador hará preguntas que no deseamos que nadie responda. Bajo la ley romana, tus hijas serán mis hijas el día que te conviertas en mi mujer. Por lo tanto, ofrezco la torques a Cygfa, que es tu hija, al menos en nombre, para que la ostente hasta que Graine, que es hija de tu sangre, alcance su mayoría de edad. Si tenemos hijas, vendrán después de ella en la línea de herencia. A mi muerte, el gobierno pasará a cualquier de ellas que esté en mejores condiciones de ostentarlo.

—¿Y hasta entonces? —parecía como si estuvieran solos Breaca y Tago. Hablaban como si se hubiesen conocido desde hacía una vida entera, y nunca hubiesen vivido separados.

—Hasta entonces yo gobierno como Roma quiere que gobierne, con Breaca de los icenos como esposa mía. Te aceptarán como sustituta de Silla. Las mujeres cuentan poco a sus ojos y no serán tan descorteses como para cuestionar la elección de esposa por parte de un rey.

—¿Y cuánto tiempo pasará antes de que nos traicione un miembro de tu casa?

Tago se encogió de hombros.

—Yo diría que eso no pasará nunca, pero si me equivoco, moriré contigo. El gobernador no se sentirá inclinado a la indulgencia, si cree que le han traicionado. Aquellos que hayan prosperado bajo mi mandato serán destituidos con mi muerte. Aquellos que me odien pondrán su esperanza en ti, y tu supervivencia será su máxima preocupación —sonrió—. Un hombre tendría que odiarnos a los dos muchísimo, y no preocuparse en absoluto por su pueblo, para elegir un curso de acción semejante, y aunque hay muchos que me odian y el mismo número que teme tu presencia, no se me ocurre ni uno solo que quiera provocar de buen grado tamaño derramamiento de sangre entre los icenos. Mientras los dos vivamos, estaremos a salvo. Ésa es nuestra garantía: cada uno con el otro.

Esperó. Todos esperaron. Graine contempló la súbita relajación de la mano de su madre. Ni su rostro ni su aspecto habían cambiado, pero la batalla para la cual se

había estado preparando Breaca había terminado, y ella no había perdido.

VIII

—¿Creías que ella haría que te mandasen a casa?

Tago, hijo de Sinocho, cerró la puerta del dormitorio, aunque sin atrancarla. No era una habitación demasiado grande, y unas cuantas lámparas de piedra hacían más oscuros aún los espacios oscuros, y no conseguían iluminar el resto. Las habían encendido antes de que Tago (*Prasutago*, debía recordarlo) abriera la puerta y condujese dentro a Breaca. Solamente ese hecho significaba que había sirvientes que sabían que él iba a la reunión, y que volvería antes del amanecer, y que desearía que su fría y húmeda choza dentro de una choza estuviese iluminada para su huésped.

Llamaba «palacio» a aquella choza, según la costumbre romana, y encontraba en ello orgullo y no vergüenza. Fiel a la visión de la antepasada, no había casa redonda en el feudo de Prasutago, aunque ésta no había sido desmontada para usarla como leña, sino por beneficios políticos. Como hacían los romanos, cada familia vivía separada en la hacienda que era el centro del poder del «rey». Otros se estaban alojando ya en las habitaciones que había a cada lado. Breaca oyó decir «Gayo» y «Tito», los dos guardaespaldas de Tago que habían adoptado nombres romanos, y ambos se presentaron, sonriendo. No oía a sus hijos ni tampoco a Airmid.

—Lanis —exclamó Tago por segunda vez. Su voz tenía un tono perentorio. No estaba acostumbrado a que le ignorasen—. ¿Creías que ella te enviaría de vuelta a Mona con tu honor intacto y tu dignidad sin mella?

Él había cambiado mucho. El recuerdo más perdurable que tenía de él era el de un joven irresponsable e impaciente, que corría a sus talones como un perro joven, desesperado en su entusiasmo, y sin embargo carente del valor necesario para actuar. Más tarde le recordaba herido después de la batalla contra Amminio, convaleciendo de la herida del brazo, de imposible curación, pero su padre había muerto en la misma batalla, y la verdad es que ella se había fijado poco en Tago. Ella fue quien le sujetó cuando Airmid cortó la parte muerta de su brazo, pero él entonces deliraba, y ella pensaba que no lo recordaría. Más tarde todavía, él destruyó su honor intentando luchar en una batalla para la que no estaba capacitado. Valiosos guerreros murieron en su defensa. Breaca recordaba sus nombres y sus familias y, de pie en el resplandor débil de aquellas lámparas, vio reflejado en los ojos del hombre el preciso momento en que aquel recuerdo apareció en su rostro.

Él iba a hacer la misma pregunta por tercera vez, y no se mostraba demasiado contento por tener que hacerlo. Su humor nunca había sido demasiado complaciente, ya antes de perder el brazo. Después se volvió proclive a los estallidos de violencia repentina. Eso no lo había olvidado. Pelearse allí, en aquel momento, no ayudaría a

nadie.

Ella dijo:

—Siempre fue posible que Lanis nos enviase a casa. Ella estudió con Airmid, y desde entonces ha viajado a Mona y se comporta ante los dioses con más integridad que ningún soñador que haya conocido. Su pasión, su preocupación, es por el bienestar del pueblo. Si ella pensaba que el peligro de que yo estuviese aquí sobrepasaba los beneficios, habría procurado que el consejo nos enviase de vuelta, por mucho que tú y yo hubiésemos decidido otra cosa.

Él pensó que era posible. Ella había visto el pánico en su rostro. Entonces, fingiendo calma, le preguntó:

—¿Y tú te habrías ido?

—Por supuesto. Si me quedo aquí es con la ayuda de los soñadores o no me quedo.

Eso era cierto. Lo único que no era verdad era que, al entrar en el círculo, tuviese dudas acerca de cuál iba a ser el resultado. No creía que la rechazasen; otros habían hecho demasiados sacrificios para que ella llegase hasta allí. Comprendió ese hecho al ver los ojos de Lanis antes de que la soñadora empezase siquiera a hablar, y en la compasión que mostró a continuación. Ninguno de ellos esperaba que el camino que les aguardaba fuese fácil, pero era impensable retroceder. El desafío ahora era aprender a vivir en aquella farsa de poblado semiromano, con aquel hombre, entre los despojos de su pueblo. Nada era imposible.

—¿Quieres un poco de vino?

Tago rondaba a su alrededor. La jarra que llevaba en la mano estaba vidriada y era de color rojo oscuro. La colocó con precisión en la tapa de un baúl de roble para que quedase bien nivelada y no se derramara mientras vertía el vino con una sola mano. Todo en aquel acto era casi romano, aunque no del todo, igual que el entorno en el que se encontraban.

El muro que se encontraba detrás de él estaba enlucido, pero la imagen que tenía pintada en color azul iceno era de una yegua al galope que ya era vieja mucho antes de que Roma se convirtiese en ciudad. Debajo de ella, en la tapa del baúl, una constelación de monedas de plata parpadeaban con el brillo de la acuñación reciente.

Breaca cogió una y leyó la palabra «ecen». Otras en el mismo montón ostentaban la cabeza del emperador-niño Nerón de perfil, un joven corpulento con demasiadas barbillas.

—No es el más bello de los hombres, pero sí el más poderoso con diferencia. Compensa ser amigo suyo. Él otorga grandes riquezas a los que gozan de su favor, igual que hizo su tío antes que él.

Tago estaba justo detrás de ella. El olor a vino en su aliento se mezclaba con el resto de olores que emanaban de su cuerpo: un ligero olor a leche agria y a queso que le revolvía el estómago desde que se cerró el faldón de la puerta.

Pasando las monedas entre los dedos, ella dijo:

—¿Compensa a la gente que tú tengas riquezas romanas? ¿Pueden acaso sus hijos moler la plata para hacer pan, cuando el grano del invierno escasee? He oído que las legiones reclaman todo el producto de los campos para su propio uso, y que la gente se muere de hambre por falta de lo que ellos mismos han cultivado.

La mente de Tago estaba en otras cosas. Breaca le vio quedarse absorto, esforzándose en pensar. Dijo:

—La gente no come plata, pero se puede usar para comprar grano cuando lo necesitemos.

—Grano iceno, criado en los campos icenos, comprado a un precio más elevado del que ellos han pagado —ella estaba furiosa, cuando se había prometido a sí misma que no se enfurecería. Jugueteaba con la plata y se esforzaba por calmarse.

Tago dijo:

—Por supuesto, el gobernador tiene que sacar algo de provecho. Debe pagar a su ejército y a su personal, y enviar algo de dinero al emperador. Igual que nosotros. Mira… —con su única mano, apartó las tintineantes monedas del baúl y abrió la tapa. Dentro, brillando tenuemente a la luz de la antorcha, había una fortuna en monedas nuevas, sin usar. El baúl solo estaba medio lleno, pero de todos modos, si uno contaba la riqueza que poseía en plata, Prasutago era un hombre riquísimo.

Breaca soltó las monedas que tenía en las manos, viendo cómo caían las caras. El nombre de su gente no aparecía en esas monedas, ni la yegua al galope. Allí se veía a Claudio y a Tiberio, y al loco Gayo. Una vez incluso vio a Augusto. Toda Roma estaba allí, conformando la riqueza de los icenos.

—¿Tú tomas las monedas romanas como regalo? —preguntó.

El hombre a quien ahora se veía ligada la miró largo rato, olvidando el vino y el lecho que había en el rincón. En aquella mirada ella pensó que veía los inicios del Tago real, que ya no era ni el diplomático ni el joven ansioso, sino el hombre con un solo brazo que había luchado en muchas batallas y que no estaba dispuesto a perder una más.

Las aletas de la nariz del hombre se tensaron, y la piel de su rostro enrojeció. Con voz apenas audible, dijo:

—No es un regalo. Eso nunca. Séneca no entrega regalos. He aceptado un «préstamo» de diez millones de sestercios por el cual pago un diez por ciento anual de interés. En cuanto al resto, pago los impuestos y los sobornos, compro grano en invierno y derechos de pastos en verano, compro regalos para el gobernador y su esposa, para que se crean halagados por la realeza. Establezco rutas comerciales por mar y por tierra, y se me permite cargar impuestos a aquellos que nos traen el vino y las olivas y los higos, para así parecer más romanos.

Al pronunciar aquella palabra, una lámpara de la pared parpadeó y se apagó. Estaba llena de grasa de oveja, que otros aceites mantenían líquida. Careciendo de las resinas de pino de Efnís, el humo que se elevaba de la mecha era negro y apestaba a rebaños tardíos.

Los dioses se expresan de muchas maneras. Tago se detuvo y miró y continuó, a la defensiva:

—Hago esto porque éste es «mi» pueblo, están a «mi» cuidado, y no quiero verlos reducidos a la abyecta servidumbre de los trinovantes. Roma respeta dos cosas: la fuerza de las armas y la riqueza. Si no tenemos lo primero (cosa que, obviamente, no tenemos y nunca tendremos, pienses lo que pienses), entonces debemos tener lo segundo, porque de lo contrario nos convertiremos en menos que ganado —hizo una pausa momentánea, pensando, y luego se dio la vuelta—. Si vas a quedarte aquí, debes comprender algunas cosas. Mira y aprende.

Él pasó junto a ella y abrió tres baúles más situados junto a la pared que había frente al lecho. Los objetos que estaban colocados encima de los baúles cayeron al suelo y se rompieron o se desperdigaron: un cuenco pequeño con el borde dorado, un caballo hecho por un niño con arcilla basta, un peine con mango largo y un dibujo desmañado pintado en azul en el mango…

Ignorándolos, él dijo:

—Nerón es un niño, no tiene más control sobre Roma que yo mismo. Pero hay dos hombres que gobiernan a través de él, y de ellos, Séneca es el que más riquezas posee. Las usa para amasar más riquezas aún. Éste —y volcó el primero de los baúles — estaba lleno antes. Y éste, y éste.

De los ocho baúles, tres estaban volcados, vacíos. Tago se quedó en el mismo borde de la luz de la lámpara, temblando como si estuviera en batalla. Su manga vacía se había soltado y se la subió encima del muñón de su brazo. La carne aparecía de color morado donde Airmid la había cosido sobre el muñón del hueso. Por encima la carne era del mismo color que el brazo de otro hombre cualquiera, pero pálida por la falta de luz solar.

Dijo:

—Breaca, no todos podíamos irnos corriendo al oeste y convertimos en héroes. Todas las noches, durante catorce años, he soñado que el hombre de Amminio no me rompía el brazo, o que yo conseguía apartarme, o que levantaba la espada para detener la suya y por tanto quedaba entero para poder luchar contigo en la batalla de la invasión. He soñado que derrotábamos a Roma juntos, o que estaba contigo cuando condujiste a los niños y los guerreros de Mona al oeste para continuar la lucha. En mi sueño resistíamos juntos, y Roma era rechazada de vuelta al océano, que se la tragaba para siempre, y no volvía jamás. Luego, me despierto y no estoy entero y las legiones no se han ahogado y mi pueblo se muere de hambre, de enfermedades y a causa de los castigos infligidos por las legiones, que toman represalias contra nosotros por el daño que les han causado las tribus a las que ellos no pueden alcanzar, en el oeste.

Ella debería haber sentido lástima por él, pero no podía. Dijo:

—Estás diciendo que ahora comercias como un romano, y que no debería despreciarte por ello.

—¡Sí! ¡Sí, en el nombre de Briga! Los niños tienen que comer, Breaca. Ésa es la realidad, y eso no puedes cambiarlo. Tú crees que puedes venir al galope y levantar tu estandarte y que los guerreros se reunirán a tu llamada y que, en primavera, podrás conducirles hacia la gloriosa derrota de Roma. Pero no es así, nunca será así. Vive aquí un invierno y verás por qué no quedan guerreros que puedan reunirse bajo tu estandarte, por qué todo el mundo, hombres y mujeres, está vencido: tienen demasiada hambre, porque cinco décimas partes de su grano se han pagado como impuestos y llevan días viviendo solo a base de beber nieve derretida, para poder alimentar a sus hijos. Tus hijos no morirán este invierno porque yo he cogido las monedas de Séneca y las usaré para alimentar a aquellos cuya vida depende de mi protección. Ésta es mi batalla, y mi forma de librarla. También aprenderás eso. Si quieres enseñar a Graine a dirigir las cosas como corresponde a su sangre, esto es lo que tendrás que enseñarle. No habrá ningún ejército, Breaca, los icenos no tienen ánimos para eso. ¿Lo comprendes?

—No. Pero comprendo que tú lo creas —Breaca se levantó. Miró cada uno de los baúles volcados. Ni una sola moneda quedaba en el fondo de ninguno de ellos. Se dio cuenta, de pronto, de que no había comido desde que amaneció, y que su estómago hacía rato que daba vueltas sobre sí mismo, quejándose—. ¿Qué ocurrirá cuando Séneca reclame su préstamo y tú no puedas pagárselo? —preguntó.

—No soy incapaz de devolverlo. Tengo más de lo que había aquí en comercio e impuestos propios. No todo está aquí, está en monedas icenas, pero la plata es plata, y no discutirán —sonrió débilmente—. Pero si, por casualidad, resultase que soy demasiado pobre y no puedo pagar, entonces, naturalmente, él tendrá derecho a disponer de los bienes que cubran el total: oro, grano, caballos, perros…

—¿Esclavos? —el frío le helaba el pecho. «¿Tendré que enseñarte, Breaca de los icenos, lo que significa que un pueblo se desangre hasta que no quede nada más que dar?»

Malinterpretando su preocupación, Tago dijo:

—Por supuesto, esclavos. Pero nunca miembros de la familia real. Tienen mucho cuidado con eso. Aquellos cuya reivindicación de la realeza reside en los lazos de sangre más débiles que se pueda imaginar y el incesto sancionado oficialmente, se muestran extrañamente respetuosos de aquellos cuya reivindicación es genuina y se remonta a incontables generaciones. Ocurra lo que ocurra, no te cogerán ni a ti ni a tus hijos. Hasta Cygfa, que solo es tuya nominalmente, está a salvo. Pero cogerán a cualquier otra persona que crean que puede cotizar un cierto valor en el mercado.

—¿Y permitirás eso?

—No tengo ningún poder para evitarlo, Breaca. Soy rey porque ellos decidieron llamarme así. Si quieren colocar a otro en mi lugar, tampoco puedo evitarlo.

—Y si dejamos de ser realeza, nuestra familia ya no estará a salvo.

—Exactamente.

Era duro, entonces, dejar a un lado la visión de un redil de esclavos. Las lágrimas

de Graine no eran de oro, sino de sangre, y convertían su rostro en un campo de batalla.

Junto a una pared había una cama cubierta con pieles de oveja teñidas y debajo una piel de caballo entera. Breaca se sentó en el borde y se miró el dorso de las manos hasta que fue capaz de verlas claramente a través de la imagen de su hija.

Tago sonrió con algo de tristeza.

—Los romanos no quieren la guerra en el este —dijo—. Tus batallas en el oeste lo han conseguido. Para mantener la paz, no nos provocarán. Para preservar nuestra vida, no les provocaremos. No es algo con lo que uno pudiera soñar, pero es bastante.

Él le ofrecía aquello como si fuese un regalo, su galardón por lo que ella había sido. La fuerza de aquel hecho, o el poder del vino, le empujaron más allá del escudo invisible que la rodeaba. Acercándose, pasó los dedos por el brazo de ella. El control que ella tenía de su cuerpo era menor que el de su mente. Después de tocarlo él, se le puso piel de gallina en el brazo.

Él se inclinó y le besó la frente.

—Creo que deberías beber un poco de vino —se lo sirvió y dejó la jarra en el suelo junto a ella. Ella lo ignoró.

Él dijo, mientras le acariciaba la nuca:

—No me has preguntado cómo dormirá tu familia.

—No hay necesidad.

Las antorchas parpadeaban. Una por una, el aceite se les acababa y fueron soltando hilos de humo, como telarañas, hacia el techo. Breaca cerró los ojos. Casi amanecía, y la herida de lanza que tenía en el brazo le dolía, y estaba tan cansada como si hubiese luchado todo el día, y quería agua, o cerveza, no vino.

—Tago —el pulgar de él iba dando vueltas y vueltas en su nuca. Había bastantes posibilidades de que acabase vomitando, cosa que resultaría muy humillante. La realidad la aplastaba, después de días y días viviendo entre las palabras de la antepasada, y él tenía razón: las cosas no eran, en modo alguno, tal y como ella las había imaginado. Cabalgar hacia la batalla era mucho, muchísimo más fácil.

Todavía quedaban muchas cosas por decir, fronteras que establecer, de modo que ambos las conocieran perfectamente.

—Tenemos un acuerdo —dijo ella, cansada—. Deberíamos aclarar los términos. Tú has establecido los tuyos: yo me convertiré en tu mujer en todo y te ayudaré a gobernar a los icenos. Mis términos son igual de claros. Si mis hijos, o Airmid, o cualquiera de los que me han jurado lealtad, sufre algún daño, o si a alguna de las mujeres la tocan siquiera en contra de su voluntad, me perderás y conmigo toda esperanza de gobernar a los icenos. Nuestro pueblo quizá no esté preparado para luchar, pero no son las ovejas que tú me has pintado, y no aceptarán tu gobierno. El linaje real siempre ha sido un nexo entre el pueblo y los dioses. Si rompes ese nexo, será a riesgo tuyo.

—Obviamente —a Tago no le gustaba que le trataran con condescendencia. Le

quitó la mano del cuello. Ella respiró hondamente.

—¿Es todo? —preguntó él.

—No. Otra cosa. Nosotros dos no tendremos ningún hijo.

—¿Cómo? —al final él perdió el control—. Has jurado ante el consejo de los ancianos…

—… ser tu esposa en todo. Soy plenamente consciente de lo que he dicho, y de lo que representa. Sin embargo, no he jurado que fuese capaz de dar a luz más hijos. No lo soy, o al menos así lo cree Airmid. Para conocer los detalles tendrás que preguntarle a ella, pero creo que el nacimiento de Graine me causó unas cicatrices que no se pueden reparar.

Él la miró, oyéndola solo a medias. Respiraba con demasiada rapidez, y los pozos de sus ojos estaban vacíos.

—¿Y eso es todo?

—Es todo.

—Bien.

Con esa palabra, llegaron al momento que ella había aceptado como la mejor opción posible en una cueva, en la ladera de una montaña. No era ni tan bueno ni tan vergonzoso como ella podía haber esperado.

Él se quedó de pie a la luz de las últimas antorchas, y ella le vio quitarse la túnica con su única mano. Llevaba practicando toda una vida, y era tan diestro como cualquier hombre entero. El muñón de su brazo apareció como un amasijo de cicatrices. Se quedó muy quieto, esperando los comentarios. No carecía de valor; sus ojos siguieron clavados en los de ella, en silencio. Ella había visto cosas peores en cien campos de batalla, y no dijo nada. Él asintió y se quitó la prenda interior y el cinturón que la sujetaba.

Estaba muy cerca de lo que deseaba. Se sentó en el borde del lecho y su mano se movió espontáneamente hacia la cintura de ella. Le besó la mano, y luego el brazo, y luego el cuello. Su voz, ahogada por el pulso de su garganta, dijo:

—Quizá no tenga ningún hijo, pero tengo mi vida, y quiero conservarla. Debes saber ahora que si yo sufro algún daño, si muero, si tus soñadores, de hecho, no hacen todo lo posible por mantenerme sano y disfrutando de una larga vida, aquellos de mis hombres que han tomado nombres romanos procurarán que los que más quieres sean quienes más sufran a la hora de la represalia que seguirá. ¿Queda bien claro, esposa mía?

Él usó la palabra romana *uxor*, que no tiene equivalente en ningún lenguaje de ninguna tribu. Veinte años de espera se escondían detrás de aquella palabra.

—Excelente. En tal caso, debemos celebrarlo tú y yo. Si no bebes vino, hay otras formas de sellar un trato. Ha pasado mucho tiempo desde que Caradoc fue hecho prisionero. Debes sentirte tan hambrienta casi como yo.

Estaba desnudo y le requirió que hiciera lo mismo. No era ningún niño, e hizo todo lo que pudo por mostrarse atento. Ella se echó en la oscuridad solo alterada por

una lámpara y pensó en Caradoc primero, luego en Airmid y Graine, en Cygfa y Cunomar, y por último, de forma inevitable, porque estaba en casa, en Bán.

parte II

primavera, 58 d. C

IX

—¿Bello? ¿Bello? Despierta.

El chico yacía muy quieto, con la cara blanca aplastada contra la turba negra y ambos brazos extendidos, abrazando la tierra. Valerio se arrodilló a su lado y luchó por apartar de su mente el sueño nocturno.

Le costó mucho más de lo normal. El sueño se agarraba estrechamente a él, de modo que, palpando su pulso agitado y mientras levantaba los párpados fláccidos del muchacho, una gran parte de Valerio todavía estaba cabalgando el potro de la yegua roja, en el corazón de la batalla. Como había predicho Airmid, el potro de sus sueños era negro con un escudo y una espada inclinada blanca marcados en la frente. Ya crecido y adulto, llevaba a su jinete con toda la pasión del caballo-cuervo, que había perdido en las legiones.

Un hombre cuya vida se había consagrado a la batalla se podía recrear en aquel sueño, que era agridulce, debido a la urgencia de la acción, y con un filo de esperanza que permanecía todavía después de despertarse. Airmid siempre había sido una soñadora muy cuidadosa, y aunque solo la mitad de su promesa se convirtiera en realidad y el potro llegase a crecer y ser una sombra de lo que fue el *Cuervo*, Valerio creía que su vida sería mucho más rica.

Esa esperanza ahora le parecía menos cierta. Apartado de forma involuntaria del clamor y el estruendo de las batallas soñadas, Valerio se tambaleó en la noche cálida y atravesó el cercado de cría que había junto a la herrería, y encontró otro tipo de carnicería mucho más difícil de aclarar.

Allí, debajo de un roble, en un montón de turba revuelta, yacía la yegua que fue regalo de macCalma, tiritando. No había potrillo alguno a su lado ni señal alguna de que fuera a nacer uno, pero el olor entre dulce y salado del agua del nacimiento lo inundaba todo, y la yegua gemía con ese gemido profundo, procedente del vientre, de una madre que ha hecho todo lo posible por expulsar a su hijo y no lo ha conseguido.

Todo eso lo comprendió Valerio al atravesar el cercado. Acercándose más, encontró a Bello echado junto a las patas traseras de la yegua, y la mancha negra de turba en su cabello rubio, casi blanco, mostraba el lugar donde un casco le había dado de lleno, justo detrás de la sien izquierda.

Estaba oscuro y Valerio no había llevado ninguna luz. Ya había levantado la cabeza del muchacho y le había pellizcado la mejilla y le había llamado por su nombre dos veces antes de notar el hilillo de sangre que le brotaba de la nariz y el otro, mucho más fino, de la oreja.

Se quedó inmóvil y su mente se heló simultáneamente.

—¿Bello?

Valerio apartó el pelo de la cara sin vida del muchacho, metiéndoselo detrás de las orejas de una forma que jamás se habría atrevido a hacer de estar despierto. Seis años en compañía mutua no habían conseguido romper la barrera de formalidad que se elevó los primeros días de su encuentro, cuando Valerio todavía vivía para las legiones y Bello era el muchacho prostituto comprado no por pena, ni por amor, ni siquiera para usarlo, sino con la esperanza de que consiguiese mantener a raya a uno de sus fantasmas más poderosos.

La comprensión de que había conseguido la libertad por no ser otra persona había dañado el orgullo de Bello ya en los primeros días que pasaron juntos en la Galia, cuando se apegó a Valerio en busca de seguridad frente a las legiones y el maligno poder del océano. Su evolución hacia la edad adulta, que había quedado muy clara el último invierno, había agudizado y no disminuido precisamente aquella herida.

Por su parte, Valerio nunca supo qué decirle, así que no le dijo nada. En media década nunca hablaron de amor, ni de falta de él. Solo la yegua roja de la caballería, con su clara preocupación por el muchacho y en cambio no por el hombre, había llegado a encarnar el muro que se alzaba entre ellos, y abierto de nuevo las heridas.

La yegua roja de la caballería que se estaba muriendo.

Hedía a miedo y a derrota y sangre vertida por la espada en un campo de batalla. Su aliento llegaba en grandes vaharadas que estremecían la tierra en torno a ella, y quizá toda la tierra, de un océano a otro, de modo que toda Hibernia e incluso Mona sabrían que el caballo por el cual el anciano Luain macCalma había pagado el salario de un año entero en oro a un duplicario de la caballería batava había dado la vuelta al útero al principio del alumbramiento y estaría muerta al amanecer, llevándose a su potro no nacido con ella.

Habían pasado veinte años desde la última vez que Valerio vio aquello. Su vida era más sencilla entonces, de modo que el momento más duro de su joven vida fue cuando su madre, Macha, cogió el martillo con punta y golpeó en la cabeza a una yegua que estaba dando a luz, entre los ojos, para liberarla de la vida y del dolor, todo a la vez. Mientras la yegua se deslizaba hacia la muerte, Macha abrió el vientre hinchado y liberó a su potro, sacándolo a la luz del día, resbaladizo pero vivo, dispuesto a alimentarse y prosperar con otra yegua. La potrilla nacida aquel día creció hasta convertirse en la yegua gris de batalla de la Boudica, y el chico que creció y se convirtió en Valerio llegó a aceptar que su madre había hecho bien.

El adulto Valerio había usado su propio martillo con caballos y con hombres, liberándolos de una vida que se había llegado a hacer insoportable. No le costaría ningún esfuerzo volverlo a hacer entonces, y conociendo a la yegua, no creía que su alma le esperase, como hacían otros, en la tierra de los muertos, buscando venganza por una vida cortada de raíz sin causa alguna.

Bello, sin embargo, sí que lo haría. Su cariño por la yegua había ido en aumento a lo largo de los oscuros meses de invierno, como el tranquilo romance de dos

extranjeros abandonados sin su consentimiento en una tierra extraña. Él tenía cierta facilidad para curar. Con tiempo y práctica, podía convertir aquel don en una profesión. Con toda probabilidad había creído que su amiga le reconocería y dejaría de moverse mientras él se encontraba en la turba detrás de ella, luchando por sacar al potrillo. Como chico educado en un burdel, tenía que recorrer aún un largo camino para aprender la naturaleza del dolor y del amor y comprender que el primero puede anular al segundo.

Valerio movió la mano de nuevo hacia abajo y comprobó el errático golpeteo de la vida en la garganta de Bello. Entre sus neblinosos pensamientos, otro hecho le quedó muy claro.

—Si la mato ahora, ¿para qué vivirás tú, pobre niño? ¿Volverías a la vida solo por mí? No lo creo.

Aquella certeza le hería mucho más de lo que había imaginado. Alisando el mismo mechón rebelde de pelo, Valerio dijo:

—Bello, si me estás escuchando, haré todo lo que pueda por mantener viva a tu yegua. Si muere, no será por no haberlo intentado.

* * *

Una vez tomada la decisión, Valerio se puso a trabajar con eficiencia. Si tenía que intentar lo imposible, había que salvar primero a Bello. El chico pesaba más de lo que parecía por su constitución esbelta, pero le resultó bastante fácil llevarlo a la única habitación de la choza del herrero y echarle en la cama con unas piedras calientes a su alrededor, envuelto en lana. No podía beber por voluntad propia, pero sí que le podía obligar a tragar una infusión de consuelda y llantén cocido y luego triturado, enfriado y guardado en una jarra de piedra para las mujeres que estaban demasiado agotadas para comer después del parto.

La yegua no se había movido cuando volvió Valerio. Yacía tiritando como la había encontrado al principio. Bello no podía oírle conscientemente, como si estuviera despierto, pero nadie le impedía hablarle como si pudiera escucharle desde algún otro lugar. Notando que había una presencia que miraba por encima de su hombro, Valerio dijo:

—Mira y aprende. Quizá podamos salvarlos a los dos todavía.

No era un trabajo fácil. Debería haber tenido a dos más para ayudarle, para darle la vuelta a la yegua hacia un lado mientras él volvía el útero hacia el otro. Consideró la idea de ir al poblado para despertar a una de las mujeres tranquilas y firmes que sabían mucho más de alumbramientos que él mismo. Por Bello habría sacrificado su orgullo, pero la caminata y despertar a quien fuese y luego volver le habría ocupado hasta la mañana, y no creía que la yegua viviese para ver el amanecer. Solo, pues,

Valerio luchó y sudó y maldijo y fue como si estuviese en la batalla, excepto que la yegua no estaba intentando matarle directamente, solo gemía y se esforzaba por expulsar a un potro que no tenía el paso franco hacia la libertad.

—Por favor… date la vuelta conmigo ahora… solo… la vuelta…

La yegua gimió y coceó, echándose hacia atrás con ambas patas. Sus ancas empujaron la cara de Valerio hacia la turba empapada. El brazo le ardía, luego se le heló, luego le ardía de nuevo, y una vieja herida de su hombro se quejó con un dolor renovado. Apoyó ambos codos en la tierra y empujó con los dedos abiertos, y, finalmente, de forma mágica, el potro vaciló, a punto de darse la vuelta, y acabó por caer todo resbaladizo, abriendo el cuello del útero.

—Gracias… gracias. Espera ahora, todavía no ha terminado. Déjame pensar. Dame un poco de tiempo para pensar.

Estaba echado en la turba, jadeando como la yegua. Sollozaba sin motivo alguno, solo por el alivio de que hubiese acabado su esfuerzo. Quería que Bello supiera lo que había conseguido, y lo que había que hacer aún, pero no había forma de decírselo. El chico no había vuelto milagrosamente a la vida, pero, de todos modos, cuando Valerio corrió hacia la choza para comprobarlo, vio que seguía allí.

Al volver, Valerio se echó una vez más. Dio unas palmaditas suaves a la yegua en la grupa y le habló como habría hecho a una mujer que estuviese dando a luz, mintiendo solo un poco:

—Lo peor ya ha pasado. Ahora déjame ver cómo se asienta el potro, y lo sacaremos, y podrás descansar.

El potro: aquel fantasma blanco y negro que le había atormentado en sueños un día de otoño, y había llegado a habitarlos excluyendo todo lo demás. Luain macCalma, el soñador anciano de Mona, había sembrado la semilla con gran soltura, y era difícil no creer que hubiese obrado de forma deliberada. «Airmid cree que será un potro, negro y blanco, con un escudo y una lanza en la frente».

Los sueños de Bello no eran los sueños de Valerio, y el hombre no le había explicado al chico la naturaleza del primer sueño auténtico de su niñez, en el cual él montaba un caballo negro con un escudo y una lanza blancos en la frente, en una batalla que decidía el destino de su hermana. Del mismo modo, no había discutido el regreso del sueño con el regalo de Luain macCalma de la yegua y la esperanza que surgía de ello, demasiado escondida en el interior de Valerio para que le diese nombre.

Valerio lo negó, diciendo: «ese sueño murió hace tiempo». En aquel momento lo había creído así. La verdad solo se le hizo aparente más tarde, aquella noche, y luego otras noches, y después todas las noches, y de día también, de modo que tenía que luchar para mantener la mente clara para la forja o la curación o el trabajo del cuero o la sencilla preparación de las comidas para sí mismo y para un exesclavo belgo que se había enamorado de una vieja yegua de la caballería y no dedicaba más que pensamientos pasajeros al potro que llevaba dentro.

Hasta aquel momento en que el potro, aplastado durante demasiado tiempo en el útero, estiró una pata al buscarla Valerio y luego, como para probar que estaba vivo, adelantó el hocico y le lamió el dedo.

Había pasado tanto tiempo desde que se quedó a solas con una yegua de parto que había olvidado lo que era tener una nueva vida al alcance de sus dedos, luchando por instalarse en la tierra. El potro hociqueó de nuevo y con ese pequeño ruego, con esa promesa y esa plegaria por una vida posterior, Valerio, que se había creído inmune al amor, lo sintió de nuevo, con toda la asombrosa y arrasadora fuerza que tuvo en el pasado.

Tal y como ocurría en su juventud, las puertas de su corazón quedaron abiertas de par en par, de modo que la fría noche se hizo más aguda, y los colores de la oscuridad más densos. Sollozando, buscó de nuevo, sin sentir ya ningún cansancio, y Bello ya era solo una mínima razón para conducir al potro a la seguridad.

* * *

No había existido ninguna oportunidad de que aquel alumbramiento fuera fácil, pero no había imaginado que resultase imposible.

Mientras duró la oscuridad y ya al amanecer, Valerio luchó como raramente había luchado antes, por la vida, en lugar de por la muerte. No podía concretar en qué punto la derrota resultó inevitable, ni el momento en que la aceptó y dejó de intentarlo. La yegua estaba exhausta y yacía como muerta, y solo el movimiento de subida y bajada de su respiración indicaba que no era así. El potro había dejado de lamerle los dedos hacía mucho rato. Había notado su corazón una vez al intentar tirar de una pata, pero ese sonido también se había desvanecido, al parecer.

Valerio se sentó sobre sus talones e intentó pensar. La yegua estaba ennegrecida en un costado por la turba, y yacía muy quieta. Hasta tiritar le suponía un esfuerzo imposible. Si el potro no estaba muerto, le faltaba poco. En los recovecos de su mente, Valerio oyó a su madre pronunciar la invocación a Briga que precede a la muerte, y la vio yacer de costado con una espada en la mano, de una agudeza tal que podía penetrar a través del pellejo crudo, y cortar la pata de un potro muerto y separarla de su cuerpo, y luego la cabeza, y quizás otra pata también, permitiendo así que el animal ya muerto saliera a trozos y la yegua pudiese vivir.

Valerio había ayudado a parir yeguas durante veinte años, y nunca había tenido que recurrir a cortar el potro a trozos para sacarlo. Con la mente en blanco, manteniéndola así con mucho cuidado, y el corazón bien cerrado, anduvo la corta distancia que le separaba de la forja y volvió, y el cuchillo que llevaba era tan afilado como fue el de su madre en tiempos. Más tarde, cuando el potro fue entregado a trozos a los cuervos, volvió con agua caliente y unas hierbas y se dedicó a devolver a la

yegua roja de nuevo a la vida. Tal cosa no estaba fuera de su alcance y a los dioses vengativos, que podían dar a un hombre un motivo para amar y luego quitárselo, no les pareció adecuado incluir a la yegua en su retribución.

Cerca del mediodía, con la yegua ya seca y sentada erguida, con paja de avena colocada junto a sus flancos para sujetarla, Valerio volvió a la choza y avivó el fuego hasta que la habitación quedó tan caliente como antes, y se dispuso a preparar un caldo para que pudiera tomárselo un chico inconsciente.

En ningún momento se permitió pensar en el cadáver entregado a los cuervos, que había sido un potro, ni en la profecía, correctamente expresada, de que sería negro y blanco, con un escudo y una lanza en la frente.

Airmid siempre había sido la más cuidadosa de las soñadoras. Ella nunca prometió que el potro que había descrito con tanta precisión nacería vivo.

* * *

La yegua fue mejorando con malta caliente y atenciones a lo largo del día y de la noche. Llegó a reconocer, a Valerio y dio la bienvenida a sus cuidados. El segundo día después de su fracasado parto se puso de pie y, libre de la carga del potro, fue caminando por el cercado y salió por la puerta abierta, hacia la puerta de la cabaña. Bello todavía yacía inconsciente en su interior, pero entonces le cambió el color.

Después, la yegua se comió el buen heno que Valerio compró para ella, y se bebió el agua caliente con un poco de miel e infusiones de bardana y valeriana. Aunque era libre de correr por donde quisiera, pasaba el tiempo de pie junto a la puerta de la cabaña, tapando la luz del sol y molestando a las gallinas, que tomaban el sol en el umbral.

Bello no mejoraba. Tres días después del parto, como el chico no mostraba más señales de que fuera a despertarse que la primera noche, Valerio tuvo que admitir sus propias limitaciones y se dirigió hasta el pequeño asentamiento costero en el que no había establecido su hogar. Allí averiguó hasta qué punto el extraño herrero moreno de la colina, con su extraño chico rubio, se habían convertido en un valioso hilo en la trama de la vida.

Valerio pensó una vez que los hibernios eran corpulentos y toscos y que Bello no estaba seguro en su compañía. Igual que ocurría con todas las falsedades, el fantasma de la verdad se escondía en su corazón, pero los hombres y mujeres del asentamiento no querían hacer ningún mal al muchacho. La amenaza, si es que existía alguna, procedía de los navegantes que usaban la abrigada bahía en las primaveras claras como puerto para aprovisionarse de agua potable, y compraban carne y cerveza, y no siempre estaban sobrios ni eran fiables ni seguros.

Aquellos con los que comerciaba Valerio no eran todos altos y pelirrojos y

ninguno de ellos era tosco. Nunca se habían acercado a su forja, ni le habían ofrecido ayuda sin pedirla, pero aun así, había corrido la voz entre ellos del mal parto de la yegua y de la coz que había recibido Bello en la cabeza. Lo único que se preguntaban era si el herrero tendría la pericia necesaria para curar al chico, y si no era así, cuánto tiempo pasaría hasta que tuviese que pedir ayuda, y dónde decidiría pedirla.

Las opiniones estaban divididas, pero el peso de las apuestas se inclinaba por Mona y el esbelto soñador que había traído la yegua, más que hacia los ancianos hibernios que se alojaban en torno a la colina de Tara. Hubo gran satisfacción entre los que más importancia tenían cuando la primera suposición se reveló correcta.

No eran una gente directa, y la conversación de Valerio derivó, como exigía la cortesía, al bienestar de aquellos a quienes había ayudado o curado o armado y vestido, y en el curso de ella quedó claro que había una carreta de la que podía disponer, y que estaba recién cubierta con pieles de animales para mantener al chico seco y que estaba preparado ya un caballo de tiro recién castrado, adecuado para el viaje, y que había quesos de cabra de corteza dura ya empaquetados en paja de avena para mantener al chico caliente y para alimentar al caballo, y que se habían almacenado por todas partes pescado seco, carne de oveja y huevos frescos y unas jarra de agua, porque habían averiguado que el herrero, contrariamente a lo que parecía, no bebía ni el vino de los nativos ni la más sana cerveza de las tribus.

Por último, como ellos realmente le apreciaban y querían verle volver, una jovencita enjuta y de pelo oscuro le entregó un pequeño bote sellado con cera, con una abeja dibujada en su plana superficie. La miel no era común en la costa salvaje de Hibernia, y la poca que se conseguía se guardaba para curar, y valía mucho más que su peso equivalente en oro.

Conmovido hasta más allá de todo lo imaginable, Valerio dejó el cuidado de su forja a la misma muchachita enjuta y de cabello oscuro que había mostrado una cierta habilidad tanto para el trabajo de los metales como para la curación. Entregó su bonito caballo de monta al padre de la muchacha, que acababa de recubrir su carreta con los pellejos de tres cabezas de ganado. Entregó sus suministros de hojas secas, cortezas de árbol y raíces a la comadrona, y concedió libre uso de su cabaña a quienquiera que lo pudiese necesitar.

Montado en la carreta y ya desplazándose, con Bello bien envuelto en la paja, tan sujeto como los huevos y las jarras que iban detrás, Valerio prometió volver enseguida con aquellos que se habían convertido en su pueblo. Y en el momento en que lo decía, así lo creía.

* * *

Bello seguía durmiendo. A lo largo de cuatro días de viaje por caminos llenos de

baches, Valerio llegó a conocer los límites del manso caballo zaino que tiraba de su carro. La yegua roja, que al principio iba atada a la parte posterior del carro, seguía las órdenes de mando de Valerio, y al cabo de un rato demostró que no necesitaba ir atada. Dos veces fue dirigiendo el camino a través de unos arroyos primaverales muy caudalosos, cuando el castrado rehusaba los torrentes. El carro resultó mucho más resistente de lo que parecía, y las ruedas muy fuertes.

Valerio pasó a través de las colinas y se dirigió hacia el norte, y luego, por un camino de piedras que recordaba de viajes pasados, se volvió hacia el este, hacia el mar. Allí el camino carecía de la superficie curva y resistente de las calzadas romanas, pero el terreno era sólido y lo bastante ancho para que pasaran dos carros. Unas piedras blancas marcaban los bordes del camino, de modo que, cuando caía la noche y la luz menguaba, era posible seguir hacia el puerto.

Valerio había planeado hacer exactamente aquello, pero el aroma de agua salada se unió al más ácido de las ciénagas, y recordó, con una certeza que le provocaba náuseas, lo mucho que odiaba los viajes por mar. Sin dedicar demasiados pensamientos a aquel hecho, dirigió el caballo zaino a un lado y lo sacó del camino hacia un terreno plano y duro donde los restos quemados de otros fuegos y una pequeña pila de leña bien cortada indicaban que la tierra y su gente eran hospitalarias.

Los pellejos que cubrían el carro, si era necesario, se podían estirar más allá de éste. Apoyados en unas estacas recién cortadas, ofrecían un cierto refugio contra la persistente lluvia de Hibernia. Valerio maneó y dio agua a ambos caballos, y luego encendió un fuego para pasar la noche justo fuera de los pellejos.

Era mucho más fácil que antes levantar a Bello del carro; ningún caldo, por muy alimenticio que sea, puede mantener el peso de un joven que está creciendo. Tendido sobre unos mantos de lana, con la paja bien apilada debajo, parecía que acababa de morir después de una larga enfermedad.

Su cabello ya no era del color rubio intenso de los belgos, sino oscuro y lacio, de modo que le colgaba encima del rostro como paja húmeda. Sus miembros eran como palos delgados con dobleces de piel y fieros moretones en los codos, caderas y hombros, donde su propio peso había oprimido la carne que se encogía y la había hecho sangrar. En los últimos dos días, el caldo pasaba por su cuerpo y unas deposiciones rancias y claras fluían de sus intestinos, tan líquidas como la orina, y le escaldaban toda la piel que no tenía protegida.

Valerio nunca había cuidado a un bebé; el niño esclavo muerto, Iccio, tenía su misma edad cuando le cuidaba y le curaba después de las palizas y la castración y el abuso de los hombres. Bello era mayor, pero ahora estaba más incapacitado que Iccio, excepto en sus peores momentos, y su incapacidad duraba muchísimo más.

Valerio se convirtió en una niñera, él que nunca había pensado en ser padre. Antes de comer o de hacerse su propia cama para pasar la noche, desnudó al chico por partes y le fue lavando con agua caliente del fuego, luego le volvió a vestir con un relleno en los puntos más irritados y ungüento de grasa de ganso y bayas de espino y

un poco de miel para suavizarle los muslos y evitar que la diarrea le destrozase la piel.

Mientras tanto, iba hablando al muchacho como si éste le escuchase, enviando su voz hacia la noche.

—Grasa de ganso porque es más ligera que la de cerdo, y va muy bien para la piel. Las bayas son para la flexibilidad, y para evitar los piojos. La miel para curar, pero bueno, eso ya lo sabes. Te vi aplicársela a la oveja de Finbar cuando tuvo un parto difícil. El caballo zaino se ha portado bien hoy. Creo que le castraron la misma noche que te dieron la coz y le pusieron los arneses el día después. Sería mucho mejor como caballo de monta. Si tu yegua tuviese fuerzas para tirar del carro, quitaría al otro y la pondría a ella en las varas. Pero alégrate de que no sea así. Ella nunca nos perdonaría a ninguno de los dos esa vergüenza. Como tú, posiblemente, tampoco me perdones, cuando salgas de esto y averigües cómo has estado.

En un momento determinado, cuando el caballo castrado y la yegua roja se removieron en sus trabas, Valerio dejó la grasa de ganso y tomó su espada. No era la espada de la caballería romana con la que había luchado casi quince años, ni tampoco la espada larga de sus antepasados, sino una intermedia, forjada para que se adaptase a su mano y su peso, y usada en la práctica diaria, privadamente, como debe hacer todo hombre que hace un juramento que no tiene otro sentido que su propio cumplimiento. Siguió hablando en el idioma de los belgos, que se hacía más áspero al sur y al oeste, y sonaba más galo y menos germánico. Su voz resonaba entre los pellejos húmedos del refugio, y era imposible entonces decir exactamente de dónde procedía.

—Por supuesto, si te llevo a Mona y los sanadores de allí tampoco conocen ningún remedio mejor que la grasa de ganso y la miel, es posible que no te recuperes nunca y que haya desperdiciado la mejor parte del mes en un viaje sin sentido. Luain macCalma, sin duda, fingirá que es capaz de soñar y abrirse camino hasta tu alma y devolverla intacta. Si vive aún, por supuesto, cosa que quizá no ocurra, si ha continuado… ¿Qué haces exactamente aquí? Y no te des la vuelta o perderás la nariz, cosa que haría mucho más duras las explicaciones.

Esto último lo dijo en hibernio, con una tranquila certeza y mucha menos emoción que su anterior difamación de los soñadores.

Luain macCalma, vestido con un traje sencillo de lana y sin marca alguna de rango o de sueño, hizo exactamente lo que se le decía. Sin mover ninguna parte de su cuerpo, dijo, con voz neutra:

—He venido a buscarte para advertirte de que hay comerciantes romanos en el puerto, porque quizá no quieras encontrarte con ellos. Uno o dos son antiguos auxiliares que acaban de llegar de la Galia, donde tú eras bastante conocido entre tus antiguos camaradas de armas.

—Y tú, claro, estabas por casualidad en el puerto donde yo puedo requerir el uso de un barco…

La espada de Valerio presionó hacia delante, salvando el pequeño espacio que

quedaba hasta el cuello de macCalma, de modo que pinchó su piel y un hilillo de sangre empapó la lana de su túnica.

—Soy un soñador. De hecho, soy el soñador anciano de Mona. ¿Te gustaría que mintiese y te dijese que estoy aquí por casualidad?

—Nunca le pediría a ningún hombre que mintiese —Valerio no apartó su espada —. Pero del mismo modo, prefiero no tener que hacer cada pregunta más que una vez. Quizá no te haya quedado lo suficientemente claro. ¿Qué te importa a ti mi bienestar, y el del chico?

—Bello se está muriendo. Tenías razón al evaluar la situación. Yo creo que sí puedo curarle, y no, no me limitaré a usar grasa de ganso y agua con miel.

—¿Y por qué tendrías que preocuparte?

—Porque lo haces tú.

La espada avanzó más aún. El hilillo de sangre se convirtió en un reguero. Valerio dijo:

—Una vez más, soñador. El fin de tu vida está a un suspiro de distancia. ¿Por qué estás aquí? ¿En qué trampa intentas hacerme caer? Y si mencionas mi parentesco, morirás. He matado a más hombres que tú, y en circunstancias muchísimo más duras que éstas.

—Ya lo sé. Te he visto hacerlo en el fuego —con precisión y lentitud, Luain macCalma, anciano soñador de Mona, se volvió hacia la izquierda, de modo que la punta de la espada formó un círculo en torno a su cuello. Cuando llegó justo antes de los grandes vasos sanguíneos de su garganta, de modo que si se volvía más, se los habrían cortado, se detuvo. La piel de su rostro estaba muy curtida debido a las horas expuesta al mar y al sol intenso. Sus ojos reflejaban el resplandor amarillo de la hoguera, como si fuese un gato.

Sin asomo alguno de ironía o de miedo, dijo:

—Tú eres el hijo de Macha. Por lo que yo sé, jamás has cuestionado ese aspecto de tu linaje, ni deberías hacerlo… solo pensar en ello sería un deshonor para el recuerdo de tu madre, y, en cualquier caso, hay muchísimos hombres y mujeres que viven todavía y que estuvieron presentes en tu nacimiento, y pueden atestiguar tu origen. Hasta que Airmid creció y consiguió toda su fuerza, Macha era la soñadora más poderosa que había conocido jamás Mona, o Hibernia. Si ella hubiese decidido permanecer en cualquiera de los dos sitios, se habría convertido en anciana al cabo de cinco años. Pero decidió educar a su hijo y su hija en las tierras de los icenos, que eran su pueblo. Su hija murió, y además Silla no heredó ninguno de los poderes de su madre. Su hijo todavía vive. Su pueblo y el de ella lo necesitan.

—No.

—¿No? —los ojos de macCalma se abrieron, llenos de ira, o quizá de burla—. ¿Niegas esa necesidad? ¿O rechazas la petición antes de haber oído siquiera sus condiciones?

—No tengo que oír sus condiciones; ya me lo pediste en una ocasión. No iré al

este para dirigir las lanzas de los icenos en nombre de mi madre.

—Pero no te estoy pidiendo que hagas eso.

—¿Entonces qué me estás pidiendo?

—A cambio de la curación de Bello (que tendrá lugar en Mona, si es que ocurre) obtener tus servicios, como los de un hijo a su padre, durante el tiempo que le cueste recuperarse.

Luain macCalma mencionó el parentesco por segunda vez, y no murió, aunque la posibilidad de que ocurriese siguió siendo real durante un momento largo y delicado.

Al final, la hoja retrocedió un poco en la mano de Valerio, de modo que su punta ya no producía sangre. Pensativamente, cansado, tras un mundo entero de palabras no dichas, preguntó:

—¿Quién define la duración de una curación?

Luain macCalma no sonrió, pero el esfuerzo que hizo para evitarlo resultó obvio.

—Yo. Pero no seré demasiado codicioso. El día que Bello pueda permanecer de pie y levantar su propia espada y enfrentarse a ti en dos golpes sucesivos sin dejarla caer, afirmaré que está curado y que ya no estás ligado a mí.

—¿Y si él muere antes de que eso ocurra?

—Si muere, por supuesto, quedas libre.

X

El invierno no fue demasiado duro el primer año del regreso de la Boudica con los icenos, pero la nieve bloqueó las rutas comerciales durante cuatro meses y luego los caminos pequeños, hasta que las aldeas quedaron aisladas unas de otras y ella vio, tal y como Tago le había dicho, por qué su pueblo carecía de ánimos para ir a la batalla.

Los más viejos fueron los primeros en morir, atacados durante los primeros meses por el frío, la enfermedad o el hambre, o una mezcla de las tres cosas. De los que habían acudido a la reunión clandestina en el claro del bosque perecieron ocho; ocho que apoyaban el regreso de la Boudica, ocho menos que podían ayudar a convocar a los guerreros y darles ánimos.

Durante un tiempo aquello pareció importante, como si su pérdida pudiese decantar el equilibrio de una estrategia que aún se estaba formando. Luego empezaron a morir los niños, cosa inaudita en los años anteriores a la invasión, y por fin siguieron las personas de mediana edad, que deberían haber sido lo bastante fuertes para sobrevivir al frío.

Aquello se parecía demasiado a las visiones de la antepasada. Roma exigía unos impuestos que habrían servido para sostener a las tribus, dejando la tierra exhausta, desprovista de caza y con los pastos agotados. La gente estaba muy delgada, esquelética, y si los niños hubiesen llorado lágrimas de grano, sus padres se las habrían comido llenos de gratitud. Cada muerte hacía más urgente la necesidad de crear un ejército y expulsar a aquel parásito que era Roma. Cada muerte disminuía el valor del pueblo y minaba su voluntad de lucha.

Hacia la primavera, cuando las nieves empezaron a clarear y la urgencia y la imposibilidad se igualaban, Breaca apartó los pensamientos incesantes que le daban vueltas en la cabeza, cogió a su hijo y su perro y su lanza y salió a cazar; era lo mejor, lo más concreto que podía hacer.

* * *

—¡Aquí!

El cuerpo yacía bayo el grosor de una mano de nieve semifundida, que le hacía de manta, como si fueran los pellejos que se usan para dormir, y solo la punta de un codo elevado sobresalía y arrojaba unas sombras oblicuas sobre la blancura. *Piedra* lo encontró y escarbó en la nieve, aullando. El ruido se diseminó por el paisaje y

desapareció.

—¡Cunomar! ¡Aquí!

Breaca dejó caer su bolsa de caza y se separó del sendero hacia un lado, donde no se sabía qué profundidad podía haber. Se hundió hasta las rodillas y el mango de su lanza se convirtió en bastón, mientras iba palpando el camino hacia delante. Entusiasmado, el enorme perro azul se quedó callado y empezó a morder la nieve, arrojándose hacia ella en un delirante ataque de frustración liberada. Su invierno no había sido menos duro que el de ella, y su alegría al ver que había pasado no era menos expansiva.

El ventisquero tenía el corazón podrido; el calor primaveral estaba ya carcomiendo su base mientras *Piedra* rompía su corteza. El perro iba excavando y sacando grandes montones de nieve y arrojándolos hacia atrás, convertida en lluvia a pleno sol.

Breaca se apoyó en su lanza y lo dejó jugar, contemplando el progresivo descubrimiento de un hombre que quizá se hubiese quedado dormido, sencillamente, pero a quien las ratas y los cuervos habían encontrado antes de la última ventisca, de modo que sus ojos habían desaparecido y parte de su mejilla quedaba expuesta al frío. Iba bien vestido; no le faltaban ni el manto ni la túnica, en una época en que el frío era el mayor asesino y se desnudaba siempre a aquellos que morían antes de entregar su cuerpo a los dioses. Tampoco lo habían matado por sus riquezas; un brazalete de oro siluro amarillo yacía allí helado, justo por encima de su codo.

Piedra aulló y hociqueó la cara del hombre. Breaca puso una mano en el hombro del perro y lo echó atrás.

—Déjalo. No podemos ayudarle ya. No podíamos ayudarle ni siquiera antes de morir.

—¿A quién no podíamos…? Oh.

Cunomar se había ido abriendo camino a través del ventisquero. Llegó a su lado, respirando con fuerza. El vapor que arrojaba inundaba el aire entre ellos, emborronando la nitidez del día. Había crecido durante el invierno, de modo que su cabeza llegaba más arriba del hombro de ella, y era más difícil que antes mirarle a los ojos.

Fue a pasar junto a su madre, pero se lo pensó mejor y preguntó:

—¿Puedo mirar?

—Claro.

Se arrodilló, tocó el brazalete y la cara destrozada, y Breaca vio que su hijo examinaba y consideraba los hechos de una forma que antes no habría hecho. De toda la familia, era a Cunomar a quien más habían cambiado los seis meses pasados en las tierras de los icenos. Había crecido en algo más que en altura desde que llegaron al este; su alma se había tranquilizado, ya no era el joven inquieto que había seguido a su madre de costa a costa, quejándose todo el camino.

Los estragos del invierno habían tenido algo que ver en ello. Nadie podía

contemplar las muertes por inanición, de frío y de enfermedad sin sentirse conmovido, pero la amistad era lo que más le había transformado, y era una verdadera lástima que nadie hubiese visto aquella necesidad antes. En Mona, Cunomar era el hijo de la Boudica que había sido prisionero de Roma, que había permanecido a la sombra de su propio crucifijo, y que sin embargo había conseguido sobrevivir. Lo habían convertido en tema de canciones y de asombrada contemplación, pero los chicos de su propia edad se iban a pasar sus largas noches y volvían convertidos en hombres y ninguno de ellos, ni antes ni después, le llamaba amigo.

Los icenos no sabían nada del hijo de la Boudica, salvo que era un extraño, de modo que no había sido ninguna sorpresa que se sintiese unido a otros que eran iguales que él. Eneit era un joven enjuto, de pelo oscuro, hijo de Lanis, la soñadora del cuervo que tan diestramente había dirigido la reunión de los ancianos para conseguir devolver a la Boudica a su pueblo. Eneit era muy maduro para su edad (Lanis no toleraba las niñerías en los que la rodeaban) pero siempre estaba de buen humor y no albergaba rencor alguno, y el mal humor de Cunomar rebotaba en él una y otra vez, hasta que empezó a desaparecer por sí mismo.

A lo largo del sombrío tedio del invierno, la creciente afabilidad de Cunomar había sido una chispa de esperanza para Breaca, que día a día daba gracias por ello. Él no era como su padre, ni como Ardaco, a quien adoraba, pero tenía bastantes cosas de los dos, y algunas cosas propias, de modo que Breaca ya veía en quién podría convertirse si los dioses le daban tiempo para crecer.

Ahora mostraba toda la esencia de su personalidad al inclinarse para examinar el amasijo de nieve endurecida que contenía un cadáver en su interior. Al cabo de un rato tocó la cara con la mano. La carne se hundió blandamente bajo sus dedos y la cabeza se movió. Él se sentó sobre sus talones y dijo:

—No es un muerto del invierno.

Era una obra maestra de la concisión. Ardaco no lo habría hecho mejor. Breaca sonrió y notó que la piel fría se arrugaba en su rostro.

—No —dijo a su vez—, no es un muerto del invierno. Ni lo han matado por las armas ni por las riquezas.

El extraño no murió desarmado. Su cuchillo se encontraba a su lado, y la lanza un poco más allá. Quizá las hubiese usado en su propia defensa, pero no tuvo éxito. A su muerte, las hojas de ambas armas se habían roto limpiamente, y a menos que se considerase una desgraciada casualidad, las dos mitades de cada una se habían colocado cuidadosamente aparte, con las puntas invertidas, de modo que señalaban hacia la empuñadura.

Breaca cogió los trozos del cuchillo y los unió de la forma adecuada para verlo entero de nuevo. Habían pasado diez años desde que los romanos la emprendieron con los pueblos icenos, destruyendo las espadas de los guerreros para sellar su dominio de las tribus, pero los soñadores llevaban generaciones rompiendo las armas

de los traidores convictos, ya antes de que llegasen las legiones. Al principio era el hierro lo único que se rompía. La muerte, en todos los casos, llegaba lentamente, y el espíritu se extraía mucho antes de que la muerte concediese tregua. La traición era algo que nunca se tomaba a la ligera, entre las tribus.

Aquel hombre había muerto rápidamente, cosa que no habría ocurrido en los tiempos anteriores a Roma, pero el motivo de su muerte no podía estar más claro.

—Un traidor —Cunomar hizo coincidir las dos partes de la lanza igual que había hecho Breaca con el cuchillo—. ¿Quién era?

—Uno a quien deberíamos haber vigilado desde el principio, creo.

Breaca pasó la mano bajo la cabeza destrozada y la levantó. La mitad izquierda del rostro había desaparecido, llena de marcas de pequeños dientes impresas en los huesos. Los huecos de ambos ojos estaban vacíos, y se habían arrancado mechones de pelo rojizo de la mitad posterior del cráneo, en el lugar donde acababa el pelo y empezaba la calvicie. Lo que quedaba de la carne colgaba suelta sobre el hueso, convirtiendo las facciones en la caricatura del guerrero exaltado que se subió a un tronco en la reunión de los ancianos y se hizo oír por encima del caos, queriendo devolver a la Boudica al lugar de donde había venido.

Ella no conocía su nombre, pero era imposible olvidar su rostro, y un guerrero con unas convicciones tan ardientes no las dejaría a un lado fácilmente.

En el bosque, en el consejo de los ancianos, ella había preguntado: «¿cuánto tiempo pasará antes de que uno de los tuyos nos traicione?», y Tago, tranquilo, había replicado: «diría que nunca, pero si me equivoco, morirá contigo». Y Breaca había aceptado su palabra, cosa que era una estupidez.

—He pasado todo el invierno preocupándome de cómo organizar un ejército, mientras éste —abrió la mano y la cabeza cayó hacia atrás, fláccida— se lo ha pasado planeando cómo traicionarnos a Roma. Le rompieron el cuello, cosa muy considerada. Me pregunto por qué.

—¿Quién lo hizo? —Cunomar tocó la cabeza con el pie—. Tago no pudo matarle. Hacen falta dos manos para romperle el cuello a un hombre, y él solo tiene una.

—No —en un torbellino de preguntas sin respuesta, algunas cosas resultaban obvias desde el principio. Breaca dijo—: Envió a Gayo y Tito a cazar cuando se empezaron a fundir las primeras nieves. Volvieron sin nada. Entonces pensé que parecían demasiado contentos.

—Eso fue hace cuatro días.

—Ya lo sé. Así que si nuestro ardiente traidor llegó a Camulodunum con sus noticias y estaba de vuelta, estamos muertos.

Breaca se limpió las manos en la nieve. Fragmentos afilados de hielo le mordieron los dedos, fieros como ratas. *Piedra*, viéndola distraída, vino a tocarle el muslo y fue bienvenido. Ella miraba al sur, hacia el lugar donde el blanco se unía con el azul sin mácula, y notó que el pulso se agitaba en su garganta. La batalla era fácil, y ella la ansiaba en parte. Pero la mayor parte de su ser exigía precaución, y espera, y reunir

guerreros, y necesitaba un tiempo que no se le había concedido.

—¿Pueden marchar las legiones por encima de esta nieve tan espesa, tú qué crees?

—Por lo que dice Tago, pueden hacer cualquier cosa —Cunomar se había agachado y estaba cortando un mechón de pelo de la cabeza del hombre. Ardiendo en la fogata nocturna, y una vez Airmid hubiese pronunciado las palabras adecuadas, le marcaría para siempre como traidor en las tierras que hay más allá de la vida—. No creo que sea así, pero para arrestar a la Boudica abrirían un camino en la nieve desde la costa del océano hasta el confín más lejano del mundo. Aun con este tiempo, no puede haber más de cuatro días de marcha desde Camulodunum hasta aquí. Si estuvieran llegando, ya les habríamos visto.

—Quizá.

El silencio se abatió sobre ellos. *Piedra* gruñó y escarbó un poco sin objetivo alguno en el ventisquero, notando el dolor del peligro y sin saber cuál era la causa. El viento soplaba desde el oeste, levantando suavemente la nieve por encima del traidor muerto.

Breaca dijo:

—Si vienen, no podemos hacer nada más que encontramos con ellos y esperar morir dignamente. Si no es así, entonces tendremos tiempo para averiguar si ese hombre tenía a otros juramentados a su causa y si se les puede detener aún.

La nieve más fina casi había vuelto a cubrir el cuerpo. Con los dedos entumecidos, ella quitó el brazalete del codo del cadáver y sacó el cuchillo roto del cinturón.

—Arreglaré el cuchillo. Es hora de que abra de nuevo la herrería. Su familia puede quedarse con el brazalete. Si piensan seguir su ejemplo, quizá les dé motivo para considerarlo.

—¿Y Tago? —Cunomar la observó, sonriendo débilmente. El frío añadía diez años a sus rasgos—. Ordenó que lo mataran y no nos dijo nada.

—Ya lo sé —esa idea había ido creciendo en su interior desde que Breaca había comprendido lo que había descubierto *Piedra*. Poniéndose de pie, dijo—: Tago, ciertamente, también tendrá motivos para considerar las cosas.

* * *

—No sé si lo hizo o no. Gayo y Tito creen que no, pero estaba oscuro, nevaba y no tuvieron tiempo de interrogarle debidamente.

—Y tú preferiste no decirme nada —Breaca se mostraba fría, casi furiosa, y cada palabra era una acusación. Se había quedado de pie en la puerta de la habitación privada de Tago, quitándole casi toda la luz. Después de la fría nitidez de la nieve, la semioscuridad de la lámpara era mucho más fría y húmeda de lo que ella podía soportar.

Tago se mantenía apartado de ella, en el rincón más alejado. A lo largo de todo el invierno él no había llegado a presenciar su ira en toda su extensión, ni había aprendido a temerla.

—¿Y tú qué habrías hecho? ¿Habrías ido a recoger tus espadas y habrías lanzado un ataque contra Camulodunum con tres guerreros, un cantor y un muchacho que todavía no ha aprendido que el valor no reside en las palabras altisonantes y la acción atolondrada? Pensaba que estabas más protegida por el conocimiento. No había necesidad alguna de que los dos viviésemos atemorizados —él se refugió en una honrada indignación, cosa que no resultaba nueva. Unas ojeras lívidas marcaban la parte inferior de sus ojos, como sombras de un temor muy profundo.

Breaca apretó la palma de su mano contra la jamba, aplastando la carne hasta dejarla blanca. La jamba era sólida y no iba a ceder, y la resistencia le permitía cierta liberación para poder pensar en las cosas que realmente importaban.

Dijo:

—Juraste delante del consejo de Lanis que no habría un solo iceno que odiase tanto al pueblo como para traicionarnos. Ese hombre estaba a menos de una lanza de distancia de ti mientras jurabas. Habló justo antes que tú. Te vio, te oyó; te conocía. Me resulta difícil creer que no le conocieses tú también a él.

—Entonces crees que soy un mentiroso.

—Espero oír que no lo eres.

—Dioses, Breaca… —la voz de Tago se rompía, y él se dio la vuelta, dirigiéndose hacia los cofres que había en la pared más lejana. Breaca se adelantó, bloqueándole el camino. El vino, que era el objetivo de Tago, se encontraba detrás de ella, inaccesible. Él siseó entre dientes y se volvió de nuevo. Su mano izquierda cogió con fuerza el muñón de su brazo perdido.

Los hechos fueron surgiendo, adornados por el miedo y la necesidad de probar su propio honor.

—El nombre del muerto era Setano. Era un guerrero de los icenos del norte, herido en la batalla de la Trampa de Salmón, que dirigió Duborno. Perdió amigos y familiares en la batalla (todos lo hicimos, y no por eso nos convertimos en traidores), pero perdió después a la madre de sus hijos cuando las legiones tomaron represalias en los pueblos y él estaba lejos, atrapado en la retirada de la batalla. Ella estaba embarazada de nuevo, y por lo tanto no pudo luchar, y él no estuvo allí para morir con ella o salvarla tal y como requería su honor. Él se odiaba a sí mismo y odiaba a Roma, pero odiaba más aún a Duborno, y a ti a través de él. Esperó diez años la ocasión de vengarse de vosotros dos. No sabía nada de esto cuando hablé en la reunión, lo juro.

—Pero lo averiguaste y decidiste no decirme nada.

Tago se dio la vuelta, con los ojos brillantes a la luz de la lámpara.

—Cometí un error. Emprendí una acción para enmendarlo y no, no creí que fuera necesario decírtelo. ¿Acaso habrías hecho tú otra cosa? —sus ojos se clavaron en ella y

se apartaron de nuevo, incapaz de sostener su mirada.

Él no quería su compasión; aquel invierno ella lo había aprendido. Pero a través de la marea de su rabia, ella le compadeció, y no pudo cambiar ese hecho. Él no era más que un cachorro joven, y no sabía cómo comportarse de otro modo en presencia de ella. Apoyándose en una pared, donde sus rasgos eran menos visibles, ella buscó la calma y la encontró en el recuerdo del rostro del hombre muerto.

—¿Estaba solo Setano en su odio? —preguntó.

—No. Eran cuatro en total: una prima que era medio hermana de la mujer que murió, y dos hermanos que perdieron su pueblo ante los romanos, en la época de las represalias.

—¿Y dónde están los otros ahora?

Tago resopló.

—Muertos, claro. Puedo ser idiota, pero no soy ningún suicida. Puedes creer que una muerte lenta a manos de los romanos te garantiza un lugar en las canciones invernales (tu hijo, ciertamente, lo cree), pero yo preferiría oír las mías mientras aún sigo con vida. Gayo y Tito mataron a los otros tres, igual que mataron a éste. Él era el último. Los cuerpos se encontrarán cuando llegue el deshielo. Si tenemos suerte, los lobos y las aves carroñeras los despojarán hasta el hueso, y nadie sabrá nunca cómo murieron.

Breaca dijo:

—Su familia lo sabrá. Cuatro guerreros salieron con un objetivo común y ninguno de ellos ha vuelto a casa. Aquellos que queden atrás habrán esperado algo como esto.

—Y por eso no enviarán a nadie más —sonrió débilmente Tago—. Es una lección bien aprendida de Roma: el oro y los regalos pueden comprar promesas, pero el hedor de la muerte compra el miedo, que dura mucho más. Debemos rezar para que eso contrarreste la pasión que clama venganza.

Él así lo creía, o quería que ella creyese que lo creía. Breaca se dio cuenta de que necesitaba respirar aire fresco. Fuera, Graine había encontrado a *Piedra* y estaba jugando con él. Cunomar se hallaba cerca, con Eneit, practicando sus fingidas batallas con una energía que elevaba sus voces por encima de la estridente combinación de niña y perro. Si quería reunir un ejército, al menos tendría a dos con el valor suficiente para combatir; solo había que armarlos y enseñarles cómo luchar sin morir.

Dijo:

—Si crees que es útil, puedes rogar para que el miedo sobrepase la necesidad de venganza en los corazones de nuestro pueblo. Yo voy a construir una forja para hacer las lanzas que armen a todos los guerreros que pueda encontrar, con la ferviente esperanza de que no sea así.

—¿Y si vienen las legiones?

—Si vienen las legiones, aquellos de nosotros que podamos lucharemos y moriremos, como hemos hecho siempre.

* * *

Pero las legiones no llegaron. A lo largo de los días de espera, Breaca construyó su nueva forja como había hecho su padre, de piedra y con turba como tejado, para mantenerlo húmedo en los días más secos del verano. Llevaba todo el invierno planeándolo. Reunir las piedras e iniciar la obra de construcción costó menos de cinco días, cada uno de los cuales transcurrió con un ojo puesto en la edificación y otro en el sur, donde Cygfa y Ardaco, Cunomar y Duborno montaban guardia, y encenderían un fuego de aviso con humo blanco si veían que las legiones marchaban por el camino.

No hubo humo blanco. La nieve se fundió y desapareció del camino, y los únicos que llegaron fueron un par de comerciantes de hierro y de sal del sudoeste, que pedían oro como pago, cuando antes querían grano y perros y metal forjado. El oro no se podía comer; los baúles del rey iceno todavía estaban llenos, mientras que sus graneros estaban vacíos.

Breaca pagó por el hierro con el oro de Tago, y le prometió que sacaría provecho de él. En la forja, Cunomar y Eneit reunieron madera para alimentar el fuego y ella les prometió pagarles con unas lanzas. Lanis le llevó a un lugar a un día de cabalgada de distancia donde los fresnos y tejos crecían muy rectos, con postes a ambos lados, de modo que sus ramas se podían convertir en mangos de lanza. Lanis no le pidió pago alguno, solo que las legiones fuesen arrojadas de aquellas tierras cuanto antes.

Quince días después de que *Piedra* desenterrase de la nieve el cuerpo del traidor, Breaca se metió un delantal de cuero por la cabeza y se lo ató detrás, como parte del pequeño ritual privado que su padre le había enseñado, y que culminó encendiendo el horno de su forja. Floreció un fuego pequeño, alimentado por astillas de madera de manzano y piñas de pino, paja seca y pelos de la cola de una yegua de cría preñada.

Aireado por unos fuelles nuevos con las junturas aún tiesas, el fuego fue creciendo y devoró ramitas y luego troncos enteros. A su debido tiempo, aceptó el carbón y ardió con el color del sol al mediodía. El hierro que Breaca colocó encima se volvió blando y blanco, y, trabajándolo un poco, tomó la forma de una punta de lanza.

A lo largo del resto de aquel mes, los olores de metal caliente y cuero quemado, de carbón y de humo, de sudor y de sangre y de saliva, reemplazaron los olores húmedos y terrenales de piedra y turba. La pila de hierro crudo que había en la parte posterior de la forja de Breaca se convirtió poco a poco en una pila de puntas de lanza, esperando sus mangos y sus guerreros.

* * *

—¿Las oyes cantar?

—¿Cómo?

—A las lanzas. ¿Las oyes cantar? —Breaca se lo preguntó a Graine una tarde, en el punto álgido de la primavera, mientras estaban sentadas juntas en la forja.

Esa vez los fuegos estaban fríos. De los dos trabajos que tenía Breaca, ninguno necesitaba calor, y las tallas de Graine nunca lo habían requerido. Enseguida descubrieron que la hija de la Boudica, aunque nunca sería guerrera, tenía una gran facilidad para tallar los mangos de lanza con las formas y diseños que le sugería la madera y sus propios sueños. Fue con Lanis al bosque a cortar las ramas de rectas formas y, más tarde, cuando le entregaron un cuchillo para que alisara una y le diera forma de mango, y ajustase el cuello a una hoja, en lugar de hacerlo, talló la forma de una liebre a la carrera en toda la extensión del mango, con espirales y pequeños círculos que se entretejían con los nudos y los contornos de la madera, de tal modo que, cuando ambas piezas se unieron, la conjunción con las líneas de sueño del metal quedó perfecta.

Madre e hija trabajaban juntas día tras día. Después de las lanzas empezaron a trabajar los cuchillos de desollar, cortos y con un solo filo, que eran las únicas armas permitidas bajo la ley romana. Breaca hacía las hojas y Graine tallaba con cera y madera formas de marcas de sueño para ser fundidas en cobre o bronce para el pomo de cada cuchillo. En los últimos dos días habían empezado a trabajar juntas en un proyecto más importante: la creación de un brazalete de oro para Tago, para que pudiese aparecer más claramente como rey cuando la ronda de delegaciones tribales de la primavera se reuniese con el gobernador en Camulodunum.

Graine estaba sentada en el suelo de tierra batida tallando una serpiente-lanza mientras Breaca permanecía de pie, en el banco de trabajo que había en la pared posterior, e iba afinando el alambre cada vez más para poder retorcerlo y formar una soga, a la manera de los antepasados.

Ella había formulado su pregunta tranquilamente, en un largo periodo de silencio, y Graine se detuvo a pensar la respuesta. La serpiente-lanza yacía a medio terminar en sus manos. Era la tercera que había tallado, y cada una era sutilmente distinta de la anterior, como si cada vez aprendiese mejor cómo debía ser en realidad, pero no hubiese alcanzado todavía la perfección. *Piedra* estaba echado a su lado, cazando en sueños, de modo que sus patas se movían y sus orejas se agitaban de lado. Fuera, un petirrojo voló hasta el borde de un cubo de cuero y se sumergió en busca de agua, y luego se echó a volar de nuevo. Ella oyó las notas gemelas de su canto, y los cuervos, y el ladrido de un perro en el poblado, no muy lejos.

Detrás de todo aquello no había únicamente silencio, aunque no lo habría notado si su madre no hubiese atraído su atención. Sentada y quieta, puso sus cinco sentidos en la escucha y, quizás a causa de ello, vio ese ligero espesor en el aire que había llegado a reconocer, de modo que cuando miró hacia la parte posterior de la forja y vio a la anciana sentada allí, que no había entrado por la puerta, no se sorprendió.

Aquello no era bueno. Esperando que el mundo cambiase, dijo:

—No creo oír las lanzas como haces tú. Te he visto golpeando las hojas y cada una tiene su propio ritmo, y tú formas parte de él. Un guerrero puede oírlo, porque está ligado a la hoja, pero lo que yo oigo en los bosques es distinto —y entonces, como su madre había levantado la vista y sonreía, y no había dicho nada de la anciana que estaba sentada en la pila de pellejos que había junto al banco de trabajo, dijo—: La anciana abuela está aquí.

—¿Ah, sí? —Breaca se echó atrás, dejando que su propio peso dirigiese el alambre de oro del brazalete real a medio hacer. Ya no sonreía—. ¿Hay algún motivo?

Siempre había un motivo. Ya una vez Graine se había convertido en conducto para un mensaje de las abuelas a Breaca, y no era un mensaje bienvenido. Entonces los antepasados habían enviado de vuelta desde la Galia no al padre de la niña, como ella les había pedido, sino al hermano traidor que se llamaba a sí mismo Valerio.

Graine no quería formar parte de una segunda traición. Miró fugazmente a la abuela y luego apartó los ojos, como le había enseñado Airmid. Vista así, la anciana era tan real como Breaca, una vieja y arrugada reliquia del pasado apoyada en un rincón de la forja, vestida con sus mejores galas, como si estuviera asistiendo al consejo, con una piel de zorro echada a la espalda como una capa, con pepitas de oro colgando del borde y adornada con plumas de águila, y un par de alas de cuervo que subían desde sus pechos colgantes, reuniéndose en el esternón.

En vida, la abuela había sido la pesadilla y el mayor apoyo a la vez de la vida de Breaca, y de Airmid antes de ella, en los años en que cada una de las dos sirvió a la anciana mujer como ojos y miembros en la invalidez de su ancianidad. En la muerte, la abuela había conducido a la futura Boudica a lo largo de sus largas noches, y luego había vuelto a ella desde entonces en los momentos de necesidad para guiar su camino. Más recientemente, la había guiado hacia la antepasada-soñadora y el asesinato del gobernador romano, que tan mal había resultado después. Desde entonces, la abuela se había aparecido más a Graine que a Breaca. Era la primera vez que se aparecía a las dos juntas.

Graine la observó con recelo. La abuela sonrió. En voz alta, dijo: «dile a tu madre que debería dejar de perder el tiempo forjando armas para un ejército que ya no existe».

Graine miró al suelo.

—¿Y por qué no se lo dices tú? —ella no lo preguntó en voz alta. Breaca la miraba, evitando con cuidado el rincón.

En su mente, la abuela se echó a reír.

«Tu madre ha decidido no escucharme. Se ha cerrado a nosotras, y cree que es mucho más fuerte por ello. Dile que haga un juego de lanzas a la manera de los caledonios y que las lleve a Camulodunum como regalo para el gobernador. Eso le impresionará mucho más que un brazalete que no confiere ningún poder a aquel que lo lleva».

Breaca soltó el alambre de oro. Éste se enroscó como una serpiente y saltó al suelo. Con exagerado cuidado, ella dejó los alicates en el banco.

Hablando directamente a Graine, dijo:

—Roma nada sabe del poder que pueda tener un brazalete real. Solo ven el oro y reconocen su buena factura y ven que ni Tonomaris de los coritanos ni Berico de los atrebates tienen nada semejante. Así, Tago quedará distinguido cuando vaya a ver al gobernador de Camulodunum el mes que viene, y podrá conseguir mejores tratos comerciales. Si eso nos ayuda a alimentar a los hambrientos el próximo invierno, lo haré. El ejército existirá a su debido tiempo. He pasado el último verano averiguando en quiénes se puede confiar para que se unan a mí. Este verano los entrenaremos para la lucha. No es algo que se pueda improvisar. Dile eso a la abuela.

—Ella te oye perfectamente —dijo Graine, y luego, un poco desesperada—: Podrías verla si mirases.

—No —Breaca no quería mirar. Tiesa, tomó un pequeño rastrillo y limpió las cenizas del horno. Como si hubiese sido idea de Graine, dijo—: ¿Por qué iba a hacer las lanzas de garza? No se han usado desde los tiempos de los antepasados. Solo las conozco por Ardaco. Y aunque fuese sensato hacerlas, las hojas deben ser de plata sin aleación. No tengo suficiente.

«Tienes mucha. Está en tu baúl de trabajo. Haz tres», dijo la abuela, asintiendo. «Ponías en una caja de tejo y lana azul, y llévalas como regalo».

—¿Por qué?

«Porque yo te lo pido, y nunca te he abandonado, por mucho que tú lo creas. Sabrás qué hacer cuando convenga».

La risa de la anciana era como el graznido de un cuervo, y luego se convirtió en cuervo, y después no quedó nada más que un cierto espesor del aire que se ondulaba por encima del horno, y el leve chillido de un petirrojo en las hayas del exterior.

Graine respiró con fuerza, y vio que la serpiente-lanza que tenía en el regazo se había echado a perder y que tendría que empezar de nuevo. Breaca se hallaba de pie junto a la fragua, con un rastrillo en una mano y el comienzo de una punta de lanza en la otra. Igual que había ocurrido con su voz, su rostro estaba desprovisto de todo humor y calidez. Graine miró al suelo y notó la boca demasiado seca para tragar. Había aspectos de su madre que no conocía y que no quería averiguar justo en aquel momento.

—No tienes por qué hacer las lanzas —dijo—. Pero yo sé cómo habría que tallar los mangos, si quieres hacerlas.

La atención de Breaca volvió desde algún lugar muy distante. Hubo un momento en que Graine pensó que había juzgado mal, y que se había condenado para siempre como portavoz de los antepasados.

El horror de aquel hecho debió de aparecer en su rostro; Breaca le frunció el ceño y luego, sencillamente, se quedó con el ceño fruncido; más tarde miró por la puerta hacia afuera, y resopló hinchando las mejillas, y cuando volvió a mirar a su hija, fue

con el humor agudo y seco que mantenía a toda su familia bien segura y centrada.

—¿Te ha dicho la abuela cómo había que hacer los mangos? —le preguntó.

Aturdida por el alivio, Graine dijo:

—Quizá. No lo he soñado, pero sé lo que sé. ¿Quieres hacerlas?

—No. Quiero hacer una lanza para Cunomar, y una también para Eneit, y luego quiero llevarlos a los dos al bosque para enseñarles cómo oír las canciones, para que puedan hacer sus pruebas de lanza con alguna posibilidad de éxito. Pero eso no significa que no podamos hacer las dos cosas. No tenemos que dormir, después de todo, ni comer, ni hacer ninguna otra cosa más que trabajar el metal durante el próximo medio mes. Necesitaremos la ayuda de Airmid; es demasiado peligroso que lo hagas tú sola. Las lanzas de garza de los caledonios tienen tanto trabajo de sueño como de forja.

En efecto, así era, y además eran sueños antiguos, mucho más antiguos que la anciana abuela y la antepasada-soñadora que vino a ayudar. Trabajaron juntas durante el medio mes siguiente. Al final, en el banco de trabajo se encontraba un brazalete real con él que Tago podía impresionar al gobernador de Camulodunum, tres lanzas de garza con las hojas de plata, envueltas en lana y metidas en una caja de tejo, como regalo para el mismo gobernador, y dos más, para Cunomar y Eneit, que eran también un acto de sueño, pero lo ostentaban de una forma muy distinta, sin promesa de muerte tangible.

XI

No había brisa alguna en el calvero. El saco de paja colgaba a la altura del corazón de un guerrero, muy quieto. A treinta pasos de distancia se encontraba una lanza, producto de la forja de Breaca y del sueño de Graine, con la ayuda de Airmid. La hoja era de la longitud del pie derecho de Tago desde el talón hasta el dedo medio; lo más largo que permitía la ley romana. El mango era de fresno pálido, pulido hasta obtener una tersura mate para que resultase suave a la mano, y un bulto de nudosa madera de morera equilibraba el peso al final. Era un arma con la cual cualquier joven se sentiría encantado de pasar la prueba de guerrero, en sus largas noches. Breaca la recogió del suelo del bosque y la sopesó, sujetándola entre ambas palmas.

—Eneit, es tuya, hecha para tu altura. Como eres el mayor, deberías tirar tú primero. Cuando los soñadores pongan fecha para tus largas noches, Cunomar y tú seréis enviados por separado. Los dioses y vuestro sueño os enviarán de nuevo a casa, pero si ambos volvéis juntos, haréis las pruebas de lanza por orden de edad. Debes prepararte para tirar el primero.

Eneit acarició la madera con la palma, con la timidez de un conocimiento recién adquirido. El hijo de Lanis era lo opuesto de Cunomar en muchos aspectos: su cabello de color roble oscuro no le crecía más que la anchura de una mano, de modo que le habría resultado imposible hacerse las trenzas de guerrero en las sienes, aunque hubiese sido legal hacerlo. Su rostro ancho y abierto había adquirido ya un tono bronceado, aun con el débil sol primaveral, de modo que sus ojos, su cabello y su piel eran del mismo color, pero con tonos distintos.

El origen de Eneit era la única mancha de su vida, y la soportaba, como todo lo demás, con serena fortaleza. Lanis no era una mujer con la que uno se pudiese enfrentar sin pensárselo antes muy seriamente. Ella había prohibido ya desde el comienzo los actos de rebelión de su hijo contra el enemigo, sobre todo sus esfuerzos por aprender de Cunomar las habilidades de guerrero que le convertirían en hombre. Como primero eran las normas del enemigo, y además eran también las normas de su madre, Eneit no tenía problema alguno en desobedecerlas abiertamente; sus dudas procedían de otra parte. Absorto aún en la lanza, dijo:

—Sabes que nunca he arrojado algo como esto.

Otro chico cualquiera se habría avergonzado de esa carencia; Eneit en cambio decía la verdad y no esperaba censura alguna. Breaca dijo:

—Lo sé. ¿Cómo ibas a hacerlo? No había herrero que cantase el alma de las espadas al hacerlas, ni soñadores que formasen el mango, ni nadie que pudiese enseñarte cómo actúa un guerrero. Pero tienes las cualidades para ello; recuerda que

ésta es una prueba de corazón, no de fortaleza ni de pericia. Cualquiera puede tirar un palo en línea recta; no se trata de eso. Cógelo. Yo te enseñaré.

La hoja de la lanza de Eneit no era una cuña alargada como solía hacerlas Breaca, sino una forma más plana, curvada desde la punta al mango. La madera del mango era recta y suave, y el equilibrio limpio. Airmid lo había cantado, y Graine había realizado el diseño de escamas de salmón por todo el mango. Ningún ser viviente podía tocarlo y no sentirse conmovido.

Eneit, que era hijo de una soñadora, llevó su nuevo regalo al hombro y jadeó, tomó aliento suavemente, como si le hubiese cogido desprevenido el contacto de un amante, de modo que los días de lucha en la fragua y el torno habían valido la pena.

Miró tímidamente a Breaca:

—Gracias.

Era fácil ver por qué Cunomar quería tanto a aquel chico; la mañana se tornaba más cálida en su presencia.

Breaca sonrió.

—De nada, desde luego. No todo el mundo se ve afectado por el alma de la lanza en su primer encuentro. Pero la prueba no es ésa. No solo debes sentirla, sino que debes tranquilizar tu mente hasta que tu alma cante con ella, como si fueseis uno solo. Y entonces, debes dejarla ir. ¿Sabes cómo sujetarla para lanzar?

Él hizo un buen intento, y ella le ayudó a encontrar el lugar donde el esfuerzo era menor. Él usaba de forma natural la mano izquierda, y por tanto adelantó el pie izquierdo y dejó colgando el brazo derecho. Ella hizo que probase el equilibrio de la punta, y que encontrara el punto exacto en que, al sujetarla a la altura del hombro, extremo posterior y cabeza se combinasen entre sí, y el peso fuese más ligero.

—Bien —Breaca retrocedió unos pasos—. Ahora, esperaremos. Necesitas tiempo para acallar el ruido de tus pensamientos y así poder oír la canción del alma de la lanza. Cunomar y yo iremos a dar un paseo por el bosque y volveremos. Y luego nos volveremos a ir, y otra vez más, hasta que no sepas ya si estamos o no. Cuando llegue el momento adecuado, te diré que arrojes la lanza. Apunta al saco de paja, pero no debes intentar tirar hacia él, sino, sencillamente, deja que se convierta en el punto final de tus pensamientos. Si tu mente está clara y tu alma es una con la lanza, ésta parecerá volar por su propia voluntad y dará en el blanco. No tienes que hacer que ocurra nada. Solo escucha la voz de tu mente.

Eneit le sonrió.

—¿Solo eso?

Era el único hijo de Lanis. Había vivido toda su vida viendo cómo trabajaba su madre para tranquilizar la voz de su mente.

Breaca le apretó ligeramente el hombro.

—Lleva un poco de práctica, y tenemos mucho tiempo. Si no ocurre hoy, siempre habrá un mañana, y otro, y otro. No intentes hacer nada, no intentes hacerlo bien; simplemente, ábrete a la canción de la lanza.

En Mona, como guerrera, había enseñado a cientos a pasar sus pruebas de lanza. Cada uno de ellos estaba dispuesto y bien entrenado, y había cazado solo, y matado un jabalí o un ciervo con una lanza antes incluso de volver a ella. Cada uno de ellos creía que la prueba de lanza era la más fácil de las que sufría un guerrero, y todos habían aprendido, lentamente, a lo largo de meses y meses, que en realidad era la más difícil.

Eneit nunca había matado ninguna presa en la caza, ni quería hacerlo. Nunca había sujetado una lanza, pero tenía la mente tranquila y comprendía los muchos caminos que adopta la distracción. Breaca no se alejó por el bosque con Cunomar, ni lo perdió de vista en ningún momento. Cuando el sol iba saliendo lentamente y la sombra del blanco en el saco de paja se hizo más corta, contempló la tranquilidad que se había apoderado del rostro del muchacho y la media sonrisa que ostentaba en los labios. Él no estaba tenso, ni comprobaba el viento, ni planeaba el arco del tiro, sino que, sencillamente, contemplaba la masa oscilante y escuchaba la canción de la lanza.

Breaca le contempló con admiración y con un poco de pena: si hubiese tenido cien como él en Mona, la guerra con Roma quizá se habría ganado ya.

Cuando el rostro del muchacho estaba más tranquilo y su brazo izquierdo más relajado, ella se colocó a la distancia de una lanza detrás de él y dijo, suavemente:

—¡Tira!

La lanza formó un arco en el aire quieto, un palmo demasiado alta, y un palmo a la izquierda. Pasó el saco por la distancia de un brazo y aterrizó en la hierba, en el suelo del bosque. El rostro de Eneit perdió la paz del arrobamiento y la concentración.

—He fallado.

Breaca dijo:

—Eneit, es el mejor primer tiro que he visto jamás, y he enseñado a los guerreros durante diez años en Mona. Nadie puede tirar a veinte pasos de distancia con precisión. No todo el mundo puede mantenerse tranquilo durante mil latidos de corazón antes de hacerlo, ni dejar libre la canción de la lanza con tal gracia. Ha sido muy bonito, de verdad. Si practicamos así durante un mes, serás capaz de permanecer quieto durante una mañana entera y acertar a cuarenta pasos.

Los ojos castaños de Eneit se abrieron como piedras de río.

—¿Tendré que hacer esto en la prueba de lanza?

—Si seguimos los ritos de los antepasados exactamente, el tiro es a cincuenta pasos, y habrá unas plumas de cuervo colgando del cuello de la lanza para coger el aire y que el camino de su vuelo gire. Es muy improbable que los ancianos te hagan esperar una mañana entera, pero en el campo de batalla los romanos es muy probable que sí lo hagan.

Breaca hablaba para Cunomar tanto como para Eneit. Su hijo había observado la prueba con una creciente sensación de intranquilidad, como si no tuviese sentido y fuese innecesariamente difícil. Un invierno en compañía de Eneit había suavizado su carácter, seguramente, pero su paciencia se agotaba con tanta rapidez como siempre,

y todavía vivía y respiraba por el derecho a pasar sus largas noches y las pruebas de lanza que formaban parte de la ceremonia.

Ella dijo:

—Si estás esperando en una emboscada y el enemigo tarda en venir, debes mantener la mente clara y dispuesta, aunque haya lluvia e insectos, ventiscas, aunque tus compañeros de escudo, próximos o lejanos, caigan; hasta que lleguen a ti. Por eso las pruebas se han establecido de ese modo; no te pediríamos que hicieras nada que no debas hacer en combate.

—Mi padre ganó las pruebas de lanza de tres tribus distintas. ¿Tuvo que esperar una mañana entera para cada una?

Cunomar había retirado la lanza arrojada y la había vuelto a traer. Se quedó cerca, de pie, dándole vueltas entre las manos, buscando el alma que Eneit había encontrado con tanta facilidad.

Breaca dijo:

—En las pruebas de lanza, como en el combate, cada vez que arrojas la lanza es la primera y última vez. Tu padre era distinto porque solicitó el derecho a pasar las pruebas con tres tribus. La mayoría de nosotros nos contentamos con pasarlas una sola vez.

—Pero en los cuentos de invierno Duborno dijo que a ti nunca te pidieron que pasaras las pruebas de lanza. ¿Es eso verdad?

—Cierto. Ya había matado, como lo ha hecho Cygfa; para nosotras no son necesarias las pruebas de los guerreros.

Se dio cuenta del error que había cometido en cuanto las palabras salieron de sus labios, y lo lamentó. El orgullo de Cunomar, invariablemente frágil, se rompía siempre en la roca de la fama de su medio hermana.

Los labios del muchacho se apretaron en una línea dura, que nada tenía de su padre.

—Yo he matado —dijo—. Ardaco lleva la cuenta para que pueda portar las plumas de muerte algún día, cuando tal cosa no sea «ilegal» —escupió aquella palabra, como un insulto a todos aquellos que habían permitido que Roma fuese quien estableciera e hiciese cumplir las leyes.

Era su hijo; si se mostraba arrogante o ignorante, ella era quien había contribuido a hacerlo así. Sabiéndolo, Breaca dijo:

—No has matado con la lanza. Los ritos de los antepasados no permiten que las muertes con el cuchillo o la espada eximan al niño que quiere convertirse en adulto de pasar las pruebas de guerrero.

Como todas las osas, Cunomar cazaba con el cuchillo. Formaba parte de su valor acercarse lo bastante al enemigo para matar con una hoja corta. También era el motivo por el cual el chico había sobrevivido tanto; en el calor de la batalla siempre iba escoltado, a derecha e izquierda, por otros que estaban juramentados a la osa, y aquellos a los que había matado estaban distraídos. De luchar con una lanza, uno

contra uno, habría muerto. Ninguna madre podía decir tal cosa, solo dejar que el silencio hablase por sí mismo y esperar.

Cunomar no escuchaba al silencio. Dijo:

—Pues entonces, veamos si los antepasados me encuentran tan aceptable como Eneit —cogió la segunda lanza, hecha para su altura y su brazo. El mango era de tejo oscuro, y el contrapeso de nudo de avellano. La marca de la osa corría a lo largo de la hoja. Con mucho cuidado, mirando directamente a su madre, dio diez pasos más alejándose del lugar donde había estado Eneit.

—He matado antes con una lanza —dijo—. Ardaco me enseñó. No sería justo para Eneit si arrojase la lanza desde la misma distancia que él.

—Cunomar, no se trata de… —Eneit se detuvo. Había vivido todo el invierno como contrapeso para la ira de su amigo; conocía mejor que nadie la futilidad de la razón cuando el orgullo se interponía en su camino. Apretó los labios y se encogió de hombros y dijo—: Piensa en los gansos salvajes que vimos ayer, y en cómo volaban. Eso me ha ayudado a calmar la voz que había en mi cabeza y a oír la canción del alma de la lanza.

Era mucho más sabio de lo que correspondía a su edad, y amaba profundamente a Cunomar. Una vez, hacía mucho tiempo, en otro contexto, la anciana abuela dijo: «Es la preocupación por los demás lo que hace a un hombre». Si alguien podía conseguir aquello, era Eneit. Breaca rezó por ambos.

Cunomar ya había colocado los pies en posición para el lanzamiento, y encontrado el punto de equilibrio de la lanza. Cada ángulo huesudo de su cuerpo decía que no quería ayuda de su madre. Haciendo una seña a Eneit de que le siguiera, Breaca se retiró del claro, dejando que su hijo buscase la tranquilidad en el centro de su alma.

No estaba menos rígido mil latidos del corazón después, cuando ella volvió. Tenía el rostro contraído, las líneas de las aletas de su nariz blancas de tensión. Los ojos aparecían guiñados, como si el sol perforase la mente detrás de ellos. Cuando Eneit pisó una hoja seca, que crujió bajo su peso, Cunomar respingó como si le hubiese picado una avispa.

No tenía sentido esperar más. Como había hecho con Eneit, Breca se quedó a la distancia de una lanza detrás de él y dijo:

—¡Tira!

Y antes de decirlo supo que era demasiado pronto, o demasiado tarde, o que ningún momento habría sido el adecuado.

Cunomar tiró la lanza como si su vida dependiera de ello. Ésta salió disparada hacia delante en línea recta, silbando un poco en el viento de su propio vuelo, como haría una espada si se arrojase muy deprisa. La punta se desvió ligeramente hacia arriba de modo que desde el principio quedó claro que no iba a dar en la paja, sino que voló recta y con fuerza y pasó rozando la tira de cuero sin curtir mediante la cual estaba suspendido el saco, de modo que el objetivo giró vertiginosamente sobre su eje.

—¡Sí! —lleno de júbilo, Cunomar dio un puñetazo en el aire—. Yo apuntaba a la cuerda, de verdad, madre. El saco era demasiado fácil, pero la cuerda, para un guerrero…

Se detuvo. Breaca era la herrera, y oía la canción de muerte de sus lanzas al morir. Mucho antes de que su hijo se hubiese vuelto, el rostro de ella se había esforzado por mostrar algo parecido a la aprobación y la calidez.

Eneit tenía menos práctica a la hora de ocultar el río que corría bajo la superficie de su ser. Mirándole, el hijo de Breaca encontró un horror apenas disimulado donde debería haber visto felicitación y alegría, y su propio rostro se demudó.

—Eneit, no importa. He practicado con la lanza durante años. Puedo enseñarte igual que mi madre. Si lo intentamos cada día durante un mes, te enseñaremos cómo hacerlo.

Como atontado, Eneit dijo:

—Está rota.

—¿Ah, sí? Muy bien. Pensaba que solo había tocado la correa al pasar. Pero podemos conseguir más. Necesitaremos otra, de todos modos, si los dos vamos a intentarlo. Coge tu lanza y lo intentaremos de nuevo.

—No, Cunomar. No puedes hacerlo de nuevo. Tu lanza está rota. —Eneit era hijo de una soñadora. Le habían educado en una tierra en la cual los sueños estaban prohibidos bajo pena de crucifixión, pero aun así, conocía bien los senderos del sueño y el corazón más íntimo de las enseñanzas de los antepasados, de una forma que la mayoría de los jóvenes de su edad no sabían—. La lanza es tu alma —dijo, con suavidad—. Debemos reunir los trozos y arreglarla, porque de lo contrario tu corazón se romperá.

Un año, medio año antes, enfrentado a aquello, Cunomar habría convertido su propio dolor en ira, la culpa en recriminación, el desengaño y el orgullo herido en el ácido y mordiente sarcasmo que alejaba a los demás de su compañía.

Breaca contempló las primeras oleadas de aquella reacción alzarse en él; luego miró más allá de Eneit, a su madre, y la culpa llenó sus ojos, que eran iguales a los de ella.

—Cunomar…

No hubo necesidad de decir nada más. Por su propia voluntad, su hijo había bajado la mirada. Se quedó un rato mirando el suelo del bosque, con el ceño fruncido. Cuando levantó la mirada, por primera vez el hombre que podría quizás un día oír la canción del alma de su lanza brilló claramente a través del niño que nunca podría hacerlo. Tomó los dos trozos de la hoja rota y se las tendió a ella.

—¿Se puede arreglar? —preguntó.

«¡Gracias!», dijo Breaca silenciosamente al alma de su hijo, a la mente expectante de la antepasada-soñadora, a Nemain, a Briga, a quienquiera que contemplase y escuchase y comprendiese la magnitud de lo que había ocurrido.

En voz alta, dijo:

—Por supuesto. Me costará dos días, pero puedo rehacer la hoja. La haré más fuerte la próxima vez, para que pueda abrir hasta una roca.

Él asintió, todavía inseguro del terreno que pisaba. Mientras Graine o Cygfa se hubieran obsesionado con la hoja rota y su arreglo, la atención de Cunomar ya había pasado al objetivo prometido.

—¿Y qué haremos mientras tanto? —preguntó—. Si queremos pasar las largas noches a mediados del verano, no podemos perder tiempo ahora.

Era su hijo. Lo que ella misma había hecho no lo podía cambiar, solo ayudarle a construir sobre los cimientos que le habían sido dados.

Asintiendo, Breaca dijo:

—Tú eres de la osa. Podrías enseñar a Eneit a seguir pistas. Y podríais seguir practicando con las espadas de madera. Seguid en el bosque, y procurad que no os vean. Lanis os arrancará la piel a tiras si os encuentra, y es mucho mejor rastreador que la mayoría de los romanos. Si os mantenéis alejados de ella, estaréis a salvo.

* * *

El chasquido de las espadas que entrechocaban resonaba por todo el calvero, espantando a los cuervos posados. La intensidad de los impactos retumbaba en el brazo de Cunomar y acababa entumeciéndolo. Dejó caer la guardia, sofocando un jadeo entre los dientes.

—Eneit, despierta. Tienes que levantar la hoja más arriba y sujetarla directamente por encima de la línea del tajo. Si yo tuviese una espada de verdad, estarías muerto.

—No, si yo hubiese tenido también una auténtica —sonrió Eneit con aire risueño —. Entonces, yo te habría bloqueado… así… y tú te habrías desequilibrado, y yo te habría atacado… así… —Se arrojó hacia delante y movió diestramente la punta de su espada hacia arriba, colocándola en las costillas del otro. Cunomar se dobló por la mitad, ahogado.

Eneit se apartó fuera de su alcance, con los ojos castaños iluminados.

—¿Lo ves? Te habría matado.

Se quedó de pie, con las manos en las caderas, sonriendo. Habían pasado dos días desde el malhadado lanzamiento de las lanzas, y los dos eran jóvenes. Si las sombras del destino preocupaban a Eneit, lo ocultaba estupendamente. En el corazón del bosque, frente a su amigo, se limitaba a balancearse sobre sus pies, con los ojos brillantes por la promesa de victoria.

Cunomar respiró plenamente por primera vez desde el golpe. En la segunda inspiración, se incorporó del todo y dejó que sus manos se apartaran de su vientre.

Eneit esbozó una sonrisa.

—Bueno. Pensaba que estabas muerto de verdad. Vamos. Apenas acabamos de

empezar. Hemos de sufrir una muerte cada uno, y la mía ha sido auténtica; la tuya solo fingida. Te desafío al mejor de cinco golpes… esta vez lucha de verdad, no entrenamiento a medias —levantó la espada de madera como saludo.

Era una buena oferta. Solo tres días atrás, Cunomar habría aceptado, pero las primeras lecciones de la prueba de lanza estaban penetrando en su interior, mostrándole aquel lugar dentro de sí mismo donde la insensata imprudencia tomaba el lugar del verdadero valor. Era una línea muy fina, y no siempre segura, pero al menos ahora se daba cuenta. Meneó la cabeza.

—No, debemos dejarlo. Ya ha amanecido y alguien podría oírnos.

—Quieres decir que mi madre podría oírnos y tú le tienes miedo…

—Eneit, cualquier hombre en su sano juicio tendría miedo a tu madre. Hasta Ardaco tiene miedo de tu madre, y se ha enfrentado a una osa que defendía a sus cachorros. Tú y yo no somos todavía bailarines del oso, y aunque lo fuésemos, creo que pisaríamos con mucho cuidado en presencia de la soñadora del cuervo que te dio la vida.

Cunomar se agachó y metió su espada de madera en un hato de tela aceitada que había en un lado del calvero. Había pasado medio invierno tallándola y estaba muy orgulloso del resultado. En cuanto a longitud y equilibrio, equivalía a la espada de serpiente de su madre, excepto por el espacio en blanco de la empuñadura, que se llenaría cuando hubiese pasado sus largas noches y encontrado su sueño. La hoja de Eneit, que había hecho primero, como regalo, era más esbelta y tenía ya una grieta a lo largo de un borde de la hoja. También esperaba su marca en el pomo.

Eneit todavía no estaba dispuesto a terminar la mañana.

—¿Has oído hablar de Sinocho, el guerrero que era el padre de Duborno? —preguntó.

—¿Cómo no iba a oír hablar de él? Luchó con mi madre en la batalla de la invasión, y luego consiguió honores por segunda vez en la batalla de la Trampa de Salmón, cuando los icenos derrotaron a toda una centuria de romanos y dos alas de la caballería gala. Podría cantar las canciones de esas batallas hasta en sueños. Probablemente lo hago.

—No, que yo sepa —Eneit encontró una ramita verde y la mordisqueó, limpiándose luego los dientes con los bordes deshilachados—. ¿Has oído contar cómo murió?

—¿Sinocho? No sabía que hubiese muerto —las espadas envueltas yacían escondidas en un hueco junto al calvero. Cunomar se agachó y rellenó el agujero con la tierra arenosa que formaba el suelo del bosque y los terrones negros y desmenuzados encima.

Eneit eligió sus palabras con cuidado.

—Fue después de la batalla de la Trampa de Salmón. Sinocho y su guardia de honor se fueron a casa y averiguaron que los romanos estaban rompiendo las espadas de todo el mundo para evitar que fuesen guerreros. Sinocho vio en ello el principio de

la esclavitud, y juró no vivir nunca bajo ella. Se llevó a sus tres mejores guerreros con él y escondió las espadas que su familia guardaba durante siete generaciones. Luego, volvió al pueblo y luchó contra los romanos con las manos desnudas. Mató a tres antes de que le colgasen.

Cunomar se balanceó sobre sus talones, mirándole.

—¿Sinocho escondió las armas de sus antepasados antes de que los romanos las pudieran romper? —preguntó.

—Sí.

—¿Y me estás diciendo que sabes dónde están?

—Sí.

Hubo una pausa. Cunomar notó que el calor ascendía por su garganta. Ardaco le decía siempre que mostraba con demasiada facilidad sus pasiones al mundo. En presencia de Eneit aquello no le preocupaba. Eneit era la única persona en el mundo que conocía a la perfección su corazón y sus anhelos, y por eso, desde luego, había dicho lo que había dicho.

Más que ninguna otra cosa, más que pasar sus pruebas de lanza, o que aprender a permanecer inmóvil durante una emboscada toda una mañana, Cunomar soñaba con empuñar la espada de sus antepasados en la batalla… y no podía, porque el fantasma de su abuelo se había hecho visible en el montículo de la tumba donde estaban escondidas las espadas y lo había prohibido.

Interponiéndose entre los dos se encontraban las palabras que no necesitaban pronunciarse. «Te ofrezco una espada con una historia que no ha sido maldita por el fantasma de tu abuelo. Con ella como trofeo, podrías pasar tus largas noches cuando los soñadores den la palabra y volver a casa convertido en un auténtico guerrero».

Los pájaros se alborotaron por segunda vez cuando Cunomar lanzó una exclamación y arrojó un puñado de tierra húmeda a su amigo.

—Eneit nic Lanis, ¿tú te llamas amigo mío y has esperado siete meses a contarme esto? ¿Tan cansado estás de vivir?

—No —la lenta y amplia sonrisa de Eneit se extendió por su rostro—. Pero no sabía lo mucho que te importaba esto hasta que la nieve era demasiado honda para que fuésemos a buscarlas. Te aseguro que es un lugar adonde no querríamos que nadie nos siguiera.

Su voz sonaba grave, y había una desacostumbrada cautela en sus ojos. Viéndolo, Cunomar dijo:

—¿Están las espadas en un túmulo de los antepasados? ¿Hecho de piedra, con hierba por encima, de modo que parece un montículo alargado?

La sonrisa de Eneit murió.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado en uno igual —con el pie, Cunomar barrió las hojas secas y otras fangosas y las extendió por el lugar, de modo que las espadas de madera quedasen ocultas. Cygfa o Duborno probablemente serían capaces de encontrarlas, Ardaco y la

Boudica, con toda seguridad, pero ningún romano sabría dónde mirar. Hizo un guiño al sol, como sopesando si era mayor el miedo que la pasión, y encontró que el equilibrio era muy inestable. Ardaco siempre decía que el signo de calidad de una verdadera osa era la capacidad para tomar los dones de los dioses cuando se les entregaban, y no lamentar que hubiesen pasado después, al perderlos.

Lentamente, notando que el momento se henchía en su interior, dijo:

—La nieve ha desaparecido, nadie nos podrá seguir hasta ese lugar. Iremos como osas, y si nos encontramos a alguien en el camino, nos detendremos y daremos la vuelta. Debemos tratar este asunto como si fuese la guerra. Si los romanos nos encuentran con armas, Tago no podrá evitar que nos cuelguen.

—Lo sé —Eneit rio—. Y si mi madre nos encuentra primero, serán muy afortunados si encuentran algo que colgar —escupió en su palma y la levantó—. Iremos como osas, y de ese modo, nadie salvo Ardaco, y quizá Cygfa, podrá encontramos. Conozco el camino, de modo que yo tendré que ir primero. Tú seguirás mis huellas. Cierra los ojos y canta la balada del guerrero caído. Cuando acabes, me habré ido, te apuesto un nuevo cinto para la espada a que no puedes tocarme antes de que lleguemos al montículo.

* * *

Eneit había aprendido bien. No dejaba huella alguna que un ojo sin entrenar pudiera seguir, y la única que dejaba era tan débil que Cunomar se sintió muy agradecido por las marcas intermitentes, las ramitas recién rotas y las piedras caídas, y, en una ocasión, hasta una rama muerta clavada en el suelo, que había sido colocada deliberadamente para señalar el camino.

Cazador y cazado dejaron el bosque y se movieron por el terreno pantanoso. Eneit conocía aquellas tierras desde que nació. Estaba a gusto en aquella llanura, donde solo las aliagas de florecimiento temprano rompían la línea recta del horizonte, y la tierra firme dejaba paso a las marismas sin advertencia alguna, de modo que un hombre podía ahogarse si no iba con cuidado.

Cunomar estaba echado de cara en un macizo de juncos en el borde del agua quieta, y buscaba señales de movimiento. A un tiro de piedra de distancia, unas yeguas salvajes amamantaban a sus potrillos y apacentaban. Una bandada de patos formaba una flecha en el cielo casi blanco. Un halcón pasó casi rozando las marismas y giró de pronto de lado para hacer una presa. Volaron hacia arriba las plumas donde antes estuvo el ave, y luego ésta volvió a alzarse con un pichón.

Si no hubiese estado mirando todo aquello, Cunomar no habría visto el suave movimiento de vaivén que producía un cuerpo deslizándose por la tierra plana y luego por una hondonada. La tierra, al parecer, no era tan plana como él había

pensado. Con un pequeño brote de satisfacción alborotándole el pecho, estudió la forma de acercarse a la hondonada sin llamar la atención… pero no encontró ninguna. Las enseñanzas de Ardaco para esas circunstancias estaban bien claras: cuando no hay forma de moverse sin ser visto, debe moverse todo para disimular lo que más importa.

Cunomar tomó un puñado de guijarros de una bolsa que llevaba al cinto, exactamente por ese motivo. Retrocediendo a gatas detrás del matojo de hierba para ganar algo de terreno, apuntó a una yegua zaina ruana cuyo potro era el más joven y vulnerable de la manada y pastaba allí cerca. Contó hasta cinco antes de que cayese el guijarro, y le dio de lleno en el flanco, y otros dos antes de que las ocho yeguas se pusiesen a todo galope y se desperdigasen por toda la llanura con los potros a su lado. El tamborileo de los cascos hizo que las aves posadas se remontaran formando espirales en el cielo.

El movimiento había llegado desde su derecha. Corrió hacia su izquierda, por tanto, y dio un quiebro como una liebre, arrojándose en la hondonada, en el suelo, donde yacía Eneit mirando hacia los caballos. Aterrizó justo al lado de éste y le golpeó con el puño como si fuese armado, y con todo el aliento que le quedaba, gritó:

—¡Te tengo!

El golpe le llegó desde atrás. Una vara le dio con fuerza en las costillas, provocándole un hematoma en los riñones y haciendo que perdiera el aliento por segunda vez la misma mañana. Su visión se empañó y adquirió un tono rojo oscuro, con llamas anaranjadas en el centro. Durante un momento pensó que iba a vomitar. Flotando por encima de su cabeza oyó una voz alegre y juguetona que decía:

—No, no, hombre-oso. Soy yo quien te tiene a ti.

Rodó sobre sí mismo, medio ahogado. Eneit, desnudo y sonriendo, estaba de pie junto a sus tobillos, con una gruesa y nudosa raíz de aliaga en la mano. La túnica de Eneit, rellena con juncos arrancados, se encontraba frente a él, con una pelota de barro pegada al cuello en lugar de cabeza y unas raíces artísticamente entrelazadas simulando el cabello de Eneit.

—Estoy consternado —dijo su amigo, solemnemente—. No tenía ni idea de que pensabas que mi pelo era como un puñado de hierbajos del pantano.

Las palabras flotaron en el aire, y su sentido se alejó separadamente de Cunomar, que, con el ceño fruncido, tuvo que juntarlas de nuevo. Lentamente, todavía jadeando, se echó a reír. Hacía mucho tiempo que no se reía con ganas. La corteza de diversión, tensa y desentrenada, fue creciendo, dolorosamente, hasta convertirse en algo incontrolado que dolía con cada respiración, y que resonaba por encima de la llanura, mucho más fuerte que el relincho de los caballos, con un tono mucho más agudo que los gritos aflautados de los pájaros, y le dejó, al final, echado de espaldas, tan indefenso como un gatito, lanzando débiles risitas, mientras Eneit le miraba fingiendo un divertido asombro.

El cielo ya no era de un color gris pálido, sino que mostraba los primeros atisbos

de azul. Los pájaros que daban vueltas habían empezado a bajar, todos excepto un dúo de grajillas que seguía volando y graznando. La turba sobre la que se recostaba la espalda de Cunomar estaba cálida y esponjosa, y madura con los aromas de arena y juncia y agua estancada. Le dolía el pecho y tenía los riñones maltrechos, pero por su vientre se expandía una calidez que no había conocido desde la primera infancia, y posiblemente ni siquiera entonces. Poco a poco se le fue ocurriendo que, por primera vez desde que podía recordar, era genuina y totalmente feliz. Era una sensación que había que saborear y no destruir. Deliberadamente decidió no examinar sus causas.

El mundo se volvió más sosegado y dulce. Tomando aliento con intensidad, Cunomar se incorporó y se apoyó en un codo. Eneit, vestido de nuevo, se sentó en la parte superior del bancal, con un codo apoyado en una rodilla. Había dejado de sonreír hacía un rato, y sencillamente, miraba. Su rostro franco y abierto reflejaba una inteligencia que a veces costaba mucho ocultar.

Cunomar se incorporó y quedó sentado.

—Gracias —dijo.

Eneit se encogió de hombros.

—No tienes que decir nada. No podría haberlo hecho si tú no me hubieses enseñado.

—Yo no te enseñé a hacerme reír.

—No. Pero no he sido yo el que te ha hecho reír. Lo has hecho todo tú solo —el joven cogió un brote de hierba, examinó la punta y la mordisqueó, sacó limpiamente el centro, de un verde claro, y dejó una cáscara hueca—. Pero me ha gustado verlo. Se acercan tiempos duros.

—Sí.

Estaban separados por la longitud de un brazo, quizás un poco más. Ninguno de los dos se movió para salvar aquella distancia. Se quedaron sentados en silencio, un silencio que tenía mucho más peso que antes, mientras la mañana se iba asentando y la tranquilidad se extendía por el amplio terreno pantanoso. A un tiro de lanza de distancia, las yeguas dejaban caer la cabeza y sus potros se alimentaban, y luego se alejaban a jugar con sus iguales. Cuando ya los había contemplado demasiado rato y su mente no se tranquilizaba, Cunomar levantó la vista y vio que el aire por encima de su cabeza se había aclarado mucho, y que se podía ver a un halcón describiendo perezosos círculos en el azul.

Como necesitaba hablar y no sabía qué decir, preguntó:

—¿Te gustaría como sueño, si viene a ti en las largas noches?

—¿Qué? —la voz de Eneit parecía distante, como si volviera de algún lugar lejano.

—El halcón. ¿Te gustaría como sueño en tus largas noches?

—¿Por qué? ¿Para poder tallarlo en el pomo de una espada de madera agrietada?

Eneit no sonreía. Sus ojos estaban medio cerrados, perezosamente, y por una vez resultaba imposible leer en ellos.

Como Cunomar no respondía, rodó a un lado y se apoyó en los codos.

Ni una sola vez a lo largo de todo el invierno había cuestionado la obsesión de Cunomar con los ritos del guerrero y el paso a la edad adulta.

Entonces dijo con tranquilidad:

—Tu madre me ha enseñado a oír la canción del alma de la lanza, y tú me has enseñado a empuñar una espada como un hombre, y he encontrado una nueva vida a través de esas dos cosas. Si llega el momento (es decir, cuando el momento llegue), mataré a tantos romanos como pueda antes de que ellos me maten a mí, sabiendo que al final me acabarán matando porque por mucho que tranquilice la voz que suena en mi cabeza, por muy duro que me entrene con mi espada de madera en el bosque antes de amanecer, nunca tendré tanta práctica en el combate como ellos. ¿Para qué necesito entonces un sueño, Cunomar macCaradoc, hijo de la Boudica? ¿Me llevará eso acaso más cerca de lo que yo deseo?

La cualidad de la mañana cambió, se hizo demasiado cruda, demasiado seria, cuando antes solo había jovialidad y sencilla amistad. En el mundo de Cunomar, lleno de certezas en blanco y negro, demasiadas cosas eran inciertas. Se miró las manos y luego miró el halcón y luego otra vez, pero sin mirar a Eneit. La imagen de una hoja de lanza rota se fijó en su mente, así como la voz de Eneit que le decía que su corazón se rompería si no se arreglaba el arma. Quiso decir que su madre podía arreglar cualquier cosa, pero las palabras no salían.

Al final, cuando la presión del silencio se hizo demasiado grande y necesitaba oír el sonido de su propia voz, preguntó:

—¿Por qué vamos al montículo de los antepasados, sino para ayudarte a encontrar tu sueño?

Eneit soltó el aliento lenta y audiblemente por la nariz. Al cabo de un rato dijo:

—Para encontrar el tuyo, claro. O al menos para encontrar la espada de Sinocho para ti, para que cuando los soñadores digan que ha llegado tu momento y pases las tres noches solo y luego vuelvas y hagas las pruebas de la lanza, tu madre tenga una espada que darte cuando las pases.

Su voz perdió la aspereza y descubrió, por el contrario, aquel tono cantarín inspirado por los dioses que había aprendido de su madre, la soñadora. Con más suavidad aún, dijo:

—Olvidas que yo no he vivido en Mona. Nunca he visto a nadie volver a casa con el sol naciente a su espalda y el nuevo sueño vivo en sus ojos. Nunca he visto una escuela de guerreros, ni he permanecido de pie en un alto sobre una batalla, presenciando actos de heroísmo que durarán en los cantos durante mil años. Yo vivo en un mundo distinto, y las cosas que yo quiero son diferentes. Todos soñamos. Tú y yo, sencillamente, tenemos que saber que nuestros sueños nos llevan a lugares distintos. Vamos… —y se levantó y dio con el pie a Cunomar, cuidadosamente, en la planta de un pie—. Levántate. Me debes un cinto de espada. El túmulo está en la hondonada siguiente. Si estás preparado para caminar, encontraremos para ti una espada con una historia de la que te sientas orgulloso, y veremos si eso impulsa a los

soñadores a poner una fecha para tus largas noches.

* * *

La tumba de los antepasados era de la mitad del tamaño que aquella en la que la Boudica y sus guerreros habían escondido sus armas. Era plana y redonda, medio sumergida en la arena, y la hierba había ido arraigando en las grietas entre las rocas, de modo que incluso desde cerca era difícil distinguirla de la turba que la rodeaba. La entrada era un agujero que en tiempos fue cuadrado, redondeado por las esquinas y desgastado hasta adoptar una forma casi circular por el tiempo y el paso de muchas personas.

Ya no era cuestión de mirar e irse nada más. Eneit dirigía el camino y Cunomar le seguía. La abertura no conducía directamente a un pasaje como en el otro túmulo, sino que más bien se abría al vacío, de modo que cualquiera que buscase la entrada tenía que quedarse colgando y luego, confiado, soltarse y caer el último trecho hasta el suelo que quedaba debajo.

La caída no era tan pronunciada como Cunomar había temido que fuese, menos del largo de una lanza desde sus piernas colgantes hasta el suelo. Aterrizó vacilante en una piedra entre la semioscuridad y el frío, en un lugar donde las sombras hacían que el espacio pareciese mayor y la corriente producida por su caída levantó durante un rato el viejo polvo de los muertos antiguos.

Los muertos que había allí eran tan poco acogedores como siempre. Cunomar notó la impaciencia de los fantasmas como algo que cosquilleaba su abdomen. Demasiado tarde recordó el miedo de Eneit. El hijo de Lanis permanecía justo debajo de la abertura del techo, con los ojos abiertos y una sonrisa algo insegura.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —preguntó Cunomar.

—No —Eneit se desplazó un paso alejándose de la luz, agitando un brazo delante de él para palpar las paredes—. Hasta que tú llegaste, no había motivo alguno para buscar una espada. Yo no habría sabido cómo recogerla, ni mucho menos cómo usarla —dio un par de pasos más y se detuvo, apenas visible en la oscuridad—. Hay una pared ahí —y luego, después de una pausa—: Y el techo baja mucho.

—Si hay una espada estará escondida lejos del suelo, en las grietas donde las rocas forman un repecho, de modo que cualquiera que no lleve antorchas sea incapaz de verla.

Cunomar hablaba en silencio. Podría haber estado él solo. Al cabo de un rato Eneit, tenso, dijo:

—¿Cómo lo sabes?

—Mi madre y los guerreros escondieron sus espadas en un túmulo como éste. Yo fui con ellos para vigilar.

—¿Y sentías como si te odiasen?

—Sí. Pero en cambio amaban a mi hermana.

Cunomar se sorprendió deseando entonces la compañía de Graine. Ella estaba a sus anchas en aquellos lugares grises, entre los mundos, de una forma que él desconocía. Sus dedos estirados rozaron la piedra.

—Hay otra pared aquí, también. Si vas a la derecha, yo iré hacia la izquierda, y nos reunimos en medio al otro lado, y de esa manera, habremos registrado toda la pared. Toca por delante de ti, a la altura del hombro, buscando grietas que se alarguen hacia los lados y que sean lo bastante grandes para contener una espada.

Siguiendo sus propios consejos, empezó a caminar hacia un lado, pasando las yemas de los dedos por la piedra que tenía delante. El clamor de su abdomen se convirtió en un dolor rugiente. Tenía piel de gallina en la nuca y los brazos. Un sudor pegajoso se concentraba en su frente, y le corría por las mejillas. Dio un tercer paso y notó que pasaba revoloteando algo corpóreo.

Un hombre herido gemía el nombre de Briga. Cunomar dijo:

—Tu madre debería venir aquí, las sombras de los muertos en la batalla no se han ido del todo al otro mundo. Lanis es de Briga. Ella tiene el cuervo como marca. Podría ayudarles a encontrar el camino al otro lado del río —su voz rebotó en las paredes y volvió a él, áspera y rasposa.

La de Eneit no sonaba mejor.

—Viene aquí a menudo. Vino antes de la reunión, cuando habló contra tu madre, y salió sabiendo cómo hablar para que la reunión decidiera que la Boudica se quedase.

—Tiene mucho más valor que cualquier guerrero.

—Ya lo sé. Todos los soñadores lo tienen. ¿Tanto te ha costado descubrir ese hecho?

Hablaban para mantener a, raya el silencio, deslizándose poco a poco hacia los lados y tocando los muros. El espacio y el tiempo se dilataban, inconmensurables. Desde el extremo más alejado de la negrura llegó el sonido de un golpe y una breve maldición pronunciada de inmediato.

Tenso, Eneit dijo:

—Cunomar, creo que deberíamos irnos —parecía que iba a echarse a llorar, cosa completamente inaudita. Ni siquiera enfrentado al mal humor de su madre lloraba Eneit.

Cunomar dijo:

—Quédate donde estás. Voy a buscarte.

Dejó de buscar grietas en las paredes y se concentró sencillamente en caminar hacia un lado, un paso cada vez. Al principio iba moviendo la mano ante él, pero una segunda sombra revoloteante le rozó los dedos e hizo que retirase el brazo y lo sujetase bien apretado contra su costado. El espacio que quedaba en el túmulo era menor que el hueco de la choza de Airmid en Mona, y había visto, pensó, muchos menos peligros. Había oído hablar de Lythas, el traidor de los brigantes que intentó

atraer a la Boudica hacia el campamento de Cartimandua, y de lo que le habían hecho los soñadores. El horror se había exagerado mucho, desde luego, pero Cunomar nunca había vuelto a tener la misma sensación en la choza de Airmid después de oír contar aquello.

En aquel lugar más pequeño, más antiguo y menos agradable, cada paso hacia adelante requería toda su voluntad, y cada uno de ellos le acercaba más al borde del pánico. A lo largo de todas las lecciones de acecho de Ardaco, incluso en el viaje hacia el este, cuando se encontraron a un tiro de piedra de los legionarios, su corazón nunca había corrido tan rápido como en aquel momento, ni había latido con tanta fuerza. Su cuerpo temblaba con el martilleo que notaba en el pecho, y el sudor inundaba su rostro, corriendo en regueros hacia sus hombros. Notaba como si estuviese andando a través del agua, a lo largo del fondo de un lago, y como si grandes peces nadasen cerca, persiguiéndole, o como si se debatiera echado sobre el vientre entre la niebla y la oscuridad y las serpientes se retorciesen sobre su piel desnuda. Notaba unos pulgares que se hundían en sus globos oculares, aplastándolos, y bestias con manos de hombre, y mandíbulas de oso que trituraban sus huesos y se comían la médula, y sus pies quedaron enraizados por completo en el suelo, imposibilitando la huida.

—¿Cunomar? —un susurro átono.

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—Aquí.

—Vas en la dirección equivocada.

—No. Voy hacia la izquierda.

—Entonces es que te has parado. Tendrías que haberme alcanzado ya. Este sitio no es tan grande.

La oscuridad se lo había tragado. El pez y las serpientes y los osos absorbían su alma. Lleno de terror ciego, Cunomar miraba hacia la oscuridad y, por primera vez en su vida, rezó a Nemain buscando su ayuda y su liberación. Inesperadamente, algo asombroso y magnífico, Graine le devolvió la mirada desde la negrura. Sus ojos grandes y solemnes examinaron su rostro, buscando una explicación, y la encontraron. Sonriendo con timidez, ella le dijo: «Apártate del muro. Busca la luz. Tú eres de Belin, que es del sol. Él cuidará de ti».

Cunomar retrocedió medio paso. La luz llegó hasta él como una señal. De mala gana, los horrores soltaron su presa.

—Eneit…

—Da un paso atrás. No toques la pared. Vuelve hacia mí, hacia la luz.

Se encontraron en el centro, sin habla. La piel de Eneit adquirió un aspecto gris enfermizo, y su aliento era entrecortado, como si hubiese corrido mucho o demasiado rápido. Cunomar miró su propia mano y la vio temblar mucho peor que la del propio Claudio, que sufría de parálisis y no podía controlarla bien. Miró hacia arriba, al hueco del techo, a una lanza de altura por encima de su cabeza, y supo que si le

entraba el pánico en aquel momento nunca saldría de allí. Separó los pies buscando apoyo más firme y entrelazó los dedos de ambas manos.

—Pon el pie en mis manos como si estuvieras montando un caballo —dijo—. Así podrás llegar al borde de la roca y subir.

—¿Y tú qué harás?

—Soy más alto. Saltaré.

Había intentado que su voz sonase como la de su madre antes de la batalla. Aunque no tuvo éxito del todo, Eneit hizo lo que se le pedía sin detenerse a cuestionarlo. El pie del muchacho mayor se deslizó hacia arriba, al agujero, hacia la luz. Después de una breve pausa, su cabeza reapareció en el agujero.

—Estoy bien. ¿Seguro que puedes saltar tanto?

—No, pero lo intentaré. Si no lo consigo, vuelve a casa y trae una cuerda.

—¿Y dejarte solo ahí? ¿Quieres volverte loco o ya lo estás?

—Ninguna de las dos cosas. Por eso no voy a fallar.

Cunomar oyó la sombra de su padre en su propia voz, y aquella pequeña parte de su ser que no estaba aterrorizada conoció un breve momento de éxtasis.

Con una plegaria a Belin como le había ordenado su hermana, Cunomar, hijo de dos guerreros, saltó y notó que sus dedos hacían presa en una roca redondeada, y los dedos de Eneit se cerraron en torno a su muñeca. La lucha por salir a la superficie le costó la piel de las espinillas y los muslos, pero nunca había estado tan contento de ver la luz.

Más tarde, echado al sol en tierra firme, libre de pesadillas, Cunomar miró de nuevo al halcón y no pudo verlo. Pensativamente, dijo:

—Estoy empezando a comprender por qué tenemos que oír la canción del alma de la lanza. Era el sonido de mi propia voz lo que me estaba volviendo loco. Si hubiera podido permanecer allí en silencio, habría estado a salvo.

—A salvo, quizá. Eso es lo que saben los soñadores y nosotros debemos aprender. Tenemos tiempo. Los ancianos no nos convocarán a nuestras largas noches antes de mediados del verano.

—Si es que nos convocan.

No había prisa en volver a la aldea. Se quedaron echados, ambos concentrados en su propia recuperación. Al cabo de un rato, Eneit dijo:

—Creo que fuimos allá abajo con intenciones equivocadas, y ellos se dieron cuenta. No he sido honrado, lo siento. Estaba intentando encontrar un regalo para ti que pudieses valorar.

—Ya lo sé.

—Quería que pensaras bien de mí.

Cunomar se volvió.

—Ya pienso bien de ti, Eneit.

—Pero sabes que soy un cobarde. He huido del túmulo antes de que tú consiguieras tu espada.

—No. Yo sé que tú eres honrado, firme y seguro, y posees un valor extraordinario. Sabías cómo sería, y sin embargo has bajado igualmente. No volvería ahí abajo aunque fuese el único lugar en todo el mundo donde pudiese encontrar una espada para mí. Tú tienes el valor de un soñador. Yo no podría ni soñar con compararme siquiera.

Cunomar apoyó la barbilla en una mano, levantando la cabeza para poder mirar a Eneit directamente a los ojos. Notó una seguridad y una certeza de sí mismo y del mundo que era nueva para él, y le dio la bienvenida más allá de todo lo imaginable. Se había hecho una serie de preguntas que habían explorado el núcleo de lo que él era, y se había sentido muy feliz con las respuestas obtenidas. Entre él mismo y Eneit todo había cambiado y sin embargo no había cambiado nada, y podían seguir siendo amigos. Con absoluta sinceridad dijo:

—Si estuviéramos en una batalla, no habría nadie a quien prefiriese tener al lado de mi escudo. Más que Cygfa, o Braint, o Ardaco, más que mi madre incluso, yo preferiría tenerte a ti. En el nombre de Belin, juro que es cierto.

Era lo mejor que podía regalarle, lo mejor que había regalado jamás. Al parecer, era más de lo que esperaba. Se encontraban a la distancia de un brazo. Cunomar se levantó y ofreció su mano en el saludo del guerrero. Eneit la cogió; tenía la mano resbaladiza por el sudor antiguo, pero firme. Ambos mantuvieron el apretón un buen rato. Eneit fue el primero que se soltó. Su sonrisa era amplia y perezosa, un poco torcida.

—Gracias.

—No tienes que decir eso.

—No, pero quiero decirlo —se puso en pie y se desperezó, haciendo crujir las vértebras de la espalda—. No creo que debamos decirle a mi madre dónde hemos estado.

Cunomar se levantó, sonriendo.

—¿Te parece que quiero que me arranquen la piel a tiras? Ni se me ocurriría. Pero creo que deberíamos hablar con Graine cuando volvamos.

* * *

No hubo tiempo para hablar con Graine. Volvieron a un poblado que hervía como un enjambre en plena actividad. Ocho hombres de la caballería romana se encontraban junto a sus caballos en el interior del recinto, mirando al frente como si los que tenían a su alrededor no existieran. Uno, peor adiestrado que sus camaradas, volvió la cabeza para mirar a Cunomar. El disgusto y una afligida superioridad relampaguearon desde el hombre hasta el chico. Por segunda vez en un solo día, el hijo de la Boudica notó que su corazón titubeaba y aprendió lo que era cruzar las fronteras de su propio valor.

Ardaco se reunió con él cuando caminaba junto al último de los centinelas. El guerrero estaba furioso en presencia del enemigo, y cualquiera que tuviera dos dedos de frente se daba cuenta de que ansiaba empuñar una espada.

Hablando rápidamente en el dialecto de Mona, dijo:

—Lávate y prepárate para salir hacia Camulodunum. Va a celebrarse una reunión de los reyes amigos en la colonia, para bendecir el nuevo templo, y Tago tiene negocios que tratar después con el gobernador. Se te requiere que asistas. El gobernador quiere conocer la nueva familia del «rey».

Ardaco escupió, cosa que probablemente significaba traición. Antes de aquella mañana, Cunomar habría fanfarroneado un poco al ver aquello. Ahora tenía otras preocupaciones. Dijo:

—Yo no soy de la familia de Tago. ¿Por qué iba a tener que ir?

—Porque a los ojos de Roma tú eres su hijo, y eso es lo único que importa. Os vais después del mediodía.

El mundo más allá de Eneit y de la espada del hombre muerto iba acercándose lentamente y poniéndose bajo su escrutinio. No era la tierra segura que él había dejado por la mañana. Cunomar tomó el brazo de Ardaco.

—Espera… ¿mi madre va a Camulodunum? ¿Estás loco? Ella no puede ir. La reconocerían. ¿Y si alguno de los romanos ha servido en el oeste y luchado contra ella cuando dirigía a los guerreros de Mona?

—Entonces tendremos que esperar que las circunstancias hayan ensombrecido su memoria. Ella no tiene elección. La invitación requiere expresamente la presencia del rey y de su nueva esposa. Se podría considerar un ruego, pero el gobernador de Britania no es hombre a quien se niegue nada. Si ella se niega a ir, la caballería la atará y la llevará a lomos de caballo o al menos lo intentará.

—Pero…

—Airmid dice que la mejor manera de esconderse es mostrarse claramente. Por eso tu madre mandó los cuchillos de regalo al gobernador cuando lo hizo. La gente ve lo que cree que ve, y el gobernador no es distinto. Hemos hecho correr la voz de que ella es una herrera que trabaja los metales entre los icenos del norte, y que lleva un regalo que cuando lo abra llamará su atención.

—Hemos de esperar eso, porque de lo contrario moriremos todos con ella —Cunomar se vio a sí mismo menos asustado de lo que había estado antes. Quería compartir con Ardaco los hallazgos de aquella mañana, pero el guerrero de la osa no estaba de humor para oír historias de fantasmas y de armas. Estaba encerrado en sí mismo, como si sintiera dolor. Con la súbita y fría ráfaga de la intuición, Cunomar dijo:

—Vendrás con nosotros, ¿verdad?

—No. La invitación se extiende solo a la familia. Ni tu amigo ni yo podemos ir —la mirada de Ardaco se dirigió hacia Eneit—. Tu madre cree saber dónde has estado. Yo en tu lugar prepararía una buena historia de caza y de un ciervo herido que se ha

adentrado en el bosque, y procuraría que no tuviera ningún fallo. Tendrás los próximos diez días para mantenerla y que Cunomar no lo estropee todo.

Cunomar notó un desgarro que le quitaba el aliento.

—¿Hablas en serio? ¿Eneit no puede venir? ¿Por qué no? Es mi guardia de honor; yo le necesito —nunca había dicho aquello antes, nunca en voz alta.

Ardaco hizo una mueca. En sus ojos se reflejaba la pena y la compasión, y una profunda preocupación que nunca había aparecido en Mona. Forzó una sonrisa que no conmovió a ninguno de ellos, y se desvaneció enseguida.

—Lo siento, pero no. Tago ha prohibido a Airmid que vaya basándose en que puede intentar maldecir al gobernador. No creo que deje al hijo de una soñadora que acaba de pasar la mañana en un túmulo que vaya en su séquito.

Ardaco dio una palmada a Eneit en el hombro.

—Míralo por el lado bueno. Si cuelgan a Cunomar y su familia por traición, podrás quedarte la espada de Sinocho solo para ti.

XII

La escarcha brillaba en los muros encalados y las tejas rojas del hospital de Camulodunum. Casi el único que quedaba entre tos edificios de la colonia de veteranos, que en tiempos había sido fortaleza de la legión Vigésima, permanecía sin cambios. Teófilo de Atenas, físico y remendador de almas, estaba de pie con la mano en el cerrojo y respiraba el aire frío. Allí, el nuevo día era muy quieto; las nubes de su última exhalación todavía permanecían en torno a su cabeza. En otros lugares, hombres, mujeres y niños se removían ya, como lo hacían en todas las ciudades, pueblos y poblados a lo largo de todo el imperio. Se encendían los fuegos, se llenaban los cubos, se alimentaba a los pollos, se trasladaba al ganado a nuevos pastos…

Los muros que en tiempos habían encerrado la fortaleza habían desaparecido hacía una década. Sin ellos, Teófilo podía ver toda la extensión del horizonte y los delgados hilos de humo azul que se elevaban y marcaban la estela de mil hogares. Como hacía cada mañana, ofreció una plegaria al universo vasto e impersonal, para que el día no trajese a demasiados de sus ocupantes hasta él, enfermos o heridos. No lo hacía por él mismo: su vida era la medicina, y disfrutaba de cada desafío, pero nunca había sido de los que ignoran el coste humano de las cosas que dan sentido a su vida.

El aire era como el buen vino, embriagador y refrescante a la vez. Respiró una última vez y luego abrió de paren par la puerta y entró hacia el aire más caliente y moribundo del hospital.

La sala reservada para los ciudadanos romanos era mayor que la sala para las tribus, y estaba menos atestada. Trabajando junto con sus dos aprendices, Teófilo dio el alta a dos víctimas de envenenamiento por alimentos, y a un comerciante de vinos medio parto, medio galo con una resaca monstruosa, que había porfiado incesantemente, sin parar, que su bisabuelo había servido en la caballería con Tiberio en la guerra panonia, y fue recompensado con la ciudadanía hereditaria, y por tanto ese tratante de vinos debía ser admitido en el hospital de los ciudadanos. El hombre mentía, pero había conseguido su objetivo porque era la mejor forma de que se callara. Se fue de mal humor, maldiciendo a los físicos de todo el imperio y diciendo que eran unos idiotas y una escoria sin principios.

Por fin, los aprendices se ocuparon de Publio Servilio, un exlegionario de la Novena herido en un muslo por un toro dos días antes. La herida había sangrado mucho cuando se la hizo, pero así se había limpiado a sí misma y drenaba bien, sin infecciones malignas.

Teófilo dio instrucciones para el cuidado de aquel hombre y órdenes de que

volviese cada día para que le cambiasen los vendajes y dejó la sala antes de que su amanuense hubiese concluido las delicadas negociaciones concernientes al pago del tratamiento de Servilio. El coste sería elevado, ciertamente. El rápido y efectivo vendaje de la herida por parte de Teófilo le había salvado la vida al hombre, y ambos lo sabían. Y también muy importante: el hombre había engendrado a varios niños con jóvenes nativas y, hasta el momento, no había pagado sus cuidados cuando éstas llegaban al parto y estaban demasiado delgadas y eran demasiado jóvenes.

El amanuense de Teófilo era un joven de los trinovantes tan bien dotado para los números que sorprendía al físico y maravillaba a los suyos. Su capacidad para tratar cortésmente a los hombres que violaban sistemáticamente a su madre, sus tías y sus hermanas era algo menor, pero estaba aprendiendo, poco a poco, que había otra retribución mucho mejor y más segura que hincar un cuchillo de mesa en los intestinos de los responsables, y que en Teófilo encontraría el medio ideal para conseguirlo.

El físico, al salir, oyó que se mencionaba la suma de mil sestercios, más de lo que ganaba un legionario en un año. Oyó también cómo Servilio empezaba a acosar al amanuense para que le redujese el precio. Señaló al más cercano de sus aprendices, un joven de pelo rojo que sabía mezclar un ungüento de grasa de ganso hasta dejarlo perfecto, pero todavía tenía que aprender en qué casos se podía requerir su uso.

—Recuérdale al joven Gayo que quizá se haya olvidado de incluir el coste de las vendas en la factura, y a lo mejor tiene que volver a calcular el total. Yo sugeriría que trescientos sestercios adicionales podría ser lo adecuado. Recuérdale también que si se olvida de citar al veterano Servilio para el cambio de vendajes, nuestro paciente puede perder la pierna por culpa de la gangrena, y posiblemente hasta la vida también, y que sería una gran desgracia que una culpa semejante recayese en la cabeza de un amanuense.

El físico sonrió fríamente, como correspondía a un hombre de gran sabiduría. El voluminoso aprendiz, menos contenido, se permitió una momentánea sonrisa de maldad indisimulada, la borró al momento y atravesó la habitación para entregar su mensaje con un rostro convenientemente serio. Un momento después Teófilo oyó al hombre, cuya vida y miembro dependían de los continuos cuidados del físico, acceder a un calendario de pagos que aseguraría la salud y larga vida de su cosecha de niños de aquel año y de sus madres, y pagaría los alojamientos del físico y de su personal durante el resto del año. Era el mejor principio que podía haber imaginado para aquella mañana.

La sala de los no ciudadanos era pequeña y carecía de ventanas. Todavía no estaba obscenamente abarrotada, pero aún no habían abierto la cantera ni la obra de edificación del templo a la cual suministraban su pedernal y su arena, y por tanto no habían empezado a llegar aún las pequeñas abrasiones, dedos rotos y desgracias mucho mayores que costaban vidas. Con suerte, no lo harían. El número de heridos había ido disminuyendo desde la primavera, cuando empezó el trabajo en el tejado

mismo, mientras que había llegado a su punto culminante el invierno anterior, cuando el zoquete de capataz alejandrino consideró adecuado tomar a hombres sin experiencia alguna a la hora de trabajar la piedra y ponerles a construir las columnas en las que se apoyaría el tejado.

Las heridas por aplastamiento (producidas por mampostería que caía o por hombres que caían encima de la mampostería) empezaron a medida que las columnas alcanzaban su longitud media, y aumentaron a medida que se acercaban a su tamaño total. Cuando Teófilo envió una queja al gobernador, le recordaron que se había quejado en primavera de que los hombres sanos y capacitados habían sido apartados de la siembra, y en otoño de que los habían apartado de la cosecha, y que si iba a quejarse también en invierno, entonces, ¿cuándo pensaba exactamente que se podría construir el templo al Dios Claudio?

* * *

En una comida en su villa, tres días después, en circunstancias más amistosas, se informó a Teófilo de que el emperador requería que el templo fuese construido a tiempo para el vigésimo aniversario de la invasión, y que si Teófilo quería dirigirse personalmente al propio Nerón para explicarle por qué era una locura construir con piedra en un lugar donde nunca se había usado la piedra, y donde los trabajadores expertos llevados desde el continente morían de frío, o de enfermedad, o sencillamente tomaban el siguiente barco de vuelta a casa, hacia el vino y el calor, y donde los nativos no tenían dinero y sin embargo se esperaba que pagasen la construcción de un templo para honrar al hombre que los había derrotado, pues que muy bien, pero que primero haría mejor en redactar su testamento.

Teófilo, que no estaba cansado de la vida de momento, no compareció ante el emperador. Lo que hizo, cuando la primavera permitió la navegación, fue enviar a buscar a Atenas textos de construcción, y los leyó de noche y en las horas libres del día, para poder hacer sugerencias y mejorar la seguridad de la obra de construcción. No se le requería tal cosa como físico, pero había aprendido hacía mucho tiempo que una herida evitada era una vida salvada, y consideraba su deber moral hacer todo lo que pudiera por sus pacientes.

En la sala pequeña, más abarrotada, encontró tres pacientes por los cuales había hecho todo lo posible y sin embargo había fracasado. Dos habían muerto durante la noche, y el otro, un niño de ocho años con la enfermedad de la tos, moriría a mediodía. Para la protección de los demás habría sido mejor trasladar al niño a una habitación aparte, pero no había ninguna disponible. Teófilo hizo que lo trasladaran al extremo más alejado de la sala, a la cama de una de las mujeres que había muerto antes que él, y concentró su atención en la combinación de heridas, malnutrición y

enfermedades que afligía al resto de sus pacientes.

Como había sido siempre el caso, una serie de pequeñas habitaciones privadas que daban al patio interior estaban reservadas a oficiales y sus familias. A pocos les gustaba que les despertasen por la mañana temprano, y por eso, salvo alguna emergencia, las habitaciones siempre se solían dejar para lo último. Lavado y vestido con una túnica limpia, el físico se movió entonces en el orden inverso, empezando por el extremo este y desplazándose hacia el norte por el pasillo, dejando lo mejor para el final.

La escarcha se había fundido para el momento en que alcanzó la puerta del extremo norte del pasillo; una película de humedad que ya se secaba brillaba en las baldosas del suelo. La puerta de la habitación se había repintado muchas veces desde los días en que las cuatro legiones y su caballería auxiliar hicieron de aquel lugar su casa. En cada ocasión, con una superstición muy poco propia de él, había pedido que se repintase el ojo de Horus en azul sobre el blanco encalado. En su mente aquélla siempre había sido la habitación de Corvo, y lo seguía siendo aún. De todos los oficiales del ejército a los que Teófilo había conocido, algunos de los cuales le gustaban, el prefecto de caballería, moreno y lleno de cicatrices, era el que le parecía menos romano y más griego, que era el mejor elogio que podía hacer a nadie el físico. Que el prefecto hubiese vuelto a Camulodunum hacía que los días fuesen más alegres. Que estuviese herido, y por tanto se encontrase allí como paciente, empañaba esa alegría solo un poquito.

Un brasero ardía en aquella habitación y alguien había echado al fuego recientemente astillas de cedro. El aroma perfumaba el pasillo cuando uno se acercaba a la habitación. Conservando algo de su animación anterior, el físico abrió la puerta.

—Buenos días.

El hombre que había recibido instrucciones de no dejar el lecho bajo ningún concepto se encontraba de pie junto a la ventana mirando hacia el patio interior. Se sostenía cuidadosamente, apoyando el peso de su pierna izquierda en un bastón. Un vendaje de lino en la parte izquierda de su cabeza se veía extrañamente pálido en contraste con el pelo negro y la piel olivácea. Su sonrisa era tan seca e inteligente como siempre. Se apartó un poco de la ventana cuando se cerró la puerta.

—¿Qué tal tu dolor de cabeza? —preguntó Teófilo.

—Mejor que antes.

—Eso decías ayer —los largos dedos del físico palparon el cráneo de su paciente —. ¿Pero no ha desaparecido?

—No del todo. Y antes de que me lo preguntes, la pierna se me va curando bien. He mirado debajo de los vendajes esta mañana. Tu agua de rosas con miel funciona bien. No ha habido envenenamiento de la herida durante tres días, y ahora apenas me late un poco a lo largo de la noche. Creo que es el momento de dejar la amapola.

—¿Quieres decir que ya has dejado de tomarla?

Corvo, prefecto del ala de caballería, el Ala Quinta Gallorum, normalmente

asignada a la Vigésima legión en el oeste, tuvo la amabilidad de aparecer culpable.

—No me bebí la dosis de anoche.

Teófilo suspiró teatralmente.

—Recuérdame que azoten a Nero por no hacer que un paciente reciba el tratamiento prescrito. Si quieres convertirte en físico tendrías que decírmelo. Puedes quedarte con mi trabajo y yo me vuelvo a Atenas encantado —quitó el vendaje y vio que la herida de la cabeza, realmente, estaba limpia y se curaba. Teófilo se quedó pensativo un momento y luego decidió reemplazar el vendaje por otro más ligero de lino tejido. Tocando el vendaje de la pierna, inquirió—: ¿Y qué tal tu otro proyecto?

No habían hablado de aquello desde hacía más de un año. Era una señal de su respeto mutuo que, al cabo de un momento, Corvo respondiese:

—¿Valerio? No lo sé. Se lo llevaron a Hibernia cuando los otros volvieron a Mona, pero no tengo ni idea de lo que le ocurrió después. Segovento se niega a hablar conmigo, y nadie de los que he enviado ha sido capaz de encontrarlo.

—Hibernia no es una isla pequeña.

—Es lo bastante grande para que un hombre que desea morir lo consiga sin que nadie se entere.

—¿Crees que está muerto?

—No. Pero creo que vive como si lo estuviera. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Si quieres. O te puedes sentar y hacer alarde de tu famoso estoicismo mientras te limpio la herida del tobillo.

Corvo se sentó en la cama. Teófilo palpó con cuidado la herida de lanza que se estaba curando en la pantorrilla del hombre. La hoja había penetrado justo por encima del tobillo, introduciéndose entre el tendón y el hueso. Un dedo más en cualquier dirección y el prefecto habría perdido el uso del pie. Tal y como fue, cabalgaría de nuevo tan diestramente como siempre, aunque nunca volvería a andar con la misma gracia que antes.

La herida tenía ya un mes y estaba a punto de cerrarse del todo, Teófilo se dedicó a colocar un apósito nuevo, más pequeño, y escuchó los posibles sonidos de aflicción en la respiración del otro. Cuando le pareció que el dolor de su intervención era menor, dijo:

—Creo que hay una exhibición de la justicia del César en el teatro después de la ceremonia de mañana, ¿verdad?

—Eso tengo entendido. El gobernador quiere demostrar a sus reyes amigos favoritos que la ley cae con igual contundencia sobre aquellos que han conseguido la ciudadanía romana y los que no.

—De modo que morirá un hombre para probar a un grupo de traidores de buena cuna que han hecho la elección correcta.

—A los reyes no… ellos saben exactamente a quién necesitan y quién les necesita. Pero todavía hay que convencer a aquellos que planean la rebelión en sus bosques y creen que no lo sabemos. Así que morirán dos hombres: uno de los nuestros y uno de

los suyos, para que la cosa quede igualada. Marcelo, que dirigió la segunda cohorte de la Novena en la invasión, será colgado por haber matado a su peón, aunque dice que el hombre intentaba matarle a él, y que fue en defensa propia…

—Podría haber sido así.

—Probablemente fue así. Acababa de ordenar que se arase un terreno determinado que ha sido sagrado desde que los trinovantes pueden recordar. Yo también habría intentado matarle. Pero él no tenía que haber golpeado al hombre a plena luz del día, con tres hombres de la casa del gobernador y muchos de las tribus como testigos.

—¿Y el otro? ¿El hermano del hombre a quien intentó matar, quizá?

—No, ése ya murió; Longino Sdapeze tuvo que matarle para evitar que armase escándalo entre el resto de la guarnición… ahora no podemos permitimos ningún alboroto. No sé quién será el segundo hombre. Sospecho que el gobernador no lo sabe todavía, tampoco. Cogerán a algún pobre idiota al azar y se inventarán alguna acusación. Si uno de los reyes amigos lleva un cuchillo que mide un pulgar más de lo permitido, vivirá para lamentarlo.

Teófilo acabó de sujetar el apósito y luego se apartó para observar a su paciente.

—O bien podrían elegirte a ti sencillamente por tener mala reputación. Como médico tuyo, sugiero que si piensas ir a escuchar a hombres pequeños dar discursos insignificantes, debes ponerte algo que abrigue, y que no parezca que has llevado en una batalla. Se supone que ésta es una provincia en paz.

—Gracias. Algún día alguien se lo dirá a los guerreros del oeste y entonces todos podremos irnos a casa —Corvo se puso de pie, sonriendo amargamente, e hizo girar el tobillo para probar. Su rostro no mostraba señal alguna de dolor como consecuencia. Apoyándose ostentosamente en el bastón, dijo—: En vista de lo cual, debería pasar la mayor parte de mi tiempo en esta especie de paz que tenemos aquí en Camulodunum, antes de volver al oeste. Con tu permiso, me gustaría ir a los baños y luego encontrar un sastre que me cosa una ropa adecuada para saludar a una delegación de la realeza en nombre de mi legado y de mis hombres. ¿Puedo ir?

—Por supuesto. Solo te mantenía aquí porque quería hablar contigo. Y si no necesitas el bastón, tíralo. Odio ver a un hombre ceder a los caprichos de su médico cuando en realidad no los necesita.

Se ocultaban muy pocas cosas el uno al otro, y había muchas cosas que no necesitaban decirse. Algunas, sin embargo, sí debían ser explícitas. Mientras se iba, Teófilo se volvió.

—¿Sabes que vienen los icenos?

—Por supuesto. Prasutago es el modelo de rey amigo al cual aspiran todos los demás reyes: amigo de dos emperadores y de todos los gobernadores desde Plaucio. Pero Valerio no vendrá con él. Esté donde esté, a ese hombre no le importa nada su pueblo. No importa si los demás me reconocen, ya que ahora somos aliados. Podemos permitirnos compartir los entretenimientos de un juicio y una sentencia y comer

juntos después, y recordar los viejos tiempos en compañía y amistad.

XIII

—¿Crees que podrás ponerte de pie?

—Ya me lo preguntaste ayer —Bello, el rubio muchacho de los belgos, se había vuelto más moreno después de un invierno sin recibir los rayos del sol en el cabello. Su piel, siempre fina, se había vuelto translúcida, de modo que los vasos sanguíneos que corrían por debajo aparecían azules contra el blanco, y todo su cuerpo estaba cubierto por una fina capa de sudor que nunca parecía secarse. Yacía en una colchoneta de paja enrollada y entretejida encima de la turba, entre la pequeña choza de piedra y el arroyo que corría hacia el oeste, protegido de la vista de la casa grande y los guerreros de Mona, fatigados de guerrear.

La reclusión no era solo para el muchacho. Julio Valerio había pasado quince años de su vida luchando contra los guerreros de Mona. Había asesinado a sus compañeros de armas y a sus amigos del alma en el campo de batalla, en combate singular, y les había ahorcado en circunstancias que solo eran justas según las normas de una nación invasora. Había hecho prisioneros a los heridos, y no les permitió ni la muerte limpia de Briga ni la curación, sino que les mantuvo vivos para los inquisidores de las legiones, y luego abandonó sus cuerpos en los picos más altos con marcas de sueño y ropas para que fuesen reconocidos, de modo que, aunque la carne y los rasgos hubiesen quedado abrasados, desgarrados y descuartizados más allá de todo reconocimiento posible, sus parientes pudiesen encontrarlos al fin y saber cómo habían muerto.

Si Valerio lamentaba algo, lo hacía en los rincones más ocultos de su corazón, donde el fuego de su mente no arrojaba luz alguna. No había ido a Mona por decisión propia, y no permanecía allí voluntariamente tampoco. Pero tampoco hacía ningún esfuerzo por curar la llaga supurante que significaba su presencia entre aquellos que continuaban luchando contra Roma. Luain macCalma era Anciano de los ancianos; en todas las tribus libres su palabra era ley, y su palabra había asegurado la integridad de Valerio. Sin ella, el antiguo iceno habría muerto días atrás por traicionar a su pueblo, y el chico, Bello, habría muerto también con él, todo aquello estaba bien claro.

Dada esta situación, ellos nunca habrían podido vivir en la casa grande con los demás guerreros. MacCalma no se habría atrevido a insultar así a su gente y, además, los primeros días Bello estaba al borde de la muerte, y necesitaba la soledad y la paz que solo la vida apartada le podía proporcionar. Les habían preparado para ellos la pequeña choza de piedra junto al arroyo, a petición de macCalma, y si los soñadores neófitos que la barrieron, prepararon el fuego y echaron juncos en el suelo lo hicieron con los ojos bajos y haciendo el signo de Nemain al retirarse, Valerio había preferido

no comentarlo.

Entonces todavía era un ingenuo, estaba enfermo por la travesía marítima, y la parte de su mente que no estaba obsesionada por el bienestar de Bello se hallaba muy preocupada por los cuidados de la yegua roja y del robusto castrado zaino, a los que habían confinado en un pequeño cercado para vigilarlos, no fuesen a traer enfermedades ocultas a la isla de los dioses.

Llegó el punto álgido del invierno, y pasó, y Bello abrió los ojos y empezó a aceptar comida y agua, y un día, una niña se acercó a Valerio mientras éste se aliviaba en un agujero y le maldijo por vivir en la casa de una soñadora. Al preguntarle a macCalma, averiguó que la choza de piedra en la que vivía había pertenecido a Airmid, y las plantas y raíces secas y ungüentos que se habían usado para la curación de Bello también le pertenecían.

Era demasiado tarde para trasladarse por entonces, y además no tenía sentido: las tormentas invernales habían aislado Mona tanto de tierra como de la isla de Hibernia, y la nieve había separado la casa grande de la choza, de modo que los guerreros y ellos podían haber vivido perfectamente en islas distintas. La yegua roja fue liberada de su cercado de cuarentena y le dio por apoyarse en la pared metiendo la cabeza por la puerta para mirar a Bello, que le devolvía la mirada. Mucho antes de poder hablar ya sonreía a la yegua, y luego a Valerio.

* * *

Así, Valerio pasó el invierno y los primeros meses de la primavera en la choza de la mujer a la que había visto por última vez en un barco en pleno mar de Hibernia; una mujer que soñaba con Nemain con tanta intensidad que había construido su hogar junto al agua, que era conocida por conducir a los mortales inferiores a la locura; una mujer que tenía la marca de la rana grabada en los rincones oscuros de la choza, de modo que Valerio no las encontró hasta la primavera, cuando quitó el techado de juncos para cambiarlo por otros frescos. Lo que más le preocupaba de todas aquellas cosas era que en la choza de una soñadora, con el sonido del agua corriente, y a lo largo de los cambiantes ciclos de la luna, él no había soñado.

Decidió no pensar en ello, enfrascándose entonces en otros trabajos. Esperanzado, Luain macCalma partió en el primer barco que se hizo a la mar después de los vendavales equinocciales, y dejó a Valerio con suficientes instrucciones para llenar sus días. A lo largo de la primavera que se iba haciendo cada vez más cálida, se dedicó a cuidar a Bello cuando empezó a hablar, primero con evidentes dificultades, hasta llegar a una coherencia que el muchacho no había mostrado antes de su herida. Con el habla le volvió la fuerza, y con la fuerza llegaría, razonaba Valerio, la capacidad de ponerse en pie. Si se podía poner en pie, sería capaz de sujetar una espada. Y eso era

todo.

«El día que Bello se pueda poner en pie y levante su propia espada y se enfrente a ti y dé dos golpes sin dejarla caer, estaré de acuerdo en que se ha curado y ya no estarás ligado a mí».

A lo largo de la oscuridad del invierno y de las noches que pasó en vela escuchando el aullido distante de los cantores de la osa en la casa grande, Valerio forjó en su mente el momento en que Bello pudiera ponerse en pie y sujetar una espada y cruzar dos golpes con él. O un solo golpe. Con uno bastaría.

Se arrodilló junto a la esterilla de paja. El sol todavía era débil, y las sombras que arrojaba no eran totalmente negras. Bello yacía con la cabeza en un pequeño montículo elevado ante la insistencia de macCalma, para evitar que la sangre llenase la grieta que tenía en el cráneo. Valerio mojó una madeja de lana cruda en una jarra con agua y limpió de sudor la cara del chico. Los ojos del color del aciano parpadearon. Bello sonrió, débilmente.

—¿Qué pasa si no intento ponerme de pie?

Valerio se sentó sobre sus talones.

—Si no puedes ni intentarlo siquiera, entonces atizaré el fuego y herviré el agua para la infusión de ajenjo.

Los ojos, ya grandes de por sí, se abrieron mucho más.

—¿Otra vez? Pensaba que ya habíamos acabado con eso.

—No. Según las instrucciones de macCalma, debes tomarla los primeros nueve días de cada luna nueva hasta que puedas ponerte en pie. Ayer fue la luna vieja. Hoy es la nueva.

—¿Y si trato de levantarme?

—Si te puedes levantar del suelo más de la anchura de una mano, entonces no necesitaremos el ajenjo, podemos pasar a la verbena y el pie de liebre —sonrió, animado—. Solo sabe a orina de perro, y no a excrementos de tejón en celo añejos con un puntito de marisco podrido, como el ajenjo.

—Muchas gracias —los ojos de Bello se cerraron. Sus fuerzas tenían sus límites, y hablando las consumía. Al final, sin abrir los ojos, dijo—: ¿Sabes? Tengo verdaderas ganas de orinar en hierba de verdad, y no en una jarra sujeta por otro hombre. ¿Crees que podría plantearme eso como un objetivo razonable? Ya sé que no es lo mismo que enfrentarme a ti con una espada, pero es un buen comienzo.

Era un comienzo excelente. Habían pasado nueve días de infusión de ajenjo y estaban ya en la última rendija de luna vieja cuando Bello, arrodillándose, pudo orinar solo en un buen césped.

Valerio le sujetaba el hombro para evitar que cayese hacia delante, pero solo ligeramente. Como hito, aquél era grande solo para ellos dos, pero para ambos era mayor que una victoria contra una legión entera. Aquella misma noche, mientras Bello permanecía apoyado en un saco de musgo seco, quemaron el último ajenjo seco de macCalma para celebrarlo.

* * *

—Deberías haberte convertido en soñador, Julio Valerio, y no en asesino de hombres.

Bello lo dijo una noche a mediados de primavera, hablando desde el frescor de su asiento diurno. Ahora ya podía sentarse durante medio día seguido, y mantenerse erguido para defecar y orinar. Su piel estaba más firme y tenía mejor color, de modo que sus venas ya no formaban dibujos en sus sienes, ni le latían al hablar. Los brazos habían recuperado fuerza antes que las piernas, y Valerio había inventado ejercicios para ambas, dándole tiras de pellejo crudo para que las trenzara y formase cuerdas para ejercitar los dedos, y una vejiga de jabalí llena de paja como ejercicio menos provechoso para que moviera los pies.

Cuando demostró que podía levantar la vejiga entre los tobillos y sujetarla firmemente mientras contaba hasta veinte, Valerio se la llevó y la llenó con arena de grano grueso del borde del estrecho, junto al lugar donde atracaba la embarcación en sus tres viajes diarios a tierra. Acababa, de volver haciendo malabarismos con la vejiga y un trozo de alga seca que, una vez ahumada y convertida en polvo, ayudaría a la yegua roja a superar sus brotes de cólico, cuando Bello pronunció su sentencia. Valerio le arrojó la vejiga, sin decir nada.

Era un tiro difícil. Bello la cogió, acusando un poco el mayor peso. La balanceó con la punta de los pies, sin mirar: toda su atención estaba puesta en su compañero.

—Lo digo en serio —dijo—. Los soñadores son curanderos, y tú tienes ese don. Mi madre sabía curar casi tan bien como tú, antes de que los esclavistas se la llevaran, y el abuelo de mi padre, pero he conocido a pocas personas más que pudieran.

Valerio estaba absorto limpiando el trozo de alga. Sin levantar la vista, dijo suavemente:

—Quizá no hubiese ninguno en los barrios bajos de Gesoriacum. No imagino que ningún curandero eligiese pasar su tiempo en la casa de putas de Fortunato.

Era una señal de lo muy lejos que habían llegado que Bello pudiese hablar de su familia en los años anteriores a su captura, y que Valerio pudiera hacer una broma sobre la taberna asquerosa e infestada de piojos en la cual había comprado al igualmente asqueroso pilluelo belgo que le habían ofrecido como entretenimiento, una tarde.

Bello sonrió y retorció su cuerda trenzada formando un ronzal. Sus manos se movían con gran fluidez, como si siempre hubiese hecho cuerdas de cuero, y le daban al resultado una belleza que para la mayoría era inalcanzable.

Al cabo de un rato dijo, despreocupadamente:

—Mi padre siempre decía que yo sería un buen alfarero. Era su oficio, y esperaba que sus hijos lo siguieran. Si tú te hubieses quedado con tu gente, ¿crees que te habrías convertido en herrero, o en curandero?

—Yo iba a ser guerrero. Mi hermana iba a ser soñadora, o al menos eso pensaba

ella.

—¿Pero a ti no te lo parecía?

Valerio levantó la vista. No solía hablar de su hermana. Sus ojos mostraban el peligro de aquella aproximación a lugares que ni siquiera Bello podía tocar. Dijo:

—Mató a un guerrero armado con un solo lanzamiento de un venablo de caza, cuando tenía doce años. Se despertó de repente y no tenía escudo ni tiempo para planear sus acciones. No, nunca pensé que sería otra cosa que guerrera.

—Entonces resultó que tenías razón.

—Sí.

—¿Y por eso tú también tomaste la espada?

Valerio levantó el alga chorreante del río y se volvió a sentar sobre sus talones. Su rostro estaba despejado, y su sonrisa era dulce. Solo los ojos estaban más turbios de lo que solían, como si hubiese cosas tras ellos que prefería ocultar.

—No —dijo—. Lo hice porque Roma me pagó por hacerlo. Cuando era esclavo, nadie vino a comprarme en casa de Amminio. Alistarme en la auxiliar era la única alternativa que me quedaba.

Bello reconoció las advertencias pero prefirió ignorarlas. Había llegado igual de lejos antes, pero siempre había retrocedido. Sabiendo exactamente lo que hacía, dijo:

—Corvo te habría comprado, creo yo.

Los ojos turbios se quedaron casi en blanco. La sonrisa era automática, distante y educada.

—Es posible, pero yo no deseaba que me comprase Corvo.

—¿Por qué no, si le amabas?

Sus últimas palabras cayeron en el silencio. La velocidad y ligereza de los pies de Valerio habían sorprendido a Bello desde el primer momento en la casa de putas. Allí, bajo el sol primaveral de Mona, el chico se encontró solo de repente. A veces olvidaba la profundidad del dolor del otro hombre, y los océanos de rabia que lo mantenían sumergido. Meneó la cabeza para sí y para los dioses vigilantes, y miró a su alrededor en busca del carrizo que venía a visitarle. Iba a su mano casi cada día, cada vez que se quedaba solo. Al estar completamente solo entonces, y probablemente por un buen rato, silbó y buscó una torta de avena que había guardado y repartió unos pedacitos por la corriente.

* * *

Nada más se dijo hasta dos días después, cuando Valerio emergió del fondo de la choza con dos pellejos de cabra enrollados. Los dejó cruzados uno sobre el otro en la hierba, enfrente de Bello, que los inspeccionó con evidente curiosidad.

—¿Qué son eso? ¿Muletas?

—No. Creo que podemos saltárnoslas —Valerio cogió un extremo de un pellejo y lo desenrolló. El metal chocó contra el metal, cuando dos hojas cayeron libres en la hierba.

El rostro de Bello cambió mucho, de la misma forma que cuando se le pedía que bebiese ajenjo.

—¿Qué es eso?

—Espadas de práctica. ¿Qué te habían parecido? —sonrió Valerio—. Tu padre decía que serías un buen alfarero. Yo creo que habrías podido ser guerrero, si hubieses tenido la oportunidad. Luain macCalma volverá al final de la próxima luna. Decía que si podías enfrentarte a mí y cruzar dos veces las espadas, en pie, seríamos libres de volver a Hibernia. Pensaba que sería bueno enseñarle algo más que dos simples golpes.

—¿Quieres convertirme en guerrero? —Bello se rio débilmente. El carrizo, que había estado alimentándose en una piedra, se alejó volando y chillando, alarmado—. ¡Julio, no puedes hablar en serio!

—¿Por qué no?

—Porque la sola idea de luchar me aterroriza. Yo estaba sentado a tu lado en tu caballo mientras matabas romanos en Gesoriacum, y nunca en mi vida he pasado tanto miedo. Si Fortunato hubiese emergido como Neptuno de las aguas y me hubiese ofrecido llevarme de vuelta a la taberna y pegarme todos los días durante el resto de mi vida, le habría dado las gracias.

—¿De verdad? No, después no lo habrías hecho. Ese hombre era espantoso. En cualquier caso, sentir terror es adecuado, para empezar. Si vas a un campo de batalla sin el corazón en la garganta, estarás muerto antes de tener tiempo de darte cuenta de tu error.

Bello meneó la cabeza.

—Te he visto luchar, Julio. Yo llevaba los brazos rodeando tu cintura. Podía notar todos los latidos de tu corazón. Tú estabas desesperado. Estabas furioso, poseído por una furia asesina. Casi al final, al borde del mar, estabas ansioso por el barco, sin saber adonde podía llevarnos. Nunca, en ningún momento, sentiste miedo.

El sol les calentaba a ambos por igual, pero la piel de Valerio era la más oscura. Él se encogió de hombros.

—A veces la ira esconde el miedo. Cuando no hay elección, resulta muy útil. Bueno, toma esto… vamos a trabajar contigo sentado hasta la luna llena. Después, veremos si puedes ponerte en pie.

* * *

—Yo no soy guerrero. No puedes convertirme en guerrero —Bello estaba sentado en

el taburete de tres patas, jadeando, y se pasaba una mano temblorosa por el pelo oscurecido por el sudor. Tenía un tajo en el antebrazo, y los hombros negros por antiguas magulladuras, algunas de ellas verdes en los bordes—. ¿Por qué no practicamos con palos de madera, como hacen los niños? ¿Dijo macCalma que tenía que ser con una espada de verdad?

—Pues sí, en realidad sí. En cualquier caso, los niños no practican con espadas de madera, si quieren sobrevivir a su primera batalla. Los guerreros que practican con palos son los segundos en morir en todo conflicto, después de los que creen que son demasiado buenos para tener miedo. La madera no te enseña los reflejos necesarios para enfrentarte al hierro.

—Pero yo no voy a enfrentarme al hierro, solo al tuyo, y tú quieres que gane para que podamos irnos a casa. No vas a intentar matarme. Así que esto no tiene sentido —Bello arrojó su arma al suelo. Ésta golpeó una roca y resonó—. Ya puedo enfrentarme a ti y parar dos golpes sentado. Eso basta. Lo único que necesitamos ahora es que yo me ponga de pie, y tú… ¿Julio? ¿Me estás escuchando? Digo que yo tengo que ponerme de pie y entonces podemos…

Acabó por quedar en silencio. Hablar con el vacío se estaba convirtiendo en una costumbre demasiado frecuente, sobre todo cuando el vacío se llenaba con un hombre vivo cuya entera atención se hallaba concentrada en otro lugar. Bello miró al lugar donde estaba clavada la vista de Valerio y vio, en el camino que iba más allá de la casa grande, a una delegación de soñadores que caminaban con lentitud funeral en torno a un ataúd que llevaban a hombros. No se veía el cuerpo que yacía en su interior, solo el color del pelo, que era del rojo cobre del zorro en invierno. Dirigiendo a los soñadores iba un hombre que no era Luain macCalma, pero que se comportaba con su misma autoridad.

Con una voz desprovista de toda emoción, Valerio susurró un nombre: «Efnís»… y luego desapareció.

Todavía no era la luna llena, pero el día amanecía joven y cálido. Abandonado por un hombre que ofrecía más interés, Bello se dedicó a intentar completar solo los últimos requisitos de macCalma.

* * *

Estaba echado junto al arroyo cuando volvió Valerio, con la cabeza levantada, como había dictado el curandero macCalma. Como macCalma no había dictado en absoluto, su cabeza se apoyaba en un borde de la roca del carrizo; la sangre coagulada formaba un amasijo oscuro en su cabello, y goteaba un poco en la tierra que había debajo.

—Bello…

—Ya lo sé. No me grites. Tengo dolor de cabeza —Bello abrió ambos ojos demasiado rápido—. ¿Era tu hermana la que estaba en el ataúd?

—¿Qué? No, era una soñadora que había intentado infiltrarse en la fortaleza de la legión Vigésima. Los inquisidores la retuvieron tres días. El legado ordenó que lo que quedaba de su cuerpo fuese arrojado a la vista de la barcaza. ¿Qué has…?

—¿Y ese soñador, Efnís, es amigo tuyo otra vez?

—No. Me odia. Sin la protección de macCalma, nos haría a nosotros lo que Roma acaba de hacer con la soñadora muerta. Lo sabes. ¿Es Efnís el motivo de que tú…?

—No. Solo quería comprobar cómo se veía el mundo poniéndose de pie. Ha pasado tanto tiempo que se me había olvidado —la sonrisa de Bello era una triste sombra de la tranquila animación de aquella mañana—. O si quieres regodearte en la culpabilidad, podríamos decir que todo es culpa tuya, porque querías que me pusiera de pie y luchase. De modo que si los dos tenemos la culpa por igual, no tenemos que peleamos por ello. ¿Crees que podrías trasladarme y apartarme pronto del sol? Es demasiado fuerte y me hace daño en los ojos. No te veo bien.

Inclinó la cabeza a un lado y así se hizo evidente que estaba sollozando; lentas lágrimas habían marcado ya su trayectoria en sus mejillas. Su mirada, que desde luego iba dirigida a Valerio, estaba enfocada un poco demasiado lejos, de modo que en lugar de mirarle a él, miraba la pared lateral de la choza de Airmid.

—Ah, dioses, Bello… —Valerio se arrodilló. Pasó una mano por delante de la mirada demasiado abierta. Como nada ocurrió, movió la cabeza de modo que quedó mirando al chico directamente a los ojos—. ¿Bello? ¿Puedes verme?

El mundo se volvió muy frío en la pequeña pausa que hubo en lugar de la respuesta. Valerio notó el pequeño brote de náuseas que solía atacarle cuando Corvo había resultado herido.

—Ah, dioses —dijo de nuevo—. Bello, cuánto lo siento.

—No —una mano pálida buscó la suya y, al encontrarla, la tomó suavemente, como si el herido fuese Valerio, y no el chico—. Llévame dentro y dame el ajenjo o cualquier otro brebaje indescriptible que haya dejado tu curandero hibernio, y todo irá bien —la mueca de Bello era más segura aquella vez— He tenido toda la tarde para pensar en esto. Luain macCalma habla a los dioses como nosotros hablamos a nuestros caballos. Ellos le cuentan todo lo que ocurre o puede ocurrir en el mundo. Seguramente ya esperaba esto. Habrá dejado algo que funcione.

Luain macCalma quizá conversara cada día con los dioses, pero éstos no veían todos los futuros, ni le contaban todo cuanto veían. Entre las muchas botellas y frascos con tapones de cera de su farmacia, no había nada capaz de restablecer la vista a aquellos que habían quedado ciegos de repente.

Valerio lo sabía, pero de todos modos buscó, porque se esperaba aquello de él y porque daba esperanzas, cosa necesaria. Para ese fin, vertió media medida de «pata de gallina» seca y molida, solo adecuada para la inflamación de los ojos, no para la ceguera auténtica, y la mezcló con raíces de acedera y agalla para que tuviese un gusto

más desagradable y así enmascarar el gusto de la verbena y la adormidera que le procurarían un sueño apacible.

Solo tuvo éxito en parte; Bello se la bebió tal y como le pedía, pero mientras esperaba a que llegase el sueño, y Valerio le pasaba unos copos de lana húmeda por el cabello para eliminar la sangre, dijo, débilmente:

—Si macCalma no ha dejado nada es que no podemos hacer nada, ¿verdad? —y entonces, como Valerio no respondía—: Quizá podrías ponerme un poco más de adormidera la próxima vez… Podría soportar la vida sin demasiada fuerza en las piernas. Pero no estoy seguro de querer vivir tanto inválido como ciego.

Estaban en la choza de una soñadora, donde, más que en ningún otro lugar, las palabras tienen poder. Con la mano izquierda, Valerio hizo la señal del conjuro contra el mal.

—No digas eso. Te has caído y te has dado un golpe en la cabeza, y está sangrando por dentro del hueso, igual que por fuera. Cuando se detenga la hemorragia, verás de nuevo.

—¿Y el dolor de cabeza será menor? Eso espero. Tendrías que haberme dado más adormidera, de todos modos. No había suficiente para tapar todo esto con un velo.

Bello estaba equivocado: la adormidera era suficiente para hacerle dormir sin soñar. Pero tenía razón también: al día siguiente su dolor de cabeza no había disminuido y seguía ciego.

* * *

—Necesitamos a macCalma.

Valerio lo dijo, porque Bello no era capaz. Había llevado al muchacho al estercolero para que se aliviara, y le había alimentado y lavado, y su vida era igual que en los primeros días, excepto que en esta ocasión la mente de Bello estaba viva y activa, y, cuando no estaba postrado por el terrible dolor de cabeza, podía pensar y hablar con claridad. Entonces dijo:

—También podríamos necesitar nieve en mitad del verano. A menos que haya perdido, más tiempo del que he sido consciente, nuestro soñador favorito de los dioses no debe volver hasta finales del mes que viene.

—Quizá no, pero podemos llamarle, o más bien, Efnís puede hacerlo. Él es Anciano de Mona en ausencia de macCalma… tiene que haber siempre uno designado en la isla, para mantener el sueño de los antepasados. Hay formas de que un soñador hable con otro, si la necesidad es lo bastante acuciante.

Bello miró con los ojos secos al lugar donde creía que debía estar Valerio.

—Efnís no llamará a macCalma para ti.

—No. Pero podría llamarlo para ti. Se lo puedo preguntar. Lo peor que puede

pasar es que me diga que no.

XIV

—No.

—Efnís, Bello no es enemigo tuyo. Es una víctima de Roma, como cualquier hombre o mujer de las tribus. Lo vendieron como esclavo cuando tenía seis años. Y lo siguieron vendiendo cada noche en un burdel de la Galia durante los cuatro años siguientes. Recibió una coz en la cabeza intentando ayudar a parir a una yegua, porque no quería despertarme, y se ha caído porque intentaba cumplir las absurdas exigencias de macCalma, para que nos dejase abandonar tu preciosa isla y volver a Hibernia. Si no se cura, nunca podremos irnos. ¿Es eso lo que quieres?

Valerio se quedó de pie en la entrada de la casa grande, lo más cerca que había estado jamás del corazón del sueño de Mona. Unos soportes tan anchos como su brazo y de dos veces su altura se alzaban como jambas a ambos lados. Los grabados que tenían hacían que la cabeza le diese vueltas, como cuando era niño. Para evitarlos miraba justo al frente, hacia las fogatas y las armas y los guerreros y soñadores que había allí reunidos.

Ocho guerreros permanecían de pie a su alrededor, en un semicírculo, y las oleadas de odio que emitían eran tan tangibles como las que había percibido en el campo de batalla, en un pueblo ardiendo. Algunos de ellos no eran mayores que Bello. Era posible que Valerio hubiese quemado sus casas y ahorcado a sus familias.

Efnís estaba de pie, en el centro. De joven fue un muchacho sereno, pensativo y de gran corazón, y el niño que fue Bán le quiso y veneró su presencia. No imaginaba que pudiera ser implacable, pero tampoco se imaginaba que él iba a serlo también durante un tiempo.

El hombre que se enfrentaba a él era algo más que implacable: Efnís encarnaba un poder que daba vida a los grabados de la puerta simplemente con su presencia. Los dioses de su pueblo caminaban con él, y a través de él, y no se sentían nada inclinados a la compasión. Sus ojos miraban a través de Valerio como si no se hubiesen conocido más que en la batalla.

—No —repitió—. Luain macCalma no es tuyo y no puedes silbarle para que acuda como un perro. Si el chico muere es problema tuyo, no nuestro.

Valerio captó el borde desgastado de su ira y lo retuvo. Cuando uno no tiene poder, la templanza es un lujo en el que no se puede caer. Dijo:

—La pérdida será también de macCalma. Si Bello muere, seré libre de irme y el año que le debía habrá quedado en menos de medio. Dudo mucho que os hubiera obligado a soportar nuestra presencia a lo largo de todo el invierno si no hubiese deseado que me quedase después de la primavera.

—Sin embargo, no le llamaré. Si los dioses quieren que el chico muera, morirá. Y si no, vivirá. Si se queda ciego, aun así seguirá vivo, y con eso basta.

«Si se queda ciego…» Valerio no había mencionado la ceguera de Bello al soñador. Efnís solo podía haberlo sabido a través de otras fuentes.

La ira de Valerio se elevó entonces, de modo que notó la presión en sus sienes y detrás de los ojos. Miró a los guerreros que le rodeaban y ellos le miraron a su vez, devolviéndole odio por odio. Sin preocuparse de esconder el desafío, dijo:

—¿Lo habéis hecho vosotros, alguno de vosotros?

Tres guerreros se adelantaron, con los perros sujetos por las correas. La muerte de la mujer pelirroja se agarraba a ellos, exigiendo una venganza. Valerio notó el empuje de la batalla como una oleada que se alzaba en su sangre. Por Bello, se reprimió.

—Efnís, ¿has sido tú quien le ha cegado?

El soñador meneó la cabeza.

—No. Pero macCalma dijo que si el chico se caía, podía pasar. Se ha caído, y ahora tú vienes a pedir nuestra ayuda, cuando no te habías acercado a la casa grande en seis meses. ¿Qué otra cosa podía ocurrir?

—¿Te dejó instrucciones macCalma sobre lo que se debía hacer si pasaba tal cosa?

—No.

Valerio abrió la boca y la cerró de nuevo. Hubo un cambio en Efnís, un suavizamiento de su voz, apenas perceptible. No había dicho «lo siento», no podía hacerlo en semejante compañía, pero las palabras estuvieron allí, para alguien que estaba desesperado por oírlas.

Con la boca seca, incapaz de creerlo, Valerio dijo:

—Entonces, sin ayuda del Anciano, ¿qué harías tú en mi lugar?

El fantasma de una sonrisa cruzó por los rasgos de Efnís.

—Yo soñaría, ¿qué otra cosa podría hacer? Es lo que he aprendido. Y mi derecho de nacimiento. Encontraría un lugar con poder otorgado por el dios y usaría todo cuanto pudiera encontrar para que me ayudase —su mirada pasó junto a Valerio y se dirigió hacia la choza que se encontraba al lado del río: la choza de la soñadora que, durante casi veinte años, había contenido y moldeado el poder de Airmid, otorgado por los dioses.

Valerio se contuvo en el último minuto para no volverse a mirar. El movimiento se convirtió en una breve sacudida, pasándose la mano por el cabello. Lo hizo sin pensar, y no se dio cuenta de lo mucho que había aparecido el niño llamado Bán en aquel movimiento. Dijo:

—A ver si te entiendo. En mi lugar, ¿tú llamarías a macCalma por medio del sueño?

Efnís apoyó un hombro en el poste de la puerta y el índice de su mano izquierda trazó una y otra vez la forma de un caballo a la carrera que estaba tallado al nivel de su corazón. Aquella vez su sonrisa era abierta, para que todo el mundo pudiese verla, y no era amable precisamente.

—No —dijo—. Soy más arrogante que todo eso. Si necesitase ayuda, soñaría para pedirle la curación a los dioses. Pero si macCalma no me hubiese enseñado cómo hacerlo, entonces, sí, soñaría con el soñador Anciano de Mona en persona y le pediría su ayuda. Sería casi igual de bueno.

* * *

«Soñaría. Es mi derecho de nacimiento».

Las palabras danzaban en las llamas de un fuego de abedul. Unos rostros familiares se formaban y se disolvían junto a ellas, arrojando sombras en el humo. Efnís sonreía animándole de forma intermitente desde el fuego, pero no hablaba. Teófilo, el físico de las legiones, meneaba la cabeza y se reía ante las fantasías de las mentes bárbaras; Jenofonte de Cos, físico de los emperadores, no se reía, pero tampoco ofrecía consejo. Longino Sdapeze sonreía como saludo, un oficial de caballería que no tenía en sí ni el menor asomo de sueño, y más tarde, cuando las antiguas barreras se convirtieron en cenizas, apareció Corvo y se sentó un rato, contemplando la larga fila de muertos que le habían seguido.

Los fantasmas del pasado de Valerio no enarbolaban su ira, como lo hicieron antiguamente. Icenos y trinovantes, romanos y galos, todos iban y venían, desapasionadamente, y saludaban brevemente al hombre que les había asesinado, pero no arrojaban maldiciones ni prometían una eterna retribución. Quizás hubiera sido más fácil si lo hubiesen hecho; ninguno de ellos era un soñador, ninguno de ellos sabía cómo convocar a un soñador, o si lo sabían, no estaban dispuestos a compartir su secreto.

«—Si te hubieses quedado con tu pueblo, ¿tú crees que te habrías convertido en herrero, o en curandero?

»—La soñadora iba a ser mi hermana. Yo iba a convertirme en guerrero.

»—Es mi derecho de nacimiento».

Y el mío también.

Él lo creía, porque quería creerlo. A través de la noche de frío y de sudor, Julio Valerio, que nació Bán de los icenos, hijo de una soñadora (hijo de «dos» soñadores) y amigo en la niñez de muchos otros, buscó en todos los recuerdos de su juventud mientras sujetaba o quemaba o bebía o rezaba con cada objeto tocado por los dioses en la choza de Airmid, en un esfuerzo cada vez más desesperado por convocar a cualquiera de ellos, vivo o muerto, que pudiera ayudarle a alcanzar a los dioses, o, en caso de que no pudiera ser, a Luain macCalma.

No lo consiguió.

—Lo estás intentando con demasiada fuerza.

—¿Qué?

—Lo estás intentando con demasiada fuerza —Bello hablaba medio dormido, detrás del humo. Parecía divertido, pero no sabía cuánto tiempo llevaba esperando, despierto, hasta conseguir que sonase así—. No sé nada de sueños, pero llevo toda la noche oyéndote gritar en busca de los caminos de sueño de la adormidera, y no creo que los dioses se acerquen si les gritas. La aprendiza que trajo las tortas de avena dijo que los dioses solo hablan en el silencio.

Valerio notó que el movimiento de su mente se estrellaba en la roca. Miró al otro lado del fuego al chico.

—¿Qué aprendiza?

—Es una chica de los caledonios que ha venido dos veces. Su gente no ha sufrido con Roma, y por lo tanto ella no nos odia tanto como los demás, y parece que le gustan los chicos postrados en la cama con el pelo rubio y los ojos azu… No seas así. Ya no soy prostituto. Ella me trajo unas tortas de avena y un cachorro de perro que quería jugar, eso es todo.

—¿Ah, sí? Pues qué decepcionante para los dos —la cabeza de Valerio le daba vueltas. Los hechos chocaban y caían al azar. Dijo—: A ver si lo entiendo. ¿Tú has hablado de sueños con una soñadora de Mona que no ha intentado arrancarte la piel de la espalda? ¿Y ha sido antes o después de tomarte la adormidera? —las certidumbres de aquel invierno desaparecían y se desintegraban a medida que su estómago, su boca y su saliva registraban el hecho más importante—. ¿Tú has estado escondiendo tortas de avena y no me lo has dicho?

—No las he escondido. Sí, hablé con una soñadora. Fue antes de caerme, y no me había tomado ninguna adormidera. Hablábamos del cachorro, y ella dijo que cuando los perros duermen y sueñan junto al fuego, visitan las tierras de los dioses. No se ofreció a enseñarme cómo seguirles. Y siento no haberte dicho nada de las tortas. Las guardaba para celebrarlo cuando pudiera ponerme de pie y aguantar tus dos golpes —la voz le falló un poco, y recuperó su humor mientras rebuscaba en su bolsillo—. Toma, cógelas.

El tiro no fue malo para un joven ciego, y la captura tampoco estuvo mal para un hombre que llevaba toda la noche despierto. La torta solo quedó un poco tostada en el fuego, y posiblemente fuese mejor así.

Valerio dijo:

—¿Tienes más? —y luego, cuando Bello asintió y levantó un solo dedo—: Ponla junto al fuego para calentarla. Creo que queda un poco de miel por alguna parte —y así, durante un momento, el mundo se limitó a un manjar recordado con alegría de la infancia, que acompañaron con agua del arroyo y comieron con las primeras luces del sol matinal.

Al final, pensativo, Valerio dijo:

—No comprendo por qué Macha no acudió al fuego con el resto de los fantasmas. Durante diez años me persiguió en todos mis sueños nocturnos y durante gran parte de los días. ¿Por qué se aleja cuando la necesito?

—Porque la necesitas, quizá… No me parece que las apariciones de tu madre estuviesen destinadas a ayudarte en tiempos de necesidad.

—No. Pero ella no me mató ni me obligó a matar a otras personas, y hubo momentos en que pudo haberlo hecho.

Valerio estaba echado de cara, con la cabeza apoyada en el antebrazo, mirando al fuego.

—Si la chica de las tortas pudiera ayudarte, yo iría a Hibernia a buscar a macCalma.

—Si me das un par de días para aprender, puedo saber dónde está cada cosa en la choza y no necesitaré la ayuda de nadie. Puedo ir y volver al estercolero, y hay comida suficiente para un mes, a menos que te la comieras toda tú por la noche mientras yo dormía.

Era un intento muy pobre de hacer una broma. Valerio lo ignoró.

—No. No puedo dejarte solo. ¿Y si te caes otra vez?

—¿Podría quedarme sordo también? —Bello dio la vuelta de lado y se enderezó hasta quedar sentado. Mirando hacia el lugar donde creía que estaba Valerio, dijo, muy bajito—: Tienes que dejarme, Julio. Yo preferiría arreglármelas aquí solo, con esperanzas, que esperar contigo toda la primavera a que vuelva macCalma, rezando todos los días a tus dioses y los míos para oír su voz. No creo que tenga fuerzas para aguantar eso.

* * *

Bello tenía mucha más fuerza de lo que los dos creían, tanto de cuerpo como de mente. Valerio se quedó un día entero y le guio mientras practicaba sin parar, y al final, el joven podía preparar una comida sin cortarse los dedos, y había demostrado que era capaz de coger una jarra y arrastrarse hasta el arroyo para llenarla.

Hacia el anochecer, apareció la chica de las tortas con una liebre cortada a trozos, y Valerio se fue a examinar a los caballos dejando que Bello hablase con ella. Al volver encontró que Bello tenía más color en las mejillas que en ningún otro momento desde que se cayó, y sonreía de un modo que no parecía tan forzado. Había una olla encima del fuego y el olor de la liebre estofada y el ajo silvestre llenaba el aire tranquilo junto a la corriente.

Comieron juntos después de anochecer, cuando no había nada más que practicar, ni que limpiar u ordenar. Bello dijo:

—Le he dicho que tú te irás al amanecer, y que, encuentres a macCalma o no, volverás con la luna llena. Creo que ella me ayudará mientras tú estés fuera. No creo que tenga problemas por ello. Efnís sabe que viene aquí.

—Ya me imaginaba que lo sabía —Valerio había pensado durante su paseo en lo

oportuno de las apariciones de la chica—. Apostaría a que macCalma les dijo a los dos cómo debían actuar antes de irse. Muy poco de lo que él hace parece confiado al azar.

—¿Tenía razón yo entonces? ¿Te irás al amanecer?

—Me iré, a menos que pueda convocar esta noche a macCalma en sueños. Vale la pena intentarlo. Nunca se sabe: la liebre es el animal de Nemain, y Airmid siempre fue de Nemain. Quizás al haber comido el animal de la diosa en el dominio de la diosa, pueda hacer justicia a mi derecho de nacimiento.

Bello le miró. Por primera vez desde su caída, sus ojos se enfocaron más cerca de donde se encontraba Valerio. Preguntó:

—¿Y ahora te importa eso?

—Solo como herramienta. Estoy cansado de ser juguete de otro hombre. Si pudiera curarte yo solo, lo haría, lo sabes perfectamente. Pero como no puedo, debo pedir la ayuda de macCalma. Si pudiera llamar a los dioses por mí mismo, pedirles su ayuda en tu curación, me liberaría de todos los hombres.

Bello dejó su cuenco y se estiró como un perro junto al fuego.

—¿Y sería bueno eso de liberarse de todos los hombres?

—Sería casi perfecto.

* * *

Como oficial de la caballería auxiliar, Julio Valerio había pasado muchas noches sin dormir en situaciones mucho menos clementes que una choza con una buena fogata en su interior y junto a un arroyo, con el estómago lleno y los aromas del ajo, del humo de leña y de la carne de liebre acariciando sus sentidos.

Quizás a causa de todo ello no permaneció despierto, como había pensado, para buscar la ayuda de los dioses en el fuego, sino que se durmió, y al dormir, soñó de forma inconexa y desagradable, con su madre y con macCalma que caminaban, dormían y yacían juntos como amantes en los antiguos lugares sagrados de Hibernia, el año anterior a su nacimiento.

Roma entonces era un enemigo distante solamente, y todos los conflictos eran pequeños, aunque no lo parecían en su momento. La madre de Valerio era joven y no estaba furiosa. Notó la presencia del niño que crecía en su vientre, y lo amó. Dio a luz sola bajo la luz de la luna llena, y puso a su hijo el nombre de Bán, que significa blanco en el lenguaje de Hibernia, por el color de la luna. Apretando sus manos juntas sobre el corazón de él, y luego el de ella, dijo: «tú serás de Nemain, y crecerás bajo su cuidado. Yo lo procuraré».

Luain macCalma llegó a ella más tarde y le dio noticias de que en la Galia aumentaban los conflictos, y de que unos soñadores habían muerto a manos de Roma. Macha siempre supo que debía irse, pero Valerio, que antes fue Bán, notó ya

en su vientre y en su sueño el dolor de su partida, el vacío de las promesas no pronunciadas porque serían huecas y sin sentido.

La pérdida era demasiado aguda para soportarla. Liberándose de su madre, Valerio observó desde lejos cómo ella compraba una buena yegua de las manadas de cría de Hibernia, y un perro que había cazado a un ciervo en plena carrera, y con ellos se dirigía al oeste, hacia el pueblo de su nacimiento, donde su hermana tenía ya una niña de dos años de un hombre llamado Eburovic.

Macha estaba embarazada ostensiblemente cuando llegó. Eburovic no la amaba, ni ella a él tampoco, pero ambos se conocían desde la niñez, y había un gran afecto entre los dos. La adopción de su hijo fue un asunto temporal, hasta que Luain macCalma volviese de la Galia. Ni los dioses ni los soñadores les dijeron que pasarían cerca de catorce años antes de que el Anciano volviera.

El sueño de Macha vacilaba a medida que se acercaba al alumbramiento. Breaca se encontraba allí, una niñita de cabellos rojos como el zorro que aprendía a caminar con Graine, su madre, pero fue Eburovic, grandote, brusco y de buen corazón, sin un ápice de soñador en su persona, quien, sonriendo, llenó los últimos momentos, débilmente entretejidos.

Valerio se despertó repentinamente, y se quedó echado con los ojos abiertos de par en par, mirando la luz titubeante en el muro posterior de la choza. El fuego ardía tras él calentando su espalda. Miró a la piedra y vio el rostro de Luain macCalma, húmedo por el naufragio, con el pelo negro colgando en mechones empapados sobre sus hombros.

El hombre le dijo, con acento sombrío:

—Fue Eburovic quien te crio. Por culpa de los dioses, y no mía, pero la verdad es que lo hizo bien, por mucho que yo pudiera lamentarlo. Pero aun así sigues siendo mi hijo, y no el suyo. Puedes huir, pero no negarte este hecho a ti mismo. Ahora te ofrezco tus derechos de nacimiento. ¿No los quieres?

Antes, a menudo, Valerio había pensado que estaba despierto cuando en realidad no era cierto. En Roma vio a Duborno intentar probar que soñaba pasando la mano a través de una pared, y tomó nota de esa técnica de soñador, sencilla en su concepto, y que era muy probable que tuviese éxito. Entonces se incorporó y, con mucho cuidado, apoyó la palma de la mano en un ascua del fuego, y la mantuvo allí hasta que el dolor le cortó el aliento y las capas de piel enrojecida se levantaron.

El dolor apartó tanto la voz como la imagen de macCalma de su cabeza, pero el sueño todavía le mantenía sujeto, tan estrictamente formado como sus recuerdos, e igual de real. Maldiciendo en voz baja, buscó su manto y salió silenciosamente pasando junto al dormido Bello.

La noche era tranquila y cálida, iluminada por una media luna ambarina. Los búhos ululaban en los bosques más allá de la casa grande de los soñadores. Más cerca, el arroyo susurraba en lenguas extranjeras. Los animalillos nocturnos caminaban entre susurros por encima de las hojas caídas y la nueva hierba primaveral. Al pie de

la colina, el castrado zaino relinchó saludándole discretamente.

La ruta que tomó Valerio no era premeditada. Solo necesitaba probarse a sí mismo firmemente que estaba despierto, y luego podía volver a la cama a dormir por última noche en una choza que había empezado ya a considerar la suya propia. Cruzó el arroyo con los pies desnudos, dejando que el agua helada le lavase los tobillos, y luego se desvió hacia la izquierda, a través de los árboles, hacia los campos donde pastaban los caballos, y buscó la abertura en el dobladillo de su manto donde guardaba el grano para los caballos.

El seto de espino que rodeaba los cercados tenía un hueco de la anchura de un hombre, por el cual no cabía un caballo. Valerio metió los hombros a su través y estaba ya alcanzando el castrado cuando una voz detrás de él dijo:

—Cuando dormías, ¿a qué dioses rogabas, a los tuyos o al mío?

Todavía estaba soñando, entonces; el fuego había sido una ilusión, igual que el agua del arroyo, y la hierba áspera bajo sus pies. En el sueño tenía algo de control sobre sus propias acciones, cosa muy agradable. Siguió atravesando el seto y se reunió con el castrado, calentándose las manos en un hocico que no era más que producto de su imaginación. El animal parecía tan sólido como en la vida real, pero los sueños siempre parecen así, desde dentro. Solo cuando nos despertamos vemos los fallos que los hacen irreales.

La voz de macCalma insistió:

—Valerio, respóndeme. Es importante.

La voz sonaba muy persuasiva. A su pesar, Valerio dijo:

—No tengo dioses. Una vez serví a Mitra, pero no durante mucho tiempo. Lo abandoné cuando fui desterrado de las legiones. Los dioses de las tribus me abandonaron hace mucho tiempo, y se toman su venganza cada vez que pueden. Así que no llamé a ninguno por su nombre, solo hice saber lo que necesitaba.

—Bien. ¿Y te sorprende, por tanto, que ninguno de ellos acudiese? ¿Tan poco has aprendido en la vida?

—Hablas como mi madre. Su fantasma también me desprecia. ¿Estás muerto, pues, ya que hablas así?

—Pues no. No te desprecio. Tú eres el que me odias. ¿Has encontrado la clave para la curación de Bello?

En los sueños hay una sinceridad que falta en la vigilia. Valerio dijo:

—No, pero he averiguado que ya no deseo depender de ti para ello. Se me ocurre que no me has dicho nunca por qué me has traído aquí. Si era para aprender a curar, no tenías que haber intentado enseñarme, ni a soñar tampoco, pero es que yo nunca te he pedido aprender. Recuerdo que una vez las abuelas dijeron que un soñador podía pedir que se le diera el sueño. La noche pasada yo lo pedí a dioses sin nombre. Esta noche, te lo pido a ti.

—Gracias —el seto tembló y apareció macCalma de pie bajo la luz de la luna, acariciando el cuello del castrado, que no se sintió sorprendido al verlo.

Valerio intentó pasar la mano a través del caballo y fracasó. Se miró los pies y movió los dedos, y seguían siendo dedos, y no se convertían en pezuñas, ni en garras, ni le crecían uñas de perro. Una aversión a sí mismo se cuajó en el vacío de su estómago. Levantando la cabeza, dijo amargamente:

—Me has despertado. ¿Por qué?

MacCalma meneó la cabeza, con suave reprobación.

—Para evitar que embarques al amanecer y vayas a buscarme. He pensado que debía evitarte al menos un mareo. Algunos hombres se sentirían agradecidos por ello.

—Podías haberme despertado tocándome. No era necesario un sueño.

—Pero hay cosas que crees en sueños y que no crees despierto. ¿Crees ahora que soy tu padre?

—Ya hemos hablado antes de ese tema. Eburovic me crio. Eso es lo único que importa.

—No. Tú eres hijo de dos soñadores, y eso importa ahora. Naciste para ser soñador. Recibiste el nombre de la luna blanca y la noche negra que la rodea. Bán de los icenos, has pasado los últimos veinte años huyendo de tus derechos de nacimiento. Yo te los ofrezco ahora, en este momento, por última vez. ¿Los quieres?

—¿Curarás a Bello si lo hago?

—Le curaré de todos modos. Si vas a pasar tus largas noches, debe ser de buen grado, no bajo coerción alguna. Debes saber que traspasas una barrera tan peligrosa como cualquiera de las que has pasado dirigiendo tu ala de la caballería. Debes saber que el compromiso es total, que cualquier fallo significa la muerte, no solo de tu cuerpo, sino de tu alma, y que ni siquiera yo, que soy Anciano de Mona, puedo mantenerte a salvo. Sabiendo todo eso, si todavía quieres tomar lo que es tuyo por derecho, yo te enseñaré, aunque los de mi casa grande me odien por ello. Si no tienes el valor necesario, yo curaré a Bello con mis mejores habilidades, y seréis libres.

Valerio miró más allá del Anciano de Mona hacia la luna, que se había alzado más arriba aún y era blanca. La liebre todavía no descansaba en su superficie, y el saludo que realizó Valerio lo reconocía, tal y como le había enseñado su madre.

Por el rabillo del ojo vio una brecha en la tensión de macCalma que no sabía que existiese. Suavemente, el hombre que aseguraba que era su padre dijo:

—Si quieres un día más para considerar todo esto, puede tenerlo. Yo trabajaré con Bello mientras tú lo piensas.

—Gracias. Un día no significará ninguna diferencia para tomar esta decisión. Me ofreces la oportunidad de pasar mis largas noches. Y yo acepto.

XV

—No las han hecho para nosotros.

Graine habló con la seguridad de una soñadora declarada y no fue oída. Breaca sabía que su hija había hablado, pero las palabras se mezclaron con los sonidos sin sentido de la mañana: el aliento lento de su yegua, el crujido de los arneses de cuero mientras se iba parando hasta detenerse en la cresta de la colina; el entrechocar de la cota de malla de la escolta auxiliar que todavía galopaba por el montículo, allá atrás, el débil e idéntico sonido metálico que procedía de la centuria de legionarios que marchaban en formación y salían por la puerta triunfal de Camulodunum hacia la llanura que había debajo, y el chillido bronco de un cuervo solitario, allá a lo lejos, en el lugar donde debía haber un bosque, pero solo era tierra desnuda.

Todo eso lo registraba Breaca, pero nada tenía sentido. Desde el momento en que alcanzó la cima de la colina, desde el momento del primer sobresaltado juramento de Cunomar y la maldición guerrera de Cygfa, todas las partes de su ser se habían concentrado en las dos cruces de roble recién plantadas y solitarias en el extremo nordeste de la ciudad. De dos veces la altura de un hombre, y uno el travesaño, bastaban y sobraban para colgar a la Boudica y a cualquiera de sus hijos.

Pálidas a la luz de la mañana, arrojaban unas sombras angulosas en la hierba, emitiendo una declaración mucho más elocuente y demoledora que la provocación del gobernador, diestramente formulada: «Te tenemos, te poseemos. Tu muerte es nuestra, nuestro es su momento y su forma. No esperes clemencia del emperador ni de aquellos que lo sirven».

Era imposible apartar los ojos, imposible pensar en aquellos momentos. Cunomar había dicho lo mismo en un raro momento de sinceridad, cuando regresó de Roma: que por mucho que uno intentase imaginar lo peor para hacerlo soportable, por mucho que uno se representara las pesadillas y las desmantelase, la sólida presencia de la cruz destruía el mundo.

Breaca nunca había estado a la sombra de su propia ejecución, igual que sus dos hijos mayores. En el largo y silencioso aliento en la cima de la colina de Camulodunum aprendió la naturaleza y la extensión de su terror, y su respeto por ambos alcanzó nuevas cumbres. Una manita pequeña se cerró sobre la muñeca de Breaca. Graine dijo por segunda vez, con toda claridad:

—No las mires. No han probado la sangre todavía, pero no las han puesto para nosotros. Un guerrero de las tribus morirá, y también un romano, y los dos están ya en prisión. No hemos sido traicionados aún.

Era una niña. Durante la marcha de ascensión a la colina, había cabalgado en su

caballo nuevo con ambas manos agarradas a la parte delantera de la silla, como haría un niño muy pequeño, pero su voz era igual de vieja y segura que aquella tarde en la fragua, cuando habló por la anciana abuela.

Breaca asintió, sin palabras. Junto a ella, Cunomar se estremeció.

—¿Y vamos a creer entonces que esas legiones salen para hacernos los honores, y no para arrestamos?

Intentaba parecer impasible, lo intentaba con desesperación. Su voz sonaba ligeramente despegada; sus palabras, un comentario casual de alguien que observa el regreso distante de un ave a su nido, o el nacimiento de un cordero a mediados de la estación. Su rostro permanecía inmóvil, sujeto por una delgada capa de orgullo y una obstinada negativa a mostrar miedo en presencia del enemigo.

Solo los ojos le traicionaban. Su mirada iba bailando desde las sombras oscuras del lugar de ejecución a la puerta occidental donde ochenta hombres, dirigidos por un oficial con un caballo gris, salían a través de la puerta triunfal, enorme y con dos arcos, que cubría la entrada de Camulodunum, formando tres filas a lo largo del camino. Ofrecían un buen espectáculo, y lo sabían: las cotas de malla de sus corazas destacaban como una red de plata bajo el sol, y las puntas de sus flechas eran como garzas que esperaban al pez desprevenido. Unos rayos cruzaban sus escudos, recién pintados en el invierno, y sus cascos de bronce resplandecían después de noche tras noche de pulido.

Detrás de ellos, la ciudad capital de Roma (la única ciudad) en la provincia de Britania se extendía por una amplia llanura que en tiempos albergó las ricas granjas de Cunobelin, y se adentraba en lo que antiguamente fueron bosques. No tenía murallas ni defensas, y eso solo ya hablaba de la arrogancia de Roma. En una tierra derrotada, ¿qué necesidad había de muros y zanjas en los cuales el Perro del Sol había depositado su seguridad?

—Un día lamentaréis Su pérdida —dijo Breaca en voz alta, pero sin gritar. Aunque hubiese gritado, los hombres de abajo tampoco la habrían oído, pero uno, finalmente, miró hacia arriba y su juramento fue llevado débilmente por la brisa. Ochenta rostros relampaguearon pálidos al sol. El oficial de las plumas rojas dio una orden, demasiado distante para ser oída con claridad. Las filas se apretaron visiblemente.

Breaca sonrió.

—Graine, corazón mío, antes de que nos fuésemos, Airmid dijo que la mejor manera de esconderse era ser visto con la mayor claridad. Si yo te sostengo las riendas, ¿crees que podrás venir con nosotros y que te vean con toda claridad? Los legionarios ya nos han divisado; no tiene sentido esconderse. No me mostraré ante ellos como una derrotada.

Vio que los ojos de su hija se agrandaban. Eran de un tono verde grisáceo al sol, muy bellos. Graine siempre había escuchado con mucha atención los cuentos de los cantores. Sabía lo que planeaba Breaca antes que su hermano, pero no era todavía una

amazona fiable, ni siquiera en su caballo nuevo.

Tragándose el miedo, pasó las riendas a su madre.

—Mi padre y tú vinisteis aquí antes, una vez —dijo—. Antes de que ninguno de nosotros hubiese nacido. Entonces no cabalgasteis mansamente.

No, no fue así. Con cuarenta de los suyos, Breaca cargó contra las filas de centenares de lanzas de Cunobelin, los días en que tanto la tribu de él como la de ella eran libres.

—Eramos icenos —dijo—. No íbamos a ninguna parte cabalgando mansamente.

Levantó la mano para dar la señal y Cygfa y Cunomar, entrenados en las señales de batalla de Mona, se colocaron a ambos lados. Por primera vez desde que dejaban el poblado, Cunomar sonrió. Todavía lloraba la pérdida de la compañía de Eneit, pero iría cabalgando como un guerrero con su madre, si tenía la oportunidad de hacerlo. Cygfa entonó el canto de guerra de los ordovicos y su aliento los contagió a todos. Breaca echaba de menos su espada terriblemente, mucho más que nunca desde que la dejó en el túmulo de los antepasados.

Lo que planeaba era una verdadera locura, pero había pasado todo un invierno de cordura, y los legionarios que esperaban frente a las puertas ya habían recibido sus órdenes. Si la muerte se acercaba, ella no quería recibirla con debilidad, ni llevar a sus hijos hacia el enemigo desprovista de orgullo. Cunomar y Cygfa también sentían lo mismo que ella; el cambio que se observaba en sus ojos era un regalo en sí mismo.

Graine tenía miedo e intentaba no demostrarlo, cosa que todavía valía más. Breaca se inclinó hacia delante y la besó, metiendo un rizo de pelo suelto detrás de la pequeña oreja.

—Hija de mi corazón, sujétate a la parte delantera de tu silla y confía en tu caballo. Es la mejor yegua que he criado jamás. Sabe cómo cuidarte muy bien.

Breaca habló a su propia yegua y ésta se quedó muy quieta debajo de ella, esperando. A sus dos hijos mayores les dijo:

—Levantad bien los brazos para que vean que no llevamos armas.

Ambos lo hicieron y esperaron. Detrás, Tago vio, comprendió y supo que era demasiado tarde para intervenir.

Como había hecho tantas veces en el oeste, la Boudica levantó el brazo muy alto y lo bajó de repente.

—¡Vamos!

El ruido de Camulodunum se apagó y quedó silencioso dejando toda la mañana como eco para los tres guerreros y una niña de los icenos que arrojaron sus caballos a una velocidad mortal hacia los arcos triunfales que señalaban la magnitud de la victoria de Roma sobre su pueblo. El viento alzaba sus mantos y se llevaba el polvo que levantaban a su paso. Tago y la escolta de la caballería, cogidos por sorpresa, se quedaron atrás, muy atrás. Disminuyeron el paso y se pararon, disuadidos por la inclinación de la colina.

Los icenos habían nacido para una galopada como aquélla; hasta Graine la

disfrutó, al final. En el último momento, cuando los legionarios, que no habían luchado en el oeste y llevaban mucho tiempo apartados de la guerra, se esforzaban por mantener sus filas, tres guerreros y una niña tiraron de las riendas y se quedaron quietos, sobre unas monturas jadeantes y sudorosas, ante un tribuno joven de la Vigésima legión y sus hombres boquiabiertos. En las últimas zancadas, viendo que se detenían, el oficial volvió a envainar la espada.

Breaca se enfrentó a él, sonriendo. Durante casi veinte años las mejores mentes de Mona habían sido sus tutores. En un latín impecable, dijo:

—Breaca de los icenos trae saludos para el gobernador, y pregunta si éste le hará el honor de aceptar sus regalos.

—Bienvenida, Breaca de los icenos, esposa de Prasutago, rey de la tribu.

«La mejor manera de esconderse es que te vean con claridad». Creyéndolo así, Breaca había llevado a su familia a la trampa mortal que era Camulodunum a todo galope, y no la habían arrestado. Si Graine estaba equivocada y estaban destinados a la crucifixión, el tribuno joven destinado a recibirlos no lo sabía. Ajustándose con rapidez a su dignidad, ordenó a sus hombres que formaran filas en torno a Breaca, los niños y el recién llegado Tago. Con muestras de gran respeto, los condujo a todos a través de las calles embarradas y ruidosas de Camulodunum hacia el foro, donde se quedaron de pie, en fila, para que los anunciaran.

—Bienvenidas Cygfa y Graine, herederas bajo la ley de los icenos de Prasutago, y Cunomar, su hijo.

Un secretario de cara pálida estaba de pie a un lado en un estrado, leyendo un pergamino que llevaba preparado. Levantó la vista y por casualidad captó la mirada de Cygfa, y ella le sonrió, con un odio tan bien oculto que solo un soñador era capaz de detectarlo. Él se puso nervioso y confundió las líneas. Volvió a encontrar el hilo y recitó de un tirón hasta el final con el acostumbrado énfasis en las sílabas.

—Quinto Veranio, por la gracia de su excelencia el emperador Nerón, gobernador de Britania, antiguo cónsul de Roma, antiguo augur, antiguo primer gobernador de Licia y Panfilia, os da la bienvenida y las gracias por vuestros excepcionales regalos.

El secretario hizo una reverencia y se retiró hacia la fila de funcionarios y magistrados locales romanos que se alineaban ante el muro posterior del foro, de mármol. Todos ellos estudiaron a los recién llegados. Ninguno de ellos era tan maleducado como para mirar fijamente, sin embargo el nuevo brazalete del rey, de oro trenzado con cobre esmaltado en las piezas finales, atraía sus ojos y su atención, como estaba previsto.

El gobernador de Britania, representante del emperador en la provincia, con el poder de la vida y la muerte sobre cualquier alma viviente en su mano, se adelantó hacia el estrado y, durante un momento, fue imposible mirar hacia otro lado. El uniforme de gala de Quinto Veranio, aunque de colorido sobrio, era el artículo de vestir más costoso visto jamás en la provincia de Britania, aparte del traje de oro entretejido con el que se presentó el emperador Claudio.

La coraza del gobernador, de oro cincelado, llevaba un complejo entrelazado de cabras con cola de pez, hojas de roble y una parra erguida. El manto que colgaba de su hombro era de un marrón tan oscuro que casi parecía negro, y la túnica lisa que llevaba debajo, como contraste, parecía de un blanco inmaculado, subrayado solamente por un sobrio borde de color azul veteado de rojo.

A nadie se le permitiría nunca olvidar que aquel hombre de mediana edad y cabello canoso que ahora gobernaba Britania en nombre del niño-emperador de Roma había dirigido en tiempos sus tropas en persona en las provincias montañosas de Asia, y derrotado tribu tras tribu en su tierra natal. Su mirada sopesó a cada uno de los miembros de las delegaciones tribales a medida que entraban en el foro. Todos lo sufrieron como un incómodo escrutinio, no muy distinto del que realizaba un soñador.

Solo con los niños se suavizó un poco, y en realidad, solo con Graine. Se decía que no tenía hijos propios, y que ésta era su única carencia. Sonrió a la niña entonces, y luego a Tago, que se suponía que la había engendrado, antes de mirar las cajas y cofres de madera que se habían colocado en la mesa ante él.

El regalo de Breaca se abrió ante la asamblea: una larga caja de madera de tejo pulida, forrada con lana teñida del color azul de los icenos, en la cual se encontraban tres lanzas bien terminadas, cada una con una solitaria pluma de garza colgando de su cuello. Los astiles estaban hechos de la misma madera de la caja, de un rojizo pálido, con un bulto de nudo de roble en el extremo trasero para equilibrarla, cada una de ellas de un color sutilmente distinto. Las hojas eran de plata y delicadamente cinceladas en forma de hoja, con unas formas espirales de cobre incrustadas en los cuellos y la señal de la liebre corredora grabada en toda su extensión, en ambos lados. Los bordes de las hojas mostraban el brillo de un afilado muy preciso, y las puntas resplandecían, agudas. Cada una era del doble de la longitud exacta de las que se permitían a un cazador de las tribus.

El gobernador pasó el dedo pulgar a lo largo de toda la caja, notando la textura del tejo. Se decía que su habilidad en la guerra solo se veía superada por un encanto supremo en el consejo. Su sonrisa era de una calidez amable, y el humor que se leía en las arrugas en torno a sus ojos podía haber pasado por genuina franqueza en las cámaras de consejo de Roma.

—Me han dicho que eres herrera —el gobernador hablaba en latín, lentamente, e hizo una pausa. Su voz era cálida, broncínea, como el tañido de una campana, y no resultaba más amenazadora que su invitación escrita. Si estaba fingiendo, si conocía la identidad de la mujer a la que hablaba y lo disimulaba, era un fingidor excepcional.

Antes de que el intérprete pudiese empezar, Breaca dijo, en la misma lengua:

—Sí, Señoría. Mi padre era herrero. Él me enseñó el oficio antes de morir. Ha sido un placer recrear su trabajo para aquellos capaces de apreciarlo.

—¿Ah, sí? —levantando una ceja, Veranio cogió la primera lanza y movió la mano palpándola hasta encontrar el punto de equilibrio. El astil vibró en su mano. La hoja

tembló en la luz polvorienta, de modo que, para los que estaban más cerca, la liebre grabada en ella pareció echarse a correr. Un suspiro se escapó de las filas de las delegaciones tribales reunidas detrás. Aquellos que habían visto alguna vez una prueba de lanza supieron lo que habían visto. El resto solo comprendió que estaban en presencia de una belleza que trascendía al mundo del foro.

El gobernador dejó de sonreír. Aunque Roma no tuviese pruebas de lanza, aquellos que luchaban lo hacían bajo el dominio de sus dioses. Lentamente, con mucho más cuidado que antes, apoyó el mango de la lanza en sus palmas abiertas y pasó un cierto tiempo examinando la hoja, cuidando de no empañar el brillo de la superficie con la grasa de los dedos.

Al final, levantando la cabeza, miró a Breaca directamente a los ojos. Abandonando el lenguaje formal de la corte, dijo:

—No sabía que los icenos cazaban con armas de plata.

No estaba fingiendo, y la pregunta iba mucho más allá que las simples palabras.

Breaca le devolvió la mirada.

—Señoría, no lo hacemos, pero se dice que los antepasados cazaban osos con esas hojas, cuando los dioses se lo requerían. La plata es más fina que el hierro, y por tanto mantiene su filo durante menos tiempo. Según nuestras tradiciones más antiguas, la hoja debe ser hecha y usada en el transcurso de una sola luna, porque de lo contrario, resulta inútil y debe fundirse de nuevo. Se construye una lanza siguiendo las instrucciones de un soñador y se usa en el plazo de un mes, o si no, no se usa.

No dijo que la tradición era mucho más antigua que los propios icenos, y que aquellos que cazaban de ese modo eran los antepasados directos de las osas de Ardaco. Ni tampoco dijo que el mes de plazo se acabaría al cabo de cinco días.

El gobernador no era ningún idiota. A lo largo de su carrera, había tenido mucho tiempo para estudiar las historias ancestrales de muchas culturas. Asintiendo, pensativo, dijo:

—La plata es mucho más blanda que el hierro. ¿No se doblaría al golpear su objetivo?

—Es posible. Una lanza semejante debe arrojarse con absoluta precisión. Si da en un hueso cualquiera, se dobla y no mata, dejando al cazador en un peligro mortal. Si, por otra parte, la lanza se aloja entre las costillas y da en el corazón, o atraviesa el cuello o las grandes venas de la garganta, la muerte es perfecta y el cazador sobrevive. En los tiempos antiguos era una prueba de valor. Poseer una lanza semejante era una señal de orgullo. Ésta es la primera vez en nuestra historia que se ha dado una como regalo a un guerrero que no es de las tribus.

—Gracias. Me siento profundamente honrado. Me asombra constantemente la belleza y la habilidad de la metalistería icena.

El gobernador devolvió la lanza a su lecho de lana azul. Pasando los dedos por el fino pulido del mango, dijo:

—Y, por supuesto, serían armas perfectas para usarlas en batalla, para alguien con

la habilidad requerida para manejarlas. Si se arrojan al enemigo, las hojas de aquellas que no se alojen en las partes blandas del cuerpo de un hombre quedarán dobladas, y no se podrán devolver. Nosotros hacemos lo mismo con nuestras jabalinas.

Era un hombre con el encanto de un diplomático y un intelecto que le haría prosperar en la Roma de Claudio. Arrojó aquella roca ligeramente en el flujo de su conversación, y esperó que Breaca se encallase en ella. Despojada de su lánguido humor, su mirada era un desafío abierto. Veinte años de entrenamiento en Mona impidieron que Breaca se la devolviera.

Sin rencor dijo:

—Señoría, también hemos oído eso, pero estas lanzas son para ceremonias sagradas, no para la batalla. Yo no sugeriría nunca que el gobernador las usase contra los siluros, cuando vaya a la guerra la próxima vez, pero quizá quiera probarlas alguna vez contra un oso en nuestros bosques del norte. Si no es así, me sentiría muy honrada si considerase que son lo bastante valiosas para llevarlas consigo a Roma, como prueba de su gobierno, cuando éste concluya.

Sus propias rocas eran pequeñas, pero no menos obvias. Ella notó el imperceptible temblor de Tago a su costado, y que se esforzaba por permanecer quieto. Quinto Veranio, gobernador de Britania por la gracia del emperador Nerón, la miró durante un momento con asombro puro y simple, y luego echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada. Después de una, pausa, varios miembros de su entorno se rieron también con él, aunque de forma vacilante.

La sonrisa que dirigió el gobernador a Prasutago era genuina, posiblemente la primera de aquel día que lo era. Por encima de la mesa, dio unas palmaditas en el hombro al rey.

—Amigo mío, tu difunta esposa era encantadora con nosotros y siento mucho su muerte, pero esta nueva esposa tuya es una gema que no tiene precio, y debes atesorarla bien. Una mujer de mente aguda, y que no teme usarla, es un don poco común. Señora —hizo una profunda reverencia ante Breaca—, convocaré un consejo mañana al cual asistirán varios oficiales que recientemente han servido en occidente…

Hablaba, su boca se movía, y sin duda había sentido en sus palabras, pero Breaca no oía nada. El mundo se había roto en mil pedazos al ver el rostro del hombre de cabello oscuro que estaba detrás, y a quien la reverencia del gobernador había revelado y luego ocultado; el hombre con el vendaje en la cabeza, que recientemente había servido en occidente. El hombre que una vez naufragó en la costa icena y vivió todo un invierno en una casa redonda, como huésped de Macha, primera del linaje real de aquella tribu.

Graine se adelantó y puso su mano en la de su madre. Sus dedos pequeños y fríos se agarraron con firmeza, y la presión devolvió a Breaca a sí misma y al sentido de la estudiada y divertida respuesta del gobernador.

—… en cuanto a tu segundo punto, solo su alteza el emperador sabe cuándo

puedo ser relevado de mi cargo aquí. Fui honrado por el divino Claudio al permitirme ostentar mi primer cargo de gobernador durante cinco años enteros, y me gusta tanto tu país que me entristecería enormemente tener que abandonar Britania pronto. Haré todo lo posible por quedarme tanto como me lo permita la ley.

Sonrió a Breaca mostrando unos dientes blancos y fuertes con un ligero hueco en la parte delantera.

—¿Responde eso a tu pregunta plenamente?

—Señoría, sí, muchas gracias.

Ella podía hablar aún, cosa que era buena. El gobernador se desplazó a su izquierda, y eso no era bueno en absoluto, pero resultaba inevitable, y había que afrontarlo con valor. Conteniéndose tanto como había hecho Cunomar en la colina, Breaca de los icenos levantó la cabeza y miró a los ojos del hombre al que ella había conocido como Valerio Corvo, oficial de las legiones y amigo de su hermano.

En el extraño y lento mundo del foro, con sus suelos de mármol veteado y sus columnas de yeso blanco, Breaca volvió a ser una niña, de pie junto a la fragua de su padre, bajo el dulce sol de finales de la primavera, puliendo su nueva y desnuda espada de serpiente. El aire era cálido, y traía muchas más promesas que el de Camulodunum. La madeja de lana de cordero que tenía en la mano estaba grasienta por la lanolina y azuleaba la hoja de un arma que todavía no se había cobrado ninguna vida.

Con la ingenuidad de alguien que cree que el mundo nunca cambiará, Breaca levantó su espada plana en sus palmas y la ofreció al romano de cabellos oscuros a quien los dioses habían considerado apto para arrojarlo desde el mar a sus pies. Él necesitaba una espada; el consejo de ancianos se había reunido para juzgarle, y una vez condenado, su muerte habría sido la lenta agonía de un traidor a menos que pudiese luchar en combate singular contra un guerrero de las tribus. Caradoc le respetaba y se había ofrecido a luchar con él. Con valor y sereno orgullo, el romano fue a pedirle su espada, para no morir desarmado. Como no deseaba que Airmid tuviese que matarlo, Breaca se la ofreció.

El día era lento y pacífico, y el mundo no estaba en guerra entonces. Los ojos de él eran castaños, como los de Bán, y dolorosamente sinceros. Después, cuando el consejo de ancianos le liberó y no se le requirió luchar, él se convirtió en amigo de Bán.

Ahora, sintiendo el fuego de los ojos de aquel hombre en su rostro, Breaca recordaba, sobre todo, un hecho: Valerio Corvo era un hombre de intachable integridad, y amigo íntimo de su hermano. Aun así, si algún hombre de las legiones conocía la verdadera identidad de Breaca, esposa de Prasutago, ése era precisamente Corvo.

Por muy íntegro que fuese, por mucho que quisiera a su hermano, su deber no le permitiría ocultarle ese conocimiento al gobernador, y solo podría haber un resultado a ese hecho. Graine quizá tenía razón al decir que las cruces del teatro no habían sido

construidas para ellos, pero los hombres de Roma, que no carecían de recursos, siempre podían construir algunas más.

«La mejor manera de ocultarse es que te vean con la mayor claridad».

Solo si aquellos que buscan no saben a quién buscan.

Breaca nunca se había imaginado que los dioses le harían una jugarreta semejante.

* * *

El mundo se convirtió en un lugar más pequeño, y el tiempo empezó a correr más despacio. La mano de Graine estaba dentro de la de su madre, calentándola un poco, y su blanca piel infantil resultaba insoportablemente suave entre los antiguos callos de la espada, renovados por toda una primavera de forja. El cabello de la niña tenía el color rojo oscuro de la sangre de buey; se lo habían peinado al despertarse hasta dejarlo tan brillante como el pelaje de un caballo, y luego se había vuelto a rizar con la cabalgata colina abajo, de modo que le caía en brillantes tirabuzones hasta los hombros. La parte superior de su cabeza llegaba apenas por encima de la cintura de Breaca. Tenía el cuello esbelto y recto, y dolorosamente largo, y la piel de un blanco lechoso y translúcido, azuleando un poco por las venas, como el pedernal recién extraído de un río. Todo su cuerpo pesaba un poco más que un potro de tres meses. Imaginarlo magullado siquiera era duro; verlo con colores vívidos retorcido y roto por una cuerda parecía imposible, pero no lo era. En los relatos de los primeros ahorcamientos de los poblados del este se había comprobado la negra verdad de que un niño pequeño, de poco peso, no muere rápidamente, y que fácilmente puede sobrevivir a sus padres y morir mucho después de que su familia haya desaparecido. Crucificada, ella podía vivir un día y una noche enteros antes de que los dioses le concediesen el descanso de la muerte.

«No mientras yo viva para evitarlo». La decisión se introdujo entre otros pensamientos, y no parecía inaceptable. En los primeros días de las purgas romanas, las madres habían ahogado a sus propios hijos en los ríos para apartarlos de los legionarios. La Boudica no tenía río alguno, pero era una guerrera; había matado lo bastante para saber que la vida podía quitarse de muchas formas. Suspendida en una claridad fría y antinatural, Breaca empezó a planear la forma de llevar a cabo de la manera más rápida posible la muerte de su hija.

Cunomar estaba de pie a su derecha. Notó el cambio que experimentaba ella, pero era demasiado mayor para cogerse de su mano. Se inclinó ligeramente y su hombro rozó el de ella. Valerio Corvo, el hombre íntegro que tenía todas sus vidas en sus manos, lo vio y sonrió. Cunomar también moriría antes de que ellos pudieran prenderle; una vez había permanecido en pie junto a su propia cruz, y no debía ocurrirle dos veces. Sería mucho más difícil, pero no imposible.

En su mente, Breaca empezó a entonar la canción de muerte de Mona, que es al mismo tiempo un regalo de vida a Briga y una plegaria de una muerte rápida y fácil. En lugar de su propio nombre pronunció claramente el de sus tres hijos.

Tago se adelantó unos pasos para firmar su testamento en la mesa del gobernador. De los ocho reyes presentes, el suyo era el último que se presenciaba. A lo largo de la fila, hombres y mujeres se agitaron, notando que llegaba a su fin el tedio de los discursos aprendidos de memoria y el latín forzado. Como ocurre a veces durante los momentos que preceden a la batalla, Breaca notó que su piel se hacía más fina, hasta que el aire en torno a ella se convirtió en un río de sonidos lánguidos y vivos que penetraban en su sangre. La luz empolvada del foro se convirtió en un rompecabezas de alientos de hombres, y, en su interior, sus armas resplandecían.

Ella no tenía armas. La pérdida le pesaba como no le había ocurrido en los seis meses anteriores, desde que dejó su espada al cuidado de los muertos. El hueco que tenía en su costado, donde debía colgar su espada, dejaba entrar el frío como si un niño hubiese dejado abierta una puerta en invierno. El recuerdo del túmulo de los antepasados ponía oscuridad en la luz ya de por sí débil del foro, hasta que el único brillo llegó de las lanzas de garza con punta de plata que habían sido, su regalo para el gobernador. Éstas se hallaban hambrientas de sangre, y podría ser igual la de una niña, vertida por compasión, que la de un enemigo, vertida en combate, aunque no se habían hecho para ninguna de las dos cosas. Breaca midió la distancia que había desde su lugar en la fila hasta la caja de tejo que se encontraba en la mesa y supo que el oficial Corvo la observaba.

Sus ojos se encontraron con los de él: siempre, en el campo de batalla, ella sabía cuál de sus enemigos era el más peligroso. Él sonrió un poco, inclinó la cabeza, y levantó un hombro, medio encogiéndolo, transmitiendo a la vez una disculpa y el honor de un guerrero. Breaca le devolvió la seña y el aire se convirtió en un nexo de sangre entre ambos. Él era un hombre íntegro. Ella no creía que encontrase necesario crucificar niños, ni a una guerrera de la belleza de Cygfa.

En la mesa, el secretario dio una orden. La firma del gobernador se mostró a la multitud. El testamento de Tago, copiado en dos pergaminos, no se leyó en voz alta. El contenido de la última voluntad del rey fue considerado, adecuadamente, como un asunto privado, que no se debía discutir entre sus pares, que eran también rivales en la constante competencia por la aprobación del gobernador.

Un suspiro retumbó en toda la sala, la exhalación de una diplomacia llevada más allá de sus límites. Externamente todo era perfecto. Ninguno de los niños había causado escándalo. De todos los asistentes, solo la joven y bella esposa embarazada de Cogidubno, rey de los belgos en la costa más alejada del sur, había pedido que la excusaran. Todos los demás esperaban fuera, aprovechando el tiempo para estirar las piernas que no habían usado en un largo periodo de pie.

Un río de cuerpos que se movían lentamente separaba a Breaca de Corvo. Un esclavo le pasó una copa de vino.

Ella meneó negativamente la cabeza y sonrió, haciendo una señal hacia Graine.

—Mi hija tiene que aliviarse. ¿Me perdonáis?

Graine levantó los ojos. Eran los ojos de la anciana abuela en los días anteriores a la ceguera de la mujer. Sonrió y frunció los labios y no dijo nada ante los extraños.

Breaca se dirigió hacia la puerta. Cygfa le seguía. Había luchado en demasiadas batallas con la Boudica para no presentir que se aproximaba otra; sus ojos hacían preguntas que no se podían contestar entonces, pero su cuerpo se desplazó hacia la izquierda y se convirtió en escudo. Cunomar se puso a la derecha, como si hubiera nacido para ello. Por el bien de los dos, Breaca rezó como nunca lo había hecho para encontrar al menos un arma afilada antes de que Corvo la localizase.

Llegaron a la puerta. Como tenía una buena excusa, Breaca sonrió a los guardias que a su vez le devolvieron la sonrisa. El lento flujo de los que salían se alteró brevemente en los escalones que descendían del foro, cuando hombres y mujeres se detuvieron a hablar de viejos conocidos, de modo que resultaba más difícil mantener la formación de lo que habría sido en una batalla.

Breaca miró hacia atrás y vio una cabeza oscura señalada con el vendaje que llegaba a la parte superior de las escaleras y miraba a su alrededor. Con urgencia, buscó una vía de escape y salió por allí, dirigiéndose hacia un lado, a un callejón sin salida que corría entre la casa del gobernador y su vecina, y que ya apestaba a la orina de muchos hombres.

Graine, ya suelta, interpretó su papel, se levantó la túnica y se agachó en el suelo, y parecía que Breaca en realidad no había mentido a los centinelas; su hija tenía que salir fuera. Espontáneamente, los guerreros que eran su hermano y su hermana se colocaron en la entrada del callejón. Cunomar decoró un muro que no estaba lejos de allí. Cygfa se apoyó ociosamente en la otra esquina.

La privacidad era imposible: otros se unieron a ellos, y por la misma necesidad; el callejón era el primer hueco obvio después de los escalones. Un guerrero atrebate anciano y con el pelo blanco se entretuvo en su asunto y acabó mirando a Breaca, frunciendo el ceño:

—He oído historias sobre las lanzas de garza de los caledonios —dijo—, pero nunca había visto ninguna. ¿Es verdad que están malditas?

Breaca meneó la cabeza. Un invierno pasado en compañía de Prasutago le había enseñado una capacidad de engaño que Mona nunca le había dado.

—Solo si eres un oso y sus soñadores quieren tus dientes y tu pellejo para las ceremonias de invierno.

—Ah, ya veo —el atrebate la miró pensativo—. Quizá, entonces, el gobernador las use para cazar a las osas. He oído que todavía siguen activas en el oeste, y él agradecerá mucho cualquier ayuda que pueda conseguir. Debo recordar felicitarle cuando se presente la ocasión. Tu hija quiere hablar contigo.

Graine había completado su misión. Se puso de pie y deslizó de nuevo su mano en la de su madre, apretándola con una señal que Airmid habría reconocido, pero no así

Breaca. El cabello rojo de la niña había cogido algo de polvo del callejón. Breaca lo alisó un poco y su mano cayó, como de forma natural, en la nuca de su hija, y la condujo fuera, al espacio abierto, lejos de los ojos inquisidores de un hombre que una vez fue su enemigo. Berico de los atrebates, que había traicionado a Britania ante Roma, se quedó tras ella para añadir su propia orina al barro ya mancillado.

Cygfa esperaba junto a la entrada del callejón. Cunomar se encontraba detrás. Corvo no estaba a la vista. El espacio frente a la mansión del gobernador estaba repleto de delegados y de romanos, y resultaba imposible distinguir una cabeza vendada entre la multitud. Breaca se guio por el instinto y condujo a su hija hacia la izquierda.

Se vieron entorpecidas por la multitud. Retorciendo el cuello bajo la mano de su madre hasta que pudo mirar hacia arriba adecuadamente, Graine dijo:

—Berico solo cree que te ha visto antes, pero no está seguro.

Una soñadora con tal poder no podía morir tan joven. Cerrando los ojos, Breaca dijo:

—¿Sabes dónde cree que me ha visto?

—No. Es viejo y está confuso, y su atención se dirige sobre todo hacía el gobernador y los derechos de comercio que quiere obtener de él. Pero el romano con la venda en la cabeza sí que sabe.

—Es verdad. Era amigo de tu tío Bán hace mucho tiempo, antes de que se lo llevaran. Nos conoció a todos entonces, incluso a tu padre. Se ofreció a hablar por Bán en sus largas noches, pero…

—Mira, ahí viene.

Demasiado tarde, Breaca miró directamente a los escalones de la mansión. Corvo estaba a un tiro de piedra de allí y caminaba directamente hacia ella, pero conseguía disimular, como si no tuviese un objetivo claro. No había forma de escapar, ninguna oportunidad de salir corriendo que no dejase a una niña de siete años a merced de los legionarios.

Breaca se agachó y ostensiblemente se puso a arreglar la túnica de su hija y a sujetarle bien el manto. El broche que lo sujetaba era de bronce y nuevo, con una forma antigua, que desde algún ángulo podía parecer una punta de flecha y desde otro un búho cazando. El alfiler de hierro era de la mitad de la longitud de la mano de Breaca; no era lo bastante largo para perforar un corazón adulto, pero sí para matar a un niño si se usaba con rapidez y precisión. El peso del metal se asentó en la mano de Breaca y la aguja señaló hacia adelante.

—Graine, por favor, debes saber que yo…

—Lo sé. Y te quiero. Pero todavía no hemos sido traicionados.

Graine se quedó muy quieta. Sus enormes ojos tenían el color de las nubes después de la lluvia, como los de Caradoc, pero con una bruma propia, de un color verde mar, en los bordes internos, donde el gris se unía con el negro del centro. No era posible mirarlos y pensar en una vida concluida.

Una sombra cruzó los suyos. Todavía perdida en la seguridad de la mirada de su hija, Breaca preguntó, en lento iceno:

—¿Nos traicionará el romano con la cabeza vendada, tú crees?

Desde detrás, y un poco a su izquierda, Corvo dijo en el mismo idioma, despacio:

—No, si no se ve obligado a ello.

Los ojos de un verde grisáceo la liberaron. Graine dio un respingo, Breaca miró más allá del broche que tenía en la mano. Cunomar estaba junto a la entrada del callejón, mirando a derecha e izquierda. Cygfa se hallaba muy cerca, de pie entre la multitud, custodiando su flanco izquierdo. Sorprendida en su propio torbellino Breaca dijo:

—¿Y qué podría obligarle?

—Un acto por parte de una mujer que antes fue guerrera y que podría ser considerado como agresión contra Roma.

Berico pasó junto a ellos, mirando con curiosidad. En latín, Corvo dijo:

—El gobernador está muy agradecido por el regalo de las lanzas. Eres una verdadera honra para tu padre y su oficio.

—Muchas gracias —empezó Breaca, en la misma lengua, y luego volvió al iceno —. Yo nunca seré lo que fue mi padre, pero sí seré lo bastante buena para enseñar estas habilidades a mis hijos. ¿Todavía tienes la espada que forjé para ti?

—La tengo. La mantengo a salvo, en honor de los buenos tiempos —Corvo parecía cansado. La edad había afinado su rostro y añadido más cicatrices, pero su esencia era la misma que había sido. Bajando los ojos, puso una mano en la cabeza de Graine—. ¿Es tu hija?

—Sí.

—Es preciosa. Su padre y tú debéis estar orgullosos.

Era lo que había dicho el gobernador, más o menos, pero dicho con un conocimiento de causa y una integridad de la que las palabras del gobernador carecían. Corvo conocía la identidad del padre de Graine, mientras que el gobernador no la conocía en absoluto.

El oficial romano se arrodilló, cogió el broche en forma de punta de flecha de la mano de Breaca y lo volvió a sujetar al manto de su hija. Contento al ver que estaba bien firme, sonrió como cualquier adulto sonríe a cualquier niño.

Graine no era una niña como las demás; él la había estado observando mientras duraba la ceremonia, y debería haberlo sabido. Los fríos ojos color verde mar de la soñadora se anudaron a los suyos antes de que pudiera apartar la vista. Ella frunció el ceño un poco, y durante un breve instante, se pareció de forma dolorosa a Airmid.

Cuando su frente se aclaró, ella dijo con firmeza:

—Valerio Corvo, has sido buen amigo del hermano de mi madre, el traidor a quien ella amaba en tiempos. A causa de ello, yo quiero regalarte mi yegua. Es la mejor que jamás he tenido. Tú y ella os llevaréis bien. —Usó el lenguaje formal del consejo de Mona, aprendido en las rodillas de Airmid. La palabra que había usado era

la que significaba un regalo entre compañeros de batalla, o de hermana a hermano.

Corvo se quedó muy quieto. Un músculo debajo de su ojo se estremeció. Al cabo de un rato, levantó la vista hacia Breaca.

—¿Es así?

—Deberías saberlo mejor que yo. Eras amigo de Bán cuando estabas con nosotros; estoy dispuesta a creer que también lo fuiste después, cuando luchaba por Roma. Y en cuanto al caballo —Breaca se encogió de hombros—, es la mejor yegua que he criado hasta ahora. Fue mi regalo a Graine al empezar el año, para que fuese el principio de su nueva manada. Si ella decide dártela, es derecho suyo. ¿Tienes una buena montura de batalla?

Corvo hizo una mueca.

—Ya no. Tenía un buen potro negro, hijo de un caballo llamado *Cuervo* y una yegua trinovante. Cabalgarlo era como cabalgar un relámpago negro, pero lo mató debajo de mí una mujer de los siluros que iba a romperme el cráneo. Tengo otro para sustituirlo, un castrado de buen corazón, pero sin el fuego del potro negro. No lo llevaría a ninguna batalla de la que quisiera salir vivo.

Un puñado de oficiales compañeros suyos pasó por allí. Las rodillas de Corvo crujieron al levantarse. Dio unas palmaditas a Graine en la cabeza. Su rostro demostraba un educado interés en la hija de la esposa de un rey amigo. En latín, dijo:

—El gobernador desea que nos reunamos en el nuevo teatro. ¿Lo has visto?

No iban a morir. Corvo, el hombre íntegro, no consideraba que su deber lo exigiera.

La comprensión llegó poco a poco. El alivio dejó vacía a Breaca. Respiró el frío, el hedor y el ruido que era Camulodunum. El hombro de Graine apretaba contra su muslo como habría hecho un perro, para tranquilizarse. Corvo, prefecto de las legiones, que había sido amigo de Bán, miraba tranquilamente a media distancia, donde una cerda hozaba en una pocilga, y esperó mientras la invitada del gobernador volvía a reunir las piezas rotas de sí misma.

Desde la nueva calma recobrada por su mente, Breaca encontró las palabras adecuadas para contestarle. Formalmente, como había hecho él, dijo:

—Quizá puedas guiamos en nuestra primera visita al teatro. Todavía no hemos tenido el placer de verlo.

XVI

Visto desde la parte superior de la ladera de la colina, Camulodunum era como una infección de ladrillo y cal que se extendía sin control por una tierra que en tiempos había sido verde. En el dédalo de callejuelas y calles pavimentadas y enfangadas, los puestos y casuchas de los comerciantes, pintadas de colorines, las pocilgas, los establos de madera y las villas pintarrajeadas de colores chillones, solo las puertas triunfales al oeste y el teatro del este sobresalían de todo lo demás.

Siguiendo a Corvo por el lodo, el ruido y los olores asaltaron más todavía a Breaca. La ciudad no era un lugar tranquilo. Aunque estaban ya cerca del mediodía, los cacareos de los gallos eran tan agudos como los chillidos de los niños y los gritos de los hombres; hombres con armaduras, hombres encadenados, hombres que daban órdenes a otros hombres, hombres que daban órdenes a las mujeres, y a las mulas, y a los caballos, y a los toros. Una chica lanzó un grito, pero solo una vez, y no duró demasiado; Camulodunum era un dominio masculino.

El olor hacía llorar los ojos: la podredumbre de demasiadas personas apiñadas en un espacio extraordinariamente pequeño, con sus alimentos añejos y sus alimentos nuevos, y sus cabras y cerdos y ganado y basura y orina y muerte. De todas las historias que le habían contado a Breaca sobre la nueva ciudad de Roma, ninguna mencionaba que detrás del estrépito de la vida, Camulodunum apestaba a muerte.

El viento dio la vuelta, arrojándole de lleno todos aquellos hedores al rostro. Breaca inhaló, luego se arrepintió y escupió.

Detrás de ella, Cunomar sonrió amargamente.

—Roma huele mucho peor —dijo—. Y es mayor.

Disfrutaba de aquello, y se notaba. Su casi enfrentamiento con Corvo, y la necesidad que había mostrado su madre de él, y su confianza, le habían vuelto más mordaz que antes. Igual que tras la prueba de lanza, los atisbos del hombre aparecían a través del niño, y él se veía mucho más alto a causa de ello. Dos veces Corvo quiso incluirle en la conversación, y dos veces, viendo el odio en sus ojos, se detuvo. Acabó por colocarse junto a Breaca, que no le odiaba.

—El teatro está ahí delante, a la izquierda. El camino está un poco abandonado. Me temo que la construcción del templo de Claudio se ha apoderado de toda esta parte de la ciudad.

—Ya veo.

Breaca levantó a Graine hasta sus caderas para limpiarle el dobladillo de la túnica. El camino que Corvo había indicado era un rastro de paja bastante pisoteada que habían echado por encima de un mar de barro, unificado con la obra que tenían a la

derecha. Dentro de ésta, con un esplendor aislado, el templo de Claudio, inacabado, surgía del barro como un animal muerto hace mucho tiempo y exhibido para los dioses, todo huesos, dientes y nada de carne. Sus costillas se abrían al cielo, forradas de mármol en la parte interior. En torno se encontraban pilas de losas de mármol y vigas cuadradas del tejado, montones de piedras recién cortadas de la cantera, todavía sin limpiar, y pilas numeradas de tejas doradas para el tejado, bajo guardia permanente.

Excepto esos guardias no había señal alguna de vida junto al templo, ni ingenieros, ni arquitectos, ni esclavos que trabajasen bajo el látigo. Abandonado por aquel día, yacía entre los huesos de sus andamios, y era fácil imaginarlo destruido y la tierra que se encontraba debajo verde de nuevo, como era fácil imaginar la altura que alcanzaría y el fuego que ardería en el tejado de tejas doradas, cuando estuviese completo.

Corvo les condujo junto al templo, lentamente; uno no corre junto al templo de un dios, aunque ese dios no hace mucho fuese un idiota babeante cuya propia esposa ordenó su muerte.

Breaca apretó mucho a Graine, sintiendo el latido del corazón infantil contra su hombro. Por entonces había aprendido a reconocer los cambios en su hija, cuando Graine empezaba a ver con los ojos del sueño. Notándolo, Breaca apartó un mechón de pelo rojo que le caía encima del rostro.

—¿Qué ves? —le preguntó.

Los ojos de un verde gris estaban muy abiertos y vacuos.

—Demasiados muertos —dijo Graine—. No saben cómo cantar para llevar a casa a los fantasmas de sus muertos.

—¿Los romanos no saben?

—No. Ni tampoco los trinovantes. Los romanos les hacen esclavos y, cuando mueren, la gente no tiene sueños para cantar y hacer que regresen a casa —lo dijo sin pasión alguna. Otros habrían lanzado maldiciones a Roma, o se habrían recriminado a sí mismos por permitir que eso ocurriese, pero Graine solo meneó la cabeza con desaprobación y pena—. Hay otros también que arden. No es una buena muerte.

Breaca besó la frente de su hija.

—No. El fuego nunca es una buena muerte.

El horror de la idea las rozó a ambas, poniéndoles carne de gallina en la suave piel. Se sujetaron muy cerca la una de la otra, sumergidas en aquel momento, y por tanto, se quedaron las últimas en el pequeño grupito que daba la vuelta a la esquina noroccidental del templo, y fueron las últimas en ver lo que había allí colocado como advertencia.

—Alto.

Lo dijo Corvo, un hombre acostumbrado a dar órdenes y a que se le obedeciera. Breaca ya se había detenido, porque Cygfa así lo había hecho y estaba realizando a toda prisa las señales para protegerse del mal. Junto a ella, Cunomar temblaba como

Breaca no le había visto temblar nunca, lanzando los juramentos de las osas en una sola retahíla sin interrupciones en la que condenaba a Corvo, al gobernador y a toda Roma a una muerte inacabable mediante cuchillos que cortan pero no matan.

Junto a ellos, el oficial romano Corvo estaba de pie, blanco como el mármol, e inmóvil como él. Breaca se acercó a Corvo al doblar la esquina, de modo que las maldiciones susurradas de sus dos hijos mayores se mezclasen con el latín de sus disculpas.

—Breaca… —le puso una mano en el brazo—. Debes creerme. No sabía que estaban aquí.

Ella le creía, aunque solo fuera por la cara de náuseas que tenía. Era el olor lo que las provocaba, tanto como la visión. Respirando solo entre los dientes, Breaca miró más allá, a las cruces gemelas que habían visto desde la cima de la colina, y supo, sintiendo un doloroso hueco en el abdomen, que Graine estaba equivocada, al menos en parte, al decir que las cruces no habían probado la sangre todavía.

No era sangre humana, y la oveja que colgaba del brazo derecho de la cruz que estaba más a la derecha no había muerto allí, sino en otro lugar, donde le habían cortado la garganta y la habían despellejado, de modo que su carne rosa se mostraba desnuda de una forma que al principio parecía humana. Había sido desventrada también, para evitar que el gas de la putrefacción la hinchase, pero no de una forma muy limpia, ni recientemente, y los churretes de intestinos verdosos colgaban medio podridos del hueco abierto en su vientre.

Se balanceaba lentamente en el viento, haciendo girar la cuerda, de modo que Breaca vio más tarde lo que Cygfa y Cunomar habían visto ya: que a cada lado de su pecho, grabada con un hierro al rojo, la marca de serpiente-lanza de la Boudica se alzaba sobre el águila de Roma.

Graine se mareó.

De los tres hijos de la Boudica, la más joven era la que había permanecido más al resguardo de la brutalidad de la guerra. Enfrentada con su evidencia como nunca antes lo había estado, hubo un instante breve en que luchó por comprender, y luego vomitó violentamente en el barro, a los pies de Corvo.

—Lo siento.

Corvo lo dijo de nuevo, en iceno y en latín.

—No sé quién ha hecho esto, ni por qué, y cuando lo averigüe habrá una investigación. Juro que si lo hubiese sabido no te habría traído por este camino. O habría encontrado una forma de advertirte. Lo siento de verdad.

Se arrodilló, ofreciendo agua de un frasco que llevaba atado a la cintura a Graine, que sollozaba, y atrayendo la atención de aquellos que iban delante y detrás. Su conmoción era auténtica, pero algo exagerada para apartar las miradas de Cunomar y Cygfa, que estaban de pie y juntos, sin saber cómo reaccionar en un mundo que de repente se había vuelto inestable.

Breaca se habría acercado a ellos, pero al hacerlo habría atraído más la atención.

Dejó que Corvo atendiese a Graine y aceptó sus disculpas y consiguió sonreír al secretario del gobernador que le traía las humildes disculpas de su amo y su deseo de que su familia se sentase pronto en el teatro, donde podrían quedar al resguardo de una fealdad que no tenía ninguna relación con ellos.

* * *

Tres centurias de legionarios permanecían de pie y en fila alrededor del arco lleno de gradas del teatro, y formaban unas avenidas que conducían hacia las muchas entradas y escaleras. Breaca y su familia llegaron tarde, los últimos de unos pocos rezagados que hacían el viaje desde el foro. Delante de ellos, entre un mar de humanidad parloteante, ochenta delegaciones con sus familias, amigos y séquitos demostraban que se encontraban muy a gusto en compañía de los romanos.

Era imposible que no hubiesen visto la oveja colgada, símbolo de cobardía e incapacidad de luchar, pero decidieron no hablar de ello; por el contrario, la charla era llamativa y pragmáticamente comercial. Tras la pesada dignidad de las ceremonias anteriores, aquella reunión en el teatro tenía la sutileza de un mercado de ganado. Los contratos que se hacían y se rompían allí eran igual de vinculantes que los que se habían atestiguado bajo la ley romana a lo largo de la sesión matutina.

Tago ya estaba allí; en aquel mundo, él florecía. La falta de un brazo en aquel lugar nada importaba, y se veía fácilmente compensada por una mente rápida y la capacidad de hacer tratos perspicaces. Tal como se pretendía, la belleza de la factura de su regio brazalete captaba la atención general, y le había colocado aparte de otros reyes amigos, de modo que su monopolio de vinos romanos y olivas de Grecia no se había roto.

Breaca y la ahora silenciosa Graine fueron conducidas a su lado y, mientras Cunomar y Cygfa se unían a ellos, se complació en presentar a su familia al maestro albañil de Iberia que había diseñado y estaba construyendo el templo de Claudio, al calvo comerciante de vinos galo que era el tercer magistrado de mayor rango de la ciudad, y que había subvencionado el coste de una centésima parte de la construcción del templo hasta la fecha, y por último, y con la mayor efusión, al alto y canoso físico griego a quien había divisado esperando junto a las escaleras hacia la hilera central de asientos.

El físico era uno de los pocos hombres a quien respetaban por igual Roma y las tribus. Tago le saludó extasiado.

—¡Teófilo, qué alegría! No pensaba que nos regalarías con tu presencia en una ocasión tan informal.

—¿No? ¿Cómo no iba a asistir cuando va a morir uno de mis antiguos pacientes? —Teófilo no le devolvió la sonrisa. Su aguda mirada de halcón se dirigía

exclusivamente a Breaca—. Ésta debe de ser tu nueva esposa. Me siento muy honrado al conocerla. ¿Me permites?

Se inclinó, sin esperar a que se completaran las presentaciones formales, y cogió la mano de Breaca, colocándole los dedos en la muñeca. Ella notó que hurgaban en la superficie de sus pensamientos, de forma bastante similar a Airmid o más recientemente a Graine, y un tirón en el costado que era exactamente como el primer toque ligero de los dolores del parto, y luego la seca mano se retiró y el físico le hizo otra reverencia.

—Señora, yo había pensado ofrecerte mis servicios por si te encontrabas alguna vez cerca del parto, pero veo que no será necesario. Mis mejores deseos para ti y tus tres bellos hijos. Te honran a ti y a su padre —saludó por turnos a Graine, Cunomar y Cygfa, y el color volvió un poco a cada uno de ellos sin que se intercambiaran palabras.

Si su propósito era aplastar al rey de los icenos, lo había conseguido. Con unas breves frases, las esperanzas de Tago de fundar una dinastía habían quedado en evidencia, mostrando y mostrado al mundo su imposibilidad. Él abrió la boca y, como un pez, la volvió a cerrar. Sus ojos vagaron por la multitud, buscando si alguno de sus rivales estaba lo bastante cerca para oírlo. Pero no encontró ninguno y llamó a Cunomar y Cygfa para que le siguieran.

Sola, Breaca dejó a Graine en el suelo, donde la niña podía irse tranquilizando, y, captando el susurro de una idea, dijo:

—Me he encontrado esta mañana con un viejo amigo, con un vendaje nuevo en la cabeza. ¿Se lo pusiste tú?

La lenta sonrisa de Teófilo fue brotando de su mirada impasible.

—Sí, fui yo. Si es un amigo de verdad, eres afortunada.

—Eso parece. ¿Es amigo también de ese paciente tuyo que va a morir? —el crucifijo hería los rincones de la mente de Breaca. Ningún hombre, ni romano ni de ningún otro tipo, se merecía una muerte semejante.

—¿El excenturión Marcelo? No, claro que no. Ése es hombre de pocos amigos y muchos enemigos.

—¿Y el que tenga pocos amigos basta para condenarle a muerte?

—Sí, si ha cometido el error de asesinar a un hombre inocente ante testigos. Su muerte será un ejemplo que demostrará que los romanos no están por encima de la ley. Se supone que tú debes aprobarlo.

Graine tenía razón, pues, al menos en la primera parte: «no son para nosotros. Morirán un guerrero de las tribus y un romano, y ambos están ya en prisión». Breaca dejó que la comprensión asomara en su rostro.

—En ese caso, estoy segura de que lo aprobaremos, aunque yo preferiría que los niños no tuvieran que presenciarlo. Supongo que se espera que tú lo desapruebes, y por lo tanto puedes pedir retirarte antes que nosotros. Quizá, si hay tiempo, más tarde podríamos vernos… ¿O podrías visitarnos en nuestros territorios? Tengo una amiga

que se alegraría mucho de conocerte. Posee ciertas aptitudes con los partos, pero siempre se puede aprender más.

—Sí, eso es verdad —los ojos de Teófilo se iluminaron como lo habrían hecho los de Airmid si la oferta se la hubiesen hecho a ella. Tocó con un dedo el caduceo que colgaba de una correa en su cuello—. Me sentiría muy honrado. El hospital está en la zona sudoeste de la ciudad, a dos manzanas de distancia de la mansión del gobernador. Pregúntale la dirección a cualquiera, y cuando llegues allí, busca a Nero y dile que estás allí por invitación expresa de Teófilo de Atenas y Cos. Recuerda eso, Atenas y Cos. Si dices las dos cosas, te dejará entrar.

* * *

Vestidos con sus togas, sus túnicas ribeteadas o sus mantos tribales (muestras visibles de la afiliación del portador a Roma o su falta de ella) tres mil parloteantes ciudadanos de Camulodunum, pavoneándose, llenaban las gradas del teatro cuando el gobernador dirigió a sus funcionarios hacia los asientos reservados en la hilera más baja de las gradas. Breaca y su hija se sentaban a mano izquierda del gobernador, y Tago al otro lado.

El aire del teatro estaba quieto, y era caliente y fétido. El sol primaveral pasaba por encima de la parte superior de los muros de mármol y arrojaba la luz directamente hacia el semicírculo de arena que separaba los asientos del escenario de madera que había enfrente.

Una hilera de mesas a la izquierda del escenario exhibía los regalos de los delegados al gobernador. El sol los inundaba todos, puliendo el metal, ya bien bruñido, hasta conferirle un brillo cegador. Una cratera de oro inmensa ostentaba la marca atrebate de Berico del roble combinado con el águila de las legiones. Al lado, las lanzas de Breaca en su caja parecían pequeñas y poco notorias. Más allá, un par de broches de esmalte rojo y amarillo y una torques de oro hueco mostraban el estilo fuertemente romanizado de los herreros belgos de Cogidubno. Una vaina de cuchillo de piel teñida, un cinturón, un juego de arneses y un manto recién tejido de color verde musgo completaban los regalos de los belgos. Al final de la mesa, muy cerca de la audiencia, un tablero cuadriculado de madera pulida de dos colores tenía encima un juego de fichas azules y amarillas, colocadas en fila a cada lado. No estaba en la mesa del foro, cuando se presentaron los regalos por primera vez.

Desde detrás de Breaca directamente, Corvo dijo, pensativo:

—Alguien le ha regalado al gobernador un juego de la Danza del Guerrero. ¿Supones que sabrá jugar?

Sin volverse, ella respondió, como si se dirigiese a Graine:

—Espero que uno de sus asistentes le enseñe. Sería una habilidad muy útil para un

hombre que debe gobernar a las tribus. Si es capaz de pensar con la astucia de Cunobelin, la guerra sería una cosa del pasado.

—Veré qué se puede hacer —Corvo sonreía, ella lo notaba en su voz. Y luego, sin humor—: Ahora pasarán cosas desagradables. Sería mejor adoptar un aspecto impasible.

El físico le había hecho la misma advertencia, y con el mismo espíritu. Breaca se inclinó a ajustar el manto de Graine y le susurró:

—Van a crucificar a un hombre. Un romano. Uno de los que tenían en la prisión. Haremos lo que podamos para enviar su alma de vuelta a casa, pero no debemos hablar en voz alta, ni quejarnos al gobernador.

Graine asintió. Desde el primer momento en que se sentó, miró al frente, a la plataforma de roble que tenía delante. Ahora, preguntó:

—¿Dónde están las puertas por las que traerán a los prisioneros?

—No lo sé. No estoy segura de que haya puertas —Breaca miró al lugar donde miraba su hija. Unas tablas de roble muy finas formaban un suelo bastante ruidoso para el escenario. Las cortinas de color amarillo trinovante se recogían a ambos lados, ocultando las alas. Un mural multicolor pintado en la pared posterior mostraba escenas de faunos que tocaban la flauta, retozando junto a una cascada con ninfas andróginas y contemplados por un dios en forma de toro paciendo. Si había puertas, las chillonas curvas y brochazos de la pintura ocultaban sus líneas—. ¿Estás segura de que hay puertas?

Graine frunció el ceño.

—Eso creo. He soñado algo como esto, pero a lo mejor no era aquí.

Alerta, Breaca preguntó:

—¿Qué ocurría en tu sueño?

—Alguien moría. Queríamos detenerlo, pero no podía ser. Cunomar se sentía muy desgraciado.

Cunomar había pasado todo el invierno sintiéndose «desgraciado», y el efecto en los demás no había sido bueno. Ahora se sentaba junto a Tago a la derecha del gobernador. Breaca miró a su hijo y éste le devolvió la mirada y levantó la mano, saludándola. Ella deseó, por su bien, que Eneit hubiera estado allí para quitarle la amargura de tener que sentarse al lado de Tago. Ella sonrió, animándole, y vio que él aceptaba la sonrisa de buen grado.

A Graine le dijo:

—Cunomar odia la injusticia; es su mayor fortaleza. ¿Por qué no vas con él ahora y le dices lo que has soñado? Y recuérdale que somos invitados aquí, y que no debemos interferir con la justicia del gobernador. ¿Puedes hacerlo?

Graine frunció el ceño otra vez.

—¿Habla iceno el gobernador?

—No lo creo, pero ten cuidado, por si lo habla. No digas nada descortés. Nosotros somos invitados suyos.

Aunque era una niña solemne y atenta, Graine podía mostrarse juguetona cuando aquello convenía a su voluntad o a la de los dioses. Alegremente, fue correteando y trepó a las rodillas de su hermano, le tiró de la oreja y dijo, susurrando en latín en voz bastante alta, que tenía un secreto para él. Sorprendido, él la abrazó e inclinó la cabeza, de modo que, bajando la voz, ella pudo decirle algo al oído. Los que la pudiesen oír captarían lo suficiente de la historia que siguió para saber que ella había regalado su yegua color castaño, que era regalo de su madre, a un hombre muy amable que en tiempos conoció a su tío, pero después de eso se perdió la coherencia en un fárrago de excitado e incomprensible parloteo infantil que solo uno educado en Mona podía haber entendido quizá, y solo si hubiese estado inadecuadamente cerca de los dos.

Al final, Graine se retiró y, sonriendo, besó a su hermano en la nariz. Cunomar se sonrojó y apartó la cabeza, y luego se calmó y le devolvió el beso. Dos docenas de adultos, que les contemplaban, casi todos padres, recordaron la niñez y su feliz libertad, y desearon para ellos mismos y sus hijos la misma liberación.

Graine se bajó de las rodillas de su hermano. En el camino de vuelta a su madre, dio unas palmaditas en la pierna a su padrastro al pasar, y sonrió deslumbrante al romano extraño y de cabello gris que gobernaba su tierra.

El gobernador se volvió a su izquierda.

—Una niña encantadora. Realmente, tienes mucha suerte, señora.

Breaca dijo:

—Muchas gracias. Nuestros dioses no nos habrán abandonado mientras los niños puedan reír aún.

Sonó un cuerno en algún lugar, cerca. Los tambores le respondieron. Y un súbito cambio en el escenario demostró que Graine tenía razón, al menos en la primera parte de su sueño. Se abrió una puerta cortando por la mitad el mayor de los faunos bailarines del mural de la pared del escenario.

Un destacamento de veteranos retirados, gloriosos con sus viejos uniformes de gala, marcharon por el escenario, dieron la vuelta y sacaron sus armas de forma sincronizada y, elevándolas, formaron una avenida de espadas cortas levantadas. Las puntas entrechocaron con un ruido como de címbalos al unirse, como contrapunto a la resonancia del escenario. A través de aquella avenida de brillante violencia, marchando lentamente, como si se dirigieran a un funeral, dos de los guardias de la escolta personal del embajador acompañaron a un prisionero, a quien solo hacían diferente las cadenas de sus muñecas. En un acto de calculado desafío, o de solidaridad, el hombre iba vestido con su uniforme de gala, idéntico a los veteranos.

El efecto era espectacular. Cada paso hacia delante mostraba al prisionero como un hombre de gran valor, que había servido a su dios y al emperador con excepcional valentía y que ahora estaba preparado para sufrir martirio por el bien de su gobernador. El excenturión Marcelo quizá no tuviese muchos amigos, pero había muchos hombres junto a los cuales había luchado que no aprobaban su uso como

arma política, y que no deseaban verle abandonado in extremis.

Los trinovantes que se encontraban entre el público tenían menos escrúpulos. Por mucho afecto que sintieran por Roma y sus instituciones, Marcelo había sido odiado universalmente. Un lento y bajo murmullo se extendió por todo el arco del teatro, aprobando el estatus del hombre como prisionero y desaprobando los sentimientos de los veteranos. Alguien golpeó con el pie en el suelo y el ritmo se convirtió, lentamente, en la canción de muerte de los trinovantes, un intrincado tamborileo de golpes largos y cortos que se aprende desde la cuna o ya no es posible aprenderlo. Otros les siguieron también, y el golpeteo se extendió por todo el arco, un redoble apagado que podía haber procedido de unos tamborileros junto al río, pero su balanceo se contagió a todos los bancos a medida que los cuerpos seguían el ritmo.

El sonido se fue elevando hasta alcanzar un punto álgido y luego cesó de pronto, y nadie supo quién había dado la orden. No era un acto de hostilidad abierta; se podía aducir que habían hecho un gran honor a aquel hombre, pero la verdad es que no parecía nada honorable. El miedo se extendió tardíamente por el teatro, a medida que aquéllos que tenían más que perder por el comienzo de las represalias se daban cuenta de lo que habían hecho y empezaban a hablar, demasiado fuerte y demasiado tarde, para disimularlo. Al final también todo eso se esfumó.

Se había creado una tensa atmósfera de espera. Si hubiese habido pájaros posados en los altos muros del teatro, habrían contenido el aliento y aquietado Su vuelo y aguardado.

Se dio una orden en latín. Los dos oficiales jóvenes de la guardia llevaron a su prisionero hacia delante, hasta el borde delantero del escenario. Los tres hombres saludaron.

El gobernador se puso en pie para devolver el saludo. Nada cambió abiertamente en su porte, pero, en el silencio que aguardaba su discurso, tres mil hombres y mujeres de las tribus, los veteranos que esperaban y una docena de oficiales visitantes recordaron que había dirigido a dos legiones en una larga campaña de verano y que sabía exactamente lo que era ser soldado en el campo de batalla.

Su voz había dirigido ejércitos en el caos de la guerra, y la acústica del teatro era la mejor que habían podido conseguir los ingenieros del imperio, sin par en cualquier campo de batalla. Cuando habló, les pareció a aquellos que estaban en las gradas más lejanas, así como a los que estaban delante, que apenas alzaba la voz y que sin embargo les hablaba directamente a ellos.

—Marcelo, veterano de las legiones, antiguo centurión de la segunda cohorte, de la Novena legión, receptor de tres coronas por su valentía en combate, se te acusa del asesinato de Rithico, guarnicionero y granjero de tus tierras. Tres testigos lo certifican, dos de ellos ciudadanos, y otro un hombre de las tribus de toda confianza. Tu culpa no admite duda alguna. Se ha dictado sentencia. Morirás hoy, a la vista de aquellos a quienes has dañado. Tienes derecho a hablar antes de que se lleve a cabo la sentencia. ¿Deseas hacerlo?

—No. Pero te demostraré quién es aquél a quien así sentencias.

El escenario era solo para Marcelo. Para su última actuación, sus antiguos camaradas de armas le dejaron todo el espacio que pudiera necesitar para desarrollar su propio drama. Las filas que habían formado la avenida para su entrada dejaron las espadas desnudas en pares cruzados en el escenario. Desde el asiento de Breaca, que estaba bajo, en la primera fila de bancos, formaban un lago de acero bañado por el sol, y era difícil ver más allá de su brillo, Desde una posición más alta en las gradas serían más simbólicas, un muestrario de armas de batalla, decorativas para la paz.

Marcelo no esperó a que se hiciera el silencio, sino que sencillamente, sin drama alguno, se dobló por la cintura, puso las palmas en el suelo y se retorció de modo que su cota de malla se volvió y se deslizó por encima de su cabeza; una piel acorazada, formada por eslabones brillantes.

El tintineo del hierro que golpeaba en el hierro resonó desde el escenario mientras el antiguo centurión se arrodillaba y colocaba bien la cota de malla, como habría hecho después de un día de campaña. Debajo llevaba una sencilla túnica de lana con un cinturón para ceñirla. También se la quitó, la dobló y la puso en el suelo encima de la cota de malla. Nadie se movió para detenerle.

El prisionero se puso de pie de nuevo y así resultó obvio que había pasado gran parte de su vida caminando al sol sin túnica. Ya no estaba muy en forma: el vientre le colgaba por encima del cinturón, con la mitad de la medida, más o menos, de una mujer encinta, pero no siempre había sido así. Las cicatrices de su pecho eran muchas y diversas; a través de los años de servicio, había recibido o no había conseguido evitar espadas, lanzas y flechas. La marca del toro en el centro del esternón era vieja, y se había ido difuminando con la edad. Su presencia explicaba quizá la libertad que se le había dado hasta el momento para su exhibición.

Levantando los brazos, Marcelo empezó a girar describiendo un lento círculo, de modo que los que tenían experiencia en combate (el gobernador, sus oficiales, los guerreros de las tribus) pudieran ver que no tenía cicatrices en la espalda. Nunca se había retirado, o, al retirarse, nunca se había encontrado con aquellos que podían atraparlo. Sin duda habría preferido que se creyera lo primero.

El círculo era casi completo. Los hombres que estaban en el escenario con él habían visto la larga línea que tenía debajo de la axila izquierda, y recordaban el día en que sufrió la herida, y recordaron también las batallas que habían librado con Marcelo al frente. Solo uno de los oficiales de la guardia vio el peligro, pero demasiado tarde para actuar. Su grito solo sirvió para realzar más el clímax del drama del prisionero.

Al cerrar casi el círculo, Marcelo se arrojó hacia abajo y hacia un lado, estirándose para alcanzar la hilera de espadas cortas cruzadas que yacían olvidadas en el escenario. Su mano abierta conectó con la empuñadura de la más cercana, la arrojó hacia atrás con un movimiento muy practicado que le volvió a poner en pie al momento, ligeramente jadeante, pero armado, en compañía de quince hombres, solo

tres de los cuales tenían la presencia de ánimo suficiente para detenerle y recoger sus propias armas.

Si el silencio de antes fue educado, ahora estaba cargado con el poder destructor de un rayo. Tres mil hombres y mujeres contuvieron el aliento a la vez. Los guerreros tribales que habían librado decenas de batallas fueron a coger las armas que no se les permitía llevar y dejaron caer sus manos vacías e inútiles a los costados. Breaca oyó que Corvo se levantaba y empezaba a abrirse camino entre los asientos y bajando por el pasillo. Otros dos oficiales de las legiones hicieron lo mismo; esos hombres se habían seleccionado por su pericia para equilibrar la política y la guerra, y actuar adecuadamente. Se podía confiar en que contendrían aquella situación.

Marcelo les vio venir. Levantó el arma y saludó a cada uno de ellos por su nombre.

—Valerio Corvo: nunca olvidaré tu carga contra el fuerte en la colina de los durotriges. El dios lo vio aquel día, y volverá a oírlo de mis labios. Cornelio Pulquer: he oído hablar de tus acciones contra los guerreros del oeste. Tú prevalecerás en el tiempo, te lo aseguro —su mueca de desdén decía lo contrario. El desdén desapareció al volverse a mirar al último de los oficiales, un anciano centurión de cabello blanco de la Novena legión que parecía lo bastante viejo para recibir una pensión de veterano. Ante él, Marcelo se inclinó—. Rutilio Albino, primer padre bajo el dios. Le daré tus saludos como te entrego mi honor, mi juramento y mi vida.

Albino al fin vio lo que se avecinaba. Con un chasquido que sonó como un trueno desenvainó su propia espada y levantó el brazo como saludo, exactamente en el momento en que Marcelo volvía el pomo de su espada robada y, sin error ni duda alguna, la introducía en su propio pecho, a un ancho de mano a la izquierda de la marca del dios toro. Con su último movimiento consciente se arrojó hacia delante, de modo que se pudiera decir que se había caído sobre su propia espada y pudiese acudir con honor ante su dios.

Murió antes de que el primero de los oficiales le alcanzase en el escenario. Acudieron lentamente, entorpecidos por su propio miedo. Con algunos gobernadores, ellos habrían reemplazado a Marcelo en la cruz por permitir a un prisionero escapar de su propia ejecución. Las legiones no miraban con demasiado favor a los hombres que no conseguían cumplir con su deber.

El primero de ellos se arrodilló, sus dedos se apoyaron planos en los grandes vasos sanguíneos del cuello del prisionero, buscando señales de vida que nunca encontraría. Queriendo resultar útil, sacó la hoja del pecho sin vida y liberó así el océano de sangre que esperaba dentro. El escenario de roble la absorbió, sediento. Al verlo, la voz conjunta de la audiencia se liberó, creando una confusa oleada de sonidos de asombro.

El gobernador no era de los que se complacen en las muertes innecesarias de sus hombres. Un breve movimiento de su cabeza captó la atención del anciano centurión de la Novena.

—¿Albino? Este hombre era de los tuyos, creo. Por favor, que se lo lleven de ahí.

Es posible que los veteranos quieran reclamar su cuerpo.

Con presteza debida a la práctica, los hombres mayores que estaban en el escenario formaron una guardia de honor y se llevaron el cuerpo del hombre a quien habían respetado, aunque no querido.

En la muerte, el recuerdo de Marcelo se transformó y pasó de ser un oficial ansioso de batallas, borracho y pendenciero a un héroe que hablaba y decía lo que pensaba cuando todo a su alrededor permanecía mudo. Pero ahora, simplemente era un cuerpo que chorreaba sangre y fluidos apestosos en el escenario nuevo del gobernador. Los veteranos formaron una litera con dos escudos y se lo llevaron, haciendo lo posible por disimular el desastre. Un sirviente con traje tribal volvió poco después con arena tamizada y la vertió encima, empapando lo peor. En la tierra que había debajo, otros dos pasaron un largo rastrillo y alisaron los restos salpicados en la arena más pálida que llenaba el semicírculo entre la primera fila de asientos y el escenario.

Breaca vio que Corvo volvía a su asiento. Su rostro estaba impasible, pero sus ojos contenían una advertencia: «hay más. No te relajes todavía». Ella se puso a Graine encima de las rodillas y dijo, bajito:

—Creo que ahora hay un descanso. ¿Necesitas salir?

La niña meneó la cabeza negativamente. Breaca se inclinó a besarla y dijo, con más suavidad aún:

—¿Esto es lo que soñabas que ponía furioso a Cunomar?

—No, todavía no, pero estaba ahí, en ese lugar —titubeó—. A lo mejor no es hoy…

—Entonces, debemos esperar a ver. Si ocurriera algo malo, ¿me lo harás saber a tiempo?

—Lo intentaré.

Si Graine no precisaba salir, muchos de los adultos que habían bebido vino aquella mañana sí que lo necesitaban. Hubo rumor de pies y cambio de asientos mientras hombres y mujeres pasaban por las largas escaleras que conducían abajo, a la parte trasera del teatro, desde las filas de bancos superiores. Breaca sujetó a Graine y se puso a hablar de cosas sin trascendencia con Cygfa, mientras Tago regalaba al gobernador su mejor relato de la caza de jabalí con la que él y Duborno habían celebrado juntos su paso a la edad adulta.

El gobernador, que casi con toda seguridad ya había oído antes aquel relato, u otros semejantes, mostraba una total concentración, y solo alguien que le vigilase tan estrechamente como Breaca habría visto la señal a los oficiales en las partes laterales del teatro, que ordenaban el inicio de la siguiente fase de la exhibición de aquella tarde.

Las filas de asientos aparecían llenas de nuevo y tranquilas. Un cuerno llamaba a la calma. El gobernador se puso de pie y entró en la zona central de arena recién rastrillada, tan visible desde la fila superior como cualquier otro hombre del

escenario. Se había despojado de su manto, dejándolo en el asiento cuando se levantó, de modo que su armadura recibía todo el resplandor del sol de la tarde, e iluminaba su rostro hasta convertirlo en oro plateado. Un soñador, al hacer tal cosa, habría sabido cómo usar el impacto para atraer a la gente hacia los dioses. El gobernador de Britania, que era romano, guiñó los ojos y colocó su rostro en un ángulo distinto para evitar el resplandor.

—Guerreros de los trinovantes, de los icenos, de los atrebates, de los belgos…

Toda la multitud dio un respingo. No hablaba latín, cosa que ya era una primera sorpresa. En menos de un año había aprendido una versión aceptable del dialecto de los trinovantes que ya era familiar en todo el sudeste, y les había llamado además guerreros, y esa era la sorpresa mayor.

Su sonrisa los incluía a todos.

—Hoy hemos visto que la justicia romana es imparcial, que es el justo brazo del emperador distante, atraído cerca. Protege a los débiles y contiene a los que son demasiado fuertes, permitiendo a todos que prosperen por igual, sin temor a la muerte o al sufrimiento.

»Sin embargo, para que funcionen con justicia, las leyes del emperador se deben observar escrupulosamente. Podemos ser indulgentes y permitir a cualquier persona que continúe sus ritos y ceremonias ancestrales en paz. Nuestros dioses no tienen nada en contra de los vuestros; en los cielos, todos los dioses viven juntos con respeto mutuo. Nuestras leyes no tienen nada en contra de las vuestras, excepto en aquellos puntos en que unas se superpongan con las otras.

Lo dijo de una forma muy suave, de manera que solo un patán pudiese tomárselo como un insulto: «formamos parte de vosotros; nuestras leyes tienen prioridad sobre las vuestras, y el mundo es un lugar mejor gracias a ese hecho».

Tranquilizando su mente para que los ojos no la traicionasen, Breaca notó que Graine se bajaba de sus rodillas.

El gobernador no vigilaba los movimientos de los niños. Su mirada erraba por encima de aquellos cuyas vidas más habían cambiado, y que podían sentirse resentidos: hombres de los trinovantes que habían sido obligados a financiar el templo que requería el emperador Claudio, y ayudar a su construcción; guerreros de los cantiacos y los coritanos y los catuvelaunos que habían luchado contra las legiones y podían tomar las armas de nuevo contra ellas, si tenían buenos motivos para hacerlo; los icenos, que se habían rebelado ya una vez y podían volver a hacerlo de nuevo.

Hablando para la mayoría de ellos, dijo:

—Así que, cuando uno es descubierto desobedeciendo abiertamente la más básica de nuestras leyes, leyes pensadas para la protección de todos, entonces debemos actuar con rapidez y sin contemplaciones, como hicimos con el excenturión Marcelo.

Se dio una señal. Los tambores señalaron la llegada de un nuevo prisionero. Se abrió una puerta en el escenario. El gobernador dijo:

—Y se ha encontrado a alguien así. Fue capturado en posesión de un arma de una longitud y tamaño prohibidos por la ley, y cuando se le requirió, atacó a nuestros hombres, matando a dos e hiriendo a otro de tal modo que nunca más volverá a luchar. Solo por eso debe morir. Por las dos cosas, debe enfrentarse al castigo más duro.

La sincronización era perfecta, de modo que seguramente la habían practicado. Sus últimas palabras llegaron a las gradas superiores y los que estaban sentados en ellas captaron la primera imagen de aquel hombre de las tribus que había desobedecido las leyes romanas y había sido capturado haciéndolo. El prisionero no podía caminar sin ayuda. Dos nuevos oficiales de la guardia, mayores y más expertos que los que habían salido antes, le pasaron a pulso por la puerta del fauno hasta el escenario, y le sujetaron bien erguido, desnudo y ensangrentado, a plena vista de las gradas delanteras. En el primer impacto que causaba su visión lo único que se podía decir era que se había resistido a ser arrestado, o le habían pegado gratuitamente, o ambas cosas.

Uno de los oficiales cogió al prisionero por el cabello y le obligó a levantar la cabeza, y se vio entonces que tenía la nariz rota, que un ojo estaba hinchado hasta formar una masa sanguinolenta de un rojo amoratado, un corte de espada le corría por un antebrazo y tenía un dedo roto y formando un ángulo imposible. El brazo izquierdo, pegado al costado de una forma extraña, sugería una segunda herida allí, o una hemorragia interna. Su aliento era jadeante, y no mostraba señal alguna de saber dónde se encontraba.

Breaca notó primero todas esas cosas; el examen rápido como un parpadeo del guerrero en el campo de batalla que intenta averiguar si el herido puede seguir luchando. Éste nunca volvería a luchar si no se le daba tratamiento urgente, y Roma no perdía el tiempo de sus físicos con los prisioneros condenados. Lo mejor que se podía decir, pues, era que, aunque le clavasen a una madera, su muerte no se haría esperar más allá de la puesta de sol.

Una parte pequeña y sin voz de su interior celebró sus dos muertes, y buscó a un soñador que pudiera, de forma igualmente silenciosa, empezar la canción de la partida de las almas para uno que iba a morir en combate. Graine era la única soñadora a su alcance, y no estaba ya sentada en su regazo, ni en el banco junto a ella.

Apartando sus ojos del escenario, Breaca buscó a su hija y la encontró sentada en las rodillas de Cunomar, con sus pequeñas manitas fuertemente agarradas a las muñecas del chico, y la cara junto a la suya, hablando con intensidad, tranquilamente, en una corriente continua de instrucciones. Para un extraño, quizás incluso para su padrastro, aquello no sería más que la continuación de los secretos susurrados antes. Para Breaca resultó asombrosamente claro que Graine era lo único que evitaba que Cunomar intentara un crimen y sufriese un destino idéntico al que le esperaba al joven del escenario, porque era un joven, y no un hombre adulto; solo un muchacho con el pelo corto y áspero, pegajoso por su propia sangre y la de los demás, con la piel

tostada, que se oscurecía con demasiada rapidez bajo el sol; con una cicatriz que corría por su brazo izquierdo, desde el codo a la muñeca, donde Cunomar había asestado un afortunado mandoble antes de que su amigo del alma aprendiese a defenderse como es debido.

—¡Eneit!

El nombre se escapó de su boca, sin querer. La cabeza del joven se volvió, muy tiesa y con dificultad; el guardia todavía lo sujetaba por el pelo. Miró a Breaca con su único ojo bueno y lentamente, de modo confuso, empezó a comprender dónde se encontraba. Abrió la boca y la cerró de nuevo, ante la imposibilidad de hablar. Sus ojos viajaron por las gradas, buscando a Cunomar, y al fin lo encontró. Su sonrisa era privada, y portaba todos los mensajes posibles, desde la disculpa a la alegría del guerrero que ha conseguido su primera muerte en combate. Por encima de todo ello destacaban el amor y una pena insistente.

Sin duda alguna, era Eneit.

XVII

Breaca se puso de pie en su asiento. Cygfa le cogió la muñeca con unos dedos fríos y la sujetó. Desde atrás, Corvo dijo enérgica pero tranquilamente en iceno:

—No. Piensa. No puedes hacer nada.

Desde su derecha, el gobernador se volvió hacia ella y dijo:

—¿Le conoces?

—Excelencia, se trata de Eneit nic Lanis. Es iceno, hijo de una amiga.

Conocían los principios de la amistad, ella lo había notado. Sus ojos reflejaron lo mismo, y una indecisión momentánea, y luego dijo:

—Lo siento, la justicia no conoce los lazos de la amistad. Marcelo también tenía a algunos que le querían. El joven debe morir; eso no se puede cuestionar.

Antes había sido un diplomático, y luego fue un general. En aquella última frase había una apertura. No había dicho «debe ser crucificado», aunque estaba claro que habían planeado aquello.

Desde el regazo de Cunomar, en la lengua de Mona, Graine dijo:

—Éste es mi sueño. Su muerte puede ser tuya o de ellos. Tú debes decidir —dijo, con ligereza, exactamente en el mismo tono en que le había hablado a su hermano de que había regalado un caballo a un hombre muy simpático. Los imperativos de una soñadora se llevaban a cabo de otras formas, más allá de las palabras.

Desde el otro lado de Breaca, Cygfa dijo:

—El gobernador ha dicho que respetaba nuestras leyes. Ofrécele el desafío de la lanza de las osas. Tienes las lanzas dispuestas y esperando. La abuela no te hubiese pedido que las hicieras sin un buen motivo. Puede ser éste.

«Confía —le había dicho Airmid cuando le hablaron de las instrucciones de la anciana abuela—, confía en los dioses y en ti misma. Sabrás que está bien cuando esté bien. Yo no puedo guiarte más allá de eso».

El frío invadió a Breaca, y un aguzamiento de los sentidos que llegó con el aliento de los dioses. La voz de Airmid hizo eco desde el pasado distante de su juventud compartida, olvidada desde hacía mucho tiempo: «Soñamos con su hijo. Lo mataron uno de las tribus y uno de las legiones, y aquellos que podían haberlo evitado se quedaron mirando y no hicieron nada». Se levantó y se desplazó hasta el espacio abierto entre los asientos y el escenario.

Tago nunca había estado en Mona y solo comprendía por encima sus dialectos. El gobernador se inclinó a hacerle una pregunta y él no supo responderla. Desde la arena rastrillada frente a las gradas, a plena vista del teatro entero, Breaca habló por él.

—Mis hijas han sugerido que, ya que hemos visto la justicia de Roma hoy, quizá

para compensar, este hombre debería someterse a la justicia de las tribus. Este acontecimiento no tiene precedentes, pero hay paralelos dentro de nuestras leyes. El desafío de las lanzas de las osas es similar a las pruebas que se hacen a nuestros jóvenes que desean convertirse en guerreros, pero con importantes diferencias. En la prueba de los guerreros, el joven debe arrojar a un blanco de paja. En el desafío de las osas, el blanco es un guerrero vivo. Es una prueba de valor tanto para los que arrojan la lanza como para el elegido para morir. Creo que eso podría ser adecuado hoy aquí.

Como el gobernador, Breaca estaba acostumbrada a dirigirse a miles de personas en circunstancias mucho menos clementes. Sus palabras llegaron hasta las gradas superiores, como habían hecho antes las del gobernador, pero daba la sensación de que se estaba dirigiendo a un hombre solo, y que los otros estaban espiando una conversación privada, de una forma que rompía los límites de la decencia. En todo el teatro, los adultos se removieron y tosieron. Los niños más pequeños hacían preguntas entre susurros.

Después de una pausa en la que se consideró, descartándola, una serie de posibilidades, el gobernador hizo la misma pregunta:

—¿Cuál es la naturaleza del desafío de la lanza?

—Es una prueba de valor que se lleva a cabo en el punto culminante de la batalla. Tres lanzas son dedicadas a Briga, que gobierna el resultado de la guerra. Se arrojan dos a la vez por parte de unos guerreros que están en lados opuestos del conflicto. El que golpea más cerca del corazón del que va a morir es el que cuenta la muerte para sí, y al guerrero que la consigue, se le permite arrojar la última lanza.

Una ceja canosa se levantó un momento.

—¿A un guerrero muerto? No pensaba que las tribus se sometieran a un simbolismo vacío, cuando sus vidas están inclinadas de forma muy clara hacia lo práctico y funcional.

—No. En la forma original de la prueba, la tercera lanza se arrojaba al guerrero que había fallado el tiro, el que no conseguía la muerte. Así, al empezar, ambos sabían que se arriesgaban a la muerte, y tiraban lo mejor que podían, sin saber cuál era la precisión del otro. Los dioses lo tomaban en sus manos y cambiaban el vuelo de una lanza, o el guerrero condenado tropezaba o caía, de modo que una lanza bien tirada, sin embargo, podía fallar.

—¿Y no debe estar atado?

—No. Él o ella deben estar de pie y enfrentarse a las lanzas que vienen. Así se prueba el valor de un guerrero, y se le da una oportunidad de honrar a los dioses.

El gobernador la miraba con una intensidad que no había puesto en nada más aquel día. Breaca dijo:

—Es una forma de decidir el resultado de una batalla con una mínima pérdida de vidas. La tribu del guerrero que queda vivo se considera que ha ganado.

Suavemente, el gobernador dijo:

—Señora, tu gente y la mía ya no están en guerra.

—No lo estamos. Las batallas ya se han celebrado, y el resultado no se pone en duda. No hay precedente para esta situación en nuestros ritos, pero creo que podríamos arrojar las lanzas por honor, y en celebración de los dioses, tanto los tuyos como los míos. La tercera lanza se podría arrojar simbólicamente al cuerpo del prisionero, como habías propuesto. Debe tomar parte en una muerte, o de otro modo Briga quedaría deshonrada.

—Ya lo entiendo. Por supuesto, no deseamos en modo alguno deshonrar a una diosa tan formidable —asentía, con la mirada fija en la de ella—. Quizá sea afortunado que tengamos tres lanzas precisamente a mano. ¿Serían parecidas a las usadas en esta prueba?

—Idénticas. Es el segundo uso que tienen las lanzas de garza de los caledonios.

—¿Y es una coincidencia?

No hablaban ya para la multitud. Breaca dijo:

—Excelencia, a los ojos de los dioses no hay coincidencias, pero yo juro en nombre de todo lo que ambos consideramos sagrado que no tenía ni idea de que las lanzas que yo realizaba, como regalo para ti, serían usadas hoy contra un miembro de mi tribu. De no haberlo mencionado mi hija, no habría recordado que existía el desafío de la lanza. Es algo de lo que hablamos en nuestras historias, pero no practicamos. Se llevaba a cabo en tiempos de los antepasados, y solo raramente; ningún ser vivo lo ha intentado, que yo sepa, ni remontándonos en el tiempo a tres generaciones. Si el gobernador quiere honrarnos aceptándolo, estaría recreando una de nuestras ceremonias más antiguas.

Levantó la voz solo un poco para pronunciar la última frase, pero el teatro estaba muy bien construido y sus palabras hicieron eco en los muros posteriores y volvieron de nuevo. Hombres y mujeres de las tribus que habían nacido en libertad recordaron las sombras de los relatos de las abuelas. Pocos —prácticamente ninguno— conocerían los detalles más profundos de una ceremonia llevada a cabo por una distante tribu del norte, aunque los más astutos, sabiendo cómo obran las osas, podían imaginarlos.

El gobernador de Britania era uno de los hombres más astutos de su generación. Dijo:

—¿Se daba el caso de que los gobernantes de las tribus tomasen parte en esa prueba? ¿O eran los campeones que se elegían?

—Podía ser cualquiera de las dos cosas. La decisión la tomaban los soñadores y los dioses. Los tres que tomaban parte se elegían al azar.

—O sea que el que iba a morir no era necesariamente un prisionero ni alguien que había transgredido la ley…

—No siempre. Era una posición de honor, tanto como las otras dos. El que moría primero lo hacía llevando los mensajes de ambas tribus a los dioses. Por su integridad se medían las vidas de los otros dos.

Breaca hablaba de forma automática, sin elegir sus palabras. Su atención se había

trasladado casi por completo a Cunomar, que había dejado de luchar con Graine y estaba de pie en su asiento, con su piel clara blanca como el hueso en la tarde, y los ojos muy grandes y muy negros.

Con una voz seca y tensa que ella conocía íntimamente pero nunca había oído antes en boca de su hijo, dijo:

—Si debe ser así, déjame que sea el que tire por los icenos.

Había arrojado la lanza sin oír la canción de su alma y no comprendía la carencia. Eneit sí. La advertencia de su rostro funcionó, a pesar de los hematomas y los cortes. Cunomar decidió no verlo y Breaca no podía explicar aquello en público. Los ojos de su hijo la vaciaban, el brillo de su alma y el desesperado valor que había reunido para hacer su propuesta en aquel lugar, entre aquella gente, y la convicción de que tendría éxito. Su corazón se rompió ante aquella certeza, ante aquel orgullo y aquella ignorancia, y el coste que representaría para todos ellos su fracaso seguro. Atrapada en una oleada de dolor, no había pensado hasta el final cuál sería el destino de un guerrero que fracasara en aquella prueba.

El gobernador esperaba, y su rostro era un modelo de curiosidad contenida. Cunomar había hablado en iceno, que él debía de entender, al menos en parte. Breaca no podía hablar en otra lengua sin levantar sospechas innecesarias.

Cunomar supo cuál era su decisión antes de que llegase. Con un valor desesperado, olvidó sus últimos restos de orgullo y suplicó:

—Madre, por favor… Es su vida y la mía.

Ninguna batalla había resultado más dura. Sosteniendo la mirada de su hijo, sabiendo lo que a él le iba a costar, Breaca dijo:

—No.

—¡Madre! ¡Es Eneit! No puedes dejar que estos impíos adoradores del toro hijos de…

Tago le detuvo físicamente. A los ojos de Roma, aunque no fuese de los demás, el rey de los icenos era el padre del muchacho, y era responsable de su conducta. Éste colocó su mano encima de la boca de Cunomar, con mucha más fuerza de lo que había hecho Graine, y con mucho menos amor.

—Excelencia… ¿puedo hacer una sugerencia? —la voz que procedía de las gradas captó la atención de todos excepto la inmediata familia de Cunomar. Valerio Corvo, prefecto de los auxiliares, pasó junto a sus compañeros y se adelantó hacia la arena rastrillada, desde donde saludó al gobernador resueltamente. La venda de su cabeza aparecía de color crema al sol, y la de la pierna estaba en sombra y parecía gris.

Dijo:

—Excelencia, tengo entendido que, en tiempos de los antepasados, los soñadores de la osa habrían designado a los que tomarían parte en esa prueba. A ningún soñador se le permite ahora practicar sus habilidades, pero debemos mantener el honor de Roma y del emperador y nos corresponde a nosotros en este caso hacer todo lo que podamos. Las lanzas de garza de los caledonios no tienen el mismo equilibrio

que las lanzas de las legiones. Su vuelo y alcance difieren, y las plumas que cuelgan de su cuello las hacen exquisitamente sensibles a cualquier ráfaga de viento. Como sabes, yo pasé un invierno y una primavera en esta tierra antes de la invasión, y por tanto tengo alguna experiencia en el uso de las armas de guerra de los icenos, que son similares. Por consiguiente, puedo ofrecerte mis servicios en este caso, como alguien capaz de defender el honor de Roma.

Mientras hablaba, Breaca advertía a Corvo con la mirada. Él se había percatado de la advertencia, pero había decidido ignorarla.

El gobernador juntó sus palmas y se dio unos golpecitos con las puntas de los dedos en los labios. Si hubiese sido un guerrero, se habría podido pensar que pedía el consejo de Briga, y que ella se lo daba.

Al final, dijo:

—Gracias por tu oferta y por los argumentos que la rodean. Acepto la primera parte, el hecho de que esta prueba es honorable, y que ciertamente debe tener lugar. También accedo en que no carece de peligros, tanto dichos como no dichos. Pero no acepto tu segunda afirmación. Estás herido, y por lo tanto no eres adecuado para representar a Roma.

Si le hubiesen dado una bofetada en el rostro Corvo no habría parecido más conmocionado.

—Pero, excelencia…

—No. Con todo el respeto, prefecto, eres como el muchacho; ardiente y bien dispuesto, pero ciego a tus propios defectos. Él es demasiado joven, y carece de habilidad. Todavía no ha derramado sangre en el campo de batalla, y además su afecto por el prisionero resulta demasiado evidente. Tienes la edad y la pericia suficientes para cualquier tarea, no se me ocurriría sugerir lo contrario, pero hace menos de un mes que recibiste unas heridas que casi te matan. Todavía llevas las pruebas en tus vendajes, y para aquellos que te conocen, se ve aún más claro en tu forma de andar y de mover la cabeza cuando crees que estás solo y nadie te observa —inesperadamente, se volvió y se dirigió a alguien que estaba detrás, en una grada—. ¿Teófilo? En tu opinión, ¿el prefecto se encuentra en condiciones de adoptar un papel equivalente al combate en batalla?

El físico negó con la cabeza, apartando la vista de Eneit.

—No, en absoluto.

—Gracias —el gobernador se puso de pie y se convirtió en un hombre más joven, que olía a combate y a ansiedad. Le dijo a Breaca—: Tus dioses no son los míos, pero vivían en esta tierra mucho antes de que llegásemos nosotros, y seguirán aquí mucho después de que todos seamos polvo y cenizas. Los honraremos con nuestro mejor empeño. Yo mismo creo ser capaz de ello. ¿Debo interpretar que tú representarás a los icenos, de entre los cuales viene el prisionero? Puedo asegurarte que en este lugar y este momento tienes mi permiso para coger y arrojar un arma de un tamaño prohibido para las tribus.

—Gracias. Sí, representaré a mi pueblo.

Sus palabras resonaron en todo el teatro. Al final del día, se habrían extendido entre los trinovantes que no se hallaban presentes, y a final de mes, entre las tribus que había más allá. Si Breaca había querido poner en juego su lugar como guerrera sin mencionar en voz alta el nombre de la Boudica, lo había conseguido.

«Dales ánimos y vencerás». Ofreció una plegaria al dios para que fuese así, y con toda seguridad.

Hubo un movimiento entre las filas de bancos junto al gobernador. Cygfa habría querido tirar por los icenos, pero no se había atrevido a decirlo. Cunomar luchaba contra su padre, y le mantenían callado. Sus ojos chillaban con una angustia sin fin a su madre. De sus hijos, solo Graine, con una sonrisa tímida, lo aprobaba.

Desde el escenario, Eneit, de quien se habían olvidado por completo, dijo ásperamente:

—Gracias.

* * *

Había espacio suficiente en el semicírculo entre los bancos y el escenario para que el gobernador se alejase treinta pasos de un extremo y marcase una línea en la arena con el tacón de su bota. Unos nuevos guardias, convocados mediante un gesto, hicieron salir al público de las filas de bancos del extremo este del teatro, no fuese que una de las tres lanzas volase por casualidad demasiado alto o hacia un lado y acabara probando la sangre de un espectador.

Eneit fue desatado y escoltado hasta su posición por uno de los oficiales de la guardia. Breaca le siguió, manteniéndose detrás hasta que le soltaron. Ella no era una soñadora, y su recuerdo de los ritos no era perfecto. Habría querido preguntarle los detalles a Airmid, que estaba a medio día de galopada rápida de distancia, o a Graine, que tenía que quedarse con Cunomar, y por tanto también resultaba inaccesible.

«Confía en los dioses y confía en ti misma. Sabrás lo que es correcto». Ella podía rezar, y lo hizo, y notó el toque del aliento del dios en su cuello. Manteniendo los tres nombres de Briga en la cabeza, contempló a los guardias, que retrocedían para ponerse fuera de tiro. Cada uno de ellos hizo el signo romano que guardaba contra la mala suerte, mientras se retiraba. Ella se alegró al verlo.

Eneit podía permanecer en pie sin ayuda, que era lo primero que ella había preguntado. Su ojo bueno estaba iluminado, lleno de vida. Intentó sonreír y lo consiguió a costa de un obvio dolor. Usando su cuerpo como escudo para que ninguno de los espectadores, ya fuese de Roma o de las tribus, pudiera verlo, Breaca hizo su propio signo de la serpiente-lanza en la frente de él, en el centro de su esternón y en el espacio que tenía encima del ombligo. Hizo los signos lentamente,

con obvia ceremonia, dándole tiempo para vaciarse de palabras.

En el primero de los tres él dijo:

—Volví al túmulo de los antepasados. Fue un error. Me vio un rastreador de los coritanos que informó de ello. Los legionarios se apoderaron de la espada de Sinocho y la rompieron. Lo siento.

—No lo sientas. Las espadas se pueden arreglar. Pero tú no, y eso sí que debemos sentirlo todos. Si hubiera alguna forma de liberarte, puedes estar seguro de que lo haríamos, te lo juro.

Breaca hizo el segundo signo.

—Lo sé. Y mi madre también lo sabe. Ella siempre me dijo que el día que empuñara un arma con filo, sería el día de mi muerte. Siempre pensé que sería en batalla.

—Y así fue. Tú mataste a dos de los suyos. Te vas con los dioses con una muerte más que el coste de tu vida. Hay muchos que mueren en combate sin poder decir lo mismo. La prueba de lanza de las osas solo es para guerreros consumados, ¿no lo sabías?

Su ojo bueno resplandeció, alegre.

—Esperaba que así fuese. ¿Llevo algún mensaje para los dioses?

—Pídeles que velen por nosotros cuando se acerque la batalla final. Necesitaremos su ayuda más que nunca.

El tercer signo estaba ya completo. Ella había hecho todo lo que había podido. Siguiendo un impulso, que no tenía nada que ver con ninguno de los ritos que ella había presenciado, Breaca tomó al muchacho por los hombros y, muy suavemente, teniendo cuidado con sus heridas, le besó en la frente. El cuerpo de él tembló bajo su contacto, pero no de dolor.

Torpemente, Eneit dijo:

—Dile a mi madre que siento haberla herido, pero no siento haber matado a los enemigos en combate. Dile a Cunomar… —se le entrecortó la voz, sin encontrar las palabras.

—Le diré que le amas. Él ya lo sabe. Y tú sabrás lo que siente por ti —ella no había visto la profundidad del amor que se tenían el uno al otro, y debería haberlo hecho. Aquel fallo le dolía.

Eneit sonrió.

—Ya lo sé. Gracias. Dile de mi parte que debe tener valor para vivir a partir de hoy, y que yo le estaré vigilando desde las tierras que hay después de la vida, y que esperaré a saludarle desde un lugar donde un año pasa en un suspiro.

—En un lugar sin tiempo, un suspiro también dura toda la eternidad.

—Ya lo sé. Pero no le digas eso. No tiene paciencia. Recuérdale el significado de mi nombre, y dile que se lo ponga a su hijo, cuando tenga uno.

El nombre de Eneit era la palabra que significaba espíritu, y ese espíritu le llenó. No lloraba, ni se regodeaba en la autocompasión. Ella había visto guerreros que se

dirigían al campo de batalla con menos valor. Breaca lo dijo y retrocedió, y la amplia y perezosa llama de la sonrisa del muchacho iluminó las tribunas más altas.

Ella se alejó los treinta pasos lentamente, dándole tiempo a él para que saborease el sol y los últimos momentos de vida que le quedaban, más allá de todo dolor y sentimiento de pérdida. Él no parecía sentir ningún dolor cuando se alejó, y el temblor había cesado. Ella pensó que él ya había empezado a ver a Briga dando vueltas alrededor con sus cuervos. No había mejor visión para uno que entra en el campo de batalla.

El regalo de Breaca al gobernador había sido retirado de la mesa junto al escenario y se encontraba abierto, de modo que las lanzas descansaban en el borde de la caja y los extremos de los mangos se hallaban clavados en la arena. Las plumas de garza sin teñir colgaban y giraban con la brisa. Los diferentes colores de los finales las distinguían.

El gobernador ya había cogido la lanza más pálida y dorada de las tres. Se colocó de pie junto a ella, después de quitarse el manto y la coraza dorada. Otro hombre habría parecido vulgar; él no. Inquirió:

—¿Has arrojado alguna vez una lanza con este diseño?

—No. No se permite empuñarlas, excepto bajo la guía de un soñador experto. Solo se pueden arrojar una vez, y luego se rompen. Yo las hice pero no las probé. No te pondría en una desventaja tan grande.

—Mis disculpas. No pretendía insultarte.

—No me siento insultada. El viento viene del sudoeste, pero está retenido por el arco del teatro, y está turbulento en medio del espacio. Como ha dicho Corvo, las hojas largas y las plumas que cuelgan hacen que las lanzas sean muy sensibles al viento. Son las armas más difíciles de tirar de todas. Tendrás que oír la canción del alma de la lanza antes de hacer un lanzamiento.

—Estoy en deuda contigo —señaló con la cabeza hacia las lanzas—. ¿Vamos?

Levantaron las lanzas. El sol estaba bajo y a su espalda, alargando las sombras por la arena. Los guardias habían sido retirados, y permanecían de pie detrás del escenario, con un escudo, para llevarse luego el cuerpo. Estaban solos con Eneit, a treinta pasos de distancia. Breaca dijo:

—Alguien neutral, que no sea de nuestras tribus, debe dar la orden de tirar. ¿Puedo sugerir que sea Teófilo de Atenas?

—¿Un hombre que sienta afecto por ambas partes? Sí, una buena elección.

El gobernador hizo una señal. Después de un momento de confusión, el físico se unió a ellos. No se sintió del todo disgustado de tener un papel que jugar. Un débil rubor sonrojó sus altos pómulos y las aletas de su nariz. Cuidando de que no le vieran sonreír, dijo:

—¿Debo esperar alguna señal?

Breaca dijo:

—Sí, pero solo tú lo sabrás. Yo no.

—Por supuesto. No debes tener ventaja.

Era un hombre acostumbrado a escuchar el mundo, si no a los dioses, y no le preocupaba saber que la vida de otras personas dependía de sus palabras.

—Levantad vuestras lanzas y preparaos. Yo os diré cuándo lanzarlas.

Breaca había cogido la lanza más oscura de las tres, bendita por Nemain, diosa de la noche que guiaba tanto a Graine como a Airmid. La levantó a la altura del hombro y se volvió a mirar a Eneit. El gobernador la imitó. El silencio les rodeaba. En un mundo donde el tiempo pasaba en un latido del corazón y era la eternidad, ambos esperaron.

La multitud podía haber desaparecido y haber sido sustituida por ganado o por cuervos, y Breaca no se habría dado cuenta. Su mundo era Eneit y el viento y el cambio de longitud de una sola sombra lineal que era la lanza de garza, con su pluma colgante. Los músculos del brazo con el que lanzaba le ardían. El dolor vivía fuera de ella, y no importaba. Eneit se encogió hasta convertirse solo en un corazón aprisionado y batiente. Se tambaleó y ella se tambaleó con él. Un cuervo se posó en cada uno de sus hombros, y ella supo que no veía el mundo como los demás lo veían. Entonces se calmó, se tranquilizó, y solo el latido de su corazón hizo temblar levemente la punta de la lanza. Su canción se dejó oír dentro de ella, llena de luz de luna y de las alegrías y peñas de la maternidad, y del susurro de la antepasada-soñadora, y de los dioses, cuando ellos…

—¡Tirad!

La palabra golpeó el arma de Breaca como un martillo golpea en un yunque, liberando la pena de la canción. Su brazo se movió solo. La lanza rasgó el aire y voló con voluntad propia. Ella contempló su vuelo como si el tiempo se hubiese dilatado y el aire se hubiese hecho más espeso que la sangre, retardándolo. El viento que daba vueltas en el centro del escenario acarició la hoja, bajándola ligeramente; ella había apuntado alto esperando tal cosa.

La punta se dirigía en línea recta hacia el corazón de Eneit. El alivio la invadió prematuramente. El sudor mojaba sus palmas, que antes estaban secas. En el borde de su existencia, la multitud lanzó un suspiro. La segunda lanza se unió a la suya y ambas volaron juntas, convergiendo en un mismo espacio. Ella parpadeó y ambas lanzas se convirtieron en una, se hicieron dos, fueron la de él y la de ella, la de ella y la de él, y una u otra pinchó la piel y ella no supo cuál. La larga hoja penetró limpiamente entre las costillas que apenas se movían mientras Eneit, en un acto final de admirable valor, contenía y luego soltaba su último aliento. Acabó la canción de la lanza, exuberante, y todo dolor y todo pesar fueron de Breaca.

Ella notó el puñetazo en el corazón del chico como si fuese en el suyo propio, y vio descender al tercero de los cuervos de Briga. Eneit dio una sacudida hacia atrás y un poco a la derecha. La segunda lanza, que había apuntado realmente al centro de su pecho, dio en una costilla, se desvió a un lado y luego se hundió en la carne. Por pura voluntad el muchacho se mantuvo en pie un momento y luego cayó hacia atrás,

pesadamente, en la arena. Solo un miembro del auditorio gritó de forma aprobadora, pero fue acallado al momento.

El calor de la espera extrajo el aire de los pulmones de Breaca. Sonrojado y sin aliento, el gobernador dijo:

—Está muerto. Nunca he tirado con tanta precisión en mi vida, pero no podría decir cuál de las dos lanzas es la que ha quedado más centrada. Teófilo, como árbitro y físico nuestro, ¿nos dirás cuál de las dos lanzas ha matado?

—Lo intentaré. Deberíais venir conmigo. Esperar aquí no hará que la respuesta sea distinta.

Eneit yacía de espaldas, con los ojos abiertos al sol. Las lanzas quedaron enhiestas y verticales, con los mangos temblando un poco con los últimos latidos de un corazón perforado dos veces. Las hojas estaban separadas por el ancho de una mano en el pecho del muchacho, a diferentes alturas. La más pálida de las dos se alojaba en el espacio entre las costillas, por encima de la más oscura.

Teófilo, sin querer arrodillarse para no reducir la dignidad de su oficio, se inclinó y las examinó ambas durante un momento. Al final dijo:

—Me siento como un augur que examina la superficie cortada de un hígado en el cual no hay nada escrito. El corazón del chico es del tamaño de un puño de hombre en sentido transversal, y un poco más largo de punta a punta. Se encuentra alojado en el pecho ligeramente hacia la izquierda y la parte superior está detrás del pezón. Tendría que abrir el pecho y examinar el cuerpo con mayor detalle para tener una certeza total, pero estoy bastante seguro de que cada una de esas dos lanzas ha dado en el corazón, y que cualquiera de las dos, por sí sola, le habría matado. Si ésta fuese una competición griega, el premio se repartiría a partes iguales entre los dos contendientes. Igual no ocurre lo mismo en los ritos de los soñadores.

Rotundamente, no era así. Todavía afectada, Breaca notó que la sangre se retiraba de su cabeza y luego volvía lentamente.

El gobernador, que examinaba todavía las lanzas, dijo:

—No está mal, creo, para dos guerreros que llevan mucho tiempo sin practicar —se puso de pie y extendió la mano, tomando la de Breaca—. Señora, en los ritos de tus antepasados, ¿cuál de las dos tribus se habría considerado que ganaba la batalla? —no preguntó: «¿y quién de nosotros dos, como perdedor, habría muerto?».

Breaca no tenía ni idea, y no sabía cómo averiguarlo. Una lanza debía matar, y la otra caer en carne muerta, un guerrero ganar, y el otro perder no solo la prueba, sino también la vida; los dioses no permitían que fuese de otro modo.

Una década de entrenamiento en Mona le proporcionó las palabras que el gobernador deseaba oír. Sabiendo que era mentira, dijo:

—Creo que es posible que la batalla la hubiesen ganado ambos por igual. Habría sido una señal de los dioses de que las dos tribus debían ser aliadas.

Quinto Veranio sonrió como sonreiría un muchacho que hubiera pedido un favor y se le hubiese concedido.

—Entonces, la tercera lanza podría ser arrojada por los dos, conjuntamente. Quizá, si tenemos cuidado, podríamos intentar no estropear la hoja, y así al menos me quedará una representación entera de tu habilidad para colgarla en mis paredes, como recuerdo de este día…

Teófilo trajo la tercera lanza. Bajo su dirección, ambos dirigieron el mango y pincharon con absurda precaución el lado izquierdo del pecho del muchacho, y luego la volvieron a sacar, dejando solo un pequeño reguero de sangre nueva en la piel como prueba. El gobernador tomó posesión de su nuevo trofeo e hizo que le llevaran su manto para poder limpiar la hoja, antes de guardarla en la lana cruda, dentro de la caja de regalo.

Breaca notó que una sombra se cruzaba con la suya, y se volvió. Corvo iba caminando por la arena hacia ella. La saludó, resueltamente. En latín le dijo:

—Felicidades, señora. Raramente he visto un tiro más afortunado. Si me permites, sería para mí un placer escoltarte de vuelta a tu asiento.

En tono mucho más bajo, en la lengua de Mona, que se suponía que no conocía, dijo:

—Tu hijo Cunomar se ha ido. Cygfa ha pedido permiso para seguirle. Yo se lo habría dado, pero Graine ha dicho que no. Y así confieso que soy un hombre que se deja dar órdenes por una niña de siete años. Mi único consuelo es que Cygfa también le ha hecho caso. Creo que deberías hablar con ambos. Si, como cree Graine, tu hijo pretende pasar sus largas noches y le detienen, sufrirá el mismo destino que este muchacho. Las cruces siguen vacías. Están tan sedientas de sangre como la tercera de tus lanzas.

parte III

mediados de invierno, 58 d. c. – otoño 59 d. c.

XVIII

A lo largo de todos los años de sueños de niñez y muchos más de desesperación adulta, Julio Valerio, que en tiempos fue Bán, hermano de Breaca de los icenos, nunca había imaginado que pasaría sus largas noches en una cámara de sueño en el corazón de un túmulo de piedra en las tierras más salvajes de Hibernia, en la compañía de un perro cuyo solo tamaño le aterrorizaba, ni tampoco que pasaría todo ese tiempo sumido en el horror más abyecto por su inminente fracaso.

El perro estuvo allí desde el principio. Valerio se rozó con él al ir avanzando de bruces a través del túnel sin luz que entraba en la cámara, y el perro se alzó, gruñendo, y presionó el morro contra su rostro, de modo que él supo que el animal era más corpulento que *Granizo*, si no mayor aún, y que no le gustaba nada su intrusión. Entonces no sabía lo pequeña que era la cámara, solo que el túnel finalmente se había abierto, de modo que pudo alzarse sobre los codos y rodillas y se sintió muy contento por ello.

Estirando los dedos para tocar la piedra vio que alcanzaba ambas paredes y presionaba con la cabeza contra el techo sin ponerse de pie del todo, siquiera; de ese modo, un túmulo que desde el exterior parecía lo bastante grande para albergar a la mitad de los ancianos de Mona, se reducía en el interior a un espacio apenas lo bastante grande para que un perro de guerra y un hombre permaneciesen juntos en él.

El perro no quería que estuviesen juntos. El gruñido había ido creciendo en intensidad, y volviéndose más y más amenazador, hasta que Valerio se sentó en el suelo de tierra y apretó la espalda contra la pared de piedra y se llevó las rodillas al pecho. Había sido oficial en la caballería del emperador, había dirigido ejércitos a la guerra y quemado poblados hasta los cimientos, y un simple perro le reducía al espacio más pequeño que podía ocupar.

Se habría reído por lo absurdo de aquella situación, pero el animal estaba demasiado cerca. Intentó, por tanto, hablarle en iceno, como si fuese *Granizo*, y eso le calmó un poco, dio unas vueltas y luego se echó en el extremo más alejado de la cámara, de modo que su aliento perfumaba el aire enviando leves corrientes por las curvas cerradas de las paredes hasta calentar la parte posterior del cuello de Valerio.

A su manera, la presencia del perro ayudaba a equilibrar la claustrofobia de la cámara. La pequeñez del recinto le había dejado mudo, y al mismo tiempo se maravilló de la habilidad con la cual los antepasados habían cogido una cantidad de piedras con las que se podría haber construido el muro exterior del palacio del emperador y la habían moldeado, transformándola en una perfecta colmena que

protegía el santuario de la cámara que se hallaba en su corazón.

Careciendo de otras distracciones, el hombre que antes fue ingeniero de las legiones exploró mediante el tacto aquel lugar que podía convertirse en su ataúd y último recinto donde reposara su alma. Las piedras de bordes agudos presionaban su espalda, tan cortantes como el día que se tallaron. Las losas que pavimentaban el suelo se unían con unas junturas tan perfectas que no se podía pasar ni una uña entre ellas. Solo un hueco algo más profundo, en el lugar donde él se sentaba exactamente, daba testimonio de los muchos centenares o miles que habían pasado sus largas noches exactamente en aquel mismo lugar, generación tras generación, desde que los antepasados de los antepasados construyeron aquel túmulo.

Cada uno de los que se habían sentado allí presumiblemente sabía con toda exactitud lo que los dioses y los soñadores requerían de él. Valerio en cambio estaba allí sentado ignorándolo todo, con creciente temor de sus propios miedos y su propia falta de conocimiento. Había esperado instrucciones, y sin embargo no se le había dado ninguna, y ya no había forma alguna de pedirlas.

MacCalma le había enviado allí y era el recuerdo de la voz de macCalma lo que llenaba el aire vacío: «Cuando soñabas, ¿a qué dioses rogabas, a los tuyos o a los míos?».

—Yo no tengo dioses.

Valerio lo dijo primero en los cercados que había detrás de la choza del soñador, en Mona. Y ahora lo volvió a repetir tranquilamente, al perro y a la oscuridad que aguardaba, y no supo si el silencio que siguió era buena o mala señal. Al final, creyó que lo que había dicho era cierto: Mitra le habló una vez en una cueva de Britania, y los dioses de los icenos se mostraron en Roma mediante sus acciones, pero ninguno de ellos había tocado su vida en los cinco años transcurridos desde que puso los pies en Hibernia por primera vez, y no tenía motivo alguno para pensar que lo hiciesen ahora. No se había dado cuenta del momento en el que se libró de los dioses, pero creyó que era bueno; su vida era más pacífica en su ausencia. No sentía deseo alguno de verlos regresar, pero sin su intervención directa el rito de las largas noches estaba condenado al fracaso, y Valerio a un final más terrible que la muerte.

MacCalma había expresado ese riesgo con gran claridad: «debes saber…, que cualquier fracaso significa la muerte, no solo para tu cuerpo, sino también para tu alma, y que ni siquiera yo, que soy Anciano de Mona, puedo mantenerte a salvo de ello».

Valerio no quería que le mantuviera a salvo ningún hombre. La vida no era segura, y no podía ser de otro modo. Creer otra cosa era una ilusión infantil, y Valerio dejó para siempre su infancia cuando abandonó su antiguo nombre y los dioses de su madre; no tenía intención alguna de verse seducido por ninguno de ellos, por muy grande que fuese la amenaza.

Todo niño conocía a alguien que no había conseguido pasar los ritos de la edad adulta, pero nunca personalmente. Los rumores pasaban de generación en

generación, con detalles de las innumerables rutas hacia la muerte. Algunos eligieron mal el sitio donde sentarse, y fueron asesinados por un oso o un rayo o una súbita inundación. Otros se encontraron con hacedores de sueños, guerreros vivos que los atacaron para probar su habilidad, con órdenes de matarlos si el niño que quería ser hombre no respondía con la velocidad de un guerrero. Algunos, sencillamente, se internaron en la noche y no volvieron jamás. Los soñadores registraban los senderos de los sueños en busca de sus almas perdidas. Solo muy raramente los llegaban a encontrar. Demasiado tarde se le ocurrió a Valerio que él no quería perder su alma, de ninguna manera.

Sabiéndolo, la única alternativa clara era enfrentarse a la oscuridad y todo lo que ella comportaba, y él no deseaba tampoco hacer eso.

Llevaba toda una vida de práctica ignorando aquellas cosas que no deseaba ver. En eso al menos era un experto. Solo con un perro dormido, con un mundo entero de piedra pesando a su alrededor, y carente de todo delirio, Julio Valerio, el antiguo iceno, exoficial del ejército de Roma, hijo de dos soñadores y asesino de muchos más, se sentó con las rodillas abrazadas contra el pecho y decidió no considerar siquiera que podía perder su alma.

Un tiempo después, sin pensar, estiró las piernas y las dejó planas, y apoyó la espalda contra un ángulo diferente de la piedra en la pared. Las últimas palabras de macCalma penetraron de ese modo por el hueco que había dejado en su disciplina.

«Sabrás cuándo es el momento. Yo no puedo ayudarte».

La voz del Anciano sonaba distante ya entonces, al principio. El túnel que conducía a la cámara le hacía señas y Valerio se arrastró por él, dando la bienvenida a la oscuridad tras el fuego demasiado brillante y el ardiente escrutinio de macCalma.

Había soportado la misma mirada ardiente durante nueve meses de compañía del Anciano, y había llegado a temerla y a temer las preguntas que presagiaba. Ingenuamente, aceptando la oferta de su derecho de nacimiento, Valerio había esperado que se le entrenara en las técnicas de los soñadores. Por el contrario, tras dejar a Bello al cuidado de Efnís, y viendo que poco a poco se volvía más hábil de cuerpo, aunque no recuperaba la vista, Valerio se había encontrado hablando de su enrevesado pasado mientras Luain macCalma dirigía el camino. A lo largo de nueve meses, por las noches, revisitó la falsa paz de la choza del herrero en Hibernia, caminó por Roma con Caradoc, se entrenó con Corvo (y le amó y fue amado por él), en Camulodunum, en Germania, en Galia.

Despojado de amor adulto, había regresado caminando a la niñez; había cuidado a *Granizo* para que viviera, había ayudado al nacimiento de una potranca parda, cabalgado el caballo de batalla de su padre y la yegua tesalia roja de la caballería en tierras de los icenos, y una vez, gloriosamente, derrotó a Amminio, hermano de Caradoc, en un juego de la Danza del Guerrero, con la vida de un niño esclavo como apuesta.

Como el agua que fluye, las preguntas le habían ido desgastando, hurgando en las

grietas de su seguridad en sí mismo hasta que, tres noches de cada cuatro, se retiraba al lecho jurando que abandonaba y volvía a Hibernia solo. Cada mañana se despertaba y continuaba, como ambos sabían que haría, como estaba haciendo entonces, en la oscuridad caldeada por aquel perro, sin nadie que le empujara ni le diera apoyo cuando lloraba.

Solo la voz de macCalma llegaba hasta él en el silencio, un eco de la realidad convertido en real de nuevo en la piedra.

«Te ofrezco tu derecho de nacimiento».

Era lo que su alma había anhelado a lo largo de toda su vida adulta, y no tenía sentido alguno negarlo.

Aquella simple promesa mantuvo a Valerio a lo largo de la espantosa travesía de Mona a Hibernia, y le mantuvo silencioso, al menos temporalmente, cuando llegaron noticias ya a mediados del verano de la muerte lenta del gobernador de Britania. Los rumores decían que los soñadores le habían matado igual que a su predecesor, Scapula, como venganza por la muerte de un muchacho.

Al preguntarle, macCalma sonrió y dijo:

—No fuimos nosotros. La antepasada-soñadora mató a Scapula a petición de Airmid, pero tu hermana sola fue quien mató a éste, con una pequeña ayuda por parte de las osas de los caledonios y su extraordinario acuerdo con los dioses.

Su hermana, Breaca, cuyo nombre no se mencionaba nunca.

La mente de Valerio se apartó bruscamente de aquello y macCalma no volvió a atraerle hacia allí, aunque fue lo más cerca que llegó nunca con el anciano a discutir los caminos de los dioses y los soñadores y los medios por los cuales unos pueden hablar con otros; eso y la única frase críptica dada a Valerio y que ya le estaba apartando por completo del mundo:

«Lo sabrás cuando llegue el momento».

No existía el tiempo. La cámara de sueño de los antepasados era demasiado oscura. Careciendo de luz, Valerio había perdido toda sensación de tiempo. Careciendo de tiempo, se había perdido a sí mismo, su alma atrapada en su propia compañía con su pasado demasiado vivo a su alrededor; nueve meses de conversaciones lo habían conseguido.

Luchando contra un pánico creciente, intentó refugiarse en el presente, descubriendo, demasiado tarde, que ya no había nada que lo retuviera excepto la lenta respiración de un perro y el eco sin fin de la voz de macCalma que desgranaba adivinanzas de las cuales no sabía la respuesta:

«Lo sabrás cuando llegue el momento».

¿El momento de hacer qué?

«Te ofrezco tu derecho de nacimiento…»

Y yo acepto. Pero dime qué debo hacer.

«No puedo ayudarte».

¿Y quién me ayudará, si no eres tú?

Valerio habría llorado, si hubiese servido para algo. En la desesperación de sus sueños adultos, nunca había imaginado un fracaso de esa magnitud. El chico que era Bán había soñado con sus largas noches, a salvo y al cuidado de su madre, que no le dejaría fallar. Ahora estaba fallando sin poder evitarlo.

«Lo sabrás».

Pero no sabía nada, y no tenía ningún medio de averiguar nada. Desesperado, se volvió de lado y se echó, retorciéndose hasta que su espalda quedó bien resguardada en la cueva del perro y el peso de su aliento protegió su nuca. Echado así, como había hecho en la niñez, Julio Valerio cerró los ojos y buscó la libertad del sueño.

* * *

«¿A qué dioses rogabas?»

—Yo no tengo dioses.

Su propia voz le despertó, demasiado estridente para la oscuridad. La pregunta de macCalma flotaba ante él, como si la acabase de formular.

Los dioses vengativos se rieron y cegaron de nuevo a Bello, asesinando a un potro como precio de sangre para ellos. Mitra andaba entre el fuego y el agua, y la sangre de un toro asesinado llenó la cámara de los antepasados y la lavó la marea.

—Tienes demasiados dioses. No puedes conservarlos a todos. ¿Cuál eliges?

La voz era la suya propia, llevada fuera de sí mismo. Salió del aire seco y la piedra más seca aún, y le repercutió en los huesos.

Media docena de respuestas se apelotonaron, buscando espacio. Si hubiese estado en compañía de alguien (aunque hubiese sido macCalma, o Teófilo, o Corvo, quien hiciese tal pregunta), Valerio habría elegido la respuesta que le mantenía distante y a salvo. En su ausencia, miró hacia la oscuridad y esperó que muriese el clamor en su interior. No se proponía jugar con una mente que se había sacudido y liberado de sí mismo. Había entregado una parte demasiado importante de su vida a los fantasmas y las ensoñaciones forjadas entre el dolor y el aislamiento. Ansiaba unas largas noches que fueran reales o, en caso contrario, nada en absoluto.

Cuando hubo silencio al fin, y Valerio estuvo seguro de sí mismo, dijo, con toda claridad:

—Marchaos.

La oscuridad quedó sumida en el silencio. El tiempo siguió avanzando, y a él se le concedió su deseo: el aire no volvió a hablar. La espera pesaba sobre él como una montaña.

Con la cabeza aturdida, se incorporó y quedó sentado. El perro se levantó lentamente con él. Ambos habían compartido el sueño y el tamaño y la presencia del animal ya no representaban amenaza alguna. Era libre para irse, mientras que Valerio

no lo era. Que decidiese quedarse era un regalo, y lo aceptó como tal. El animal se puso de pie y se estiró en el reducido espacio, y se volvió y se echó con la barbilla apoyada en el muslo del hombre, como yacía *Granizo* en los días alegres de su juventud.

Aquel perro era mayor que *Granizo*, muy cerca del tamaño que él había imaginado que tenía *Granizo* cuando las sesgadas escalas de la infancia hacían enormes todos los perros, y a *Granizo* el mayor de todos ellos. El pelaje era largo y áspero, como el de *Granizo*, y en la oscuridad, Valerio era libre de imaginar las manchitas blancas que habían dado su nombre al primer perro que tuvo, el mejor de todos. Enterró su rostro en el áspero collar de su melena. El olor le asfixió; perro y hoguera y liebre y familia y hogar y todas las cosas perdidas.

El hombre que había sido se habría alejado de aquello, en lugar de recordarlo. El hombre en el que se había convertido, producto de la oscuridad y de los dioses y de lo desconocido, se internó de buen grado por el fango de su pasado, y rogó que éste ahogara la voz de Luain macCalma.

Funcionó durante un rato, posiblemente durante días (no tenía modo alguno de medir el transcurso del tiempo) pero no podía durar para siempre. Luain macCalma iba a buscarle desde el reciente pasado, bloqueando cualquier posible vía de huida. Su voz era más solida que antes, como si hablase desde el lecho de roca de la cámara.

«Cualquier fracaso supone la muerte, no solo para tu cuerpo, sino también para tu alma».

Fracaso.

La negrura apestaba a fracaso, y nunca desaparecería.

Enfrentado a la única opción posible, Julio Valerio, que en tiempos fue Bán de los icenos, apartó la cabeza del perro de su muslo, levantó por segunda vez las rodillas hacia su pecho y empezó al fin a considerar qué podía representar exactamente perder su alma.

El proceso no era agradable ni digno. Para imaginar la pérdida de su alma primero tenía que descubrirla, trazar los mapas de sus límites, sus contornos y sus texturas, y las muchas formas en las que no había atendido a sus llamadas. Había creído que era honrado en su falta de honradez; poseído por una integridad que, aunque era retorcida para los cánones de su familia, tribu y amigos, sin embargo le permitía seguir siendo fiel a sí mismo. Cada acción que había emprendido había sido contrastada con el arma demasiado afilada de su propio juicio y la trama de su vida se había tejido en torno a él.

Con una honradez que desnudaba hasta los huesos todo sentimiento oculto, Valerio se dispuso a comprobar la veracidad que había en ello. Yendo mucho más lejos de lo que macCalma le había pedido, retrocedió hasta los primeros recuerdos de su vida y fue pasando a lo largo de meses y años, catalogando para sí y para los dioses ausentes todos los fracasos de su integridad, cada mentira a sí mismo, cada ejemplo de mortal debilidad.

Si debía hacer un cálculo, supuso que un día entero y parte de una noche podían haber pasado en el lento desentrañamiento de los errores de su vida. El perro se fue en una ocasión y luego volvió, oliendo a sangre fresca y, con menos intensidad, a orina. No trajo carne alguna para Valerio, pero era dudoso que hubiese podido comer por entonces. Estaba demasiado inmerso en el desmantelamiento de sí mismo.

Esperó que llegasen los fantasmas, susurrando sus iras y absorbiendo toda su cordura, como venganza por lo que había hecho cuando sus muertes todavía eran recientes. Pero su ausencia, de forma perversa, le dejaba vacío. Había un cierto consuelo en el desconsuelo de su furia. Él no pedía la ayuda de los dioses, y ellos por tanto, al no pedirles nada, no respondían. Cada paso que daba lo daba solo, sin ayuda, y mediante su ausencia, Valerio llegó finalmente, de mala gana, a reconocer su presencia en todo lo que había ocurrido antes. Le gustase o no, todas las partes de su vida habían estado moldeadas dentro de los brazos protectores de los dioses sin nombre.

Incluso entonces. En aquel preciso momento. Pasó por los últimos recuerdos y llegó a descansar en el presente, y no se encontró solo. Los dioses de su pasado estaban todos en torno a él: Briga y Mitra, Nemain y Júpiter, y Manannan de las olas, que le provocó mareos, pero no le mató. La cámara estaba atestada con su presencia, observándole, esperando que actuase. El perro los notó y gimió, lamiendo su muñeca con una cálida lengua, como consuelo para ambos.

En voz alta, Valerio dijo:

—¿Qué queréis de mí?

Los dioses no respondieron. Su silencio le aplastó. Su espera al final le condujo a actuar.

A lo largo de las horas, a lo largo de los días, Valerio intentó todos los actos de sueño que había imaginado… y fracasó en cada uno de ellos. Construyó imágenes en la oscuridad y se fundieron. Contó relatos que macCalma le había contado a él, y sus héroes no cobraron vida. Nombró los mil fantasmas de sus muertos y ellos fueron caminando, y pasaron, y pasaron, hasta que solo quedó el recuerdo de sus sombras. Vio una y otra vez y descartó una y otra vez cada partícula de su vida, limpiando todos los pasadizos de su alma hasta que los vientos soplaron a través, y se sintió vacío de todo pensamiento y de toda sensación. Los dioses contemplaban, y esperaban, y seguían sin ofrecer nada.

«Lo estás intentando demasiado». Bello hablaba desde la parte más segura de su pasado.

Valerio dijo:

—Ya lo sé. No sé hacerlo de otro modo.

El perro vino a sentarse frente a él. En su recuerdo, los ojos del perro eran color ámbar. Decidió pensar también en aquello. Sujetó la gran cabeza entre ambas manos y dijo:

—Amigo, lo siento mucho. Has custodiado al hombre equivocado a través de

unos peligros que no vienen del exterior. Te deseo suerte con los otros que vengan detrás de mí.

No acabó por piedad por sí mismo, ni por amargura, sino solo porque no podía hacer nada más. Presionando ambas palmas contra el suelo, Valerio se incorporó, notando la protesta de sus articulaciones y músculos, que ardían por haber estado demasiado tiempo tensos. El techo de la cámara rozaba la parte superior de su cabeza. Estirando ambas manos, tocó con las palmas la piedra a cada lado. El perro apretó la barbilla contra su muslo. Si la vida hubiera sido diferente, habría sido bueno ir con él cabalgando a la batalla.

Se inclinó un poco hacia la oscuridad expectante.

—He fracasado. Me disculpo. Quizás hubiera debido hacerlo siempre. Os doy las gracias por evitar que comprendiese esto hasta ahora, y vivir la vida que he vivido. Con todos sus fallos, con todas las muertes y las pérdidas y el dolor, ha sido la más plena y la mejor que podía haber tenido, por lo cual os doy mis más sinceras gracias.

No esperaba respuesta alguna y no la tuvo. Se abrió camino tocando las paredes y llegó al túnel que habían construido los antepasados. Cuando entró a rastras, lleno de esperanzas, aquel lugar le pareció un útero, y se imaginó a sí mismo emergiendo, renacido, a la luz, como un hombre en paz con sus dioses y heredero del legado de los soñadores de Mona. Solo por semejante orgullo se merecía lo que se avecinaba. Se arrastró hacia afuera, hacia el aire fresco, más allá de los grabados en espiral del pasado, e intentó recordar las distintas formas de morir de aquellos que habían abandonado sus largas noches. Pero también en eso fracasó.

* * *

Valerio salió a una noche sin luna y con pocas estrellas, y aun así le pareció luminosa.

Esperando la muerte o el lento principio de ella al menos, fue a gatas con toda la dignidad que pudo por encima de la piedra de guardia, hasta la entrada del túnel. En el camino de entrada, la luz del fuego de macCalma había inundado los grabados en la superficie de aquella losa, arrojando sombras en las esferas y círculos grabadas por los antepasados. Ahora, no había nada salvo un viento templado de invierno y los grises plateados de una tierra que se consideraba a sí misma negra.

El perro no le siguió al exterior. Pensó en llamarle y decidió no hacerlo; era más seguro que no quedase atrapado en lo que se avecinaba. Colocándose las manos junto a la boca, envió su voz hacia fuera, desde el túmulo:

—¿Hola?

Se sintió algo estúpido, y más aún al no recibir respuesta. Se le puso piel de gallina, y sus intestinos hambrientos se acalambraron, pero nadie apareció; no había soñadores esperándole, ni cuchillos, ni cuerdas para atarle mientras le arrancaban la

piel del pecho y le abrían el vientre en vivo para que se lo comieran los cuervos. Se había colocado de nuevo la turba sobre el círculo de fuego de macCalma. Si Valerio no sé hubiera sentado ante él durante una noche entera, esperando al amanecer para entrar en la cámara, no habría sabido dónde se encontraba.

Los dioses y el perro le habían abandonado, pero Valerio no creía que Luain macCalma le dejase al final. No quería que le viesen buscando, de modo que se sentó en la piedra de guardia a esperar. Después de la intensidad de la cámara de los antepasados, había una paz muy agradable en no pensar en nada.

Al final, como seguía sin aparecer nadie para matarle, recordó el lugar donde estaba almacenada la madera. Buscando en una cavidad en el lado más septentrional y seco de la colina, encontró leña y un recipiente de fuego con unas brasas antiguas ya moribundas. Él era oficial de caballería auxiliar, o al menos lo había sido, y había encendido fuegos con menos que aquello, y se había calentado con ellos.

El instinto le apartó de la colina, y se dirigió hacia una franja de antiguos robles con un río que serpenteaba por en medio. Había pasado muchísimo tiempo sin agua. En el lugar de los sueños aquello no parecía importar. En presencia de una inacabable corriente de agua clara y fría, la sed le consumió. Se echó en el suelo y sumergió el rostro en el agua, y bebió durante una eternidad que se prolongó tanto como el tiempo que había pasado en el túmulo de los antepasados.

El frio le tranquilizó y le procuró un objetivo. Colocó la leña en un lugar donde el río se curvaba sobre sí mismo, de modo que el agua rodeaba tres de sus lados. Su fuego ardía con llamitas pequeñas. A su luz, se echó en la orilla y sumergió las manos en el agua, y escupió en la superficie para atraer a los peces de invierno. Eran pocos, pero él se sentía poseído por una paciencia que habría asombrado a aquellos a quienes había dirigido, entre los cuales la cortedad de su genio era proverbial. En los momentos más oscuros de la noche, aquellos que preceden antes del amanecer, cogió una trucha pequeña y la asó. Solo el aroma ya resultaba divino; el gusto era delicioso.

Después se sentó junto al fuego a esperar. Si hubiese estado preocupado por su propia seguridad, habría mantenido el río detrás, como protección. La seguridad era la última de sus preocupaciones, y por lo tanto se encaró hacia el este, hacia el lugar donde la luna tardía se había alzado sobre el horizonte, y se quedó con el agua de frente y a ambos lados, y con la espalda expuesta a cualquiera que pudiese llegar.

No le parecía posible que ninguna noche le volviese a parecer tan oscura. La esquirla de luna de Nemain era tan brillante como el sol de mediodía. Incapaz de mirar directamente a la diosa, Valerio contemplaba su reflejo en el río. El agua era su dominio. De niño, creía que la proximidad con el agua volvía locos a hombres y mujeres. Ahora le daba la bienvenida a la calma que traía consigo.

El agua estaba viva; pequeños peces besaban la superficie, y grandes ondulaciones chocaban con las piedras y se entretejían unas con otras. La luna se rompió y se deshizo, de modo que toda la superficie del agua se convirtió en plata hirviendo, extrañamente atrayente. Cuando el brillo se extendió de una orilla a otra, Valerio se

puso de pie, se quitó la ropa y fue avanzando, y se sumergió hasta el cuello y más aún en un agua tan fría que quemaba.

Tal y como la cámara de los antepasados había limpiado su mente, el río de Nemain limpió su piel. Quedó echado de espaldas, con solo la nariz por encima de la superficie, y luego ni eso. Llevaba el pelo más largo entonces, y quedó flotando como algas, haciendo flotar su cabeza y al mismo tiempo empujándola hacia abajo. Su piel llegó a acostumbrarse al frío, de modo que el agua y las suaves rocas del río le acariciaban más que irritarle, y se regodeó en esa sensación, él que llevaba cinco años durmiendo solo y había olvidado lo que era que le acariciasen con amor. Extendió brazos y piernas contra la corriente y poco a poco, entre una respiración y la siguiente, el río se fue convirtiendo en un amante, conmoviéndole con una pasión mayor que la que había sentido por Corvo, o por Longino, o que el insatisfecho e inconfesado anhelo que sintió por Caradoc.

Luchó contra ella al principio; el río no solo pertenecía a Nemain, sino que «era» Nemain, hija de Briga, la que cuidaba de todo lo vivo, la que propiciaba el nacimiento, la que mantenía los ciclos. Toda su vida había imaginado a esa diosa como Airmid, de modo que a menudo, en sus sueños, las dos eran una. Valerio nunca había deseado a sabiendas a Airmid ni a ninguna otra mujer, ni podía imaginarse haciendo tal cosa, pero el río le tocaba en algún lugar más allá de su carne, y su mente estaba demasiado cansada para resistir el tirón de una diosa, de modo que se rindió, acordándose de respirar solo cuando la superficie fue a su encuentro.

* * *

Después se preguntó por qué había hecho aquello; ahogarse no era, ni mucho menos, la peor forma de morir. Tiritando, salió a la orilla, helado y agotado, y vacío también, de una forma que la colina del sueño no le había provocado. Se vistió, avivó el fuego y las llamas ya no eran demasiado brillantes para mirarlas, ni el horizonte del este, donde el primer fuego del sol vertía el oro molido sobre la tierra.

La luna todavía remoloneaba en el oeste, como una hoz fantasmal sobrepasada en luminosidad por la luz más brillante del sol. Valerio se volvió de cara a ella y se sentó un rato, sin pensar.

En el pasado, fantasmas y dioses por un igual le habían hablado con voces demasiado estruendosas para ignorarlas. Allí, en las orillas del río que estaba consagrado para siempre a la hija de Briga, Valerio averiguó por primera vez lo que era escuchar el susurro de un dios, sentir un conocimiento que fluía más allá de las palabras a medida que Nemain venía a descansar en el centro de su ser.

No le ofrecía una visión de gloria futura, ni un final para todos sus sufrimientos; él no habría creído ninguna de esas cosas, ni las hubiera pedido tampoco. Por el

contrario, a través del lento transcurrir de la luna, descubrió dentro de sí mismo la totalidad de toda alegría y todo dolor y el lugar de su alma como equilibrio entre ambos. Era un regalo más grande del que nunca había obtenido, y no parecía existir posibilidad alguna de que se lo pudiesen arrebatar.

Al final, cuando cesó el susurro y lo único que quedó fue el contacto leve como una pluma de la luz de la luna, y un recuerdo pasajero del agua, se puso de pie y apagó el fuego, lo desmanteló y cubrió las cenizas de modo que no quedase traza alguna de su paso.

Estaba arrodillado esparciendo hojas muertas encima de los cortes de la turba cuando desde algún lugar por detrás de su hombro izquierdo, Luain macCalma le preguntó:

—¿Adónde vas?

No era inesperado, solo más tardío de lo debido. Todavía arrodillado, Valerio dijo:

—Iba a Mona a buscar a Bello y discutir de su futuro como ciego en la tierra de los videntes. Con el entrenamiento adecuado, creo que incluso podría ser un buen curandero. Después, tan pronto como los mares estuviesen abiertos a la navegación, pensaba que podía cruzar el mar hacia Britania. Allí encontré una vez a Mitra en una cueva. Si voy a vivir, me gustaría hacer las paces con él.

—¿Y vas a vivir?

—No lo sé.

El aire de la mañana era cortante por la escarcha; las primeras capas de ésta recubrían como un grabado las hojas de roble detrás de macCalma, de modo que su cabello parecía de un negro mucho más oscuro. Su rostro estaba atrapado en parte entre la luz del sol y la de la luna, sin iluminar bien del todo por ninguna de las dos. Llevaba su correa de soñador de corteza de abedul enrollada en la frente por primera vez desde hacía nueve meses, y la hoja que portaba al cinto era curvada en la punta, como un cuchillo de desollar.

Valerio iba desarmado, y llevaba así desde que llegaron a Hibernia. Al ponerse de pie se sintió más desnudo de lo que había estado cuando entró en el río. Su piel se erizaba al rozar con la túnica. Nemain no le había prometido una vida larga, ni la ausencia de dolor. La certidumbre de ese hecho le rodeaba, muy aguda.

Se pasó la lengua por el borde de los dientes.

—¿Cuál es el castigo para un hombre que abandona sus largas noches?

MacCalma sopesó su cuchillo en la palma de la mano.

—La muerte, desde luego. Aquellos que no se cortan la garganta o se entregan al agua de Nemain se enfrentan a una muerte rápida a manos del vigilante. No hay necesidad de mayor castigo. El fracaso en sí basta.

—Desde luego —de modo que macCalma, después de todo, estuvo presente todo aquel tiempo. Valerio lamentó no haberle buscado más atentamente. Dijo—: No tengo cuchillo propio con el que cortarme la garganta.

—Ya lo sé. Y el río no te ha querido aceptar, aunque te has entregado plenamente a la diosa. ¿Eso no te dice nada?

—Que el hombre que asegura ser mi padre decide vigilarme sin hacer saber su presencia —Valerio escupió como hacía en la legión, con mucho ruido y mucha flema — Deberíamos hacer lo que se debe hacer. No creo que quede nada más que decir que no se haya dicho en los últimos nueve meses. Si me das el cuchillo, lo haré yo mismo, para evitarte la contaminación de la sangre.

—¿Caerás bajo el cuchillo como hacen los romanos? ¿Tan desesperadamente quieres morir?

—No quiero morir en absoluto. Más bien pienso que se me acaba de mostrar cómo vivir, y agradecería la oportunidad de hacerlo. Pero si no tengo elección, preferiría morir limpiamente, por mi propia mano, que a través de los falsos cuidados de otro hombre.

—Valerio, siempre has tenido elección.

MacCalma era el Anciano de Mona; podía poner más sentido en una frase que otros en todo un día de charla, y así lo hizo. Un dios y un mundo esperaban, mientras que las muchas capas de sentido se fueron superponiendo y formando un todo.

Valerio se sentó en la turba, donde antes estuvo su fuego. La última calidez que albergaba mantuvo la escarcha apartada de sus pies. Miró hacia la luna y vio el último y frágil resto que quedaba en el horizonte occidental. Su presencia templaba su alma. Mitra nunca había hecho tal cosa, ni siquiera en la cueva.

Frunció el ceño y se miró los dedos, y luego miró la hierba. Algunas cosas quedaban claras, otras no.

Al cabo de un rato, todavía sentado, dijo:

—Las largas noches de Breaca no acabaron así.

Luain macCalma se quitó el manto, lo dobló y se sentó encima de él. Tenía carne de gallina en los brazos desnudos. Apoyando la barbilla en su mano vuelta hacia arriba, dijo:

—Tu hermana era una niña que tenía que aprender en qué se convertiría cuando fuese adulta y guerrera. Ella tenía que experimentar en lo más profundo de su alma la realidad de la vida y la muerte. Tú en cambio te hiciste adulto antes de hora, y ya no hay nada que nadie, sea dios o soñador, te pueda enseñar de la vida o de la muerte. Mientras otros pasan sus largas noches para acceder de la infancia a la edad adulta, tú las has pasado a la inversa, para dejar de aprender lo que habías sido y así poder averiguar en qué podías haberte convertido. ¿Lo has hecho?

Nueve meses de interrogatorio quedaban así excusados con mucha palabrería. Valerio consideró lo que era, lo que había sido y aquello en lo que podía convertirse. La cámara de los antepasados había soltado las anclas de su pasado, y Nemain le había dado la seguridad de su presencia a través de la muerte y más allá. Ninguna de esas cosas le ofrecía un cimiento sólido sobre el cual construir un futuro vivo. Un recuerdo le incordiaba.

—¿Era real el perro? ¿Aquel con el que he compartido oscuridad?

—¿A ti te parecía real?

—En aquellos momentos sí lo creía —el recuerdo de una lengua en su muñeca era tan real o irreal como todo lo que había ocurrido en la cámara. Valerio dijo—: ¿El perro es mi sueño entonces, como la liebre es el de Airmid? La anciana abuela me llamó soñador del caballo.

—Y cazador de liebres, creo recordar. Cosa que nunca te ha impedido cazar ciervos o jabalíes.

—U hombres. Sí, es cierto. Yo no sabía que uno podía elegir.

—Pocos pueden hacerlo. Tú eres uno de esos pocos.

—Gracias.

Más que cualquier sueño, Valerio anhelaba desesperadamente que ese perro fuese real, que saliese corriendo de la cámara y caminase a su lado, cazar con él y cabalgar con él y recordar todo lo que había perdido. La desilusión formó un círculo completo con la primera esperanza y la primera pérdida.

«Te ofrezco tu derecho de nacimiento».

Como un niño que pregunta por la liebre que vive en la luna, Valerio dijo:

—Tú me has preguntado si había averiguado en qué podía convertirme. Hubo un tiempo en que quise, más que nada en el mundo, convertirme en guerrero, pero ya lo he sido, y mi alma no estaba del todo en ello. Si me dieran a elegir otra vez, me convertiría en soñador. ¿Tengo elección?

—¿Cómo? —macCalma lanzó una carcajada. Se pasó una mano por el pelo, alterando la cuidadosa colocación de su cinta de soñador, luego la volvió a enderezar y se pellizcó la nariz.

Al cabo de un rato dijo, con una cierta desesperación:

—Tú eras soñador desde que tenías siete años. Hiciste vivir a *Granizo* con tus sueños. Llamaste a la yegua tesalia roja a través de un océano tormentoso mediante el simple poder de tu necesidad. Viste a Amminio y enunciaste la naturaleza de su traición en una visión en vigilia, mucho antes de que ninguno de nosotros viese nada más que al hijo de un guerrero. ¿Realmente no sabes lo que eres?

La liebre de la luna se acercó, pero no se dejaba capturar. Demasiado aturdido para pensar, Valerio dijo:

—Pero yo no sé cómo hacerlo. No sé cómo lo haces tú.

—¿Pero quieres aprender?

Valerio estaba llorando, pero no le importaba. Nemain le sostenía, y le completaba.

—Dioses, sí, claro que sí. Más que cualquier otra cosa, cueste lo que cueste, quiero aprender a ser como tú eres.

MacCalma sonrió y de repente pareció diez años más joven. Se puso de pie y se echó el manto por encima de ambos hombros.

—Bien. Muy bien. En ese caso, creo que podría enseñarte. Deberías hacer las

paces con Bello y con Mitra, tal y como planeabas. Te esperaré en Mona.

Se volvió hacia el río y luego se volvió otra vez hacia él.

—Creo que si pones toda tu mente en llamar al perro de la cámara, es posible que venga.

XIX

CONSAGRADO A LA MEMORIA DE QUINTO VERANIO,
CUARTO GOBERNADOR DE BRITANIA
PRIMER GOBERNADOR DE LICIA Y PANFILIA...

Exactamente un año después del día en que arrojó una lanza de garza, con la hoja de plata, hacia el corazón de un joven guerrero iceno, se descubrió un monumento al difunto gobernador de Britania junto a la aldea de su amigo y leal aliado Prasutago, rey de los icenos.

Como su gemela, que fue colocada en el muro del teatro de Camulodunum, la losa era de mármol gris, con un matiz casi de plata y pulida hasta parecer un espejo. A diferencia de su gemela, sin embargo, ésta se alzaba sola, colocada a un lado del camino al salir de la aldea. De la altura de un hombre y la mitad de ancha, la había colocado el mismo cantero ibérico que la había esculpido y entregado, de modo que el sol poniente arrojase una limpia sombra a su través y hacia el camino. Con la superficie grabada, cuadrada y cortada rudamente, contenía la historia escrita de toda una vida:

RESONANTE VICTORIA SOBRE LAS TRIBUS DE LA MONTAÑA CREÓ LA PAZ A
PARTIR DEL DESORDEN AUGUR Y CÓNSUL EN EL AÑO...

La niebla se enroscaba alrededor de la piedra y detrás de ella, pesada como el agua. La ceremonia de descubrimiento se había retrasado un día en la esperanza de que el tiempo mejorase. Por el contrario, los dioses habían espesado aún más el aire, enviando oleadas de niebla remolineante para ocultarlo y taparlo todo, de modo que Breaca, que estaba de pie ante la estela y un poco a un lado, quedaba aislada en una tierra aparte, compartida solo por el físico, Teófilo, a su izquierda, y a su derecha Deciano Catón, el flaco, aburrido y arrogante y enormemente peligroso procurador de impuestos del emperador.

Eran lo mejor y lo peor que podía ofrecer Roma. Teófilo había pasado la primavera y el principio del verano después de la prueba de lanza atendiendo al gobernador moribundo, pero a finales del verano al fin quedó libre de aceptar el ofrecimiento de Breaca y pasó la mayor parte de los tres meses posteriores en tierras icenas, intercambiando sabiduría y curación con Airmid. Otro medio año y ella le podría haber nombrado soñador, y nadie lo habría discutido.

El procurador, por el contrario, era una alimaña: una sanguijuela de la vida de las tribus. «Si no sublevas el este —le había dicho un fantasma—, Roma desangrará a tu pueblo hasta dejarlo seco». Breaca había pasado el invierno anterior haciendo sin parar puntas de lanza y espadas, y el verano anterior a éste en una tranquila y cuidadosa búsqueda de guerreros en los cuales pudiera confiar su vida y sus planes para un futuro de guerra, pero todavía no había conseguido reunir un ejército. Careciendo de él, el procurador iba a hacer todo lo posible para desangrar a los icenos y a las tribus del este hasta dejarlas secas.

También era, en ausencia del gobernador en las guerras occidentales, el hombre más poderoso del emperador en la provincia de Britania. Hasta que Breaca consiguiese reclutar a un número suficiente de guerreros para enfrentarse a las legiones, no se podía hacer otra cosa más que ofrecerle sus derechos como invitado y dejar que Tago negociase las reducciones de impuestos que pudiese de un hombre que lo valoraba todo en medidas de oro.

Tago había hecho lo que había podido. Detrás, esperando entre la niebla, se encontraban los ochenta veteranos mercenarios del séquito personal del procurador. Hacían guardia ahora en sus carretas, dentro de las cuales, sellados y vueltos a sellar con cera y plomo fundido, se hallaban los sacos de monedas entregados por Tago de sus baúles de dinero para que fuesen enviados al tesoro del emperador, menos un sustancioso porcentaje para el procurador.

Las carretas no contenían la importante cantidad de pieles que se habían requerido, ni tampoco el procurador había tenido en cuenta el valor de los tres sementales que pacían en los cercados cubiertos de niebla detrás de la aldea, ni las yeguas de cría que corrían dentro de cada uno. En realidad, no se había alejado más allá de la forja de Breaca ni de la choza recién construida detrás de ella, que albergaba un almacén de hierro crudo y los fardos de espadas que se habían ido haciendo a lo largo del invierno.

Por todas esas cosas y el descanso que representaban, Breaca daba las gracias.

La niebla se acercaba más y más. Unas letras grabadas en negro sobresalían de la superficie de la losa y flotaban en el aire.

... SENADOR Y VALIOSO CONSEJERO DEL EMPERADOR CLAUDIO, QUE LOS DIOSES LE ACOJAN POR SIEMPRE...

Si los dioses le acogieron, la verdad es que se tomaron su tiempo para hacerlo. Su muerte se había prolongado cuatro meses, y había sido tan desagradable como la de Scapula, el gobernador asesinado por la antepasada-soñadora a petición de Airmid.

El principio había sido lento e insidioso. Desde el último día de la luna vieja después de la muerte de Eneit, Breaca yacía despierta por las noches, escuchando los vientos de los dioses que soplaban al sur de Camulodunum para recuperar lo que era suyo de aquél que había fallado en la prueba de los antepasados. No se llevaron el

alma de Breaca, ni hicieron sufrir atroces dolores a su cuerpo, como hicieron con el gobernador, y solo por ese hecho se confirmaba que fue su lanza la que mató a Eneit, y no la del general romano.

Así se respondió una de sus dos preguntas: ¿quién de nosotros dos mató a Eneit? La segunda pregunta, ¿dónde está Cunomar?, obtuvo respuesta más tarde, a mediados del verano. Cuando el gobernador se hallaba ya en el umbral de la muerte, Ardaco volvió de una cacería con la noticia de que se había visto a un joven de cabello rubio de los icenos viajando hacia el norte, hacia las montañas de los caledonios.

Poco después, el mismo Cunomar empezó a aparecer en los sueños de Breaca, acechando desnudo entre un bosque intacto, pintado con las líneas en espiral de cal y el glasto de las osas.

Su hijo era más alto y más ancho de hombros de lo que lo recordaba. Llevaba una lanza idéntica a aquella que ella había arrojado, pero las plumas ligadas al cuello del mango eran de un cormorán, no de una garza, y la hoja no era de plata, sino de hierro, con unos signos grabados a lo largo que jamás había visto.

Era una buena lanza, bien equilibrada para su brazo, y él empezaba a aprender cómo aunar su alma con ella. En el sueño, ella le veía seguir a un oso macho herido que ya había desgarrado los miembros de otros dos cazadores que habían intentado seguirle. Cuando, la segunda noche, Cunomar lo mató, arrancó el corazón de su pecho y lo sujetó con ambas manos, hablando directamente a Breaca con una seriedad que hacía esencial escuchar lo que le decía.

Pero ella no podía oírle. Durante tres noches sucesivas ella volvió al mismo lugar y al mismo momento y vio la misma muerte. Tres veces en el sueño su hijo alzaba el corazón que todavía latía del oso macho y le hablaba, y tres veces ella esforzaba todos sus sentidos y aun así no podía oír el mensaje que tanto le importaba a él darle.

Cunomar tampoco podía oír a su madre. No quedó palabra alguna cuando él huyó del teatro, ni oportunidad alguna de hablar y de arreglar lo que se había estropeado. Dondequiera que él viviese (o muriese) lo importante era que supiera que Breaca había matado a Eneit limpiamente, que la lanza del gobernador había caído en una carne ya muerta, y que Eneit había muerto con el corazón de un guerrero, y que le enviaba su amor y su nombre a Cunomar como último regalo.

Por la noche ella se esforzaba por decir todo eso en voz alta en el sueño, de modo que él pudiese oírla y curase su ira, pero la canción del alma de la lanza salía de su boca y ella no podía darle ningún sentido a las palabras. Por la noche, el sueño que era Cunomar miraba a través de su madre, a un espacio que había más allá, y Breaca se despertaba, siempre, con la mancha de aquella mirada nublando el día, y el vacío de la necesidad que se veía en ella.

A finales del verano los sueños ya eran distintos, y Cunomar ya no andaba en ellos. El mundo se había desplazado y otras vidas importaban más que la de un joven que buscaba su edad adulta. El gobernador murió cuando la luna cambiaba de vieja a nueva, cuatro meses después de la prueba de lanza y tres desde que empezó su

enfermedad. Sabía lo que se avecinaba y lo había planeado todo, pero aun así, el emperador y su senado en Roma no consideraron urgente enviar un nuevo gobernador a su provincia más septentrional. Las legiones de Britania una vez más habían quedado sin líder, y los guerreros del oeste aprovecharon la ventaja que ello les ofrecía, lanzando oleadas de ataques a los fuertes de la frontera.

Las noticias de legionarios asesinados se filtraron hacia el este, y las cohortes estacionadas en torno a Camulodunum se pusieron nerviosas y empezaron a patrullar los caminos con un fervor que dificultaba incluso el comercio. Así, Breaca pasó los meses que conducían al pleno verano intentando encontrar alguna forma de que su gente atendiese los campos evitando que todos los adultos fuesen detenidos a punta de espada por poseer una azada y todos los niños golpeados por levantar una piedra del suelo junto a un cercado.

La antepasada-soñadora había llenado sus sueños con imágenes de niños muertos de hambre y esclavizados, y Breaca se alegró perversamente cuando el nuevo gobernador llegó a finales del otoño para restaurar un simulacro de orden.

Suetonio Paulino, quinto gobernador de Britania, trajo hombres nuevos y nuevos oficiales, y las legiones impusieron una especie de paz de modo que las cosechas se recogieron sin derramamiento de sangre y los mercados de ganado de final de temporada se llevaron a cabo sin que el intendente de Camulodunum requisara los mejores animales para sus hombres.

Con el gobernador había llegado Deciano Catón, el procurador de impuestos del emperador, y luego, en la primavera, el albañil ibero y sus losas de mármol, y el antiguo gobernador se convirtió en un nombre grabado en piedra, clavado en la tierra y entre la niebla remolineante.

Hasta la última línea constituía un memorial muy valioso. Breaca lo leyó sin interés alguno, y luego se detuvo y volvió a leer la última línea.

PRIMER HOMBRE NO PERTENECIENTE A LAS TRIBUS EN PASAR LA PRUEBA DE LANZA DE LOS CALEDONIOS. POR MI PROPIA MANO LA ARROJÉ Y DI EN EL BLANCO

—Lo sabía.

Tago iba caminando a lo largo del hoyo para asar que contenía el toro que se había sacrificado demasiado pronto, especialmente para alimentar al procurador y sus mercenarios. El procurador se había ido, llevándose sus carretas de oro y un regalo de vino del rey de los icenos.

Breaca contemplaba el espacio que se iba oscureciendo y que era el lugar por donde se retiraba la carreta, y supo que la niebla, enviada por los dioses, se estaba retirando. En torno a ella solo quedaban icenos, y Teófilo, que era un amigo, y Tago, que se sentía muy incómodo y lo demostraba.

—«Por mi propia mano la arrojé y di en el blanco» —llegó hasta el final del hoyo

de asar y se volvió de pronto—. Esto no estaba en la losa de Camulodunum. El antiguo gobernador escribió esto para nosotros. Sabía por qué moría, y quiere que el mundo lo sepa con él. Si le escribió acerca de todo esto al emperador, su sucesor nos crucificará a la vista de su monumento, para que nosotros también sepamos por qué morimos.

Breaca se sentó en un tronco junto al fuego.

—Por supuesto que lo sabía. Nunca hubo duda alguna. Mandó llamar a Airmid para que le ayudara a morir limpiamente, al final.

La petición se encontraba en parte de la nota enviada con la carta final del antiguo gobernador a Tago, dirigida a «Breaca de los icenos», y sellada con la marca del elefante de Britania, de modo que se convertía en un delito grave abrirlo si uno no era la persona a la que iba dirigido.

Tago trató de averiguar qué decía la nota, pero no lo consiguió. Ahora la miró abiertamente.

—¿Y se la dio? ¿Facilitó Airmid la muerte de un gobernador romano?

—Sí. Teófilo lo sabe.

El físico asintió, accediendo. Poco después de la ceremonia se cambió el manto bueno por otro más grueso y más viejo, muy remendado, que olía a humo de haya y a grasa de cerdo. Tenía en una mano una jarra de cerveza y la otra se la calentaba con el humo de la fogata.

Al oír su nombre levantó la jarra, como saludo.

—Sí, claro que lo sabe, y está muy agradecido. Jenofonte, que era físico de Claudio, conocía las artimañas para hacer tales cosas, pero no me las comunicó a mí.

Tago tosió. Un músculo sufrió un espasmo en su mejilla.

—Ya veo.

—No estoy seguro de que lo veas —Teófilo fue a sentarse en el tronco que había llevado Breaca—. Esa inscripción no era solo una advertencia para ti. El gobernador estaba orgulloso de verdad de su tiro de lanza. Estaba convencido, hasta su último aliento, de que fue su lanza la que mató a Eneit, y no la tuya, y que los dioses le castigaban por haber tenido éxito, y no por haber fracasado.

Breaca dijo:

—Los dioses no castigan a nadie. Son los hombres los que hacen tales cosas. Los dioses toman lo que les corresponde y se da libremente, como ofrenda personal. Intenté decírselo.

—Ya lo sé. Y él creía que tú habías hecho lo posible para advertirle, y que tiraste lo mejor que pudiste… y que exactamente por eso no estás ahora muriéndote poco a poco a la vista de un mármol muy pulido. No podía dar órdenes a su sucesor de que te dejara en paz, pero sí que podía honrarte y dejar bien claro que no te hacía responsable de su muerte. Y eso es exactamente lo que ha hecho.

La niebla se había ido disipando hasta quedar casi en nada. Breaca podía ver todo el círculo de la empalizada entonces, y también las casitas cuadradas que había en su

interior. Gotitas de niebla corrían como si fuesen sudor por los montantes de roble de los pilares y los niños empezaban a salir entre ellos, atraídos por el olor a carne asada. Graine estaba allí, y también media docena más de su edad, que la seguían como si ya les dirigiese.

Estaban a salvo, ni hambrientos ni esclavizados. Los miedos de Tago seguían sin realizarse. La carreta del gobernador y la centuria de legionarios a los que pagaba para protegerla se habían ido ya fuera de su vida, y no volverían hasta al cabo de medio año. Ni ellos ni la losa de mármol explicaban el pequeño nudo de angustia que había arraigado en el vientre de Breaca, ni el dolor en la cicatriz de su palma, que era la advertencia de peligro por parte de los dioses.

Cogió un palo y rompió la costra de arcilla del fuego. El aire se llenó de aroma a buey asado. Introduciendo el cuchillo, ella dijo a Teófilo:

—¿Y qué ocurre entonces con la muerte del anterior gobernador que no hayamos leído en esta losa, y que te ha traído al norte con el frío de la primavera para que nos lo desveles?

—¿Sabías que él negó sistemáticamente derechos de comercio a los esclavistas?

Breaca le miró a través del calor que se elevaba del fuego. El nudo de su vientre se hinchó hasta convertirse en un puño de hierro. A plena luz del día resonó la voz de la antepasada-soñadora: «¿Tendré que enseñarte, guerrera, lo que significa que un pueblo se desangre hasta que no le quede nada más que ofrecer?».

Graine estaba a un tiro de lanza de distancia. No lloraba ni lágrimas de oro ni de grano.

Breaca se agachó y cortó un largo trozo del muslo del toro que estaba en la hoguera. La carne se deshacía en su maño, tierna. Dijo:

—Ningún hombre de honor concedería derecho de comercio a los esclavistas —y entonces, como había que decirlo en voz alta, añadió—: ¿Debemos pensar que el nuevo gobernador no es un hombre de honor?

Teófilo se inclinó hacia el calor del fuego. Dijo:

—Suetonio Paulino es un general. Dirigió a las legiones en los peores lugares del imperio. Se le ordenó que sometiera a las tribus de la Britania occidental o muriera en el intento. Con tales órdenes, ¿acaso alguno de nosotros sería un hombre de honor? Gracias, pensaba que ibas a alimentar a los perros antes que a mí.

—Ellos vienen a continuación —Breaca arrojó un fragmento de pellejo asado a Piedra, que era el que estaba más cerca, y otros a la perra gris y a sus cachorros, que esperaban más allá—. Deberíamos hablar claramente. ¿Estás diciendo que el nuevo gobernador ha concedido derechos de comercio a los esclavistas?

Teófilo dijo:

—Sí, aunque la administración física se dará al procurador, esa sanguijuela que acaba de irse hacia el sur con una carreta llena de oro vuestro. Si ese hombre tiene compasión, la esconde muy bien. De estar en tu lugar, haría todo lo necesario para salvaguardar a mis hijos.

Se lo decía a Breaca, pero los ojos de él, al igual que los de ella, estaban clavados en el rey de los icenos, que había escuchado aquellas noticias y no parecía sorprendido.

Tago se sonrojó y se dedicó con mucho interés a colocarse bien la torques que llevaba al cuello, situando la pluma de muerte bien plana por encima de su esternón.

—Graine no sufrirá ningún daño —dijo al final—. Lo ha prometido. El antiguo gobernador dijo que podríamos enviarla a Roma para que aprendiera todo lo relacionado con el funcionamiento del palacio del emperador, tal y como corresponde a la hija de un rey. Yo he dicho que los icenos nunca lo permitirían, pero que se le está enseñando aquí. El procurador me ha jurado que nunca la tocarían.

—¿El procurador lo ha jurado?

La mañana, de repente, pareció fina y quebradiza, como el hilo en un charco. Muy despacio, Breaca dijo:

—Si me estás diciendo que has acordado con esa alimaña, o con el gobernador, o con cualquier otro, una cuota de esclavos de tierras icenas, te mataré.

Tago tragó saliva.

—No he acordado ninguna cuota —dijo—. Nada me han pedido.

—¿Pero vendrán a comerciar aquí, en territorio iceno? ¿Comprarán niños icenos a sus padres icenos? ¿O sencillamente se los llevarán a la fuerza o los secuestrarán si los dejan sin vigilancia?

«¿Debo mostrarte lo que es que un pueblo se desangre…?»

—No creo que el procurador permita…

—Por supuesto que lo hará —la voz de Teófilo sonaba tan cortante como la de Airmid, cuando él lo requería—. La vida del procurador depende del provecho que saque de Britania, y los impuestos sobre el comercio son su mayor fuente de ingresos. Los comerciantes de esclavos obtienen muchos más beneficios que todos los demás juntos. El primer grupo ya desembarcó con la luna llena. Son latinos, hombres del país en torno a Roma, que no han conseguido todavía la plena ciudadanía romana. Se creen casi romanos, y sin embargo despojados de sus verdaderos derechos, y están amargados, y por ello resultan doblemente peligrosos. Ocho de ellos han cruzado el océano con un grupo de guarnicioneros galos que venían hacia el norte para vuestra feria de caballos de primavera. Si los icenos estuviesen a mi cuidado, yo vigilaría a esos hombres y daría los pasos que fuesen necesarios para asegurar que no saquen provecho de la carne y la sangre de mi pueblo.

XX

La feria de caballos de primavera estaba tan atestada como un campo de batalla, e igual de ruidosa. El bosque a su alrededor formaba un muro que hacía rebotar de nuevo los sonidos, y solamente el ancho espacio de la carretera al sudeste rompía el círculo.

Un segundo círculo de leña recogida se encontraba dentro del anillo de árboles y un tercero lo formaban las tiendas y puestos cubiertos con una sola tela de los comerciantes, como un tapiz de mil remiendos bajo la luz creciente del amanecer. Desde éstos también subía el griterío de los comerciantes hacia arriba y hacia dentro, de modo que los cuervos se sintieron muy agraviados y huyeron hacia el bosque, e incluso los petirrojos, que podían haberse colocado alrededor de los fuegos en busca de migajas, huyeron también.

Dentro de esos tres anillos se hallaban reunidos los comerciantes a centenares, pero no a miles como ocurría antes, aunque había espacio suficiente en el recinto para acogerlos. Los icenos habían viajado de uno en uno o de dos en dos desde todas las aldeas de sus territorios, para vender el producto del trabajo de todo un invierno; los galos y batavos e iberos y mauritanos y latinos y romanos habían subido en sus carretas alquiladas desde los puertos de mar en el gran río con el único objetivo de llevarse todo cuanto pudieran a cambio de la menor cantidad posible de los bienes que habían traído a través del océano.

Ese hecho se daba por sentado entre ellos; era la llama que avivaba la pasión del comercio. Los primeros días transcurrían siempre empeñados en objetivos imposibles, y los dos siguientes igualando poco a poco lo que se ofrecía y lo que se esperaba, y acercándose cada vez más a lo que se podía aceptar.

El emplazamiento de la feria de caballos estaba a menos de media mañana de cabalgata desde la aldea de Tago, pero Breaca había llegado tarde, cuando ya estaban cerrados todos los acuerdos comerciales. Dirigiendo su manada de caballos entre la multitud, dio dos vueltas al amplio claro abierto antes de encontrar un espacio que conviniese a sus necesidades. Allí extendió el pellejo de caballo zaino donde ofrecer sus trabajos de forja obteniendo el mejor efecto posible, y se dedicó a desenvolver los artículos que había creado a lo largo de todo el invierno.

—¿Has visto ya a los esclavistas, aquellos de los que te habló Teófilo?

Fue Graine quien lo preguntó, dejándose caer en la hierba húmeda que había detrás del pellejo de caballo. Estaba recogiendo margaritas y ranúnculos para entretejerlos en una torques para *Piedra*, que se encontraba echado muy cerca, a su lado. A lo largo de todo el invierno, como Cunomar se había ido, Breaca había

entrenado mucho al perro, de modo que, más que nunca, se había convertido en protector de Graine. Su hija había crecido mucho recientemente, convirtiéndose más en una jovencita que una niña precoz, pero el perro todavía se colocaba junto a su hombro para que ella pudiera echarle el brazo encima y apoyar su peso en su lomo. Así, ambos habían explorado la feria al principio.

Era interesante de contemplar: a *Piedra* le habían enseñado que todo el que no fuera acogido por Graine como un amigo era un posible enemigo, y había un montón de personas de ese tipo en la feria. Por muy extranjeros que los comerciantes reunidos pareciesen, por muy extraños que fuesen su lenguaje o sus ropas, todos los hombres y mujeres reconocían al verlo un perro entrenado para atacar. Tranquilamente, mientras se iban montando los puestos y empezaban los primeros y frenéticos tratos, Graine había atravesado el caos rodeada de un halo vacío, y los grupitos de adultos que regateaban se apartaban a su paso, volviendo a agruparse cuando ella había pasado ya.

Ella se había dirigido sin titubeos hacia el puesto de su madre, cosa muy conmovedora, pero nada ideal. Breaca no quería que los comerciantes se apartasen de su exposición de cuchillos y puntas de lanza, y aunque llevaba una torques real hecha de ranúnculos, *Piedra* no inspiraba demasiadas ganas de acercarse.

Breaca se sentó y le acarició el cuello. A Graine le dijo:

—Creo que los hombres que están sentados alrededor del fuego que tienes detrás son los esclavistas, por eso estoy aquí, pero quizá sería mejor que tú te quedases con Ardaco. Él está a cargo de las fogatas para asar. Podrías ayudarle allí.

Graine frunció el ceño al encontrar un tallo de margarita roto.

—O podría dejar a *Piedra* con Ardaco y volver contigo, ¿no? —inclinó la cabeza, como un tordo picoteando un caracol, de una forma que su madre ya había llegado a reconocer.

—¿Hay algún motivo por el que debas estar conmigo? ¿Has soñado algo? ¿Debería saberlo?

—No, solo quiero ver cómo comercias. Aprendiste de Eburovic y Macha cuando tenías mi edad. Un día, si echamos a Roma de esta tierra, yo también tendré que aprenderlo.

—Y nunca te he enseñado. Lo siento. A veces se me olvida lo que es ser madre —Breaca colocó en fila siete cuchillos de desollar con la empuñadura de olmo, con las hojas curvadas en la punta. El sol penetró por entre la niebla matinal y la primera y acuosa luz formó espejos sobre el metal, de modo que ella se vio siete veces, demasiado seria, demasiado protectora, demasiado preocupada por hacerlo todo bien. Su padre también había sido así, pero con más cuidado, de modo que la niña que luego se convirtió en la Boudica tuvo espacio suficiente para crecer.

Moviendo la cabeza de modo que los espejos se convirtieran de nuevo en hierro apagado, Breaca dijo:

—*Piedra* debería quedarse cerca de una de nosotras, de lo contrario nos echará

mucho de menos. Siéntate detrás del pellejo y quédate con él. Si me ves hacer algo que no entiendes, me lo preguntas después, no mientras se esté cerrando el trato.

—Gracias —Graine se sentó alegremente en la hierba a una cierta distancia detrás del puesto. Tomó un puñado de mugrientos amuletos grabados en ámbar de la bolsa que llevaba al cinto y empezó a pulir uno de ellos con el borde de su túnica. Eran de artesanía del norte, de los caledonios o incluso más lejos aún, hacia el techo del mundo; unos ciervos muy bien grabados con caras de hombre entre los cuernos, o caballos que se quedaban de pie si uno los colocaba así, o lechuzas que protegían de los escalofríos de la noche. Seguramente se los habría dado Airmid, o Ardaco; alguno de los dos habría pensado que la niña necesitaba aprender, y que su madre quizá no hubiese llevado nada para enseñarle.

—Si quieres comerciar con eso —se ofreció Breaca—, podemos colocarlos también en el pellejo.

Era lo que se esperaba de ella, y ya había representado su papel. Graine sonrió algo arrepentida, como si hubiera perdido alguna apuesta, pero hubiese satisfecho al mismo tiempo un deseó, y colocó sus piezas junto a los cuchillos.

—¿Te dijo Airmid que no te dejaría quedarte? —preguntó Breaca.

—No. Fue Ardaco. Él apostó conmigo a que volvería a las fogatas para asar antes de que empezasen los tratos.

—¿Y qué has ganado?

Graine sonrió y, por un momento, fue la viva imagen de la anciana abuela.

—¿Una mañana entera comerciando contigo? —dijo.

* * *

Los tratos duraron más de una mañana. Durante tres días, Breaca de los icenos, herrera y forjadora de lanzas, enseñó a su hija cómo calcular el valor de una cosa nada más verla, cómo regatear en lenguas extranjeras con los hombres de piel oscura y mujeres de Iberia y Galia que traían sus esmaltes y barras de hierro crudo, con latinos de ojos amargos que traían oro finamente cincelado y cueros curtidos y teñidos de colores que nunca se habían visto en Britania, con los belgos del norte y los hombres de las tribus germánicas, que traían caballos que no eran tan buenos como los que ya cabalgaban los icenos, pero cuyos perros eran excelentes y que querían espejos de plata, o los cuchillos con mango de olmo y el signo de la liebre en la hoja, a cambio.

Graine era una comerciante excepcional. Descubrir aquello las sorprendió a las dos. Como si encontrase una nueva compañera de escudo para el combate, Breaca notó que se cerraba una puerta que antes estaba abierta y tuvo una sensación de súbita seguridad, de la que había olvidado que carecía.

También había olvidado lo guapísima que era su hija; en el aislamiento de la

aldea, era fácil verla como una niña más, desgarbada por la edad y que necesitaba siempre una túnica nueva, más larga. Los comerciantes, que llegaban y veían a Graine sin estar preparados, se sentían tan arrobados por la frescura de sus rasgos y el océano de sus ojos como con las lanas y broches y el reabastecido suministro de amuletos de ámbar en el puesto de su madre.

Rápidamente, Graine aprendió a quién podía ganarse con una sonrisa y una miradita de soslayo a su madre que pedía permiso para hacer el trato sola, por primera vez. Cada vez, el hombre o mujer, por muy extranjeros que fuesen, por muy diferente que fuese su lengua, se arrodillaban ante el puesto y hacían ofertas extravagantes por un ciervo de ámbar, o, más tarde, por una punta de lanza o un cuchillo con mango de cuerno. Mientras *Piedra* mantuviese las distancias, cada uno de ellos, sin falta, cerraba a sabiendas un mal trato solo por el placer de haber hecho sonreír a Graine, y se alejaban contentos de haberlo hecho.

Al final de los tres días, el puesto de Breaca estaba vacío de objetos y el espacio que había detrás, custodiado por *Piedra*, lleno de saquitos de sal y cebada malteada, lingotes de cera de abeja, hierro crudo y cuero curtido y diminutas tabletas de esmalte belga azul, rojo y amarillo, arneses y monturas de arnés de bronce, y espejos plateados que serían excelentes regalos para los soñadores icenos exiliados, si alguna vez volvían de Mona. En el lugar donde dormían, custodiado por Airmid, se encontraban tres perros nuevos y un par de potros emparejados de un año, al menos uno de los cuales tenía un buen potencial para engendrar buenos caballos de batalla.

Graine, por su parte, tenía dos cinturones nuevos con hebillas de bronce, un collar de ámbar sin pulir ensartado en pellejo de alce que valía más que todos sus amuletos juntos, un cuchillo de desollar que no necesitaba y una perra manchada oscura tan cercana al parto que se podía ver a los cachorrillos dando patadas en su costado.

Y mejor que ninguno de los intercambios, Breaca había tomado las medidas de los ocho hombres silenciosos y vigilantes que se sentaban alrededor del solitario fuego, allí cerca.

Los esclavistas latinos contra los cuales les había advertido Teófilo demostraban una complacencia asombrosa. De los ocho, tres portaban espadas cortas del tamaño y estilo de las legiones, y dos más cotas de malla que podían desviar una lanza al final de su vuelo.

El resto iba desarmado y sin escudo, y de haberse aventurado al oeste de las altas montañas con tan escasa protección, habrían muerto uno a uno, entre el crepúsculo y la salida de la luna, antes de que se hiciera plenamente de noche. En las llanas tierras del este, donde las represalias por las muertes de cualquier hombre bajo los auspicios de Roma podían destruir a familias enteras, estaban tan a salvo como pudieran protegerles las legiones.

Los esclavistas hicieron su propio fuego mientras el último día de la feria se iba disipando y cocinaron su propia comida. En los otros lugares, a medida que el sol tocaba el horizonte del oeste, se abrieron los hoyos de los asados. Los aromas

mezclados de liebre, cerdo y ciervo se extendieron lentamente por el aire tranquilo, de modo que los grupitos de parloteantes hombres y mujeres se quedaron silenciosos de este a oeste a medida que la comida ocupaba el lugar de los relatos de los tratos de aquellos días.

El puesto de Breaca estaba situado en el margen más oriental, donde una brisa constante se llevaba el aroma. Ella permanecía sentada de espaldas a los esclavistas, y contemplaba a los demás que iban abriéndose paso hacia las fogatas de Ardaco. Un hombre esbelto que tenía ambos antebrazos totalmente cubiertos con las marcas de lagarto de los guerreros coritanos se quedó atrás rascándose la cabeza un poco más de lo necesario, aun en el caso de tener piojos. Al cabo de un rato, al ver que nadie le prestaba atención, se fue alejando hacia el borde del bosque y se puso a orinar contra un árbol. Un rato después se metió detrás del árbol y no apareció.

Con esa partida, los ocho esclavistas ante el fuego mal atendido encontraron necesario acabar su comida a toda prisa. El más alto, que llevaba un broche en forma de salmón que saltaba en la túnica, se secó las manos en la hierba y sacó una bolsa llena de oro y empezó a contarlo.

Breaca volvió la cabeza hacia él y agarró las tres bridas con bocados de hierro que se encontraban cerca. Se las tendió a Graine y, no demasiado alto, pero sí lo suficientemente claro para que le oyesen en el fuego vecino, dijo:

—¿Podrías llevárselos a Airmid? Los necesitará para atar a la nueva potranca y separarla de los potros.

No había ninguna potranca nueva. Graine abrió la boca para decirlo y la cerró de nuevo. Sus ojos se abrieron un poco por el esfuerzo de no mirar por encima de su hombro, a los esclavistas.

—¿Me llevo a *Piedra*? —preguntó—. ¿O lo vas a necesitar?

Breaca sonrió. Durante unos últimos y breves momentos estaba de nuevo comerciando con su hija, hablando secretamente para que la oyesen todos, y la sensación que tuvo fue tan buena como en el campo de batalla.

—No, llévatelo —dijo—. Creo que cuento con ayuda esperándome en el bosque.

No estaba segura de ello, pero las canciones de las lanzas en su pellejo de venta habían alcanzado un nuevo tono casi familiar, a medida que moría la luz del día, y notó un tirón en su alma que no era solo la promesa de la acción.

Graine recogió las bridas, arrastrando las riendas de modo que el cuero se oscureció con el rocío de la noche. Hizo una pausa, mordiéndose el labio.

—Tienes razón, hay ayuda —dijo—. Lleva ahí cuatro días, pero me dijo que no te lo dijera. Me dio los amuletos. Creo que los ha tallado él mismo.

Los hijos de Breaca siempre la superaban. Tendría que haberse alegrado. Se alegraba, pero esa sensación quedaba escondida debajo de un torbellino de otras cosas mucho menos benignas. Tomó uña jarrita pequeña de miel y se la arrojó con ligereza a Graine.

—Entonces dale esto, un regalo mío. Podéis comérosla juntos, si decide volver a

casa con nosotros después.

* * *

La oscuridad iba devorando el cielo de este a oeste. Breaca esperaba, observando a los esclavistas, que, a su vez, observaban el lugar por donde el guerrero coritano tatuado con los lagartos había abandonado el claro. En un momento dado, cuando las ocho siluetas en torno al fuego se hicieron más oscuras que las sombras arrojadas por las llamas, se levantó y se dirigió hacia fuera, lejos de las fuentes de luz.

La canción de las lanzas la siguió al apartarse de los comerciantes y de la mujer de los icenos del norte que se había llevado las dieciocho puntas de lanza con marcas de liebre de Breaca a cambio de un par de buenos cuchillos y una perra rojiza con el pellejo áspero y los ojos suaves y rodeados de negro. El trato se hizo solo de cara a la galería, y Graine no tomó parte, aunque la perra era muy buena y emparejaría muy bien con *Piedra*.

Las puntas de lanza eran de la longitud adecuada para cazar, pero la mujer sabía cómo oír la canción de sus almas y había otros con ella que también se entrenarían para oírla. Poco a poco, sin alertar a los que la observaban, la Boudica estaba equipando a las primeras filas de su cohorte de guerra.

En las afueras de la feria, donde la guerra proseguía furtivamente en manos de hombres que medían los valores de las vidas de los demás en oro, Breaca se movió por entre unas filas de avellanos talados, donde habían ido creciendo rebrotes que formaban varas para cestas y rediles de ovejas. El mantillo de hojas bajo sus pies estaba húmedo por la lluvia de la tarde y ella no hacía ningún ruido.

La canción de la lanza que llevaba con ella toda la tarde se entretejía por los laberintos de su mente, haciéndose más y más intensa con cada paso. Se iba adentrando entre los árboles, siguiéndola, como sigue un perro un aroma, hasta que esa canción se alzó por sí sola por encima de todas las demás, como una nota simple, pura e inmaculada, y ella pudo rastrearla hasta su origen.

La lanza y aquél que la empuñaba estaban allí esperando, escondidos, en la parte más oscura del bosque. Breaca se acercó todo lo que pudo y luego se escondió detrás del tocón hueco de un avellano muerto hacía mucho tiempo. La luna había salido, pero no bastaba para arrojar luz en el bosque. Ella vio lo que vio a la luz de las estrellas, y ésta era vaga.

Breaca podía haber hablado la primera, pero decidió no hacerlo; había demasiado en juego, y demasiadas cosas desconocidas. Bastaba, simplemente, con dejarse ver tal y como estaba; sola y sin armas de guerra. No se atrevió a arriesgarse más.

Al cabo de un momento, desde su derecha, Cunomar dijo entre susurros:

—¿Cómo sabías que era yo? ¿Te lo ha dicho Graine?

Su voz se había vuelto más profunda durante los trece largos meses de su ausencia. Ahora resonaba grave, poseída de una certeza que igualaba a la de su padre. Parecía curioso, no enfadado; divertido, aunque seco, no defensivo.

—No. Tu hermana guarda bien los secretos. He oído la canción de tu lanza nueva y la he reconocido por un sueño que tuve a principios de la primavera. Te vi matar a la osa herida. Lo hacías bien.

Breaca usó la cortesía formal que habría empleado en un consejo, enfrentándose a un guerrero al que no conocía del todo.

Su hijo inclinó la cabeza para mirarla más directamente. Su cabello rubio aparecía gris bajo las estrellas y la luna baja. Preguntó:

—¿Te has convertido en soñadora desde que me fui?

—No, en absoluto, aunque me preguntaba si tú lo habrías hecho. A veces los soñadores más poderosos son capaces de enviar sus sueños a otras personas. Si el asunto es importante.

Eso último era una pregunta. En ella estaban implícitas muchas más cosas de las que ambos habrían expresado abiertamente. A Graine, Breaca podía hablarle de su preocupación y su miedo desesperado y de cómo se entretejían ambas cosas, pero todavía no podía hacerlo con Cunomar… quizá no pudiera hacerlo nunca.

Su nueva lanza cantaba mientras él pensaba la respuesta. El sonido llevaba en sí el aroma de musgo y montañas altas y cascadas de agua y el rojo agalla de la sangre de oso. Más débilmente, unos hombres pronunciaban invocaciones a los dioses de las rocas y el bosque en la lengua de los caledonios. Cunomar era uno de ellos.

En el bosque de los icenos, el hijo de Breaca se miró las manos un momento y luego levantó la cabeza y miró a su madre directamente a los ojos por primera vez desde que podía recordar. No iba desnudo, como había ocurrido en los sueños de ella, pero ella podía leer a través de él como si lo estuviera, y notaba una esperanza que no se atrevía apenas a nombrar. Él no era más alto de lo que había sido su padre, pero sí más robusto que Caradoc, aun en el momento culminante de la estación guerrera. Vestía una túnica sin mangas y una serie de cicatrices blancas asomaban por las curvas de ambos hombros, como si un oso le hubiese atacado, pero las cicatrices estaban demasiado regularmente espaciadas para haberlas causado un oso. Unas líneas de puntos azules a cada lado lo confirmaban; los soñadores de los caledonios marcaban a sus bailarines del oso de ese modo, cortando la carne con cuchillos al rojo y metiendo pelos de caballo en la herida para causar una cicatriz.

Cunomar soportó su escrutinio tranquilamente y luego dijo:

—En el momento de la caza, me importaba más que nada mostrarte lo que había hecho. No sé si te envié el sueño, pero rogué a Nemain y al dios cornudo del bosque para que vieses lo que yo había hecho. Si los dioses te llevaron la visión, fue como respuesta a la plegaria de mi alma durante tres días de ayuno, para darle más fuerza. No sé si podría hacerlo otra vez. Ciertamente, los ancianos de los caledonios no me enseñaron su forma de soñar en el año que he pasado con ellos, solo cómo

convertirme en un hombre.

Solo eso. Ella ansiaba abrazarle, pero no podía salir de ella. Se apartó del avellano, sacó el cuchillo que portaba al cinto y se lo tendió.

—Tengo esto para ti, y una perra de cría de la hermana de Efnís, que se emparejará con *Piedra* en la caza.

El cuchillo estaba apoyado en su palma, oscuro en la oscuridad. A la luz del día, una docena de comerciantes distintos habían intentado cambiárselo. La hoja era sencilla, de un solo borde, de la mayor longitud permitida, con una ligera curva en el borde posterior para poder matar o despellejar un cuerpo con idéntica facilidad. La empuñadura no estaba demasiado ornamentada, pero la había forjado en bronce, con la forma de un oso cazando, redondeado por la parte posterior de modo que la mano se deslizase por encima con facilidad y la cabeza formase el pomo. Incrustada en el lugar donde el oso habría debido tener el corazón se encontraba, solo en el lado izquierdo, una pieza de obsidiana grabada en forma de hoja de lanza. En determinados ángulos de la luz del fuego brillaba con un tono rojo, como una herida recién abierta.

Las estrellas no la iluminaban entonces, pero la plateaban suavemente. Cunomar se apartó unos pasos por primera vez del árbol a cuyo refugio había permanecido de pie. Precavido, casi con reverencia, cogió el cuchillo de las manos de ella.

—¿Has hecho esto para mí después del sueño de mi caza?

—Sí.

—Dioses… —de niño nunca había apreciado la belleza por sí misma, solo por lo que podía darle. Ahora respiraba con tanta reverencia como Eneit cuando oyó por primera vez la canción del alma de la lanza. Oír la canción de un cuchillo era mucho más difícil.

Cunomar la oyó. Con el cuidado de alguien que custodia un objeto sagrado, se arrodilló y dejó el arma encima de las hojas del suelo. Con menos cuidado se levantó y echó los brazos alrededor de su madre.

Había crecido en altura y anchura, pero mucho más en otros aspectos. Su abrazo era firme, y sabía muy bien dónde acababa él y dónde empezaba ella, respetándolos a ambos. Breaca sintió una calidez en su cuello que pensó que era el aliento del joven, y luego se dio cuenta de que no era eso.

Él no había llorado por Eneit como lo estaba haciendo entonces por ella.

* * *

Las nubes habían emborronado las estrellas cuando ambos se separaron. Hablar era difícil. Breaca dijo:

—Hay demasiadas cosas que decir y no podemos hablar ahora. ¿Sabes por qué

estoy aquí?

—Por supuesto.

Él sonrió. Un año con los caledonios no había empañado su deleite por sus propios logros, ni tenía por qué hacerlo. Dijo:

—Llevo aquí tres días. Los esclavistas deben reunirse con uno de los hombres de Berico, un guerrero cojo de los coritanos que luchó contra ti antes de que llegasen los romanos. Tiene las marcas del lagarto de fuego en sus brazos como prueba de que ha matado y ha recibido heridas en la guerra. Golpeará un cuchillo contra un tocón de avellano como señal de que está aquí. El ruido que eso produce llega mucho más lejos de lo que podrías pensar, y siempre hay uno de los latinos escuchando. Cuando lo oigan, el más alto con el broche de un pez que salta en el hombro vendrá a reunirse con él.

—El hombre de los lagartos coritano dejó el claro antes de que oscureciese. Si no ha llegado aún aquí, es porque está esperando a alguien.

—¿A ti, quizá? ¿Sabía que le estabas vigilando?

—Posiblemente —Breaca giró sobre sus talones, escuchando el bosque nocturno. Muy lejos, hombres con cotas de malla se movían pesadamente entre los árboles. Brillaba una débil luz que iluminaba más que los fuegos y menos que la luna. Ella preguntó:

—¿Los dos esclavistas con cota de malla están cerca del hombre del pez?

Cunomar había oído lo mismo que ella. Se arrodilló y cogió el cuchillo con mango de oso.

—Solo uno de ellos ha llegado tan lejos —dijo—. El otro espera junto a la feria para alejar a los posibles transeúntes.

—No sea que descubran que el coritano ha empezado a vender vidas humanas a cambio de oro y un latino con un broche de pez se las compra —Breaca sacó su cuchillo también—. Van de camino. Llevan antorchas, nada menos, cosa que les cegará y les impedirá ver cualquier cosa que esté fuera de su alcance. Bien. Deberíamos movemos…

Retrocedieron más y más, y el espacio en torno a ellos quedó completamente negro, comparado con el fuego de las antorchas de resina que portaban los esclavistas, y cualquier ruido que pudieran hacer quedaba ahogado entre el estruendo de los hombres no acostumbrados al acecho nocturno en el bosque.

El comerciante latino llegó el primero, con su guardia de exlegionarios con cota de malla. El pez enjoyado de su túnica saltaba, brillante, bajo las llamas. El guerrero coritano con marcas de lagarto llegó más despacio, y sin luz, avanzando silenciosamente. Había sido cazador en tiempos, de hombres, así como de animales. Hablaba latín con acento galo, y se le respondió con unas contraseñas que ambas partes conocían. Si era consciente de que le acechaban, lo ocultaba muy bien.

Ambos hombres estaban acostumbrados a regatear y a no hacer concesiones. El trato se cerró fácilmente, como si en realidad estuviesen cambiando un potro

entrenado para la guerra por una carreta de pieles. Breaca escuchaba menos los detalles que el tono. No era una operación nueva, ni un primer encuentro, sino sencillamente el último de una serie de tratos muy discutidos.

Junto a él, Cunomar estaba apoyado en una rodilla, con la mano en la lanza, y toda su atención concentrada en la reunión. Temblaba ligeramente, de la misma forma que *Piedra* al cazar, paralizado por una liebre. Ella había visto hacer lo mismo a Ardaco antes de entrar en combate, cuando la osa le llenaba más. Le habría gustado muchísimo que viese a Cunomar entonces.

El trato se cerró: una docena de jóvenes cerca de la edad adulta iban a ser entregados en el puerto de mar al sur de Camulodunum a cambio del pago de treinta frascos de buen vino, marcados con el sello del emperador, tres jarras de olivas y una cantidad sin especificar de oro que cambió de manos al momento, para mayor seguridad. El hombre de los lagartos contó las monedas y se las guardó en la bolsa del cinturón. Tintinearon suavemente contra su muslo.

A una señal del latino del broche de pez, los hombres se alejaron. El esclavista y su guardaespaldas cogieron sus antorchas y volvieron a lo largo del camino que llevaba a su hoguera. El coritano con marcas de lagarto esperó de espaldas al tocón de avellano. Había sido un buen guerrero en sus tiempos, y las marcas de lagarto así lo atestiguaban. Debía de saber que le vigilaban. Miró a su alrededor cansadamente, pero sin miedo.

Breaca notó un golpecito en su hombro. Tan bajo que su voz llegó a su mente como había hecho la canción de la lanza, Cunomar dijo:

—No podemos matar a los latinos, sus muertes atraerían represalias en la feria, pero a Roma no le importa si un guerrero lagarto de los coritanos muere a manos de un oso en el bosque.

—¿O si cae en el río y se ahoga? —Breaca había pensado lo mismo. Un pequeño pinchazo de peligro estremecía su piel. El guerrero coritano podía sentirlo igual que ella. Había sacado el cuchillo y estaba retrocediendo hacia lo más profundo del bosque, manteniendo los árboles a su espalda para mayor seguridad.

Breaca dijo:

—Puede haber más esperando. Sería un idiota si hubiese venido solo.

Cunomar le dedicó una sonrisa. La luna se había elevado lo suficiente para iluminar con su fuego el oro de su pelo. Sus ojos eran de ámbar, y llenos de vida en la noche. Dijo:

—No creo que sea ningún idiota. Al menos otros tres guerreros esperan detrás de los árboles. Pero somos la Boudica y su hijo, que es el oso. Para nosotros, cuatro hombres no son nada —su voz era grave y armoniosa, y sonaba llena de promesas—. ¿Quieres cazar conmigo, Boudica, portadora de la victoria?

Durante cinco años en las montañas del oeste, Breaca había cazado sola al acabar la estación de las batallas.

Lo había hecho así por propia elección, cuando otros podían haberla acompañado

y compartido el riesgo y la euforia de cada muerte. En distintos momentos, y de distintas formas, Ardaco y Cygfa, Gwyddhien y Braint se habían ofrecido a unirse a ella y cruzar a tierra firme, y ella les había rechazado con cuatro tópicos, sin decirles nunca que cada año anhelaba esos meses de soledad, la libertad que da la confianza solo en una misma, después de las necesarias dependencias de la batalla.

A lo largo de los años, ella había pensado que solo podía haber compartido aquella experiencia con Caradoc, y la pérdida que eso significaba añadía otra capa más aún a su dolor por la pérdida mayor, que se había ido adelgazando a lo largo de los años hasta convertirse, sencillamente, en una parte más de su alma.

La noche que cazó al guerrero lagarto de los coritanos en compañía de Cunomar, su hijo, Breaca supo por primera vez lo que habría podido ser cazar con su padre. La alegría que suponía igualaba a la pena, y ambas se veían sobrepasadas por la belleza pura y sencilla de la caza.

Los enemigos eran cinco: el vendedor de esclavos coritano marcado a fuego y los dos hombres y dos mujeres de su guardia de honor. Todos llevaban marcas de lagarto por las muertes y heridas en combate, y no eran gentes insignificantes.

La luz de las estrellas y la luna velada por las nubes convertían el bosque en un lugar de grises y negros cambiantes. El primer enemigo, el que había cogido el oro de los esclavistas, se apartó del lugar de reunión con el cuchillo en la mano, mostrando un relámpago de hierro cuando por sentido común lo tenía que haber mantenido oculto.

La canción del cuchillo se unía a las canciones de las lanzas en los susurros de un bosque por la noche. Cunomar se tocó con dos dedos en el antebrazo y señaló con la cabeza hacia el oeste. Estaban en territorio iceno, en las tierras de caza de los icenos. Conocía el bosque igual que Breaca, y los coritanos luchadores del lagarto en cambio, no. Breaca afirmó y luego hizo su propia señal, apretando con la palma de la mano hacia la tierra.

Se separaron, madre e hijo, sumergiéndose en un bosque que les dio la bienvenida, y cuando volvieron a reunirse, estaban entre el vendedor de esclavos coritano y los cuatro guerreros de su guardia de honor.

No le mataron entonces; el honor de la caza exigía que él fuese el último. Breaca levantó una piedra del tamaño de su puño y la lanzó rodando a su izquierda. Las hojas muertas y ramitas pequeñas crujieron a su paso. El esclavista se quedó inmóvil, se retorció y se metió detrás del tronco de un haya y el sotobosque que crecía a su alrededor. Delante, dos de su guardia de honor se separaron y ya no actuaron como escudos el uno para el otro.

No había espacio para usar la honda ni tampoco había necesidad de cuchillo. Breaca rompió el cuello de aquel que eligió su camino, saliendo de la oscuridad. Le cogió la barbilla, la forzó rápidamente hacia arriba y hacia atrás y luego hacia un lado; era mucho más fácil matar a un enemigo de lo que había parecido una vez matar a Graine, aunque fuese por compasión. Solo cuando dejó caer el cuerpo se dio cuenta

de que era una mujer, y lo lamentó.

Cunomar se unió a ella. Se había quitado la túnica. La noche convertía en armadura sus cicatrices de oso, que corrían en diagonal desde los hombros hasta la cintura. Su cuchillo estaba oscuro y húmedo. La canción del arma se había hecho más honda hasta convertirse en la que ella había conocido en la fragua, y seguiría así hasta que se rompiera.

El joven se arrodilló, y realizó en el cuerpo de una mujer a quien Roma había convertido en esclavista unas marcas que parecieran obra de un oso. La noche se espesó con el hedor de la sangre fresca, y un estómago quedó abierto.

El bosque contenía el aliento, de modo que hasta las comadrejas se quedaron quietas un momento. Por delante bramó un ciervo en la oscuridad, y otro detrás. Ningún ciervo brama por la noche. Ahora ya se habían dado a conocer: cazadores y cazados, dos contra tres.

Cunomar se levantó y se puso de pie junto al hombro de su madre. Ya no sonreía; su rostro aparecía hermético, como una máscara impasible de concentración. Ya habían pasado más allá de la conversación o de las señales de toques en el brazo de las osas; mientras durase aquella caza, la Boudica y su hijo serían uno solo, dos hojas de una misma arma. Los ojos de él eran los de ella, los pensamientos de ella eran los de él, desde la vergüenza de haber matado a una mujer de las tribus al orgullo en la perfección de aquella muerte. La casi muerte de él era casi también la de ella.

Pasando junto al borde de un claro diminuto, tapizado de piedras musgosas y placas de hongos iluminadas por la luna, Breaca olió a sangre y oyó la exhalación casi como un gruñido de alguien que ha recibido un golpe mortal. Solo la sabiduría de mil cacerías como aquella le hicieron apartarse del relámpago de hierro que habría sido la muerte de Cunomar o su propia muerte, de modo que ella se interpuso en el camino del guerrero que la habría matado y pudo echarse a un lado y asestar a su vez un golpe. El arma de él le grabó una ondulación en el hombro, junto a las cicatrices de la herida de lanza que se había infectado. La hoja de ella le dio de cualquier manera en la mejilla, metiéndose hasta el ojo.

Era bueno. Un hombre de menor categoría habría chillado y se habría entregado al dolor, y por tanto habría perdido la vida. Aquél, por el contrario, cambió la hoja a la mano izquierda y dio la vuelta en torno a ella, mientras la sangre inundaba el lado derecho de su cara.

En voz alta, porque ya no importaba ser sigiloso, Breaca dijo:

—Si luchásemos juntos, y no unos contra otros, Roma habría sido expulsada hace tiempo.

Él se rio, sin aliento.

—Son demasiados… Roma ganará, y nosotros seremos sus aliados… mejor eso que enemigos muertos.

Las piedras del claro escondían un pequeño arroyo. Ella le atrajo hasta allí, usando la ventaja de tener dos ojos en lugar de uno. Cuando él pisó el borde del claro y perdió

el equilibrio, ella le mató, adelantándose a la mano en la que él blandía el cuchillo y clavándole el suyo en el pecho. Murió atragantado por la sangre y el ruido ya no importó.

Cunomar estaba acorralado contra un árbol con unos cortes en el pecho. En un camino que se separaba del claro, se enfrentaba a dos enemigos abiertamente: el primero de los esclavistas, con las marcas de lagarto que cubrían toda la extensión de sus antebrazos, y otro, más viejo y menos marcado, que llevaba el pelo anudado muy alto en un moño, en la coronilla, y con unas plumas de halcón colgando de él.

El viejo era el más sabio. Al oír la muerte de Breaca, se volvió para dar la espalda a su compañero de escudo, de modo que esos dos quedaron también soldados como si fueran uno solo.

Breaca retrocedió en la noche. La altura de la luna le mostraba a su hijo apoyado en la corteza fina de un olmo, con el cuchillo sujeto limpiamente delante, como si estuviera concentrado en el rostro de la muerte, igual que en los primeros momentos de la caza. Los ancianos de los caledonios le habían enseñado bien, pero no había cazado cinco años entre los enemigos como había hecho la Boudica, cuando vivir costaba mucho más que enfrentarse a la muerte sin temor.

Si quería vivir entonces, si quería que su hijo viviera, se requería silencio, y unos nervios implacables, y una vida entera de comprensión de los hombres.

Cualquier hombre sabe cuándo se clavan en él unos ojos. Un guerrero que espera un ataque lo sabe al momento, de una manera muy fiable. Breaca, por tanto, no miró al más viejo de los dos guerreros, el que tenía una nariz recia y los pómulos altos y las plumas rojas de halcón en su pelo recogido, sino que miró únicamente, con mucha atención, a su compañero, que se enfrentaba al cuchillo de Cunomar y no podía desviar su atención sin arriesgarse a morir.

Un arbusto de espino le arañó la espalda. Por encima, unas ramas húmedas goteaban con la lluvia que quedaba. El sotobosque se apartaba a su paso, y el suelo del bosque cedía bajo sus pies, de modo que, lentamente, muy lentamente, Breaca fue moviéndose hacia un lado de los dos guerreros coritanos que estaban espalda con espalda.

Pasó una eternidad, entre los aromas que se elevaban del bosque húmedo, y luego solo las ramas la separaron de ellos. Eran dos cabezas, dos orejas pálidas con el pelo atado tras ellas, dos cuellos que habían quedado vulnerables porque ningún guerrero de las tribus llevaba casco ni protección para el cuello cuando iba de caza.

El musgo se hundía bajo sus pies. Una hoja le acarició la mejilla. El esclavista coritano que quería cambiar sus niños por oro romano notó todo el peso de su atención.

Asperamente, dijo:

—¡Vigila a tu derecha! —y el guerrero del halcón rojo así lo hizo, y juró violentamente. La Boudica estaba a menos de un brazo de distancia, un rostro salpicado de sangre y enmarcado por unas ramas, cuando él había pensado que ese

mismo boscaje espeso era lo que le protegía.

Él fue rápido, pero ella llegaba por su derecha y un poco por detrás, que es el peor lugar para que golpee un hombre diestro, a menos que pueda volver su hoja a tiempo. Lo intentó, y al hacerlo perdió la oportunidad de dejarse caer rodando, cosa que quizá pudo haberle salvado. Pero aun así se abalanzó hacia un lado, de modo que el golpe que iba destinado a su pecho le alcanzó en el abdomen, de mala manera. Muriéndose, pudo aún atacar, y lo hizo alcanzándola en la pantorrilla antes de que ella consiguiera volver su cuchillo y darle en la sien con el pomo, y luego abrirle la garganta hasta el hueso.

El esclavista con las marcas de lagarto murió con mayor rapidez, cogido entre la Boudica y su hijo. Breaca cogió el brazo del cuchillo del hombre desde atrás, y Cunomar le dio en el pecho y luego en la garganta, de modo que el cuerpo que ella sujetaba se puso rígido y luego laxo, y ella pudo dejarlo caer hasta el suelo.

Entonces ella respiró con fuerza una vez, otra vez más, y decidió no contemplar la rápida partida de aquellas almas y por el contrario miró a Cunomar, que tomó aliento con fuerza, luego cayó de rodillas y vomitó.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Es peor no sentir nada —ella le cogió por los hombros y esperó mientras otra oleada de náuseas le invadía. Estaba temblando, como antes, por el agotamiento y por la concentración y la cercanía a la muerte. Desde la primera muerte hasta la última había pasado menos tiempo del que se tarda en beberse un vaso de cerveza, y habían notado como si fuese toda una vida. Ella dijo—: Has estado antes en una batalla, pero nunca como guerrero. ¿Ves ahora la diferencia?

—Sí, por los dioses —él se puso a cuatro patas y escupió, cogiendo un puñado de hojas para secarse la boca—. Pensaba que matar un oso era duro, pero no tiene nada que ver con matar a un guerrero, solo y… sin protección. Las osas pasaban mucho tiempo protegiéndome cuando luchábamos en el oeste. Yo no sabía…

Se balanceaba hacia atrás, apoyado en los talones. Estaba muy sucio: la tierra pegada a las hojas le embadurnaba el rostro, y la sangre corría a borbotones desde los cortes de su pecho. Se miró, conmocionado.

Breaca dijo:

—Te dolerán más tarde. Mucho. Airmid tiene un bálsamo que te ayudará a evitar que se infecten, pero pocas cosas pueden evitar el dolor —le soltó los hombros y se sentó lejos de los cuerpos de los dos guerreros coritanos—. Estoy segura de que también las osas tienen bálsamos similares.

Cunomar cogió más hojas y se limpió la sangre del pecho.

—¿Acaso me devuelves con ellas?

—No, claro que no. Ahora ya eres un hombre. No tengo potestad para enviarte a ninguna parte, y no me gustaría que te fueses ahora, cuando acabas de llegar. Pero deberías pensar en ello. La aldea no ha cambiado desde que tú la dejaste. Todavía no he conseguido reunir un ejército, y acabo de empezar a armar a los que pueden unirse

a mí algún día. Todavía es posible que muramos todos a manos de Roma, o nos capturen esos… —y tocó al esclavista muerto con los dedos de los pies—. Los dioses han permitido que tú y yo nos reunamos, por lo cual estoy más agradecida de lo que puedo expresar. Daría la bienvenida todos los días a la luz que tú traes a mi vida, pero has probado la auténtica libertad, y has madurado con ella; ¿estás seguro de que quieres vivir de nuevo bajo el yugo de Roma?

Cunomar había dejado de temblar. Recostó la espalda en el árbol que antes le había servido de protección. Enlazando las manos detrás de la cabeza, levantó la vista y miró las estrellas.

—Los ancianos de los caledonios me han convertido en un guerrero del oso. Si lo deseo, puedo volver a ellos, bailar con la osa en otoño y quizá convertirme en uno de sus guerreros soñadores. Puedo librar batallas pequeñas contra tribus pequeñas, o contra los navegantes belgos que desembarcan en sus costas y les arrebatan a sus mujeres. O bien puedo volver a casa y vivir entre los icenos, y morirme de hambre cuando ellos se mueran de hambre, y luchar con la Boudica cuando llegue el turno de luchar —desenlazó las manos y se secó otro churrete de sangre del pecho—. ¿Qué dijo Eneit antes de morir?

—Que te quería, cosa que ya sabías, y que te esperaría en las tierras que hay más allá de la vida. Y que tú debías encontrar el valor para vivir a partir de aquel día… cosa que has hecho. Y también dijo que recordases su nombre, que significa «espíritu», y que se lo dieras a tu primer hijo.

Él se quedó un rato callado. Los cuerpos de los guerreros muertos se iban enfriando, y la sangre dejó de manar de sus heridas mortales. Cunomar se adelantó un poco y quitó las plumas de halcón del cabello sujeto en un moño del hombre más anciano.

—Deberíamos hacer las marcas del oso en sus cuerpos y entregárselos al río —dijo, ausente, y luego, poniéndose de pie—: Si voy a tener un hijo, y a llamarle Eneit, me gustaría que naciese y viviese entre los icenos, con sangre icena en las venas —sonreía a Breaca, tímidamente, de un modo que conmovió el corazón de la mujer y lo estrujó. Tenía mucho de su padre y sin embargo era muy distinto, él mismo, único—. Si quisiera volver a casa, ¿me acogerías?

Antes fue él quien hizo el primer movimiento. Entonces fue Breaca la que se levantó y se dio cuenta de que el corte en la pierna se la había dejado tiesa y coja. Él se reunió con ella a mitad de camino y ambos se abrazaron esta vez como adultos, como guerreros que han apostado cada uno su vida a la habilidad del otro, como madre e hijo primogénito, con todo lo que eso representa, como la Boudica y el hijo de Caradoc, que se había ido como niño y volvía a casa como mucho más de lo que ella hubiera podido esperar jamás.

Los brazos acogedores del joven la rodearon. Ella apoyó la cabeza en su hombro y aspiró el aroma de su piel, como hacía cuando era recién nacido, y nunca más había vuelto a hacer. Le miró a los ojos, que estaban al mismo nivel que los suyos y

esperaban con toda calma, como le habían enseñado los soñadores osos de los caledonios.

—Mi mundo estaría incompleto sin ti —dijo ella, con total sinceridad, porque aquella noche todo era posible—. Si tuviéramos quinientos como tú, podríamos inflamar de nuevo la hoguera de los icenos. Aunque fuesen solo cincuenta, ya sería un comienzo. ¿Viajarás conmigo durante el verano, para ver si podemos convencer a los suficientes para formar tu guardia de honor?

XXI

El perro del túmulo de los antepasados acompañó a Valerio en el barco que le condujo de Hibernia a Mona, y en el viaje en barcaza desde Mona a tierra firme, observándole mientras él vomitaba bilis y la última y antigua comida en la cubierta. Viajó con él también mientras caminaba a lo largo de los elevados senderos de la montaña, en el sur, y un poco al este, y solo le abandonó de nuevo cuando pasó la vasta fortaleza de la Vigésima legión y llegó a los pies del sendero que conducía arriba, a la cueva de Mitra. Echó de menos su compañía, pero el animal parecía tan claramente ligado a Nemain que no podía esperar que le siguiera hasta los dominios de otro dios.

Por pura necesidad, su ascenso a la cueva fue terriblemente lento. Los seguidores del asesino de toros no tratan con demasiada amabilidad a aquellos que profanan sus lugares de culto, y Valerio ya no era un oficial herido alistado como León bajo las órdenes del dios, que subía con permiso de su Padre a santificar su alma antes de la batalla. La ruta de subida nunca fue fácil, pero aquella vez había que ir tentando cada paso antes de darlo, comprobando cada metro de avance por si había guardas, o rastreadores, o jóvenes iniciados, que podían haber decidido pasar la noche fuera en la montaña, ansiosos de probar su valía capturando a cualquier apóstata.

Al subir cada escalón, Valerio intentaba mantener abierto el espacio del dios que Nemain había perforado en su alma. Ella no le había pedido que abandonara su servicio a Mitra, no podía imaginar que hiciera tal cosa, pero, habiendo desnudado todo su ser en presencia de la diosa, le parecía imposible ahora poder servir también al dios de los soldados, de las legiones, cuya adoración se ofrecía solo a los mejores, a los más capaces, a los más dedicados a Roma y al imperio.

Valerio llegó al lugar del dios con la luz más gris de la aurora, y al principio no vio en qué se había convertido. Cuando hizo su única visita, justo antes de la derrota de Caradoc, la entrada a la caverna de Mitra era una grieta sin señalar en una cara de roca, en el costado de una catarata, que era fácil no ver, a no ser por las ofrendas de miel, grano y pequeñas piezas de oro situadas con mucho cuidado en unos salientes de la anchura de un dedo en torno a la abertura.

Ahora, cuatro años después, un Padre que había deseado dejar su marca más visiblemente había ordenado que se embadurnase de blanco una franja de un palmo de ancho en torno a la abertura, de modo que la negra cicatriz de la boca de la cueva gritaba hacia el valle y cualquiera, entregado al dios o no, podía saber dónde residía.

Valerio no habría hecho una cosa semejante, ni tampoco, pensó, el tribuno con la túnica gris que fue Padre de la orden en su tiempo. A aquel hombre le preocupaba

mucho hacer las cosas a la manera antigua, y no habría necesitado gritar su presencia al mundo. Valerio se preguntaba si el nuevo gobernador estaría marcado con el asesino de toros: aquello llevaba la marca de un hombre que se alimentaba de la publicidad propia y la adulación de los demás, como se decía de Suetonio Paulino.

Aquella mañana precisamente el efecto no era como se había pretendido. El viento se había levantado, y jugueteaba con la cascada, de modo que la boca pintada de blanco quedaba emborronada por las salpicaduras y Valerio solo vio la suprema fealdad cuando se quedó de pie justo delante.

Era horrorosamente feo. Se habían colocado unas ofrendas chillonas, a juego con la pintura. Una cadena de oro colgaba de una estaca introducida en la roca; un frasco de vino yacía sin romper, con el sello de cera estampado con la marca de Claudio, para demostrar la edad y el valor del caldo; una solitaria perla del océano pasada en un hilo de oro colgaba del avellano que se inclinaba encima de la cascada, como una gota de leche irisada en la humedad. Solo esto último otorgaba cierta atmósfera sagrada al lugar. Valerio notó un dolor en los dientes que era como el primer susurro del disgusto del dios.

No quería entrar en presencia de uno a quien había servido mancillado por el brillo de aquellas falsas ofrendas. Dejando su bolsa, retrocedió cien pasos y esperó, observando. Cuando estuvo seguro de que ni hombre ni animal alguno habían rastreado su ascensión, se desnudó y se abrió camino con mucho cuidado sobre las rocas húmedas hasta el estanque del fondo de la cascada.

El agua atronaba a su alrededor, salpicando con ímpetu. Una década de servicio en el oeste no había disminuido su reverencia ante el poder estruendoso y fascinante de un río que cae en cascada desde un acantilado. Como un niño, abrió los brazos y dejó que el agua pinchase su cara y su pecho, azotándolo hasta despabilarlo. La marca de su esternón punzaba ligeramente, pero no mucho; había pasado mucho tiempo desde que el dolor que sentía en ella le recordaba su deber.

Mucho más alerta, saltó desde la última roca hasta el agua. El frío no le robó el aliento como en el río que había junto al túmulo de los soñadores; esta vez sí podía pensar, y no se perdió en sí mismo. Agradecido por eso, metió la cabeza debajo del agua y dejó que la corriente limpiase el resto de su piel.

Con la limpieza llegó también una nueva conciencia. No le habían dado la bienvenida en Mona, y el dolor que eso le producía seguía en él. No le abandonó, pero él seguía vivo a pesar de ello, libre para beber aquel aire limpio y el agua cristalina, el cielo penetrante y el grito del águila que cazaba temprano, desgreñada por el invierno y demasiado hambrienta para esperar a la plena luz. Aquel dolor le conmovía, pero de una forma agradable. Valerio averiguó que podía imaginar el futuro, un momento en que el animal se vería aliviado por la comida y el descanso y el susurro de los vientos altos. Eso le sorprendió; no sabía que al abrir el alma a Nemain se le permitiría ver el futuro, aunque fuese para un ave impaciente. Redescubrió su presencia como un regalo y se bañó en ella, como se había bañado antes en el agua.

Más tarde, ya seco y vestido, tomó el oro y el vino de la boca de la cueva y lo arrojó todo al río. Ya no era su obligación, pero no le deseaba ningún mal a Mitra, y aquél era un servicio que podía prestarle, ya que estaba en situación óptima para hacerlo. Cualquier agua que surgiera de la tierra estaba consagrada a Nemain, pero ella siempre había sido la puerta hacia los otros dioses. Podía devorar aquellas cosas sin daño, de un modo que era incapaz de hacer el degollador de toros. El dolor en sus dientes se desvaneció mientras la poza se tragaba la última cadena reluciente. Dejó la perla. Colgaba en el avellano con un sentido distinto, la había colocado alguien que comprendía el amor de los dioses por la belleza.

Nada quedaba, pues, que evitase que Valerio entrara en la cueva. Abriendo bien la mente, encendió una de las velas de sebo que portaba consigo y se metió por la boca rodeada de blanco, arrastrándose de bruces en la oscuridad a través de un túnel que se estrechaba sin parar, y que le llevaría en presencia del dios.

Aquello no había cambiado. Como ocurría antes, llegó al recodo en el túnel donde el suelo se volvía empinado y abrupto, y el único modo de seguir era con los brazos estirados hacia delante y el cuerpo doblado en la roca. Durante largo rato le pareció imposible ir hacia delante o hacia atrás, y tuvo que reprimir el pánico que le invadía. Cuando llegó a la abertura hacia la cueva, ésta le pareció un bendito alivio que era tanto recuerdo como realidad.

Él ya no era el mismo hombre que antes; su apreciación de aquel lugar fue mucho mayor de lo que había sido. Los antepasados soñadores de los hibernios habían construido de piedra la cámara de sueño en la cual Valerio había pasado sus largas noches, y la habían dejado sin luz alguna. Allí, los dioses, sin la ayuda de soñador alguno, habían construido una caverna abovedada dentro de una montaña tan alta que rozaba las nubes, colocando en su interior un lago, y un encaje de agua que, cuando lo tocaba la llama de una vela, se convertía en el espectáculo más conmovedoramente hermoso que Valerio hubiese podido ver jamás.

La conmoción de ese hecho le había atraído antes hacia Mitra. Esperaba que volviera a hacerlo en aquella ocasión. Al tacto, encendió la segunda de sus tres velas y la colocó en la roca, luego cerró los ojos y esperó un momento antes de mirar al lugar donde estaba el lago, y las chorreantes joyas acuáticas que titilaban en el techo como lágrimas de oro del dios.

El dolor que sentía en los dientes volvió, repentinamente, cuando ya era demasiado tarde, pero ya estaba henchido de ilusiones para hacerle caso.

Tendría que haberlo supuesto: un hombre que pinta de blanco la boca de una cueva pondrá su sello también en lo más sagrado que ésta contiene en su interior. El hierro bordeaba el lago. Una barrera hecha con estacas como las que colocan las legiones en los márgenes de sus campamentos nocturnos, solo que aquellas estacas eran varillas de hierro, y no de madera, y se habían forjado y diseñado y moldeado a mano, y en sus extremos se había estampado la marca del cuervo, exactamente como estaba grabado al fuego en el pecho de Valerio, y mientras los legionarios podían

clavar sus estacas con un sello sencillo directamente en la tierra, allí, hombres con cinceles y argamasa habían trabajado durante días para introducirlas en la roca que era el suelo de la caverna.

Suponía un sacrilegio perpetrado en nombre del dios, y todos los sentidos de Valerio gritaron al verlo. Se volvió y encontró en la parte posterior de la caverna un altar hecho de mármol y la pequeña parte de sí mismo que aún podía pensar intentó imaginar cómo habrían conseguido introducirlo por el túnel. El resto de su ser estudiaba los grabados que tenía a su alrededor y el oro labrado y los iconos pintados y los veía también como un sacrilegio.

Lleno de asco, dijo:

—¿Acaso no te conocen?

«Creen que sí. ¿Tú eres distinto?»

Valerio se volvió hacia el agua, mucho más despacio que antes. Nemain no había aparecido ante él en ninguna visión, ni le habló en voz alta, de modo que su voz resonara a lo largo de la roca y el agua enojada, sacudiéndole en el lugar donde permanecía de pie.

Mitra hizo ambas cosas. El dios no se arrodillaba en el fuego, como él había hecho antes. No tenía ningún toro a sus pies, ni vivo ni muerto, pero el perro que aparecía siempre con él en los grabados y los frisos de las bodegas, en todas las fortalezas romanas, estaba junto a sus talones, con la cabeza a la altura de su muslo. En las imágenes era pequeño y con las orejas redondas; un sabueso del sur, de suave pelaje, procedente de los desiertos de nacimiento de Mitra.

En la cueva del dios, en las montañas de Britania, el perro era alto, con las orejas puntiagudas y el pelo áspero y roto, y las manchas blancas sobresalían de su pelo como si acabara de revolcarse en la nieve. Era el perro de la cámara de sueño de los antepasados, que había aparecido a los pies de la montaña del dios, y era también *Granizo*, que había muerto y fue encomendado a Briga. No tenía que haber aparecido en compañía de ningún dios extranjero, y mucho menos uno tan estrechamente vinculado con las legiones.

Valerio abrió la boca y la cerró de nuevo. Nemain le observaba y no le ofreció ayuda alguna.

Divertido, Mitra dijo:

«Te lo pregunto de nuevo. ¿Me conoces, Julio Valerio, herrero de Hibernia?»

Valerio encontró de nuevo la voz, cosa que le sorprendió.

—No presumo tal cosa. Nunca lo he hecho.

«Y sin embargo has quitado las falsas ofrendas de la boca de mi cueva, y sientes dolor al ver el desatino cometido con mi lago».

—No me gusta ver que sufres.

«Entonces al menos comprendes eso. Te lo preguntaré de otro modo. ¿Me conoces, Bán de los icenos?»

—No.

Valerio habló sin pensar, desde el lugar que se estremecía en su pecho y donde todavía enraizaba un dolor antiguo. Cuatro años antes aquello habría bastado. En aquel preciso momento, desde la abertura que Nemain le había practicado, dijo:

—Como Julio Valerio, decurión de la caballería y servidor del emperador, podía haber llegado a conocerte. Como Bán, solo puedo entregarme a Nemain.

«Pero no eres Bán. No respondes a ese nombre, ni piensas en ti mismo así, en tus sueños. Te lo pregunto de nuevo: como Valerio, ¿a quién sirves?»

Uno no habla dos veces sin pensarlo debidamente en presencia de un dios. Valerio se quedó de pie en el centro de la caverna y contempló la luz de su vela que iba sangrando en los huecos que quedaban entre las barras de hierro. Antes habría bastado con aquella luz para incendiar todo el lago y hacer revivir aquel lugar, pero ya no era así. El dios estaba de pie en un agua muda, mientras los canales de llamas marchitas apenas le tocaban los pies. Valerio dejó que su mente se dilatara hasta reunirse con ellas y buscó una respuesta.

Durante tres años en Hibernia había vivido solamente como Valerio, y se había creído carente de dioses. Ahora, sabiendo que no era así, todavía no había averiguado quién podía ser, excepto que todavía no era Bán de los icenos ni era ya Julio Valerio, ciudadano de Roma y decurión de la caballería tracia.

A los pies del dios toro, el perro metió la cabeza y bebió del fuego. Allí, en aquel sitio, su pellejo quedaba apelmazado en el cuello, en el preciso lugar donde había sangrado la herida de muerte. Olfateaba el aire y erguía las orejas, y trotaba hacia delante, saltando las barras de hierro como si fuesen simples palitos colocados planos en el suelo. Al llegar a Valerio hociqueó su mano colgante, y, como había hecho en la cámara de los antepasados, él notó la calidez y la humedad de ese hocico como si fuera real.

En presencia de los dioses nada ocurre por accidente. Valerio se arrodilló como Mitra se había arrodillado y acarició las orejas del perro de sueño. Mirando por encima del agua, dijo:

—Este perro, ¿es tuyo o es mío?

«Si te has consagrado a mí, lo que es mío es tuyo».

«Si…» Aquella palabra quedó suspendida en el aire entre el hombre y el dios, vibrante, abriendo puertas que Valerio había cerrado hacía mucho tiempo.

«Si…» El dios caminaba hacia delante por avenidas de fuego. Su rostro era el de un muchacho, sus ojos tenían la vejez de la eternidad. Su cabello era del color del sol de la mañana, y en su sonrisa se alojaba la belleza y el poder salvaje de todos los amaneceres que habían existido. Ningún hombre podía conocerle sin sentir amor, ni dejar de experimentar el dolor a su partida.

Valerio, que le había servido durante quince años sin conocerle de aquella manera, y por lo tanto sin amor, se sintió aplastado por el peso de una montaña entera de pérdida.

Angustiado, dijo:

—No puedo ser lo que era. No puedo volver atrás.

«¿Lo deseas acaso?»

—No. Se me ha concedido mi derecho de nacimiento. Ahora lo que soy es la verdad —desesperado, Valerio buscó a Nemain y la encontró, y nada cambió, pero su alma llegó a un equilibrio y su confusión no quedó sin atender. Ella no forzaba ninguna elección, ni tampoco Mitra. Aun así, él no veía forma alguna de que un hombre pudiese servir a dos dioses tan dispares y mantenerse intacto.

Una llama osciló en el espejo plano del agua. El dios estaba tan cerca que podía tocarlo. Serenamente, dijo: «¿Quién eres ahora, Valerio, caminante entre dos mundos? Julio Valerio era tan plenamente de Roma como Bán era de los icenos, y ninguno de los dos se resignará a descansar tranquilamente, por mucho que lo pretendas. ¿Debes renunciar a uno de ellos ahora, para mantenerte fiel al otro? La elección es tuya. Ningún dios puede hacerla por ti».

Valerio no había querido elegir, sino acabar. Durante demasiado tiempo no dijo nada, mirando las varillas de hierro y la vela vacilante. Luego, la calidad del silencio cambió y cuando volvió a mirar, el dios fluía en el fuego, y el fuego en el agua.

La pérdida era irreparable. Abandonado, cayó de rodillas y lloró. Unas lágrimas abrasadoras formaron ríos en sus mejillas. Quería desesperadamente jurar lealtad, una vez hecha la elección, y sin embargo no podía; su voz ya no respondía a sus órdenes.

El perro con el pelaje áspero se volvió hacia el lago y gimió una sola vez, suavemente, y luego volvió y lamió la mano de Valerio.

A través de la cámara resonante de la caverna, la voz de Mitra llegó hasta él, dulce: «Busca en quién te has convertido, caminante entre dos mundos. Si lo averiguas, la paz de los dioses se abrirá ante ti, y no solo cuando camines a la luz de la luna de Nemain».

* * *

Valerio estaba solo, arrodillado en la roca del suelo de la cámara, temblando tanto como en las ocasiones en que cruzaba el océano. El perro hizo que se sentara, luego hizo que se pusiera de pie, luego le empujó las piernas, de modo que debía resistir o caer. Quiso vomitar pero no se atrevía a mancillar la caverna del dios, por muy horrorosamente profanada que estuviese ya.

Al pensarlo se sintió conmovido. No había llevado ninguna herramienta consigo, pero creía que era posible, aun con las manos desnudas, deshacer lo peor de lo que habían hecho hombres que sí contaban con herramientas.

Las varillas de hierro en torno al lago fueron muy fáciles de quitar; los agujeros en los cuales se habían introducido no eran hondos, y la argamasa a su alrededor se

había podrido ya con el aire húmedo. Las quitó, una por una, y las apiló contra la pared junto al túnel que conducía al mundo exterior.

El altar era más complicado. No era feo; en el lugar adecuado, habría resultado muy bonito, pero aquél no era el lugar adecuado. Al examinarlo Valerio se dio cuenta de que lo habían hecho por partes, y comprendió entonces cómo lo habían pasado a través del túnel. El mármol plano que lo cubría se levantaba bien, y las cuatro paredes se sujetaban mediante unas estaquillas de madera por el interior.

Le costó algo de esfuerzo separarlas, pero tenía tiempo y una energía que debía ocupar en algo. El oro y las fruslerías que había alrededor se podían quitar fácilmente. El único problema era dónde guardar las piezas. No podía arrojarlas al lago (de toda el agua del mundo, aquella precisamente no pertenecía a Nemain) ni podía arrastrar solo el mármol a través del túnel sin disponer de cuerdas o rodillos.

Las velas ya estaban casi consumidas. Encendió la tercera con lo que quedaba de la segunda, y vio que las dos llamas se enrollaban una alrededor de la otra con el aire. Se inclinaban hacia la izquierda, hacia la boca del túnel a través del cual había llegado él, movidas por una corriente que venía del extremo opuesto de la caverna. Valerio se volvió sobre sus talones y observó el muro de piedra oscura.

—¿Así que crees que puedo ir a la otra caverna? Los dioses no me lo habían permitido antes.

Valerio hablaba dirigiéndose al perro, que no le dio ninguna respuesta, pero tampoco le retuvo cuando él se colocó un haz de varillas de hierro bajo un brazo y buscó la boca de la caverna dentro de la otra caverna que encontró en otra ocasión. La abertura no había sido señalada con cal blanca. Era muy improbable que los ingenieros con sus taladros y su argamasa no la hubiesen visto, pero, como Valerio en su última visita, quizá se hubiesen visto rechazados por un poder demasiado grande para ignorarlo.

La entrada no parecía más acogedora que antes. La vela parpadeaba y escupía y arrojaba más sombras que luz. Valerio se introdujo de lado y metió los hombros en la grieta que conducía hacia la nueva caverna… y esperó.

No vino ninguna voz a detenerle. El lugar tranquilo de su alma no contenía advertencia alguna.

Una corriente mayor apagó la vela.

Valerio no sentía miedo de la oscuridad. Se recordó a sí mismo ese hecho tres veces mientras iba empujando las varillas de hierro contra la pared de la caverna interior, y palpaba el camino de vuelta al lugar de donde había salido. Sus años en las legiones le habían vuelto metódico, al menos; las varillas de hierro quedaron apiladas juntas y en fila, y colocó las piezas del altar en orden de tamaño, al lado. Llevarlas a la caverna interior fue un trabajo lento, que todavía se hacía más lento por la ausencia de luz y la necesidad de ir a tientas por el camino, pero con la práctica cada vez iba más rápido, de modo que el oro y los iconos de las piezas del altar las llevó con mucha más facilidad a la caverna interior, y los colocó en unos salientes que había llegado a

encontrar al tacto.

Colocó la última pieza en su lugar y se quedó quieto, husmeando el aire como haría un ciervo, aventando el peligro. No notaba ninguna amenaza, solo una sensación de mayor edad y vigilancia, que no era suya, y un toque leve de algo que podía ser un saludo, o al menos un reconocimiento de su presencia. Había cierta sequedad en todo aquello que no ligaba con la humedad de la caverna; no obstante, le hizo pensar en hojas recién caídas, antes de que las lluvias del invierno las aplastasen, o en una piel de serpiente hallada poco después de la muda.

Caminó un poco hacia delante, más allá del punto más lejano de su exploración, y dejó que la corriente le apartara el pelo de la frente.

—Gracias —dijo—. Dejo todo esto a tu cuidado. Estas cosas no son malas en sí mismas, pero están en el lugar equivocado y por los motivos equivocados. Un día pueden ser adecuadas.

La oscuridad antigua y vigilante se abrió un poco para beberse sus palabras. Esperaba que se le diese algo a cambio, y se sintió decepcionado. El eco de las últimas palabras de Mitra se filtró levemente en el aire, pero los fragmentos cargados de sonidos habían ido temblando hacia delante y hacia atrás desde que el dios se fue, y Valerio siguió ignorándolos. No tenía intención alguna de elegir nada hasta haber dormido y comido, y estar a salvo y lejos de las legiones acuarteladas en el valle que había abajo.

Sin pensar, frunció los labios y silbó suavemente para llamar al perro como solía hacer con *Granizo*, cuando era niño. El perro colocó el hocico en su muslo, en el lugar que le correspondía, y juntos emprendieron el camino en torno a la caverna de Mitra, recién consagrada de nuevo, hacia la boca del túnel de salida.

Valerio recogió los cabos de las tres velas e inclinó la cabeza hacia el lago de aguas negras. Notó una levedad que le hizo flotar y que hacía menos gravosa la elección. Sabiendo que el espacio de los dioses estaba doblemente lleno, sintió una paz que no era, después de todo, solo de Nemain.

Aferrándose a esa idea y a la novedad que representaba, dijo:

—Gracias. Te estoy siempre agradecido por el don de tu presencia. Te honro, ocurra lo que ocurra.

El eco del dios le rodeó: «Elige bien, Valerio».

* * *

Salir era el renacimiento a la alegría que había imaginado en el montículo de los antepasados en Hibernia, y que sin embargo no había experimentado. El último sol de la mañana le cegó, así como el resplandor de la poza bajo la cascada.

El agua rugiente y el grito del águila ratonera inundaron sus oídos y perforaron su

mente. El aire agudo, el agua más aguda aún, conmocionaron su rostro y los bebió ambos, y siguió bebiendo cuando los dos hombres que salieron de la tierra tras él le sujetaron los brazos y le rodearon las muñecas con unas cuerdas y le dieron patadas en el vientre de modo que cayó al suelo, jadeando en busca de aire, y la oscuridad, la luz y la oscuridad de nuevo golpearon sus ojos cerrados, y aun así, una parte de él siguió extasiada por la mañana y sin comprender qué había pasado.

XXII

El perro no se quedó con Valerio al ser capturado, ni tampoco volvió cuando los cuatro hombres, media partida de una tienda de la Vigésima legión, le golpearon y le dejaron inconsciente y luego le arrojaron a la poza debajo de la cascada para que recuperara la consciencia; más tarde le condujeron entre ellos, dos delante y dos detrás, y le obligaron a andar, dándole patadas al hacer cada pausa, montaña abajo.

En las raras ocasiones en que podía hablar, Valerio llamó al perro, enviándole a buscar a macCalma, para mantenerle a salvo de todo peligro, como si un perro regalado por los dioses pudiera recibir algún daño de los hombres. El resto del tiempo se perdía en un mar de dolor rojo, de modo que, al final, liberó su mente porque era más fácil esconderse en la oscuridad de la inconsciencia y confiar en que su cuerpo soportase las patadas lo mejor que pudiera sin interferencia por su parte.

No había necesidad alguna de preguntar adonde iban; él mismo ya había conducido aquellos destacamentos bastantes veces. Se despabiló cuando abrieron de par en par la puerta de la sala del inquisidor, debajo de los almacenes del intendente, en la esquina sudoeste de los barracones. El sonido de las bisagras sin aceitar atrajo demasiados recuerdos para poder sumergirse de nuevo en la inconsciencia.

La habitación estaba construida con roble sin desbastar, con el suelo de arenilla y una sola ventana con barrotes para dejar entrar la luz y el aire. El almacén de grano de la fortaleza estaba justo encima, y los arneses de recambio almacenados en el desván que quedaba encima de todo. No era peor que cualquier otra prisión, pero los soñadores de las tribus que eran conducidos allí para ser interrogados temían a aquella habitación más que a los inquisidores y sus hierros.

Hacia el final de su estancia en la fortaleza, Valerio conoció a tres al menos que se habían quebrado sencillamente como resultado de dejarlos allí solos toda la noche. Siempre pensó que la causa era el almacén de grano, que la vida en una casa redonda no les había preparado para las técnicas de los ingenieros romanos, y darse cuenta de que estaban encerrados en una habitación con el suministro de grano para un año entero suspendido encima de sus cabezas, sencillamente, les destrozaba la mente.

Pero no podía estar más equivocado. La realidad era mucho más perturbadora, y la descubrió cuando sus captores abrieron la puerta y lo arrojaron de cara en la gravilla del interior. Como oficial de las legiones, había visto aquel lugar demasiadas veces para contarlo. Conocía, igual que había conocido sus propios alojamientos, el olor a sangre antigua, a vómito y a orina rancia, y el hedor de carne antigua poseída por el terror y la capitulación.

Entonces su rango le protegía, y los estrechos muros de su mente. Ahora ya no era

oficial, y Nemain había abierto lo que antes estuvo cerrado. Deslizándose por el suelo con la cara por delante, notó, como si fuera el suyo propio, el horror de todos los soñadores anteriores, de todos y cada uno de los hombres y mujeres de las tribus que habían vivido y muerto en aquel mismo lugar.

Algunos eran más fuertes al principio, otros más débiles, algunos entregados a otros dioses que no eran Nemain; los había mejor entrenados, de modo que sabían cerrar las compuertas de su mente para que el impacto de su ruptura fuera menor en los que venían detrás.

Ninguno de ellos, por muy bien entrenado que estuviera, había dejado de añadir peso al horror, y Valerio era solo el último de aquella línea. El peso de sus muertes le oprimió como un mazo, y chilló agónicamente cuando sus guardias le volvieron a dar patadas en el vientre solo para divertirse.

Las patadas le salvaron. Se encogió, atragantándose, sumido en su propio torbellino, sin respiración, y la lucha por el aire resultó demasiado urgente y abrumadora para que el resto le golpease. Agarrándose al suelo, luchando por encontrar los hilos de las enseñanzas de macCalma, al fin pudo hallar aquella parte del caos que era solo de Valerio, y mantenerlo apartado del resto.

Los guardias le dejaron solo, después de quitarle los grilletes. Estaba echado boca abajo, con la mejilla manchada con su propia saliva, lágrimas, sangre y polvo, y luchando por recuperar la razón.

Un hecho quedó claro al final, sobresaliendo de todo lo demás: le habían llevado allí, a aquella cámara, y en cambio a un oficial de servicio o legionario lo habrían llevado a los cuartos de detención en el ala sur de los barracones. Por lo tanto, creían que era un hombre de las tribus y no conocían su identidad anterior. Se agarró a eso como a una tabla en el océano de su naufragio.

La habitación no era grande; los cuatro guardias apenas cabían en ella. Le dieron la vuelta y entonces los vio por primera vez, primero con el ojo izquierdo, que no estaba hinchado y cerrado. Todos eran jóvenes y extranjeros. Ninguno de ellos servía en tiempos de Scapula, cuando el decurión de la Primera de Caballería tracia condujo a sus tropas al otro lado del río en un ataque que consiguió, al fin, derrotar a Caradoc.

Aunque hubiesen estado allí, sin su montura tampoco habrían reconocido a Valerio. El caballo-cuervo fue su emblema, por mucho que hubiese pintado el toro en sus gallardetes. Él lo amaba y el caballo lo odiaba, cosa mucho más segura y mejor, y él lo había amado más aún por ello. Durante un largo momento de distracción, la pérdida del caballo-cuervo le importó más a Valerio que la presión de la sala del inquisidor y la lenta muerte que se avecinaba para él. Llamó al animal en tracio, y los cuatro hombres jóvenes de la Vigésima pensaron que gritaba en siluro y escupieron de nuevo, riendo.

Los guardias eran jóvenes y carecían de experiencia, y dejaron a Valerio solo con las manos libres mientras se iban a cerrar la puerta. Sus espadas colgaban en sus caderas como una invitación abierta. Si hubiese sido el guerrero que ellos creían,

habría matado al menos a uno de ellos, y luego a sí mismo, en el tiempo que les costó correr los cerrojos.

Pero como no era solo un guerrero y no tenía intención alguna de morir, Valerio se puso de pie y se quedó allí, tambaleándose, en el centro de la habitación. Tenía la boca llena de sangre. La tragó en lugar de escupirla y, en el latín arcaico que prefería Claudio, y que todavía era señal de lealtad al viejo emperador, dijo:

—Se supone que me tendríais que quitar la ropa. Es lo siguiente que viene en los Procedimientos: debe quitarse al prisionero toda la ropa en el momento del arresto. Creo que se hace para despojar a los guerreros de calor y dignidad, cosa que presume que todavía les queda algo de dignidad que poder arrebatarles. Pero creo que deberíais hacerlo.

Cuatro hombres le miraron horrorizados. Uno, con el pelo negro, más delgado y más vivaz que el resto, lanzó un juramento en nombre de Mitra.

Valerio no había hecho su elección en la cueva, pero dio las gracias con mucha profusión al dios-toro por el regalo de aquel joven esbelto y la intensidad de su fe. Enderezándose, pronunció las palabras de la invocación del León ante el altar del sol, y vio que el joven iniciado palidecía hasta adquirir el color del pergamino gris.

Un espía siluro bien enseñado podía, hasta cierto punto, saber hablar el latín de Claudio, e incluso podía haber visto un ejemplar de los Procedimientos, pero solo un hombre que ha subido muy alto en las filas del sacerdocio de Mitra conoce la invocación del León lo bastante bien para recitarla en voz alta, y tal hombre jamás puede pertenecer a las tribus. La jerarquía del dios-toro era notoriamente selectiva en la elección de aquellos que ostentaban altos cargos: con cada palabra, Valerio probaba no solo que era ciudadano romano y había servido en las legiones, sino que había formado parte de la pequeña élite que se había distinguido tanto en combate que podían seguirle otros que no fuesen de su propio cuerpo.

El silencio que siguió a continuación estaba erizado de terror. En medio de él, el iniciado de Mitra volvió a jurar, en tono muy bajo, rogando el perdón de su dios.

El joven estaba recién marcado; todo su porte así lo indicaba. Valerio se apoyó en la pared y consiguió no caer. Levantó los brazos de modo que sus mangas cayeron hacia atrás y mostró las cicatrices del rango de León en la muñeca, y se colocó el pulgar izquierdo en la parte delantera de la túnica, donde ésta cubría la antigua marca de Mitra que el fuego grabó hacía mucho tiempo en su pecho: hasta los guardias a los que no se había permitido jamás la entrada en las bodegas y cuevas del dios toro eran capaces de reconocer aquella marca al verla.

—Deberíais desnudarme, de verdad —dijo Valerio, amablemente—. Nos ahorraría tiempo al final, aunque os estaría muy agradecido si pudierais hacerlo sin darme más patadas. No estoy seguro de que me quede nada que no necesite un mes entero para curarse.

Pensó que había ido demasiado lejos. Los cuatro legionarios le miraron y sus mentes gritaron visiblemente debido a la necesidad de ayuda por parte de un oficial

superior, preferiblemente con la marca del dios, con el rango de León o más aún.

Pero Valerio no quería por nada del mundo que ellos requiriesen semejante ayuda.

Mirando más allá del joven iniciado, captó, por el contrario, la mirada del armero, que era el único oficial entre los cuatro. Dijo:

—La elección es muy sencilla: si soy un guerrero de los siluros, tenéis que desnudarme antes de que vengan los inquisidores; de otro modo, quedaría fatal. Si no lo soy, y si soy, por el contrario, lo que estáis viendo y oyendo… —no iba a reclamar su pertenencia al dios en voz alta, pero se tocó de nuevo la marca de Mitra en el pecho —, entonces pagaréis por desobedecer la orden de un oficial superior. Y os he ordenado que me desnudéis. Si no lo hacéis, os haré un expediente. Pensad, muchachos… —chasqueó los dedos y vio vacilar a los cuatro jóvenes—. En combate, un oficial que duda está muerto, y sus hombres también. Eso lo sabéis…

Los habría convencido. El oficial joven tomó aliento para darla orden de desnudarle… y lo soltó de nuevo al oír el sonido que Valerio ya había medio intuido medio latido de corazón antes, y que había hecho que todos los demás argumentos resultaran inútiles. Fuera, una tropa de la caballería auxiliar acababa de recibir la orden de permanecer firmes en formación, frente a la puerta.

La ayuda del oficial superior había llegado sin pedirla. El joven oficial esbozó una sonrisa y el alivio se inscribió en todo su rostro. Valerio le sonrió también, y maldijo en hibernio para ocultar su pánico.

Una vez más, podía haberse apoderado de un arma: los guardias llevaban las suyas sin mucho cuidado, y toda la atención estaba concentrada en el oficial de fuera. No habría costado demasiado coger una espada y hundirla en su propio pecho. Si hubiese estado dispuesto a verse vencido por los guardias de fuera, o por cualquiera de los cinco mil hombres armados de la fortaleza, probablemente habría matado al menos a uno de los jóvenes legionarios primero, y se habría ido con el dios con un último fantasma esperando para saludarle en las tierras que hay más allá de la vida. Consideró ambas cosas en el tiempo que le costó al oficial recién llegado marchar hasta la puerta, llamar dando unos golpecitos y preguntar si podía pasar.

Durante el resto de su vida, Valerio, antiguo decurión del Primero de Caballería Tracia, creyó que ya había decidido vivir, y no morir, antes de reconocer la voz. Entonces se descorrió el cerrojo y entró la mañana y Longino Sdapeze, decurión del primer escuadrón del Ala Primera de la Caballería Tracia, ocupó todo el espacio de la puerta.

Como estaba mirando hacia allí y conocía excepcionalmente bien a Longino, Valerio fue capaz de detectar el respingo de sospecha confirmada y la consternación y la evolución rapidísima de los pensamientos que siguieron.

El resto vio que el alto y muy condecorado oficial de los tracios se quitaba el casco que ocultaba su cabello rojo y lo arrojaba, sonriendo, al prisionero, lanzando un alegre juramento en tracio, y luego de nuevo en galo y en latín. Dio unos golpecitos en

el hombro al joven armero de la Vigésima y, como un oficial a otro en presencia de la chusma, dijo:

—¿Le has preguntado a este idiota quién es, o estaba demasiado ocupado jurando por el dios toro para contártelo?

O bien era una intuición muy acertada o Longino era capaz de oír a través de la madera. En aquel momento, Valerio podía creer cualquiera de las dos cosas. Se puso el casco de la caballería en la cabeza y aunque su aporreado cráneo se resintió y latió contra el metal, se sintió muy contento de notar aquella protección.

Reconoció a los ocho hombres que esperaban fuera. El caballerizo mayor, que estaba de pie a la cabeza del grupo, levantó el pulgar con la señal que significaba la vida para un gladiador en todo el imperio. Para los hombres de la primera tropa del Ala Prima Thracum, también identificaba a su último decurión, que había montado al loco e ingobernable caballo-cuervo, y siempre les había conducido a la batalla con la temeridad y la suerte del circo. Detrás, un hombre robusto al que le faltaban tres de los cuatro dientes delanteros sonrió con su fea sonrisa y le guiñó un ojo.

La auxiliar no fomentaba una guardia de honor como hacían las tribus con sus líderes, pero tal cosa surgió espontáneamente, por sí sola, y aquellos ocho hombres casi habían formado una guardia de honor de Valerio durante los cuatro últimos años de su estancia entre las legiones. Les conocía a todos muy bien; sus nombres, los nombres de sus amantes, los nombres de sus hijos legítimos e ilegítimos. Conocía sus caballos y cómo cabalgaban y su valor o su falta en el campo de batalla, y en quién se podía confiar para mantener el costado izquierdo de una línea, y quién estaba mejor dotado para nadar con una cuerda atada y atravesar un río de noche y sujetarla bien, para que el resto de la tropa le siguiera.

Fueron los hombres de Valerio y ahora eran los de Longino, el salvaje jinete tracio que siempre amaba y luchaba con un alegre desdén por los riesgos. Que esos hombres hubiesen llegado para liberar a Valerio no se podía ni pensar; solo si, en conciencia, él podía permitirles que hicieran el intento.

Los cuatro jóvenes y ardientes oficiales de la Vigésima creían que habían capturado a un guerrero siluro. Solos, le habrían interrogado y quizás habrían averiguado, al final, que estaba entregado a Nemain y que había vivido un tiempo en Mona. Lo que no sabían, y nunca averiguarían, era que habían capturado a un antiguo oficial de la caballería declarado traidor por el emperador Nerón, cuya muerte en Roma sería mucho peor, con diferencia, que cualquiera que pudieran infligirle los inquisidores… y que sería compartida además por todos aquellos que le ayudasen en cualquier momento a lo largo del camino.

Alguien hablaba muy fuerte, cerca. Longino se apoyó en el quicio de la puerta, sujetándola, y mientras hablaba de Valerio a Valerio, comunicándole cuanto necesitaba saber.

—… y lo peor de todo es que lleva tanto tiempo con los nativos que se ha olvidado incluso de cómo dar su nombre en latín. Pero es el mejor par de oídos que hemos

tenido jamás dentro de las tribus. Nos trajo noticias de la trampa de Caradoc en el Valle de la Pata Lisiada, y corrió con su maldito caballo loco por encima de la muralla en la revuelta en tierras icenas, cuando el hijo de Scapula por poco nos mata a todos. Deberías preguntarle a Prisco cómo perdió los dientes. Uno podría pensar que los siluros son un puñado de salvajes bastardos…

Longino se volvió y salió por la puerta, llevándose a los demás con él. La mayor parte de lo que había dicho era cierto, y todo era legendario en las legiones. Los cuatro jóvenes de la Vigésima sonrieron, oyendo de una voz nueva historias que ya conocían muy bien.

—… el problema más peliagudo será cómo volverle a meter entre los siluros sin que se den cuenta de que le hemos soltado deliberadamente. Al menos le habéis dado las suficientes patadas para que parezca real. Yo diría que si nos damos prisa, todavía hay tiempo para que éste se «escape», no sé si…

Longino era un hombre de la caballería de un valor excepcional, pero nunca había estado en Roma; no había visto el circo, ni ayudado a quemar los cuerpos de los hombres marcados como traidores por un emperador. No había visto los detalles de su muerte, ni el exquisito cuidado que se tomaban unos hombres cuya habilidad consistía en asegurar que los que estaban experimentando sus atenciones no muriesen demasiado pronto. Misericordiosamente inconsciente, Longino no tenía ni idea del riesgo que había tomado, para sí o para aquellos que servían con él.

Valerio, que había hecho ambas cosas, lo sabía con exactitud. En el tiempo que le costó a Longino llevarse al ardiente y joven oficial de la Vigésima por la puerta, vio, superpuestas a las muchas muertes de soñadores que acosaban la cámara del inquisidor; nueve más, más lentas y más sangrientas, de ocho hombres de la caballería por los cuales se preocupaba y uno al que había amado.

Muchas veces en su vida Valerio había buscado su propia destrucción. Cada una de esas veces fue una negación de la vida, una huida de los dioses y los hombres que le habían abandonado. Esa vez, con plena conciencia de lo que hacía y por qué, buscó a Nemain y ella le sostuvo, y buscó a Mitra y notó la salvaje comprensión del dios. Con todo ello, supo lo que debía hacer.

El esbelto iniciado de Mitra con el pelo oscuro había llegado ya a la puerta. Al igual que sus camaradas, quedó extasiado ante los relatos de antiguas heroicidades por parte de Longino, intoxicados por su propia cercanía al peligro, ahora ya pasado, de modo que se reía demasiado al hablar de guerra y de batallas y de una vida que temía y ansiaba en igual medida.

Valerio extendió un brazo para bloquear la salida del joven.

—Cuando averigüen lo que he hecho en la cueva del dios, en la montaña, te desollarán vivo por dejarme ir. Y eso no es nada comparado con lo que te hará Mitra cuando vayas a reunirte por fin con él, vestido de carne, y tú delgado como un fantasma.

El joven le miró sin atreverse a comprender. La emoción indirecta se evaporó

cuando llegó la comprensión, a pesar de sí mismo. Amarillo de terror, luchó por encontrar las palabras:

—¿Qué has hecho?

—He quitado las dieciocho varillas de hierro que impedían el acceso al estanque del dios. He entregado a Nemain las ofrendas que había en la boca de la caverna. He desmantelado el altar y he roto el…

—¡Por el amor de los dioses, hombre! ¿Quieres dejar todas tus malditas fantasías tribales? ¡Estás entre amigos, y si tenemos que meterte el sentido común en el cráneo a golpes, pues lo haremos con el mayor placer…!

Longino realmente no tenía ni idea de lo que arriesgaba. Vivía su vida con demasiada plenitud en aquel momento para abarcar un miedo de tamaña magnitud.

Valerio tuvo que pensar exactamente eso antes de que su cráneo explotara en luz blanca y la inconsciencia le reclamase.

XXIII

Valerio se despertó a la luz del fuego y las estrellas, oyendo pastar a los caballos. El perro se encontraba echado a su costado, presionando contra sus costillas magulladas. Su tranquilo e insistente gañido le despertó.

Había olvidado lo que era despertarse tieso y dolorido, y demasiado asustado para empezar a evaluar los daños; sus cuatro años como herrero en Hibernia habían sido pacíficos y libres de las magulladuras propias del combate.

Tenía un sistema que siempre le había funcionado en el pasado, y que valía la pena intentar. Inhalando aire profundamente, mantuvo el aliento para probar sus costillas y decidió que ninguna de ellas estaba rota. Flexionó las piernas, un poquito nada más, y pensó también que sus rótulas probablemente no estaban rotas, ni tampoco los codos, ni los dos huesos paralelos de los antebrazos. Le dolía el cráneo ferozmente, pero estaba intacto. Explorando por encima de la carne vio que estaba vestido y notó que alguien estaba sentado cerca con un caldo que olía a cordero y a hojas de laurel. Se incorporó despacio.

Un hombre tosió no demasiado lejos. Otro se movió de modo que su armadura tintineó. Así, el antiguo escuadrón de Valerio dio muestras de que formaba guardia en torno a él, sin hacerse notar demasiado. Si todavía se colocaban tal y como él les había enseñado, cuatro de ellos estarían dormidos y cuatro de guardia, repartidos en círculo, dejando al oficial en el centro al cuidado del fuego.

Eso último al menos era cierto. Longino estaba sentado en un trozo de tronco con el cuenco de caldo agarrado entre ambas manos, y las manos entre las rodillas. No estaba claro si podía ver o no al perro. Sus ojos se veían amarillos a la luz del fuego, pero también parecían amarillos a plena luz del día; siempre había tenido mirada de halcón. Esa mirada, dura e incisiva ahora, ya no resultaba nada cómoda para el hombre con quien se había entrenado.

Valerio se apretó los ojos con la palma de las manos. Cuando el mundo se puso negro y luego blanco de nuevo, quitó las manos y dijo, bajando la voz:

—Te desollarán vivo y harán un collar con tus ojos. Prisco y los demás morirán a tu lado. Ningún oficial de valor acepta ese tipo de riesgos con su tropa.

—Gracias. Ya lo sé —Longino aún no sonreía, cosa que resultaba nueva; en el pasado, siempre estaba alegre, aun después de la captura de Caradoc, cuando Valerio se refugió en el vino y las cosas se fueron agriando entre los dos.

El tracio mojó un dedo en el caldo y lo probó, chupando las gotas.

—¿Profanaste la cueva del asesino de toros como dijiste?

—Estaba profanada cuando yo llegué. Yo lo que hice fue dejarla tal y como la vi

por primera vez. No la habrías reconocido como estaba ayer, ni lo habrías aprobado.

—Quizá no, pero lo que yo piense no tiene demasiada importancia. ¿Lo aprobó el dios?

—Eso creo, pero el nuevo gobernador no, cuando vea que sus alteraciones han sido desmontadas.

—En este caso, también puede ser que no fuese el nuevo gobernador quien las ordenase, sino el prefecto del campamento de la Vigésima. Que ahora está muerto.

Valerio parpadeó.

—Ya veo.

—No estoy seguro de que lo veas. En esta legión en particular, el prefecto controlaba a los espías que informaban en los consejos nativos, particularmente los de los siluros. Murió hace un mes por parte de tres guerreros que dieron sus vidas para que él muriese.

—No fui yo.

—No he sugerido que fueses tú, solo lo he mencionado porque el último de los guerreros llevó unos frascos con aceite para incendiarlos en el alojamiento del prefecto, y pasó algo de tiempo hasta que se lograron controlar las llamas. Como resultado, el registro de sus agentes y sus actividades no es tan completo como debería ser.

Longino sonrió por primera vez, con su vieja sonrisa, luminosa, viva e intensa, movida por una mente brillante. A Valerio le dolió de una forma inesperada. Aspiró aire lentamente y lo expulsó a través de sus dedos.

Pensando en voz alta, dijo:

—Longino, me buscan por traición. Nerón firmó personalmente la orden el día que fue nombrado emperador. No hay forma de evitar eso. Les puedes decir a los inquisidores que yo he espiado en todos los consejos de ancianos que se han celebrado en Mona desde la invasión y que he ido dando los detalles con toda precisión al gobernador en persona, y aun así, te crucificarán por haberme soltado.

—¿Traición? —Longino mostró sorpresa—. Qué descuidado. Yo pensaba que eras el favorito de todos los emperadores. Claudio creía que los dioses caminaban a tu sombra, y hasta Calígula dijo que le traías suerte. ¿Qué hiciste para disgustar tanto a Nerón?

Valerio sonrió. Longino siempre conseguía animarle. Dijo:

—Le corté la garganta a su mensajero favorito. Y saqué a Caradoc de Roma cuando Claudio me lo pidió.

—Ah, ¿fuiste tú? Me preguntaba quién lo hizo… Ese tipo de noticias no viajan bien; los hombres no transmiten los hechos que pueden hacer que los azoten por sedición —Longino mojó otro dedo en el caldo y lo chupó—. ¿Tienes tanta hambre como…? Sí, está claro que sí. Toma… tómate esto y luego veré si Prisco es tan vanidoso todavía como para llevar un espejo.

El caldo era tan bueno como el olor que desprendía. Valerio había olvidado lo que

era comer en compañía de hombres a los que podía confiar su vida. Estaba magullado y dolorido, y muy cansado, pero aun así se relajó como no lo había hecho desde hacía años. De él se desprendió una fragilidad que no sabía que tenía. La sensación no era distinta de la primera oleada de paz que solía encontrar en el vino. La lástima era que aquello nunca duraba.

Longino volvió, con un pequeño objeto de bronce circular.

Valerio hizo una pausa con una cucharada llena de caldo a mitad de camino de la boca.

—Supongo que es el espejo de Prisco. Aparte de admirar mis moretones, ¿para qué crees que podría necesitarlo?

—Porque creo que últimamente no has usado ninguno. Ven, acércate al fuego y mira si reconoces lo que ves.

Valerio se había visto por primera vez de niño cuando el comerciante Arosted le llevó un espejo de plata a su madre. Se había realizado como puerta para los sueños, como la mayoría de los espejos, pero Bán, de tres años de edad, había robado una miradita y se había sentido complacido de lo que vio: se parecía muchísimo a su madre. Pensaba que sus ojos eran iguales que los de ella, y su cabello también igual de negro, cosa que era buena, y la forma de su cara era muchísimo más parecida a ella que la de su hermana.

Durante meses, después, se sintió mucho más cercano a su madre a causa de aquello, aunque el espejo estaba escondido entre las cosas secretas y él no se había vuelto a ver a sí mismo hasta ser esclavo en Galia en una villa que era propiedad de un hombre notorio por su vanidad, cuya residencia era famosa por la cantidad y calidad de sus espejos, ninguno de los cuales era un portal para el sueño.

Valerio se había hecho ya mayor por entonces, mucho más de lo que sumaban sus años. Sin querer mirarse, se había visto demasiado a menudo. Entonces estaba más delgado, y los ángulos agudos de sus pómulos se habían afilado más debido a las ojeras oscuras de cansancio y desesperación bajo sus ojos, pero siempre seguía habiendo una especie de inocencia en él, como si creyese todavía que los dioses y el destino aún podían ser amables con él.

Al emperador Claudio no le gustaban los espejos, ni tampoco los tenían ninguno de los gobernadores, legados ni tribunos con los cuales había servido Valerio. Valerio estaba en una taberna de la Galia la siguiente vez que se vio, y solo por los ángulos recortados de su rostro y el pelo negro como ala de cuervo reconoció al hombre que le miraba desde las manchas del metal mal pulido. Por entonces ya había perdido toda inocencia.

Y estaba claro que seguía perdida. El espejo de Prisco no era peor que aquél de la taberna, y si la superficie distaba mucho de ser perfecta, al menos no estaba manchada con cagadas de mosca. Los ojos de Valerio eran más duros que como los recordaba; ya no esperaba que los dioses hicieran su vida perfecta. Aparte de eso, la masa de magulladuras amoratadas y los verdugones de su rostro hacían imposible ver nada

más de relevancia.

Una vez más, la única forma que tuvo de reconocer al hombre que le miraba desde el bronce lamido por el fuego era el color de su cabello, que seguía siendo tan negro azabache y tan liso como fue en su niñez. Siempre había pensado que era un regalo de su madre, hasta que Luain macCalma aseguró que era su padre.

En el reflejo, Valerio se dio cuenta de que se parecía muchísimo a Luain macCalma, cosa que explicaba unos cuantos incidentes de su pasado. Tendió el espejo de nuevo a Longino.

—¿Y qué? —preguntó.

—Que nosotros, que compartimos este fuego, te conocemos porque pasamos diez años contemplando tus ojos heridos y esperando que se quebrase tu paciencia; un hombre recuerda muy bien las cosas que más teme. Solo aquellos que vivieron la mitad de sus vidas bajo el látigo de tu lengua podrían hacerse una idea de que el prisionero que han traído esta mañana era el hombre que fue llamado a Roma por Claudio el mes antes de ser asesinado.

»Y aun suponiendo que fuese así, no hay más de tres hombres en toda la provincia que supieran que fuiste declarado traidor por Nerón, y ninguno de ellos está en el oeste. Tu nombre debe de estar en algún registro, en algún lugar, pero nuestro nuevo gobernador, que los dioses escupan en su alma, no es un hombre que acostumbre a perder tiempo o dinero rebuscando entre papeles de cinco años de antigüedad para resucitar los fantasmas del pasado de su antecesor.

—Cuatro —corrigió Valerio—. Fue hace cuatro años.

Longino dio una patada a un leño en el fuego, levantando una cascada de chispas. El movimiento condensó toda la tensión que procuraba apartar de su voz:

—¿Has escuchado acaso algo de lo que acabo de decirte?

—Sí. Que me tenías miedo. Pensaba que tú al menos me conocías mejor.

—Dioses, hombre, hiciste que me azotaran una vez. ¿Acaso lo has olvidado?

—¿Ah, sí, eso hice? —Valerio no pensaba que se hubiese perdido tantas cosas por culpa del vino. Acudió un recuerdo, sin buscarlo, y luego otros. Encontró que el fuego requería toda su atención. Como era más fácil que recordar, dijo—: Estoy seguro de que te lo merecías.

Valerio oyó que alguien aspiraba aire con fuerza y luego esperó la explosión de su liberación. Pero no llegó. Al cabo de un rato, como no ocurría nada, levantó la vista. El hombre que había compartido su vida, su lecho y parte de su alma durante casi media década se sentaba allí enfrente, lleno de frustración y con una ironía cortante y desesperada pintada con sombras equidistantes en su rostro.

—Yo creo que no —dijo Longino al final.

—¿Quieres contarme qué fue lo que ocurrió?

—No. Hace demasiado tiempo, y si realmente no te acuerdas será mejor dejarlo así. Ahora, lo único que quiero es que consigas llegar a un barco que te lleve a Hibernia, donde estarás a salvo, y así yo podré volver a la fortaleza y continuar

ocupando mi lugar en las reuniones de planificación del gobernador y los encuentros con el intendente y con el armero y todas las demás estúpidas reuniones que se supone que se requieren para organizar hasta el último remache de hierro de cada bota y cada perno de cada catapulta para la invasión de Mona por parte del gobernador, así como la destrucción de todos los soñadores que quedan en la isla. El gobernador no volverá a Camulodunum a pasar el invierno. ¿Qué otro gobernador, según tu experiencia, hubiese desdeñado los baños calientes y los suelos de mármol de la colonia a cambio de un invierno en una fortaleza de la legión? Atacará tan pronto como lleguen las reservas del Rin, y cuando lo haga, no se detendrá hasta que Mona sea suya.

Longino mantuvo la mirada de Valerio mientras pronunciaba todas las palabras del acto de traición más descarado al que ninguno de los dos se había enfrentado… o tolerado jamás.

Al final, avergonzado de una forma que ni siquiera podía nombrar por aquellos ojos ambarinos, y por la preocupación y la parpadeante luz del fuego que se reflejaban en ellos, Valerio dejó caer su mirada hasta sus propias manos. Las palabras resbalaron por encima de él, frías e implacables como un mar invernal. «El gobernador no volverá a Camulodunum para pasar el invierno. Atacará…, y cuando lo haga, no se detendrá hasta que Mona sea suya. La destrucción de todos los soñadores que quedan en la isla».

Cerró los ojos. En su interior, el espacio lleno de dioses de su corazón se convirtió en un mar tranquilo y espejeante, a través del cual un centenar de pequeños barquitos navegaban hacia la libertad. Nemain los dirigía, y Mitra estaba de pie junto a su hombro, y ambos daban seguridad a la visión, y la necesidad de que Luain macCalma lo supiese.

Longino no era ningún dios, y nunca había querido minar el avance de Roma. Con la boca seca, Valerio preguntó:

—¿Por qué me estás contando esto?

La sonrisa del tracio resultaba indescifrable. Su cabello rojo brillaba como el cobre a la luz de la hoguera.

—Porque te conozco mucho mejor de lo que tú te crees. Porque eres el hombre más tozudo, obstinado y testarudo que existe en el mundo. Porque no quiero, de ninguna manera, desembarcar en los cabos rocosos de Mona el primer día de la primavera próxima y encontrarme que tengo que luchar contra ti, y en este preciso momento me temo muchísimo que es eso lo que va a ocurrir, exactamente.

—No podría matarte, Longino. Ya no soy tu decurión.

—No, idiota, ya lo sé. Mi decurión no se habría dejado atrapar por cuatro chicos paliduchos que acaban de dejar los pañales. Eres un verdadero desastre, y supongo que te sentirás muy satisfecho de ti mismo.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque no quiero tener que matar a un hombre a quien todavía amo. Y ahora,

cállate y sigue comiendo y a ver si se nos ocurre cómo llevarte a ti y a tu especie de perro a la costa, quedando nosotros al mismo tiempo con vida…

XXIV

El aire olía a cal y a grasa, a pino cortado y a miedo. Estaba espeso por el humo y el sudor y la ardiente desesperación.

Cunomar macCaradoc, hijo de la Boudica, primero de los icenos en entregarse a la osa, estaba de pie en la casa grande que había construido él mismo en el lugar de las ferias de primavera y otoño, y la defendía contra el ataque.

Cincuenta y tres veces un joven de los icenos fue a él. Cincuenta y tres veces levantó el arma que había hecho su madre para él y, contraviniendo directamente las leyes de Roma, se enzarzó en combate con la intención clara de conducir a un joven a través del umbral de la edad adulta.

No luchaban a muerte sino a primera sangre, que fue la suya, de modo que los jóvenes que le atacaban blandiendo espadas pasaron a ser guerreros, con su primer corte de batalla en los hombros o en el pecho. A cuatro que dejaron caer la guardia demasiado pronto, cuanto antes, para acabar de una vez, los golpeó en la parte superior del brazo con la espada plana y los envió de vuelta hacia la noche. Volvieron después (mucho después), habiendo pasado de nuevo las barreras anteriores mantenidas por Breaca y Ardaco.

«Si tuviésemos a quinientos como tú…, aunque fuesen cincuenta nada más…», había dicho Breaca en primavera, expresando en voz alta su deseo sobre los cuerpos de los esclavistas coritanos muertos, y luego pasó el verano haciendo que el más modesto de los deseos se convirtiera en realidad.

No eran como él, claro, aquellos niños desesperados, aterrorizados y llenos de ilusiones, con el cabello recogido formando las trenzas del guerrero y grasa de oso y pintura de cal en sus bellos cuerpos sin mácula; no habían pasado nueve días solos en una cueva, en mitad del invierno, con una osa dormida, aprendiendo a conocer la textura de su propio silencio, como había hecho Cunomar, ni habían cazado, solo con un cuchillo, a un oso conocido por matar a los hombres por pura diversión, ni habían vivido bajo los abrasadores cuchillos de los ancianos durante tres días, después, aprendiendo cómo el dolor sin fin, el dolor insoportable, podía abrir sus almas.

Y lo más importante de todo, no habían pasado nueve meses recibiendo instrucción en solitario, enseñados por las diez o doce mentes más inteligentes de los caledonios; tal lujo no podía darse para ellos en tierras de los icenos, pero al menos habían pasado dos meses día tras día construyendo una casa grande a la manera de los antepasados, y las noches aprendiendo cómo usar la lanza y la espada, como habían hecho sus padres y a ellos, en cambio, nunca se les había permitido hacer. Ahí estaba el inicio de su camino como guerreros.

Una joven con el pelo oscuro como la noche llegó hasta él, con su trenza colgando suelta y la pintura de cal emborronada por el sudor y el ejercicio. Llevaba los ojos rodeados por un círculo blanco, y las aletas de su nariz palpitaban. Se advertía una magulladura en su brazo derecho, arriba, junto al hombro. Si se esforzaba, Cunomar podía recordar habérsela hecho él mismo, hacía mucho rato, al principio de la noche.

Si pensaba en ello, ella sortearía su guardia y acabaría por pincharle, cosa que no debía suceder. Cambió la espada de mano y la levantó para bloquear el golpe, y luego lanzó una estocada y volvió a parar la hoja, y atacó otra vez y luego se fue desplazando al ritmo de los golpes intercambiados que le había enseñado, esperando que la tranquilidad llegase a la mente de la muchacha, para que encontrara la velocidad y la seguridad que le permitiera romper el ritmo y llevar a cabo un auténtico ataque.

La chica le hizo un corte en la pierna, y luego en la otra, y después, cuando él levantó la espada para igualarla con la suya, se cambió de mano la espada y usó el pomo para golpearle a él en el antebrazo. El dolor le hizo gruñir, y vio la satisfacción y la risa aletear en el rostro femenino, pero él ya se había desplazado a un lado y había usado el codo para bajar la guardia de ella y golpearle de lado, apartando la muñeca de modo que la punta de su espada le cortó en el pecho, arriba, junto a la clavícula, formando una larga herida. Ella jadeó con fuerza y retrocedió, y él vio en su rostro la misma mezcla de dolor y júbilo que había visto en media docena de los demás. Esos pocos eran excepcionales; el resto solamente mostraba dolor y conmoción y una satisfacción moderada. Si tenía que existir una élite dentro de su guardia de honor, esa joven y los pocos que eran como ella formarían parte.

Unagh. Su nombre era Unagh, de Wash, en el norte, que había sido el hogar de Efnís. Cunomar lo recordó al bajar la espada y secarse el sudor de las palmas, y dio un paso a un lado, diciendo:

—Guerrera de los icenos, puedes pasar.

Pensaba que ella era la última, pero no estaba seguro. Cansado, se apoyó en el quicio de la puerta de la casa grande, sintiendo la madera recién desbastada suave al contacto de su hombro. Antes, la construcción de un lugar como aquél se habría planificado diez años antes, y los robles que lo formarían se habrían marcado y seleccionado y los habrían mantenido bien rectos, y las ramas de sauce para sujetar las paredes se habrían hecho crecer en el mismo lugar del edificio, de modo que sus raíces lo hubiesen asegurado, y los juncos y paja para el techado se habrían recogido y secado en el punto culminante del verano.

Cunomar y sus seguidores la habían hecho con roble rescatado de lo más profundo del bosque y sauces que debían enraizar más tarde, y más paja que juncos para el techado, y la mayoría húmeda. Había sobrevivido a los temporales de otoño y él quería creer que sobreviviría a las nieves del invierno, pero no estaba seguro de ello.

Había ya nieve en el aire; una vez desaparecidos los guerreros, él la olía. Estiró un brazo más allá del alero de paja, ante la puerta, y notó el primer contacto plumoso de humedad, convertido en nada en un latido por el calor de su mano.

La hoguera que ardía dentro reflejó el relámpago de una hoja ante él. Tensándose, levantó su propia espada y se puso en guardia. Desde la noche, Breaca dijo, divertida:

—Si vamos a luchar, que sea ante los ancianos. No querrían perdérselo; el oso contra la Boudica. Hablarían de ello durante años, especialmente si uno de los dos quedaba herido —y luego, acercándose lo suficiente para que la viera—: ¿Han pasado todos?

—Todos.

—Bien. Entonces podemos hacerles pasar la prueba de lanza y esperar que no dejen que la presencia de sus mayores les confunda. Tú diriges. Es tu noche. La nuestra vendrá después.

La prueba de lanza de aquellos que se unirían a la guardia de honor de Cunomar se iba a llevar a cabo a la manera de los antepasados: en el interior, enviando las lanzas a treinta pasos y con blancos de paja, a la luz de las antorchas solamente. Los ancianos habían llegado de sus aldeas y las que había más cerca. Habían venido más de cien; muchos más de los que se encontraban reunidos en el bosque dos años antes para determinar el futuro de la Boudica entre los icenos.

Aquellos no eran muchachos que hubiesen crecido bajo el yugo de Roma, sino adultos que habían sobrevivido a la invasión y la ocupación y la revuelta, y las salvajes represalias que siguieron. Eran los hombres y mujeres que valoraban la vida por encima del honor, o que tenían la sensación de que, viviendo, servían mejor a su pueblo. No eran los que aguantaron y lucharon contra las legiones, ni los que escupieron a los auxiliares, ni los que continuaron actuando abiertamente como soñadores para sus comunidades, frente a la prohibición de Roma.

Muy pocos de ellos habían sido entrenados en Mona; no vivían en el sueño, como hacía Airmid, ni conocían los cuentos invernales ni sus significados ocultos, como se le había enseñado a Duborno. Aun así, habían encontrado el valor suficiente para viajar al final de aquel año, cuando los caminos estaban llenos de barro y te hundías en él hasta las rodillas, y las patrullas romanas todavía rastreaban por allí, para recordar las pruebas de lanza de los antiguos y ser testigo de ellas, como se requería.

Los jóvenes guerreros lanzaron sus proyectiles en grupos de cuatro o cinco, alineándose en la marca, preparándose como si se hubiesen entrenado toda la vida para ello, y no llevasen solo dos meses de tardes en el bosque. Sus hojas reflejaron la luz rojiza de los fuegos, formando soles en la oscuridad. La canción de las lanzas llenó la casa grande y fue disminuyendo a medida que cada uno de ellos intentaba unirse con el alma del guerrero que la sujetaba.

«Tranquiliza la voz de tu mente», dijo Breaca, hacía mucho tiempo, y Eneit, que había comprendido la plena medida de aquellas palabras, replicó: «¿solo?», y lo hizo mientras aún seguía riéndose de la imposibilidad.

Los guerreros recientes no eran como Eneit, pero se entregaron al intento con todo su corazón. Cunomar estaba de pie en un lado, esperando para dar la orden de lanzar como había hecho su madre en el bosque, hacía una vida entera, cuando

resultó imposible para él oír la canción de las lanzas.

Cada vez, con cada nuevo grupo, él notó la tensión y los nervios y la creciente calma cuando se esforzaron por oír solo la voz de la lanza, no la voz de su propio temor y sus propias dudas. Cada vez, cuando pensaba que la tensión había ido demasiado lejos y que no era posible encontrar la tranquilidad, llegaba con todo sigilo y decía: «¡Tirad!» con toda calma, y ellos lo hacían, y sus lanzas daban en el blanco como él sabía que harían excepto cuatro a los que se les permitió intentarlo de nuevo en primavera. No se habían arriesgado tanto para fallar tan cerca del final.

Por último, cuarenta y nueve guerreros de los icenos quedaron en pie junto a Cunomar, en presencia de sus ancianos, y pronunciaron el juramento sobre sus lanzas como habían hecho sus antepasados, sus vidas por la suya, la vida de cada uno por la del otro, a la vista y al cuidado de los dioses, para toda la eternidad.

* * *

—Tu hijo se ha portado como un hombre. La responsabilidad ha afirmado lo que empezaron los soñadores del oso.

—Eso parece. A lo largo del invierno sabremos si es verdad o no.

Breaca se apoyó en un poste de roble a un lado de la entrada, donde la luz del fuego le daba menos. Entonces lo que importaba era que Cunomar mantuviese la atención de los nuevos guerreros y sus ancianos, y que su madre quedase en la sombra.

Ardaco se agachó en el suelo a su lado, arreglando la hoja de su lanza. Sus voces se perdían en el murmullo que se iba elevando de las filas de los ancianos que rodeaban las fogatas hacia el lado norte del espacio. En la otra mitad, la última guerrera recién nombrada se puso de pie y, desafiando la solemnidad de sus pares, elevó muy alto la lanza por encima de su cabeza y la hizo girar, lanzando un antiguo grito de guerra iceno. Tras un momento de silencio conmocionado, los que estaban a su alrededor hicieron otro tanto. El techo de paja resonó con los elevados tonos de la batalla.

Ardaco se volvió hacia Breaca.

—Ella es como Braint. Lucha como un gato salvaje. Si sobrevive a su primera batalla, será muy buena.

—Para que eso ocurra debemos llevarlos a la batalla, y no podemos hacerlo todavía —Breaca se apartó de la puerta. Toda su atención estaba puesta en los jóvenes que gritaban y en Cunomar, que, sobriamente, se había adelantado unos pasos para calmarlos. En el tiempo que costó que se hiciera de nuevo el silencio, Breaca caminó hacia el lado de los ancianos y llegó a su lugar en el muro más alejado, frente a la puerta. Allí, un puñado de pellejos de caballo doblados conformaba un asiento. Un escudo de bronce colgaba de la pared que había detrás, con la serpiente-lanza muy

marcada en su superficie, de modo que cuando ella se ponía de pie, las dos cabezas de la lanza parecían surgir de su corazón, y si se sentaba, la coronaban.

Se sentó. Ardaco la había seguido y echaba algo de madera en la fogata más cercana. Las llamas prendieron y luego fueron creciendo, y quedaron capturadas a su vez en el bronce del escudo, y las envió hacia afuera la curva del metal, de modo que, lentamente, se convirtió en un segundo fuego, y el hierro de su espada desenvainada en el centro era como una estrella.

La atención de los ancianos se desvió hacia ella, atraída por el resplandor de la luz y el metal, por la pintura blanca de cal de su rostro y sus brazos y por la trenza de guerrera, que llevaba abiertamente por primera vez en el este, con la pluma de plata, con su cañón de plata, por los enemigos innumerables que había matado en combate.

Al final, cuando el mar de cabezas vueltas se había convertido en un mar de rostros, de ojos que reflejaban el fuego, Breaca nic Graine, primogénita de la estirpe real, dijo:

—Bienvenidos, ancianos de los icenos. Habéis venido aquí contra el edicto de Roma. No hay uno solo de vosotros que no haya arriesgado la vida para estar aquí presente. Conociendo ese riesgo, habéis testificado la primera prueba de lanza que se lleva a cabo en tierras icenas desde hace diecisiete años. Diecisiete. Aquellos que hoy se han convertido en guerreros no habían nacido aún cuando las legiones de Roma asesinaron a sus padres y sus abuelas, sus tías y sus primos. Si dejamos que pasen veinte años más, los hijos de estos recién nombrados guerreros crecerán en una tierra donde las pruebas de lanza serán, como mucho, un recuerdo, y en el peor de los casos algo olvidado por completo.

Los tenía atrapados, captaba toda su atención. Les dejó demorarse en ello, hizo una seña a Cunomar. Suavemente, como producto de muchos ensayos, éste condujo a los cuarenta y nueve jóvenes de su guardia de honor y formó una línea curva tras ella.

Ella se sentó de nuevo, de modo que el escudo de bronce arrojó fuego rojo en su cabello, y sonrojó la piel de los recientes guerreros.

—Esta noche ha nacido una guardia de honor con aquellos que nos enviasteis en verano. No son muchos, pero si tuviéramos diez veces más, podríamos volver a emprender la guerra con las legiones en el este…

Una docena de ancianos se estremecieron al oír la palabra. Los que no habían enviado jóvenes, pero podrían haberlo hecho, estaban sentados con cara de piedra y la dejaron continuar.

—… pero la guerra no puede empezar sin el consentimiento expreso del consejo de ancianos. Siempre ha sido así, y si vamos a luchar para preservar nuestra herencia, no podemos ignorar la forma antigua de hacer las cosas. Aún no ha llegado el momento. Hay demasiados que son fieles aún a Tago, que se ve sometido a gobernarnos bajo el yugo de Roma. El equilibrio es muy inestable. Mientras él viva, no podemos arriesgamos abiertamente a levantar a los guerreros contra el edicto romano, pero…

—¿Piensas matarle?

La pregunta llegó de uno de los mayores disidentes: un hombre con la mandíbula cuadrada y el cabello canoso que había meneado la cabeza y murmurado a su vecino desde el primer momento en que la Boudica empezó a hablar de guerra. Era de la aldea de Unagh, la chica gato salvaje con corazón de Braint. Ella estaba de pie junto a Cunomar, la viva imagen de una joven avergonzada.

Breaca dejó pasar un tiempo para pensar en la respuesta.

—Si estuviera muerto, ¿votarías por la guerra? —preguntó.

—No si le hubieses matado tú.

—Y esa es una de las razones, aunque no la más importante, por la que no voy a hacerlo. La más importante es que nunca he matado y nunca mataré a ningún hombre o mujer de los icenos solo porque sus creencias no coinciden con las mías. Tago cree que sirve mejor a su pueblo manteniéndose unido a Roma. Yo creo que bajo el yugo de las legiones, los icenos dejarán de existir. En eso somos distintos, pero la Novena legión tiene su fortaleza a un día a caballo hacia el norte, y la Vigésima tiene todavía tres mil hombres en Camulodunum, y no podemos soñar con derrotar a esas dos. Esto lo sé muy bien; no pretendo llevar a nuestro pueblo a la ruina. Pero es posible que los dioses nos proporcionen un momento en el que actuar, y debemos preparamos para ello, o lamentar para siempre haberlo dejado pasar.

El escudo de fuego no significaba nada; se había hecho para honrar a los dioses y a los ancianos, no para el combate. Breaca lo cogió de la estaquilla en la pared y se pasó la correa por el hombro, colocándolo en posición de batalla. Las llamas a sus pies eran más bajas que antes; las brasas relumbraban y se reflejaban en el metal brillante. Ella inclinó el escudo de modo que la luz reflejase hacia abajo y se quedó en las sombras, y su voz llegó desde la oscuridad, reforzada por todo el poder de Mona.

—Cada uno de vosotros ha arriesgado su vida para venir aquí. Se han celebrado ya las pruebas de lanza y sois libres de partir. Pero os invito a quedaros y a hablar todo lo que sea necesario, tal y como hacíamos en los consejos de ancianos de los días anteriores a Roma, para determinar el tema de la guerra. Si vuestra decisión es que debemos luchar, seguirá sin ser fácil, pero podemos empezar a ver cómo se podría hacer.

—¿Y si nos pronunciamos en contra? ¿Volverás a Mona tal y como te pedimos algunos de nosotros hace dos años? —lo preguntó el anciano de Unagh, con el rostro demasiado impasible para captar nada.

—No. Yo soy icena y mis hijos también. Nos quedaremos y actuaremos como el consejo de ancianos nos pida. La guardia de honor de mi hijo se deshará, y a los guerreros se les ofrecerá la oportunidad de seguir a sus almas hacia las tierras de los caledonios o volver con vosotros a sus aldeas.

* * *

—¿Todos pensáis lo mismo?

La Boudica se puso de pie de nuevo al frente del consejo, con Ardaco y Cunomar junto a ella y el escudo de bronce a su espalda.

Sus ojos estaban llenos de humo y de la arenilla de no haber dormido. Ansiaba sentarse, echarse, dormir y no tener que volver a hablar nunca más de Roma ni de todo lo que podía representar, ni de los icenos y de lo que podían llegar a ser en una tierra libre de ocupación. En el lapso de un día y medio, los ancianos reunidos habían hablado y discutido y hablado y comido y hablado y dormido y despertado y salido fuera a usar los estercoleros en parejas o de tres en tres, y hablado de nuevo para volver a hablar y a hablar otra vez…

Otros habían encontrado lugares donde echarse entre las fogatas y se habían envuelto en sus mantos y se habían puesto a roncar levemente durante un tiempo antes de que sus sueños y los parloteos a su alrededor les despertasen una vez más. Cunomar y sus recientes guerreros se habían dormido a un lado la primera noche, y se habían despertado al amanecer y traído leña para las fogatas, y para cocinar. Ardaco se fue temprano y salió al bosque para preparar la última parte de los ritos de los nuevos guerreros, que llegaría más tarde.

Solo a la Boudica no se la vio dormir, pues estuvo navegando como un esquife sobre las olas de sus palabras y les mantuvo moviéndose hacia delante sin cesar.

La nieve caía fuera cuando volvió a ocupar su lugar en el escudo y miró a la cansada y ronca asamblea formada por su gente.

—¿Es lo que pensáis todos? —preguntó por segunda vez—. Si hay alguien que esté en contra, que hable ahora. Debemos estar todos de acuerdo o no contaremos con nadie.

A su lado, Cunomar contuvo el aliento. A un lado vio a Unagh, tensa y luego relajada cuando el anciano de cabello canoso de su aldea meneó la cabeza. Alrededor, otros estaban sentados tranquilamente. Todo disentimiento se había discutido hasta la extenuación, o permanecía oculto y asomaría el rostro cualquier otro día.

Breaca sonrió, con mucho cuidado de no romper su máscara de cansancio.

—Se ha acordado, pues, que pasaréis el invierno buscando a aquellos hombres y mujeres de vuestras aldeas y las de alrededor que puedan tener el corazón preparado para la guerra, y responder a una llamada sin traicionamos ya antes de empezar. Ése solo será el primer paso. Mientras Tago viva y se oponga a nosotros, no podemos reunir a los guerreros. Esto queda claro, y juro ahora mismo ante vosotros que jamás procuraré su muerte. Aun así, si empezamos a buscar a aquellos que tengan la voluntad de luchar, y los armamos y entrenamos, cuando los dioses nos digan que es el momento adecuado podremos actuar. Muchas gracias a todos vosotros.

Dio unos pasos para alejarse del escudo y el consejo acabó sin más ceremonia, de

modo que los ancianos empezaron a levantarse, estirarse y dirigirse hacia la puerta, buscando el camino hacia el aire puro y la nieve, y para planear su viaje de vuelta a casa.

* * *

La casa grande había quedado vacía a primera hora de la tarde, de modo que solo quedaban en ella los nuevos guerreros de la guardia de honor de Cunomar. Durante un tiempo armaron mucho jaleo por el alivio que sentían, despidiéndose de los ancianos que partían, pero, cuando éstos empezaron a escasear y al fin desaparecieron, los jóvenes se quedaron de nuevo tranquilos, esperando su prueba final. Si deseaban que se les considerase entre los guerreros de la osa, y no solo como guardia de honor de Cunomar, debían seguir a Ardaco en una danza de la osa y entonces ni siquiera Breaca podía estar presente. Ya los tambores de calavera habían empezado a sonar en el interior de la casa grande. No era un ritmo que se pudiera escuchar durante largo tiempo y permanecer cuerdo.

Su caballo estaba cerca, traído desde los cercados por Unagh, quien había comprendido que era necesario. Breaca intentó acomodarse el gran escudo de bronce a la espalda y pensó en el esfuerzo que supondría montar y cabalgar hasta la aldea de Tago. Graine estaba allí, y Airmid, y todas las comodidades. Si cabalgaba con prudencia, podría llegar allí un poco antes de que cayera la noche; antes incluso si iba muy deprisa, y más tarde si se dormía y la yegua se abría camino por sí sola en la oscuridad.

—Gracias. Me alegro de que… —se volvió, mirando hacia la carretera—. Es Duborno…

Conocía el caballo; cojeaba de la pata izquierda, pero no demasiado, y a Duborno le gustaba el animal y no quería dejarlo. El sonido que hacía al cabalgar con rapidez por la carretera era inconfundible, aunque tuviera nieve bajo los cascos.

Ardaco llegó a su lado, y luego Cunomar dejó de tocar los tambores de calavera y se unió a ella, de modo que los tres estaban juntos cuando Duborno hizo parar a su caballo y, sin desmontar, solo volviéndolo, dijo:

—¡Los esclavistas latinos están en la aldea! Tago les ha ofrecido derechos de huésped, y vino. Ya han hablado dos veces con Graine. Airmid la tiene ahora con ella, y la mantiene a salvo, pero si preguntan por ella, es posible que Tago no pueda detenerlos.

Breaca le miró, sin comprender.

—¿Comprarla? Pero eso no puede ser. Ni siquiera Tago…

—No, comprarla todavía no, pero quizá sí hacer una oferta, y sabrán ya lo que vienen a buscar cuando vuelvan en primavera.

Breaca ya iba montada. El sueño, que tan reciente se hallaba en su pensamiento, estaba ya olvidado. Cunomar dijo:

—Espera. Mi caballo no está lejos. Ya voy.

El caballo de Breaca ya se estaba moviendo.

—No. Tus guerreros te necesitan. Es el precio del liderazgo, y, en cualquier caso, no es el momento de dejar que Roma sepa lo que tenemos entre manos. Si te necesitamos, enviaré a Duborno de vuelta otra vez.

Y sin más siguió a Duborno, cabalgando con más velocidad que nunca antes en toda su vida.

XXV

El esclavista que llevaba el broche con un salmón saltando no había visto en su vida a una guerrera icena vestida para la batalla, con el cabello trenzado a un lado y un escudo tan ancho como su brazo colgado a la espalda, y una lanza en la mano, cabalgando en un caballo negro de sudor y ella misma tampoco demasiado limpia.

Hizo lo que pudo. Sonrió de forma un poco tensa e intentó ocultar su mano izquierda que hacía la señal contra el mal, mientras que la derecha fue a sacar la espada corta de legionario de su cinturón. Los exlegionarios que formaban su guardia de honor tenían menos necesidad de fingir las cortesías de los invitados, y desenvainaron las espadas abiertamente. Uno de los que estaba atrás y vigilaba las carretas se inclinó a coger las riendas de los caballos del carro.

Breaca se adelantó, conteniendo el aliento. Era un poco antes de anochecer y la luz no era perfecta, pero aun así sabía el aspecto que tenía y que no era una mercancía valorada por un esclavista para sus almacenes. Conducida por Duborno, había tomado un atajo más corto y sin despejar en las partes más cercanas de la cabalgata; las espinas la habían desgarrado, lacerando sus brazos. La sangre se había mezclado con la pintura blanca de cal, de modo que estaba pintada a vetas con los colores de los dioses. Tenía el cabello erizado y formando pinchos blancos por delante, al írselo apartando de la frente mientras cabalgaba. Apestaba a grasa de oso y a sudor y a sangre fresca, y los caballos de los esclavistas quedaron aterrorizados al verla.

Las convenciones de Roma esperaban otras cosas de la esposa de un rey. Entre la confusión que echaba por tierra todas las convenciones, Tago se adelantó desde las puertas y la tomó del brazo, colocándola a su lado.

—Filo de Roma, permíteme que te presente a mi esposa, la madre de Graine, que un día dirigirá a los icenos.

Tago era más diplomático de lo que ella había imaginado. Hablaba con aplomo en circunstancias que podrían haber provocado el pánico o el ridículo, y Filo no podía hacer otra cosa que seguir el camino que se le marcaba.

Envainando su espada, el esclavista inclinó la cabeza.

—Señora, tú… yo… o sea, yo…

Breaca se acercó más y las palabras le abandonaron, perdido en un mar de sudor y apestosos restos de grasa de oso.

Con evidente esfuerzo, se contuvo y luchó por recuperar la cortesía.

—Señora, no sé qué decir. Había oído nombrar tu habilidad como herrera, y vi también la exquisita belleza de tu hija, que me había descrito ya nuestro difunto gobernador, que los dioses permitan descansar a su alma, pero yo no había esperado

que su madre fuese tan… que tuviese tanto… pero no tengo ningún regalo que pueda convenirte. Se los he dado todos al rey, tu esposo —su mirada se dirigió a derecha e izquierda, a sus compañeros más cercanos, que miraron fijamente al frente y no levantaron las armas.

Breaca sonrió ingenuamente.

—El broche que llevas es bonito —dijo—. Imaginé que era belgo cuando lo vi por primera vez, pero ahora que lo veo más de cerca está claro que no es así. Los caledonios representan así al pez que salta, con las pequeñas piezas de azabache y las escamas de plata perfectamente moldeadas. ¿Tengo razón? ¿Procede de ellos?

Ella estaba al alcance del caballo del esclavista. Éste luchó por retroceder, de modo que Filo apenas podía mantenerlo quieto con una sola mano. Hizo una mueca, sudando y atrapado entre las dos exigencias opuestas de la diplomacia y de conservar la insignia que era su símbolo.

Breaca dio el último paso hasta el arzón de la silla y lo habría cogido, pero entonces Graine salió corriendo de entre las puertas y le cogió la mano. Con ocho años de edad, su hija ya no era una niña, pero tampoco una mujer. En cualquiera de ambos casos habría resultado muy bella. Suspendida en ese no-tiempo entre ambas situaciones, captaba y mantenía la atención de los mercenarios como su madre no había conseguido hacer. Arrugó la nariz, haciendo mucho teatro.

—Hueles a oso —dijo—. Ardaco me prometió que no sería así —y entonces, con la inocencia de los jóvenes, añadió—: Filo dice que yo estaría en boca de toda Roma, y que el emperador querría llevarme a la cabecera de su cama.

Graine había sido adiestrada en el sueño por Airmid; podía dar el sentido más conveniente a sus palabras. Con su voz, comunicó la sensación de que se le había concedido el mayor honor posible a cualquier niño del imperio entero, aunque todos los adultos presentes se representaron la imagen de la cabecera de la cama del emperador Nerón y cómo podía tratar éste a una niña en semejante lugar. El aire se volvió muy frío.

—¿Ah, sí? Nuestro invitado anticipa demasiado las cosas, por lo que parece —Breaca no sería ninguna soñadora, pero sabía cómo hacer que la muerte apareciese y caminase a su sombra, y dejó que esa promesa se reflejara en su voz.

El esclavista se sonrojó intensamente y luego palideció hasta adquirir un feo tono amarillento, como si estuviese mal del hígado. Sus dedos trastearon con el cierre de su broche.

—Señora, solo he hablado en honor de tu hija. Me disculpo si eso ha causado algún malentendido. Quizá me harías el honor de aceptar un regalo para demostrar mis buenas intenciones hacia ti y tu familia…

No era un hombre acostumbrado a rogar, y lo torpe de su lenguaje así lo atestiguaba, todo ello añadido a la pena por perder su broche. Breaca se adelantó a coger el salmón de sus dedos reacios.

—Gracias —era caledonio, muy bien moldeado y con poder propio. Ella lo arrojó

muy alto, plata saltarina en aquella luz acuosa, y lo recogió con una sola mano. El relampagueo súbito y su presteza al cogerlo sobresaltaron a los caballos que seguían allí. Entonces saludó al esclavista, usando la forma romana, y cargándola de ironía—. Estoy abrumada. Algo que suscita un cariño tan profundo habla muy bien de su portador. Llegada la mitad del invierno, los dioses aceptarán de muy buen grado un regalo semejante.

El esclavista conocía lo bastante bien los ritos icenos para comprender adonde conducía todo aquello. En su mente vio que ella arrojaría su pez enjoyado en las aguas de la poza de los dioses, donde ningún mortal podría volver a encontrarlo jamás. De todas las posibilidades, aquella era la única que no se le había ocurrido. Ella vio que los túneles de sus ojos se volvían muy grandes y luego disminuían de nuevo. Si hubiesen estado en el campo de batalla, él la habría atacado justo entonces, con el ánimo de matar.

Sin embargo, no era ésa la situación, y Filo, antiguo portador del pez, tenía los ojos puestos en un juego muy importante. Forzó una sonrisa y se llevó el puño cerrado al corazón, donde antes se encontraba el broche.

—Me siento muy honrado, tal y como lo estarán aquellos que realizaron el pez, cuando les hable de tu ofrenda.

Dejó que su caballo se moviese al fin, de modo que éste giró sobre sus corvejones y se alejó al trote. Las últimas palabras del hombre las gritó por encima de su hombro, medio ahogadas por el estruendo de su séquito:

—Señora, ansío el día en que volvamos a encontramos. Quizá sea pronto.

* * *

Breaca se reía débilmente, por el alivio y por la cara que había puesto Filo cuando ella le quitó el broche del pez, y por la súbita liberación del miedo. El mundo se volvió mucho más ligero, henchido de relámpagos de luz blanca en los márgenes de su vista, y un túnel rojizo forrado de noche en el centro. Notó que una mano pequeña y fría se metía entre las suyas y un pulgar le rozaba los nudillos. Graine le susurró, con la voz de la anciana abuela:

—Están mirando. Sigue despierta. No puedes caerte ahora.

—No me iba a caer.

—Pensaba que sí. Tu hija es más sabia de lo que crees —Tago vino a colocarse al otro lado, completando así la familia. Entre ambos, él y Graine, mantuvieron incorporada a Breaca, aunque parecían apoyarse en ella en busca de apoyo.

Se quedaron así, de pie, unidos en la necesidad mutua, hasta que el último de los esclavistas fue demasiado pequeño para divisarlo a simple vista. Graine fue la primera que dio un paso y se apartó.

—La anciana abuela te desea lo mejor —dijo.

Breaca se apretó los ojos con las manos. La arenilla de la pintura de cal le arañaba la piel y no ayudaba precisamente a mantenerla despierta. Hablando con dificultad por la falta de sueño, dijo:

—Dale las gracias de mi parte. Lo haré yo misma más tarde. Ahora tengo que ir a lavarme y a dormir.

Tago la cogió del brazo. Con una formalidad extrañamente crispada, dijo:

—Mi lecho está listo. Me honraría mucho que lo usaras.

Ella ya estaba dormida, eso estaba claro, y caía en unos sueños desordenados. Tago no había compartido el lecho con ella desde el final del primer invierno de Breaca en su aldea. Ella dormía en su propia cama, en la choza de Airmid, en el extremo occidental del recinto. La perspectiva de meterse en aquella cama, en aquella habitación, en aquella compañía, le había mantenido a lo largo del último medio día de deliberaciones del consejo de ancianos.

Entonces miró a Tago. Parecía sobrio, cosa que le sorprendió. Sus ojos estaban abiertos y eran oscuros y miraban a los de ella sin vacilar. Se le ocurrió que a lo mejor todavía estaba despierta, y que el mundo, por lo tanto, no era tal y como lo había dejado. Dijo:

—Me parece que no te he oído bien.

—Sí, creo que sí me has oído. Te invito a dormir en mi habitación, que también fue tuya antes. Solo dormir. Por favor. Esta vez, es importante.

Graine dijo:

—Airmid está con una mujer de los trinovantes que dio a luz hace tres días y tiene la fiebre de la leche. No volverá antes de esta noche. Su fuego está cubierto ahora, y la choza fría.

—¿Sí?

El amanecer había irrumpido ya, pero el sol naciente todavía no había penetrado entre las nubes. La mañana era más fría aún que la noche anterior. Breaca tiritaba, y no se había dado cuenta. La escarcha le mordía los pies. El aire olía a nieve y a tormentas.

Tago esperaba. Él también necesitaba trasladarse. Tenía las orejas azules por el frío y la aflicción. Solo por ese motivo, Breaca tomó una decisión.

—¿Tu fuego está encendido? —preguntó.

—Por supuesto. Muy fuerte y caliente.

—Entonces acepto tu oferta. Gracias.

* * *

La habitación de Tago había cambiado desde la última vez que estuvo allí. Los baúles

de monedas habían desaparecido, todos menos uno, y también los ornamentos que reposaban encima de ellos. Una espada colgaba encima del lecho; no era de las que hacía ella, pero era buena. El hierro resaltaba, pálido, contra la madera ahumada de la pared, y presentaba una máscara de raposa realizada en bronce en el pomo. No sabía que Tago hubiera poseído ninguna espada, ni que se atreviese a exhibirla de aquel modo. El edicto romano sobre las armas era tajante, y la pena era la misma para un rey que para Eneit, un chico de solo trece años a quien sorprendieron en un túmulo con una espada que ni siquiera sabía cómo usar.

Ella pasó un dedo por el filo para probarlo y vio que estaba bien afilada, dispuesta para el combate.

—¿Te ha dado alguna dispensa el gobernador para poseer esto?

—No. El gobernador está atrapado en el oeste planeando su ataque contra Mona hasta la primavera. Tres cohortes de legionarios del Rin pasarán el invierno en Camulodunum, y cuando vayan a reunirse con él, empezará el ataque. No creo que quienquiera que dejen a cargo de esto se aventure a venir a vernos al norte, pero si alguien viene, lo sabremos y tendré tiempo de quitarla, como hice cuando Filo estaba aquí.

—Y la volverás a poner en cuanto se vaya. Ya lo veo.

Breaca se sentó pesadamente en el lecho. Necesitaba dormir y necesitaba pensar con claridad, y no podía hacer ambas cosas a la vez. Frente a ella se encontraba una ventana mal tapada. La luz del día se filtraba por el delgado pellejo de ciervo y salpicaba el único baúl de madera que había colocado junto a la pared. Sin ningún motivo especial, solo porque estaba allí, ella le dio con el pie. Resonó en toda la habitación, vacío. Tago se sobresaltó. Mientras el fuego arrojaba calor a su alrededor, su rostro estaba concentrado y blanco. Dijo:

—Ése es el primer motivo por el cual necesitaba que vinieras aquí. Ya no soy un hombre rico. Hemos de hablar.

El sueño importaba menos que antes. Breaca se puso de pie y se apoyó en la pared, debajo de la espada.

—Dime.

Tago tenía las ideas a punto, pero no las palabras. Su lengua estaba anudada, y su garganta demasiado tensa. Dijo:

—Filo recibe órdenes de Deciano Catón, el procurador de impuestos que descubrió el memorial del antiguo gobernador en primavera. Catón tiene la reputación de ser más brutal y más duro aún que ninguno de sus predecesores. Y goza de atribuciones mucho más amplias: además de recaudar impuestos, a ese procurador se le ha ordenado que reclame los préstamos concedidos por Claudio y Séneca a las tribus del este, en el momento de la invasión.

—¿Cómo, todos? ¿El importe completo? Creía que se tenía que devolver a lo largo de décadas.

—Y así ha sido. Y así, creo, actuaba Claudio cuando nos lo prestó, pero Nerón es

distinto. Sus órdenes exactas al procurador fueron «exprimir toda la fuerza vital de Britania». Nos quitarán el oro, el grano, el ganado, las casas, los perros. Cuando no tengamos nada más que darles, nos capturarán a nosotros: los icenos, los trinovantes, los coritanos, los catuvelaunos…, cualquier hombre, mujer o niño que sea capaz de andar y comer y ser sometido a la esclavitud será vendido para sacar un provecho en los mercados de Roma. Al resto los matarán —las palabras surgían ahora con mayor suavidad, aceleradas por su propio impulso. Por si hubiera alguna duda, levantó la tapa del único baúl que le quedaba y la echó a un lado con el pie. Estaba completamente vacío.

«… exprimir toda la fuerza vital…» Breaca miraba las llamas. Un portaestandarte muerto le saludó desde sus profundidades. La antepasada-soñadora asintió y no dijo nada.

—¿Y por qué pasa esto ahora? —preguntó Breaca.

—Filo no tiene ni idea. Ni le importa. Su negocio es el provecho, y nos hemos convertido en una fuente de beneficios. Airmid se ha reunido con el físico de Atenas, sin embargo, y a él sí que le preocupa mucho.

—¿Teófilo? ¿Qué ha dicho él?

—Que Nerón se ha cansado de la aventura de Britania. Que los costes que le ocasiona son mayores que los beneficios que obtiene. Que, de las once legiones de Roma, cuatro están empantanadas aquí y que ni un solo hombre en ellas desea permanecer por más tiempo, sino en cualquier otro lugar. Que mueren a miles en las guerras del oeste, sin ganancia alguna, y que los consejeros del emperador creen que deberían volver a Roma. Se envió al gobernador para someter el oeste o morir en el intento. Muchos creen que morirá, y aquellos que corrieron a dar préstamos después de la invasión, esperando grandes intereses y beneficios, ahora lamentan su precipitación.

El fuego calentaba demasiado y en la habitación faltaba el aire. Breaca apretó el hombro contra la pared, buscando apoyo para algo más que su simple cuerpo. Del caudal de palabras muy medidas de Tago, sobresalía una frase:

«… los consejeros del emperador creen que deberían volver a Roma».

—¿Está pensando Nerón en retirar a las legiones de Britania? ¿Lo dices en serio?

—Eso dice Filo, y no tiene motivo alguno para mentir. Si el gobernador no consigue dominar el oeste, todos los legionarios y auxiliares de la caballería se irán el próximo invierno.

Y para entonces podemos estar todos muertos. Dicen: «los hombres muertos no pagan impuestos»…, y por eso hemos vivido hasta ahora. Cuando ya no haya más impuestos que recaudar, no tendrán motivo alguno para dejarnos vivir.

—¿Y Filo dice también todo eso?

—No. Es Teófilo quien lo dice. Es uno de los que se irá por voluntad propia, y no porque nos tema.

—Teófilo no estaría ya aquí si pudiera irse con algo de honor —Breaca se pasó

una mano por el pelo. Copos de pintura de cal reseca se convirtieron en polvo entre sus dedos—. Has dicho que era el primer motivo por el que necesitabas verme. ¿Qué más hay?

Tago se acercó al fuego. La luz roja coloreaba por igual su piel y su pelo. Era un hombre consumido, como jamás le había visto Breaca. Miró hacia las llamas. Al final, sin volverse, dijo:

—Filo pidió mi permiso para comerciar en territorio iceno. Tal petición no era más que una nueva formalidad; tiene el permiso, o mejor dicho, la orden del emperador de sacar todo el provecho que pueda, y no necesita mi permiso. Pero para probar, me ha hecho una oferta. Si yo le vendía a Graine y Cygfa, él daría por saldada nuestra deuda: todos los impuestos de la nación icena, más los préstamos de Claudio. Dos niñas, aunque una de ellas sea una guerrera, a cambio de más oro del que ninguno de nosotros ha visto jamás.

Ella podía haberle matado entonces fácilmente. El juramento realizado con tanta facilidad a los ancianos en la casa grande la atormentaba, sin embargo. «Su muerte nunca vendrá por mi mano». Ella no había pensado en añadir: «a menos que venda a mi hija como esclava, en cuyo caso su muerte ocupará los mismos días que toda su vida, y él lamentará todos y cada uno de ellos».

Conteniendo su rabia, dijo:

—¿Le dijiste que morirías bajo las espadas de tu pueblo si pensabas siquiera en hacer una cosa semejante?

—No —él se volvió con una sonrisa torcida, concentrada sobre sí misma—. Le dije que moriría por mi propia mano antes que pensar siquiera en semejante cosa. ¿Realmente piensas que podía haberlas vendido? Quizá no sean de mi misma sangre, pero las quiero como si lo fueran, y aunque las hubiese odiado, no estoy tan ligado a Roma como para creer que cualquiera, sea niño o adulto, se pueda comprar a cambio de dinero. No sueño como Airmid, ni siquiera como tú, pero los dioses me hablan también, a su manera, y nunca jamás volverían a hablarme si permitiera una cosa así.

—Pero Filo sabe que tú no puedes detenerle.

—Exacto. No se llevará a Graine y Cygfa ahora, pero lo hará en primavera. Ahora mismo, incluso, puede decidir «recoger mercancía» en alguna de las aldeas pequeñas antes de volver a Camulodunum, sabiendo que nosotros no podemos detenerle.

La piel de Tago había adoptado el color del hierro, gris y pulida por el sudor. Todas las partes de su ser ansiaban el vino. Breaca le vio enfrentarse a esa necesidad y rechazarla. Sacó un tronco seco de una pila junto a la fogata y se sentó en él, envolviendo su única mano en torno a las rodillas. Hablando hacia el muro donde colgaba la espada, encima de la cabeza de ella, dijo:

—Lo siento muchísimo. Deberíamos haber reunido un ejército cuando llegaste tú. Habríamos muerto, pero no tendríamos que contemplar cómo nos desangran.

«Tago se opone a nosotros». Ella había dicho aquello a los ancianos, creyéndolo.

Menos segura de ello entonces, dijo:

—Cunomar y Ardaco están dirigiendo a cuarenta y nueve guerreros de los icenos en una danza de osas. A medianoche tendremos cuarenta y nueve osas nuevas, los primeros icenos, después de Cunomar, que hacen tal elección. Con ellos, podemos coger ahora mismo a Filo y matarle. ¿Apoyarías tal decisión?

Él miró su única mano, cruzada por encima de su pecho, sujetándose el muñón de la otra.

—Te olvidas de que Filo tiene la protección del procurador. Roma sabe que está aquí. Si no regresa, las legiones caerán sobre nosotros como hicieron en tiempos de Scapula —levantó la cabeza. El horror y los recuerdos de todo aquello se reflejaban en su rostro—. Tú no estabas aquí entonces. No viste la carnicería de las represalias romanas; los hombres y mujeres colgados en círculos en torno a sus aldeas, con los niños muertos a sus pies, todo por la pérdida de un simple legionario, por una piedra arrojada a un auxiliar. Y Cygfa y Graine serán esclavizadas. Filo sabe que nosotros las valoramos; procurará que lo sepamos mientras nos matan. Si luchamos, perderemos. ¿Quieres que apoye eso?

Breaca dijo:

—Si van a venir de todos modos, sí, te lo pediría. Es mejor luchar que quedarse quieto y ver cómo nos desangran hasta dejamos blancos. Y siempre existe una posibilidad de victoria. Todavía está nevando, y las legiones no saldrán ahora de sus fuertes. Los dioses nos han dado un invierno entero para preparamos, y lo usaremos. Los ancianos se han ido a casa a buscar guerreros con corazón, que puedan unirse a nosotros. Aunque solo encuentren diez cada uno, ya tendremos mil. Si cada uno de esos mil tiene el valor de las nuevas osas de Cunomar, entonces, al menos, les daremos a las legiones algo para que nos recuerden.

—¿Cunomar ha madurado y hace honor a su padre, entonces?

—Eso parece. Ciertamente, tiene…, madera de buen líder —ella había empezado a decir que tenía el influjo de Caradoc sobre aquellos que le seguían, y un fuego añadido incluso, pero la compasión la detuvo.

Tago sonrió débilmente. Parecía tan cansado como ella.

—Debes estar contenta de tu hijo. Es un orgullo para sus padres.

El dolor de su voz se abría paso entre un amasijo de medias esperanzas. Breaca se pasó una mano por encima de los ojos y le miró bien por primera vez en toda su vida. Por primera vez en la vida de ambos, Tago le devolvió la mirada de igual modo. Era un hombre llevado hasta el límite de su propio ser.

Aquel límite era el lugar donde ella vivía, pero él nunca había vivido. Se enfrentaron el uno al otro, con la habitación en medio, la guerrera y el que nunca fue guerrero, la madre y el que nunca fue padre, la amada y el amante que nunca fue amado.

Tago se cogió el borde de la manga.

—No odio a Caradoc —dijo al final—. Nunca le he odiado. Solo quería ser como él. O ser él. Si los soñadores tuvieran el poder de cambiar a un hombre al cuerpo de

otro, yo habría cambiado mi lugar con el de Caradoc en cualquier momento de nuestras vidas. Ahora, incluso, aunque sé que él está lisiado y exiliado en la Galia, lo haría, para engendrar los hijos que él ha tenido. Sus hijas brillan como el sol y la luna, una guerrera y una soñadora que serán aclamadas por los cantores durante generaciones. Y parece que su hijo también es todo lo que podría soñar un hombre.

No estaban tan lejos el uno del otro. Breaca alzó la mano y le tomó el único brazo, apretándolo brevemente.

—Cunomar será un orgullo para ti, también. Si él dirige a los guerreros en las batallas contra Roma, será como hijo tuyo, porque así es conocido por ellos.

Hablaban ambos con una sinceridad que nunca antes habían encontrado. Tago se pasó la mano por los ojos y los tenía rojos, y no solo por el humo y por la noche de escaso sueño.

Breaca dijo:

—No tienes que vivir como si un hijo fuese el único recuerdo que puedes dejar. Eres joven: la pérdida de un brazo no es la pérdida más grande. Todavía puedes hacer mucho, y durante el invierno podemos planearlo. No es cierto que vayamos a morir en primavera. Si el gobernador se lleva a todas las tropas de Camulodunum, los veteranos no podrán defenderla solos, y si tomamos la ciudad, los trinovantes se unirán a nosotros en la revuelta. La confusión de Mona podría suponer un beneficio para nosotros —intentó sonreír, pero no consiguió que su boca la obedeciera adecuadamente. La antepasada-soñadora se cernía sobre ella, cerca, y el fantasma de un portaestandarte muerto. Luchando por ver a través de ellos, dijo—: Y aunque muramos en la próxima batalla, la muerte no es el final. Pregúntaselo a la anciana abuela.

—Si supiera cómo, haría tal cosa, pero… ¡Breaca! —él la cogió por el hombro, cosa sorprendente, dado lo lejos que estaba antes—. ¡No caigas al fuego! —su rostro estaba muy cerca, realmente, y preocupado—. ¿Cuánto tiempo hace que no duermes?

—¿Tres días? Cuatro, creo. Hubo unos ritos antes de las pruebas de los guerreros y había que respetarlos…

—Y sin comer tampoco. Tú no tienes que probarte también en todas las pruebas de tus hijos.

Parecía tan divertido como preocupado. Breaca intentó averiguar si la estaban tratando con condescendencia, pero no fue capaz. Notó que él la echaba en la cama y la desnudaba, y la metía bajo las pieles, y no se estremeció cuando la besó castamente en la mejilla.

Tago había tenido madera de héroe, en tiempos. Si Caradoc no hubiese llegado a ellos, habría resplandecido entre los guerreros de los icenos. El fuego le coloreó de oro, unido con la luz del día que entraba por la ventana medio tapada.

Él inclinó la cabeza y se apartó, hablando despacio. Sus palabras llegaron amortiguadas por velos de sueño:

—Si supiera cómo hablar con los muertos, preguntaría a los antepasados por las

tierras que hay más allá de la vida. No puedo, pero me alegro mucho de que tú sí puedas y de que me expliques lo que has visto. Duerme bien. Hay que luchar en muchas batallas, y te necesitan para dirigirles. Tienes todo un invierno para reunir tu ejército. En primavera, marcharemos hacia el mar.

—Si Filo no se ha llevado a nuestras hijas para esclavizarlas y nos ha matado mientras dormíamos…

—No lo hará. Te doy mi palabra.

XXVI

—¿Cuándo se fue Tago?

—No mucho después de que empezase a nevar. Aún había luz.

Breaca se puso de pie en la semioscuridad. Unas teas con resina de pino iluminaban el final irregular de una tormenta. Lo peor había ocurrido mientras dormía, dejando la nieve hasta la altura de los tobillos: no demasiado honda para cabalgar o correr, pero sí lo bastante para ocultar los agujeros y rodadas en los caminos, y por tanto hacer el avance traicionero para los caballos más rápidos.

Airmid, Cygfa y el cantor Duborno estaban en semicírculo en torno a ella, protegiéndola contra lo peor del viento. El pelo oscuro, el dorado como el oro y el rojo se entretejían en una sola línea, que la luz de la tea hacía brillar. Los tres estaban cansados, como si el tiempo transcurrido entre la partida de Tago y el despertar de la Boudica hubiera sido difícil, y nada se hubiese resuelto aún.

Breaca dio un paso fuera de su refugio. El frío, el aire helado, la abrazaron, de modo que pudo apoyarse en él y no caer. Su cabello volaba hacia el este, hacia el lugar por donde se había ido Tago.

—¿Estáis seguros de que se fue detrás de la banda de esclavistas de Filo? —preguntó.

Duborno se encogió de hombros.

—No, pero es lo que decía que iba a hacer.

Airmid dijo:

—Era un hombre distinto después de que hablases con él. Y entonces volvieron esos dos hombres, Gayo y Tito…, los había enviado a seguir a los esclavistas. Trajeron malas noticias, al parecer. Antes de que se fueran, los tres rompieron los brazaletes de cobre que les había dado el gobernador como regalo.

Cygfa sonrió amargamente.

—Creo que nuestro «rey» quería que supiéramos que ya no era la puta de Roma, aunque no sepamos todavía si tendrá el valor suficiente para informar de ello al gobernador en primavera. Si tiene suerte, la nieve ocultará las huellas antes de que sus antiguos amigos, que aún están con Roma, puedan coger el caballo y dirigirse al oeste con las noticias.

—Morirá por traición si alguien en Camulodunum lo sabe, ahora o más tarde —Breaca se volvió hacia el viento—. ¿Airmid? ¿Podemos hacer algo?

La soñadora no se había movido. Su cuerpo se inclinaba en el viento, como solía pasar cuando ella estaba menos presente. Meneó la cabeza.

—Los dioses han mandado la nieve para mantenernos a salvo de las legiones. A

ellos no les importa si no encontramos a Tago antes de que lo mate Filo.

Breaca se arrodilló y apretó las manos sobre la nieve. El frío la quemó y eliminó los últimos restos de sueño.

—Por el contrario, podrían haberle capturado vivo y llevarlo a Camulodunum para interrogarlo… Y le hablé del baile de las osas y de la guardia de honor de Cunomar, y no me gustaría depender de su capacidad para resistirse a los inquisidores. Creo que deberíamos salir a buscarle.

Airmid estaba de pie junto a su hombro izquierdo, segura y firme. Los otros dos ya iban armados. Las espadas de Breaca fraccionaban la luz que reflejaba la nieve, bailoteando.

Cygfa dijo:

—Nosotros también. Y por eso te hemos despertado.

* * *

Eran cuatro, tres guerreros y una soñadora, que cabalgaban lentamente sin luz por el denso bosque con Cygfa como exploradora. No era verdad que fuese capaz de ver en la oscuridad, pero le faltaba tan poco que lo parecía.

La nieve se desprendía y caía entre los árboles, ya no transportada por el viento. Era demasiado honda para viajar cómodamente; si los dioses querían ponerlos a salvo, habían logrado su objetivo. Sus huellas se cerraban a medida que cabalgaban, de modo que su paso no dejaba rastro alguno.

Breaca no estaba despierta del todo. Sueños fragmentados de las pruebas de los guerreros entretejían sus imágenes a través de la noche oscura, de modo que veía a Cunomar, sin parar, y a la media docena de guerreros de su guardia de honor, que eran excepcionales. Los tambores de calavera propagaban sus ritmos que iban devorando la mente, y cada uno de los guerreros pintados de blanco se acercaba a ella, sonriendo, con las garras de oso en lugar de espadas, y ella debía enfrentarse a ellos solo con su espada. En sus sueños, como en la noche a través de la cual cabalgaba, deseaba que la espada que empuñaba en su mano fuese aquella con la que había luchado toda su vida, no la sustituía hecha en secreto para las pruebas. Con la espada de su padre podía llevar a Cunomar a su derecha y a Cygfa en el lugar del escudo a su izquierda y toda Roma no habría conseguido…

Un caballo relinchó agónicamente y un hombre lanzó una voz y luego chilló también, y otro hombre gritó una orden en latín.

Cygfa dijo:

—Es Filo.

Y Airmid:

—El muerto es Gayo. Tago solo tiene a Tito para defenderle.

—De modo que son dos contra las dos docenas de Filo. Y nosotros somos cuatro, de modo que… —Cygfa hizo girar a su caballo en la nieve—. Dioses… ¿es Cunomar?

Breaca asintió. El estruendo de los tambores de calavera llenaba su mente, haciendo imposible la palabra. La espada que tenía en la mano cantó por primera vez desde que la hicieron. Ninguna de esas cosas podían oírlas los demás, pero el sonido distante de los guerreros que corrían por un bosque y el chillido penetrante de las osas eran bien conocidos por cualquiera que hubiese luchado junto a Ardaco, en el oeste.

Duborno, como siempre muy sereno en la batalla, movió la cabeza a un lado:

—Tu hijo está cerca —dijo—. Si esperamos, superaremos en número a los esclavistas, pero creo que si cabalgamos deprisa, cuando lleguemos al campo de batalla todavía serán muchos y nosotros muy pocos.

Tendrían que haber esperado y todos lo sabían, pero un segundo caballo chilló también y Breaca reconoció la yegua zaina de Tago, el regalo que ella le había hecho en verano, y, sin ningún motivo en especial, ella supo que no quería que él muriese, y que quería luchar, lo ansiaba con desesperación.

La cicatriz de su palma le dolía como si se hubiese hecho un corte nuevo; había olvidado la alegría que yacía enterrada en el dolor. Por primera vez en tres años, notó el impulso de la batalla auténtica que corría como el fuego por sus venas. Su yegua se hizo más difícil de contener, y ella tampoco quería hacerlo.

Miró a Airmid, que podía haberles detenido a todos, pero no lo hizo. Breaca dijo:

—Seremos seis contra dos docenas. Si los dioses no lo aprobasen, habrían enviado mucha más nieve para detenernos, ¿verdad?

—Claro —la soñadora señaló hacia el cielo—. La nieve está de camino. Si debes ir al combate, ve rápido, de lo contrario lucharás entre una ceguera blanca.

—Gracias. Mantente a salvo.

Breaca dejó que su yegua siguiera su instinto. Cygfa y Duborno corrieron con ella a través de la nieve impoluta.

Sus caballos estaban bien entrenados; corrían hacia el estruendo del combate, pero sin precipitarse. En una curva del camino, llegaron a la vista del campamento de los esclavistas, en el cual Filo, inoportunamente, había hecho encender antorchas y preparar un fuego, y el súbito resplandor de luz mostraba los árboles y un pequeño arroyo y unos esclavistas que, enardecidos por el pánico y con las espaldas contra las paredes del barranco, se enfrentaban a unos pocos que cada vez eran menos y de repente, horror, fueron demasiados.

* * *

La nieve empezó lentamente, y la batalla fue rápida y dura. Cygfa luchó a la izquierda de Breaca, en el lugar del escudo, el de mayor honor. Muy pronto (antes de lo que

cualquiera de ellos había esperado) Cunomar surgió de entre los árboles, a la derecha, con la mayor parte de su guardia de honor en torno a él. El resto, dirigidos por Ardaco, cayeron sobre los esclavistas desde atrás, extendiéndose como una garra de oso que aplastó al enemigo como el martillo aplasta el metal encima de un yunque.

Más de la mitad de los hombres de Filo eran mercenarios bien entrenados. Habían luchado para las legiones en Iberia, Mauritania y las Germanias contra guerreros que chupaban la médula de los huesos de sus enemigos, todavía vivos. El instinto y un entrenamiento muy largo les servían bien. Formaron una cuña sin que nadie se lo ordenase, y luego, cuando la garra de Ardaco empezó a cerrarse, formaron un cuadro, volviéndose todos hacia fuera, de modo que cada hombre estaba de cara hacia el exterior y sus pequeños escudos redondos se encontraban en las esquinas, con espacio suficiente para que salieran sus espadas cortas y atacaran por en medio.

En la parte trasera del cuadro la carnicería ya había empezado. Allí, esclavistas que no eran mercenarios y no tenían ni idea de cómo comportarse en combate habían buscado protección detrás de unos cercados de mimbre que habían quedado de algún redil de verano. Al hacer tal cosa, bloquearon la única vía de escape posible. Ardaco envió a seis guerreros contra doce hombres y podía haber enviado la mitad de ese número. Los aullidos de victoria de los seis jóvenes resonaron por encima de todos los demás sonidos de la masacre, cuando cada uno de ellos quitaba la vida por primera vez en nombre de la osa.

Los mercenarios ya sabían que escapar de allí era imposible. Sabían contar, y comprendían cuáles eran sus probabilidades, y aunque todavía no se habían encontrado nunca con las osas, sí que se habían enfrentado a guerreros de otras naciones que corrían desnudos a la batalla, recubiertos solo con el velo de los dioses y su valor bien resplandeciente, para que todos pudieran verlo. Cada hombre eligió a uno de los que venían y escupió en su espada, jurando matar a aquél antes de morir.

Breaca vio a su hombre. Los ojos del hombre la quemaron. Su espada corta cantó para ella sola. La de ella cantó con una ferocidad que hacía juego con la de las osas. La levantó, dejando que probase el aire asesino, y entonces fue la Boudica de nuevo, y su mundo fue perfecto.

Azuzó a su yegua para que avanzase. No veía a Filo ni en el cuadro ni en el redil que había detrás, pero no tenía tiempo de mirar detenidamente; Cygfa ya había avanzado en ángulo y atacado a la derecha y había roto el brazo de un exlegionario con el cabello negro.

La sangre de una vena seccionada salpicó, y el hombre cayó de rodillas, mirando cómo se escapaba su propia vida. El hombre de Breaca lanzó una maldición y apartó el cuerpo caído de una patada, luchando por cerrar el hueco en la pared de escudos.

Breaca empujó a su yegua por aquel espacio y bajó la espada con las dos manos, del revés. Tropezó con hierro, y de nuevo otra vez. Su oponente era bueno; luchaba a pie contra una guerrera a caballo y no cedía terreno. Rápidamente dejó de intentar matar a Breaca y, por el contrario, se dedicó a tratar de lisiar su caballo. Podía haber

tenido éxito, pero aquella yegua había sido entrenada por alguien que valoraba la vida de su montura como la suya propia, y el animal sabía cómo mantenerse a salvo mientras intentaba dar a su jinete un punto de ventaja desde donde golpear. Una coz de su pata delantera arrancó el casco del hombre de su cabeza, y el cuarto golpe de la Boudica, o el quinto, rajó el cráneo hasta alojarse en los dientes superiores. Ella soltó la espada y la liberó mientras el hombre caía.

La salida de su fantasma distrajo a Breaca, de modo que se perdió el momento en que Cunomar, luchando por primera vez en una batalla auténtica, dio cuenta de su hombre. Su aullido de combate ahuyentó a los fantasmas y Breaca se volvió a tiempo para verle inclinarse y mojar la mano en la sangre del enemigo caído, e imprimir una palma sangrienta en su propio brazo. Levantó la cabeza y gritó de nuevo, y sus ojos se encontraron con los de ella. Su alegría era la de Caradoc, pero más aguda. Él sonrió y levantó la palma manchada de sangre.

—Por mi padre —dijo—, y por Graine.

Breaca hizo el saludo del guerrero y vio que su mundo también resultaba perfecto.

El estrépito de la batalla amainó. El cuadro de los legionarios estaba roto y no se podía recomponer, y la matanza se aceleraba a medida que los hombres veían sus muertes y las abrazaban. Duborno estaba cerca. Breaca le cogió el brazo, gritando:

—¿Dónde está Tago? ¿Y Filo?

—Allí. Juntos. Luchando —señaló con un codo, haciendo girar en redondo su caballo—. Filo lleva la mejor parte.

Ella era la Boudica; solo tenía que pensar, y los demás la seguían. Mientras se volvía, Cygfa ocupó su lugar a su izquierda. Cunomar ya corría a su derecha. Duborno sonrió al ver la impaciencia de la juventud, y retuvo su caballo, esperando la palabra de ella.

El susurro de los tambores de calavera todavía resonaba en su cabeza. La nieve se fundía sobre sus brazos desnudos. Breaca señaló con su espada, de modo que la luz de las antorchas dé Filo rebotó en el metal.

—Ayudadle.

Llegaron demasiado tarde. Ella lo sabía ya mientras su yegua corría por la nieve fangosa y ensangrentada. Filo les oyó y prefirió no volverse. Tago oyó el aullido de oso de Cunomar y su poder electrizante atrajo su atención.

Quizás habría muerto de todos modos; nunca había sido un guerrero diestro, pero dolía verle acuchillado como lo habían sido los esclavistas, con un golpe en las piernas que no consiguió parar y otro en el hombro de su brazo malo, que nunca podría haber parado, pero que le aplastó las costillas y con ellas los pulmones, y luego otro final en la cabeza, que no dio en el blanco porque Filo tendría que haber mirado, y tendría que haber sabido que Duborno, que era primo de Tago, estaba tras él y no pensaba dejar sin vengar la muerte de alguien de su sangre.

Breaca oyó que Cunomar le gritaba, felicitándole, y vio que no envidiaba a otro hombre una muerte que debería haber sido suya. Realmente, el mundo había

cambiado.

Filo murió con más rapidez que Tago, que yacía silbando burbujas de sangre a través de una brecha en la nariz. Breaca se bajó del caballo y se arrodilló a su lado en la nieve que se iba espesando. Sus hijos formaron un arco en torno a ella con Duborno y Airmid, que no había luchado pero que había mantenido la noche libre de fantasmas no deseados.

La única mano de Tago estaba helada y su palma mojada. Abrió la boca para hablar, pero ningún sonido salió de sus maltratados pulmones. Cerró los ojos y Breaca vio que su frente se arrugaba. Con los ojos todavía cerrados, él dijo:

—Filo ha mandado un mensajero a Camulodunum… Lo siento. Ahora sabrán de Graine. Gayo le siguió y volvió. Tendría que haber…

Breaca le apretó la mano.

—Gayo ha cruzado el río al cuidado de Briga. Sea lo que fuere aquello que tendría que haber hecho, ahora sabe más que todos nosotros.

—Y yo también —una sonrisa se dibujó en sus labios—. Los icenos tienen un nuevo gobernante, con voluntad para la guerra. Puedes reunir tu ejército cuando la nieve claree, y si las legiones van al oeste y salen de Camulodunum, la ciudad podrá caer fácilmente. Dirige bien a tus guerreros.

—En todo lo que pueda. Tago, abre los ojos.

Él lo hizo, con esfuerzo. Breaca se inclinó para que él pudiera verla sin volver la cabeza ni los ojos. Se inclinó y le besó en la boca, secamente, notando el gusto de la sangre en su aliento.

Luego dijo, entre susurros:

—Espérame en las tierras de los muertos. Airmid y Caradoc nos sobrevivirán a los dos. Habrá tiempo para averiguar entonces lo que podríamos haber sido.

Fue el último regalo que pudo ofrecerle, entregado de buen grado. Él murió con la alegría en los ojos, y sujetándole firmemente la mano.

parte IV

invierno, 59 d. c. — principio de primavera, 60 d. c.

XXVII

Una mañana después de la muerte de Tago, Breaca recuperó la torques de los antepasados de los icenos, que había correspondido a su madre y a la madre de su madre, remontándose a incontables generaciones.

Nada había cambiado, pero todo era distinto. Tago estaba muerto, Filo también, y no había vuelta atrás. Breaca se despertó y comprendió eso de pronto, y se quedó echada, escuchando al viento que amontonaba la nieve contra las paredes de la choza de Airmid. Envió su mente hacia delante, a la primavera, y a lo que podía haberse hecho, y no vio forma alguna de mantener las legiones a raya mientras se reunía el ejército que podía derrotarlas.

Notó una corriente de aire y oyó voces, y supo que no estaba plenamente despierta. Fragmentos de sueños la sujetaban aún, y también nieve y carne desgarrada y la luz que se iba desvaneciendo en los ojos de Tago mientras moría. Luchando por despertar a la mañana, notó que Airmid se acercaba y con ella la antigua y seca oscuridad de la antepasada-soñadora.

Se incorporó demasiado rápido y abrió los ojos y vio un resplandor de luz procedente del fuego en un oro siluro. La torques de los antepasados ocupaba toda su visión, un regalo y una maldición, viva con los sueños de otras personas.

—¿Breaca? —Airmid estaba allí, y le puso una mano en el hombro—. ¿Qué ves?

—Que la antepasada-soñadora vive dentro del oro. Antes no lo sabía.

Breaca pasó un dedo por el frío metal, apreciando la sólida curva, formada por siglos de desgaste. Exteriormente, aquello era igual que siempre, un milagro de hilos metálicos entrelazados, con presillas en las piezas de los extremos para colgar las plumas de muerte, a la manera de los antepasados.

Lo había llevado por primera vez de niña, cuando lo único que importaba era sentirse regia y ofrecer también un aspecto majestuoso ante los demás. Años después, en el campo de batalla de la invasión romana, marcó la muerte voluntaria de Macha y el sacrificio hecho para que otros pudieran vivir. Breaca solo sintió pena y soledad al cogerla, y luego después, al pasársela a Silla, hizo todo lo que pudo por proteger a su hermana menor de ambas cosas. Cuando Tago le entregó la torques a Cygfa en el calvero, resultó obvia la dignidad traspasada con ella, pero nada más.

Solo entonces, después de conocer a la antepasada-soñadora, Breca notaba los ritmos de poder entretejidos en el oro. Extendiéndose desde el pasado, tocaban por igual el alma brillante de la batalla dentro de ella y el núcleo oscuro que había invocado una vez reclamando venganza por Caradoc, y que, al ser incapaz de emitir la llamada con claridad, había traído de vuelta a casa a Valerio.

Aquel recuerdo todavía atormentaba sus noches. Dijo:

—¿Mi madre también supo esto?

Airmid se sentó en la cama y dejó la torques entre ambas.

—No. El poder de tu madre no era el de la serpiente-lanza, y ella nunca tuvo necesidad de convocarlo. Los antepasados solo vuelven a aquellos que los necesitan, y pueden mantenerse firmes en su presencia —levantó la vista e iba a decir algo en broma pero cambió de opinión y dijo, muy seria—: Puedes hacerlo. Requiere un valor distinto al del combate, pero tú lo tienes.

—Quizá —el recuerdo de la cueva de los antepasados enfriaba las cavernas de su mente. Breaca se levantó y empezó a vestirse, dejando la torques encima de las pieles de la cama.

Al cabo de un rato, Airmid la cogió y la colocó en el hogar de piedra, junto al fuego. Tomó un copo de lana sin tejer y la secó y le quitó la nieve.

—Tú eres la Boudica —dijo—. Hoy, después de la muerte de Tago, diriges a los icenos tanto nominalmente como de hecho. No es la torques la que hace ninguna de las dos cosas. No tienes que tomarla si no quieres. Podemos dejarla en el fuego y que se funda ahora mismo, y las lanzas seguirán dándote sus juramentos en la primavera, y el ejército seguirá reuniéndose bajo la señal de la serpiente lanza.

—Que resultaría impotente.

—No del todo. Tú tienes tu propio poder, y no solo procede de los antepasados.

—Pero no voy a librar esta guerra solo por mí misma —Breaca fue a sentarse frente al fuego. Las llamas aleteaban debido a la corriente y, juguetonas, adoptaban las formas de los muertos: de Macha, de Silla, de Tago, sonriendo al morir. Ella miró más adentro, hacia las propias brasas, y buscó a su madre, que había llevado la torques con dignidad y honor sin mácula. No llegó nada, apenas algunos recuerdos dispersos procedentes de su niñez de la anciana abuela, a quien ella amó, y de la voz de la mujer, perdida entre los chisporroteos del fuego. «No me perderás, prométemelo».

Ella no había formulado una pregunta clara, y no se le dio una respuesta clara, pero, en voz baja, como si viniera de una cierta distancia, Airmid dijo:

—No todos los antepasados son peligrosos. Y la oscuridad solo es insegura en la medida en que la tememos.

—Y el miedo es el único enemigo. Hablas como Luain macCalma.

Breaca fue a coger la torques y la sujetó un momento junto a las llamas. Ahora ya estaba plenamente despierta, y el peligro punzante de la antepasada era mucho menor que antes, desaparecido con las gotas de nieve fundida. La torques quedó entre sus palmas, quieta, llena de majestuosidad. Ella dijo:

—Sería una lástima fundirla. Graine debería llevarla algún día, y también sus hijas. No quiero dejarla mancillada con mis propios temores —se levantó y vio que podía sonreír, y eso estaba bien—. ¿Conoces las palabras del juramento de lealtad?

Airmid meneó la cabeza.

—No lo bastante bien para pronunciarlas en voz alta, pero creo que serían más

para los testigos que para ti. La torques ya consigue sus propios juramentos; tomándola, sabiendo lo que haces, ya basta.

En el pasado habrían celebrado una ceremonia, y las trescientas lanzas de su guardia de honor al completo habrían presenciado el momento en que Breaca, primogénita de la estirpe real, tomase la torques de sus antepasados. Soñadores llegados de Mona habrían ofrecido discursos y habrían narrado sus sueños. Sus hijas habrían jurado seguirla, honrando así todo cuanto ella honraba.

El día siguiente a la muerte de Tago, resultó mejor hacer todo eso en privado, solo con Airmid como testigo de las dudas y el pequeño acto de valor que la empujó a atravesar un umbral más, de modo que, con sus propias manos, Breaca cogió la torques y se la puso en el cuello. Ésta quedó sólidamente viva y apoyada contra su piel, fría y seca, y serpentina. Se adecuaba perfectamente, y las piezas finales descansaban en los huecos que quedaban bajo sus clavículas, y el peso reposaba en la espalda, de modo que los hombros eran los que sustentaban su volumen. Sentía exactamente la misma sensación que cuando era niña y mucho más pequeña.

Como herrera, admiraba la habilidad de quienes la hicieron. Como Breaca, como la Boudica, como primogénita de la estirpe real, en posesión al fin de su herencia, quería aceptar y honrar todo aquello que podía aportarle, y se sorprendió e incluso se desilusionó un poco al ver que no había ningún desafío ni amenaza, sino solo una pequeña sacudida en el abdomen y un suspiro, como el de un perro que vuelve junto al fuego del hogar.

Al final, cuando la antepasada no vino tampoco ni a saludar ni a arengarla, Breaca se levantó del sitio que ocupaba junto al fuego y levantó también el faldón de la puerta. Fuera el mundo era blanco, y la nieve se acumulaba hasta la altura del muslo contra las paredes de la choza y el frío mordía con aspereza.

Se había cruzado otro umbral. Nada había cambiado, y sin embargo, todo era distinto. Airmid se acercó hasta su hombro y era bueno recordar aquellas cosas que nunca cambiarían.

Breaca dijo a Airmid, que miraba la nieve:

—Tenías razón, los dioses están con nosotros. Si se echa de menos a Filo en Camulodunum, los que están de guardia allí no se arriesgarán a enviar ahora a una patrulla para que salga a buscarlo. Al final resultará que estamos a salvo hasta la primavera. Podemos usar este inesperado período para pensar en formas que mantengan más tiempo a raya a las legiones.

* * *

La nieve siguió cayendo durante todo el resto del mes, sellando la tierra bajo un manto de hielo, de modo que las legiones permanecieron en sus alojamientos de

invierno y las tribus en sus aldeas, y la tierra se quedó dormida, ofreciendo un simulacro de paz.

Tres días antes de final de año, un mes y medio antes del solsticio de invierno, los dioses hicieron que el viento del este soplase hacia el sur y cálido, quitando la nieve de la tierra. Al tercer día, cuando cabalgar resultaba seguro, Breaca tomó un potro zaino de Cygfa, que no hacía mucho que había sido domado, y cabalgó con Cunomar hasta el barranco en el cual Filo y sus hombres habían establecido su último e indefendible campamento.

La nieve era delgada y fragmentaria y se estaba convirtiendo en barro. El aire olía a humedad y a hojas podridas y, a medida que iban llegando al valle, a carne que ya había sobrepasado su mejor momento. El potro zaino reculó al notar el hedor, y tuvieron que obligarle a seguir, porque para eso precisamente lo habían llevado. Un caballo de batalla no podía retroceder ante los aromas de una masacre. Breaca lo ató en unos sauces y siguió a Cunomar hacia el barranco.

El invierno había cubierto los cadáveres, manteniéndolos enteros, de modo que solo en los últimos días los animales carroñeros los encontraron. Breaca no había hecho ningún esfuerzo consciente por recordar el lugar donde yacían los muertos después de la batalla, pero el mapa se podía seguir claramente, paso a paso: allí, detrás de los rediles de mimbre, se encontraban los doce mercaderes de Filo, caídos todos boca abajo y con heridas en la espalda, porque habían intentado escapar; enfrente estaban los mercenarios que habían muerto luchando. El de cabello negro que había atacado a Cygfa y perdido el brazo yacía bajo su compañero de menor estatura y de cabello canoso, a quien había matado Breaca. Tiesos por el hielo, la carne se había fundido en su rostro y la sangre se la había lavado la nieve, dejándoles blancos y empapados, como las hojas muertas y empapadas y los carámbanos que colgaban de las ramas.

—Está allí —Cunomar se agachó junto a un cuerpo a una docena de pasos de distancia—. Tenías razón. No lleva la banda de rey.

Breaca se acercó hacia el lugar donde estaba echado Tago, en un charco de nieve fundida. En la muerte se veía compuesto y limpio con su manto enrollado alrededor de los hombros y su único brazo a través del pecho, y la espada todavía en la mano. Un cuervo le había sacado los ojos y un zorro había empezado a comerse su cara, pero lo que quedaba mostraba una paz que raramente había tenido en vida, y todavía era posible distinguir la autoridad e integridad del hombre que podía haber sido y que había intentado ser.

Solo faltaba el brazalete real, aquel objeto de oro rojo, esmalte y cobre que Breaca había hecho para él en su primer invierno, para impresionar todavía más a un gobernador al que gustaba el arte iceno. Ella se arrodilló a su lado y apartó la lana empapada de su manto del brazo bueno. El brazalete había desaparecido, y había ocurrido mientras aún vivía: cualquiera que lo hubiese quitado del cadáver habría alterado su paz visiblemente.

En voz alta, dijo:

—No es posible que se le cayera. Tuvo que dárselo a alguien.

—Filo está ahí detrás de ti —dijo Cunomar, tranquilamente.

Breaca se volvió. El esclavista yacía donde había caído, desmadejado y sin que nadie le llorase. Su bolsa no estaba junto a él, pero ella la encontró metida entre las raíces de un roble, destripada por el peso de la nieve y roída por ratas y ratones. Le dio la vuelta y cayó el brazalete real, envuelto en lana de oveja para mantenerlo brillante.

—Bien hecho —sonrió Cunomar—. Te debo una hebilla de cinturón.

—Que no me tienes que dar. Solo aposté porque era obvio —Breaca recogió el frío metal y abrió la lana—. Nadie salvo Filo habría tenido la audacia de pedirlo, y aunque lo hubiesen hecho, Tago no se habría visto obligado a dárselo a alguien menos amenazador.

Cunomar asintió.

—Sigue siendo el objeto más hermoso que hayas hecho jamás, y a él le encantaba. No lo habría dado si no hubiese considerado que era necesario.

—Me gustaría pensar que no.

Desenvuelto, el brazalete quedó entre sus manos, tan brillante como el mismo día en que lo hizo. El oro rojo captaba la luz intensa de la mañana, calentándolo; las placas ovales de esmalte azul nadaban a través del oro como peces en aguas veraniegas; los círculos de cobre y las piezas de remate resplandecían verdes en las grietas, allí donde el sudor y el calor humanos habían manchado el metal. La lanolina le impregnó los dedos, agradable y ligera, e hizo más fácil colocarlo en torno al brazo bueno de Tago sin romper la frágil piel ni la carne que se encontraba debajo. Con aquello parecía mucho más completo, más regio.

Breaca se sentó en sus talones y apartó el pelo empapado y desgarrado por los cuervos de su rostro.

—Hecho rey por el oro y el cobre. Merecía algo mejor, al final.

—Si nos sirve en la muerte, se alegrará mucho de ello.

Cunomar hablaba ausente, con la atención no concentrada ya en el muerto, sino en el potro zaino de Cygfa, al que asustaron unos cuervos. Iba todavía vestido igual que en verano, con un jubón sin mangas de piel de ciervo que burlaba el frío y mostraba perfectamente las cicatrices de la osa en sus brazos. De su sien izquierda pendía una madeja de pelo de caballo rojo, con un solitario diente de oso colgando. Un regalo de Ardaco para marcar el último día del año.

Breaca dijo:

—¿Cunomar? También tengo un regalo para ti.

Él no lo esperaba y se alegró. Los ancianos de los caledonios le habían enseñado cómo ocultar sus sentimientos, pero ella vio el brillo de la sorpresa y el sonrojo que siguieron, y se alegró de poder sorprenderle aún. También vio, mucho más abiertamente, la consternación que siguió.

—Yo no he traído nada para ti… —dijo.

—No lo esperaba. Y quizá no aceptes lo que yo te ofrezco, y por eso estamos hablando de ello aquí, donde solo nos pueden oír los muertos. Si decides que no lo quieres, ningún ser viviente lo sabrá.

Eso atrajo plenamente la atención de él. Buscando en la bolsa que llevaba al cinto, ella sacó un aro de oro rojo, plata y cobre. No era exactamente como el brazalete de Tago, pero se le parecía mucho, de modo que solo un herrero notaría la diferencia.

—Ésta es la primera parte —dijo ella— Deberías saber que este objeto no fue hecho solo para ti. Si no hubiésemos encontrado el brazalete de Tago, se lo habría entregado a él para que lo llevara en la muerte a lo largo del invierno; los romanos nunca habrían sabido que no era el suyo —lo sostuvo en alto—. Sabiendo eso, si te lo ofrezco, ¿lo aceptarás?

—Con mucho gusto —una sonrisa iluminó sus ojos, de modo que, brevemente, se pareció mucho a su padre—. Dije que era lo más bonito que hayas hecho jamás. Siempre he pensado que era un desperdicio que Tago lo llevase.

El brazalete se deslizó en su lugar, por encima del codo. Era más pesado que el de Tago, y las piezas finales no eran discos esmaltados, sino que ofrecían la forma de una garra de oso con espacio suficiente para atarles las plumas de muerte, como se hacía en los días de los antepasados remotos.

Cunomar se sentó en silencio mientras su madre colocaba las cinco plumas de sus muertes en el lado izquierdo. No miró hacia abajo cuando ella acabó; estaba demasiado orgulloso para ello.

—Pareces más regio de lo que pareció nunca Tago —dijo Breaca, y luego—: Cygfa pintó y ató las plumas. Airmid me ayudó a preparar el alambre. Graine hizo la forma de las piezas finales. Esto viene de todas nosotras, para marcar el inicio de un año que será diferente de todos los que hemos conocido hasta ahora.

Él levantó la cabeza al momento.

—¿Y no es éste el regalo que temías que yo pudiera rechazar?

—No.

El viento se movía de nuevo hacia el este, tornándose más frío. Breaca se soplaba en las manos para calentarlas.

Al final, dijo:

—Tras la muerte de Tago se acordó que debíamos esperar a que se hallaran los cuerpos de los muertos, y que yo iría a Camulodunum en primavera, cuando se funde la nieve, a contarles la tragedia de la muerte del rey y cómo ha arruinado nuestras vidas, y pedirles ayuda para devolver su cuerpo de modo que podamos llorarle como es debido, y solicitarles también ayuda para encontrar a los responsables de su muerte. Si los romanos nos creen de duelo y no ven culpa, no enviarán a las legiones a destruir la aldea como venganza por la muerte de Filo.

Cunomar sonrió secamente.

—No creo que se acordara eso. Creo que se discutió durante tres días y tres noches, y tú te saliste con la tuya porque eres la Boudica, y ni siquiera Ardaco, Cygfa,

Duborno y Airmid juntos pudieron hacerte cambiar de opinión sobre algo tan peligroso.

—Tú fuiste el único que no se opuso. ¿Acaso no estabas de acuerdo con ellos?

—Por supuesto que estaba de acuerdo. Que vayas es una locura. Si Roma no te cree, serás la primera en morir, y entonces, ¿quién dirigirá el ejército? ¿Crees que los guerreros se reunirán por Ardaco, o por el hijo de la Boudica, a quien jamás han visto dirigir ni una sola lanza en batalla? Pues yo no. Ningún brazalete real, por muy bonito que sea, puede hacer que confíen tanto en mí.

Él no hablaba con amargura, solo decía la verdad tal y como él la veía, y probablemente tenía razón. Recogió un guijarro y lo arrojó a un cuervo que estaba molestando al potro zaino.

—Habría discutido con los demás, pero yo soy tu hijo. Sé cuándo tienes algo decidido y es imposible que cambies de opinión. Los caledonios me enseñaron que no perdiese el tiempo en peleas que no podía ganar —ya no sonreía, y la conocía demasiado bien—. ¿Es ése tu regalo? —preguntó—. ¿Que no vayas?

Ella asintió.

—No ir yo, y pedirte que vayas tú en mi lugar. Tú eres el hijo del rey. Hablas latín tan bien como yo. Tienes el valor y la seriedad para decir lo que es necesario decir. Si yo no puedo ir, y parece que los dioses y los sueños (y el sentido común) están en contra, entonces, tú eres la mejor alternativa. Es posible que siempre lo fueses, de todos modos. Si te lo pidiera, ¿arriesgarías tu vida en Camulodunum por nosotros? ¿Por mí?

Los ancianos de los caledonios habían hecho muy bien su trabajo. Solo porque era su hijo ella fue capaz de ver la llamarada de felicidad pura que iluminó los ojos de Cunomar. Exteriormente, su rostro estaba bien entrenado para mostrar impasibilidad, y su respuesta fue comedida:

—Me sentiría más agradecido de lo que puedo expresar —dijo—. ¿Puedes decirme qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Airmid. Y Ardaco, y Duborno, y Cygfa, todos juntos, y Airmid otra vez. Todos ellos me conocen desde antes de que tú nacieras, cosa que quizá les da motivos para creer que cuando estoy decidida a hacer algo, siempre se me puede hacer cambiar de opinión.

—¿Sugirieron ellos que fuera yo en tu lugar?

—No. Cada uno de ellos se ofreció para ir solo, como hice yo. Puede representar la muerte, y todos lo saben muy bien; nadie le pediría eso a nadie más. Excepto yo, que te lo pido ahora a ti.

—No. Ahora me estás ofreciendo el mayor regalo que podías darle, ni podrás nunca, a tu hijo, que todavía se halla a la sombra de sus padres, y que debe probar que es un guerrero. Y por eso acepto dándote las gracias.

* * *

Los ritos del fin de año pasaron de una forma muy tranquila, aquel año.

En tiempos, los icenos habrían marcado el final del otoño y el nacimiento del nuevo niño-invierno matando un carnero y con cebada malteada y juegos en el hielo del río para los jóvenes que iban a pasar sus largas noches, y una ceremonia después en la casa redonda con todos los soñadores y cantores presentes para mantenerles a salvo.

La aldea de Tago (ahora de Breaca) no tenía casa redonda en la cual reunirse, y no había tiempo de construir una. También, por la fuerza de las circunstancias, se había convertido en refugio invernal para los cuarenta y nueve guerreros de la osa que formaban la nueva guardia de honor de Cunomar, y aunque lo hubiesen deseado, había poca comida para un festín. De ese modo, los que cabían se reunieron en la choza de Airmid, en el extremo occidental del poblado, que estaba construida más al estilo de una casa redonda y podía albergar a treinta sentados, si no les importaba tocarse con las rodillas del otro.

Formaron una espiral, con Ardaco en el exterior, junto a la puerta, y Airmid en el centro, junto al único fuego no extinguido aún. A medida que la noche progresaba se dejó que las llamas muriesen, de modo que pareciera que la oscuridad se filtraba desde los márgenes, presionando a la luz y el calor hacia adentro y hacia abajo, hasta dejar un rescoldo rojo y apagado en la base de la hoguera.

Cerca de la medianoche, Airmid arrojó un puñado de hojas y raíces en las ascuas, y más, hasta que extinguieron la última luz que quedaba y el áspero y embriagador humo de su fuego se alzó en la oscuridad y se extendió, tocando hasta al más alejado de ellos, ofreciendo protección contra las fronteras de la noche, cada vez más delgadas y sutiles. Cuando habló, su voz se elevó desde arriba o desde detrás, o hizo eco en ambos oídos a la vez.

—El año muere y todavía no ha renacido. En el espacio entre este no-tiempo, el tiempo de Briga, se abren puertas a las tierras más allá de la vida y las huellas desde allí hasta aquí son claras. Esta noche precisamente entre todas las noches, aquellos que se han ido pueden volver sin daño ni censura, para encontrarse de nuevo con aquellos que permanecen dentro de la vida. Saludémosles, oigámosles, y, cuando se encienda de nuevo el fuego, permitámosles volver al lugar de donde han venido.

Un temblor colectivo se abrió camino en la espiral, desde el centro a los bordes. El aire se volvió pleno y se vació de nuevo, y donde antes había paredes y una sensación de seguridad, de repente se dio la vaciedad del espacio abierto, como si cada uno de los presentes estuviese caminando entre la niebla por un camino, y se hubiesen encontrado de pronto en unos cielos claros, en un puente estrecho que atravesase un paso de montaña, sin lugar donde sujetarse y un precipicio insondable a cada lado, hasta la tierra que había debajo.

Breaca se había encontrado demasiado a menudo con los muertos para temerlos, pero aquella noche solamente existía la posibilidad de averiguar que Caradoc no vivía ya, que había muerto sin que ella lo supiera y que podía descubrirlo solo cuando apareciese su fantasma, lamentando que ella hubiese apartado de su corazón la sed de venganza implacable que en tiempos la había consumido. Ella seguía temiendo aquello, por encima de todo lo demás. Sentada en la negra noche con Graine apretada contra su costado, y el sudor perlando su brazo contra Cunomar en el otro, se esforzó por respirar el áspero humo de Airmid, para ver mejor a los muertos que se aproximaban.

La noche seguía vacía. Ninguno de sus muertos había aparecido, ni Caradoc, ni ninguno de los antepasados que podían haberse visto atraídos por la torques que portaba al cuello. La oscuridad se expandía como un túnel, puntuado por profundas inhalaciones de aquellos que habían recibido visitas. En la oscuridad, oyó decir a alguien: «¿Eneit?», y pensó que era Lanis hasta que Cunomar empezó a temblar y ella se dio cuenta de que estaba llorando y se alegró de que pudiera hacerlo.

Nadie más hablaba, ni humano ni antiguo humano, y, a su debido tiempo, el fuego volvió a renacer. A una señal notada pero no oída, Cunomar limpió las brasas del fuego del año anterior, y Graine, como era la más joven de todos los presentes, puso yesca en la base de piedra para encender otro nuevo. Airmid provocó una chispa y la abanicó hasta que las llamas devoraron la corteza y la hierba seca y el copo de lana de oveja y los pelos de la cola de yeguas de cría que fueron enviadas a Briga para pedir buenos partos.

Las mujeres que pensaban que podían estar encinta, o que planeaban quedarse embarazadas aquella noche, se inclinaron hacia delante y entregaron tres de sus propios cabellos al fuego. Los hombres que pensaban que podían engendrar a esos hijos dieron un recorte de uña del dedo índice de cada mano, para que su semilla fuese saludable y fructífera. Había muchas parejas semejantes, ya que un niño concebido la noche del año nuevo era muy afortunado. Nacido después de mediados del verano, cuando la cosecha se había recogido ya, no encontraría penalidad alguna hasta el invierno, cuando todo el mundo sufre de modo similar… o a lo mejor nunca, si el año resultaba como Breaca pretendía.

Airmid dijo:

—A finales del año que viene podemos estar libres de Roma, con todo lo que eso representa —y así expresó lo que todo el mundo pensaba.

Los reunidos partieron poco después, llevando antorchas encendidas de ramas de espino empapadas en grasa de oveja, y corteza de roble y hojas de serbal secas con las cuales iniciar sus propios fuegos, y no dejar que se extinguieran nunca hasta que llegase el nuevo año.

* * *

Solo Breaca se quedó atrás. Tapó bien el fuego para la mañana, y llamó a *Piedra*, al que habían dejado fuera por miedo de que los muertos no se acercasen a él.

Airmid volvió con los recipientes para el agua, y entre las dos guardaron en la choza todas las jarras, botes y jarritas selladas con plantas y bayas que habían sacado al exterior para que cupiesen mejor las osas.

Se sentaron un rato junto al fuego, todavía no dispuestas a dormir. El regusto de humo de sueño perfumaba el aire. Airmid arrojó más hojas, con moderación; romero, salvia y menta, de modo que los aromas se refrescaron y las paredes entre los mundos empezaron a resultar seguras de nuevo. Ella llevaba su collar de huesos de rana de plata, que era más antiguo que Cunomar, más antiguo que Cygfa, más antiguo incluso que la presencia de Roma. El humo se enrollaba en torno al collar y en torno a ella, de modo que podría haber sido una niña de nuevo, o infinitamente vieja; una antepasada muerta hace siglos y cuidando a aquellos que todavía vivían.

Vertió un poco de agua y algo más en una jarra y se la ofreció a Breaca a través del fuego.

—¿Caradoc no ha venido a ti? —le preguntó.

—No —solo Airmid se atrevía a preguntar, solo Airmid podía recibir una respuesta completa—. Me gustaría pensar que yo lo sabría, si él estuviese muerto, pero cada año estoy menos segura cuando acaba la noche. Luego me olvido durante medio año, y me vuelvo a preocupar de nuevo antes de la siguiente vez —Breaca alimentó a *Piedra* con los restos de un asado de liebre y dejó que le chupara la grasa de los dedos. El perro quedó echado encima de sus pies, con una firme tranquilidad. Dijo—: ¿Ha venido a verte Gwyddhien?

—Sí. Viene cada año desde su muerte. Pero ahora menos que antes.

Había dolor en aquellas palabras, en la pregunta y en la respuesta. Ambas se desplazaron a colocar una rama en el fuego, de modo que por un momento estuvieron muy juntas. La luz se hizo un poco más intensa, la noche un poco más cálida, los muertos un poco más alejados.

Al cabo de un rato, Airmid dijo:

—Cunomar lleva muy bien su nuevo brazalete. ¿Le has pedido que vaya a Camulodunum en primavera?

—Sí, y él ha aceptado —Breaca se bebió el agua sazonada que le había dado Airmid. Sabía a artemisia y a bardana y a nieve fundida. Dejando que el amargor y la frialdad se apoderasen de sus dientes, dijo:

—Él es el más adecuado, lo sé. Es el hijo del rey, y a Roma le importan tales cosas. Habla bien latín, y conoció al emperador Claudio, cosa que significa que sabe cómo llevan a cabo sus formalidades los romanos, y…

—Y el riesgo es enorme, y aun así, tú tienes que aceptar que lo corra —el pie de

Airmid se adelantó para tocar su rodilla; un gesto pequeño, pero que suponía un mundo entero de consuelo—. Es tu hijo tanto como el de Caradoc. Ha crecido y se ha convertido en lo que ambos le habéis dado, pero tiene que probar cosas, ante sí mismo tanto como ante ti.

—Ya lo sé. Él mismo lo dijo. Pero va a viajar y luchar solo, y no debería ser así. Es el cuidado del soñador lo que hace al guerrero. La anciana abuela nos lo enseñó así, y así lo hemos vivido desde entonces. Cunomar no tiene soñador.

—Graine podría soñar con él, de buen grado. Es casi lo bastante mayor para pasar sus largas noches. Se podría hacer en primavera, y después ella podría ir con él.

—No creo —Breaca lanzó una breve risa—. Graine odia la violencia. No la imagino cabalgando hacia ninguna batalla voluntariamente. Y además, Cunomar necesita a alguien a cuya sombra no haya pasado su vida —la bardana se estaba abriendo camino en su sangre, afinando la visión, el sonido y el contacto. Ella se apoyó en la pared y notó el tejido de su túnica como un enrejado sobre su espalda, y el peso seco de la serpiente en la torques que llevaba al cuello, y la presión del pie de Airmid, que ahora estaba contra su pantorrilla, y no su rodilla, porque ella se había desplazado hacia atrás.

Dejó descansar su mano en el tobillo de la soñadora, notando el pulso en la parte superior. Era regular y rítmico, y se aceleró un poco con el contacto. No del todo tranquila, dijo:

—Necesita a alguien que pueda ser para él lo que tú fuiste para mí. Lo que has sido siempre.

Desde la oscuridad, después de una pausa, Airmid dijo:

—Gracias.

De pronto, se sentían tímidas como niñas cada una en compañía de la otra, como nunca les había ocurrido. Ambas removieron el fuego y añadieron leña, cambiando el equilibrio para que tuviese más combustible, pero ardiese con menos intensidad.

Al final, como necesitaba hablar, Breaca dijo:

—Cygfa duerme sola todavía. Llegué a pensar que Braint había muerto y acudía a ella como Eneit acudió a Cunomar pero no, no hay nadie.

Airmid dijo:

—Cygfa lleva sus heridas mucho más hondas que su hermano. Y Duborno las lleva abiertamente, y la mayor de todas es que ama a Cygfa, pero ella no le ama a él. Vivieron juntos en Roma, y ella le tiene cariño, igual que le tiene cariño a Cunomar. Creo que no quiere herirle más, y por eso se mantiene casta.

—Y sin embargo, si ella amase a otro, encontraría alguna forma de no herir a Duborno. Eso solo no la detendría.

—Ya lo sé, pero es que ella no se permite amar. Cunomar está desesperado por hacerlo, y solo busca a alguien que pueda igualarse con él. Cygfa todavía está herida, profundamente, y no busca a nadie, creyendo que es demasiado fuerte para eso.

—¿Podrías curarla?

Airmid hizo una mueca.

—Solo si ella me lo pidiera, y no lo hará. Hablé con ella mientras estábamos en Mona, cuando tú ibas a cazar legionarios y estábamos solas. Ella se alejó y desde entonces ya no lo he intentado. Sus penas son solo suyas, y debe curarlas como decida. Igual que las nuestras.

Una frase tan pequeña para abrir el mundo. El pulso bajo los dedos de Breaca permanecía firme. La bardana había aclarado el desorden que tenía aquel día en la mente, quizás el desorden de un año entero, o más aún. Por una noche (por aquella noche) no tenía necesidad alguna de quedarse echada y despierta, planeando el futuro. Vertió parte del agua de nieve en sus palmas y se lavó la cara con ella, luego dejó la jarra, cuidadosamente, lejos del fuego.

Hablando en voz baja, navegando entre las rocas de sus palabras, dijo:

—No ha sido por evitar herir a Tago que he dormido sola los últimos años, sino a causa de Caradoc.

—Ya lo sé.

—Y tú has hecho lo mismo por Gwyddhien.

—Sí.

Durante los tres años transcurridos desde la muerte de Gwyddhien, nunca habían hablado de aquello. Breaca metió un tronco más hondo en el fuego. Iluminada por unas nuevas llamas, preguntó:

—¿Aún espera que lo hagas?

—Nunca lo ha esperado. Y si no me equivoco, tampoco Caradoc lo espera de ti.

Los ojos de Airmid eran enteramente negros. Escudriñaban el rostro de Breaca sin cesar. Dijo:

—Cuesta mucho tiempo curar el dolor de la pérdida, y también cuesta mucho tiempo curar el recuerdo del dolor, y la creencia de que el honor requiere que nos agarremos para siempre a ese dolor. Y cuesta mucho más tiempo aún averiguar que los amores de nuestro pasado pueden seguir amándose, pero que algo nuevo (o algo viejo, resucitado) no los disminuye. Y además, aunque podamos creer que todo esto es cierto para otros, aunque lo vemos en los demás, y queremos hablar de ello a diario, es mucho más duro verlo de igual forma en nosotros mismos.

Habían ido demasiado lejos para fingimientos. Breaca dijo:

—¿Creías que yo iba a llevarme a otra persona a la cama después de Caradoc?

Airmid se echó a reír.

—Me sorprende cada día que todavía no lo hayas hecho.

—Pero, ¿te alegrarías de ello?

Y resultó difícil respirar entonces, o pensar con claridad. El fuego estaba entre ellas, y luego ya no estaba, y luego las jarras, tan cuidadosamente apartadas, se derramaron en los juncos del suelo, y a ninguna de las dos les importó, porque ya no estaban vestidas y el agua fría por una parte contrarrestaba el calor de los fuegos en la otra, y en medio se encontraba el infinito misterio, la maravilla del tacto, de la piel

contra la piel, de las palmas que se juntan, de los pechos y las caderas y los dientes y el cabello y toda la vida descansando en el parpadeo del ojo de la otra.

Breaca había olvidado cómo podía ser, y al recordarlo no entendía cómo podía haberlo olvidado. Era como si el sediento pudiera olvidarse del agua, o el hambriento se olvidase del festín que estaba allí, dispuesto para comérselo. Sus dedos trazaron contornos que su memoria había descartado hacía mucho tiempo, y los atrajo de nuevo, renovados, con el gusto y el tacto y la pesadez de otro cuerpo encima de ella, y luego debajo de ella, y la suavidad entre dulce y salada que las unía a ambas.

* * *

Se quedaron despiertas toda la noche del año nuevo, redescubriendo lo que era viejo e inventando lo que podía ser nuevo, y llegaron a la mañana entrelazadas como cachorros de perro entre las pieles, soñolientas.

Breaca se deslizó en el sueño y se despertó de nuevo y quedó vigilando el hilo de humo que ascendía enroscándose hacia el agujero del techo, cerrando un ojo y luego el otro, para que avanzase y retrocediese, igual que su mente se movía con él, atrapada en la maraña de antiguas imágenes.

Airmid se inclinó hacia ella y la besó.

—Buenos días. Que el año crezca bien en ti.

Breaca sonrió mientras la besaba.

—Y en ti también.

Todos los amantes decían eso la primera mañana del año nuevo. La tradición lo requería.

Airmid dejó descansar su mano, con los dedos separados, en el vientre de Breaca, y ladeó la cabeza, como si escuchara.

—Algo ha arraigado durante la noche, y como no puede ser un niño, debe de ser un sueño. ¿No se podría contar?

—Sí, fácilmente, pero no estoy segura de que puedas hacer nada —Breaca cogió su mano y le besó los dedos, y luego los nudillos, y luego la parte más suave del centro de la palma, y allí se quedó su lengua siguiendo las líneas que habían marcado los dioses —. A menos que puedas convertirte en buscadora de hierro y encontrar hierro crudo en tierras de los icenos, y luego aprender el arte de la forja y ayudarme a convertir el hierro en espadas para el ejército, y encontrar también una forma de apartar a las legiones de la casa grande mientras…

—Para, Breaca. No pienses en eso. Hoy, esta mañana, ahora mismo, no pienses —las manos de Airmid la cogieron con fuerza, sujetando los dedos entre los suyos, manteniéndola cerca—. No estás sola. No tienes que luchar en la guerra y armar a los guerreros y planearlo todo tú sola. Lo sabes muy bien. Cunomar irá a Camulodunum,

y lo hará muy bien. Tenemos formas de encontrar hierro, y un herrero, y yo puedo ayudarte en eso. Y por ahora tenemos esto, que es un regalo de los dioses. No lo desaprovechemos —Airmid le besó en la frente y en las sienes, y también en los párpados, lentamente, vertiginosamente, con una ansiedad distinta a la de la noche.

El último beso aterrizó cuidadosamente en el hueco de su cuello, allí donde los dos finales de la torques se separaban.

—Ocurra lo que ocurra, yo siempre te amaré. Por hoy, por ahora, ¿no podemos dejar que eso baste?

XXVIII

—Traigo regalos para el ejército de la Boudica. ¡Dejadme entrar!

El golpeteo de las puertas igualaba al golpeteo de la forja, y solo por casualidad Graine abrió el nudo que hacía de mirilla y vio la forma silueteada contra la nieve, fuera. Levantó la barra de roble de sus soportes y retrocedió y una mujer ancha, de cabello canoso, condujo cinco robustos caballos a través del portalón. Cuando se les permitió detenerse, los animales se quedaron quietos y hundidos hasta las rodillas en la nieve que caía. La carreta que arrastraban adelantó solo media mano, y luego se hundió hasta los ejes en un terreno que no era blando del todo.

—Gracias. Empezaba a pensar que los icenos habían abandonado las leyes de la hospitalidad en su intento de liberarse de Roma.

La robusta carretera soltó su agradecimiento con una mirada irónica. Su rostro se retorció de forma desagradable, y se bamboleó donde estaba sentada. Arrojó las riendas a la cabeza del caballo de guía y bajó de un salto, y se tambaleó al aterrizar en el suelo.

Desde el peor de los inviernos de Tago no había visto Graine a nadie tan afectado por la bebida. Las leyes de la hospitalidad no proveían nada para una mujer borracha que quisiese meter sus caballos en la hacienda.

Mordiéndose el labio, Graine miró al suelo y luego a la forja, pero su madre estaba martilleando hojas de espada y demasiado lejos para alcanzarla. Y además, se hallaba demasiado ocupada para que la molestaran por un pequeño incidente con una huésped borracha; faltaban dos meses para la primavera y la reunión del ejército, y había una cantidad limitada de hierro para hacer espadas, y la Boudica era la única herrera de todo el poblado. No se la podía apartar de la forja por nada menos importante que la aparición de una legión marchando por la carretera.

El problema debía solucionarse de otra manera, por tanto. Graine volvió a mirar a la mujer y notó que no olía ni a cerveza ni a vino, sino a lana húmeda y a cuero húmedo y a sudor de caballo. Se apoyaba en el costado de la carreta buscando equilibrio, sujetándose con la mano izquierda. La mano, hombro y cadera derechos estaban muy torcidos, como si en algún momento se hubieran roto y luego se hubiesen soldado mal. Su cabello no era del todo gris; algunas hebras que corrían por él eran de un rojo tan intenso como el de la Boudica.

Sin la mirada desdeñosa, su rostro podía haber sido hasta guapo. En el hombro, sujetando el manto y escondido bajo unos pliegues de lana empapada, llevaba un broche con forma de jabalí, el signo de los dumnonios, que luchaban contra Roma en el lejano sudoeste con toda la tenacidad y el salvajismo del animal del cual tomaban su

marca.

Todos juntos, aquellos hechos revelaban su nombre con tanta claridad como si ella lo hubiese pronunciado en voz alta. Graine notó que se ruborizaba. Vergonzosamente tarde, dio el saludo de una aprendiza a una anciana soñadora de gran poder y dijo:

—Bienvenida, Gunovar, hija de Gunovic, que dio su vida por Macha en la batalla de la invasión.

El resto de lo que sabía de ella quedó silencioso en su mente, y sin duda, se podía leer en su rostro: «tú eras una de las mejores soñadoras de tu pueblo hasta que pasaste cuatro días en manos de los inquisidores de la legión. Tus guerreros asaltaron la fortaleza para liberarte, perdiendo a la mitad de su número en la batalla. Las canciones han llegado hasta nosotros, pero no se decía cómo habían actuado después las legiones, o si eres capaz de soñar ahora, con el cuerpo roto».

—Vaya.

La mirada sarcástica de la mujer se vio dulcificada por la ironía, vuelta hacia adentro, no para Graine. No estaba claro si respondía al saludo y a la bienvenida o a todo lo que no se había dicho.

Era difícil mirar su rostro, sabiendo cómo debía de haber sido antes de las quemaduras; más fácil resultaba mirar sus ojos, donde se unían el dolor y el humor, y cada uno de ellos se volvía más suave. Había mucho humor en ella. Se le ocurrió a Graine que a Ardaco le gustaría mucho aquella mujer, y no solo por la sequedad de su humor.

Gunovar devolvió el saludo de los soñadores con alguna elegancia, consiguiendo reconocer en un solo movimiento la juventud relativa de Graine, y al mismo tiempo una profundidad de sueño igual a la suya propia.

Dijo:

—Y tú eres Graine, soñadora de la liebre e hija de la Boudica. Me siento muy honrada de conocerte. ¿Podrías atender mis caballos mientras yo hablo con tu madre? Me han conducido valientemente durante casi un mes, y no me gustaría que muriesen por falta de cuidados ahora que… Ah, estás aquí, por fin. Me preguntaba cuánto te costaría darte cuenta de que tenías compañía.

Muy poca gente hablaba a la Boudica en ese tono. Menos aún desde que había tomado la torques después de la muerte de Tago. Airmid podía hacerlo cuando estaban las dos a solas, pero nadie más, que supiera Graine. Ella miró a su madre y vio que sonreía, y que la recién llegada, por tanto, era esa rareza que merece atesorarse: una amiga de verdad.

—¿Ah, sí? Por eso te has anunciado tan exageradamente, pues… —Breaca había llegado a los caballos de la carreta y les frotaba detrás de las orejas, donde el arnés les había apretado. Se inclinó y pasó la mano por las patas del zaino sudoroso que estaba más cerca—. Pensaba que mi hija ya te había recibido estupendamente. Está demasiado bien educada para decirte que has arruinado un buen caballo y que nos

costará casi hasta el verano curarlo del todo.

—Y tú en cambio no.

Breaca se subió al radio de una rueda, para llegar a la carreta.

—No. Los caballos de tiro de los dumnonios son legendarios. ¿Qué carga has traído por la que valga la pena dañar a uno de tus mejores…? Ah. ¿Acaso los dioses te susurraron al oído, o las noticias de nuestras necesidades han llegado al sudoeste?

Los costados de la carreta eran demasiado altos para que Graine viera dentro. Lo único que veía, al principio, cuando se echó hacia atrás la cubierta aceitada, fue el resplandor azul-gris que se reflejó en los ojos de su madre y la gratitud, y la alegría infinita, como si viese atendida una vida entera de plegarias, en su voz. No había que ser soñadora para saber lo que había allí dentro.

Gunovar agitó una mano desdeñosamente, como si conducir con el equivalente a un año entero de hierro por todo el país, sorteando a dos legiones, en lo más crudo del invierno, no fuera nada especial.

—No estoy tan cerrada a los sueños como podrías pensar. Airmid mandó susurros, y yo los oí, pero en cualquier caso las palabras de guerra viajan con el viento, y este invierno ha sido muy ventoso. Las noticias del ejército de la Boudica han llegado a aquellos que la apoyan. Para luchar contra Roma y ganar necesitas hierro; todo eso resulta obvio, aunque Nemain no hubiese caminado por mis noches. Es todo cuanto tenemos. El resto lo necesitamos para nuestras propias batallas. ¿Bastará?

—Haré que baste —Breaca se metió de un salto en la carreta, y quedó metida hasta los tobillos en el hierro. Levantó una barra y la sujetó contra el viento y la nieve, echando el aliento a toda su longitud, como si ya fuese una espada.

Gunovar se quedó de pie, contemplándola, y a su vez fue contemplada por Graine. La gorda mujer se hallaba maltrecha y no del todo arreglada, pero aun así tenía la fortaleza mental y corporal para conducir una carreta sola a través del barro y el hielo. De hecho, poseía el físico de una herrera.

Breaca ya lo sabía. Se agachó en el borde de la carreta y sujetó el hierro crudo entre sus palmas, como si fuese una espada. Pasándoselo a la mujer que estaba debajo, dijo:

—Gunovar, tu padre fue uno de los mejores herreros de su tiempo. Te he visto trabajar y tienes su misma pericia, si no más. ¿Te quedarás y me ayudarás a forjar armas? Tanto como el hierro necesito otro herrero. Las legiones mataron a los nuestros cuando rompieron las espadas, en tiempos de Scapula. No puedo convertir todo esto en espadas y lanzas antes de que empiece la lucha, en primavera.

Gunovar sonrió y su rostro quedó casi equilibrado.

—Si haces caso a los relatos heroicos, tú eres capaz de fabricar armas para todo un ejército en un día con el fuego de tu forja y luego luchar contra Roma con una sola mano. Afortunadamente, yo no me creo todos los cuentos, solo los relatos que oigo de primera mano. Por supuesto, no puedes armar a todo un ejército sola. ¿Por qué si no crees que he venido?

* * *

Con la ayuda de Gunovar, la producción de armas se reanudó más rápidamente que antes, aunque con pausas para entrenar a las osas en su uso. Graine tenía razón: a Ardaco le gustó mucho aquella mujer tan corpulenta con el cuerpo roto, y no solo por la sequedad de su ingenio. Juntos, aquellos dos tomaron la guardia de honor de Cunomar y empezaron a moldearlos para convertirlos en el núcleo de un ejército.

Dos meses después de la noche de la «oscuridad total», en la mitad del invierno, Breaca hizo una pausa en su martilleo y llamó a consejo a la guardia de honor. Cuarenta y nueve jóvenes se reunieron en la casa grande donde habían realizado las pruebas de lanza, sonrojados por la promesa de la acción. No se sintieron decepcionados cuando cada uno de ellos recibió un brazalete, hecho a medida para que ajustase bien, con la osa grabada en un lado y la serpiente-lanza, que era la marca de la Boudica, en el otro. Con este objeto como señal de seguridad, ella les devolvió al pueblo, hacienda o aldea que había sido su hogar, y de allí a todos los cercanos.

Cada uno de ellos llevaba el mismo mensaje: «Breaca nic Graine, primogénita del linaje real, convoca a los guerreros de la nación icena para que se reúnan en el lugar de la feria de caballos la primera luna nueva después del equinoccio de primavera. Las osas guiarán a aquellos que no conozcan el camino, o recelen viajar en invierno. La nieve es vuestra mejor protección. Viajad pronto y en pequeños números y rezad para que el invierno se mantenga y las legiones no se muevan demasiado pronto de sus fortines».

Y así era como se creaba el primer ejército iceno que se iba a reunir desde la invasión romana.

XXIX

En las montañas occidentales, cerca de la isla de los soñadores de Mona, las luchas llegaron antes del final del invierno.

Había nieve hasta la altura de la rodilla, más espesa en los valles y más fina en los repechos de las montañas, donde el viento la iba rozando. Los picos eran como casquetes de hielo duro, inaccesibles tanto a hombres como a animales. Ninguno de ellos evitó que la caballería auxiliar de Roma hiciese incursiones cada vez más amplias en las cordilleras del oeste de su fortaleza base, o que los guerreros de Mona les atacasen en todos los momentos y lugares que podían.

Envuelto en un manto aceitado para conservar el calor, Valerio yacía boca abajo encima de una capa de duro hielo, bajo la teórica protección de un espino despojado por el viento, y miraba hacia abajo, al valle, donde un ala de la caballería gala había acampado la noche anterior. La aurora rompía ya, brillante y fría, de modo que la luz era plateada, con tintes de azul y oro, a medida que el sol quemaba el horizonte. Una niebla tardía se alzaba y se aclaraba y lo que había sido un mar gris se iba convirtiendo, lentamente, en líneas de tiendas en un orden perfecto, con dos mayores para los oficiales en un extremo.

En el lado opuesto, junto al cuello del valle, cincuenta caballos sin jinete se arremolinaban inquietos en un cercado improvisado. A cada lado, los breves momentos de violencia formaron ráfagas en la niebla, y al final, cuando Valerio miró, dos centinelas de la caballería gala yacían boca arriba en la nieve, y una comente roja brotaba de su garganta y sus genitales.

Un trapo blanco ondeó una vez junto a las tiendas, detrás del cercado. A la izquierda de Valerio, una figura salió del abrigo de una losa y levantó muy alto un cuchillo. Apenas había luz suficiente para ver, el acero pulido relampagueó, gris, pero suficiente, mostrando así la seguridad y el permiso para seguir.

Al ver la señal, dos formas se lanzaron hacia delante desde el amasijo de rocas que había al otro lado del valle. Las sogas del cercado improvisado se quedaron colgando, separadas, allí donde las habían cortado. Cuando se arrojó un bulto hecho de piel de lobo putrefacta y grasa justo en medio, toda la manada vio una ruta clara para escapar. El aterrorizado tamborileo de sus cascos llenó todo el valle, y las montañas que había más allá.

Ningún hombre podía seguir durmiendo después de aquello, y los galos, si tenían algo de sentido común, seguramente dormirían con sueño ligero y no estarían borrachos. Al cabo de unos momentos las tiendas empezaron a vaciarse. En la cima de la colina de enfrente, tres guerreros corrieron rápidamente, alejándose del cercado

y los cuerpos que quedaban tendidos a ambos lados. Estaban fuera del alcance mucho antes de que les arrojaran las primeras jabalinas.

No había ya ninguna necesidad de secreto. La figura de la izquierda de Valerio era Braint, de los brigantes, en ausencia de la Boudica, guerrera de Mona, líder de aquella incursión y de la media docena que le habían precedido.

Escupió en el suelo para dar gracias a los dioses, y retrocedió, pasando por la cima de la colina, hacia el lugar donde le esperaban otros tres guerreros en un fuego pequeño y medio consumido. Estos se alejaron a su señal, resbalando ágilmente por el pedregal abajo, y cargados con cuerdas hechas de piel cruda entretejida, bolsas con grano invernal almacenado y trocitos de sal, con los cuales engatusar a los caballos aterrorizados cuando se cansaran y se quedaran descansando, más allá de la boca del valle.

Ninguno de ellos, ni Braint ni los que la seguían, se había percatado de la presencia de Valerio, ni él tampoco esperaba que lo hiciesen. Se levantó, sacudiéndose la nieve del manto, y se estiró poco a poco, ejercitando las frías articulaciones.

Ya no le dolían los hombros, cosa que aún le sorprendía. Desde el momento, a finales del otoño, en que Longino le envió, roto y maltrecho, de vuelta a Mona, todo su ser clamaba de dolor. Bello se había hecho cargo de su curación siguiendo las instrucciones de Luain macCalma. Durante los largos meses de inmundas infusiones, que debía beber día y noche, de cataplasmas y entablillamientos y todas las incomodidades de los cuidados médicos, sintió una perversa satisfacción al averiguar de primera mano que tenía razón, y que, aun ciego, el joven belgo era un curandero excepcionalmente bueno.

Hasta mediados del invierno, los huesos de Valerio estaban tan magullados y sus músculos tan desgarrados que sencillamente dormir una parte de la noche sin despertarse llorando ya fue un gran logro. Después del solsticio, con el gradual alargamiento de los días, las roturas y los ligamentos desgarrados empezaron a curarse, de modo que si su sueño se rompía no era debido al dolor.

Aun así, de pie en la falda de la montaña, el recuerdo de la cámara de los inquisidores afloraba con demasiada rapidez a la superficie de su mente. Era difícil mirar hacia abajo, hacia el caos que iba en disminución entre los hombres de la caballería, en el valle, oír las órdenes que se gritaban en latín, y contemplar a los hombres formar una línea y marchar hacia delante, sin notar de nuevo el impacto de puños, pies y palos que le hacían desear convertirse en una bola y esconderse.

Se esforzó por permanecer en pie y mirar, y no vaciló cuando los hombres de la caballería gala, privados de sus caballos, caminaron hacia la emboscada tendida en el estrecho cuello del valle, donde la amplia llanura se convertía en un desfiladero, sin meterse en ella. Se detuvieron, apiñados, esperando. No eran idiotas. El asunto no era si les habían tendido una emboscada o no, solo en qué número les superaban sus atacantes, y si los nativos se habían limitado a lanzas y piedras o bien también tenían honderos, contra los cuales no había otra defensa posible que la distancia.

Sí, había honderos; Valerio les había visto abandonar Mona y tenía una idea bastante aproximada de dónde se habían estacionado, entre la maleza nevada de las paredes del barranco. Ya mientras los oficiales consultaban, la primera piedra de honda bajó desde arriba y mató a uno de los auxiliares. El sonido llegó después de la imagen, un rugido en el viento, de modo que el hombre ya había caído y su fantasma caminaba libremente antes de que el agudo grito que lanzó flotase en las alturas.

Valerio se volvió, reacio a ver otro fantasma deambular entre los brezos; el mundo estaba demasiado lleno de fantasmas, y los dioses no habían mostrado todavía cómo se les podría hacer descansar a todos. Solo, tomó su caballo y le hizo bajar lentamente por la montaña hacia la barcaza. Una piedra rebotó detrás de él en el pedregal, y quizá fuese un accidente y no una piedra de honda destinada a descabalgarle.

* * *

—Efnís, esto no va a funcionar. No pongo en cuestión el valor de Braint ni la disposición a la lucha de los guerreros de Mona, simplemente, me limito a hacer números. Suetonio Paulino fue nombrado gobernador precisamente porque sabe mucho de guerra en las montañas. Se le dijo que debía asegurar el oeste o morir en el intento, y no tiene la menor intención de morir. Cuenta con dos legiones y toda su caballería: unos mil trescientos hombres, y cada uno de ellos daría su propia vida para salvar la piel de su gobernador. Vosotros tenéis poco menos de cuatro mil guerreros, seis, si todos los soñadores y niños de más de cinco años empuñan un arma. En el mes pasado, las incursiones de Braint han matado a cincuenta y tres auxiliares, contra la pérdida de seis guerreros. Y eso está muy bien. Es muy loable. Es un mérito enorme, que demuestra el valor de vuestra Guerrera y de aquellos a quienes conduce. Pero no basta.

—¿Te he pedido tu opinión acaso?

Excepcionalmente, Efnís estaba solo en la casa grande de Mona, de pie, semidesnudo y metido hasta la cintura en el hueco de un fuego, cavando en las cenizas de invierno. Luain macCalma había embarcado de nuevo hacia Hibernia, o quizás hacia la Galia, nadie lo sabía. En su ausencia, Efnís era el Anciano. Su palabra era ley en Mona, y en todas las tierras donde los soñadores todavía ejercían su influencia. Que se ocupara él mismo personalmente de limpiar los desechos del invierno decía más de él de lo que él mismo creía.

Sin que se lo pidieran, Valerio se quitó la túnica y saltó al hueco. Tomó un tronco de espino carbonizado y lo echó a un lado.

Como no le invitaron expresamente a irse, dijo:

—Nunca me has pedido mi opinión. Pero Luain macCalma quiere que esté en Mona, y por eso estoy en Mona. Si voy a quedarme aquí, preferiría no morir en una

batalla inútil contra hombres a quienes yo dirigí en tiempos.

—¿Acaso te preocupas todavía por ellos? —Efnís no escupió pero podía haberlo hecho.

Valerio hizo una pausa momentánea, con las palmas de las manos llenas de ceniza. Aunque la luz era escasa, su rostro se mostraba inusualmente inexpresivo. Dijo:

—Pues claro que me preocupo por ellos. Eran buena gente. Pero es que además sé cómo los han entrenado, y lo que son capaces de hacer, y sé que, por muy grande que sea el valor de los guerreros de Braint, por muy profundo que construyáis vuestro sueño, no podéis detener a mil quinientos hombres bien entrenados de la infantería, y evitar que arrasen Mona y maten a todo ser vivo que encuentren. Si lo intentáis solo para demostrar que estoy equivocado, la muerte de vuestro pueblo pesará en vuestra conciencia. Sus fantasmas esperarán a los vuestros cuando los inquisidores finalmente os dejen morir.

Era la primera vez que había hablado con una sinceridad semejante. Efnís se volvió a mirarle. Sus ojos examinaron las cicatrices, nuevas y viejas, del cuerpo del otro, como si pronunciasen una verdad que sus palabras no conseguían transmitir.

—¿Y qué harías tú? —preguntó.

En el espacio de los dioses que había en el corazón de Valerio se encontraba la imagen que había descansado allí desde que Longino pronunció sus palabras traidoras: soñadores y niños en un mar tranquilo. Se lo había dicho a Luain macCalma, y le había rogado que actuase rápido, pero, por el contrario, el Anciano se había embarcado a mediados del invierno, cuando ningún hombre en su sano juicio se embarca, y no había vuelto aún a casa. Al parecer, no había querido compartir la visión con Efnís antes de partir.

Valerio dijo:

—Yo tomaría, robaría o pediría prestado todo barco que pudiera llevar a más de cinco personas y empezaría a evacuar toda la población de Mona a Hibernia.

—¿Cómo? —la risa de Efnís se perdió en el vasto espacio de la casa grande—. No seas ridículo. ¿Dónde podemos albergar en Hibernia a seis mil personas? ¿Con qué se supone que les alimentaremos? ¿Dónde dormirán?

Estaban de pie cada uno en un extremo de la trinchera, con un montón de cenizas blancas entre los dos. Valerio se inclinó hacia atrás y se sacudió las partículas de las manos.

—¿Con qué las alimentarás y dónde dormirán cuando las legiones hayan arrasado Mona hasta los cimientos? Empieza a convocar barcos mercantes de Hibernia; ellos os deben su medio de vida, y vendrán si se lo pides. Podéis llevaros las semillas, el ganado y las ovejas preñadas que teníais aquí. Hibernia tiene mucha tierra libre, y puede producir más grano del que podáis comer vosotros. También os llevaréis todo el consejo de ancianos de Mona, con sus dos mil soñadores, curanderos y cantores, y todos los guerreros entrenados que sobrevivan. Por eso los hibernios os darán la

bienvenida como hermanos y hermanas.

—¿Y la casa grande? Está en pie desde antes de los tiempos de los antepasados. Si nos vamos, será destruida.

—Y se podrá reconstruir una vez Roma se haya ido.

Valerio hablaba del mayor sacrilegio en el lugar más sagrado, y los dioses sin embargo no le fulminaron. Efnís le miró y abrió la boca y la volvió a cerrar de nuevo.

Suavemente, Valerio dijo:

—Efnís… piensa. Luain macCalma no está, y debes proteger a tu gente. Paulino está concentrando un ejército en tierra que es casi tan grande como el que invadió Britania hace casi veinte años. Cuando hayan tomado las montañas de occidente, enviarán todas las embarcaciones que puedan para que atraviesen los estrechos. No tienes tiempo.

Saliendo del hueco, Valerio dio un rodeo hacia el lado de Efnís. La pared que había detrás estaba llena de grabados de otros tiempos. El más reciente era el suyo, la silueta de un perro con la madera todavía blanca en los huecos. Su perro raramente aparecía con plenitud en Mona; el grabado portaba su esencia, de modo que sus manos se sentían más vivas si lo tocaba. Abandonarlo, saber que ardería en la conflagración con las legiones, le dolía mucho más de lo que quería imaginar.

Efnís se hallaba todavía en la trinchera, con su cabeza más baja que la de un niño. Agachándose, de modo que sus ojos quedasen a su mismo nivel y sus almas pudiesen encontrarse cara a cara, Valerio dijo con amabilidad:

—Son los ancianos quienes hacen la casa grande, no la madera, ni el tejado, ni siquiera los grabados en las vigas del techo. Yo puedo tallar otro perro. No puedo enseñar las tradiciones de Mona a una nueva generación de soñadores de Mona, porque no las conozco. Si tú mueres, y la casa grande sigue todavía en pie, ¿te darán las gracias los dioses por ello, tú crees?

Habían sido amigos en tiempos, hacía mucho tiempo, cuando los icenos eran todo su mundo y Roma no era más que un nombre para asustar a los niños. Más allá del veneno de la traición y la venganza, un hilo les seguía uniendo, algo que permitía a Valerio leer en los ojos de Efnís el momento en que lo imposible no solo se hacía posible, sino inevitable.

A Efnís le costó mucho reconocerlo, y mucho más aún decirlo en voz alta. Cuando lo hizo fue con la desesperación de alguien que está arrinconado y que sin embargo aún conserva la capacidad de herir.

—Braint nunca aceptará retirar los guerreros —dijo, al final—. Morirá defendiendo Mona y aquellos que sigan su voluntad permanecerán con su cuerpo hasta que el último de ellos sea abatido. Habrían hecho lo mismo por tu hermana. Y todavía lo harán, si la Boudica vuelve alguna vez para tomar de nuevo su lugar entre ellos.

XXX

—Braint se ha ido. Su caballo volvió sin ella. Hemos buscado su cuerpo toda la mañana y no lo hemos encontrado.

La noticia la trajo el hondero que había dirigido la emboscada que había contemplado Valerio. Un joven siluro muy franco, de anchos hombros, que apenas parecía lo bastante mayor para levantar una lanza, y que sin embargo ostentaba las cicatrices de cinco años de lucha. Estaba de pie en el espigón, con la cuerda de la barcaza todavía en la mano, y solo los dientes que se mordían con fuerza el labio inferior evitaban que se echase a llorar.

Había pasado medio mes desde el ataque matutino contra los jinetes de la caballería romana, y la conversación de Valerio con Efnís que siguió. En aquel tiempo la tranquila vida de Mona se había desintegrado hasta formar un caos apenas ordenado.

Luain macCalma había vuelto de Hibernia trayendo con él una flotilla pequeña de barcos de pesca, como si la evacuación sugerida por Valerio hubiese sido planeada con todo detalle desde el otoño. El proceso de trasladar a familias enteras con todos sus bienes, caballos, ovejas y ganado agotó las capacidades organizativas de los ancianos más allá de toda cordura, pero un tercio de la población había hecho ya la travesía y los hibernios les daban la bienvenida, y los barcos iban navegando dos veces al día cargados hasta arriba para poner a salvo al resto tan rápido como el viento y el agua se lo permitiesen.

No había garantía alguna de que lo consiguieran a tiempo. La primavera había llegado temprano en el oeste, traída por un viento cálido que soplaba hacia el mar y que había barrido la nieve de todas partes excepto los picos más elevados. A lo largo de los estrechos que conducían a tierra, los meticulosos preparativos de Suetonio Paulino, quinto gobernador de Britania por la gracia de Nerón, estaban llegando a su punto culminante, contemplados con creciente ansiedad por los exploradores.

Más recientemente, dos alas de la caballería auxiliar habían acampado más cerca de los estrechos de lo que nadie se había atrevido antes. Los espías informaban de que sus órdenes eran purgar los pasos de montaña de todos los guerreros de Mona, y matarlos. En principio, al menos, lo estaban consiguiendo.

Luain macCalma cogió una piedra de la costa y la envió dando saltos por encima del agua revuelta del estrecho. Rebotó cinco veces y se hundió. Si los dioses hablaron con ese movimiento, solo él podía saberlo. Sonriendo, se volvió hacia su izquierda.

—¿Valerio? ¿Qué harán con ella?

—Llevarla a los inquisidores de la fortaleza, a menos que tengan otras órdenes.

Valerio miró por encima del agua y pasó sus dedos por el espeso pelaje de su perro. El animal había vuelto cuando los primeros barcos empezaron a salir hacia Hibernia, como si se le requiriera que fuese testigo de la partida del pueblo de Mona. Fuera cual fuese el motivo de su regreso, Valerio lo había celebrado como lo habría hecho con *Granizo*, y se había regodeado un tiempo en su compañía, como amigo entre los poco amistosos. Aun así, también había traído consigo una sensación premonitoria de la que no podía librarse.

Caminando con el animal abiertamente a sus talones mientras las evacuaciones progresaban, se había ido sintiendo cada vez más hueco, como solía ocurrirle en los días anteriores a la batalla. A causa de ello, había ido vigilando el estrecho para observar el regreso de Braint a casa, y por lo tanto, fue el primero en ver a los guerreros que bajaban corriendo por la ladera hacia la barcaza, y también el primero en ver que el caballo de Braint iba con ellos, pero sin jinete. Lo que más le sorprendió fue lo mucho que le importaba.

El mar se ondulaba bajo la brisa. La barcaza se balanceaba en su amarradero, bien sujeta por Sorcha, la mujer que la llevaba, y que había visto a demasiados guerreros que salían y no volvían jamás para sentirse conmovida entonces. Una oleada de náuseas invadió la garganta de Valerio, y no era solo mareo prematuro. A lo largo del invierno, mientras su cuerpo se curaba, macCalma le había enseñado a Valerio cómo oír mejor los muchos susurros de Nemain. Ahora percibía su contacto en la proximidad del perro y la tranquilidad del día, pero, fue la súbita presencia de Mitra en su mente lo que le trajo las náuseas.

Al joven hondero siluro le dijo:

—¿Cómo la capturaron, me lo puedes contar exactamente?

El chico empezó a hablar de buen grado, como si al contarlo en voz alta pudiera rehacer el pasado.

—Un ala de la caballería estaba acampada en la cabeza del largo paso hacia el otro lado de la montaña, allí… —su brazo señaló hacia la parte posterior de los picos más altos, escondidos entre la niebla matutina—. Estábamos soltando los caballos, como hacemos siempre, y Braint estaba en la ladera. Ella no dio la señal para la emboscada, de modo que no atacamos. En cualquier caso, los caballos que soltamos no eran los mejores de la caballería. Estos los tenían escondidos en sus tiendas y los montaron en cuanto oyeron que los otros salían al galope. Aunque Braint nos hubiese dado la señal, no habríamos atacado: avanzaron demasiado rápido hacia nuestra posición. Entonces ella no vino a reunirse con nosotros en los espinos, tal como habíamos quedado, y cuando fuimos a buscarla, su caballo estaba allí, pero ella había desaparecido.

El chico se retorcía las manos y las miraba. Dijo:

—Aún no la han llevado a ningún sitio. Se fueron cabalgando directamente al campamento. Limarno está vigilando. Hará fuego en los espinos como señal, si se van y si ella va con ellos.

Un fuego de aviso podía ser visto igualmente por ambas partes, y su significado podía ser igual de obvio. Como si él fuese el oficial al mando, y el chico un nuevo recluta que necesita un poco de estímulo, Valerio le dijo:

—Bien hecho. ¿De qué compañía eran los auxiliares? ¿Viste algún estandarte?

El muchacho era demasiado joven para conocer los detalles de la traición de Valerio. Frunció el ceño, pensó un momento, y dijo:

—Eran tracios. El líder cabalgaba bajo el estandarte del toro, como la marca de los antepasados, pero pintado de rojo sobre un campo gris, el color de Mona.

—Gracias —la marca fue en tiempos de Valerio, y Longino la había conservado. El perro de guerra presionaba contra el muslo de Valerio y él le puso la mano en la cabeza buscando consuelo.

Antes de que el dolor del silencio que siguió creciera demasiado, macCalma dijo, lentamente:

—Fueron entrenados por los mejores para ser los mejores, y por eso Paulino los está usando ahora. ¿Interrogarán ellos mismos a Braint?

Valerio levantó la vista hasta los altos picos del extremo más alejado del estrecho. Al cabo de un rato dijo:

—No, a menos que hayan cambiado de tal modo que no los reconozca. Longino nunca ejercería violencia sobre una mujer, excepto si le ataca en el combate. En circunstancias normales, la llevarían de vuelta a la fortaleza para que la interrogasen los inquisidores. Si no lo han hecho aún es porque tienen órdenes de dejarla ahí, para que nosotros podamos intentar un rescate.

—Bien. Esperaba que fuese ese el caso. Gracias.

Una segunda piedra resbaló por encima del agua. Rebotó nueve veces y el surtidor que levantó su último vuelo siguió moviéndose después de que se hundiera. Luain macCalma, Anciano de Mona, contempló los caballos blancos de Manannan cerrarse encima del lugar donde antes estaba la piedra.

Metiendo las manos entre los pliegues de su manto, se volvió y se apartó del agua. Sus ojos buscaron los de Valerio y se clavaron en ellos, y él fue Nemain y Mitra juntos, y algo mucho más profundo que los dos aún, y con más dolor.

Dijo:

—Parece que gozamos de un momento de gracia, un regalo de los dioses, durante el cual podemos actuar. El gobernador no debe averiguar lo de la evacuación de nuestro pueblo a Hibernia. Sería mejor si nos pudiesen devolver a Braint sana y salva, pero si no es posible, lo mejor para ella y para nosotros es que no llegue nunca a la fortaleza de la Vigésima con vida. Valerio, ¿te llevarás los guerreros que necesites y te ocuparás de ello?

* * *

La elección del Guerrero de Mona era un proceso largo y tradicionalmente supervisado por el consejo de ancianos en pleno. Aquella posición no se otorgó por capricho a un hombre que había traicionado, asesinado y entregado al interrogatorio a más guerreros y soñadores de los que él o cualquier otra persona podía contar.

Sin embargo, Luain macCalma era el legítimo Anciano de Mona, y su palabra era la ley. Si él decidía otorgar el liderazgo de los guerreros a un hombre que en tiempos dirigió la caballería enemiga, si decidía convertir a ese hombre, en efecto, en Guerrero Suplente sin consulta o explicación alguna, ningún otro podía reprochárselo. Eso no significaba que los lanceros, guerreros y honderos de Mona tuviesen que depositar en un hombre semejante su confianza o su aprecio. Solo la esperanza de recuperar a Braint con vida les llevó a aceptar el liderazgo de Valerio, y esa esperanza estaba lejos de ser firme.

La mañana transcurrió entre frenéticos planes, y Valerio averiguó que conocía a muchos más guerreros por nombre y aptitudes de lo que él mismo imaginaba. Y lo más importante: estaba empezando a saber quién le seguiría de mala gana, pero bien, y quién intentaría matarle por su propia mano a la menor oportunidad. El perro caminaba a su lado mientras él iba corriendo de la casa grande a las armerías y de nuevo de vuelta. Los guerreros que lo aceptaban, según averiguó, eran aquellos en los que más podía confiar. Los pocos que hacían la señal de protección contra el mal de ojo eran los más peligrosos.

Justo después de mediodía convocó una reunión en la casa grande y reunió a los capitanes de los grupos de escudo, de modo que todos los guerreros estuviesen representados, aunque el lugar no pudiese albergarlos a todos. Hizo que las bisagras de la puerta fuesen sujetas hacia atrás, y que se levantasen las ramas que cubrían las paredes. La luz lo inundó todo, más brillante que el mismo fuego.

Podría haber caminado entre ellos; Breaca, con toda certeza, lo habría hecho. Valerio, el antiguo oficial auxiliar, decidió ponerse de pie en un tocón de roble nivelado, de modo que su cabeza y hombros sobresalían por encima de los demás y así le veían desde atrás. Llevaba una cota de malla y un antiguo manto de la caballería, robado en tiempos de Caradoc, y usado en las emboscadas, y su estandarte colgaba detrás de él en la pared. Había pintado en él la marca del perro de guerra en la tela, con rojo de sangre sin coagular sobre un fondo gris, y lo había colgado luego entre dos ramitas de sauce, de modo que se pudiera ver desde todos los puntos de la casa grande.

Si la forma hubiese sido algo distinta, habría hecho juego exactamente con el toro rojo de la caballería tracia bajo el cual una vez Valerio luchó por Roma. Cuando subió a su estrado, se encontró con un silencio tan pesado que el aire parecía ponzoñoso. Ningún guerrero presente dudaba de quién había sido él; no esperaban, sin embargo, que se deleitase en ello.

Valerio se había dirigido a las tropas antes de entablar combates mucho mayores que aquél; sabía cómo conmoverles, por mucho que le odiasen. Arrojando su voz a los

bordes exteriores de la reunión, dijo:

—Ya sabéis quién he sido. Sabéis también lo que ha hecho conmigo el Anciano. He jurado lealtad a él exactamente igual que vosotros; no tenemos elección. Hasta que vuelva Braint a recuperar su lugar como Guerrera (y lo deseo tanto como vosotros) estáis ligados por vuestro juramento a seguirme.

Todo eso ya lo sabían. Valerio vio cómo reaccionaban y revisó de nuevo sus ideas sobre aquellos en quienes podía confiar.

Dijo luego:

—Han capturado a Braint y quizá no podamos encontrarla viva en la fortaleza de la Vigésima. La traeremos de vuelta o la dejaremos muerta. Ésas son las únicas opciones que tenemos.

Quizá lo sabían ya, pero no querían oírselo decir a él. Si las intenciones hubieran podido matar, Valerio habría caído muerto en aquel momento.

Pero no fue así, de modo que continuó hablando.

—El ala de caballería no está acampada en el largo paso por casualidad. Es una trampa, y solo ha saltado la mitad de ella. Ellos fueron el anzuelo para capturar a Braint, y ella es el anzuelo para una recompensa mayor…, o sea, vosotros. El gobernador conoce muy bien el valor y el honor de las lanzas juramentadas de Mona, y lo que quiere es destruiros, para poder tomar la isla con total seguridad.

Valerio les halagaba y ellos le odiaban aún más por ello. Dijo:

—Por lo tanto, nos esperarán…, pero quizá no sean ellos solos. Y quizás sea ésa la mayor trampa de todas. Debemos considerar que éste puede ser solo el principio del asalto final a Mona: que el gobernador quizá quiera atraer a la masa principal de nuestros guerreros hacia un solo lugar, permitiendo así a las legiones marchar sobre Mona sin oposición alguna. No tengo intención alguna de dejar que tal cosa ocurra.

Uno o dos de los que escuchaban habían pensado ya en aquello, pero la mayoría no. Valerio notó que cambiaba la calidad del aire. El perro se acercó a su lado y muchos más que antes detectaron su presencia.

Valerio se puso las manos a la espalda. Como el César dirigiéndose a sus tropas, dijo:

—Hay tres caminos muy claros ante nosotros: primero, podemos traer de nuevo a Braint viva, que es lo mejor que podemos esperar. Si eso no puede ser, entonces, como segunda opción, podemos matarla y procurar que muera con limpieza, y eso no sería bueno, pero al menos no sería lo peor que pudiera ocurrir. O, en tercer lugar, podemos abandonarla y dedicar nuestras vidas a la defensa de esta isla y todo lo que contiene, permitiendo que continúe la evacuación hasta que se haya completado o caiga el último de nosotros; lo que ocurra primero.

Estas declaraciones quedaron envueltas no en un escándalo (tal cosa jamás podía ocurrir en la casa grande de Mona) pero sí en tales exhalaciones de angustia que sus últimas palabras quedaron tan ahogadas como si le hubiesen gritado a voz en cuello.

Cuando el espacio quedó tranquilo, él volvió a hablar, dejando caer su voz de

modo que tuvieron que esforzarse por oírle, y los últimos que susurraban fueron obligados a callar.

—Existe una cuarta posibilidad: que dividamos los guerreros de Mona, y que la mayor parte de vosotros os quedéis aquí, defendiendo el estrecho contra las legiones. Si hacemos eso, entonces una pequeña partida de seiscientos guerreros podría cabalgar conmigo hacia el valle donde tienen a Braint, ofreciendo plena batalla a la caballería. Con vuestra ayuda, ésta precisamente es la opción que me propongo llevar a cabo.

Ahora ya los tenía, como la liebre tiene al perro, concentrados plenamente, sin posible distracción. La calidad de su tiempo bajo su mando. Ellos le odiaron por ello también, pero no fueron capaces de encontrar fallo alguno en todo aquello. Al final, les dirigió fuera y clavó su estandarte en el suelo, haciendo una marca en la tierra al nordeste de su sombra.

—Es poco después del mediodía. Nos reuniremos cuando la sombra dé a esta marca. Haced los preparativos que necesitéis, despedíos de vuestra gente. No voy a despilfarrar vuestras vidas, ni tampoco os voy a dar ninguna oportunidad de convertiros en héroes. Los auxiliares nos superarán en número por un centenar de caballos, cosa que significa que no debemos fallar, pero aun así algunos de vosotros moriréis, y algunos caeréis, y por lo tanto moriréis también. Que quede claro: no pienso organizar ninguna segunda misión de rescate. No dejaremos a nadie vivo en el campo de batalla cuando nos retiremos, a nadie. No quiero que los detalles de la evacuación de Mona pasen a los inquisidores de Roma. Si no podemos traernos de vuelta a alguien, se desangrará en el suelo de la montaña.

Miró a su alrededor. Nadie se movió.

—Bien. Los que no estén aquí al reunirse las sombras, se quedarán atrás. Si veis que, después de todo, no tenéis estómago para ir bajo mi mando, podéis quedaros con Tethis. Al resto os veré en breve.

* * *

Tres guerreros de seiscientos decidieron quedarse con Tethis y tomar parte en la defensa de Mona. El resto cruzó los estrechos hacia la tierra firme con Valerio. Montados en la orilla más alejada, los combatientes se alineaban tras él en orden y mantenían a la vista su estandarte con el perro de guerra, pero carecían del orden y la disciplina de la caballería romana, y Valerio echó de menos las perfectas comunicaciones en el campo de batalla de su pasado.

La yegua zaina que montaba era una de las mejores que tenía, por lo cual se sentía muy agradecido. Antigua montura de la caballería, robada en una incursión temprana, estiró el lomo y acudió fácilmente a su mano, y aguzó las orejas hacia el

humo, del campamento, en la distancia. Tenía el gusto de la velocidad y el amor de la batalla, y a Valerio le gustaba por eso. Le canturreó un poco y le rascó el cuello para animarla, y la empujó hacia delante, hacia el primer desnivel auténtico de la montaña. La tarde se dirigía hacia la noche bostezando, cálida para aquel momento del año. La niebla de la mañana se había levantado ya. El brezo, aunque no florecido todavía, cubría la ladera empinada. Bajo una determinada línea se abrían los helechos, ya dispuestos para la primavera. Una alondra volaba alto por encima del pico sembrado de rocas de la montaña, cantando en el silencio expectante.

El silencio expectante…

Valerio detuvo a la yegua y levantó la mano. El joven hondero siluro que había traído la primera noticia de la captura de Braint cabalgaba a su mano derecha, portando el estandarte.

Valerio dijo:

—Aquí dividimos nuestras fuerzas. ¿Recuerdas la señal?

—Por supuesto —el chico se llamaba Huw. Tenía un parentesco distante con Caradoc por parte de madre, y estaba fieramente orgulloso de ello.

La señal era sencilla; un joven no podía aprender el complejo sistema de señales de la caballería romana en una sola mañana. Huw ondeó el estandarte una sola vez en dirección al sol. El gris de su fondo se mezcló con el gris del cielo, de modo que el perro de guerra dio la vuelta y bailoteó como si estuviese vivo.

Al verlo, el grupo de Valerio se dividió en dos partes, y la mayor de ellas avanzó bajo el mando de un guerrero de los durotriges con el cabello como un tejón, cargado de plumas de muerte y de cicatrices de guerra. Iniciando el trote, pasaron junto al pie de la montaña, en una línea que les llevaría, curvándose, hasta la boca del valle.

Treinta guerreros se quedaron con Valerio. Al menos en parte hicieron un esfuerzo por ocultarse.

—¿Nos han visto?

Fuera cual fuese su linaje, Huw era un joven ansioso, y que intentaba ocultarlo. Las muchas habilidades con las que contaba eran adecuadas para la emboscada, no para la guerra abierta.

La atención de Valerio se concentró en su perro, que se encontraba un poco por delante. Contemplándolo todavía, dijo:

—Por supuesto. Se supone que debe ser así. Si tenemos suerte, me habrán reconocido. Si tenemos suerte doblemente, un hombre que yo conocía dirigirá todavía la Ala Prima Thracum. Y si tenemos una suerte que va más allá de todo lo imaginable, recordará una táctica que usé una vez para rescatar a un portaestandarte que había sido hecho prisionero por los siluros, en las montañas del sur.

—¿Y si lo recuerda…?

—Entonces es posible que crea que yo lo voy a usar aquí por segunda vez. En cuyo caso, sabremos adonde piensa dirigir sus hombres. O bien puede ser más astuto todavía, en cuyo caso, nos encaminamos directamente a nuestra muerte. ¿Quieres

volver atrás?

—¡No! —el joven se puso rojo como la grana—. Nunca retrocederé.

—A menos que te lo ordene yo, cosa que puedo hacer perfectamente… —Valerio entrecerró los ojos, para escudarlos del sol desvaído—. ¿Crees que hay una señal de fuego allá arriba en la colina o es solo la niebla de la tarde, que llega un poco temprano?

* * *

Era una señal de fuego, vista igualmente por ambas partes pero, con un poco de suerte, no interpretada de la misma manera.

El valle en el cual custodiaban a Braint tenía forma de flecha, con la punta hacia el norte. Allí, dos riscos montañosos muy empinados se unían hasta formar el extremo ciego de una punta de flecha. En su extremo sur, la boca era lo suficientemente ancha para que cupiesen un centenar de hombres a caballo caminando en línea, con un largo de lanza entre cada uno.

En medio, la tierra era plana, como si un río la hubiese desgastado en alguna ocasión, y casi despojada del todo de rocas, de modo que los jinetes podían galopar con intensidad sin miedo por la seguridad de sus monturas. Longino había escogido bien aquella ubicación y había acampado en la zona abierta, adonde no podía llegar ningún soldado sin ser visto. A lo largo de la mañana, los exploradores de Mona habían informado de que las tiendas de los auxiliares estaban apiñadas en un grupito a un tercio de distancia del camino desde el extremo más ancho, el del sur, tal como había ocurrido cuando capturaron a Braint. Entre otras cosas, la señal de fuego confirmaba que todavía estaban allí.

Valerio apremió a su yegua para que subiera colina arriba hacia el extremo norte del valle. Su banda de treinta jinetes le seguía en fila india, dejando un hueco entre morro y cola. Desde delante, para los que esperaban ver algo parecido, podían asemejarse a una patrulla de la caballería, que cabalgaba en orden de columna, haciendo todos los esfuerzos posibles para no ser vistos.

Un desprendimiento de piedras bloqueaba el camino. Valerio se detuvo a su abrigo, sin ver la cima de la montaña ni ser visto desde allí.

Huw estaba a su lado, pálido y muy quieto. La honda colgaba de su mano como un apéndice olvidado. Su bolsa de guijarros abultaba.

Valerio dijo:

—Braint ha sido vista con vida; el humo habría sido negro si hubiese estado muerta. De modo que debemos seguir tal y como habíamos planeado. Huw, dame el estandarte a mí y tu caballo a Nydd.

Nydd era de los ordovicos y algunos años mayor que Huw, pero su cabello era del

mismo color negro de las montañas altas, y también igual de espeso, y su túnica, intencionadamente, mostraba el mismo distintivo verde en hombros y dobladillo.

El caballo que cambió de manos era un llamativo gris con manchitas negras; con mucho, el más notorio para los jinetes de la caballería, que valoraban los caballos por encima del oro o las mujeres. Criado por los icenos, portaba una marca en el hombro del lado externo con la imagen de la serpiente-lanza. Si Longino todavía contaba con los servicios del explorador batavo que sabía leer las insignias de batalla en un estandarte legionario a mil pasos, sabría que los guerreros que cabalgaban con el estandarte de Valerio iban montados en los mejores caballos que podía proporcionar Mona. Si recordaba algo, recordaría el motivo de que fuese así.

—Huw, ¿recuerdas las señales y cómo obrar en consecuencia?

—Por supuesto.

—¿Qué harás si la caballería enemiga te ataca antes de que hayamos liberado a Braint?

—Volveré aquí corriendo, cogeré el caballo suelto y huiré. Bajo ninguna circunstancia debo permitir que me capturen, puesto que tú no quieres tener que hacer esto mañana otra vez por un hondero cuyo valor excede a su discreción —era buen imitador; parecía casi el mismo Valerio. La ira y el orgullo herido habían devuelto el color a sus mejillas, y parecía menos enfermo.

Valerio sonrió.

—Muy bien. La vida de Braint depende de ti. Confío en que puedas hacerlo.

Los siluros eran renombrados por su pericia como rastreadores y cazadores. Huw apretó la mandíbula y envolvió con mayor cuidado aún las tiras de su honda en torno a la muñeca.

—Sé lo que hiciste y quién eres —dijo—. Y estoy haciendo esto por Braint. No le fallaré.

El chico se convirtió en una mancha verde y marrón entre el brezo y luego desapareció. Una breve y sudorosa espera después, una piedrecilla pequeña, menor de la que habría desplazado un cuervo al posarse, chocó contra las piedras por encima de la cabeza de Valerio para demostrar que estaba en su lugar y que al menos había recordado la primera de sus órdenes.

Nydd tomó el estandarte. A él, Valerio le dijo:

—Mantente a mi lado, cabalga por donde yo vaya. Si nos atacan, yo te defenderé. Si el perro de guerra cae, no tendremos forma alguna de avisar a Huw, y morirá. Si muere, Braint morirá a manos de los inquisidores en la fortaleza. ¿Lo comprendes?

Nydd era mayor que Huw y había peleado en más batallas. No se sonrojó.

—He matado a bastantes portaestandartes romanos. Sé lo que ocurre cuando caen.

—Muy bien. Vamos.

Valerio dirigió su columna fuera del abrigo de la roca, y notó que los ojos le vigilaban con mucha más intensidad que antes. Había satisfacción en su contacto,

teñida con una leve decepción por verle repetir las antiguas maniobras; Longino esperaba algo más de él.

Treparon empinadamente por el norte a lo largo de un camino de cabras demasiado estrecho para cualquier jinete en su sano juicio. En un momento dado, cuando los helechos dejaron de crecer, desmontaron y condujeron los caballos por encima de unas rocas que ni siquiera las cabras se atrevían a franquear. Dos de los siluros mayores habían vivido en aquellas montañas de niños, y los recuerdos de sus hazañas de juventud eran los cimientos del plan de Valerio. Su alivio al ver que sus recuerdos eran fiables le duró más que el penoso trepar montaña arriba.

Alcanzaron la cumbre, donde los dos riscos se encontraban en la punta del valle, y, por primera vez, miraron abajo, a la llanura abierta que se extendía bajo su mirada. El camino que bajaba era tan poco atrayente como el que subía, y los precipicios a ambos lados eran cortantes y terroríficos.

Cuando los treinta guerreros se hubieron unido a él y volvieron a montar, Valerio dijo:

—Nydd, deja que el estandarte caiga hacia el este, y luego levántalo de nuevo. Que parezca que se te ha caído y luego lo has recogido.

El portaestandarte hizo lo que se le pedía muy bien. Durante el espacio de diez respiraciones, hubo tranquilidad. Los caballos se movían un poco bajo sus jinetes, buscando un mejor apoyo. Un cuervo voló en círculo y aterrizó en un roble atrofiado y tumbado por el viento. El perro de guerra de Valerio se quejó un poco y olfateó el aire. Luego un caballo relinchó, no uno de Mona, y desde la paz exterior llegó, brevemente, el caos, y luego un pandemónium.

En el extremo más al sur del paso, casi seiscientos guerreros avanzaban en línea hacia la boca del valle. Como Longino había recordado la estrategia del pasado, un ala entera de quinientos tracios de la caballería les esperaban. El estrépito cuando se enzarzaron llegó más allá de los estrechos de Mona.

En la alta montaña, por encima de la carnicería, pero no fuera del alcance del ruido, Valerio levantó la mano. Esperó un momento, ofreciendo plegarias a ambos dioses que ocupaban su corazón, y luego la bajó de golpe.

—Vamos.

Por encima de todo, los guerreros de Mona sabían cabalgar. Sus caballos eran los más seguros del mundo entero, y vivían para la guerra. Si la necesidad lo exigía, podían galopar montaña abajo y no romperse una pata. La yegua zaina de la caballería de Valerio decían que era de Iberia, y en realidad era tan buena como si lo fuese. La hizo bajar por la ladera y, durante un rato, no pudo hacer otra cosa que concentrarse en la vertiginosa inclinación del sendero y la necesidad de correr y la improbabilidad de llegar vivo al fondo del valle. Cuanto más se acercaban al pie de la montaña, menos piedras bloqueaban su camino y más rápido podían ir, hasta que los treinta cabalgaron en línea a lo largo del fondo del valle, muy por detrás de las líneas de batalla, y los caballos corrieron llenos de alegría.

Valerio azuzó a su yegua hasta que su crin le golpeaba en el rostro y los ojos le lloraban por el viento salvaje de su carrera. Su corazón marcaba el ritmo del galope, rebosando euforia, y gritaba, animándola, recordándole a la yegua la grandeza de sus antepasados y los potros que algún día engendraría. Una vez, de niño, había soñado con aquello o con algo muy semejante, y el júbilo le llenaba cada vez. Por muy hastiado, muy borracho, muy agobiado o abrumado por la responsabilidad que estuviera, mientras duraba la galopada de cada batalla, Valerio de los icenos era libre y el mundo estaba en guerra sin él.

Las tiendas de la caballería se encontraban delante, cinco líneas, con las tiendas de los oficiales más cercanas a la boca del valle. Los exploradores creían que Braint estaba en una de ellas, pero nadie había visto en cuál.

Valerio desmontó antes de que su yegua dejase de correr. Ya llevaba la espada desnuda en la mano.

Los guerreros corrieron a unirse a él, dispuestos a matar a los guardias. No había ninguno; Longino raramente desperdiciaba la vida de sus hombres. Valerio cortó con su cuchillo la mayor de las tiendas de los oficiales, formando un triángulo de tela blanca y echándolo hacia el interior para poder entrar. El interior no estaba iluminado y pasó de la luz del día a la oscuridad. No había guardias allí tampoco, cosa que le sorprendió.

Una figura yacía echada boca abajo en el extremo más alejado, encadenada por la muñeca y el tobillo con unas argollas fijas a un tronco de roble demasiado pesado para que lo levantasen dos hombres.

—¿Braint?

Valerio como hacía ella y se arrodilló. Ella volvió la cabeza, muy tiesa. No la habían golpeado como a él, pero se les había resistido y alguien había usado la hoja plana de la espada para darle en el rostro; el feroz corte le atravesaba la cara y le dejaría una cicatriz de por vida, si es que vivía lo suficiente para que se le curase. Después, la habían golpeado hasta dejarla inconsciente. Una enorme contusión se iba poniendo roja a un lado de su sien, cerrándole el ojo izquierdo.

Sin pensar, Valerio fue a tocarla. Ella se estremeció y se apartó de su contacto. Su ojo abierto le examinó, lleno de desdén.

—¡Tú! Pensaba que vendría Tethis. Me alegro de que haya tenido más sentido común. Es una trampa, ¿no lo sabías?

Valerio asintió alegremente. Allí, en el corazón de la acción, se sentía libre y podía soportar el aguijón de su odio.

—Por supuesto. Me sentiría muy desilusionado si no fuera así. Longino siempre ha sido el más listo de la caballería.

Miró hacia arriba. Un herrero de los cornovios le había seguido con un martillo y un cincel templado, con la punta bien endurecida en un fuego de carbón. Valerio le dijo:

—Corta la abrazadera a lo largo. Las esposas costarían demasiado.

Cualquier tiempo era demasiado, y la espera una tortura. El sonido del martillo resonó por encima de la agitación lejana que procedía de la boca del valle… y luego de pronto cambió. El herrero gruñó, satisfecho.

—Ya está.

Era un hombre muy robusto. Levantó a Braint como si fuese una niña. Las cadenas tintineaban a su alrededor, ligando todavía sus muñecas y sus tobillos. Ella retorció la cabeza para mirar atrás.

—Valerio, no puedes… —Nunca en la historia de Mona la Guerrera había sido rescatada con vida de un campo de batalla. Mejor morir que verse deshonrada de tal modo.

Valerio dijo:

—No hay tiempo para soltarte. Puedes salir a por el caballo. Nydd te pondrá a salvo. Aunque tengas que ir a Mona así, al menos todavía estás viva.

Nydd estaba fuera, sujetando las riendas de la yegua zaina de la caballería, junto con su caballo gris. Esos dos eran los mejores caballos de Mona; resistentes, rápidos y capaces de cuidar bien a su jinete. Sin ceremonia, el herrero echó a Braint a través de la silla del zaino.

Valerio dijo:

—Sujeta fuerte la correa de la cincha, si tienes que hacerlo. Será un galope muy rápido.

Braint le escupió.

—Si muero así, incapaz de luchar, te esperaré toda la eternidad en las tierras de los muertos.

—No estarás sola.

Valerio levantó la mano y dio una palmada en la grupa del zaino… y se detuvo, cuando el reflejo del sol en una armadura captó su atención.

Se volvió. Al sur, el valle era una masa de centenares de jinetes de la caballería que de repente se habían encontrado solos en un campo de batalla que antes estaba lleno de guerreros. Tan rápido como habían llegado, los guerreros de Mona cargaron contra la boca del valle y luego se disolvieron entre la niebla y el brezo y los matorrales. Temerosos de una emboscada, los de la caballería no fueron tras ellos, sino que volvieron grupas para cerrar por segunda vez una trampa que creían segura. Eran hombres que sabían cómo formar una línea y mantenerla sin que se lo ordenaran. Cabalgaban lentamente, sin parar, hacia sus propias tiendas, una marea sólida de carne y metal.

—Ya vienen —dijo Nydd, tranquilamente. Su mirada se dirigía adelante y atrás—. Están bloqueando el valle en todo el camino.

—Ya lo sé. Pero creen que vas a intentar pasar entre la línea y dirigirte al sur, y no vas a hacer eso. Corre hacia el norte y no mires atrás. Tu caballo puede volver a subir esa ladera; la mayoría de los suyos no son capaces. Y vayas adonde vayas, no dejes caer el estandarte. Necesitamos saber cuándo estás a salvo.

Valerio dio unas palmadas a ambos caballos y notó que se alejaban de él como si dieran los primeros pasos de una carrera. A cada lado, dos docenas de guerreros dudaron viendo a la caballería que se aproximaba; no estaban acostumbrados a que se les dijese que huyesen frente al enemigo.

Valerio levantó el brazo hacia delante como había hecho tan a menudo al dirigir una carga de la caballería.

—¡Marchaos! Todos. Hacia el norte y hacia Mona. ¡Vamos!

Las dos docenas de guerreros airearon a sus monturas que estaban quietas y las pusieron al galope. Rodeando a Nydd, Braint y el herrero, corrieron hacia el norte, hacia la libertad, usando sus cuerpos como escudos humanos. Sus caballos no corrían por el honor y la victoria, sino por sus vidas, casi sin tocar el suelo, tan rápido como la sangre y la carne en pleno esfuerzo podían llevarlos. Conocían la ruta y la habían recorrido; cada guerrero había señalado un camino de salida claro, y estaba dispuesto a seguirlo o morir.

Dos murieron, alcanzados por las lanzas que les arrojaban. Valerio les oyó caer y quiso creer que no eran ni Nydd ni Braint; no tenía tiempo para mirar. Le quedaban seis guerreros y se enfrentaban a un muro de hombres de la caballería tracia que avanzaban.

Valerio les vio llegar, contando los latidos de su corazón. Veinte para que Nydd y Braint alcanzasen el pie de la colina. Una docena más para que el estandarte del perro rojo sangre quedase lo bastante alto para que Huw lo viese y usase su honda como señal una vez más. Menos aún para que los auxiliares le alcanzasen. Braint ya no era su mayor preocupación. Todos miraban a Valerio. Estaba desmontado, era un blanco fácil.

—Aquí. Valerio. Sube.

Había pedido que cogiesen un caballo suelto sin esperar que pudiese ocurrir. Sin embargo, alguien le pasó las riendas de un ruano que había huido de la carnicería en la boca del valle. Estaba negro de sudor y sangraba de una herida poco profunda en el pecho, pero aun así, estaba bien dispuesto.

Con los ojos puestos en los jinetes que se aproximaban, Valerio silbó para hacerlo correr y los seis guerreros que le seguían y los centenares de auxiliares a los que alguna vez había mandado le vieron montar al estilo de la caballería, desde el suelo hasta un caballo al galope, y recordaron así que estaban presenciando algo excepcional.

Entonces, dudando de sus sentidos, los jinetes del Ala Prima Thracum vieron a su antiguo comandante levantar mucho el brazo y bajarlo de repente, y oyeron el grito de guerra de Mona que surgía de su garganta mientras dirigía a su puñado de guerreros directamente hacia ellos.

«Seremos la distracción que permita escapar a Braint. Si formamos la flecha de Mona y cabalgamos duro, podemos romper su línea, pero no hago ninguna promesa. Quienes se queden conmigo serán los que menos probabilidades tengan de

sobrevivir».

Eso les había dicho Valerio antes de salir de Mona y, contra todo pronóstico, cuatro mujeres y dos hombres se ofrecieron a quedarse con él mientras Braint alcanzaba la seguridad. Le siguieron entonces, tan disciplinados como cualquier soldado de la caballería romana bien entrenado, y él los dirigió hacia el único punto débil en la línea enemiga, un hueco menor que la anchura de un caballo entre el portaestandarte y el armero, a quien reconoció de antiguo: aquel hombre nunca había cabalgado sobrio en combate.

El despiste de aquel hombre les dejó pasar. La carne de caballo rozó con carne de caballo mientras el borde más ancho de la cuña viva de Valerio se encontraba con la línea del enemigo. Espadas chocaron con espadas, y el hierro cantó, y las chispas se elevaron muy altas, y murieron dos hombres, pero ningún guerrero de Mona. Llegaron a campo abierto y Valerio hizo girar su brazo y se colocaron todos en línea y se dirigieron hacia el sur, corriendo con toda su alma hacia la boca abierta del valle.

Que ya no estaba abierta, y quizá nunca lo había estado. Mucho antes de alcanzarla Longino ya estaba allí con la otra mitad de su compañía, cerrando la trampa en la trampa de la trampa. Una fila de la caballería estaba alineada a través del valle. Eran más de un centenar con menos de un largo de lanza entre cada uno, y todos los hombres estaban completamente sobrios, y ni uno de ellos les dejaría pasar.

—¡Alto!

Sin pensar, Valerio levantó el brazo. Respondiendo a una orden de la caballería que habían visto pero no habían aprendido nunca, los seis guerreros tiraron de las riendas de sus sudorosos y jadeantes caballos y los hicieron parar.

—¡Valerio! ¡Su oficial está montado en tu caballo!

Fue Madb quien habló, una salvaje mujer hibernia con el pelo de un gris pizarra y los ojos brillantes de una grajilla, que luchaba por Mona porque ella así lo había decidido, y no porque su tierra sufriera amenaza alguna. El caballo de repuesto lo había llevado ella, y era ella quien protegía ahora la espalda de Valerio. Él nunca había luchado antes a su lado, y lo lamentaba.

Valerio tranquilizó a su nueva montura y miró hacia el lugar donde señalaba la espada de la mujer. Ya lo había visto, y lo había reconocido, posiblemente, desde hacía meses, pero no hacía ningún daño mirar como si la noticia fuese reciente y bienvenida.

Los otros cinco guerreros sujetaban firmes sus caballos, mirando. Se veían sobrepasados en número por centenares contra uno, y no había ningún lugar adonde ir, y en cualquier caso, la notoriedad del caballo ruano que fue la montura de Valerio había ido mucho más allá de las filas de la caballería. Su rabia y ferocidad en combate eran legendarias, destinadas de igual modo a su jinete y a su enemigo, excepto en el punto culminante de la batalla, cuando jinete y caballo luchaban como un solo ser. Emergió de la masa de la caballería que se aproximaba, corriendo hacia Valerio. La agitada respiración de Madb era la más cercana, pero no la que resonaba más fuerte,

ni la más sentida.

¿Qué se podía decir del caballo-cuervo, salvo que era la perfección misma sobre cuatro patas? Salpicado de blanco sobre negro, era como si los dioses hubiesen vertido nieve líquida sobre el manto de la noche, ambos de una pureza perfecta. Limpio para la batalla, corría para Longino con la misma intensidad sangrienta que para Valerio, y por primera vez, el hombre que había pensado que él mismo era su único amo vio cómo debió de aparecer ante los demás, y se quedó silencioso y con la guardia baja ante el enemigo, discapacitado por el dolor de su pérdida.

En voz alta, dijo:

—Tengo a tu madre. Está en Mona, preñada por última vez de un semental que podría igualarse a tu padre. Estaría muy orgullosa de ti.

—¡Muévete!

Madb le empujó y le salvó la vida. La lanza que iba dirigida a su garganta rebotó contra el suelo, inútil, y se deslizó hacia el interior de una tienda.

—¡Esperad! —Longino también arrojó su arma, y el singularius que había arrojado la lanza bajó su segunda arma lentamente.

—¡Valerio! No estaba seguro de que vinieses… —Longino chasqueó la lengua y el caballo-cuervo trotó hacia delante, como si estuviera en un desfile. Siempre había odiado los desfiles. Deteniéndose con limpieza, se quedó de pie, muy erguido, entre la caballería y los guerreros de Mona, frente a Valerio. La espuma chorreaba desde su bocado, y sus ojos bordeados de blanco estaban llenos de odio, pero así había sido desde que lo destetaron. Valerio no sabía si se había dado cuenta de quién era él.

Longino sí que sabía con toda precisión quién era él, y la multitud de capas que formaban su personalidad. Él no había cambiado nada, seguía siendo el oficial temerario y elegido por los dioses que había arriesgado su propia vida para arrancar la de su amigo del alma a los inquisidores, el hombre que había cabalgado junto a Valerio en la batalla durante diez años, el hombre con quien había apostado y ganado y perdido demasiadas veces para contarlas, el hombre que se dirigía cabalgando sin casco a la batalla, con el cabello leonado flotando libremente sobre sus hombros, rojo como un ciervo en celo. Sus ojos eran de un color ambarino rarísimo, como los de un halcón, e igual de penetrantes. Todavía había calidez en ellos, detrás de la decepción y la inminencia de la pérdida.

Una vez, cuando su amistad era todavía reciente, Valerio apostó con aquel hombre que no podía permanecer sobre el hielo medio roto durante cincuenta latidos del corazón. Lo contaron según el corazón de Longino, que iba más rápido, y por tanto, ganó. El corazón de Valerio era el que latía con más rapidez en aquella ocasión. Su caballo prestado, tembloroso, lo notó y se preparó.

Habían pasado sesenta latidos del corazón desde que Nydd alcanzó la cima del risco y bajó el estandarte hacia el sol poniente. Nada había ocurrido hasta el momento, y quizá no ocurriese nada nunca.

—Felicidades. No pensaba que encontrarías el valor suficiente para montar mi

caballo. ¿Te ha mordido en el hombro alguna vez? —Valerio dirigió su propia montura hacia delante, casi lo bastante cerca como para tocarse. A cada lado, ocho auxiliares desenvainaron sus espadas y dejaron bien claro que un paso más hacia su centurión representaría el último de Valerio sobre la tierra.

Todos los demás guerreros de Mona se agruparon, excepto Madb, que se mantenía al lado de Valerio, sonriendo. Él se sentía seguro en su presencia. Tenía un instinto para el peligro que la mantenía a salvo en la batalla, y no solo a ella.

Se acercó mucho al hombro izquierdo de Valerio y, mientras su corazón latía por centésima vez desde que Nydd agitara el estandarte, él notó que ella se ponía tiesa y volvía la cabeza un poco hacia la izquierda. Demasiado bajo para que la oyera alguien más, ella dijo:

—Están aquí. Bien hecho. Pensaba que iban a abandonarte.

—Aún podrían hacerlo. No levantes la vista —Valerio se preocupó de no alzar los ojos. Más alto, a Longino, le dijo—: ¿Nos vas a pedir que nos rindamos?

—Lo haría si no supiera que es perder el tiempo. ¿Acaso te rendirías tú?

—Seis de nosotros contra quinientos no son unas probabilidades demasiado buenas, pero la muerte cierta en batalla siempre es preferible a ser prisionero de Roma, sobre todo para un traidor que se sabe que ha pasado el invierno en Mona.

—Ciertamente, lo sería. Deberías haber escapado con la mujer a la que liberaste.

—Posiblemente, pero no te habría visto montar al caballo-cuervo y mi vida sería por tanto mucho más triste. ¿Qué harías tú en mi lugar?

Longino sonrió. En su sonrisa siempre hubo un cierto desafío, y una cierta invitación. Empuñó su espada y la presentó plana. El arma era gala, hecha para su altura y su peso, con la luna creciente del dios tracio incrustada en plata en el pomo, y la hoja trabajada al estilo antiguo, con líneas sinuosas de hierro azulado ondulando en toda su longitud. En la neblina de la mañana, resplandecía como el agua tranquila bajo la luz de la luna.

Levantando las cejas, Longino dijo:

—Me gustaría luchar… ¿para qué hemos venido, si no? —su espada era su invitación—. Nunca nos hemos probado realmente el uno al otro, y me parece que ya no eres el desastre que yo creía que eras el verano pasado. Mis hombres no se interpondrán si quieres medir tu espada con la mía por última vez. Nunca se sabe, igual me ganas…

Valerio hizo un medio saludo.

—Aceptaría, pero si levantas más la espada, morirás, y sería una verdadera lástima. Los guerreros que están detrás de ti en la montaña son los mejores honderos de Mona, y tú estás al alcance de sus tiros. Lo siento: sus órdenes eran claras, y no tengo forma de alterarlas desde aquí. Si te rindes ahora no se te hará ningún daño. Si no, apuntarán al primero que levante un arma contra nosotros.

Hablaba en latín, lo bastante alto para que al menos las primeras filas de la caballería le oyesen. Los hombres que antes estaban relajados y esperaban el ritual del

combate singular miraban ahora hacia arriba y a ambos lados. Rudas maldiciones en latín y tracio se extendieron por las primeras filas y luego por las que estaban más atrás, hasta que, abandonando toda disciplina, toda el ala se volvió para enfrentarse a los muros del valle.

Valerio levantó el brazo como señal final, y una resplandeciente oleada de armaduras iluminadas por el sol apareció por ambos lados, mientras guerrero tras guerrero movían sus monturas hasta las cimas de las montañas. Era el cuerpo más importante de guerreros de Valerio, con la excepción solamente de aquellos que habían muerto en el primer enfrentamiento en la boca del valle. Reagrupándose después de la batalla, habían tomado nuevas posiciones y esperaban la pequeña señal de un guijarro de honda que les dijese que Braint estaba libre. Al recibirla, siguieron el resto de sus órdenes de modo que, como cuervos sobre un árbol, silenciosamente, se alinearon en los riscos de norte a sur, a ambos lados del valle, sin interrupción. A lo largo de la boca del valle, hileras de guerreros expectantes formaron un muro tan sólido como cualquier roca.

Longino era el único que no miraba hacia arriba. Los amarillos ojos de halcón se clavaron pensativamente en Valerio.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Seiscientos. Os superamos por cien caballos. He creído que bastaba. Dominan el valle; no hay salida posible. Estáis rodeados y superados en número. En tales circunstancias, no hay deshonor alguno en rendirse, y no tenemos inquisidores en Mona. Se os dará la opción de luchar por nosotros, si lo deseáis. Ya tenemos a un puñado de batavos y galos que cabalgan a nuestro lado. Si no queréis uniros a ellos, vuestras muertes serán limpias y rápidas.

Longino nunca había carecido de valor. Sonriendo, dijo:

—O sea que no eras el desastre que ambos pensábamos. Me alegro.

—Longino, eso no importa, tienes que elegir. Tus hombres harán lo que tú les digas, lo sabes muy bien. Si tú… ¡no!

Rápida como el rayo, la espada con la hoja marcada por la luna golpeó la cabeza de Valerio. Él la bloqueó solo por instinto, y notó que la conmoción se transmitía hasta su caballo. El hierro chocó con el hierro mientras él sacaba su propia espada y golpeaba de lado. Saltaron las chispas, iluminando el aire. Una docena de piedras de honda llovieron en torno a él, y dos auxiliares cayeron.

—¡Longino! No seas idiota. No puedes huir de una honda… Ah, dioses, ¿por qué te dejaría mi caballo? Vamos.

Hablaba entre un tamborileo de caballos que corrían. El caballo-cuervo nunca había permitido que su jinete fuera superado en la batalla. Con o sin las instrucciones de Longino, había girado sobre sus corvejones, fuera de peligro, y había salido disparado, dirigiéndose hacia el sur. Fieles a su entrenamiento, los hombres y las monturas del Ala Prima Thracum le siguieron.

Valerio les seguía también en un caballo que era más lento y ya estaba herido,

pero que todavía se entregaba a él de todo corazón. Madb arreó a su montura junto a la de Valerio, convirtiéndose en escudo humano a su hombro, y juntos, ambos corrieron hacia el sur, siguiendo a Longino, que huía, y que se encaminaba directamente hacia un muro sólido de guerreros de Mona dirigidos por Nydd, que había recordado todo cuanto se le había dicho.

XXXI

El estrépito de hierro y de carne de caballo y sangre humana y huesos estremeció la tierra en todo el valle.

Valerio de los icenos, en tiempos decurión del Ala Prima Thracum, había vivido muchas pesadillas y había visto que todas ellas eran menos graves que el miedo que habían suscitado. Luchar mano a mano, espada con espada, contra hombres a quienes él mismo había dirigido, y que le importaban, no era el menor de esos miedos, pero tampoco el mayor. Como siempre, el júbilo de la batalla le inflamaba. El poder del instante y la abrumadora necesidad de sobrevivir no dejaban tiempo para lamentos. Como nunca antes, cabalgaba comprendiendo a los dioses que le llenaban: la claridad de Nemain se unía al poderío salvaje de Mitra, y él los amaba a ambos, y su vida en ellos, y sabía que si moría en aquel momento alcanzaría la paz.

Luchaba también con Madb, una compañera de escudo que le mantenía a salvo y por cuya vida se preocupaba, algo que había echado de menos durante tanto tiempo que había olvidado la sensación que producía. Levantó su espada prestada y azuzó a su caballo prestado hacia delante, y el perro de guerra corría a su costado, porque había nacido para hacerlo, y recordó entonces que él, que habría podido ser un soñador, sin embargo era un guerrero, y que la vida no podría estar completa sin ambas facetas.

El aire estaba cargado de sudor de hombres y mujeres y caballos y saliva y pronto se cargaría también con un océano de sangre y vísceras desparramadas que harían el paso poco seguro y requerirían nuevas precauciones. Valerio eligió a su hombre: un extraño que tenía un ojo azul y otro castaño y que montaba una yegua zaina que estaba entrenada para golpear. Se dirigía hacia el ruano de Valerio, que se desvió a un lado dejando a la yegua desequilibrada y al jinete con ella, de modo que Valerio pudo apuntar hacia el hueco entre el borde del casco y abrirse camino por una frente viva hacia el cerebro muerto que se encontraba detrás. Tuvo tiempo para sacar su espada empapada del cuerpo derribado, y dejar al ruano libre del siguiente golpe de la yegua, antes de que la batalla siguiera.

A su derecha, Madb hirió a un tracio a quien Valerio creyó reconocer. A su izquierda, en el lado del escudo, una mujer de los coritanos con las plumas de muerte apretadas en su cabello falló el golpe y casi fue decapitada por un hombre a quien Valerio, desde luego, conocía. La mujer cayó del caballo, muerta antes de poder gritar siquiera. Prisco, el guardián de los espejos, sonrió ferozmente y se volvió hacia Valerio y a su vez fue asesinado por el amante de la mujer que, aullando, dirigió a su caballo de lleno hacia el castrado de la caballería, aplastándole las costillas. Su espada

hizo saltar el casco de Prisco con la fuerza de su golpe.

Valerio notó que su caballo se erguía bajo su peso y lo hizo bajar, porque los de la caballería estaban entrenados para desventrar a los caballos que se alzaban mucho para golpear, y no era momento para perder a su montura. Golpeó del revés al hombre que ya se inclinaba a cortar el vientre del ruano azul. Notó que el golpe aterrizaba inestable y luego su mano se quedó sin peso alguno cuando se le rompió la espada. Lanzó una maldición y echó atrás a su caballo.

—¡Aquí!

El amante de la coritana muerta se agachó desde su silla, agarró la espada de ella y la arrojó hacia él, todo en un solo movimiento. El día anterior pudo desventrar a Valerio con ella, al día siguiente podía hacer lo mismo de nuevo, pero aquel día luchaban juntos contra un enemigo mayor. Valerio cogió el pomo y saludó y recibió un tajo debajo del brazo por su descuido, de modo que solo su caballo, al saltar hacia la izquierda, le mantuvo vivo, y dejó que Madb matase a su atacante.

—¡Deberíamos abatir su estandarte!

La mujer hibernia aulló aquellas palabras por encima del estruendo de la batalla. Igual que Valerio, estaba disfrutando mucho. Sonreía y lanzaba mandobles, y obligó a su montura a dirigirse hacia el lugar donde había estado el hombre caído.

Delante, en el corazón del torbellino, el estandarte del toro rojo del Ala Prima Thracum ondulaba en la brisa. Longino luchaba allí cerca, montado en el caballo-cuervo, a salvo en el refugio divino donde montura y jinete se habían convertido en uno desde hacía tiempo. Si moría entonces, se podría considerar afortunado. Valerio, que había estado en su lugar, lo sabía muy bien.

—¡Vamos!

El hueco se estaba cerrando, y Valerio todavía no había pasado. Madb se dirigió hacia el estandarte que ondeaba. Ella era su compañera de escudo; el honor exigía que Valerio la siguiese. Impulsó su caballo hacia delante, de mala gana.

En batalla, los remolones mueren pronto. Tres hombres, viendo su descuido, atacaron la guardia desprevenida de Valerio, de modo que solo su costumbre de toda una vida de reflejos le salvó…, y Braint, liberada de sus grilletes y cabalgando sobre una oleada de furia combativa, que lo destruía todo ante ella.

Con Nydd a su lado, irrumpió a la derecha de Valerio, matando con la temeridad de alguien a quien ya no le preocupa ni la vida ni el amor. Su objetivo, desde luego, era Longino, el hombre que la había hecho prisionera. Quería su vida por encima de todas las demás.

No había forma humana de detenerla. Valerio solo tuvo tiempo de llevarse la mano a la boca y gritar: «¡Longino!», para que al menos el hombre pudiera ver de dónde le venía la muerte, y al momento llegaron a él, una por cada lado, recién montadas y bien armadas, luchando contra un hombre que no cumplía ninguno de los dos requisitos y obligado a ser más lento por ello, por muy grande que fuese su habilidad y la de su montura.

El caballo-cuervo se creía inmortal, y quizá tuviese razón. Valerio no fue el único que se detuvo a hacer una pausa y mirar cuando se elevó, chillando, para enfrentarse a la montura de Braint. El sonido ensordecedor de su relincho, el puro y absoluto odio que desprendía, detuvieron a hombres y mujeres en sus propias batallas privadas.

Durante un momento hubo una pausa en la carnicería, que bastó para que Valerio viese al caballo-cuervo retroceder y dar la vuelta y golpear, y a Longino seguir su impulso con una belleza que asombraría a los propios dioses; y de que él viese a Braint evitar el golpe con una facilidad que rompía el corazón y luego procurar devolver el golpe, y oír el estruendo inconfundible del hierro sobre la malla y el crujido de los huesos que estaban debajo.

—¡Longino! —bramó únicamente Valerio, y la batalla al momento se reemprendió a su alrededor. El sonido quedó perdido; como una nota más entre un tumulto de gritos, chillidos de animales y guerreros, y Valerio no supo que lo había gritado hasta que Madb le arrojó un nuevo escudo, cogido a un guerrero moribundo, y gritó:

—¡Todavía lo tienes para ti! No pueden acercarse a su cuerpo. Tu maldito caballo no les deja acercarse…

Quizá fuese verdad. Valerio no lo sabía, ni tenía la energía suficiente para preocuparse entonces. Luchaba porque debía hacerlo, porque había nacido para ello, porque sus dioses, tanto Nemain como Mitra, se lo exigían, y él todavía no estaba preparado para enfrentarse a ellos, no habiendo conseguido honrar sus exigencias, pero el día se había vuelto polvoriento y disminuido, y mataba ya sin alegría, de mala gana, y lo odiaba.

* * *

Los guerreros de Mona superaban en número a los de la caballería de la Prima Thracum en un centenar de caballos, y les animó mucho el regreso de Braint, en la misma medida en que los tracios se vieron desanimados por la caída de Longino. La batalla fue brutal y corta, y los cuarenta y ocho tracios supervivientes se rindieron con sus armas al final.

Valerio no tomó parte a la hora de asegurar los prisioneros o despojar a los muertos. Antes de que acabase la batalla, había desmontado y se había metido hasta los tobillos en el brezo, lejos del alcance del caballo-cuervo. Blanco de sudor y sangrando por media docena de cortes poco hondos, el caballo ruano todavía estaba erguido junto a la forma postrada de Longino, como un perro se coloca junto a un guerrero caído, y no dejaba que nadie se acercase.

—Tendrás que matar al animal si quieres el cuerpo del hombre.

Madb estaba montada en su caballo cerca, vigilando la espalda de Valerio. Le

había salvado dos veces hacia el final de la batalla, y él aún no le había dado las gracias. Una parte de él sabía que el tiempo pasaba y que pronto sería demasiado tarde para hacerlo con algo de integridad. La mayor parte de él, sin embargo, solo tenía ojos para el caballo ruano que estaba allí enfrente, y el hombre que yacía de cara junto a sus cascos.

Había visto un movimiento en el pecho de Longino; solo una vez, y no recientemente, pero bastaba para albergar alguna esperanza. Se encontró rezando a Briga, a quien no estaba encomendado y nunca lo había estado, pero que gobernaba las muertes en combate. Los cuervos tomaron sus palabras y se las llevaron, y sintió que era escuchado.

Madb todavía le contemplaba. Dijo:

—Valerio, ¿me has oído? El caballo está loco o está inspirado por los dioses. Vas a tener que cortarle la garganta si quieres acercarte a tu amigo.

—Si crees que puedes acercarte lo bastante a él para matarlo, adelante.

La mujer se echó a reír. Su voz era grave e intensa, y resonaba, y su sonido resultó muy extraño en medio de toda aquella carnicería. Dijo:

—¿Parece acaso que quiera morir? Estaba pensando que podías pedirle a Huw que usara su honda. Te tiene un miedo muy extraño, probablemente lo haga.

—¿Lo mataría una piedra? —Valerio se detuvo a buscar un guijarro y lo arrojó cerca de Longino. El caballo-cuervo avanzó la cabeza hacia él, con las orejas planas y la boca abierta. Ignoró la piedrecilla. Acercándose un paso, Valerio dijo—: Es posible que funcionase, pero Huw es demasiado blando para hacerlo. Pasaría el resto de su vida reviviendo el día en que mató a la montura de guerra más excepcional que jamás haya pisado la tierra. No le pediría eso a ningún hombre. Se canta sobre ese caballo como se cantó sobre *Granizo*. Lo sé. He oído las canciones.

Madb dijo:

—Sí, yo también. Dicen que es maligno.

Ella le estaba probando, igual que él la había probado en batalla. Sus ojos de grajilla le contemplaban, muy brillantes. Valerio meneó la cabeza.

—No. Lo que dicen es que el hombre que lo montaba es maligno.

—¿Y tienen razón?

—No lo sé. Has pasado toda la tarde de la batalla salvándole la vida —Valerio apartó su mirada del caballo—. ¿No sabías quién era yo?

Él la miró bien por primera vez desde el final del combate. La mujer tenía un hematoma en un lado del rostro, donde le había dado el borde de un escudo. Se pondría negro por la noche y le dejaría su marca oscura durante un mes. Tenía también la muñeca izquierda muy hinchada, como si tuviera un esguince, y necesitaría que se la vendasen pronto para que no se pusiera tiesa. Estaba montada en su caballo como si todas esas cosas fuesen normales para ella, y le miraba pensativamente.

—Por supuesto que lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? No necesitas llevar un perro

rojo pintado sobre un fondo gris para demostrar quién eres, está grabado en todas las partes de tu ser. «Valerio de los icenos». El hombre que lucha por los dos bandos, y que no quiere a nadie. Pero parece que sí que quiere a alguien de un lado, después de todo. ¿Lo sabía él acaso?

—¿Longino? En tiempos, quizá. Ahora no.

—Entonces será mejor que vayas a decírselo antes de que Braint decida que cuatro docenas de vidas tracias no son una presa suficiente, y quiera una cabeza en una pica para demostrar a Roma qué destino le aguarda —Madb frunció los labios, valorando el hecho—. Ya te he visto demostrar tu habilidad en la monta del guerrero de una forma muy bonita, esta misma tarde. Y es muy fácil con un caballo bien dispuesto, pero mucho más difícil con uno que intenta matarte. ¿Crees que podrías hacerlo ahora si atraigo la atención del animal?

—Podríamos averiguarlo.

Era la única oportunidad real que tenía, y Valerio había estado trabajando exactamente en ese sentido desde el final del combate. Hablándolo abiertamente, resultaba mucho más duro pensar en ello. Tenía las palmas húmedas. Se las secó frotándolas en su túnica.

El caballo-cuervo notó que su atención se concentraba y se volvió de lleno hacia él. Sus flancos se movían y sus ollares se ensanchaban, muy rojos, husmeando el aire. La cola daba bandazos violentamente, como la de un gato salvaje. Sus ojos estaban bordeados de rojo por el polvo, la ira y el odio al verse atrapado. Más que cualquier otro ser viviente, comprendía los altibajos de la batalla. Nunca, mientras lo montaba Valerio, había estado en el lado de los perdedores excepto en el caso poco importante de alguna escaramuza, y nunca en toda su vida había sido hecho prisionero.

Valerio no creía que hubiese maldad en él, solo que lo odiaba. Quería pensar que también había odiado a Longino con la misma intensidad, y que, por tanto, habría protegido a Valerio con la misma intensidad si alguna vez hubiese caído en la batalla. Empezó a hablarle en el lenguaje de los antepasados, el que había usado al principio, cuando el animal y él se acababan de conocer, cuando realizó la monta del guerrero por primera vez frente a una multitud circense sedienta de sangre, con el potro recién domado que había llevado para hacer trueques y el niño esclavo, intentando escapar. Entonces le encantaba aquel animal, y pensaba que el caballo llegaría a amarle. Había pasado la mitad de su vida esperando que ocurriese tal cosa.

Arrojó otro guijarro y el caballo lo ignoró por completo. Entonces arrojó un puñado entero hacia el cuerpo caído de Longino, y vio con toda seguridad un estremecimiento. Valerio envolvió toda su esperanza en torno a esa certeza y, con toda su atención, partícula a partícula, concentrada en el animal que buscaba su vida, se fue acercando, murmurando palabras de canciones de cuna en la lengua de los antepasados. A mitad de camino dijo en hibernio:

—Necesitaría volverme hacia la derecha y dar un paso adelante.

Madb era algo que se movía en el rabillo de su ojo. Su voz era como una ola del

mar. Decía:

—¿Sabe lo que es una lanza?

—Cuando lo montaba yo, lo sabía.

—Bien. Entonces, caballo de todos los odios, ahora veremos si eres todo lo que cuentan de ti…

El confuso movimiento de ella se entretejió con el giro y el relincho del caballo-cuervo, que se retorcía sobre sí mismo hacia el nuevo peligro…, y con él atrajo a Valerio, como un viento que levanta las hojas. Absorbido por su poder, atraído por el imán de su atención, saltó hacia adelante y hacia arriba en busca del arzón de la silla, saltó hacia arriba mientras el caballo subía, girando al mismo tiempo, y acabó por aterrizar de lleno en la silla, buscando ya las riendas con las manos.

El caballo-cuervo lo notó y supo que le habían engañado. Olvidando a Madb, se sumió en un torbellino de relinchos, reculadas y frenéticos corcoveos. El primer día que lo montó, Valerio vio a un hombre casi perder la vida ante su rabia. Ahora era mayor, estaba más maliciado y tenía más práctica en tirar a sus jinetes. Notó que los músculos abultados que tenía debajo explotaban en acción pura, notó que su cuerpo se dislocaba y sus dientes entrechocaban y que la sangre salía a borbotones de su lengua, y supo que si realmente lo intentaba, aquel animal podía destrozarle y convertirle en papilla.

El caballo notó lo mismo, y supo qué hacer. Bajó al suelo y hubo un momento de tranquilidad, mientras el animal se iba concentrando. Valerio pensó que iba a corcovear y se agarró a la crin para sujetarse bien. Entonces notó que los cuartos traseros se preparaban y pensó que iba a desbocarse, y luego el suelo se apartó y el cielo se inclinó mucho, y el caballo se elevó tanto como para tocar las nubes, lo bastante alto para echarse hacia atrás y aplastar al hombre que llevaba en el lomo, aunque se rompiera su propia espina dorsal en el intento.

Relinchó como había relinchado a Braint, de modo que el sonido perforó el cielo y Valerio, sabiendo que estaba a punto de morir, chilló también, dejando escapar la frustración, el júbilo, el dolor y la devastación de toda una vida, que ninguna muerte en combate, ni ningún profundo sueño de los dioses podría agostar nunca.

El cielo no cayó. El caballo no volcó, matándolos a ambos. Las aves de Briga, volando en círculos, graznaron tres veces y volaron hacia el oeste, y no se llevaron el alma de nadie, ni hombre ni caballo.

El caballo-cuervo volvió a bajar hasta la posición erguida en el suelo, sacudiendo la cabeza, y Valerio, ensordecido, se quedó montado, respirando con intensidad una y otra vez el afilado aire de la montaña, mientras las lágrimas le abrasaban el rostro y se le acumulaban en el hueco de la clavícula, sin saber por qué las estaba derramando.

Fue consciente, poco a poco, de que otros estaban cerca. Madb se encontraba frente a él, con la lanza sujeta en un claro saludo. Braint estaba a su lado, con los ojos llenos de furia, silenciosa, y Nydd y Huw y el herrero y otros cuyos nombres había conocido en tiempos y quizá pudiese conocer de nuevo, pero que por ahora no podía

recordar.

Dijo a Madb:

—¿Vive Longino todavía?

—Por supuesto. ¿No lo sabrías acaso si estuviera muerto?

—Pensaba que quizás estaba llorando por él.

—¿Ah, sí? Entonces eres más idiota de lo que yo pensaba. Está vivo y despierto y con los ojos abiertos. Baja de tu maldito caballo endemoniado y habla con él. Y cuando hayáis acabado, puedes hablar también con los que luchaban por ti y no contra ti. Tenías razón; todo esto era una distracción. Mona está sufriendo un ataque y Tethis custodia los estrechos con tres mil hombres contra cuatro veces más ese número. Solo el agua y la voluntad de los dioses aparta a Roma de la isla. Y ninguna de las dos durará siempre.

* * *

Algún tiempo después, Longino Sdapeze, antiguo decurión del Ala Prima Thracum, se despertó con un dolor de cabeza retumbante.

Al final, cuando quedó claro que no iba a morir, se palpó y abrió los ojos. El toldo que cubría una carreta se agitaba suavemente por encima de su cabeza, iluminado por el cielo del amanecer. Un perro de guerra pinto yacía a su lado, vigilándole, pacífico. Un hombre esbelto, con el pelo oscuro, estaba sentado en el asiento delantero del carro, bloqueándole la mayor parte de la luz.

Longino se quedó echado un rato, estudiando el aspecto familiar y obstinado de aquella espalda, de modo que supo en qué momento se había percibido su escrutinio. Pensó en incorporarse para hacer al menos una de las preguntas acuciantes que le rebotaban entre los muros de la cabeza, pero el perro le miró hasta que se lo pensó mejor.

Durmió un rato, luego comió, vomitó y bebió agua y se volvió a dormir. Cuando se despertó estaba oscuro y el perro había desaparecido. El balanceo del carro era el balanceo de una cuna, y resultaba muy difícil permanecer despierto. Esforzándose por sentarse, Longino fue a tocar el hombro de aquél que le había salvado la vida.

—¿Adonde vamos?

—Al este.

—¿Por qué?

—Porque el cerebro se te ha vuelto leche en la cabeza, y no podrás sentarte a lomos de un caballo hasta que cuaje de nuevo y se convierta en el caldo con el que naciste.

Su cerebro se volvió leche entonces y le hizo dormir de nuevo, ineludiblemente, de modo que ya estaban a mitad de la noche cuando se dio cuenta de que no había

recibido ninguna respuesta. El perro estaba echado con él, manteniéndole caliente.

Al amanecer, como no se habían detenido aún, preguntó:

—Valerio, ¿dónde está tu caballo?

—¿Quién crees que te está llevando hacia delante?

Longino se rio y le dolió, de modo que se detuvo.

—¿Haces que el caballo-cuervo tire de un carro? ¡Valerio! ¿Estás completamente loco?

—Lo hace muy bien. Y tengo el ruano y tu yegua también. Dos tiran mientras el otro va andando detrás. En cualquier caso, no podía dejarlo. Braint habría intentado montarlo y la habría matado, cosa que no habría estado nada bien. La necesitamos para que dirija a los guerreros en defensa de Mona.

Ya despejado, Longino dijo:

—Tus guerreros no pueden ganar. Suetonio Paulino puede ser un gobernador bastante malo, pero como general es excelente. No habría atacado si existiese la menor oportunidad de que pudiese perder.

—Al final conquistará Mona —accedió Valerio—. No será este mes, ni el que viene, posiblemente; los siluros y los ordovicos se han aliado y le están atacando desde la retaguardia, de modo que no puede arrojar toda su fuerza hacia los estrechos, pero aun así, tienes razón. Conquistará la isla a mediados de verano, a más tardar. Sin embargo, no entrará en ella sobre la carne y la sangre de los que habían vivido allí. Lo que importa es la gente; los ancianos que ostentan la sabiduría, y los niños que pueden aprenderla. Allá donde estén se encontrará Mona, y a ellos se les puede salvar. Lo único que necesitamos es tiempo. Braint y sus guerreros están comprando ese tiempo con su carne y su sangre.

Longino contemplaba su rostro. Conocía a Valerio más que cualquier otro hombre, posiblemente, mejor que el propio Valerio a sí mismo. Al final, compasivo, dijo:

—¿Y tú no quieres estar con los guerreros de Mona mientras montan sus defensas?

Valerio miró un momento a su perro y luego a los caballos que tiraban del carro y el camino que tenían por delante. El suave ritmo de las pisadas podría haber acunado a Longino hasta dormirse, pero aquella respuesta importaba demasiado a ambos para ello. Al final dijo:

—Yo quiero estar con ellos más de lo que podría expresar.

Longino se impulsó hacia delante, luchando contra la náusea y la resistencia de su amigo, y se sentó en el banco donde había estado el perro. El caballo-cuervo era el que tiraba del carro, realmente, cosa que indicaba al menos la desesperada necesidad de avanzar por parte de su jinete.

—Bueno, déjame que te lo vuelva a preguntar. ¿Por qué vamos hacia el este?

Valerio suspiró y se pellizcó el puente de la nariz como solía hacer Corvo cuando le presionaban más allá de todo lo soportable. Sin mirar a su lado, dijo:

—Voy allí porque Luain macCalma, el hombre que dice ser mi padre y que es el Anciano de Mona, ha ordenado que lleve noticias a mi hermana de que sería para el mayor beneficio de los dioses y su pueblo si las tribus del este se alzaran en revuelta mientras se está llevando a cabo el asalto de Mona. He jurado obedecer sus deseos o morir en el intento. Tú vas allí porque voy yo, y porque no estoy preparado todavía para dejarte atrás.

Estaban lo bastante cerca para que cada uno notase la calidez del otro y fuera consciente de ella. La carreta se tambaleaba y avanzaba de nuevo; ambos habían montado al caballo-cuervo y éste sabía lo que les movía. Al cabo de un largo rato, Longino dijo:

—¿Y moriremos en el intento?

Al fin Valerio volvió el rostro hacia él. Sorprendentemente, sus ojos estaban en paz, y tenían espacio para su antiguo y seco humor.

—Yo, quizá sí. Tú no, a menos que acabe por fallar todo lo que he hecho y lo que puedo hacer. Tú mantuviste a salvo al caballo-cuervo por mí. Hacer que te maten sería una recompensa bastante mala.

XXXII

La lápida fue entregada temprano, antes de la primera luz. Un esclavo despertó por la noche al factor de casa del prefecto y, adormilado e irritable, éste ordenó que la dejaran en el enclave espartano del despacho de su amo.

Quinto Valerio Corvo, prefecto del Ala Quinta Gallorum y comandante en funciones de Camulodunum, la encontró poco después de amanecer cuando fue a trabajar entre sus papeles, buscando una hora de paz antes de que las exasperantes trivialidades del gobierno colonial impusiesen su peaje.

Oyó a la guardia que llamaba dos veces antes de pensar en inspeccionar la piedra que tan recientemente había encargado. Todavía la estaba examinando una hora después, cuando llegó su primer visitante.

—¿Qué piensas de esto?

Limpia, definida e insidiosa, la piedra se apoyaba contra el muro más alejado. La arpillera colgaba por encima de uno de los bordes; la habitual pulcritud del prefecto le había abandonado por aquella vez.

Corvo hablaba alejandrino, por privacidad y por cortesía hacia su huésped y amigo, el físico Teófilo, antes de Roma, de los germanos, de Atenas y de Cos, y ahora de Britania. Teófilo había visto demasiadas lápidas últimamente para encontrarla tan absorbente, y su vista ya no era tan buena como antes. Pero aun así, para complacer a su amigo, se inclinó a examinarla.

Al cabo de un rato se volvió a incorporar.

—Es… sorprendente. ¿Qué quieres que piense de esto?

—Que Longino apreciaría mucho el humor, que cuadra muy bien con el hombre al que conocimos y que le servirá muy bien en la muerte, como él sirvió bien en vida.

Teófilo asintió, sabiamente.

—Entonces, por tu bien, así como por el suyo, eso es lo que pensaré —se agachó más aún y leyó las líneas inscritas en la piedra—: «Longino Sdapeze, hijo de Matyco, duplicario del primer escuadrón del Ala Prima Thracum», etcétera, etcétera. «Sus herederos han erigido esto de acuerdo con su testamento». ¿Ah, sí? —levantó la vista —. No sabía que tú fueses uno de sus herederos. ¿Quién era el otro?

Corvo se pellizcó el puente de la nariz.

—Valerio. ¿Quién si no?

—Claro —los ojos del físico eran acuosos y amables, y lo bastante agudos todavía para ver los huecos en el alma de otro hombre. Con gentileza dijo—: De modo que, en realidad, tú eres su único heredero. ¿Dejó nuestro amigo al irse algo de valor?

—El oro suficiente para que hicieran esa monstruosidad…, él eligió al

picapedrero, de modo que suponemos que sabía lo que se avecinaba, que es más de lo que sabía yo…, y un determinado caballo ruano, si es que le sobrevivió y si podemos encontrarlo entre el desastre de la guerra del gobernador, cuando finalmente vaya hacia el oeste para unirme a él, y si, habiendo encontrado al animal, puedo acercarme a él, y después de conseguir todas esas cosas, soy lo bastante estúpido o descuidado como para intentar montarlo.

Teófilo se enderezó entre crujidos artríticos de rodillas, y se puso de pie detrás del prefecto, masajeando sus hombros con unos dedos huesudos. Los músculos se suavizaron, pero no lo suficiente para disminuir el dolor de cabeza que empezaba a agudizarse debajo de sus ojos. Dijo:

—Como físico tuyo, te recomiendo encarecidamente que uses el hacha con ese caballo en cuanto le eches los ojos encima, pero no espero que lo hagas. ¿Debo interpretar que vas a irte pronto al oeste?

—Muy pronto —Corvo estiró el cuello—. Ahora que la nieve está clareando ya, se me ha ordenado que tome tres cohortes de nuevos reclutas y lleve mi ala de caballería al oeste «con toda la presteza posible». Supongo que la guerra no está evolucionando a la entera satisfacción del gobernador. Deberíamos habernos seguido entrenando un mes más aquí. Pero tal como están las cosas, me iré pasado mañana al amanecer si el tiempo lo permite.

—¿Están preparados?

—¿Los hombres? No, pero están tan preparados como podría estarlo alguien que no haya visto nunca un hombre muerto y con los genitales arrancados y metidos entre los dientes y las marcas de muerte de Mona en la frente y el pecho —Corvo sonrió brutalmente—. El gobernador necesita ayuda y nosotros somos todo lo que tiene. Al final ganará, pero perderá más que Longino. Nuestro picapedrero trinovante, mientras tanto, se ocupa de hacer lápidas de sorprendente vivacidad, aunque de un gusto limitado. Si miras atentamente el regalito de esta mañana, verás que el nativo acobardado bajo las patas del caballo de Longino está en posesión de un falo en plena erección.

—Y la sonrisa de un hombre que no está excesivamente acobardado, que digamos. Gracias. Preferiría no darme cuenta de esos detalles. El caballo, sin embargo, es bueno; se pueden decir muchas cosas malas de ellos, pero la verdad es que tienen buen ojo para los caballos —Teófilo dejó caer la cubierta de nuevo sobre la piedra—. Necesitas aire fresco. Vayamos…, ah, no —inclinó la cabeza en dirección al alboroto que se oía en la puerta—. ¿Será el procurador?

El rostro de Corvo adoptó el aire cansado de un hombre que sufre asedio.

—¿Y quién si no, armando tanto escándalo a estas horas de la mañana? ¿Te quedas? Podría necesitar un testigo si lo mato, para decir que me vi obligado a hacerlo por temor a perder la cordura.

—Con mucho gusto.

Teófilo se dispuso a esperar. En su opinión, Deciano Catón, procurador de toda

Britania, era un chupatintas y un usurero que no habría merecido una segunda mirada si el emperador no le hubiese elegido para convertirle en el segundo hombre más poderoso de toda Britania. Solo el gobernador tenía poderes de veto absoluto sobre las acciones del procurador, y aun así, éstos se usaban con mucha discreción. Cada uno de esos dos, gobernador y procurador, tenía órdenes de domeñar Britania o morir en el intento, y ninguno de los dos hombres estaba dispuesto a que se dijese después, en el senado, que el otro había entorpecido sus esfuerzos.

Durante un tiempo Teófilo encontró divertido contemplar al gobernador, líder de ejércitos y sojuzgador de naciones, protegiéndose contra un sencillo contable, como si aquel venenoso hombrecillo fuese un senador de camino hacia el trono imperial. Ver a Corvo obligado a retirarse cada vez más hostigado por un hombre que debería haberse ahogado en el fluido natal de su madre y así evitado al mundo su presencia no resultaba nada divertido.

El físico salió de su abstraída contemplación de los mosaicos de la pared y oyó el final de una frase:

—… plenamente consciente de la desgraciada desaparición del mercader Filo. Sin embargo, hasta que le encontremos vivo o demos con su cuerpo, resulta imposible decir cómo murió.

—Fue asesinado por Prasutago y sus bárbaros asquerosos —dijo el procurador con la fuerza áspera y susurrante de alguien que ha tosido demasiado en las primeras épocas de su vida.

Corvo se inclinaba sobre su escritorio, mirando hacia abajo, a sus dedos blancos y extendidos.

—Procurador Catón, el rey Prasutago fue leal desde el primer momento en que el divino Claudio puso el pie en esta provincia. Escoltó personalmente la cabalgata real a Camulodunum. En cualquier caso, además, los icenos fueron desarmados por la fuerza hace más de una década. Creo que es muy improbable que ni siquiera su rey pueda impulsarlos a atacar a un grupo de esclavistas armados.

—¿Ah, no? —los ojos del procurador se abrieron mucho—. Entonces eres un idiota mayor de lo que yo creía. Si no hubiese tenido una escolta armada, yo habría muerto diez veces ya en el primer mes que pasé aquí. A todas partes adonde iba, levantaban sus «cuchillos de desollar» y palpaban las hojas, a ver si estaban lo bastante afiladas para matar a un hombre.

—Estoy seguro de que lo hacían en cualquier lugar al que ibas tú —dijo Teófilo, en alejandrino, mirando hacia la estatuilla de Horus de bronce que había en el estante pequeño encima del brasero, como si comentase algo sobre su factura. Vio que un músculo de la mejilla de Corvo temblaba un poco y sonrió levemente.

Con una cierta sorna, Corvo dijo:

—Estoy completamente de acuerdo, procurador. La paz aquí es algo muy frágil, en el mejor de los casos. No podemos empezar a destruir pueblos enteros sin recurrir a la ley debidamente. El emperador no me dará las gracias por prender fuego a la

yesca del este, solo porque un hombre fue destrozado por un oso.

—No fue destrozado por ningún oso.

—Eso es lo que tú dices. Pero si deseas que actúe, tendrás que encontrar no solo el cuerpo de Filo, sino también pruebas indudables de que murió a manos de algún humano.

—Por supuesto —el procurador sonrió al prefecto y su amigo, el físico griego. Su voz se deslizó por encima de ambos—: Prefecto, ¿quieres venir afuera, por favor? ¿Y tú, físico? Creo que tus conocimientos nos proporcionarán la prueba que necesita el prefecto.

Tendrían que haber supuesto lo que se avecinaba. Quizá Corvo lo hubiese hecho, pero no podía hacer absolutamente nada para evitarlo.

Fuera, una carreta de bueyes desenganchada esperaba en medio del deshielo matutino, protegida contra los ojos curiosos. Olía, de una forma no desagradable, a tierra, a hielo fundido y un poco a orina de perro, como si un can callejero que pasaba hubiese marcado las ruedas. Una centuria de hombres armados estaban de pie detrás, en orden militar: los mercenarios veteranos del procurador.

El procurador subió a los radios de la rueda con sorprendente agilidad y se asomó por encima del borde del carro, con la ventaja de la altura. Miró hacia abajo, a Corvo, con el rostro pétreo.

—Recordarás que el mercader Filo y dos de los más cercanos a él llevaban siempre la insignia del pez que saltaba. ¿Es correcto eso?

—Sí.

Corvo era oficial de la caballería. Había luchado contra hombres mejores que aquél y los había matado. Teófilo le vio apartar su dolor de cabeza, que por entonces debía de ser bastante intenso, y esbozar una sonrisa inquisitiva.

—¿Has localizado su insignia? —preguntó.

—No la que pertenecía a Filo, pues era de plata y tenía algún valor. Pero tenemos otras dos de cobre y hierro, que sin duda se dejaron los saqueadores. Se encontraron junto a los restos de los mercenarios que servían a Filo y que murieron intentando salvar su vida. No hemos podido traerlos a todos, pero hemos registrado a cada uno, bajo declaración jurada de mis hombres.

Un legionario retirado a quien Teófilo recordaba como absolutamente incapaz de dirigir a ningún grupo de hombres armados dio un paso adelante entre un estrépito de cotas de malla bien pulidas, saludó y, sin que se le requiriera ni pedir permiso para ello, dijo:

—Se encontraron cuarenta y tres cuerpos. Una docena de nativos, veintisiete mercenarios, cuatro no identificados en…

La sonrisa de Corvo adquirió el filo que cualquier hombre que había servido a sus órdenes debía reconocer. El legionario tartamudeó y se calló. El movimiento de cabeza que hizo Corvo resultó terriblemente frío.

—Gracias, Drisco, ya nos imaginamos el resto —hablando por encima de la

cabeza del hombre dijo—: Procurador, ¿has traído los cuerpos?

—Por supuesto. No podía esperar que aceptases mi simple palabra para algo de esta magnitud.

Al procurador le gustaba mucho el teatro, y sus hombres habían recibido entrenamiento hasta el punto de automatizarlo todo. Él bajó de la rueda tan limpiamente como había subido. A una señal suya, Drisco se adelantó y levantó un extremo de la lona. Tres más fueron a ayudarle. El descubrimiento de la carreta se consiguió con una sola maniobra limpia. Los hombres del procurador, eso había que asumirlo, estaban tan bien disciplinados como cualquiera que sirviese en las legiones, si no más.

Teófilo había pasado bastante tiempo de su carrera contemplando a hombres como Drisco descubrir carretadas de muertos. Esperaba, fatigado, que la oleada de hedor le alcanzase de lleno, y seguía esperando, y al final se dio cuenta de que ya había ocurrido y podía relajarse, porque el invierno y los animales carroñeros habían suavizado el hedor hasta convertirlo en algo mohoso y dulce, y casi agradable.

Se inclinó por encima del borde para ver mejor. Unos huesos amarillentos y fragmentos de calaveras yacían desparejados, como en un juego de niños, formando una maraña de ligamentos y resecos pellejos humanos. Harapos de tela sobresalían aquí y allá donde los nativos, los animales invernales y los pájaros primaverales no habían encontrado mejor uso para ellos. Encima de todo, colocados ostentosamente sobre la curva de un costillar bien limpio, se encontraban dos salmones saltarines, llenos de óxido y verdín, de modo que solo resaltaban los ojos enjoyados.

Tal y como se pretendía, atrajeron al momento la atención de Teófilo, de modo que le costó un momento mirar más allá y ver lo que más importaba. Levantó la vista. Corvo captó su mirada y meneó la cabeza, de modo que el físico cerró la boca y no dijo lo que estaba a punto de decir, esperando un momento mejor.

El procurador estaba de pie junto a ambos. Su aliento olía a marisco antiguo, un olor mucho peor que el de los muertos despojados por el invierno. Con el aire de alguien que está dando lecciones a unos niños, dijo:

—Creo que éste —y tocó con la punta de un cuchillo enfundado un cuerpo— era Filo. Su broche de pez ha desaparecido, pero al esqueleto le falta el dedo meñique de la mano izquierda, y tiene una fractura ya curada en el tobillo, igual que él, Y en cuanto al resto, observaréis que los cuerpos están desnudos. Y lo más importante de todo: no se ha encontrado ni cota de malla ni arma alguna en el claro —sonrió. Sus hombres también sonrieron, cómplices. Habían oído antes aquel mismo discurso, más de una vez—. Mi experiencia me dice que los osos raramente hacen el esfuerzo de desnudar a sus presas. Los insurgentes nativos, en cambio, lo hacen siempre.

Corvo no sonrió. Distraído, dijo:

—Y también los bandidos y ladrones. Teófilo, necesitaré detalles de cómo murieron esos hombres, al menos en lo que se pueda deducir por sus huesos —había subido a la parte trasera del carro, para estudiar mejor su contenido. Al hacerlo, había

recuperado la ventaja de la altura—. Procurador, hasta que tengamos un inventario completo de los cuerpos, incluyendo el modo de su muerte y la identificación que podamos…

—¿Qué otra identificación necesitas? ¿Acaso niegas que ése es Filo?

—… hasta que hayamos identificado plenamente todos los cuerpos que no son romanos, hasta que hayamos dilucidado la naturaleza de las heridas de los muertos y hayamos tenido la oportunidad de establecer la identidad de sus asaltantes…

—Prefecto, eso no son más que tonterías. Se sabe que la última persona con quien estuvo Filo fue Prasutago. Está muerto y sus hombres con él. De acuerdo con las estimaciones de Drisco, hay al menos dos docenas de juegos de espada, escudo y cota de malla que no aparecen. Por lo tanto, no solo tenemos un nido de asesinos enconados en el apestoso vertedero de la aldea del «rey» Prasutago, sino los inicios de una rebelión. ¿Cómo podría ser de otro modo?

—Porque Prasutago también está muerto.

La lluvia había empezado a caer. El golpeteo sobre las tejas del tejado destruía el silencio. La sonrisa de Corvo se mantenía estudiadamente neutra.

El procurador parpadeó lentamente, mirándole. Las aletas de su nariz se pusieron amarillas por la presión de su aliento. Dijo:

—¿Cómo puedes estar seguro?

—No estoy seguro de nada, y por eso he pedido que nuestro físico haga un inventario, pero no conozco a ningún otro hombre que llevase la banda real de los icenos en su único brazo —Corvo se apartó un poco—. ¿Teófilo? ¿Puedes confirmar que el esqueleto que yace debajo del de Filo tiene el brazo derecho amputado por encima del codo y le fue amputado al principio de la edad adulta, y que hasta muy recientemente algo con unas piezas de bronce o cobre se encontraba entre los restos del brazo izquierdo?

Un milagro permitió a Teófilo mantener la cara seria. Murmuró:

—Bien hecho —en alejandrino, y luego se inclinó hacia delante y pasó un dedo por las manchas verdes de cobre en el antebrazo del esqueleto de Tago, y luego de nuevo por las costillas, contra las cuales había descansado aquel brazo. Hasta los que estaban más lejos, en la multitud, vieron sus dedos manchados de verde cuando él levantó la mano.

—Quitaron el brazalete después de la última lluvia —dijo—, o sea, ayer. La artesanía nativa de esa calidad valdría una pequeña fortuna en Roma. Supongo que uno de los hombres del procurador lo mantendrá bien guardado y a salvo, cosa que sería muy sabia; podía haberse caído con toda facilidad de la carreta. ¿Procurador?

El procurador le habría matado de buen grado. Al no poder hacerlo, ciertamente, estaba a punto de matar al hombre que había quitado el brazalete. La amenaza de los azotes se cernía en el aire, muy presente, y a unos cuantos hombres del séquito del procurador se les vio de pronto con un aspecto muy desolado.

Corvo se aclaró la garganta.

—Gracias, Teófilo. Creo que deberíamos…

Por cuarta vez aquella mañana el prefecto se vio interrumpido; pero no por el procurador aquella vez, sino por el sonido de caballos que se acercaban a toda velocidad.

La mañana era tranquila, y el estrépito de muchos caballos llegaba de forma clara desde las puertas orientales. Cuando se abrieron éstas, los que llegaban habían formado ya un bloque ordenado, flanqueado a ambos lados por los oficiales de las puertas, que formaban una escolta que era a la vez una guardia de honor y una partida de arresto.

Cabalgaban reposadamente por la *via pretoria*, tan comedidos como una delegación de Roma. Los caballos de los guardias estaban intranquilos, y se movían a los lados bajo unas manos que los sujetaban con excesiva firmeza, y unos hombres que no estaban demasiado seguros de su posición. Los nueve recién llegados a los que escoltaban eran jóvenes nativos, montados en caballos castrados castaños de idéntica estampa, y vestidos de forma similar, con unos mantos cortos de cabalgada de color azul iceno, con elaborados dibujos en dobladillos y cuello. Todos llevaban ornamentos de dientes de oso entretejidos en el cabello de las sienes y un broche de oro sujeto en el hombro, con la forma del caballo al galope de los icenos.

El más alto de ellos iba cabalgando en el centro. Su cabello era del color dorado del grano en verano, y sus ojos ambarinos, y llevaba un brazalete real que hacía juego, y quizás excedía, incluso, la magnificencia de aquél que había adornado antes el brazo de Prasutago, rey muerto de los icenos.

Teófilo vio que el procurador calculaba mentalmente el valor de aquel brazalete, y de los broches que llevaban los otros ocho jinetes, y de los caballos que montaban, y estuvo a punto de adelantarse para intervenir en lo que podía haber sido un desastre diplomático cuando Corvo le cogió por el brazo y, en alejandrino, murmuró:

—No. Ya lo sabe. Mira.

Y Teófilo miró y vio, con creciente deleite, cómo el joven guerrero se apartaba de su guardia y su séquito y ponía el caballo al galope, encaminándose directamente hacia el procurador.

Los guardias eran lentos y solo tuvieron tiempo de gritar alarmados, y no de actuar. Los mercenarios del procurador también fueron sorprendidos y no consiguieron arrojarse ante su señor e interponer sus cuerpos, como habría sido lo adecuado. Solo un explorador coritano que se había unido al séquito del procurador tuvo la presencia de ánimo suficiente para adelantarse, cuchillo en mano, para enfrentarse al guerrero que venía, y retrocedió de nuevo enseguida cuando el joven con el manto iceno hizo detenerse al caballo de pronto y saltó de la silla, arrodillándose ante los pies del segundo hombre más poderoso de toda Britania.

—Deciano Catón, procurador de toda Britania, Breaca de los icenos te envía sus saludos, ya que por desgracia, después de la muerte de su esposo, y al encontrarse de luto, no puede abandonar su hacienda. Pero vengo en su lugar yo, hijo de ambos, para

ofrecerte el regalo de los icenos, y nuestro ruego de que nos ayudes a recuperar el cuerpo de nuestro rey, que fue asesinado a principios del invierno defendiendo la vida del comerciante de esclavos Filo, que los dioses los traten a ambos con similar justicia.

La pronunciación de su discurso fue perfecta, con la cadencia y la claridad de un heraldo de la corte. A medida que las palabras hacían eco entre las villas de la primera ciudad de Roma con sus tejados de cobre, fue desprendiéndose el broche que llevaba en el hombro y dejó caer el manto a sus pies, y tendió entonces el caballo al galope de oro macizo que valía la mitad del salario anual de cualquier hombre en la nómina del gobernador. Por debajo iba desnudo hasta la cintura, con unas cicatrices de guerra o rituales cubriéndole el cuerpo que hicieron estremecer a Teófilo y dejaron sin habla al procurador.

—El regalo de los icenos —dijo el joven, sonriente—. Con nuestro respeto hacia tu cargo y nuestro deseo más sincero de que se nos devuelva el cuerpo de nuestro rey asesinado.

* * *

Desnudo hasta la cintura, con las marcas del oso claramente visibles en hombros y espalda, Cunomar estaba arrodillado en medio del polvo de la calle principal de Camulodunum y miraba al procurador de toda Britania mientras éste consideraba y descartaba tres respuestas diferentes a su regalo y a la petición que acompañaba.

El hombre era una verdadera sanguijuela, y un ser despreciable, pero al menos no era el gobernador, y por eso Cunomar se sentía agradecido. Había practicado el discurso todo el invierno, hasta que pudo recitarlo en sueños. Coágulos de latín inundaban sus sueños como cuervos en un campo de batalla, y se sintió desmesuradamente agradecido cuando llegó el deshielo y con él el momento de actuar.

No era posible saber de antemano quién estaría al mando de la guarnición de la ciudad cuando llegase el deshielo, y enfrentados a dos alternativas, la decisión de arrodillarse ante el procurador había sido tardía, sugerida por el instinto: Corvo no era tan soberbio y orgulloso como para objetar ante el hecho de que se le pasara por alto, y el procurador era peligroso, y había que ganárselo, o al menos ligarlo mediante algo semejante al honor.

Viéndolo en aquel momento, Cunomar comprendió que su intuición había sido la más adecuada. Antes de que el procurador recuperara la compostura, Corvo se adelantó y, ofreciéndole la mano a Cunomar, le ayudó a levantarse.

—Bienvenido a Camulodunum, Cunomar, hijo de Breaca y heredero de Prasutago, rey de los icenos. Lamentamos profundamente la muerte de tu rey, y ofrecemos nuestras condolencias a tu madre y a tu familia. En nombre del emperador,

te devolveremos el cuerpo de Prasutago en cuanto podamos. Mientras tanto, ha sido una cabalgata muy larga, debes de estar cansado. Si quieres traer tu guardia de honor y unirte a nosotros, podemos ofrecerte la hospitalidad de nuestra ciudad.

Ya estaba hecho, de la manera más limpia. Ningún hombre por muy poderoso que fuera podía contradecir una oferta hecha en nombre del emperador.

Cunomar inclinó la cabeza, tal como había visto hacer en una ocasión al hijo del emperador, en Roma.

—Gracias. En nombre de mi pueblo yo…

—No —el procurador había recuperado la voz—. Por supuesto que el cuerpo del rey debe ser devuelto, pero antes de eso debemos examinar su testamento, que se ha convertido en ley a su muerte, y se ha desatendido. Se guarda una copia bajo llave en la residencia del gobernador. Debe ser leída de inmediato para determinar el tamaño de las propiedades y los nombres de los beneficiarios.

«*… el tamaño de las propiedades y los nombres de los beneficiarios*». Unos vientos fantasmales cosquillearon la espalda de Cunomar. A lo largo de todo aquel invierno, aquello era lo único que desconocían: nadie, ni en el poblado ni fuera de él, tenía ni idea de cuál era el contenido del testamento de Tago, ni de cómo podría cumplirse a su muerte.

Ni Corvo tampoco lo sabía, al parecer, aunque leyó los sobreentendidos que había tras las palabras del procurador tan fácilmente como Cunomar, y le gustaron tan poco como a éste.

—¿Qué prisa hay, Catón? Si el rey lleva muerto desde principios del invierno, entonces medio día más no importará, y tenemos un huésped al que hay que honrar y procurar que se acomode después de su viaje, antes de que escolte a los restos de su padre hasta su última morada. ¿Quieres que nuestros visitantes piensen que Roma es incapaz de las más elementales cortesías comunes entre las tribus?

Tan hábilmente como cualquier estratega de guerra, el procurador cerró la trampa que había colocado y que nadie había previsto.

—Por el contrario, prefecto, estoy haciendo lo mejor para nuestro joven huésped, y él sin duda me estará agradecido. Si el rey lleva tanto tiempo muerto, entonces habrá que pagar seis meses de intereses del dinero que se debe al emperador. ¿Privarías acaso a los cofres reales de su deuda? ¿O impondrías al hijo del rey una carga mayor de la que ya sufre? Si es así, solo tienes que decirlo. Respeto siempre tu rango.

Era risible. El procurador no respetaba a nadie, desde luego. Cunomar vio que el prefecto se pellizcaba el puente de la nariz. Le parecía que aquel hombre luchaba contra un dolor de cabeza monumental.

—No —dijo—. Creo que deberíamos inclinamos en este caso a tu mayor sabiduría. Los registros deben guardarse bajo sello en el despacho del gobernador. Si quieres dirigir tú la marcha…

* * *

Había mármol blanco en el suelo del despacho del gobernador, y en las paredes, y también en el techo. El escritorio en el que se sentaba el escribiente del gobernador era de mármol negro y las palmatorias que había encima de oro macizo, en forma de cabeza de elefante, con las velas de sebo colocadas en sus trompas retorcidas.

Cunomar, que había pasado dos meses como prisionero en Roma y había asistido a una audiencia con el emperador, reconoció aquella ostentación, y su objetivo, que era impresionar. No era una habitación muy bella, pero el aroma de dinero la impregnaba toda, hasta tal punto que embotaba los sentidos, de modo que cualquiera que fuese conducido allí sabría que en aquel lugar se exhibían abiertamente todas las riquezas de Britania, y eso que aquél era solo el frío y pétreo despacho del escribiente, la más modesta de las propiedades romanas.

El propio escribiente era el hombre más bajito de la habitación por el ancho de una mano, pero dominaba todo el espacio como si fuese el dueño y todos los demás estuviesen a su servicio. Cunomar le observó mientras separaba a los corruptos, temerosos y simplemente curiosos que se habían ido acumulando allí de aquellos que tenían o bien la autoridad para insistir o bien una razón irreprochable para entrar en sus dominios.

Al final quedaron cuatro. El prefecto era el máximo representante del gobernador, y por tanto no se le podía despedir. El procurador respondía solo ante Nerón, y posiblemente superaba en rango incluso al prefecto; ciertamente, superaba en rango a un simple escribiente, por muy elevado que fuese su cargo. Teófilo estaba presente porque el físico había curado los cálculos biliares del escribiente en invierno, y el hombre no se veía capaz de echarle.

Solo quedó entonces Cunomar, que era un bárbaro, y por lo tanto no se le habría permitido nunca el acceso al despacho, y se le habría dejado esperando en la antecámara con sus guerreros, pero resultaba que era el hijo del difunto rey y tenía derecho a oír el testamento de su padre. Sonrió al escribiente, que no estaba acostumbrado a tratar con los nativos en ningún caso, y mucho menos con jóvenes semidesnudos con ornamentos en el pelo y cicatrices en el cuerpo, que le sonreían y movían los hombros para que las marcas del animal cobrasen vida momentáneamente. Se sonrojó profundamente en la base del cuello, y más aún cuando la sonrisa de Cunomar se amplió, y abandonó su protesta cuidadosamente estructurada.

Así, cuatro hombres se quedaron de pie como niños descarriados ante el escritorio de mármol mientras el escribiente buscaba, encontraba y leía el rollo de pergamino que Prasutago, rey de los icenos por la gracia del emperador, había firmado frente a testigos el día que murió Eneit.

* * *

Una parte de Cunomar vivía para siempre en la cueva de los caledonios donde había conocido por primera vez a la osa. Allí, echado bajo los cuchillos calientes durante tres días, aprendió lo que era dominar su mente y su cuerpo al servicio de los dioses.

Ese conocimiento le sirvió mucho en el helado despacho de mármol del escribiente del gobernador. Amortiguó sus sentidos y los volvió a afilar de modo que pudo oler la victoria próxima en el procurador y la cautelosa honradez de Corvo, el prefecto, y la desesperación más pragmática del físico. Las marcas de oso en sus hombros ardían como si se las acabasen de hacer, y sus intestinos se movían con la perspectiva de una batalla que no sabía del todo cómo librar, pero que no podía perder.

Creyendo que eso era lo mejor, su madre le había mandado a él; y creyendo que era el mejor, Cunomar había aceptado el regalo de su confianza y acudió. Todavía lo creía, dependiendo de sus instintos aguzados de oso para que le dijeran cómo actuar cuando llegase el momento. Lo único que se requería de él mientras tanto era que se mantuviera presto y que no dejase asomar su miedo. Movió sus hombros adelante y atrás, para liberar la tensión. El escribiente le miró cuando lo hacía, y los puntos negros de sus ojos relampaguearon, muy abiertos.

El hombre tragó saliva y, lentamente, como si se dirigiera a un idiota, dijo:

—¿Tú eres el hijo del rey?

Cunomar sonrió solo para ver cómo se sonrojaba el hombre de nuevo, y dijo, en un latín impecable:

—Soy hijo suyo solo nominalmente. No soy de su sangre.

—Ya lo entiendo. Eso lo explica todo.

En el frío de la mañana primeriza, en una habitación forrada de piedra, el escribiente sudaba un poco. Su mirada oscilaba desde el procurador al prefecto y de vuelta otra vez. No estaba claro a quién se le acabaría antes la paciencia, solo que ninguno de los dos hombres estaba inclinado a seguir esperando más.

Corvo fue el primero en hablar.

—Escribiente, si pudiéramos escuchar los detalles del legado del rey sin ninguna de las apelaciones a los dioses o al emperador, nos iríamos mucho antes de tu despacho.

El escribiente dudó, sopesando las necesidades de la ley contra la necesidad más urgente de librarse de aquellos hombres que habían invadido su despacho. Al final, dejando caer sus ojos hacia el documento que tenía delante, dijo:

—Dejando a un lado las listas de caballos, oro, tierras y súbditos, está claro que el rey no hace mención alguna de su hijo en este testamento, tal y como habría sido lo correcto, sino que por el contrario, deja la mitad de sus posesiones al emperador, que sea loado por siempre, y la otra mitad…, a sus hijas.

Cunomar no esperaba ser mencionado. Una parte de sí mismo se regocijaba por el honor hecho a Graine y Cygfa, mientras que el resto planeaba cómo se podrían reducir las «posesiones» de Tago al mínimo. Demasiado tarde, notó el silencio triunfal del procurador a un lado y la similar desesperación de Corvo al otro.

Levantando la vista vio que algo no dicho pero tangible pasaba entre Corvo y Teófilo, el físico. Ambos se volvieron hacia él y leyó la compasión en sus ojos, y el deseo de ayudarle sin ser capaces de hacerlo.

Teófilo le dio un ligero codazo. El procurador estaba hablando y Cunomar no lo había oído.

—¿Perdón? —dijo.

El hombre volvió a hablar con un latín infantil, espaciando mucho las palabras.

—Tus hermanas, las hijas del rey, ¿están casadas?

En el espacio de una frase, ya estaban en combate, tan claramente como si se hubiesen ensangrentado las espadas. Como los dioses solo amaban la verdad, Cunomar dijo:

—Los icenos no nos casamos. No vemos el sentido de hacerlo.

Un silencio marmóreo cayó sobre ellos. Una solitaria lágrima de cera cayó desde una de las velas en sus palmatorias de elefante a la mesa del escribiente. El ruido que hizo fue menor a la caída de una pluma, pero resonó muy fuerte para todos. Corvo hizo un gesto de dolor. Teófilo cerró los ojos y se llevó la punta de los dedos a los labios.

Deciano Catón, procurador de todos los bienes y recursos pertenecientes al emperador y representante civil de Nerón en la provincia de Britania, se rio abiertamente.

—Entonces son huérfanas y, por supuesto, deben quedar bajo la custodia del emperador, que se responsabilizará de la onerosa carga de gestionar sus bienes y posesiones. Se sentirá muy feliz de encontrarles maridos adecuados en Roma. Muchos hombres, de eso estoy seguro, se alegrarán de casarse con la hija de un rey bárbaro, sobre todo si la dote es lo bastante sustanciosa. Una parte de los ingresos de los icenos persuadirían incluso al más lerdo de los hijos de un senador para que… ¡No! —el procurador dio un paso atrás, golpeándose con la cadera en la mesa del escribiente. Con voz chillona gritó—: ¿Vas a ejercer violencia ante el prefecto?

—Yo no ejerzo ninguna violencia.

Era cierto; Cunomar no se había movido. Tres días bajo los cuchillos de las osas de los caledonios le habían mantenido quieto contra todas las fibras de su instinto y la necesidad ardiente y acuciante de matar que había visto a menudo en su madre, pero que todavía no había sentido por sí mismo. Que tal cosa hubiese aparecido, aunque fuese muy brevemente, en sus ojos o en su rostro era muy lamentable. Hizo lo que pudo por encontrar la tranquilidad en su alma.

En eso tuvo ayuda. Teófilo estaba tras él; notaba la mano del físico en la parte baja de su espalda y oyó en iceno los suaves murmullos de las invocaciones a Nemain que

se pronunciaban antes de la batalla. Corvo también estaba más cerca que antes, de modo que su hombro tocó el de Cunomar y su peso le mantuvo firme. El prefecto dijo:

—Si hubiese hecho un solo movimiento, le habría arrestado. Pero no se ha movido.

—Es un bárbaro y no conoce la civilización —el procurador habría muerto en una batalla; su miedo se transparentaba demasiado abiertamente. Sudando, dijo—: Matan sin pensar en las consecuencias. Filo es prueba de ello. Las propiedades del emperador deben ser recuperadas con toda premura o las ocultarán. Prefecto, hay que hacerlo enseguida, necesitaré apoyo armado.

—Ya lo tienes. Tal y como te cuidaste mucho de mostrarnos antes.

—Una sola centuria de antiguos legionarios no basta.

—Te ruego que lo difieras —Corvo se mostraba heladamente educado—. El hijo del rey te ha oído vilipendiar a sus hermanas y ha mostrado sin embargo una contención admirable. Sin embargo, si crees que necesitas más hombres para acercarte a su madre en su duelo, entonces tendrás que reclutarlos tú. Yo tengo tres cohortes de hombres a mi mando y órdenes de conducirlos hacia el oeste, en ayuda del gobernador. Tito Aquilio, *primus pilus* de la Vigésima legión, se quedará aquí con una sola centuria a su disposición. Desde luego, jerárquicamente eres superior a él. Si quieres ordenar que sus tropas te escolten al norte, dejándole sin nadie que administre los asuntos de Camulodunum, entonces debes hacerlo, desde luego. Le avisaré de que te exija un memorándum firmado con tu orden frente a testigos, para que, si los veteranos causan problemas o uno de los nativos se emborracha y no hay forma de controlarlo, quede claro por qué se le ha dejado impotente para actuar.

Corvo se inclinó hacia el escritorio de mármol y jugueteó con el charquito de suave cera que había quedado bajo la cabeza del elefante. En iceno, pensativamente, como si recitase una letanía, dijo:

—Hijo de la Boudica, no puedo hacer nada más. Mantén a salvo el legado de tu padre. No desperdicies tu vida, como él no lo hizo.

Mirando hacia arriba, dijo en latín más formal:

—Cunomar, lamento la conducta de mis conciudadanos. La oferta de hospitalidad de nuestra ciudad sigue en pie, para ti y para tu guardia de honor, mientras el procurador arregla sus asuntos. Creo que deberías viajar al norte con él, y que él querrá que lo hagas.

—Sí, así es. De hecho, insiste en que el «hijo del rey» y su séquito se mantengan bajo guardia armada hasta que podamos llevarles de vuelta al lugar de donde vinieron. Si deseas alimentarles mientras esperan, puedes hacerlo, pero si dejas que se vaya uno solo de ellos, responderás ante el emperador por ello.

El procurador se abrió camino y se dirigió hacia la puerta. Fuera, Unagh y los otros siete de la guardia de honor de Cunomar esperaban en el frío espacio de mármol de la antecámara. Más allá, en la plaza que rodeaba la residencia del

gobernador, ochenta hombres armados al mando del procurador esperaban sus órdenes.

Al dejarle con Corvo y Teófilo en el despacho del escribiente, Cunomar examinó y luego descartó todas las posibles vías de acción. Cada una de ellas conducía al desastre; para sí mismo, para las osas, para su madre, para el ejército que, en aquel mismo momento, ella estaba reuniendo.

«Mantén a salvo el legado de tu padre. No desperdicies tu vida, como él no lo hizo». Corvo era un guerrero, igual que Cunomar; había visto los caminos y las muertes que había al final de cada uno y había intentado, a su manera, evitar la catástrofe. Pero había fracasado.

Cunomar había contemplado la dignidad con la que su padre se enfrentó a su muerte en Roma. Cuando los hombres del procurador formaron en línea y ocho de ellos entraron en el despacho para escoltarle fuera, encontró algo parecido a aquella dignidad en su interior, de modo que pudo inclinar la cabeza ante Corvo y decirle:

—Gracias. El prefecto siempre ha sido amigo de los icenos. Mi madre te estima mucho y continuará haciéndolo, ocurra lo que ocurra con nuestro pueblo.

XXXIII

El dios llegó a Valerio bajo la forma de un toro negro, con la luna sujeta entre sus cuernos, o quizá como la luna misma, sujetando a un toro en el borde de su hoja en forma de hoz.

Lo vio a la luz del fuego, de pie junto al borde del campo. Estaba allí cuando se levantó y fue a averiguar qué era lo que le había hecho salir. El perro caminaba a su lado, más sólido bajo la luna vieja que bajo la nueva.

El toro era una figura sólida, de carne y hueso, vivo, lleno del poder y la pasión de la primavera. Paseaba por el seto de espinos y olisqueó la mano de Valerio y enroscó su larga lengua en torno a su palma, buscando el sabor salado de su sudor.

Él se quedó un rato con él, mientras escuchaba el viento entre los espinos y el susurro de los dioses, y luego volvió al fuego y despertó a Longino, que rodó a un lado, soñoliento, y, tal y como había hecho el toro, cogió su muñeca y le besó la palma de la mano.

—Hueles a res.

—Hay un toro ahí fuera.

—Ah —Longino intentó volverse y no pudo—. ¿Es rojo?

—No, negro. Y es de verdad, pero hemos de marcharnos.

—¿Por qué será que no me sorprende? —ya despierto, Longino se sentó. A lo largo de diez días de viaje había recuperado gran parte del peso que había perdido después de la batalla, y las ojeras y la presión del dolor habían desaparecido de sus ojos. Se sacudió el sueño y bebió de la jarra de agua que Valerio le ofrecía.

Miró por encima del seto al toro, que le devolvió la mirada.

—No sabía que el dios toro todavía te hablaba, después de haber profanado su santuario.

—No, yo lo restauré. Eso es diferente. Y a lo mejor no es Mitra. Ahora estamos en territorio iceno. Los antepasados de esta tierra conocían al dios en forma de toro antes de que las legiones trajesen a su Padre Todopoderoso de Persia. Al menos puedes ponerte de pie, eso es bueno. ¿Crees que podrás correr?

—Si tengo que hacerlo… Lo que tenía herido era la cabeza, no las piernas. ¿Adonde vamos?

—A encontrar armas para nosotros que no haya hecho Roma. No vamos muy lejos, pero necesitaremos volver antes del amanecer.

—¿Y por qué no podemos ir a caballo?

—El lugar al que vamos está custodiado. Los caballos no pueden acceder allí.

Longino tembló. Nada humano podía custodiar un lugar contra los caballos y no

contra los hombres.

—Pero, ¿estamos invitados? —preguntó.

—Eso espero.

Corrieron y luego caminaron y luego corrieron otra vez. La luna subió muy arriba en el cielo y la noche ya no era joven.

Valerio notaba un temblor bajo las plantas de sus pies, el susurro de Nemain manifiesto, teñido con unas corrientes subterráneas mucho más antiguas. Lo siguió hacia delante, dejando que guiara a su razón. Siguiéndole, Longino tropezó con una raíz de espino. Iba cada vez más lento y estaba claro que sentía dolor.

Valerio se abrió camino entre arbustos de brezo y bayas, con un paisaje abierto detrás, forjado en plata y negro. Se parecía al aspecto que imaginaba tendrían las tierras de los muertos, cosa nada buena.

Se detuvo junto a un abedul solitario y esperó.

—Lo siento. No me había dado cuenta de que estaba tan lejos. Podemos descansar el resto del día, una vez hayamos conseguido las espadas y volvamos al fuego.

Longino llegó junto a él, respirando fuerte y agarrándose el costado. Sonrió, tenso:

—No te disculpes. Si vamos a luchar, necesitaré estar en forma —cerró los ojos y se inclinó hacia atrás, contra el abedul—. ¿Debo interpretar que vamos a luchar?

La atención de Valerio estaba puesta en el perro, que se había adelantado un poco, siguiendo un camino marcado por otra luna que no era la que ahora iluminaba la noche. Sin pensarlo mucho, dijo:

—Eso parece. Si necesitamos espadas debe de ser para luchar. No esta noche, pero pronto —el temblor que notaba bajo sus pies se sentó y se hizo más seguro. Dejando el abedul, lo siguió hacia delante y hacia la izquierda, entre dos rocas.

La voz de Longino le buscó:

—¿Te han dicho tus dioses de qué lado lucharemos?

—No, todavía no. ¿Y los tuyos?

—Apenas —Longino rio con una risa breve y dolorida, como un ladrido—. Están demasiado ocupados intentando mantenerme vivo para preocuparse por detalles menores como de qué lado de una guerra extranjera se me pedirá que luche —siguió hacia delante, hasta las rocas—. Deberíamos correr de nuevo. La aurora se acerca ya, y no deseo averiguar lo que puede ocurrir si no volvemos junto al fuego antes de que se haga de día.

—Creo que hemos llegado. Ven y mira.

De no haberle guiado el perro y el retumbo de los dioses, Valerio nunca habría encontrado el montículo. Aun encontrándose solo a la distancia de una lanza de la abertura, no estaba seguro de que fuese allí, solo que oía voces que no estaban en sus oídos, ni tampoco en su cabeza, sino en los rincones más alejados de su alma. Estaban furiosas, pero no con él, o quizás es que, sencillamente, se había acostumbrado tanto a la ira de los muertos que ya resultaba inmune a su poder. Inclinó la cabeza intentando oír más allá de la oleada sonora de aquello que se encontraba justo debajo.

Longino le alcanzó y lo lamentó.

—Dioses, Valerio… —el tracio había olvidado su dolor. Tomó el pomo de la espada a su costado, que era una buena y sólida hoja romana de la caballería, y no servía absolutamente para nada contra aquellos que ya estaban muertos. Vio el túmulo y su abertura—. Es muy pequeña —dijo, débilmente.

A pesar de sí mismo, Valerio se rio.

—Los muertos no necesitan mucho espacio.

—Ni luz. Deberíamos haberlo pensado. ¿Has traído fuego?

—Sí. —Desde que pasó un tiempo en la cueva del dios, Valerio llevaba a todas partes lo necesario para hacer fuego: yesca, una vela y una pequeña varilla mojada en una mezcla de resina de pino y grasa de oveja que ardía y mantenía una llama mayor que la vela. La encendió y la cogió en la mano de la espada, como acto de confianza—. No te obligaré a venir, pero creo que deberías hacerlo.

—Yo también lo creo —Longino estaba ronco por los nervios—. Iré adonde vaya la luz. Pero no dejes que se apague.

* * *

Longino tenía razón; el túmulo era muy pequeño. Valerio se arrastró a través de una abertura que ya habría resultado pequeña para un niño, y luego siguió por un túnel que venía a continuación, a lo largo, hacia una cámara mucho más pequeña de la que había en el interior del túmulo del sueño de los antepasados en Hibernia.

Su llama de resina de pino parpadeaba entre las rocas y huesos y turba seca. Podía notar que había otros a su alrededor: Cunomar, el niño mimado; Cygfa, la guerrera que era Caradoc renacido como mujer y que por eso mismo causaba terror; el propio padre de Valerio, no Luain macCalma, sino Eburovic, el maestro herrero de los icenos, a quien había conocido como padre a lo largo de toda su niñez. Y por encima de todos los demás, más fuerte, más cercana, tan cercana que casi podía tocarla, estaba Breaca.

Pero ella no estaba allí, no podía estar allí; el espacio en el túmulo no lo permitía. Sin embargo, había estado, y había dejado allí una parte de su ser. Valerio se esforzó por mirar las cambiantes sombras de la llama y todo lo que tocaba, la roca, los huesos antiguos, las cagadas de ratón, y luego, cegadoramente (¿cómo era posible que no las hubiesen visto al principio?) las cinco espadas que yacían en unos rebordes recortados en las paredes.

La presión que sentía en la cabeza era asombrosa; ni en el montículo de los antepasados en Hibernia, ni en la cueva de Mitra en las montañas occidentales había notado tan cercana la presencia de los muertos, ni su determinación de matar. El suyo era como un silbido de serpiente que inundaba su mente, destinado a robar su alma y

vaciarle y devolverle así a la noche, para que muriera. Curiosamente, su odio parecía impersonal. No odiaban a Valerio por ser quien era, ni por lo que había sido, sino sencillamente por estar allí, y por haber acudido sin ser invitado.

Pero había sido invitado; eso lo creía, junto con todas las cosas que pensaba que eran ciertas. Cerrando los ojos buscó el mismo nexo con la luna y la dirección del toro que llevaba a la luna entre los cuernos y la encontró, y se adelantó para reunirse con lo que allí había, menos adverso que lo demás.

Lentamente el mundo se hizo de hierro, entretejido y golpeado y tejido de nuevo, y de bronce fundido y fluido, rojo como la sangre vital, forjado en forma de osa alimentándose, que se alzaba sobre sus cuartos traseros para mirarle. Hablaba con la voz de Eburovic, el no-padre de Valerio, que había pasado toda una primavera haciendo aquella única espada.

«Tómala, la espada de mi alma. Mantenla a salvo. Sabrás lo que haya que hacer y cuándo hacerlo».

A través de todos los años de acoso que había sufrido, entre las incontables provocaciones de los muertos, Eburovic nunca había odiado a su hijo, ni le había deseado mal alguno. Valerio le preguntó:

—¿Por qué ahora?

Pero no oyó nada.

—No deberíamos estar aquí —dijo Longino, susurrando. Su voz se perdió entre el estruendo de los muertos.

«Hijo mío, levanta la osa de la piedra. Es tuya por derecho».

—Tú no eres mi padre —y era cierto. ¿Cuándo había llegado a saberlo con toda certeza? En algún momento en Mona, cuando otro soñador le había confundido con el Anciano y luego se había disculpado—. El que me engendró fue Luain macCalma.

«Sin embargo, yo te doy la espada que hice para que la uses y la guardes hasta que yo te pida que renuncies a ella».

—¿Y los demás? De las cinco espadas, no todas fueron hechas por ti.

«No, pero aun así son buenas. Cógelas. En la guerra que se avecina, las necesitaréis. Quedan ya muy pocos que puedan defender la voluntad de los muertos».

—Valerio, deberíamos… —Longino, que estaba vivo, era menos tangible que los muertos.

El fantasma era el centro del mundo, todopoderoso y omnisciente, como le había parecido Eburovic a Bán, el niño que luego creció y se convirtió en Valerio. Hizo el saludo de un guerrero a otro, y luego de un guerrero al soñador. Formó con su mano izquierda la luna creciente de Nemain, que podían ser también los cuernos de un toro.

«Por favor», hablaba con gran seriedad. «Como aquél que fue tu padre en todo excepto en la sangre, te lo pido. De ello dependen más vidas aparte de la tuya».

Ningún fantasma le había rogado jamás a Valerio. Le habían amenazado, abucheado, prometido la muerte y una eternidad de venganzas en las tierras más allá

de la vida, pero nunca ninguno de ellos le había pedido un favor.

La novedad que eso representaba le conmocionó, y la súbita claridad, como la de una niebla que se retira con el amanecer; por una vez en la vida, entendía exactamente lo que debía hacer…, y podía hacerlo.

Dijo:

—Longino, si confías en mí, ayúdame a llevar estas espadas. Elige la que más te guste, excepto ésta, y guárdatela. El resto las guardaremos en nuestros fardos. Hazlo ahora sin pensar. O si debes pensar en algo, piensa en el caballo-cuervo y en la sensación que producía montarlo, y no en las sombras que podrían llevarte a la ruina. Piensa en el caballo-cuervo, piensa en lo que es montarlo cuando va a galope tendido… Bien, así, bien hecho. Ahora sígueme, salgamos. Si puedes correr, correremos. Si no, caminaremos. Si volvemos al fuego antes de que se haga de día, estaremos a salvo.

—Puedo correr —Longino iba tras él, paso a paso, aliento a aliento, reptando hacia la salida, hacia la noche, y luego por el camino de vuelta por el que ambos habían venido—. No creerías lo rápido que puedo correr.

XXXIV

El sonido del metal martilleado marcaba el tiempo en el lugar de la feria de caballos de los icenos. A falta de algo mejor en que pasar el tiempo, Breaca quitaba la rebaba a una hoja de espada en la nueva fragua, construida por las osas junto a la casa grande.

El día estaba erizado de escarcha y de posibilidades. Un viento cortante enviaba nubes en forma de garzas cruzando el cielo; un tordo cloqueaba entre los árboles detrás de la fragua, a destiempo con respecto a su martilleo; y a través del claro, seis nuevos guerreros llegaban en grupo, resplandecientes con sus mantos azules icenos, con las marcas del clan del zorro en los bordes y las mangas.

Mientras ella quitaba la rebaba, fueron recibidos por las osas asignadas a aquel día, les ayudaron a establecerse en la casa grande, les enseñaron la comida, las armas y las armaduras que había disponibles, y ellos mostraron por turnos lo que habían traído en sus monturas, y que era considerable; para ser una gente que había pasado hambre a lo largo del invierno, los guerreros recién llegados habían traído más de lo que había imaginado el grupo de Breaca. A lo largo del medio mes transcurrido desde que las nieves se habían empezado a fundir, las reservas de grano, de carne seca y de tortas de avena cocinadas para el viaje fueron creciendo a medida que menguaban los depósitos de espadas y puntas de lanza.

No eran muchos aún los guerreros que se arremolinaban ante su llamada, pero constituían el inicio de un verdadero ejército. El día que Cunomar partió para llevar su mensaje a Camulodunum, habían reunido ya ciento ochenta guerreros. El día después, cuando él todavía no había vuelto, ese número se había ampliado a sesenta y continuó elevándose a lo largo de la mañana.

Breaca procuraba que a cada grupo no solo se le dieran armas y se le mostraran los principios de su uso, sino también que se les instruyera sobre cómo evacuar de la mejor manera posible la casa grande. Gunovar se encargó de hacerlo, agachándose en el suelo arenoso y dibujando mapas con la punta de su cuchillo, y mostrándoles las señales indicadoras usadas por las osas: las estacas pintadas de negro y las marcas de garra de oso en los árboles que mostraban a los guerreros la ruta de salida del claro hacia el bosque y, quizá, la ruta de vuelta de nuevo.

No les despidieron; un ejército obligado a retirarse antes de formarse siquiera está condenado desde el principio. Aun así, nadie dudó de que ocurriría si Cunomar fracasaba.

Pero no fracasaría. Breaca necesitaba creerlo, y se obligó a creerlo, a lo largo de la tarde y la noche insomne que pasó después de su partida, y de nuevo cuando amaneció el nuevo día y él seguía sin volver. Ella había calculado tres veces el tiempo

que le costaría llegar a la ciudad, dar sus noticias y volver. En sus mejores cálculos, podía aparecer en cualquier momento después del mediodía del día siguiente a su partida. Ella lo señaló así en su mente, y luego lo olvidó: contar los latidos del corazón no hacía que el tiempo transcurriese más deprisa.

A mitad de camino hacia el mediodía, sin nada mejor que hacer, empezó a trabajar en una espada nueva. En otros lugares, otros encontraron también sus propias ocupaciones. Graine estaba sentada acunando la cabeza de una perra preñada y a punto de parir que yacía echada al sol primaveral, frente a la fragua, disfrutando de la calidez del fuego; Airmid hablaba con una docena de soñadores que habían llegado con sus guerreros, como había ocurrido siempre en los viejos tiempos: un soñador por cada guerrero, para mantener su corazón en la batalla; Duborno y Gunovar empezaban ya a enseñar a los recién llegados el uso de la espada y la lanza; Ardaco estaba de pie ante los hoyos de asar, preparando el ciervo que había cazado Cunomar, y Cygfa… finalmente llegó Cygfa, que había estado vigilando por el camino del sur a Camulodunum.

Llegó demasiado rápido, con un caballo agotado, y se arrojó al suelo en el exterior de la fragua.

—Teófilo de Atenas y Cos manda un mensaje: «tu hijo no está muerto. No le han interrogado. Pero el procurador se lo lleva al norte a toda velocidad, con trescientos veteranos mercenarios tras él. Pon en orden tus asuntos y esconde lo que no quieres que confisquen en nombre del emperador».

Breaca dejó la espada a medio hacer.

—¿Se reunió Teófilo contigo personalmente?

—No. Envió a un mensajero que volvió luego; no deseaba ser visto por el procurador, pero me dio esto como prueba de su buena fe —Cygfa abrió la mano. Un bastoncillo de madera de manzano ocupaba toda su palma, con dos serpientes enroscadas como signo del caduceo, que era la marca personal del físico. Dijo—: Está diciendo la verdad. Vi a un grupo de hombres a caballo que se dirigían a toda prisa por el camino del norte, saliendo de Camulodunum. Llevaban carretas, cosa que les hacía ir más lentos, pero aun así, llegarán al feudo de Tago más o menos a mediodía.

La mañana se quedó muy quieta. Con un cuidado extremo, Breaca colocó su martillo encima del yunque, como si el ángulo que adoptara importase, y debiese hacerse muy bien.

No era como la batalla, esa visión de destrucción. No había fuego en su alma, ni entrechocar de espadas, ni mandobles ni golpes que pudieran conducir de la misma forma a la vida o a la muerte, pero al menos habría acción.

Exteriormente nada había cambiado. El viento seguía soplando desde el este, enviando nubes en forma de garza volando a través del cielo erizado por la nieve. El mismo tordo cloqueaba en los espinos, al borde del claro. *Piedra* se encontraba a su lado, y todavía notaba el ritmo fácil de su respiración contra su espinilla, aunque había levantado la cabeza y la miraba con la frente fruncida, como si ella hubiese

pronunciado su nombre y luego nada más.

Bajó la mano para frotarle las orejas y la cabeza, y dijo:

—Y si encuentran la hacienda vacía, enviarán a su rastreador coritano a encontrarnos. Hemos ocultado las huellas hasta aquí lo bastante bien para mantener alejadas las legiones, pero no a uno de los nuestros.

Se habían reunido otros, los que importaban, de modo que ella no estaba sola. Ardaco llegó desde los hoyos de asado, y Duborno dejó el entrenamiento de los guerreros. Gunovar estaba muy cerca, y Airmid, que ahora permanecía de pie junto a su costado izquierdo, y llevaba de la mano a Graine. Las osas y los nuevos guerreros de su ejército, que habían caminado por la nieve fundida y metidos hasta la rodilla en el barro para acudir hasta ella, se agruparon en semicírculo a corta distancia de la fragua, aparentando que no escuchaban.

Mirándoles a ellos, Cygfa dijo:

—¿Cuántos somos?

Breaca meneó la cabeza.

—No los suficientes para enfrentarnos a tres centurias de veteranos bien curtidos que huelen a oro y esclavos que capturar.

Cautelosamente, Ardaco dijo:

—De aquellos que han venido, menos de una docena han vivido la guerra. El resto están tan poco entrenados como las osas antes del invierno. Necesitan medio mes, al menos, para aprender cómo comportarse en combate, pues en caso contrario morirán sin motivo alguno.

Él dijo en voz alta lo que todos sabían. Las elecciones estaban claras, y bien ensayadas; habían hablado de poco más desde mediados del invierno, de modo que los caminos hacia delante se convirtieron en relatos para contar, como las historias de héroes de los cantores.

Como había que decirlo en voz alta, Breaca dijo:

—Podríamos esperarlos aquí y luchar, y perderlo todo. O bien unos pocos podríamos coger la mitad de las osas de Cunomar y reunimos con el procurador allí donde él espera encontramos, en la hacienda de Tago, y entretenerle al menos hasta que los guerreros que queden tengan tiempo para dispersarse. No es lo que habíamos soñado. No es aquello por lo que habíamos rogado, pero siempre hubo un riesgo, y no podemos, honradamente, poner en peligro las vidas de aquellos a los que hemos convocado aquí. Si se les puede llevar a un lugar seguro, para que luchen en otro momento, tenemos que hacerlo posible. Duborno, quiero que tú…

—No. Puede hacerlo Lanis. Yo no pienso dejarte.

La mente de Breaca ya iba muy por delante. Conmocionada, volvió otra vez sobre sus pasos. Duborno le sonreía. Había más humor en su mirada del que ella había visto en toda la vida adulta que ambos habían compartido.

Dijo:

—Caradoc intentó lo mismo y al final lo dejó. Yo no te dejaré, y no puedes perder

tu tiempo intentando convencerme. Lanis conoce la tierra mucho mejor que yo. Es una soñadora; los guerreros la escucharán. Ella puede organizar la evacuación.

—Sí que puede, pero ella no me ha jurado proteger los hijos de la Boudica o morir en el intento. ¿No harás honor a ese juramento, ahora que tanto te necesitamos?

Breaca podría haber suavizado aquellas palabras, pero tenía muy poco tiempo. Duborno se sonrojó y luego palideció. Muy tieso, dijo:

—¿Qué quieres que haga?

—Coge a Graine y…

—¡No! —Graine se liberó de la sujeción de Airmid y se quedó de pie en la puerta. Miró a su madre, apretando mucho los labios, que temblaban. Con el sol detrás y el fuego frente a ella, atrapada entre dos luces, parecía mucho más etérea que antes—. No pienso irme sin ti. Si te vas sin mí, te seguiré y no podrás detenerme.

No había tiempo para suavizar aquello tampoco; cada latido del corazón les llevaba más cerca aún del desastre.

—Perdóname —dijo Breaca—. Te amo —y, sacando el cuchillo que llevaba al cinto, golpeó a su hija en la cabeza con la parte posterior del pomo, junto a la sien, en el lugar donde los daños serían menores después, cuando volviera en sí.

Graine gimió y cayó al suelo con los labios azules y temblorosos. Duborno se arrodilló y la recogió con mucho cuidado.

—Espera —Breaca se llevó las manos a la torques que llevaba al cuello. La había portado desde el día después de la muerte de Tago, cuando Cygfa se lo tendió por primera vez, y lo único que notaba era la calidez y el peso de su metal. Si tuvo algún poder, al parecer se había esfumado—. Ella debe tener esto. Tendrás que guardárselo hasta que le llegue la edad…

Calló, porque no podía seguir hablando. El oro tejido se había vuelto una serpiente gruesa, enroscada, que se retorcía bajo su mano, presionándole los vasos del cuello. En las cavernas de su mente se abrió un hueco, y un viento de montaña sopló a través de ellas. Ella podía haberlo combatido, y posiblemente lo habría hecho, pero la mano de Airmid en su muñeca la detuvo y la voz de Airmid, cuidadosamente contenida, dijo:

—Breaca, todavía eres la primogénita de los icenos. No olvides eso ahora.

Ella retiró la mano. La presión en torno a su cuello cedió. El viento murió en su mente.

Duborno se quedó de pie, esperando, con la cabeza maltrecha de Graine apoyada en el hombro. Su hija debía tener algo que llevar en la vida, aparte de recuerdos. El broche de la serpiente-lanza con sus hilos de lana negra estaba sujeto al hombro de Breaca, como lo había estado desde el día en que Caradoc se lo envió como regalo desde la Galia.

«Tú eres mi primer pensamiento y el último, para toda la eternidad», era el mensaje que le había enviado Caradoc entonces, y Breaca lo dijo en aquel momento, en voz muy baja, mientras abría el broche y se lo colocaba a Graine en la túnica, un

regalo de su padre y su madre que le acompañaría en su edad adulta.

Duborno comprendió, y se lo podría explicar cuando la niña fuese lo suficientemente mayor. Sus ojos negros le dieron las gracias.

Breaca se inclinó hacia delante y besó a su hija y luego, para sorpresa del hombre, al propio Duborno.

—Protégela —dijo.

—Con mi vida.

Ella nunca le había visto llorar. Las lágrimas mojaban sus mejillas cuando hizo una seña a los que se quedaban: Ardaco, Airmid, Gunovar, y por último Cygfa, a quien había entregado la chispa de su alma, sabiendo que ella nunca le correspondería, y sacó su carga ligera de la fragua.

Hubo un gran silencio cuando él se fue, como habría ocurrido antes de la batalla si se hubiera encontrado el cuerpo de un explorador asesinado y se hubiese tanteado la fuerza del enemigo comprobando que era real.

Breaca dijo:

—Necesitamos que alguien esconda las espadas. No he trabajado todo el invierno para perderlas ahora. Gunovar, ¿podrías…?

—Puedo ir contigo y ver qué ha hecho tu hijo en compañía de Roma. Los guerreros pueden llevarse las armas hechas hasta el momento. El hierro sin trabajar tendrá que quedarse aquí; no hay tiempo para enterrarlo. Y no intentes golpearme como has hecho con tu hija. Soy demasiado vieja para eso, y no puedes perder el tiempo luchando conmigo en vez de luchar contra Roma.

Crudamente, Breaca dijo:

—¿Sabes cómo podríamos morir?

La soñadora, destrozada, extendió la mano y se la colocó encima de las cicatrices del rostro. Su boca se retorció aún más, acentuando las cicatrices.

—¿Acaso lo dudas?

—No, claro que no. Lo siento. Tu vida es tuya y puedes entregársela a los dioses como mejor te parezca.

El resto estaba reunido a su alrededor: Cygfa, que había estado en Roma y había permanecido a la sombra de su propio crucifijo y se había guardado el daño sufrido para sí; Ardaco, que todavía podía irse al norte y convertirse en anciano entre los caledonios; Airmid, corazón de su corazón, alma de su alma, que podría haber sido Anciana de Mona y haber llevado el sueño al oeste, a Hibernia…

Breaca dijo:

—Preferiría que todos vosotros os fueseis ahora mismo, con Duborno y Lanis y los guerreros, pero no tengo el poder de obligaros.

Todos lo sabían y luchaban para encontrar las palabras. Al final, fue Cygfa quien dijo con ligereza:

—No creo que el procurador se quede mucho tiempo en el poblado si encuentra solo a una mujer en él.

* * *

Y por eso, en un tiempo mucho más breve de lo que ninguno de ellos había imaginado posible, Breaca de los icenos condujo a la mitad de la guardia de honor de su hijo y todos, excepto dos de los hombres y mujeres que sujetaban los hilos de su corazón, se dirigieron al poblado hacia el cual les había atraído dos años antes.

Poco después, mientras el camino retumbaba por el martilleo de los caballos que llegaban, les hizo salir de nuevo para recibir al procurador de impuestos del emperador y sus trescientos mercenarios veteranos.

Dejó a *Piedra* a las puertas, para que no pudiera olisquear al enemigo y atacarles por su cuenta, y montó la yegua gris de batalla porque era la más fiable de todos sus caballos, y se vistió con una túnica nueva de color azul iceno con un dibujo de un gris apagado bordeando las mangas, el cuello y el dobladillo, porque así parecía menos guerrera. Se dejó el pelo sin trenzar, de modo que le caía sobre los hombros, ocultó el escudo, y aparentemente no llevaba cuchillo ni arma alguna, ni tampoco brazaletes que pudieran mostrar una riqueza demasiado ostentosa, sino solo la torques de cordón de oro de los icenos, que pesaba como una soga en torno a su cuello.

Mientras adelantaba a su yegua para saludar a los jinetes que se aproximaban, buscó entre los vacíos de todos los tiempos a la abuela, la antepasada o Nemain. Todas ellas estaban silenciosas.

* * *

—No nos honra y lo lamento profundamente, pero no podemos alimentar a trescientos hombres. El invierno ha dejado vacíos nuestros almacenes y el comercio no ha empezado aún.

Y era cierto, al menos de alguna manera. Ciertamente, la hacienda tenía pocas provisiones, y las dos docenas de guerreros de la osa que habían seguido a Breaca desde la casa grande habían traído solo lo suficiente para alimentarse a sí mismos. Como correspondía a un asentamiento de duelo, las osas llevaban túnicas atadas con cinturones de pellejo crudo, y ningún oro, y sus cuchillos eran cortos y no suponían ningún desafío a las leyes romanas. Se ocupaban en atender a los caballos o los campos y ninguno de ellos dio la bienvenida al procurador ni le invitó a entrar.

Más tarde, si tenían que luchar, no existiría riesgo alguno de que rompiesen las leyes de la hospitalidad, e incurriesen así en la desaprobación de los dioses.

—Gracias. Traemos nuestras propias provisiones.

Breaca se había dirigido al procurador en latín, y él le replicó en iceno, a través de un joven de los trinovantes que se enroscaba el pelo en el dedo, miraba al suelo y no

levantaba los ojos.

Sin esperar que el chico acabase, el procurador hizo avanzar a su caballo castrado gris, comido por las pulgas, entre las puertas. Era un hombre con prisa; sus ojos se recrearon en el oro del cuello de la Boudica, y no en la lana de su túnica ni en el brillo de su cabello, cuidadosamente peinado. Sus hombres le seguían ordenados como una legión.

Cunomar y sus ocho osas iban con la segunda centuria, flanqueados por veteranos de Camulodunum, hombres a quienes Breaca reconocía de vista, pero no de nombre. Había comerciado con ellos en los tiempos anteriores a la muerte de Eneit, y había cambiado hebillas de cinturón por bronce en crudo, o un brazalete por hierro; dos estaban presentes en el teatro y presenciaron la prueba de la lanza con el antiguo gobernador.

Uno de ellos dio un codazo a su vecino y dijo algo en un latín basto y gutural, pero la atención de Breaca ya había pasado a la parte posterior de la columna, donde iba cabalgando un joven coritano que llevaba en el pelo las tres plumas rojas de milano que le señalaban como explorador de las legiones, y, mucho más importante aún, mostraba abiertamente las marcas de guerrero de un lagarto en los brazos.

Era tanto una advertencia como una declaración de enemistad, y ambas cosas eran innecesarias. Su rostro, visto de perfil, era una estampa más joven del vendedor de esclavos a quien Breaca y Cunomar habían matado en el bosque, junto a la feria de caballos, y ella habría reconocido ese hecho en cualquier lugar, sin necesidad de que se lo recordasen.

El joven iba cabalgando a la retaguardia de la segunda centuria, y no hacía esfuerzo alguno por ocultarse, sino más bien al contrario. Al pasar, sus ojos se encontraron con los de Breaca y la saludó, y ese saludo contenía más amenazas en su fría y tranquila comprensión que todos los mercenarios del procurador juntos. Como era muy importante no demostrar lo muy afectada que estaba, ella le saludó a la manera de los guerreros coritanos, y se vio sorprendida al ver que el joven le devolvía el saludo.

Un portaestandarte cabalgó hacia la vanguardia de la columna, sujetando en alto un estandarte en el cual unas pesadas escamas bordadas en plata adornaban un fondo escarlata. Hizo una seña con él y la centuria que iba más retrasada se adelantó de la línea y rodeó la hacienda. Se hizo todo muy suavemente, como producto de muchísima práctica.

Las dos centurias restantes se dividieron en grupos de ocho; un grupo custodiaba a Cunomar, otro a las osas, un tercero vigilaba a Breaca y su familia, excepto Ardaco, que era un hombre mayor y un guerrero, obviamente, y por lo tanto merecía otros ocho guardias para él solo.

Los que no estaban destinados a la guardia se extendieron en una línea que corría desde un extremo del poblado al otro. El portaestandarte hizo una señal y fueron avanzando todos en perfecta formación. Un hombre de cada ocho iba armado con un

estilo y una tableta.

—Los hombres prepararán un inventario. Tú te quedarás con nosotros hasta que terminen. Después, se te requerirá que lo confirmes.

El procurador hablaba en latín y el joven trinovante iba traduciendo a un iceno rebuscado, y en cualquiera de los dos idiomas lo que decía resultaba inaceptable. Sin embargo, en el tiempo que le costaba decirlo y repetirlo, otros treinta guerreros se habían alejado otro centenar de pasos más de aquel hombre y sus mercenarios y toda la maquinaria de Roma.

Breaca asintió y dijo al joven:

—¿Desea esperar el procurador en los aposentos del rey? No se han usado desde su muerte, pero puedo hacer que enciendan el fuego y así eliminar la humedad.

El procurador no se sentía cómodo en la gélida humedad de una habitación sin ventilar y sin calefacción. Se quedó en la habitación del rey solo el tiempo que le costó abrir el baúl de las monedas y ver que estaba vacío.

—Has escondido el dinero. ¿Dónde?

—¿Por qué iba a esconder lo que tenemos que pagar en impuestos? Si lo tuviéramos, podrías cogerlo ahora.

—Entonces, ¿cómo me pagarás, si no tienes nada?

El procurador era un hombre que nunca había carecido de comida en el invierno, y su vida dependía de hacer pagar a Britania; ella tenía que recordar aquello.

Breaca dijo:

—El dinero no llegará hasta mediados del verano. Por entonces, habremos vendido suficientes caballos y perros para pagar. Yo tengo una perra que va a parir cachorros ahora y…

—¿Pagarás las deudas al emperador con perros?

—Si el procurador hubiese cazado alguna vez sabría lo mucho que valen los perros icenos —el joven explorador coritano se apoyó en la puerta. Estaba allí desde el principio, como observador discreto. Dijo—: El pueblo de mi padre pagaría el valor de un potro bien entrenado para la guerra por una perra de cría de los icenos. Deberías consignar eso en tus inventarios.

Ella había matado a su padre, y él lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo, cuando las noticias de la matanza de la Boudica se habían extendido por todos los poblados de todas las tribus del este? Por tanto, no había razón alguna para que él la ayudara. Breaca hizo un gesto dándole las gracias, que fue recibido con amabilidad, cosa que le puso los nervios de punta: un enemigo que ofrece ayuda es doblemente peligroso.

No podía hacer nada, sin embargo, y el procurador era el peligro más presente. Se quedó mirando la pared, allí donde había colgado en tiempos la espada del rey. La madera era un poquito más pálida en el lugar donde estuvo la espada.

—Prasutago luchaba con un arma que no era legal, bajo las leyes actuales —dijo —. ¿De dónde la sacó?

Hacía conjeturas. La espada de Tago la tenía Breaca, escondida en la fragua junto

a la casa grande, donde solo una búsqueda minuciosa podía encontrarla. Era imposible que él lo supiera. Sin embargo, no hacía ningún daño seguir hablando. Cada momento que pasaba era una victoria propia.

Breaca esperó al intérprete y dijo:

—No tengo ni idea de la longitud que tenía o no tenía su espada, ni de dónde la había sacado. Él era el rey. No compartía tales informaciones conmigo, y ahora está muerto, y por lo tanto no se lo podemos preguntar. Si tienes el arma, podrás leer en ella las marcas del herrero que la hizo y averiguar su origen.

El procurador la miró y sonrió débilmente. Sus labios eran de un rojo azulado, que indicaba dolencias del corazón, y su piel era cetrina, como corresponde a un hígado sobrecargado. Sin las legiones de Roma para conferirle poder, habría ganado su dinero escribiendo testamentos de mercaderes pueblerinos y se lo habría gastado todo en burdeles.

—Más tarde —dijo—. Cuando se haya hecho el inventario.

El aire en la habitación del rey estaba rancio por el invierno sin usar; no se quedaron mucho tiempo allí dentro. Fuera, la línea de mercenarios que avanzaba había cruzado ya la hacienda. La mitad de ellos volvían a través de las puertas y se dirigían hacia los cercados de los caballos, pasando junto a las yeguas preñadas, los caballos jóvenes y los castrados, y se dirigían hacia los tres caballos de cría que tenían apartados en la ladera de la colina.

El último hijo de la yegua gris de batalla se encontraba allí. Era el producto de una vida entera de cría. Su padre había muerto bajo Braint de Mona antes de poderlo probar. El hijo que había dejado todavía no estaba entrenado para la batalla, pero había corrido dos veces en otoño y había ganado. Sus primeros potros nacerían en primavera, y superarían a los mejores de los mejores. El caballo estaba solo en el campo más alto y relinchó al ver a los extraños, que no eran jinetes y se no se atrevieron a acercarse más.

Junto a *Piedra*, que estaba de pie con el hombro apretado contra su rodilla, el hijo de la yegua gris era el nexo más importante que unía a Breaca con la vida que antes tuvo, y que podía volver a tener cuando las legiones hubiesen sido destruidas. Se sorprendió, en medio de toda aquella conmoción, de ver lo mucho que la animaba ver al animal, y lo mucho que le dolía la sola idea de perderlo.

Aun así, lo más importante era seguir hablando.

—Los caballos están un poco débiles después de todo un invierno con poco forraje —dijo—. Estarán de nuevo en forma a tiempo para la feria de caballos del otoño.

El procurador no apartó la vista de la ladera de la colina.

—En otoño eso ya no será asunto tuyo —el intérprete trinovante no pudo traducir aquello. Breaca no se lo requirió.

Otro guerrero que se alejaba una lanza más. No había que dejarse provocar por aquello. Por el contrario, había que preocuparse de saber dónde estaba cada miembro

de su familia y tenerlos presentes, momento a momento, hasta que llegase la hora de actuar.

Cunomar estaba sentado en un tronco en medio del pueblo, con sus ocho guardias a su alrededor. Captó la mirada de su madre y se apretó la mano en el brazo. No llevaba túnica, y por lo tanto no tenía ningún cuchillo oculto en la manga, pero había visto, o adivinado, dónde guardaba el suyo Breaca, mucho más largo de lo que era legal, ligado a la parte interior de su antebrazo izquierdo. Él iba desarmado, pero era un guerrero de la osa y podía matar sin armas. Ella había visto a Ardaco hacerlo a menudo.

Airmid, Cygfa y Gunovar estaban aparte, justo en el exterior de la sala de Tago. Por encima de todo lo demás, lo que importaba era no alejarse demasiado de ellas; Airmid no tenía ningún cuchillo y no podía seguir viva mucho tiempo cuando empezase la lucha. Más que por cualquier otra cosa, Breaca se sentía muy aliviada por no haber dejado que viniera Graine.

—Tienes más caballos que éstos.

Un hombre menos desesperado podría haber convertido aquella frase en una pregunta. No había ningún motivo claro, que pudiera ver Breaca, por el que el procurador de impuestos del emperador tuviese que mostrarse tan impertinente, a menos que, involuntariamente, notase la ansiedad que sentía ella.

Luchando por mantener la calma, ella dijo:

—A lo largo del invierno, las manadas de caballos se han soltado por las tierras, para que cada poblado soportase una carga menor. Los volveremos a traer todos después de que nazcan los potrillos, en primavera.

Al menos eso parecía sensato. El procurador frunció los labios y dijo:

—En ese caso, ¿cuántas cabezas tenéis en total, que fueran propiedad del rey?

—El rey no tenía interés alguno en los caballos. Ninguno de ésos era suyo.

—¿Entonces de quién son?

—Míos.

—Tú eres su esposa —el procurador la miró cara a cara—. Por lo tanto, eran suyos, y ahora del emperador. ¿Cuántos?

Breaca había sido anciana en el consejo de Mona, y por tanto podía dominar su rostro a su voluntad, por grande que fuese el caos que había en su interior. Dijo:

—¿Después del invierno que hemos tenido? Es difícil decirlo. Si las yeguas han sobrevivido y han dado a luz sus potros a término, y si los potros han salido adelante y los jóvenes han prosperado, entonces, incluyendo los potros, podemos contar con más de mil. Si los partos han sido malos y hemos perdido yeguas y potros, como ha pasado algunos años, quizá no lleguen a setecientos. Tales cosas solo están en manos de los dioses.

—A partir de hoy están en manos del emperador —dijo el procurador—, que, ciertamente, es más preciso que ningún dios —dio la vuelta en redondo, contando todavía. Sus ojos se clavaron en Piedra, que se encontraba echado junto a ella—. Si los

perros son de algún valor, debemos incluirlos. ¿Cuántos tienes?

Ella podía mantener su cara impasible ante un romano, pero no su alma ante un perro. *Piedra* era peligroso cuando gruñía, pero resultaba letal cuando permanecía silencioso. En aquel momento se alzó sobre sus patas sin proferir un solo sonido. Breaca posó una mano en su cuello y notó que su pelaje se ponía tieso a lo largo de todo su lomo. Dijo:

—Los perros de los icenos solo se venden por necesidad, y solo los que exceden de nuestras camadas. Hasta que nazcan las camadas, no sobra ninguno.

El procurador se pasó la lengua por los dientes superiores y una vena pulsó en su sien. Habló abruptamente al intérprete:

—Pregúntaselo de nuevo. Ella no lo ha entendido. ¿Cuántos perros hay en la casa del rey? ¿Cuántos en las tierras que la rodean?

En algún momento de los precedentes había quedado claro ya que la batalla y la muerte eran inevitables. Si iba a morir, Breaca deseaba hacerlo por algo que valiese la pena. Antes de que el intérprete hubiese tomado aliento, dijo en latín:

—Lo he entendido perfectamente. Los perros de los icenos no están en venta, ni los daremos jamás como pago por ningún impuesto.

El procurador habló con ella directamente en aquella ocasión, y le costó un gran esfuerzo. Espaciando las palabras, dijo:

—No, no lo entiendes. No es ningún impuesto. Estoy contando simplemente las propiedades del emperador. Tu rey ha muerto. Lo que era del rey ahora es del emperador: sus tierras, sus riquezas, sus caballos, sus perros, su esposa y sus hijas. Todo lo que era iceno ahora es de Roma —sonrió, tenso—. No me importa si respondes libremente o bien bajo coacción, pero responderás. Te lo preguntaré una vez más, y solo una: ¿cuántos perros hay?

Si ella recordaba el tordo que la había despertado aquella misma mañana, podía permanecer cuerda. Breaca dijo:

—El rey hizo testamento. Fue testigo el anterior gobernador —por el rabillo del ojo veía que Cunomar meneaba la cabeza.

El procurador lo vio también y reclamó su victoria.

—Tu rey dejó la mitad de sus posesiones al emperador, como es lo correcto. La otra mitad la dejó a sus hijas, para que constituyera su dote, eso está claro —su mirada se dirigió a Cygfa y luego volvió—. Me han dicho que una de las hijas del rey es todavía una niña, y sin embargo, no veo ninguna niña. ¿Dónde está?

Demasiada gente contenía el aliento. Encerrada en un páramo de falsa calma, Breaca dijo:

—La hija del rey murió durante el invierno de frío y de hambre y de pena por la muerte de su padre. Puedo llevarte a su tumba, si quieres verla.

El procurador frunció los labios y la examinó, pero no pudo encontrar ningún fallo en su mentira.

—No importa. Eso ahorra a algún senador la penosa obligación de tomar por

esposa a una nativa, aunque me han dicho que las salvajes del norte maduran pronto, y habría sido una… ¡no!

No fue Cygfa quien se quebró, ni Cunomar, ni Gunovar, o Airmid, o Ardaco y las osas, sino Breaca. Tenía que ser ella, por mucho que intentara contenerse, porque *Piedra* vivía solo para servirla, y fue *Piedra* el que primero atacó al procurador, y quizá hubiera sido posible que Cunomar intentase retirar al perro, en lugar de azuzarlo, pero a los mercenarios no se les pagaba para mirar y luego informar de lo que podía o no haber pasado, sino solo para mantener el orden y coger oro y bienes y, a toda costa, proteger la vida y la persona del hombre que les pagaba.

Piedra recibió un golpe, y luego lo recibió Cunomar, y luego las osas, aullando, resultaron incontrolables, un peligro que siempre había existido encontrándose allí y viendo que Cunomar estaba amenazado.

Lucharon mucho mejor de lo que había imaginado Breaca. Contra un número abrumadoramente superior, armados con cuchillos que apenas servían para cortar un trozo de queso, con túnicas de lana como única protección, se arrojaron a los veteranos de la colonia de Camulodunum con sus cotas de legionario y armaduras de cuero y escudos ovales de la caballería y las hojas cortas de sus días de servicio, que cantaban alegremente en sus manos y mataban con toda facilidad.

Ocho icenos murieron en otros tantos latidos del corazón, y otros tres fueron golpeados y quedaron inconscientes, y Breaca apenas tuvo tiempo de incrustar el codo en la nariz del veterano que tenía a la izquierda y sacar el cuchillo de larga hoja de su escondite en el brazo, y no se había parado a pensar aún si era momento o no de matar al procurador, o a alguno de sus hombres antes de que se echaran sobre Airmid, cuando oyó que Cygfa lanzaba el grito de guerra de Mona y alguien más lanzó un grito también con una voz que jamás había oído antes y que perforó el aire, lleno de dolor.

Ella mató al veterano que estaba a su derecha, porque estaba muy cerca y el grito le había distraído, y cuando su cuchillo se libró de la garganta del hombre, quedó claro que no era ni Cygfa ni Airmid quien había caído, sino Cunomar, que había luchado sin arma alguna y había perdido. Su hijo estaba sujeto entre dos hombres, le habían cortado una oreja y la sangre manaba a chorros por la mitad izquierda de su rostro.

—¡Alto! ¡Alto ahora mismo! Su vida es mía. ¿Sabes cuánto le cuesta morir a un hombre?

El grito fue proferido en perfecto iceno, no por ninguno de los mercenarios, ni por el intérprete trinovante, sino por el explorador coritano que llevaba la marca del lagarto de fuego trepando por sus brazos, y que blandía la oreja cortada de Cunomar en la punta de su cuchillo.

—¡No, no pares! —Cunomar daba patadas y luchaba contra los dos hombres que le sujetaban, y media docena de osas se acercaron a él, pero se había perdido la iniciativa del grupo y otro de los veteranos se apoderó de Airmid y apoyó la punta de

la espada contra su ojo, y todos se detuvieron.

Hubo un momento lúcido en el que Breaca podría haberse adelantado y clavado su cuchillo hasta la empuñadura en la carne viva del corazón de su soñadora y Airmid, manteniéndole la mirada por encima del frío hierro del cuchillo, no la habría detenido; solo que algo más cerca, un tordo pio entre los espinos como había hecho por la mañana, y el espacio que quedaba en su mente y que la torques había abierto de nuevo quedó de nuevo abierto, y se llenó con una certeza que la detuvo.

Luego el momento se esfumó, y la abrupta liberación de la violencia y la promesa de una muerte limpia se perdieron, llevándose con ellas toda esperanza de victoria.

El procurador se irguió ante Breaca, temblando. No era un hombre acostumbrado al combate, y la cercanía de su propia muerte le aterrorizaba. Se secó ambas manos en las mejillas, amasando la carne, y se pasó un brazo tembloroso por la frente.

Cuando acabó, sus facciones se habían tranquilizado, aunque no el temblor de sus miembros, y le habló entonces, sacando fuerzas de los hombres armados que le rodeaban.

—No me has comprendido. Ahora lo harás. Antes, erais propiedad del emperador. Ahora sois sus prisioneros, capturados en el acto de atacar a sus funcionarios en la provincia de Britania. El cargo es insurrección y asesinato, por lo cual la pena es la muerte. Cuando hayamos registrado la hacienda y hayamos recogido las pruebas adicionales (porque seguro que las hay, ya que tú mataste a Filo), entonces llevaremos a cabo un juicio y dictaremos sentencia y tú tendrás tiempo, mientras mueres, de pensar que la vida como esposa del tercer hijo de un senador en Roma quizá no hubiese estado tan mal para ninguna de vosotras.

XXXV

Graine estaba en un lugar seguro. Eso era bueno.

Las demás noticias llegaron a trozos, a medida que la noche se fue haciendo más oscura y grupos de mercenarios llegaban para informar al procurador, o sencillamente le enseñaban lo que habían encontrado. Los que habían recibido la orden de registrar la hacienda lo hicieron igual que lo habían hecho en los días en que Valerio los dirigía: violentamente, destruyendo todo cuanto podía haber ocultado un arma. Encontraron los escudos ocultos en el techo de paja, cosa de la que nunca habían tenido la menor duda, y una lanza que se había escondido hacía mucho tiempo y se había olvidado, y estaba tan oxidada que no se podía usar ya.

El explorador coritano ayudó a los que buscaban fuera a encontrar los rastros que conducían a la casa grande, y allí descubrieron el alijo de hierro crudo, que Breaca había esperado que no hallaran, pero resultaba inevitable. Mirando más aún, encontraron las huellas que se alejaban de la casa grande, pero no a ningún guerrero ni niño; ni tampoco, a medida que empezaba a caer la noche, se atrevieron a enviar a otros exploradores a buscarlos.

Excepto Cunomar y Ardaco, que se consideraban peligrosos y los mantenían aparte, la familia del rey muerto quedó prisionera toda la noche en su habitación, de la que se retiraron, quemándolos, el lecho y el baúl que en tiempos contuvo dinero. Un pequeño caballo de bronce quedó tirado en un rincón, ignorado.

Breaca nunca había sido hecha prisionera. La posibilidad siempre estuvo presente; antes de cada incursión nocturna al oeste, antes de cada batalla, se esforzaba por imaginar el aprisionamiento y lo que seguiría de forma inevitable.

La realidad era infinitamente más dura de lo que había imaginado; no imposible, pero sí muy cerca de ello. Su respeto por Cygfa y Cunomar, que sobrevivieron durante meses en prisión en Roma, con la muerte esperándoles a cada momento, se elevaba con cada latido de su corazón.

Careciendo de fuego, la habitación de Tago era un lugar oscuro y mal ventilado. Breaca estuvo de pie apoyada contra la pared durante un rato, y luego se sentó en el suelo, levantando las rodillas hasta el pecho, de modo que sus pies, estirados, no se tocasen con los pies de otro, entrometiéndose así en su privacidad. Descubrió que la privacidad era importante, contrarrestando la fuerza que le daba no estar sola.

Sabía, sin haberlo preguntado, que otros estaban sentados en torno a ella. Airmid estaba cerca, de modo que notaban cada una los latidos del corazón de la otra; la privacidad, en ese caso, no importaba. Cygfa estaba justo enfrente, con Gunovar un poco a su izquierda, y ambas silenciosas, porque eso les daba fuerzas; al no hablar,

podían mantener la ilusión de no tener miedo. Solo si se tocaban o si intentaban hablar quedaba claro que las dos estaban temblando, con un temblor pequeño pero continuo que no podían controlar, y solo contener y dominar, de modo que quizá por la mañana pudiese apagarse y no mostrarlo al mundo.

No ayudaba pensar en la mañana. Breaca apretaba la espada duramente contra el muro de madera, y apartaba su mente del futuro. Pensaba, por el contrario, en comida y agua y la necesidad de orinar, y el frío de la pared, y el peso de la torques de los antepasados en su cuello. Lamentaba no habérsela dado a Duborno para que la mantuviera a salvo para Graine, y para el futuro, por mucho que la antepasada hubiese clamado contra ello. Ahora se la quitaría el procurador, antes o después de su muerte. Fundida y convertida en oro, pagaría a media centuria durante medio año. O a una centuria entera durante un cuarto de año. O a un solo destacamento de ocho hombres durante…

—¿Por qué se van a molestar en celebrar un juicio? —preguntaba Gunovar, desde algún lugar de la oscuridad. Su voz sonaba bastante tranquila.

Breaca dijo:

—Para que conste. Somos la familia de un rey. Quieren que todo parezca legal. Los hombres pequeños con dioses pequeños raramente hacen nada de lo que luego puedan ser responsables. Cygfa, ¿no era así en Roma?

—Si no tienes en cuenta el medio mes en la bodega del barco que nos llevó allí, y los físicos que insistieron en examinarnos después, y los dos meses de espera mientras torturaban a Caradoc y a Duborno, sí, fue así. En Roma nos alimentaron y nos dieron agua. Si no, habríamos muerto —Cygfa consiguió que su voz sonase divertida y seca —. Los temblores cesan, finalmente, después del segundo mes. Un cuerpo solo puede sentir tanto terror antes de que se desborde.

Al parecer, no hacía daño hablar de aquello. Un miedo que se manifiesta abiertamente se vuelve menor. Breaca dijo:

—Con suerte, nos habremos unido a las abuelas, al cuidado de Briga, mucho antes de eso.

Cygfa resopló con soma.

—Esperemos que sea así. Julio César mantuvo en prisión a Vercingetorix, que era el líder de guerra de los galos, durante siete años, antes de hacer que lo mataran. No creo que nuestro procurador tenga tanta paciencia.

—Ni su emperador.

Gunovar dijo:

—No. Aunque sería mejor si no averiguasen que tú eres la Boudica. Su paciencia podría ser mayor entonces, y tú (y nosotros) podríamos vivir mucho más, y lamentarlo más profundamente.

Hubo un silencio breve y conmocionado. Breaca dijo:

—Gracias. Sería buena cosa olvidarlo. Imagino que no nos harán preguntas, a menos que crean que tenemos respuestas ocultas.

Gunovar dijo:

—Y si nos interrogan, busca la muerte en la forma de sus interrogatorios. Tu cuerpo intentará vivir, pero los caminos de la muerte están abiertos, si uno quiere abrazarlos.

—Lo podemos intentar.

Lo peor había sido nombrado en voz alta, y no estaban peor por ello. Después hablaron de Roma, y Gunovar habló también de su época de interrogatorios en la fortaleza de la Segunda legión en el sudoeste, y hubo un extraño consuelo en el recuerdo del dolor que se acabó y el recordatorio de que en esta vida todo pasa, solo que la espera es tediosa.

La única que no hablaba era Airmid. Estaba sentada tan cerca que Breaca notaba el vaivén de su aliento, que era más lento que al dormir y más rápido que en la muerte, pero solo un poco más, y significaba que ella estaba soñando, cosa que era buena; cualquier huida del presente era buena.

Cygfa había empezado a contar la procesión de Roma, dirigida por Valerio, que en tiempos fue Bán, y cómo los fantasmas de su pasado le asaltaron, resultando invisibles para las legiones, cuando Airmid aspiró con fuerza, rápidamente, y dejó escapar el aire también con aspereza.

—Ella viene.

—¿Quién?

—Ahora. La están trayendo aquí. ¿Aún tienes el cuchillo?

Era la peor de las advertencias, pero era lo mejor que podían tener en aquel momento, enviado desde lo más hondo del sueño, y le dio tiempo a Breaca para sacudirse el enorme hueco que explotaba en su pecho, dominar sus facciones y levantarse del suelo y aparecer imperturbable mientras resonaban unos pasos de unos pies calzados con botas que se iban acercando, y la luz de una tea iluminó el hueco de la puerta, y luego la puerta misma, y luego ésta se abrió de par en par y apareció un cabello color sangre de buey, ahora manchado de sangre humana, y sudor, y atado muy tirante con una tela que envolvía la pequeña boca, de modo que ella no pudo chillar para advertir a su madre.

Graine no estaba a salvo.

Cayó al suelo de la sala de Prasutago, retorciéndose para apartar la cara de la tierra. Llevaba las manos atadas a la espalda, y la túnica muy sucia, con un desgarrón triangular allí donde le habían arrancado el broche de la serpiente-lanza.

—Tu hija murió de hambre y de pena en invierno —dijo el procurador, de pie en la puerta—. Por lo tanto, no tendrás ninguna objeción si someto a interrogatorio a esta niña por la mañana, para averiguar los nombres de sus padres y dónde están escondidos.

—Ésta es mi hija —Breaca lloraba, y no le importaba. ¿Para qué servía mantener la compostura? La torques se tensaba en torno a su cuello, o bien su garganta se había hinchado por el dolor; cualquiera de ambas cosas era posible, y ella no tenía ni el

tiempo ni las fuerzas necesarias para averiguar cuál. A través de un borrón de sudor y extrañeza, dijo—: Mentí. Está claro que mi hija no ha muerto. Puedo señalarte a aquellos de tus hombres que nos vieron juntas en la firma del testamento del difunto rey, y que pueden atestiguarlo. Te he engañado, la culpa es mía.

Se arrodilló y levantó a su hija, la luz de su alma, hasta su pecho, y le quitó la mordaza de la boca. Graine apretó su rostro contra el hueco del cuello de su madre, con la piel resbaladiza por las lágrimas y moqueando.

Allí, demasiado amortiguada para que se la oyera claramente, dijo:

—Lo siento mucho, es culpa mía. Quería volver y recé a Nemain para encontrar una forma, pero ella no me contestó, de modo que recé a la antepasada-soñadora que tiene la serpiente lanza, y luego Duborno se durmió y yo cogí su caballo y sabía el camino de vuelta a casa, pero me caí y alguien me encontró, y es culpa mía. Lo siento.

—No, no es culpa tuya… No lo es… Te quiero. Es culpa mía. No tendría que haberte mandado lejos. Lo siento mucho, mucho…

Breaca hablaba iceno al principio, volviendo al idioma de sus antepasados, que era el único que tenía las palabras precisas para mantener su dolor a raya y no dejar que las destruyera a ambas. Era consciente, a través de las lágrimas que la cegaban, de que el procurador todavía estaba en la puerta, mirando.

Él captó su mirada y asintió:

—Una jovencita preciosa —inclinó la antorcha para que diese sobre madre e hija conjuntamente—. Estoy seguro de que los hijos del senador estarían encantados con ella. Supongo que no habrá tenido ningún hijo, ¿no?

—¡Tiene ocho años!

—Sí, sí, claro. El prefecto, Corvo, ya me lo dijo en Camulodunum. También le tiene mucho cariño, al parecer. Es una lástima que le hayan reclamado en el oeste para reforzar la guerra del gobernador. Y tú… —movió la tea para que su luz cayese sobre Cygfa—, dicen que los icenos no se casan, pero no creo que vivas en castidad. ¿Has tenido ya algún hijo?

Cygfa se puso blanca de repente. Sus nudillos estaban amarillos de tanto apretarlos. Sin comprender nada, Breaca respondió por ella:

—No, Cygfa no ha tenido ningún hijo.

«Es hija de su padre, la pasión del fuego encarnada, pero nunca ha tomado amante alguno, porque al hacerlo habría herido a Duborno más allá de todo lo imaginable, y ella le quiere demasiado para eso».

—Mi madre dice la verdad —muy suavemente, con una malevolencia nacida del miedo, Cygfa dijo—: Por supuesto, puedes hacer que tus físicos lo confirmen.

El procurador la miró. Se humedeció los labios, pensativo.

—No creo que tengamos que hacerlo. Me basta con la palabra de tu madre.

Cerró la puerta y el mundo quedó negro de nuevo.

—¿Cygfa? —Cygfa estaba llorando violentamente, intentando tranquilizarse y sin conseguirlo. Gunovar era la que estaba más cerca y la sujetó, y Breaca luchó con los

nudos que ligaban las manos de Graine y su boca—. ¿Cygfa? ¿Qué pasa?

Gunovar respondió por ella.

—No pueden ejecutar a una virgen. Ofende a sus dioses y también a sus leyes.

—¿Cómo…? ¿Pero qué diferencia hay si…? Pero entonces si eso es verdad, Graine y Cygfa deben…

—No deben estar intactas cuando vayan a la muerte. No resulta difícil para un batallón de hombres asegurarse de que una chica ya no sea pura antes de morir. Lo harían de todos modos, pero de esta forma, lo hacen con el pleno consentimiento de la ley —la voz de Gunovar sonaba hueca, despojada de la ironía que habitualmente le daba vida. Las palabras eran veneno, y ella las pronunció porque alguien tenía que hacerlo.

Cygfa se tranquilizó, respiró hondamente y dijo:

—Lo siento. No debería importar. No importa. Es solo una cosa más entre todas, la menos importante. Estaré lista por la mañana.

—¿Cygfa? —Breaca susurró, porque la comprensión le resultaba demasiado súbita y demasiado tremenda para pronunciarla en voz alta. Durante diez años pensó que Cygfa no había tomado ningún amante por compasión hacia Duborno, cuando en realidad la verdad era impensable: que la hija de Caradoc había vivido tres meses enteros como prisionera de Roma yaciendo despierta por las noches, preparándose para lo que iba a ocurrir a la mañana siguiente.

No ocurrió, pero la simple espera la destruyó por completo, eso y los exámenes y manipulaciones de hombres que habían sido adiestrados para curar, y sin embargo habían causado sufrimiento. «Por supuesto, puedes hacer que tus físicos lo confirmen». Como habían hecho los físicos de Roma…

La decisión, pues, era fácil. Una vez, en una caverna, la antepasada-soñadora le había hecho una promesa. «No te prometo nada. Solo que estaré contigo, y que si lo pides, te daré la muerte, que puedes ansiar, o te ayudaré a vivir, cosa que quizá no desees». Era el momento de aceptar aquella oferta, si no para ella, al menos para los demás.

—No estarás lista por la mañana. No hay necesidad, no tiene sentido.

Breaca se puso de pie. Los nudos de Graine estaban deshechos. La hinchazón de su sien izquierda, donde la había golpeado el cuchillo de la Boudica, era del tamaño de un huevo de mirlo, y estaba caliente al tacto. La niña tenía fiebre, y se agarraba a su madre con sus manitas pequeñas y frenéticas. El latido de su corazón sonaba errático contra el pecho de Breaca, y lloraba de forma incoherente, repitiendo las mismas palabras de antes:

—Lo siento, lo siento, lo siento…

—No lo sientas. Es bueno que estés aquí. Te amo. Y no estamos indefensas. Breaca apartó el pelo caliente y húmedo de los ojos de su hija y la besó en los párpados, uno cada vez. Estaba oscuro, y no tenía que dominar su rostro, solo su voz, para que no pareciese ni presa del pánico ni desesperada.

En realidad no era presa de ninguna de las dos cosas, solo estaba cansada y consumida por el dolor, de modo que era muy duro llegar al lugar de su interior donde la antepasada había establecido su residencia y pedirle la fuerza necesaria para hacer lo que había que hacer. Le pareció mucho más fácil cuando pensó en aquello antes, en Camulodunum, a plena luz del día, con hombres y mujeres y fachadas romanas a su alrededor. Entonces Graine se lo impidió, y Corvo, por amistad, y la antepasada-soñadora no tomó parte en ello.

Breaca deslizó sus dedos hacia arriba por la columna vertebral de su hija, hasta el hueco en la base del cuello donde la cabeza tomaba asiento, e intentó contener el aliento para parecer calmada. Hacia el espacio de su alma donde el viento de los dioses soplaba con más fuerza, dijo: «te pido tu ayuda, como querías que hiciera. Y acepto tu oferta de muerte».

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta, pero Airmid le cogió la muñeca.

—Breaca, no puedes pedir eso para otra persona. Cada uno de nosotros tiene que hacer las paces a su manera con los dioses, si desea morir.

—¿Incluso Graine?

—Especialmente Graine. Escucha lo que dice la antepasada.

Breaca lo intentó, pero no pudo oír nada excepto el clamor de la pena y la desesperación y la proximidad al pánico que nunca la había tocado en la batalla, ni siquiera cuando perdió a Caradoc. Dijo:

—¿No podemos…? Ah, dioses, ¿es que no nos van a dejar en paz?

Fuera, los guardias corrían con antorchas encendidas. Una voz (¿la de Cunomar?) gritaba. La puerta se abrió de par en par con un resplandor de antorchas. El procurador estaba de pie en el umbral, iluminado por todas partes por antorchas encendidas.

Asomándose al interior, dijo:

—¿Todavía vivas? ¿Y la niña también? Bien —hizo una seña a unos hombres que entraron con unas cuerdas—. Atadlas. Coged a la niña, rápido.

Era una habitación pequeña, demasiado llena, demasiado pronto. Tres hombres fueron a coger a Breaca. Ella luchó contra ellos, buscando su propia muerte y la de Graine. «Los caminos de la muerte estarán abiertos, si quieres adoptarlos». Su antebrazo aplastó la garganta de un hombre, y ella hundió los dedos en unos ojos vivos, y entonces en su cráneo restalló un relámpago y explotó la oscuridad y el suelo y la pared se abalanzaron hacia ella y el peso que representaba Graine desapareció.

Unas manos poco amables le dieron la vuelta sobre el vientre, le ataron las muñecas y la volvieron de espaldas. El procurador estaba de pie junto a su hombro, mirándola a la cara.

—Nuestro explorador coritano se ha superado a sí mismo. Tiene motivos para odiarte, creo, y para buscar la venganza, que yo le había prometido. Dice que en tiempos fuiste una guerrera de cierto renombre.

«Sería mejor que él no averiguase que eres la Boudica». Una por una, las barreras más seguras de su vida saltaban hechas añicos. Escupió al hombre que permanecía de pie ante ella.

El procurador retrocedió un paso y no recibió marca alguna. Dijo:

—El explorador aseguraba también que si te dejábamos sola, hubieses matado a la niña y quizá también a las demás. Me alivia ver que eres menos guerrera de lo que él creía.

Se apartó a un lado para dar paso a los guardias que habían atado y amordazado a las demás y sujetaban a Graine, aullando, entre ellos. Dijo de buen humor:

—Todo acabará muy pronto. Mañana. O quizá pasado. He tenido que mandar a buscar a Camulodunum la madera para vosotros. Qué tonto soy, tenía que haber pensado en traer yo algo de madera.

Retrocedió más, secándose los dedos en la túnica. La puerta se cerró tras él. Breaca se quedó echada y medio inconsciente en la incómoda, mareante oscuridad, entregada al dolor de su cabeza, sus costillas y sus riñones, machacada una y otra vez por el eco de los chillidos de su hija que gritaba su nombre y luego se detenía de pronto cuando alguien le tapaba la boca.

No hizo esfuerzo alguno por llegar a la antepasada, ni por encontrar una forma de reunirse antes con la muerte. Graine no estaba a salvo. Nada más importaba.

XXXVI

La puerta no se abrió por la mañana ni al mediodía, sino a última hora de la tarde.

La luz del día reveló a Airmid, Gunovar y Cygfa, tal y como habían pasado la noche, echadas en el suelo y atadas, sin dormir, magulladas y consumidas, como Breaca, por el hambre y la sed y la necesidad de orinar sin hacérselo encima, algo muy trivial y movido por el orgullo, y que presumiblemente dejaría de preocuparla del todo antes de que acabase el día.

Se apoyaban las unas a las otras con los ojos, y decidieron no hacer caso del temblor que no había cesado.

No les dieron de comer, pero sí las lavaron, y les dieron la oportunidad de usar el estercolero y beber, porque, como dijo el mercenario, que había hecho el signo de Nemain, «un cuerpo puede durar mucho más de lo que se cree sin comida, pero si dejas sin agua a tus cautivos, se mueren antes de que te des cuenta».

Lo había dicho después de que Breaca bebiese, o si no se habría negado. El hombre sonrió con aire cómplice y vertió el resto del precioso contenido de su odre en las palmas de sus manos y se lavó la cara con ellas.

Fuera, el motivo del retraso estaba claro. Breaca estaba de pie a campo abierto, en el centro del poblado, contemplando el borde inferior del sol que caía en el horizonte, y a su izquierda se habían excavado ya, aunque aún no estaban llenos, los agujeros para los postes de media docena de cruces. «He tenido que mandar buscar la madera a Camulodunum».

Se habían erigido dos montantes de roble, hechos de maderas recuperadas de las casas. Cunomar y Ardaco estaban atados a uno de ellos, y tres de las osas en los otros.

Graine no estaba allí. Era lo único que importaba.

Breaca podía mirar o no mirar. Podía luchar para contener sus temblores, y así no parecer asustada, o abandonar todo intento y quedarse allí, blanca y con los ojos como platos. Ninguna de ambas cosas sería observada ni representaría diferencia alguna.

El procurador salió de una tienda que se había colocado en la cara norte del poblado y los examinó con satisfacción.

—Tengo noticias de Camulodunum. Las carretas saldrán con la madera mañana al amanecer. Estarán aquí a última hora de la mañana, y así tendremos tiempo para completar los inventarios y los demás preparativos. Primero está el asunto de las hijas del rey, que hay que solucionar, y de los hombres que han causado algunos problemas por la noche.

Había oído gritar a Cunomar y no había podido ayudarle. En la retahíla de sus

fallos no era aquél el más grave, pero desde luego tampoco el menor, ni de lejos. Y la muestra de ello estaba en los hombres, ya desnudos para recibir los azotes. El rostro de Cunomar aparecía ensangrentado en el lugar donde le faltaba una oreja. Ardaco tenía todo el torso magullado, pero no peor que después de alguna batalla. Tenía los ojos hinchados y ennegrecidos. Miró a Breaca por uno de ellos, e intentó decirle algo. Ella meneó la cabeza. «No te oigo». Él hizo una mueca y volvió la cara hacia el bosque.

—Estáis acusados de insurrección, de asesinato de los siguientes legionarios…

Ése era, pues, el juicio. El procurador estaba de pie encima de un pequeño podio de maderas claveteadas. Habían sacado el alijo de hierro crudo de la fragua junto a la casa grande, y estaba allí, atado, a sus pies. La propia espada de Breaca estaba también colocada a un lado, con las de Ardaco y Cygfa. Para encontrarlas seguramente habrían tenido que destruir la fragua.

La voz del procurador era un ronroneo sin sentido, que se unía al ruido más intenso del poblado. Breaca vio a un cuervo que picaba la paja del tejado de una choza que había compartido con Airmid, y volaba hacia el roble hendido por el rayo en los cercados inferiores para los caballos. El Perro del Sol había hecho azotar a sus soñadores descarriados y los había colgado de robles como aquél. Solo Roma tenía que matar a un árbol para matar a un hombre.

—… o podemos preguntárselo a tu hija. La menor. ¿Lo preferirías así?

Airmid se apoyaba en su hombro, intentando hacerla volver al presente. La boca del procurador se movía, y el sonido llegaba a ella, y el sentido un poco después.

—¿Preguntarle qué? —dijo Breaca. Volvió a mirar. Graine no estaba allí. El espacio doloroso donde ella debía haber estado se encontraba vacío, y no se había vuelto a llenar.

El procurador dijo:

—¿Dónde está el ejército para el cual se habrían hecho armas con ese hierro? —lo dijo lentamente, espaciando las palabras.

Breaca le miró. Era un simple escribiente; no comprendía nada de la guerra. Dijo:

—Todavía no existe. El tiempo no lo ha permitido.

—Estás mintiendo.

—No. Si cada una de esas barras se hubiese convertido en un arma, y cada una hubiese tenido un guerrero para empuñarla; ¿estaríamos aquí ahora mismo? Tú tienes tres centurias de hombres. Nosotros podríamos haber armado fácilmente al doble de hombres. Y si hubiesen estado aquí, lo habríamos hecho. No hay ejército. Los que ya se habían reunido se han dispersado hacia el norte, hacia la seguridad, o han vuelto a sus haciendas. No volverán a reunirse cuando nosotros hayamos desaparecido.

—¿De verdad? ¿Y quién los habría dirigido?

—Lo habría hecho yo —respondió Cunomar antes de que Breaca pudiese hacerlo —. Yo soy el hijo del rey, entregado a las osas en los bosques del norte, el mejor para reunir un ejército en el sur.

Al procurador le costó algo de tiempo desplazar su mirada desde Breaca a su hijo.

Aun entonces miró más allá de donde se encontraba éste, a Ardaco.

—¿Y este hombre, es tu padre por sangre?

—No, mi padre está en el exilio, en la Galia —Cunomar había pasado la noche mejor que los demás, con la cabeza alta, bien erguido por la arrogancia de la juventud o por la osa. Ella esperaba que fuese así, y rogaba que el dolor y la desesperación no le hubiesen apartado de lo que era antes.

Breaca le miró, como Airmid la había mirado antes a ella, intentando hablarle mentalmente. «Cunomar, Cunomar, no le digas nada que no pueda averiguar por otros medios».

Cunomar no la miraba a ella, sino al explorador coritano que estaba de pie entre los mercenarios. Cada mirada suya era un desafío. Dijo:

—Cuando tu gobernador haya perdido su guerra en el oeste, mi padre volverá y dirigirá a los guerreros de Mona hacia el oeste, para asaltar Camulodunum. Entonces el hierro que ha reunido mi madre se convertirá en espadas, y las usarán aquellos que tengan el honor y el valor suficiente para usarlas.

—¿Tu madre hizo éstas? —la mirada del procurador volvió hacia Breaca—. ¿Eres herrera?

—Sí.

—Y tú hiciste éstas… Claro, claro… —dio una patada hacia un lado a un paquete de puntas de flecha. Éstas resonaron contra el suelo, soltándose de la tira de pellejo que las unía—. Una mujer de los icenos que hace lanzas, y que quizá las arroja también —se acercó más, le cogió la barbilla y la obligó a mirarle—. ¿Fuiste tú quien mató al gobernador con tus lanzas embrujadas?

«No, fue Airmid quien lo hizo. Es la soñadora quien hace al guerrero, y no al revés».

Breaca dijo:

—Sí.

El procurador la contempló, fascinado y horrorizado.

—¿Sabes cuál es la pena por ser soñador?

—La misma, supongo, que por insurrección.

—Casi. El rebelde es azotado antes de ser colgado, y el soñador a menudo no. ¿Admites ambas cosas?

Estaba cansada de aquella farsa de juicio, y de todo lo que conllevaba. Tenía que haberle escupido en la cara de nuevo, o haber despotricado contra la invasión de su tierra por parte de la nación de él. Pero, cansadamente, dijo:

—¿Por qué negarlo? Yo soy como los dioses me han hecho. Bajo sus leyes, y no bajo las tuyas o las mías, puedo ser culpable o hacer algo malo.

* * *

Azotaron a Cunomar, a Ardaco y a las tres osas que habían matado cada una a un mercenario. Se hizo de forma muy competente, por hombres que habían sufrido azotes ellos mismos muchas veces en sus veinticinco años de servicio en las legiones. No era fácil contemplar aquello, pero tampoco resultaba imposible.

Si Breaca miraba hacia el sol, y al cuervo que iba cogiendo pajitas, en lugar de atender al ruido; si prestaba atención al reguero de hormigas que atravesaba la tierra batida de la hacienda, si descansaba su mente en la red de la torques de la antepasada, que estaba silenciosa, como si esperase, entonces era posible testificar todo aquello para honrar el valor y no el dolor. No era peor que en la batalla, en realidad, y las heridas que se producían entonces apresurarían posteriormente la muerte, cosa que no era mala.

Al cabo de un rato prestó atención a Cygfa, que temblaba de forma incontrolable, e intentó pensar en algo que pudiera ayudarla.

—Puede que estén armados —dijo, en voz baja—. Es posible coger un cuchillo y darle la vuelta.

Con terrible seguridad, Cygfa dijo:

—No, no lo estarán. Ya han hecho esto antes. No correrán ningún riesgo.

—Lo siento.

No había nada que decir entonces, nada sino contemplar la tierra y la única fila de hormigas que caminaban y preguntar de nuevo a la silenciosa antepasada por qué todos los fragmentos de su visión debían extinguirse de aquella manera, cuando había tanto que esperar aún.

Aquello acabó, a su debido tiempo, porque todo acaba, y luego llegaron otras cosas, que ocuparían más tiempo.

Resultó imposible observar a las hormigas porque apareció Graine al fin, aturdida y silenciosa y caminando de forma inestable, que salía a empujones de la choza que había sido de Airmid, donde los cuervos seguían picoteando pajas del tejado.

Habían lavado a la niña, y la habían alimentado, y había vomitado, y también le habían limpiado el vómito, y alguien, que Briga le lisiara y le mantuviera sumido en el sufrimiento para siempre, le había peinado el pelo y le había colocado una diadema de hojas de roble entrelazadas, y un hilo de oro al cuello, de modo que su belleza estaba más allá de toda duda, así como su castidad.

Era pequeña y estaba sola y aterrorizada y más allá de toda posibilidad de ser valiente. Sus ojos buscaron los de su madre y no encontraron consuelo en ella. Abrió la boca para hablar, y la cerró de nuevo. Estaba llorando, y seguiría haciéndolo para siempre, y no se podía hacer absolutamente nada.

En su cabeza, silenciosamente, una y otra vez, Breaca decía: «Graine, lo siento», y oía la voz de su hija, seria y desesperada, diciendo: «es culpa mía, Duborno se durmió»…

Cygfa maldecía rígidamente, un largo susurro continuo que invocaba a lo más oscuro de Briga y Nemain para que la ayudasen y destruyesen a los hombres que

venían a buscarla. Ellos se rieron y la golpearon y le taparon la boca con un trapo. Ella no tenía que parecer hermosa.

Entonces empezó la pesadilla, y resultaba imposible presenciarla y permanecer cuerda.

Hacia el principio, Breaca vomitó; un vómito patético de bilis y saliva que le dio arcadas hasta vaciarla. Nadie vino a limpiarla. Airmid se apoyaba en uno de sus brazos y Gunovar en el otro, y entre las dos la mantenían erguida.

Airmid dijo:

—No mires —y no miró, pero era imposible no escuchar, no oír la destrucción de Graine, la delicada y bella niña que sujetaba los hilos de su corazón, y de Cygfa, que era Caradoc renacido como mujer, y más vulnerable si cabe por ello, a medida que hombre tras hombre de la guardia del procurador, de día y luego a la luz de la hoguera, se aseguraron más allá de toda duda posible de que ninguna de las dos fuese casta, y que sus ejecuciones al amanecer no ofendiesen a los dioses romanos ni vulneraran las leyes de Roma.

Y mientras pasaba todo aquello, la torques seguía silenciosa y vacía; la antepasada-soñadora no ofrecía ayuda alguna y no se podía acudir a pedirla, o Breaca lo habría hecho, aunque solo fuese para sí misma. Pero no se podía hacer nada, absolutamente nada para evitar la destrucción.

* * *

Cunomar yacía de costado en la tierra ensangrentada, en el lugar donde los mercenarios le habían dejado, que había sido su propia habitación, la que en tiempos compartió con Eneit y que ahora compartía con Ardaco y con tres de las osas.

Les habían dejado allí la noche anterior, y ellos habían excavado una letrina en el rincón y la habían usado, ya que no esperaban volver. El hedor se mezclaba con el dolor martilleante de su cabeza, en el lugar donde antes tenía la oreja, y en su espalda, que ya no tenía piel, y en sus brazos, donde el peso de colgar de las ligaduras y del montante le había descoyuntado los hombros.

No había forma alguna de echarse que no enviara latigazos de fuego por todo su cuerpo, y por lo tanto no había forma de dormir. Estaba a oscuras y notaba el hombro de Ardaco apretado contra su talón; una presencia firme que le daba más consuelo que las palabras. Las tres osas yacían junto a él, tratando de estabilizar el aliento como él intentaba tranquilizar el suyo. Era lo mejor que podía hacer, una tentativa final de no deshacerse en lágrimas, y lo único que oía era el aullido inhumano de Graine que chillaba y chillaba y que luego dejó de chillar, cosa que aún era peor.

A lo largo de toda su niñez, cuando envidiaba la delicadeza y belleza de su hermana y el afecto que le profesaba su madre y el lugar que ocupaba en el corazón de

Airmid, y de Sorcha, y su camaradería con *Piedra*, y su creciente poder, Cunomar nunca le había deseado la muerte. Ahora sí que lo hizo, apasionadamente, por su bien. Echado en el frío suelo, sin notar casi los dedos donde las ataduras habían impedido el paso de la sangre a las muñecas, y en la cabeza, los brazos y la espalda, rezó a la osa sin nombre que vivía en su interior rogándole que el silencio de Graine significase que había encontrado la liberación en la muerte.

Más tarde, de forma más fría, deseó lo mismo para él y para los demás.

Más tarde aún, temblando de forma incontrolada y al borde de las lágrimas, recordó lo que había aconsejado Ardaco antes de que todo empezase: «Piensa en la marca de la osa y en lo que te hizo». Y luego de nuevo, más tarde, mientras los llevaban de vuelta a la choza: «Piensa en la marca de la osa. Fue peor que esto».

Quizá fuese peor, era difícil recordarlo. El dolor pasado se olvida fácilmente, excepto por la sensación de triunfo al haberlo superado. Ciertamente, la marca de la osa duró mucho más tiempo; los azotes apenas habían durado una tarde, mientras que su tiempo en la cueva de la osa, bajo el cuidado de los ancianos de los caledonios, duró desde el oscurecer del primer día hasta el oscurecer del cuarto, y en todo momento sufrió una agonía de dolor.

Pensaba que habían usado hojas de pedernal al rojo vivo para hacerle las cicatrices de los hombros y la espalda, pero nunca estuvo seguro de ello. En aquel momento estaba demasiado oscuro y él se hallaba demasiado perdido, demasiado encerrado en cada aliento, para preocuparse. Después, formaba parte de la magia, y no importaba saber cómo se había hecho.

«Respira. Concéntrate en la respiración. Deja que te lleve al centro de ti mismo, donde se esconde tu fuerza».

Los ancianos se lo decían una y otra vez, y el tiempo se fue deformando de modo que pareció que le costaba días, meses, años de lucha a su cuerpo, de lucha para no chillar, de lucha para no luchar, sino quedarse echado y quieto bajo los cuchillos que cortaban, que hurgaban, que le marcaban, antes de que las palabras empezaran a cobrar sentido y empezase a sumergirse, con cada aliento, más y más profundo, en el centro de sí mismo, hacia el lugar donde encontró la fuente de la que manaba su resistencia.

Más aún: dentro de aquel lugar había encontrado una puerta hacia el infinito. Más allá del dolor había avenidas que corrían entre las estrellas. Allí, Cunomar caminó con los espíritus del oso que había matado y del castor que fue su primera presa para los ancianos, y más allá halló a todo el panteón de dioses: Briga y Nemain, Camul, el dios de la guerra de los trinovantes, y Belin, el sol. Cada uno de ellos por separado le dio un atisbo de lo que era ser un soñador.

Y se incorporó al fin marcado por el oso, con dos regalos: el primero y más palpable era el conocimiento de la fuerza que albergaba en el centro de sí mismo. Y el regalo que hacía que su alma se elevase más aún era la grieta que se abrió en el firmamento, y que le permitió ver a su través, como ve un soñador, un posible futuro.

«Deseo ser un guerrero que sobrepase a mi madre y a mi padre, de una estatura tal que dirija la derrota de Roma».

En presencia de los bailarines de la osa de los caledonios, Cunomar expresó en voz alta el deseo de su corazón, y los ancianos le devolvieron a su pueblo, lleno de esperanzas y de promesas. Echado entre la suciedad y la sangre y el sudor de su fracaso, la ironía de todo aquello, su orgullo desmedido y el juicio de los dioses le golpeó de forma tan repentina y dura como el látigo de los veteranos durante toda aquella tarde: un verdadero soñador habría visto lo que se avecinaba y lo habría evitado, o al menos habría sabido cómo encontrar de nuevo la grieta entre los mundos y habría dejado que su alma caminase por ella.

El lugar aún existía. Si podía alcanzarlo, hallaría la cordura y una forma de sobrevivir hasta la mañana, pero para hacerlo, tenía que encontrar una forma de evitar los chillidos roncos de Graine que inundaban su cabeza.

Se dio la vuelta, quedando echado sobre el estómago. «Respira. Húndete en la respiración. Deja que te lleve…»

—Bebe. Bebe y despierta. Vamos. Bebe y despierta. No ha sido tan malo, y nada comparado con lo de mañana…

La voz irrumpió a través de la corteza que se estaba construyendo y no se iba.

Le arrastraba quieras que no de vuelta al dolor y el recuerdo de la voz de Graine. El frío salpicó sus labios y entró por su garganta y se habría atragantado, pero una fría mano le tapó la boca y un pulgar corrió por un lado de su garganta, y se quedó silencioso y tosió, pero solo por la nariz.

—Cunomar. Despierta. Escúchame. Debes despertarte…

Conocía aquella voz de forma distante. ¿Eneit? No, Eneit estaba muerto; su madre le había dado una muerte limpia. En aquel momento lo había comprendido, y aun así la odió por ello. Ahora, odiaba la arrogancia de lo que él mismo había sido.

No, no era Eneit, pues. Una fría certeza le hizo abrir los ojos, y vio que, a fin de cuentas, no estaba demasiado oscuro para ver. La puerta de la choza estaba abierta, y la luz del fuego jugaba en el borde, lo suficientemente brillante para mostrar las plumas del cabello del explorador del halcón coritano que se inclinaba hacia él, y las cicatrices blancas de los lagartos de fuego que marcaban sus brazos.

Cunomar había olvidado lo que era odiar de verdad, inmerso como estaba en la pasión autodestructiva del odio. Entonces lo recordó todo. Su odio al procurador, que era un hombre débil y no conocía el honor, era una llama fantasmal sobre un pantano comparada con el infierno ardiente que sentía por el traidor de los coritanos que había encontrado a Graine perdida en el camino del exterior de la hacienda, y la había entregado viva al procurador.

Esforzándose por sentarse, dijo:

—Los mercenarios decían que les has devuelto a mi hermana para su goce. Por eso, te esperaré eternamente en las tierras que hay más allá de la vida y no tendrás descanso —su voz sonaba cascada. Su aliento estaba destinado a otras cosas. Tosió y

tuvo que esperar hasta que hubo pasado el dolor, antes de poder ser oído.

El explorador meneó la cabeza.

—Fui más allá de mi honor. Lo siento. Yo no sabía que ellos…, harían lo que han hecho. Los coritanos quizá clavarían una lanza a un niño capturado en la guerra, o le cortarían la garganta, pero se haría de una forma limpia. Eso… eso nunca.

Cunomar le despreciaba abiertamente.

—¿Por qué estás aquí?

—Para decirte esto. Para disculparme, para que mañana vayas a la muerte y después no me esperes con odio en el corazón en las tierras que hay más allá de la vida. La Boudica y su hijo mataron a mi padre; eso es bien conocido, y tú no lo has negado. Vuestras muertes le vengarán, pero juro por la vida de mi padre que no quería que le ocurriese eso a la niña.

—Entonces, libérala.

—No puedo. He intentado acercarme a ella, darle la paz de la muerte, pero los hombres del procurador la custodian estrechamente, y saben lo que siento. Ya no se me permite acercarme a ninguna de las hijas del rey. Lo siento. Por mi honor, como uno que lleva las marcas del lagarto, lo he intentado.

El explorador hizo ademán de levantarse. La diosa osa habló claramente por una vez y Cunomar le cogió la muñeca al hombre, sorprendiéndoles a ambos.

—Entonces, inténtalo de nuevo. Busca a Corvo, el prefecto que me saludó en Camulodunum. Él no puede evitar que nos cuelguen, porque matamos a los hombres del procurador y debemos morir por ello, pero quiere a Graine y puede salvarla todavía. Dirige a tres cohortes al oeste, hacia Mona. No pueden haberse alejado demasiado, si es que han salido ya. Encuéntrale, dile lo que ha ocurrido y tráele aquí.

Hubo una espera, un cambio en la tensión del brazo que sujetaba, y luego:

—Quizá. Si hay una forma de hacerlo, lo intentaré.

El explorador volvió a ponerse en pie. Pensó durante un momento y dijo:

—No les he dicho el otro nombre de tu madre, ni lo haré.

«No deben saber que ella es la Boudica». Ardaco lo había dicho con toda claridad, y Cunomar dijo: «el explorador del halcón lo sabe. Se lee en su cara. Se lo dirá».

Contra todo pronóstico, no lo había hecho. De mala gana, Cunomar dijo:

—Gracias.

Y lo sentía.

—No habría habido honor alguno en decirlo. Lo que hacen ya es bastante —el explorador se alejó hacia la puerta. Dijo—: Tu madre tiene honor. Se nota, y los hombres de Roma le temen por ello. Por la mañana le harán a ella lo que te han hecho a ti. No intentes detenerles. La ayudará a morir más rápido después.

* * *

«Por la mañana le harán a ella lo que te han hecho a ti. No intentes detenerles».

Cunomar no podía detenerles, y no pensaba perder su orgullo intentándolo por el bien de ella; solo presenciarlo, como ella había hecho, e intentar hacer lo posible para darle fuerzas.

La idea le despertó muy temprano, de modo que estaba ya preparado cuando el guardia llegó a la puerta y trajo unas cadenas de esclavos de las carretas para ponérselas. No había encontrado el centro de su paz durante la noche, después de irse el explorador halcón, ni tampoco ninguno de los demás, o al menos eso pensaba. El dolor era demasiado grande y el temor de lo que deparase la mañana también.

Parpadeando, demacrado, encadenado a Ardaco por un lado y a las osas por el otro, salió a la luz de la mañana arrastrando los pies.

Y se detuvo.

Las carretas con las maderas habían llegado de Camulodunum. Los agujeros excavados por los mercenarios ya se habían rellenado.

Seis cruces se alineaban de este a oeste a través de la hacienda, para la familia del antiguo rey y los más allegados. Una horca con muchas cuerdas esperaba a las osas.

Cunomar no vomitó, pero una de las guerreras osa encadenada a su izquierda hizo violentas arcadas, y oyó y luego olió también una ventosidad larga y fluida cuando los intestinos de otra se soltaron. Solo contaba con su propia experiencia en Roma para agradecer que no le ocurriera una vergüenza semejante. Esa misma experiencia le decía que acabaría por ocurrirle lo mismo, y que para entonces ya nada importaría.

Su madre estaba allí. La vio detrás de las cruces. Se hallaba sujeta al montante de roble en el centro del poblado, donde habían atado a Cunomar el día anterior; deshonrada y sola en el lugar que debería haber dado nacimiento a su sueño.

Era todavía la Boudica; cada línea de su cuerpo lo decía. Más que ninguna otra cosa, importaba entonces que el procurador no averiguase su identidad, pero resultaba muy duro ver que él no era capaz de verlo, cuando brillaba en ella de una forma tan clara: desde el río de cobre de su cabello, atado por los legionarios en una parodia del moño del guerrero, para apartárselo de la espalda, a las cicatrices de batalla que tatuaban todas las partes de su cuerpo y la rabia tranquila que se remansaba en sus ojos, y el desprecio hacia los hombres que la tenían cautiva, y desbordaba por encima de ellos y más allá aún.

Cunomar notó el mismo pellizco en su corazón que había notado cuando Eneit se preparó para morir, y supo sin duda alguna que la amaba, y que estaba orgulloso de ella, y que era demasiado tarde para decirlo. Habría soportado todos aquellos horrores por ella, pero no encontraba ninguna forma de hacérselo saber ni de ayudarla a soportarlo.

Era una idea nueva, y le asustaba mucho más que las cruces. Breaca no había recibido las marcas del oso; sus largas noches habían sido más tranquilas y ella pudo volver a casa después sin cicatriz alguna. A pesar de todo su tiempo en combate,

dirigiendo a los guerreros o cazando sola en las montañas, Cunomar no estaba convencido de que su madre supiera cómo mantener la cordura frente a lo que iban a hacerle.

«Respira». Quería gritar, pero no podía, porque si pensaban que la quería ayudar, le harían daño a él, y eso empeoraría las cosas para ella. «Húndete con cada respiración, deja que te lleve hacia dentro. Encuentra ese lugar en tu interior que no se puede romper».

Ella debió de oír algo, o sentir algo. Su frente se apartó del roble y sus ojos se fijaron en los de él, y, durante un asombroso y extraordinario momento, él fue su hijo, el bailarín de la osa, entero y libre, y ella fue la Boudica, entregada para siempre a la victoria, y nada se interpuso entre ambos; ella le amaba, y él lo supo, y ella supo que él la amaba también, y él pudo sumergirse en el inquieto amor de su alma, y ahogarse en él, y ser feliz.

Un guardia sacudió los grilletes de sus muñecas y el dolor le atravesó el cuerpo, de modo que tuvo que cerrar los ojos para seguir de pie. Cuando pudo volver a mirar, los ojos de su madre se habían apartado, y su mirada se había vuelto hacia el roble y hacia sí misma. El procurador había subido a su podio.

—Se te acusa de ser tanto soñadora como insurgente. ¿Niegas que eres ambas cosas?

—No —mintió ella para proteger a Airmid. Era el único regalo que podía hacerle, y aun así, ambas morirían juntas.

—Bien —el procurador hizo una seña al líder de los mercenarios que estaba de pie tras ella—. Empieza.

XXXVII

El perro fue el primero en advertir a Valerio del extraño que estaba oculto en el margen del bosquecillo, y luego el caballo-cuervo, aunque con menos sutileza.

Valerio se bajó de la silla y formo un nudo con las riendas en torno al pomo de la silla para que no se le enredaran en los pies.

—Vamos —dijo a Longino, que se había detenido—. Sigue avanzando hasta que atravieses el bosque. Si llegas al borde y no me he reunido contigo aún, detente, como si se te hubiese caído algo. Sigue hablando. Si puedes, imita mi voz también.

Longino ya podía cabalgar por aquel entonces, dirigiendo a los caballos. La carreta en la que le había traído desde el campo de batalla estaba muy atrás, escondida entre la espesura, con la vana suposición de que podían vivir y volver algún día a buscarla y usarla de nuevo.

Caminando junto al caballo-cuervo, Valerio se despojó de su cota de malla y la colgó, junto con el casco, a través de la silla. Su manto ya estaba allí también, atado flojamente para poder cogerlo si lo necesitaba. Viajaban con el uniforme de los exploradores romanos, con cota de malla y casco y los mantos azul celeste al hombro. Era más seguro que viajar como guerreros, y más plausible que cualquier otra tapadera. Entre la anarquía de las batallas del oeste, podían haber sido enviados con toda facilidad a Camulodunum con órdenes de quienquiera que actuase como gobernador. Era seguro, mientras evitasen cualquier patrulla de las legiones, y no habían visto ni una sola de éstas. La nieve no se había levantado lo suficiente para permitirles hacer incursiones libremente fuera de sus alojamientos invernales.

La maleza era espesa, de menos de tres lanzamientos de lanza de largo, formada por hayas, abedules y pequeños robles raquíticos. Los árboles estaban húmedos, empapados por la lluvia antigua y con nuevas telarañas, y apenas acababan de cobrar vida; los pájaros se reunían en ellos, pero no había nidos ni crías, como tenía que haber ocurrido. Valerio buscó y encontró el rastro de un ciervo, lo bastante ancho para seguirlo si se ponía a cuatro patas e iba reptando. El perro dirigía el camino y él lo seguía, en silencio.

El guerrero que esperaba junto a los árboles había oído ya los caballos; habría sido imposible que no fuera así. Longino lo hizo muy bien, siguió con una conversación a dos voces y cuatro lenguas, de modo que cualquiera que escuchase tenía que saber latín, tracio, galo y algo de iceno chapurreado para seguir el curso del conjunto.

El que escuchaba era joven, tenía el cabello y la piel oscuros e iba armado con un cuchillo de caza mucho más largo de lo permitido para cualquiera que no estuviese al servicio directo de las legiones. Tres plumas rojas de milano colgaban lacias de su

moño, marcándole como explorador legionario, y su cinturón iba abrochado con la hebilla con el medallón que se entregaba a aquellos que sobresalían más; el águila chispeaba, dorada, bajo el débil sol matutino.

El joven se desplazó desde la roca que le ocultaba hasta un lugar junto al borde de la maleza, donde podía ver sin ser visto a los hombres que iban avanzando por el camino.

Una cota de malla golpeó en el suelo con un tintineo de hierro que se desliza, asustando a un puñado de gorriones que salieron de los árboles.

—Maldita sea, Valerio. Se ha caído entre los espinos. ¿Has visto dónde?

Longino hablaba quejumbroso y con la voz algo pastosa, como si no se hubiese recuperado aún del vino de la noche anterior. Desmontó pesadamente y fue en busca de lo que se había caído, metiendo su espada entre la maleza y maldiciendo en tracio y en iceno.

El explorador meneó la cabeza ante la debilidad de esos invasores estragados por el vino, husmeó con las aletas de la nariz tensas y luego relajó su postura.

Valerio agarró su cabello de pronto y tiró hacia atrás, le puso la rodilla en la parte baja de la espalda y le empujó hacia delante, apretando la rodilla sobre su hombro para inmovilizar el brazo del cuchillo.

Fue demasiado fácil. Los exploradores que trabajaban para las legiones eran demasiado jóvenes, y no habían nacido para la guerra. Dando la vuelta, Valerio deslizó el borde de su espada por la garganta del joven, lo suficiente para que brotara sangre de la piel, pero no para cortar los grandes vasos que contenían su vida.

—Respira con cuidado —dijo—, si quieres seguir respirando.

Unos ojos oscuros le miraron de soslayo, con un borde blanco, como un ciervo atrapado. En latín, el joven dijo:

—Soy explorador de la Vigésima legión, estacionada en Camulodunum. Estoy buscando a Corvo, prefecto de la Vigésima…

Valerio meneó la cabeza.

—La respuesta no es válida —dijo muy bajo, y se apoyó en la hoja.

—… Boudica…

La palabra fue solo un susurro, frente al rostro de la muerte. La carne tembló bajo la mano de Valerio y fue muy duro no matar por puro instinto. Longino estaba ya allí. Puso una mano en el hombro de su amigo.

—Tranquilo.

Pero no bastaba con ambos. Lo que detuvo su mano fue la visión del broche que llevaba el muchacho prendido en el manto: una serpiente-lanza fundida en plata, con tres hilos de lana teñida de negro colgando de la anilla inferior.

Mordiéndose los labios, Valerio relajó la presión del cuchillo.

—Ese broche —dijo—. ¿De dónde lo has sacado?

—De la hija… de la Boudica —la garganta del explorador estaba herida. La sangre manaba del corte—. Yo… salvé la vida de la hija de la Boudica.

—¿Cómo?

Unos ojos oscuros se cerraron y se abrieron de nuevo.

—Mi vida por la suya. Júramelo —un susurro salpicado de rojo.

Valerio se rio. Movió su cuchillo arriba y hacia atrás, e hizo que descansara debajo del labio del explorador. Contra una resistencia inútil, apretó con la otra mano en la parte trasera de la cabeza del muchacho, obligándole a adelantar lentamente hasta que la punta de su cuchillo se encontró con el hueso sólido. El joven gimió a través de los labios apretados como los acólitos de Mitra solían hacer cuando los marcaban por primera vez.

La sangre brotó libremente sobre el dorso de la mano de Valerio.

—No llevas mucho tiempo con las legiones, ¿verdad? —dijo—. La información la obtiene libremente aquel que lleva el cuchillo. Creo que la podremos tener igualmente, sin juramento alguno.

—No hay tiempo… —los ojos del chico se abrieron mucho por el centro. Asombrosamente, una chispa de humor permanecía en su centro—. Yo moriré, y ella morirá también. Su muerte… será peor.

Podría haber muerto entonces por la simple desfachatez de aquellas palabras, pero el perro vino a lamer la sangre de su labio, y él lo vio e hizo un gesto para apartarlo, como no había hecho con el cuchillo, con el terror desnudo reflejado en el rostro.

Longino dijo, muy bajo:

—Valerio, puede ver a tu perro.

—Ya me he dado cuenta —Valerio retiró la mano. Su cuchillo estaba justo al nivel del ojo del muchacho. También tenía una longitud mayor de lo permitido, y estaba muy afilado, como los cuchillos de desollar que los soñadores usaban para averiguar la verdad. El explorador también lo reconoció y eso le asustó tanto como el perro.

Valerio dijo:

—Sabré si me mientes. ¿Lo crees?

—Sí.

Hicieron que se sentara y le ataron las manos y los tobillos. Ya no le sangraba la garganta, pero el labio inferior se le había hinchado hasta el tamaño de una piedra de honda en el lugar donde Valerio le había cortado, y la sangre se había encharcado dentro de la piel.

Valerio se agachó frente a él, sujetando el cuchillo.

—Ahora, cuéntamelo.

* * *

Unas nubes como garzas asaeteaban el cielo, empujadas por una brisa procedente del este.

Breaca no las veía, solo las notaba, como si bajasen hasta tocarla, con recuerdos del viento.

Recuerdos; nada visto. Había pasado mucho tiempo desde que había visto otras cosas que no fuesen el roble, y últimamente, ni eso. La oscuridad era mejor, aunque el sudor se le metía en los ojos y la luz le hería cuando parpadeaba para apartarlo. Había un nuevo tipo de dolor, una capa más sobre otras capas, una que podía mejorarse, mientras que las demás no podían.

Nada podía mejorar el dolor de su espalda, de sus hombros y sus brazos. Respirar le dolía, y no respirar también, y maldecir, y no maldecir. Todavía no había averiguado si chillar suponía alguna diferencia o no, pero pronto lo haría. Al principio, una pequeña parte de sí quería chillar, rabiar contra la conmoción, la indignidad, el despojamiento de su orgullo, pero su orgullo era mayor, y no lo permitía. Ahora, la mayor parte de ella necesitaba liberación, y solo un pequeño y tenue corpúsculo de algo que todavía no estaba roto la mantenía en silencio.

Pronto se rompería, pero todavía no. Todavía no. ¡Todavía no! La voz que oía en su cabeza, que en tiempos, al menos en parte, había sido suya, ahora era enteramente la de la antepasada-soñadora. Seguía pronunciando la letanía.

«Todavía no. Esto no es más que el principio. El resto será mucho peor; no hagas que se acelere».

No podía imaginar nada peor. Esto era mucho más de lo que podía soportar. Abrió la boca y aspiró un aire caliente, aire sudoroso, y…

«Todavía no».

Cerró la boca, atragantándose con el sudor y la saliva, y en algún lugar alguien se rio, y entonces recordó que podían verla y, durante un momento, soportó el peso con las piernas, y no con los brazos, y presionó la frente contra el roble, y procuró que la sensación que éste le proporcionaba contrarrestase el espantoso, cegador, nauseabundo, inacabable, inacabable, inacabable dolor.

Un rayo cegador golpeó sus brazos, por encima de la cabeza, y ella olvidó su peso y se desplomó contra las ligaduras y el rayo le golpeó de nuevo en la espalda añadiendo más dolor al dolor infinito, y el roble desapareció, y con él toda sensación de seguridad, y entonces ella abrió la boca, y tomó aliento, y…

«Todavía no».

La cerró de nuevo.

«Todavía no. Tienes demasiado orgullo. Deberías escucharme».

—Ya te he escuchado. Vine al este para dirigir un ejército, tal y como tú me dijiste. Y estoy aquí por eso.

La torques se enroscaba como una pinza de hierro en su cuello. Había pensado que el procurador se la quitaría, y ciertamente, la había toqueteado, había estimado su valor tal y como ella lo había hecho: fundida y convertida en oro, pagaría una centuria de hombres durante un verano entero, o bien media centuria durante…

Eso ya no funcionaba. El rayo le golpeaba la espalda otra vez, y no lo permitía. La

antepasada-soñadora estaba de pie junto a ella y la observaba.

Breaca dijo:

—¿Por qué me mentiste? Me prometiste un ejército, y la libertad.

«No. Solo te prometí que estaría contigo, y aquí estoy, y que te concedería la muerte si me la pedías. ¿Me la pides acaso?»

—No. Nunca —era bueno enfurecerse con otra cosa que no fuese el dolor, por muy irracional que resultara—. Tú no das nada libremente, y yo no quiero pagar tu precio.

«¿Ni siquiera para salvar la vida de tu hija?»

Hubo oscuridad y luego un chispazo de dolor, y el rayo que golpeaba de nuevo, y todo se perdió entre el recuerdo de la voz de Graine, y el silencio cuando ésta cesó. Breaca dijo:

—No viniste la noche pasada, cuando te buscaba.

«Pero ahora sí que vengo a ti».

—¿Y qué me ofreces?

«La vida de tu hija».

—¿Y qué pides?

«Lo que siempre he pedido, que vengas a mí despojada de tu arrogancia, que abandones los muros que tú misma has construido a tu alrededor, y que veas lo que hay escondido tras ellos».

—¿Y para qué sirve todo eso, si estoy a punto de morir?

«¿Te acercarías ignorante a las tierras que hay más allá de la vida, sin saber para qué has nacido? ¿Acaso tú…?» El dolor la inundó, sumergiéndola en la oscuridad. Era difícil oír cualquier cosa con claridad, incluso la voz que tenía en el interior de su cabeza.

La negrura se hizo más intensa, más sucia, la antepasada más apremiante.

«Vamos, ven a mí, portadora de la victoria. Ven. Ahora ya no estoy tan lejos».

Ven a mí. Ven a mí. Ven a… Y respira. Respiró, porque alguien había vaciado un cubo de agua encima de su cabeza y el frío era tan espantoso como los golpes, y lo único que podía hacer era respirar, abrir la boca y…

«Todavía no. Ven a mí. Sigue la oscuridad».

No había oscuridad. Solo el rayo, que era rojo, y el parpadeo hiriente de un ojo.

«Ven a mí. Estoy aquí para ayudarte. Sigue la oscuridad».

Algo tenía que romperse; el pequeño corpúsculo de orgullo era demasiado pequeño para sobrevivir. Atrapada en el torbellino de los rayos, rota por la agonía de dolor de sus brazos, Breaca de los icenos, portadora de la serpiente-lanza, dejó su orgullo y, por su hija, siguió las indicaciones de una voz en la que no confiaba y avanzó en la oscuridad.

Se hallaba en una cueva, y la antepasada estaba en la cueva con ella, pero no era la cueva de roca y agua corriente que había en la alta montaña al este de Mona, sino un lugar seguro, donde el núcleo de sí misma que quedaba podía cobijarse contra los

ataques y no romperse, al menos durante un rato.

«Bienvenida». La antepasada era más vieja de lo que se podía imaginar, y la serpiente de su sueño vivía con ella. Era muy grande pero se había empequeñecido, de modo que podía acercarse a ella sin terror.

«Bienvenida. Ambas podríamos desear que hubieses venido a mí antes».

—No sabía cómo hacerlo. Y no tenía necesidad, tampoco.

La risa se convirtió en parte de ella.

«Has tenido la necesidad desde que eras niña, solo que tu orgullo no te lo permitía».

En otro momento ella habría discutido en contra de aquello, pero su orgullo había desaparecido en medio de tantas cosas que no se podían ni contar, y ahora no había tiempo de contarlas. Allí refugiada en la cueva tranquila, en un lugar milagroso sin dolor, o al menos con un dolor tan absolutamente devorador que la había anegado y ya se estaba muriendo, se acercó a la anciana.

—¿Qué debo hacer?

«Ven a averiguar quién eres. ¿Qué otra cosa podemos hacer, si no?»

* * *

Cunomar vio a su madre perder la conciencia por primera vez, y vio cómo la hacían volver en sí con el agua, y luego cómo volvía a desmayarse de nuevo, poco después.

Pensó que había muerto y rezó para que fuese así, pero el titubeante movimiento de subida y bajada de su pecho le decía que solo se había ido, durante un tiempo, a un lugar donde no podían tocarla, y que la harían volver en sí de nuevo con más agua. Los mercenarios pensaron lo mismo. Uno llevó el cubo al abrevadero y lo llenó y se lo habría arrojado encima, igual que había hecho antes, pero el procurador se adelantó y le paró el brazo.

—Alto. Ya basta. Si muere ahora… —se llevó los dedos a los labios, pensando, y luego dijo—: Soltadla. Id poniendo las cruces para los demás. Si oye cómo vamos levantando a sus hijas, se despertará. Traedlas…

Un caballo a galope tendido llegó por el camino. Dos caballos; un segundo le seguía, y luego tres más, de modo que en total eran cinco. Ayudaba mucho contar las cosas, mantener la atención en otro lugar; Cunomar estaba aprendiendo ya aquel hecho.

El primero de los recién llegados pasó a toda velocidad por las puertas, y se detuvo demasiado rápido para que resultase seguro. Un caballo normal obligado a detenerse de aquella manera habría caído. Pero éste se mantuvo firme en el giro y se detuvo donde se requería, justo delante del montante, pasando a menos del ancho de una mano del cuerpo caído de la mujer, que yacía desmadejada en el suelo.

Cunomar miró atentamente, luego cerró los ojos y los volvió a abrir y miró de nuevo. El caballo era ruano, los dos colores de una noche helada. El jinete llevaba la armadura de cuero y el manto azul del mensajero romano, con las hojas de roble de oro sujetas bajo la barbilla, que indicaban que venía de parte del gobernador. Se quitó el casco y el cabello que había debajo era negro, y el perfil podría haber sido el de Luain macCalma, pero más joven y duro, y más baqueteado por la vida.

Cunomar cerró la boca y tragó saliva, secamente. A su mente le costó hurgar entre sus recuerdos. Con voz ronca, dijo:

—¿Valerio?

—¿Cómo? Dioses, es verdad —Ardaco sacudió los grilletes, enviando un movimiento ondulante por toda la fila de hombres.

Ardaco nunca mostraba sorpresa, ni miedo, ni rabia, ni orgullo, ni odio. Hasta aquel momento en que el odio en su voz habría despellejado a un hombre inferior hasta los huesos.

—Traidor. Ha venido a regodearse —gritó en voz alta—. ¡Traidor!

Las osas se unieron al grito, y Gunovar también; ninguno de ellos sabía quién era el extranjero, solo que la vida estaba a punto de acabar y que aquel hombre había acudido a contemplarlo, y que Ardaco, a quien reverenciaban, estaba claro que lo odiaba.

Airmid miró distraída, como si se acabara de despertar de un sueño, o quizá como si no estuviese despierta del todo. Dijo tres palabras a Gunovar, y ambas gritaron: «¡traidor! ¡Que Nemain te ligue!». Sus voces bien entrenadas se impusieron a las de las osas y levantaron más risas entre los hombres que las custodiaban, cosa comprensible, porque habían gritado en latín.

El mensajero (Valerio) los ignoró a todos como había ignorado el cuerpo sangrante de la Boudica que yacía boca abajo a los pies de su caballo. Sin desmontar, se presentó correctamente al procurador, de una forma cuidadosa y solo ligeramente jadeante.

—El gobernador te manda sus saludos y su palabra —el saquito con el mensaje que llevaba al hombro iba sellado con cera, y el sello de elefante de Britania que no se podía romper bajo pena de muerte—. ¿Quieres leer el mensaje en privado?

—Gracias —estaba claro que el procurador no quería hacer tal cosa en absoluto, si aquello le interrumpía la mañana, pero no podía decirlo abiertamente. Hizo tiempo mientras el compañero del mensajero entraba por la puerta, conduciendo tres reatas de caballos. El recién llegado se quitó el casco y reveló una mata de pelo de un asombroso color rojo.

Los veteranos hicieron sitio para el recién llegado, bromeando, y hubo un momento de caos cuando demasiados caballos ocuparon un espacio pequeño y el caballo de Valerio, al que habían cabalgado duramente, agitó la cabeza, inquieto, tirando de las riendas, y se desplazó a un lado, de modo que empujó al procurador.

El recaudador de impuestos del emperador no estaba acostumbrado a que le

empujaran, y se sentía aterrorizado por aquel caballo. Se movió a un lado, jurando.

—Ten cuidado, hombre. No puedes hacer que ese animal…

La espada que se apoyó en su garganta estaba muy pulida y afilada, y ya le había perforado la piel. Los ojos negros del hombre que la empuñaba eran la personificación de la arrogancia más letal y maligna. El hombre vestido de mensajero, que solo un momento antes se había mostrado tan educado, dijo, con espantosa claridad:

—Mi caballo está entrenado para la batalla. Si te mueves, haré que te mate. Será espectacular y más rápido de lo que mereces, pero… En realidad, no me importa. Drisco, llama al orden a tus hombres. Serás el primero en morir si nos atacan. Gracias, Longino…

Para hablar con este último levantó la voz más allá del procurador, hacia los veteranos mercenarios reunidos más allá del montante. Ellos habían visto el peligro que corría su patrón, aunque no lo bastante rápido, pero habrían acudido a su ayuda de todos modos si no hubiese sido porque Drisco, su líder, ya se había movido, demasiado despacio, y el hombre de la caballería con el pelo rojo le había quitado la espada con una sola y rápida maniobra y ahora permanecía quieto, mirando la punta de su propia arma, con los ojos un poco bizcos. La sangre le brotaba de un corte horizontal en la frente. Sus hombres se movieron intranquilos y esperaron una orden.

—Así, mejor —asintió Valerio, encantado. Como si no existiera el procurador, miró más allá del montante vacío, hacia el mercenario sin espada—. Drisco, quizá me haya crecido algo el pelo desde la última vez que me viste, en cuyo caso te perdono por no haber reconocido al hombre al que hiciste azotar tres veces en un solo invierno por emborracharse en acto de servicio, pero me siento desolado al ver que no has reconocido tampoco al caballo que se comió la mejor parte del brazo de tu espada y te mantuvo al cuidado de Teófilo durante un mes entero.

El hombre llamado Drisco le miró, frunció el ceño, volvió a mirarle y luego exclamó:

—¿Valerio? No puede ser. Estás muerto. En la Galia. Corvo nos lo dijo. Pagué dos sestercios por tu memorial…

—Halagas mi memoria —Valerio esbozó un saludo—. Pero no estoy muerto. Y el que no quiera arriesgarse a perder un brazo por el caballo-cuervo, que no se acerque a comprobarlo. O podéis usar mejor vuestro tiempo, coger todo el oro que hayáis reunido y salir hacia Camulodunum.

—¿Por qué?

—Porque el prefecto, Corvo, del Ala Quinta Gallorum, está de camino hacia aquí con tres cohortes de legionarios, y no se sentirá muy feliz de tener que interrumpir su viaje hacia el oeste para encargarse de un recaudador de impuestos que se ha excedido enormemente en sus facultades. Ésta… —y blandió su espada formando un arco horizontal. Una docena de mercenarios retrocedieron inconscientemente— es la familia de un rey. No han hecho otra cosa que llorar adecuadamente la muerte del

hombre que les gobernaba.

—Atacaron al pro…

—Les incitaron a ello. Tenemos un testigo que lo jurará por su vida.

—Tienen armas. Hemos…

—Sí, ya lo he visto. Barras de hierro, Brisco. Todos los poblados de aquí hasta la costa sur tienen un alijo de barras de hierro. Comercian con ellas, las convierten en azadas y bocados para montar, y esos patéticos cuchillos para el queso con los que les dejamos cazar. Si vas a declarar traidor a cada herrero que guarda un poco de hierro escondido, estaremos demasiado ocupados esta primavera, y francamente, creo que el gobernador tiene otras cosas en que pensar.

Ofendido, Drisco dijo:

—Mataron a Strigno. Y a Tito Castellio.

Valerio dijo:

—¿Y se supone que eso es una pérdida? Un niño con una ramita doblada podría haber matado a Strigno hasta en sus mejores días. Y Castellio probablemente estaba violando a sus hijas, en cuyo caso, está mucho mejor muerto que como quedaría después de encargarme yo de él.

Hubo una pausa seca, dolorosa, mientras varias docenas de mercenarios recordaban perfectamente cómo había tratado Valerio a los hombres que violaban a las niñas nativas, y cada uno de ellos contuvo el aliento y rezó a los dioses para que a su vecino no se le ocurriese decir ninguna tontería.

—Sí, sí, claro —Drisco se aclaró la garganta—. Entonces, ¿qué tenemos nosotros que…?

—Está mintiendo. ¿Estáis locos todos? Está mintiendo, y no tiene poder alguno para obligaros a nada de esto. En nombre del emperador, os ordeno que le desarméis. Está claro que este hombre… —el procurador ya había recuperado la voz. La perdió de nuevo ante la punta de la espada de Valerio, y los duros ojos negros que estaban encima.

Valerio dijo:

—Échate en el suelo. Boca abajo. Y no te muevas.

Muy pocos hombres tenían la entereza suficiente para ignorar aquella voz, y el procurador no era uno de ellos. Y aunque lo hubiese sido, la orden venía subrayada por el inconfundible sonido de un tropel de caballos que venían por el camino a todo galope, acercándose.

—Ése es Corvo —dijo Valerio, complacido—. Y su pelotón personal de la caballería. Por supuesto, puedes acusarle a él también de mentir. Estaré encantado de prestar testimonio más tarde, en tu juicio. Mientras tanto, te quedarás aquí echado y no hablarás a menos que se te pregunte.

El procurador seguía echado.

Al cabo de un momento, Corvo entraba a galope por las puertas a la cabeza de su pelotón personal de la caballería, como prueba viviente de que Valerio no había

mentido. Traía con él al explorador coritano, que llevaba un trapo de lana ensangrentado en torno a la garganta y el labio ennegrecido, y no miró a Valerio. Cunomar tenía que haberse sentido divertido por aquel hecho, pero no tenía fuerzas ni le quedaba ya aliento alguno excepto para rezar.

El prefecto detuvo a su caballo con la misma facilidad que Valerio antes que él. Condujo su pequeño pelotón de veinte jinetes seleccionados uno a uno hacia el terreno atestado de mercenarios, ahora muy nerviosos, y sus prisioneros silenciosos y expectantes. Sus hombres habían recibido órdenes previamente. Entraron en doble fila por las puertas y se dividieron al entrar, la mitad a la izquierda, la mitad a la derecha, formando un semicírculo de hierro acorazado que bloqueaba la salida de la hacienda. Uno de cada dos hombres desmontó y tendió las riendas al jinete de su derecha.

La atención de Corvo estaba puesta en Valerio, y así había sido desde que entró a caballo. Se enfrentaron el uno al otro como los ciervos que se encuentran en las fronteras de su territorio, o como enemigos en un campo de batalla, que han luchado durante años entre sí sin llegar a encontrarse y, cuando por fin lo hacen, cada uno se da cuenta de que el otro no es como suponía.

Sin desplazar la mirada, Corvo dijo a sus hombres:

—Buscad sus fardos y registradlos.

A los mercenarios veteranos de Camulodunum se les habían prometido riquezas sin cuento si iban a ayudar a su procurador. El poblado del difunto rey de los icenos no había resultado tan rico como esperaban, pero como era normal en toda campaña, habían tomado una parte importante de todo antes de hacer el inventario.

Vaciados en la tierra batida del recinto, sus bultos revelaron un botín de oro, plata, brazaletes esmaltados que alcanzarían un buen precio en los mercados de Roma, broches y ofrendas a los dioses, collares e incluso un broche infantil en forma de carrizo, envuelto en lana para protegerlo.

La búsqueda en los pocos edificios reveló también la presencia de las dos hijas del rey, que necesitaban urgentemente los cuidados de un físico…, si no se las consideraba traidoras, en cuyo caso, podían colgarlas y acabar lo que habían empezado.

El capitán de la caballería se lo dijo a su prefecto, que asintió y se pellizcó el puente de la nariz, y con la mirada todavía clavada en Valerio, dijo:

—Drisco, eras un mal armero y eres un centurión todavía peor, pero tristemente, no se trata de un crimen capital, a diferencia del robo de las propiedades del emperador, que ciertamente, sí lo es. Tienes mucha suerte de que tenga que atender a una guerra y no me quede tiempo para colgarte a ti y a tu chusma personalmente. Tienes de tiempo hasta que regrese el resto de mis cohortes para reunir a tus hombres y largarte. Te sugiero que lo hagas con más profesionalidad de la que demostraste al dejar Camulodunum.

Dirigiéndose a los mercenarios, Valerio había hablado en la jerga de los soldados,

ese idioma suelto y turbio de las legiones, enriquecido con galo y tracio y el ronco batavo de las unidades de élite de la caballería. Corvo hablaba en el latín del Senado, que convertía en escoria de alcantarilla a todo lo que quedaba por debajo, y hacía mucho más daño a los veteranos que las propias palabras. Drisco había enrojecido intensamente mucho antes de que el prefecto acabase de hablar, y retorcía el extremo del cinturón en su mano cuando éste acabó.

Cuando le dieron permiso para moverse, el líder de las tres centurias veteranas del procurador tenía cosas que demostrar, y lo hizo lo mejor que pudo. El orden con el que sus hombres salieron del poblado iceno no era perfecto, militarmente hablando, pero sí considerablemente superior al que demostraron cuando entraron.

Cuando el último de ellos hubo salido, ocurrieron un cierto número de cosas. El explorador coritano fue enviado a buscar agua, y a que ayudase en lo posible a las hijas del rey. El capitán de caballería del prefecto, que había estado con ellas, montó de nuevo en su caballo y ordenó a sus hombres que hicieran otro tanto. Veinte soldados veteranos reunieron los caballos inquietos y salieron a galope por las puertas, para esperar en el extremo más alejado. Obligado a la acción, Corvo finalmente apartó la mirada de Valerio y miró hacia abajo, a la mujer que, desde su llegada, éste había protegido entre los pies de su caballo.

—¿Breaca?

Estaba muerta; Cunomar estaba seguro de ello. Desde el momento en que había entrado a caballo el prefecto, ella no se había movido más, y ya no veía la subida y bajada de su aliento, ya fuese obvia o más contenida.

—¿Breaca? —ahora con urgencia, Corvo desmontó y se arrodilló junto a ella, y le colocó los dedos en un lado del cuello, y luego se puso de pie y cogió su propia cantimplora de su silla y le echó un poco de agua en los labios—. ¿Breaca?

Ella tosió; estaba viva, por tanto.

Cunomar se tambaleó en las cadenas que lo sujetaban. A su lado, Ardaco maldecía y lloraba. Airmid dio tres pasos al frente y se dejó caer de rodillas junto a la cabeza de Breaca, y cogió el pellejo con agua que se le ofrecía y vertió más en su boca, ahora con cuidado, de modo que pudiese tragar un poco, y habló, y le respondieron, en un susurro demasiado ronco para que se escuchara en todo el recinto, de modo que solo se pudo oír la palabra «Graine» con alguna claridad, y la respuesta de Airmid quedó perdida en el ataque de tos que siguió.

—¿Valerio? —Corvo había retrocedido y vuelto a montar.

Los ojos negros de Valerio resultaban indescifrables. Dijo:

—Gracias. No estaba seguro de que vinieses. No podré pagártelo nunca.

Corvo dijo:

—He venido por Breaca. Y por sus hijas. En la mente de las legiones tú estás muerto. Y sería mejor que siguieras así.

—Entonces, has ayudado a un fantasma a encontrar consuelo, por lo cual éste te está agradecido —muy lentamente, Valerio se inclinó hacia delante y ofreció su brazo

con el saludo del soldado, que al mismo tiempo era un adiós, y un estímulo para la batalla—. Siento haberte complicado en esto —dijo.

Al cabo de una breve pausa, muy tieso, Corvo cogió el brazo que se le ofrecía.

—¿Auténtico consuelo? —preguntó.

—Tanto como pueden dar jamás los dioses. Te he echado de menos. Y te echaré de menos.

—Yo también.

No lloró ninguno de los dos, aunque el aire crujía por la necesidad de llanto. Cunomar lloró por ambos, entre el dolor lacerante que sentía en la cabeza y la ronquera de su garganta, y no sabía por qué lo hacía.

Un cuervo graznó y ellos se separaron, como si se lo hubiesen ordenado. Corvo dio la vuelta a su caballo. Hizo una pausa en la puerta para saludar al hombre de la caballería del pelo rojo, y dijo:

—Longino, tengo tu piedra memorial. Si alguna vez deseas verla, solo tienes que aparecer de nuevo ante tu intendente y decir que estás vivo.

El soldado le saludó a su vez.

—Si alguna vez encuentro desagradable la compañía de los fantasmas, lo haré. Muchas gracias.

En ningún momento Corvo mencionó al procurador, ni habló de él, ni lo tuvo en cuenta siquiera. Éste yacía aterrorizado y rígido bajo las patas delanteras del caballo-cuervo.

* * *

Nadie se movía, nadie hablaba. Lentamente, el sonido de los caballos al galope se fue aquietando.

Cunomar estaba quieto, muy, muy quieto, para que ninguno de los eslabones de las cadenas que le ligaban tintineasen entre sí.

Esperaron más aún, hasta que el sonido de los cuervos que se reunían en el tejado roto de la choza de Airmid fue más alto que el susurro de los caballos distantes, y luego un poco más, hasta que, finalmente, Valerio dijo algo en un idioma que no era ni iceno, ni latín, ni galo, y el soldado con el pelo rojo asintió y fue andando hacia Gunovar y la liberó.

Ella era herrera, y no la habían dañado gravemente. Con la ayuda del soldado empezó a hacer la ronda y fue soltando los grilletes que habían puesto a las osas.

Aturdido y sin acabar de creerlo aún, Cunomar juntó las muñecas y fue avanzando, arrastrando los pies. Inclinó su frente hacia el hombro de Ardaco, porque podía hacerlo, porque le amaba y estaba demasiado cansado para andar sin apoyo, y todas esas cosas eran enteramente aceptables, y no estaba preparado en absoluto para

la violencia que estalló más allá del montante.

—¡No! —el grito del procurador fue más agudo que el de un niño, e igual de fútil.

No apelaba a ningún agente humano, con corazón, alma y mente que se pudieran conmover. El caballo ruano de Valerio había levantado las patas delanteras del suelo y se había alzado sobre las traseras y se quedó allí durante un momento, más alto que ningún hombre; era la encarnación viva de la venganza, conducido por el guerrero que se sentaba bien erguido en su lomo y, con una palabra sosegada y un toque de su talón, el animal volvió a bajar, con toda dureza, sobre el romano, que gateaba desesperadamente bajo sus pies intentando escapar.

La palabra de Valerio fue la última cosa sosegada que hubo entonces, y el momento en que el caballo quedó erguido fue el último momento de paz. Las patas del caballo machacaron entonces al procurador, y el hombre chilló, y el sonido que produjo desencadenó una explosión de furia salvaje que eclipsó todo lo visto aquella mañana.

Movido por un odio que iba más allá de cualquier sentimiento humano, el caballo ruano se alzaba muy alto en el cielo y luego volvía a bajar sobre el cuerpo ensangrentado, una y otra vez, una y otra vez, relinchando con pasión, de modo que la voz del procurador se perdió y su cuerpo se convirtió en un caos de huesos y carne y dientes hasta que no quedó del hombre que había ordenado el azotamiento de la Boudica y la violación de sus hijas más que un montón de vísceras sangrientas y blancos fragmentos de hueso entre ellas.

—Valerio, para. Para. Ya está. Ya puedes parar.

El soldado pelirrojo tenía más valor que Cunomar. Se acercó al caballo enfurecido y cogió el brazo de su jinete, sujetándolo en el breve momento en que el animal estaba abajo, antes de que volviera a subir de nuevo.

—Para. Tu hermana necesita tu ayuda. Las niñas también te necesitan. Esto no les ayuda.

El caballo se quedó quieto, bañado en sudor, temblando, como si hubiese corrido una carrera y hubiese ganado. Valerio no sudaba ni temblaba, sino que permanecía muy erguido, con la cara blanca, mirando más allá de Cunomar, hacia el explorador del halcón que había salido de la choza que albergaba a las hijas de la Boudica, y luego a Airmid, que estaba arrodillada junto a Breaca.

Algo que leyó en el rostro de ella le conmovió. Desmontó y se arrodilló al fin junto a su hermana, que yacía a la distancia de una lanza del caballo que podía haberla matado. Le puso una mano en la cabeza y luego en el corazón, y luego se inclinó y aplicó el oído en su pecho.

Levantándose, dijo:

—Longino, trae agua. Halcón, reúne a todo aquel que esté libre y pueda caminar y cierra las puertas, y echa abajo las cruces, y úsalas para construir una barricada. Si Drisco se lo piensa mejor y acaba volviendo desde Camulodunum, me gustaría pensar que podemos protegernos un poco al menos.

Valerio se arrodilló entonces entre el polvo, junto a la mujer contra la cual había luchado tanto tiempo, y la levantó entre sus brazos con el cuidado de un amante, y se puso de pie, y miró a su alrededor buscando algún edificio que no hubiese quedado destruido, y al final la llevó a la choza de Airmid, en el extremo occidental del claro, donde, al menos, había agua del arroyo, y cobijo bajo el techado algo maltrecho.

* * *

—¿Está despierta Breaca?

—Espero que no.

Sí.

Ella quería hablar, pero su boca no se movía siguiendo las órdenes de su mente.

Airmid estaba muy cerca, y así había sido desde el primer contacto de sus manos junto al montante, y su voz le había dicho todo lo necesario: «Graine está viva. Corvo está aquí. Todo irá bien», de modo que no era necesario que Breaca saliese del pozo de paz que había encontrado al fin.

La negrura iba y venía. Unas manos rodeaban sus manos, limpiaban todos sus dedos de suciedad y sangre, que se había quedado incrustada. Más tarde, alguien puso algo frío y húmedo en la carne destrozada de su espalda. Ella se estremeció violentamente y gimió en voz alta, sin encontrar las palabras, sin buscarlas siquiera, y el frío se alejó, pero no la humedad. Más humedad fue cayendo sobre ella, goteando lentamente, de modo que cada gota la calentaba y aliviaba antes de que llegase la siguiente, y a su debido tiempo, el goteo regular se hizo soportable.

Por encima se oían voces que iban y venían. Oía el tono, pero no las palabras, hasta que quedó claro que Airmid había hecho una pregunta, pero no quién había respondido, excepto que era un hombre, y que se preocupaba por ella.

Un tiempo después, cuando el sol se hubo desplazado y notaba menos calor en su espalda, el mismo hombre dijo:

—Tiene que moverse, igual que se están moviendo Cunomar y los demás que fueron azotados.

Airmid dijo:

—Todavía no está preparada.

Pacientemente:

—Entonces, haremos que lo esté. Si se queda echada así, la espalda se le quedará tiesa cuando se cure, y ya no podrá valerse como guerrera.

Una nueva voz, brusca y masculina, preguntaba:

—¿Y le importará a ella?

—Creo que sí. Podrías preguntárselo.

—No es asunto mío. Solo he venido a ver cómo estabais. Estaré fuera, ayudando a

los demás. Búscame cuando hayas acabado.

Le llegó el recuerdo de un oficial de la caballería con el pelo rojo, que había permanecido de pie junto a ella, vigilante, cuando todavía había peligro. Era un buen hombre y sentía mucho afecto, pero no por ella.

Cuando se fue, la textura de las voces cambió, y una voz en su oído dijo:

—¿Breaca? Si estás despierta, di que sí con la cabeza. No tienes que hablar.

Dijo que sí.

—Tengo que moverte. ¿De acuerdo?

Ella asintió de nuevo y unas manos firmes volvieron su espalda y alguien echó agua en un lado de su boca, y ella la tragó sin toser, y pensó que llevaba mucho tiempo echada como un niño indefenso, y que podía moverse por sí misma, así que se movió; y dejó de moverse de repente.

Cuando pudo respirar de nuevo, dijo:

—¿Por qué tengo que moverme? —su voz vacilaba, débilmente.

—Porque tu espalda se curará y quedará endurecida como la madera, y no podrás volver a empuñar una espada, ni arrojar una piedra con una honda, ni tirar una lanza. Si vas moviéndote ahora, entonces se curará bien y solo tendrás más cicatrices, pero no un cuerpo que no pueda responder a tus órdenes.

Hacía mucho tiempo, en la niñez, su padre le había quitado una astilla de hueso de la mano. El dolor le había parecido más terrible de lo que podía ser cualquier cosa. El hombre que estaba sentado junto a su cabecera hablaba exactamente como Eburovic entonces, o como Luain macCalma otras veces, con otras heridas: razonablemente benigno cuando el dolor se aproximaba y no se podía hacer nada por evitarlo.

Ella volvió la cabeza para mirar. Él estaba sentado junto a su hombro, sujetándole la mano. Era él quien le había limpiado los dedos, y era macCalma, anciano de Mona, más agotado de lo que le había visto jamás, y con un nuevo punto de ironía concentrado en sí mismo, y un perro a su lado que parecía idéntico a *Granizo*.

Ásperamente, ella dijo:

—Pensaba que estabas en Mona.

Sorprendido, él levantó una ceja.

—Lo estaba.

—¿Y qué te ha traído por aquí?

—Me envió Luain macCalma. Pensaba que podría animarte a alzar a las tribus a la rebelión, mientras el gobernador está ocupado en el oeste. Eso fue lo que me dijo en su momento. Sospecho que sus verdaderos motivos fueron otros muy distintos.

«Me envió Luain macCalma». Eso no tenía sentido. Cerró los ojos para pensar mejor. El perro estaba muy cerca de él, como habría hecho *Piedra* por ella, pero *Piedra* era un perro de carne y hueso, y aquel perro no.

El sueño de Luain macCalma era la garza. No tenía ningún perro que cruzase de la muerte a la vida para reunirse con él, ni un oficial de caballería con el pelo rojo y la

voz áspera que le quisiera con tan absorbente intensidad; ni, si lo pensaba bien, había montado jamás un caballo que pudiese matar a un hombre con solo darle una orden, ni tampoco había tenido necesidad alguna de ello.

Breaca abrió mucho los ojos.

—¿Bán?

No era el nombre adecuado. Su hermano se estremeció como si le hubiesen golpeado, y el extraño y seco humor de su mirada murió y quedó en blanco. Sin él aparecía aún más el cansancio, y el pozo sin fondo de dolor al que su caballo había dado una voz tan aplastante aquella mañana. De pronto, se parecía mucho a aquel que iba en el barco que volvía de la Galia, cercano a la destrucción por los fantasmas de su propia desesperación. Entonces él usaba otro nombre, quizá no solo para zaherirla.

Breaca dijo:

—Valerio, entonces. Te va mejor.

Él bajó la vista, y parecía buscar las palabras. Cuando la levantó, había recuperado de nuevo el humor, aunque de forma titubeante.

—Creo que sí. Esperaba que no, rogaba que no fuese así, pero los dioses son más sabios. Bán murió hace mucho tiempo, y no se le puede traer de vuelta ahora. En su lugar tienes a Valerio de Nemain y Mitra, un soñador con alguna facultad como guerrero, que te ofrece sus servicios, si los deseas.

Era demasiado para aceptarlo todo de una vez. Ella dijo:

—¿De Nemain y Mitra? ¿Puedes servirlos a ambos?

—Eso parece. Pensaba que solo habría espacio para uno, pero se ve que no es así. Hemos llegado a un… acuerdo. Nos conviene a todos muy bien, y podría servirte a ti también, si lo deseas.

Había dicho lo mismo, exactamente lo mismo hacía un momento. Breaca contuvo el aliento para evitar el dolor y se esforzó por sentarse.

—¿Por qué no iba a ser así?

Él la miró y miró a través de ella, a lo que había más allá.

—Cuando nos vimos por última vez, en un barco, macCalma evitó que me mataras. Dijo que tendrías necesidad de mí. No te dijo que era mi padre, y que ése era uno de sus motivos para mantenerme con vida.

El hermano a quien conoció en tiempos le habría dado aquellas noticias de forma mucho más tensa. El hombre que estaba sentado a su cabecera podría haberlo hecho, pensó ella, si hubiese recordado lo que era ser amable consigo mismo.

Malinterpretando su silencio, él dijo:

—MacCalma no está aquí ahora. Imagino que debe de ser por decisión propia, no por accidente.

—¿O sea que podría matarte ahora si lo decidiera? —ella se echó a reír, cosa que les dolió a los dos—. No estoy en condiciones de matar a nadie.

—No, no se trata de eso.

Él no sonreía; incluso la ironía, que parecía tan habitual, había desaparecido. Sus ojos la devoraban, y su alma se encontraba abierta, para que ella pudiese ver los rincones oscuros que contenía, tal y como la antepasada le había mostrado la oscuridad que habitaba en su propio corazón. Antes, ella se habría sentido intimidada y quizá le hubiese despachado. Ahora, conociéndose a sí misma como nunca se había conocido, vio más allá de la oscuridad el espacio del dios, y la pasión que lo encendía, y que le había dado la fuerza suficiente para servir a dos dioses y no quedar partido por la mitad.

Él dejó caer la mirada, escondiéndose. Sus manos yacían en el camastro, llenas de cicatrices y quemadas por el sol, con las uñas muy recortadas y los tendones como cuerdas en el dorso, por los muchos años empuñando la espada. Temblaban ligeramente, y no había manera de calmarlas.

El silencio se prolongaba, y él no lo rompía. Le ofrecía su alma, y su respuesta le importaba mucho, más que nada, tanto, posiblemente, como la separación de Corvo.

Breaca lo había oído allí echada debajo del montante, y las palabras que ninguno de los dos había pronunciado. Entonces no sabía quién era él, solo notaba las corrientes impetuosas que los arrastraban a ambos, y supo, aunque nadie más se diera cuenta, que la explosión de dolor que hubo después y que mató al procurador no había sido precisamente por el destino de las niñas.

Él era su hermano, aunque no compartían sangre alguna, pero sus madres habían sido hermanas. Sin saberlo, ella había llegado a la edad adulta y más allá y se había convertido en Guerrera de Mona, y luego en la Boudica, y en cada batalla había luchado con aquel hombre en su corazón, creyéndole hermano suyo, creyéndole muerto, queriendo que supiera que le amaba.

Y él aún no lo sabía.

Ella se fue moviendo lentamente, con mucho cuidado, hasta que pudo cogerle a él ambas manos entre las suyas y notó el temblor, y lo aquietó. Dijo:

—Hace mucho, mucho tiempo, hice un juramento a la soñadora de la serpiente de los antepasados de que haría todo lo que fuera necesario para proteger a mi familia. Ahora renuevo ese juramento, en el montante, comprendiendo mucho más lo que significa de verdad. Sea cual sea tu sangre, tú formas parte de mi familia. En el barco que venía de la Galia yo lo había olvidado. Fue un error. ¿Podrás perdonarme?

Él lloraba, llevaba ya un rato haciéndolo. Ella le sujetó la mano y esperó, y vio que él se esforzaba en aquella ocasión por no vacilar, y mantuvo su escrutinio durante todo el tiempo que ambos pudieron soportar, y luego apartó la vista y miró de nuevo las manos de ella, que sujetaban las suyas.

Dijo:

—No soy yo quien tiene que perdonar. Muchas de las cosas que he hecho son imperdonables, y no hay forma de volver atrás. Pero podemos ir hacia delante, y quizá no volver a cometer los mismos errores. Airmid dice que estás buscando guerreros para echar a las legiones más allá del mar. Yo no soy el guerrero que puede encabezar

la derrota final de Roma, sino más bien un soñador que ha vivido los últimos veinte años como guerrero, y que aún puede luchar, si debe hacerlo. Si te ofreciese luchar por ti, ¿lo aceptarías?

El mundo contuvo el aliento, y la antepasada, que estaba dentro de ella.

Breaca dejó que aquel momento se prolongase, porque era bueno, y pocas cosas en el pasado reciente habían sido buenas. Entonces, levantó las manos de él entre las suyas y las besó, y luego se incorporó y le besó en la mejilla; era su hermano, fuera cual fuese su sangre, y tenía que saberlo.

—Sí, claro —dijo—. Con enorme gratitud aceptaré y te lo devolveré; mi vida por la tuya, para siempre.

epílogo

Dos martillos golpeaban sobre los yunques rítmicamente.

Breaca se despertó y se quedó un rato echada, mirando las sombras estriadas del techo que se extendían hacia la pared de su izquierda. El ruido también formaba sus propias franjas, haciendo juego con las de luz y oscuridad. Se dejó llevar por ellas durante un rato, luchando por moverse. Era importante moverse; Valerio lo había dicho, y había venido a recordárselo tres veces al día los últimos cinco días. «Es la vieja norma de las legiones: sigue moviendo la espalda mientras se curan los azotes, o si no, la carne se endurece para siempre. Ahora te duele, pero después valdrá la pena, te lo prometo».

Era un hombre que no solía hacer promesas a la ligera, ella ya empezaba a saberlo. Intentó acercar las rodillas hacia el pecho, y luego separarlas otra vez. Era posible hacerlo sin contener el aliento para evitar jurar. Lo hizo de nuevo con más suavidad.

—¿Madre?

Breaca se incorporó al momento, olvidando el dolor.

—¿Graine? Pensaba que estabas dormida…

—No. No quiero dormir. Me duele —Graine yacía a un brazo de distancia de donde ella se encontraba, desde hacía dos días, desde que Airmid dijo que estaba lo bastante bien para que la llevasen desde una choza a otra. Ahora estaba echada bajo las franjas de la luz del sol, tan incorpórea como un fantasma, con la blanca piel muy tensa encima de los maltratados huesos de su calavera, y las magulladuras que se iban borrando ya de su rostro, y las sombras de un azul-negro bajo los ojos, que no se borraban.

Breaca se puso de pie, lentamente.

—Airmid ha dejado algo para que bebas. Te puede ayudar. ¿Lo quieres?

—No —Graine hizo una mueca, y apartó la vista, frotándose los ojos con el dorso de las manos, como un bebé.

—Entonces tengo un poco de leche y un poco de queso. No te hemos puesto amapolas, ni nada que te haga soñar. ¿No querrías comer un poquito conmigo?

Breaca se sentó en el borde del camastro hecho con pieles de ovejas apiladas, y desmigajó un poco de queso de cabra blanco, y encontró también una manzanita arrugada que habría traído alguno de los guerreros que venían. Dio un mordisco y le tendió el trocito a la niña.

—¿Graine? Amor mío, ¿no puedes comer?

—Bueno, un poquito —se sentaron las dos, ambas destrozadas, y comieron lentamente, empujando la comida hacia adentro a pesar de las náuseas y el terror.

Graine masticó lenta, mecánicamente, como si fuese una obligación cumplida de mala gana. Miró a través de la puerta al poblado que había más allá.

—¿Quién hace esos ruidos?

—¿Los martilleos? Son Gunovar y Valerio, mi hermano. Están haciendo armas para los nuevos guerreros.

Había muchísimos guerreros nuevos. En los días que llevaba en cama, el ejército había crecido hasta reunir a más de un millar, y seguía creciendo. Ardaco se había encargado de ello, con Duborno. Había que mantener ocupado a Duborno; estaba vivo solo porque Graine vivía aún. Si ella hubiese muerto, él se habría echado en su tumba y la habría seguido a las tierras que hay más allá de la vida. Breaca le había absuelto de toda falta, abiertamente y ante testigos, y él no la había creído.

—¿Habrá guerra? —Graine todavía miraba hacia fuera por la puerta.

—Sí. Muy pronto.

—Si todavía estás enferma, ¿les dirigirá Valerio?

—Quizá. Si los otros le siguen. Él es el que más sabe de Roma. Si vienen las legiones, cosa que deben hacer ahora, entonces sabrá cómo luchar contra ellos.

—Cunomar le odia.

Breaca dejó su queso, incapaz de seguir comiendo. Graine era muy pequeña y había estado muy enferma, y Breaca pensaba que estaba dormida cuando Cunomar la trajo a la tienda, y encontró a Valerio ya allí, y se negó a aceptarle. Solo había durado un momento; Valerio salió entonces, como si fuera justo que tuviera que hacerlo.

Breaca no le había detenido. Era la primera vez que veía a Cunomar desde que se encontraba de pie, encadenado como un esclavo, junto a la cruz en la que estaba a punto de morir, y le había costado todo su autocontrol sencillamente quedarse quieta y mirar a su hijo y no demostrar nada ni decir nada.

Cunomar dejó a Graine en las pieles de oveja apiladas junto a la pared, y, enderezándose, dijo:

—No importa. Una oreja es un precio muy pequeño a cambio de la vida.

Breaca asintió, incapaz de hablar. Su hermoso guerrero de cabellos dorados ya no era hermoso. En algún momento durante el día se había afeitado el cabello de las sienes y por los lados de la cabeza, de modo que su única oreja sobresalía, orgullosa y sin ocultar, y en lugar de la otra, que había desaparecido, solo se veía un coágulo de sangre y el agujero en el centro, en el lugar donde Airmid había metido unas hojas enrolladas para mantenerlo abierto. Él era hermoso antes, pero había sufrido un daño que no admitía reparación, y lo sabía.

—No importa —volvió a decir—. Estamos vivos. Tenemos que luchar en una guerra, y ganar. Si esto es lo peor que nos puede ocurrir, al final seremos felices.

Y tenía razón, por sí mismo, aunque no por Graine, la niña-soñadora que tenía miedo de quedarse dormida, que chillaba por las noches y permanecía en vela y luego se quedaba quieta y rígida, mirando a la oscuridad. No encontraba seguridad ni ayuda en las cosas que la habrían amparado antes; no podía llamar a la anciana abuela, ni oír

a la antepasada-soñadora, y la liebre que corría en sus sueños había desaparecido.

En privado, Airmid decía que el sueño podía haberla abandonado para siempre o podía volver más adelante, con más fuerza aún; que sería imposible decirlo hasta que todas las piezas de su ser que se habían roto quedasen compuestas, y tal curación no debía apresurarse, y podía costar días, o meses, o años, u ocupar más tiempo que su propia vida.

—No podemos hacer nada, ninguno de nosotros, excepto cuidarla —dijo, y Breaca miró hacia la pared y se mordió el labio, sin decir nada. En realidad ella no podía hacer nada de nada, y la frustración que eso suponía la estaba llevando al desconsuelo.

Se esforzó por caminar desde el lecho hasta la puerta, y luego de vuelta otra vez. Fuera ardía un fuego que desprendía un agradable perfume. El viento introducía jirones de humo en la choza. Graine husmeó y sonrió débilmente, y cogió una miga de queso, como si aquello pudiese hacer que el camino de vuelta hacia el lecho fuese más fácil.

—A Cygfa sí que le gusta tu hermano —dijo Graine—. Ardaco me lo ha dicho. Ella está entrenando su caballo para que sea como el caballo-cuervo.

—¿Ah, sí? No creo que se pueda entrenar a un caballo para que sea así. ¿Podrías beberte esto? —Breaca le tendió una jarrita de leche, y ayudó a Graine a bebería, y luego se quedó a su lado sujetando sus pequeños hombros, intentando encontrar algún consuelo—. ¿Cygfa está lo bastante bien para cabalgar?

—No; en realidad, no. Pero no quiere escuchar a Airmid. Le dijo que descansaría, pero se ha levantado y ha pasado la mañana entrenándose con los nuevos guerreros, y la tarde hablando con tu hermano acerca de su caballo. Él es un soñador, ¿verdad? No es guerrero ni herrero tampoco.

—¿Valerio? Es todas esas cosas, un poco, pero es soñador por encima de todo lo demás, sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Su perro camina en su alma. Como la rana de Airmid y tu serpiente-lanza —Graine inclinó la cabeza hacia atrás y estudió a su madre con curiosidad—. Eso es nuevo —dijo—. Más fuerte —continuó mirando. Su rostro se difuminó, como si estuviese empapado de sueño, y luego se volvió a aclarar. Sus ojos perdieron parte de su aspecto fantasmal—. Cunomar no tiene ningún oso, en cambio. Está entregado al oso, pero no vive en él. ¿Por eso odia a tu hermano?

—Eso creo —Breaca flexionó el cuello para aliviar la tensión de su espalda, y apretó los labios contra el cabello sudoroso de su hija. Aspiró el olor, la intensidad del dolor y el terror y el sufrimiento y la ausencia de sueños. Buscó en su interior a la antepasada y la encontró, vigilante, calmada.

«Te prometí su vida», dijo la antepasada. «Pero no me pediste que estuviese entera. No podría haberte concedido eso».

—Ya lo sé. Nadie podía. Pero ella ve el perro de sueño de Valerio; por tanto, no permanecerá para siempre apartada de los sueños, ¿verdad?

«No más de lo que estuviste tú».

En tiempos, ella habría despotricado por recibir una respuesta tan ambigua. Entonces, asintió y besó de nuevo a Graine, y dijo en voz alta:

—Desde que volvió por primera vez de la cueva de la antepasada, Cunomar quiso ser el que dirigiese el ataque contra Roma. Ahora, teme que Valerio ocupe su lugar. Ya he dicho que solo los dioses saben quién estará vivo para luchar, y que todos debemos estar preparados, pero él sigue teniendo miedo.

—¿Y qué dice la antepasada? —Graine se retorció para verla bien.

—Nada. Solo habla cuando es necesario, no antes. Por el momento, lo único que importa es que tú te pongas bien de nuevo. ¿Podrías beber un poquito más de leche?

Bebieron, y se acabaron la manzana y el queso, y un anca de liebre asada que Airmid había cocinado y envuelto en hojas y sumergido en una infusión muy suave de amapola y de otras cosas que permitirían dormir sin sueños.

Breaca levantó a Graine y la llevó de nuevo a la pila de pellejos que era su propio lecho, y allí permanecieron las dos echadas, juntas, cuidadosamente, enroscadas para encontrar los puntos de menor incomodidad que todavía les permitían yacer juntas, piel con piel, encontrando un simulacro de paz en un mundo que corría hacia la guerra.

Más tarde, cuando Graine se durmió y su respiración se hizo regular, Breaca se quedó despierta, muy quieta. Pasó los dedos por el pelo color sangre de buey, y se inclinó dolorosamente hacia delante, y besó aquel lugar en el centro de la espalda de la niña donde se unía una pequeña flecha de cabello de un intenso color rojo.

—Estás viva —le dijo a la niña, y a los dioses que la escuchaban—. Era lo único que pedía. Por hoy, eso basta. Mañana, o pasado mañana, daremos gracias de que todos los demás estén vivos, y luego, podremos alzamos y armar a todos los guerreros de todas las tribus y arrojar a Roma y sus legiones de vuelta al mar.

nota de la autora

Aquellos que saben algo de la historia de Boudica, sea por el colegio o por las historias modernas, saben que fue azotada y sus hijas fueron violadas, y que ésa fue la chispa que prendió el fuego de su revuelta contra la ocupación romana. Es una imagen muy romántica, y dio a nuestros antepasados Victorianos una excusa factible para comprender por qué y cómo una mujer pudo tener la oportunidad y la habilidad para conducir a un ejército armado en una serie de acciones militares culminadas con éxito. La «matrona despechada» que luchaba para vengar las ofensas contra sus hijas no levanta ampollas.

En realidad, las atrocidades cometidas por las autoridades romanas tras la muerte de Prasutago fueron el punto final de una opresión que se fue acumulando, y me parece mucho más probable que fuesen una respuesta a los inicios de la insurrección que ya estaba en marcha que el desencadenante que la inició. No tenemos ninguna fecha exacta en la que situar el inicio del levantamiento, pero ocurrió al mismo tiempo que Suetonio Paulino atacaba la isla druídica de Mona (ahora conocida como Anglesey), y podemos asumir que atacó muy temprano en la temporada de lucha, sencillamente, para tener tiempo de completar su acción antes del otoño. También sabemos por Tácito que las tribus «… se habían descuidado a la hora de sembrar el grano, ya que gentes de todas las edades tuvieron que ir a la guerra…», de lo cual podemos colegir que la revuelta ya estaba en marcha en el momento de la plantación, en la primavera… no mucho después del deshielo del invierno.

Si unimos todos estos hechos, tenemos un levantamiento en primavera, en el cual un cierto número de guerreros tribales bien armados llevaron a cabo al menos dos ataques bien planeados, que se aprovecharon plenamente de que el gobernador estuviese ocupado al oeste del país. Me parece muy improbable que quienquiera que gobernara a los icenos pudiese reunir un ejército entre una nación derrotada y desarmada sin un cierto grado de preparación y advertencia, y dadas las restricciones del invierno, su preparación sin duda debía de estar en marcha al menos desde el otoño anterior.

Si es éste el caso, entonces la muerte de Prasutago (el momento de la cual tampoco es conocido) tal vez tuvo lugar al final de esos preparativos.

La elocuente descripción de Tácito de los abusos hacia las tribus nativas por parte de los colonizadores romanos de Camulodunum resulta muy dura de leer. Un solo párrafo resume las condiciones que condujeron a la guerra:

Contra los veteranos era más intenso el odio [de las tribus rebeldes]. Porque esos

recientes pobladores de la colonia de Camulodunum sacaban a la gente de sus casas, les apartaban de sus granjas, les convertían en cautivos y esclavos y el desorden de los veteranos era estimulado por los soldados, que vivían una vida similar, y esperaban obtener licencias similares. También el templo erigido al Divino Claudio fue ante sus ojos, al parecer, una ciudadela de tiranía perpetua.

Así, tenemos a los trinovantes en Camulodunum, a los que se trataba como tratan a todos los nativos los poderes de ocupación: con desdén y poca observancia de la ley. También sabemos por Suetonio y su *Vidas de los Césares* que Nerón (un libertino derrochador, incluso para los cánones romanos) había considerado la posibilidad de retirar sus tropas de Britania. Eso, en sí mismo, quizá no causase el pánico, pero Dión Casio nos cuenta que el consejero imperial Séneca:

… con la esperanza de recibir una buena tasa de intereses, prestó a los isleños 40.000.000 de sestercios que ellos no querían, y posteriormente reclamó aquel préstamo de golpe, recurriendo a severas medidas para recuperarlo.

Las tribus del este, por tanto, estaban bajo una presión social y política inmensa. No resulta difícil imaginar que cada nuevo insulto les impulsara más y más hacia la guerra, y los icenos estaban muy bien situados para encender la chispa de la rebelión. Habían formado parte de una revuelta armada bastante efectiva en el 47 d. C., y no estaban directamente bajo las botas de los veteranos de Camulodunum, como ocurría con sus vecinos, los trinovantes. Sin embargo su rey, Prasutago, era un rey amigo, instalado por Claudio y presumiblemente considerado como súbdito romano leal, cuya rebelión no era probable que se produjese.

Sabemos muy poco de Prasutago, aparte de que era «famoso por su gran prosperidad», y que murió habiendo redactado uno de los testamentos más insensatos de la historia, pues nombraba a sus dos hijas coherederas junto con el emperador.

Resulta difícil imaginar por qué hizo tal cosa. Las posibilidades oscilan desde el hecho de firmar un documento que no sabía leer afirmar un documento que se le entregó sin opción alguna; algo así como: «firma esto y a lo mejor lo respetamos; no lo firmes y te lo quitaremos todo, de todas maneras».

La cuestión de los derechos de las mujeres a la herencia en este punto permanece abierta. Cicerón informa de que la «Lex Vocania» prohibía que cualquier hombre «incluido en el censo» convirtiese en heredera suya a una mujer. Augusto cambió este hecho, legislando que las mujeres podían heredar si habían dado a luz tres hijos, si eran ciudadanas romanas; cuatro, si eran latinas y nacidas libres, o cinco, si no eran ciudadanas romanas. Eso indicaba que las muchachas demasiado jóvenes para concebir, o que no se habían casado o no habían tenido hijos no podían heredar.

Y eso nos devuelve a las hijas de Prasutago, de las cuales no se sabe nada preciso, excepto que fueron «ultrajadas» por los centuriones enviados a tomar posesión de su herencia, y al mismo tiempo su madre, la Boudica, fue «azotada».

Aquí nuestra fuente es Tácito, pero señala con mucha precisión que las hijas del rey fueron violadas, y su mujer azotada. Uno se pregunta (al menos yo me lo he preguntado) por qué un grupo de hombres armados, que no tenían nada que perder, no decidieron violar a la mujer también, sino que se entretuvieron el tiempo suficiente, en medio de su frenesí sangriento, en organizar un azotamiento, que es un acontecimiento muy poco espontáneo, y no violaron a la Boudica ni asesinaron después a toda la familia.

Dos cosas parecen relevantes aquí, puntos de importancia menor en la ley romana. En otro lugar de Tácito aparece una descripción muy vivida de la venganza impuesta a la familia del traidor Sejano, en tiempos de Tiberio, apenas medio siglo antes de la revuelta de la Boudica. En ésta vemos cómo sacan a la hija menor de Sejano para ser ejecutada, aunque es demasiado pequeña para comprender lo que está pasando o por qué. «Historiadores de la época nos cuentan que, como no había precedentes para el castigo capital de una virgen, fue violada por el ejecutor, con la cuerda ya en el cuello». Mucho después, en el siglo IV después de Cristo, la joven que se convirtió posteriormente en Santa Inés fue también «violada» antes de su ejecución, con la excusa de que era virgen, y que era ilegal ejecutar a una joven que todavía no había perdido la castidad.

Si añadimos a esto el hecho muy bien documentado de que el azotamiento era practicado de forma rutinaria contra los insurgentes, antes de su crucifixión (Cristo es el caso más obvio en este caso), entonces existe la posibilidad de que las violaciones de las muchachas y el azotamiento de la Boudica no fuesen simplemente actos de hombres fuera de control, sino un preludio bien planificado a la ejecución judicial de una familia sorprendida en un acto de rebelión.

Sigue pendiente la cuestión de por qué no tuvo lugar la ejecución, y para eso no tenemos motivo alguno, excepto que, como su sucesora, la Inquisición española, Roma era observante muy puntillosa en el cumplimiento de la ley, y la ejecución de la familia de un rey no era cosa que se pudiese tomar a la ligera por nadie inferior a un emperador. Un gobernador podía haber tenido la autoridad necesaria para llevar a cabo tal acto, pero sabemos que Paulino estaba ocupado en el asalto a Mona. Por tanto, quienquiera que actuase en el este, casi seguro estaba excediéndose en sus potestades, y un oficial superior podía haber intervenido para detenerle.

Estos son los hechos históricos que sirven de base para este libro. El resto está construido en torno a mi interpretación de la arqueología. Un elemento permanece relativamente inalterable: una tumba encontrada en Colchester que data del periodo de la revuelta de la Boudica. Estaba dedicada a un hombre llamado «Longino Sdapeze», que había luchado con la Primera de Caballería Tracia. La tumba y la dedicatoria que contiene están descritas en el texto casi de forma exacta.

En cuanto al resto, como siempre, la ficción supera a los hechos, aunque he intentado construir un armazón sobre lo que se conoce, o lo que se puede inferir de los datos existentes. La estructura de la sociedad tribal es de mi propia cosecha,

basada en un esqueleto bastante precario de informes arqueológicos y posteriores registros de la Irlanda celta, que nunca fue invadida por Roma. Uno de los «hechos» más concretos de la historia es el calendario anual seguido por Breaca y su pueblo, que se basa en unos restos galos grabados en piedra. Para los galos, ciertamente, y creo en eso a los britones tribales, el día empezaba al anochecer, de modo que la noche precedía al día, y el año empezaba al principio del invierno, en lo que ahora se llamaba Samhain, o 1 de noviembre. La noche anterior, la del 31 de octubre, sigue siendo aún el momento en que los velos entre ambos mundos son más finos.

Se ha añadido profundidad y color a los personajes, así como sus viajes hacia el sueño que conducen y realzan sus vidas. Al igual que en los volúmenes anteriores, los sueños de este libro son el reflejo de mis propios sueños, y los viajes de aquellos que se han unido a ellos. No tiene ninguna base concreta en lo que podemos llamar vulgarmente realidad consensuada, sino que se basa en la experiencia cada vez más concreta de diversas realidades no ordinarias que inciden en ella.

Para aquellos que disfruten explorando la geografía de estos temas, las cuevas de Mitra en las cuales Valerio se reúne con su dios son ficticias, pero las Tumbas de Paso en Irlanda, en las cuales él llega a conocerse a sí mismo, son muy reales, y casi exactamente iguales a la forma en que él las describe. Éstas me parecen haber sido diseñadas expresamente como cámaras de sueño, aunque por una civilización mucho más antigua que la Edad de Hierro Prerromana que aparece en estas novelas. El resto, como siempre, es tan posible ahora como lo era entonces, si lo intentamos con la suficiente claridad y nos abrimos a la posibilidad de que el mundo raramente es tan concreto como nos gustaría creer que es.

La web de la autora, http://mandascott.co.uk contiene más detalles de talleres de sueño contemporáneos, lecturas recomendadas y otros recursos.